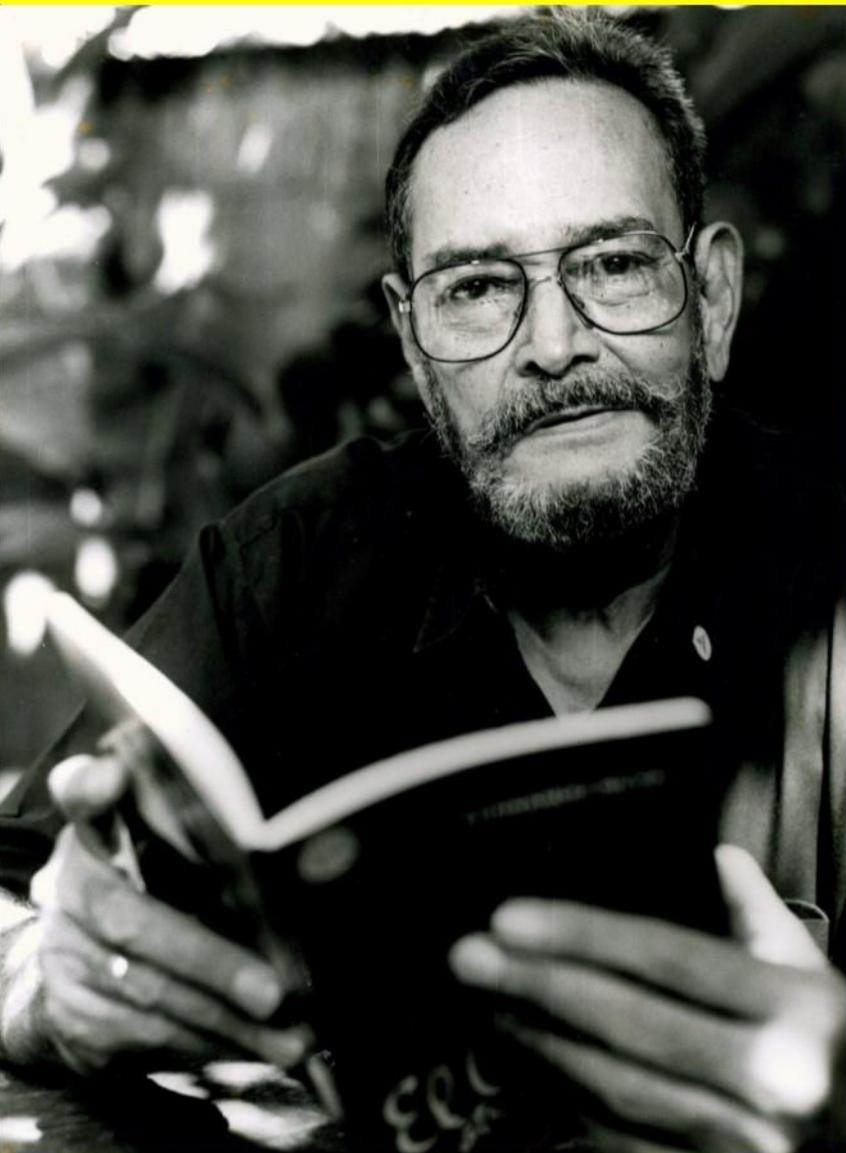


# FERNANDO SILVA



## Antología del Cuento

Nicaragüense

**2021**  
ESPERANZAS  
VICTORIOSAS!  
TODO CON AMOR!





N

863.44

S586

Silva, Fernando

Antología del cuento nicaragüense / Fernando

Silva. --1a ed. -- Managua: Fondo Editorial

El Güegüense Instituto Nicaragüense de  
Cultura, 2021

506 p.

ISBN 978-99924-30-92-7

1. CUENTOS NICARAGUENSES

2. LITERATURA NICARAGUENSE

## **Dirección General**

Luis Morales Alonso

## **Cuidado de Edición Digital:**

Emilio Zambrana

## **Diseño:**

Carlos Bonilla

Portada ilustrada con obra de la pintora JUNE BEER, "Casa Blufleña" ,  
óleo sobre tela, 1975

**FERNANDO SILVA**

**ANTOLOGÍA  
DEI CUENTO NICARAGÜENSE**

MANAGUA – NICARAGUA  
OCTUBRE, 2010

## PRESENTACIÓN

El Instituto Nicaragüense de Cultura, a través del Fondo Editorial EL Güegüense, encargó de manera especial al Dr. Fernando Silva Espinoza, esta "Antología del Cuento Nicaragüense", quien mejor que El, tan nicaragüense, tan poeta, tan cuentista para entregar con primor y amor este estupendo trabajo.

Hoy lo publicamos en formato digital para saludar las 94 primaveras del escritor Padre del Cuento Nicaragüense, nacido en Granada un primero de Febrero de 1927 y que viajó a otro plano de vida en Managua un primero de Octubre del 2016. Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío, (1985), médico pediatra, poeta, narrador, cuentista, novelista, ensayista, académico, pintor y lingüista nicaragüense, considerado "El más nicaragüense de los poetas y el más poeta de los nicaragüenses".

Escritor fecundo de la lingüística nicaragüense, sus escritos retoman el carácter cultural en el que creció hasta su juventud en el [Río San Juan](#), donde descubrió su talento para escribir.

Su poesía y narrativa están centradas en la naturaleza, la vida, en la cotidianidad nicaragüense, en su lenguaje. Según el poeta de su estadía en Río San Juan aprendió "humanidad". Esta, dijo, "me sirvió para mi profesión de médico y especialista en niños, lo que requiere una dosis de humanidad que es el llegar a comprender mejor al ser humano en el dolor".

Premio Nacional Rubén Darío, (1957), el poeta Silva perteneció a la Cofradía de Escritores y Artistas Católicos del Taller San Lucas, donde se reveló como poeta y artista plástico.

La "Antología del Cuento Nicaragüense", contiene a los autores fundadores del Cuento Nicaragüense, iniciando con Rubén Darío y recorriendo a los autores iniciadores, el grupo de mujeres autoras de cuentos como María Teresa Sánchez y Rosario Aguilar entre otras; autores que Fernando Silva denomina "Grupo Representativo" así como "Jóvenes del Taller de Narrativa", completando de esta forma un amplio espectro de autores del Cuento Nicaragüense desde Darío hasta los autores contemporáneos.

Son 68 autores que Fernando Silva recoge en esta "Antología del Cuento Nicaragüense", ofreciéndonos un recorrido por la narrativa nacional representativa.

Finalmente, esperamos que la presente Antología, la cual llega hasta el año 2010, sea un referente para el estudio y deleite de la cuentística nicaragüense, como un compromiso con la Cultura desde el Gobierno de Reconciliación y Unidad Nacional.

**Luis Morales Alonso**

**Director General**

**INSTITUTO NICARAGUENSE DE CULTURA**

## INTRODUCCIÓN

### PROPUESTA

La propuesta simple que se trata de llevar a efecto en la elaboración de una ANTOLOGÍA DE CUENTOS NICARAGÜENSES, de la manera como nosotros lo estamos haciendo ahora, que sin apartarnos del perfil que define el término mismo de ANTOLOGÍA, hemos hallado interesante, que con este mismo material se pudieran manejar los autores escogidos y antologizados a través de sus propios cuentos; y también particularizar en cada autor, o grupo de autores, la temática del propio contenido que trasciende esta exposición; refiriéndoles los caracteres de temporalidad que se apegan en apariencia a un estilo, forma y lenguaje, acabando por delinear un aspecto que se señala como generación literaria dentro de un definido esquema **cronológico**.

Este espacio sería lo equivalente a registrar lo que surge como realidad cuando la obra literaria se coloca dentro de un estricto sentido donde deberá quedar como tal; y par lo cual se hace necesario estudiar **a priori** todo lo que el género del CUENTO lleva en su haber en el aspecto de su lenguaje propio, calificándose dentro de lo que permite al cuento el poder decirse, o contarse estableciendo las relaciones en un determinado tiempo que pueda ser reconocido en toda ocasión.

Para dejar mejor aclarada esta situación y poniendo de ejemplo nuestros principales rasgos literarios en lo Nicaragüense, propiamente dicho, nos encontramos con el dato de que nuestra originalidad narrativa se debe señalar con justeza, como siendo al comienzo: **anónima y folklórica**, reconocida en: "Los cuentos del tío Coyote" y "tío Conejo", "Pedro Urdimales", "Menocal", etc., que se conocen en la línea de una tradición popular; que lo dejamos como siendo una condición que al pasar después a lo formal en el género del CUENTO, da como resultado que no se puede ya dejar esquivar en nuestro haber literario la simple falta de calidad literaria, quedando lo que sería la "**Literatura**

**Nicaragüense**", únicamente comprendida dentro de una expresada oralidad original que es con lo único que podría afirmarse como valor.

Afortunadamente es el genio de Rubén Darío, creador y fundador del modernismo en toda Hispanoamérica, es quien nos abre de par en par con su influencia, la que además se da esencialmente centro de la misma lengua, en el fenómeno que actualmente se conoce con el término de lingüística, que equivale originalmente a creación y que Jorge Luis Borge, reconoce ese misterio creativo total al decir sobre Rubén Darío que: **"...cuando por un idioma pasa alguien como Rubén Darío ya todo acaba"**, señalando a Rubén Darío como una nueva redimensión de nuestra propia lengua.

Resumiendo entonces lo que ya hemos apuntado, ahora acabamos afirmando que con la elaboración de esta ANTOLOGÍA del CUENTO NICARAGÜENSE, señalamos como primordial lo característico y particular a la vez que hallamos en la línea del perfil de esta misma ANTOLOGÍA, que los autores que se suman terminan finalmente manteniendo un comportamiento literario como una afinidad en lo contemporáneo, configurando en consecuencia una manera conocida con el nombre de generacional, la cual —como ya se dijo— empieza con la figura universal de Rubén Darío, bajo esa influencia creativa revelada en el campo narrativo nicaragüense con esencial claridad; lo cual aparece pues, partiendo de Rubén Darío, en el esquema propuesto como un alineamiento que conformamos con nuestras letras narrativas, en la forma siguiente:

Cuentistas fundadores

Cuentistas iniciadores

Cuentistas continuadores (tanto como autores femeninos como masculinos)

Y finalizando con

Los Últimos (los cuales estarán representados en esta ANTOLOGÍA, con los autores más jóvenes.

***Fernando Silva***

*Managua, Nicaragua 2010*

*Esquema Indicador*

ANTOLOGÍA DEL CUENTO NICARAGÜENSE

*Autores Fundadores*

RUBÉN DARÍO

Seguido por:

CARLOS A. BRAVO

HERNÁN ROBLETO

ANSELMO FLETES BOLAÑOS

(Cubriendo las fechas correspondientes de:

1967-1916/1882-1975/1882-1968 y 1878-1930, respectivamente)

*Autores Iniciadores*

LISTA CRONOLÓGICA

(Cubriendo las fechas por grupos generacionales que vienen de:

1935-1945/1950-1960, y siguiendo hasta la fecha)

**Grupo de Mujeres Autoras de Cuentos**

PRIMER "GRUPO DE MUJERES" INICIADORAS

DEL CUENTO NICARAGÜENSE

SEGUNDO "GRUPO DE MUJERES"

(Épocas entre 1944, hasta la fecha)

## Actualidad del Cuento Nicaragüense

ÚLTIMO "GRUPO REPRESENTATIVO" DEL CUENTO NICARAGÜENSE  
(MUJERES Y HOMBRES)

JÓVENES DEL TALLER DE NARRATIVA  
(Impartido por el Centro Nicaragüense de Escritores)

2010

## SELECCIÓN

### **AUTORES FUNDADORES**

#### **RUBÉN DARÍO**

AZUL (1888)

El rey burgués

El Fardo

Páginas desconocidas de Rubén Darío

Huitxilopxtli

#### **CARLOS BRAVO**

El Caballo

Juan Pablo

#### **HERNÁN ROBLETO**

El tío José Ángel

Al ladrar de los perros

#### **ANSELMO FLETES BOLAÑOS**

El Testamento de una mula

La venta de un negro

*AUTORES INICIADORES*

(Lista Cronológica)

**ADOLFO CALERO OROZCO**

Claudio Robles, padre de Sebastián Robles

Una tragedia en el campo

**JOSÉ CORONEL URTECHO**

El mundo es malo

La Diosa Coja

**PABLO ANTONIO CUADRA**

Agosto

**MARIANO FIALLOS GIL**

Horizonte quebrado

Judit y el puritano

**JOAQUÍN PASOS**

El ángel pobre

**MANOLO CUADRA**

Pedrito

**EMILIO QUINTANA**

La caja de lustrar

**FERNANDO CENTENO ZAPATA**

El Viaje

**ENRIQUE FERNÁNDEZ MORALES**

Babosadas

El bombero de turno

**ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ**

El ciudadano

Casa de la justicia

**ERNESTO CARDENAL**

EL sueco

**LIZANDRO CHÁVEZ ALFARO**

Bufa de Cuchilleros

---

*De la "generación" 55-65 en adelante, puede determinarse una importante "innovación" del Cuento Nicaragüense, en generaciones siguientes.*

---

**FERNANDO SILVA**

El viejo

El bote

El lagarto

Saturno

Vallito

**JUAN ABURTO**

El chechereque

Chepe, mi amigo

**MARIO CAJINA VEGA**

Los machetes

La vaquilla

**SERGIO RAMÍREZ**

Bendito Escondido

**HORACIO PEÑA**

La casa

**JORGE EDUARDO ARELLANO**

!Qué tal!

El alemán y su mejor amigo el Coronel Padilla

**CARLOS ALEMÁN OCAMPO**

Luis Morales, el famoso

**PEDRO JOAQUÍN CHAMORRO**

Dando y dando

**EDWIN YLLESCAS**

La pajarita Guido

**RICARDO PASOS MARCIAC**

El gato en el retrato

**OCTAVIO ROBLETO**

El Ordeño

Oro Escondido

La Vieja chichona

**NICASIO URBINA**

De Cuentos... El ojo del cielo perdido

**MANUEL MARTÍNEZ**

Los celos quedan

Regreso a casa

Esta noche baila Orestes Reyes

**CARLOS A. VANEGAS**

El hombre de los zapatos blancos

Abierto hasta el amanecer

**MARIO URTECHO**

Viudas

Abuelo

**ERICK BLANDÓN**

Fuegos de Pascua

**MARIO SANTOS**

En medio del aguacero se llevaron a mi primo

**ALEJANDRO BRAVO**

El último burócrata

*GRUPO DE MUJERES AUTORAS DE CUENTOS*

Primer "Grupo de cuentos" de Mujeres"

**MARÍA TERESA SÁNCHEZ**

El hombre feliz

El ciudadano

**ROSARIO AGUILAR**

Abejas en el mar

La casa de mi abuela

Las tres marías

**LYLIAN VALLADARES DE OROZCO**

El cruce

Cerro Dorado

**LILLIAM JIRÓN DE CENTENO**

Cuento publicado en Marte

En cualquier prisión

**IRMA PREGO**

La Sueca

Segundo "Grupo de cuentos" de Mujeres"

**(Épocas de 1960 a 1990, y siguientes)**

**MERCEDES GORDILLO**

La corrida

Una perfecta desconocida

**GLORIA ELENA ESPINOZA DE TERCERO**

La pasajera

**ISOLDA RODRÍGUEZ ROSALES**

Anahí, la hija del Sol

Lucía

Itza

ACTUALIDAD DEL CUENTO NICARAGÜENSE

Último "Grupo Representativo" del Cuento Nicaragüense

(Mujeres y hombres)

**ESCRITORAS DE ANIDE**

**(Asociación Nicaragüense de Escritoras)**

**MARICELA QUINTANA**

Enjambre de putas

El nuevo nombre de soledad

**MARTHA ELENA CERDA MUÑOZ**

La Mocuana revivida

**CHRISNEL SÁNCHEZ ARGUELLO**

La soledad es una puta de ojos claros y vestido fosforescente.

**MARÍA DEL CARMEN PÉREZ CUADRA**

Matatiru, matatiru Matatiru-ti-ru- la

**ELIOCONDA CARDOZA**

El Rosario de las cuatro

Clonación

Con las momias de Guanajuato

El Secreto

**CECILIA RUÍZ DE RÍOS**

Karim Aldana

La laguna en mi olvido

**MILAGROS PALMA**

La diosa Clitoria y el granito del placer

**MARTINE DREYFUS**

Sus Ojos

**EUNICE SHADE**

No pronuncies mi nombre

## ESCRITORES VARONES

(Nacidos en: 1956, 1959, 1966, 1972,1987)

### JUAN SOBALVARRO

Matemos un chancho

¿Para qué tanto cuento?

Su propio Cuento

### EDWIN SÁNCHEZ

Mi Reina

“Me fugué con Esther Williams”

### EDGARD ESCOBAR BARBA

Trofeo

Contemplación

Tatuajes de humo

### ARQUÍMEDEZ GONZÁLES

Dicen que maté a esos niños, pero juro que no

### JOSE ADIAK MONTOYA

El espantapájaros

JÓVENES DEL TALLER DE NARRATIVA  
CNE (Centro Nicaragüense de Escritores)

MISSAEL DUARTE

Una noche de taibol dance

JACK GRUBSTEIN ALEMÁN

La regla de oro

OMAR ELVIR AGUILAR

Disimular

ULISES JUÁREZ POLANCO

Amor Ininterrumpido

ENRIQUE DELGADILLO LACAYO

Desde algún trono

JAVIER REYES RUIZ

Soñar, despertar...

JOEL MOLINA PARRALES

Ruido

CARLA BERMUDEZ ULLOA

Del amor y los semáforos

ABRIL GARCÍA ANDRADE

Claroscuros, cálidos y fríos

CAROL SOLORZANO CANALES

Repetición

YALANI ZAMORA

El árbol del jardín

WENDY VADO CORTES

El oro azul

*Las "generaciones" dentro de la cuentística Nicaragüense tiene de particular que, así como se señalan en grupos de cuentistas sobresalientes que han venido coincidiendo en un tiempo dado, en la realidad no se ha querido dejar esto como siendo un dato rígido, sino que las fechas como se notará se han apuntado en forma variable.*

*Tomando en cuenta esta razón, en esta ANTOLOGÍA, sí se cumple en principio con el dato "generacional"; pero el arreglo y seguimiento en la nominación de los autores diferentes, se deja más o menos siguiendo al acomodo de la ambientación que las mismas obras y sus autores libremente cumplen en sus narraciones.*

**AUTORES**

**FUNDADORES**

## RUBÉN DARÍO

(Metapa, 1867 – León, 1916)

Genio literario padre del Modernismo, cuya influencia sobre toda la producción literaria en Nicaragua es feliz y afortunada.

Darío está sin dudas a la cabeza de los mejores cultivadores del género narrativo en el mundo de habla hispana. “Darío escribió aproximadamente unos ochenta cuentos, algunos de ellos llegaron a recogerse en libros pero la mayoría quedó dispersas en revistas y periódicos”; sin embargo Rubén Darío permanece intocable ejerciendo su influencia en la literatura nicaragüense además de toda la literatura latinoamericana.

Algunas de sus obras narrativas —como muestras— más citadas son: “Cuentos Completos”, nota de Ernesto Mejía Sánchez; “Los Cuentos de Rubén Darío”, Enrique Anderson Imbert; “Otros cuentos desconocidos de Rubén Darío”, Ernesto Mejía Sánchez (El Pez y la Serpiente).

## EL REY BURGUÉS

¡Amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retóricas canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando al bosque con sus tropeles, y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdita, que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por lujo y nada más. Bien podía darse al placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñadoras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidos con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de

verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles, diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¡cuantos salones!

Y Mecenás se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naípe.

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera; un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí...

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del provenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfume, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi

harapo es de púrpura. He ido a la selva donde me he quedado vigoroso y ahíto de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado, al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla de lo profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor, el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes! Él es Augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca da los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí —dijo el rey; y dirigiéndose al poeta: —Daréis vuelta a un manubrio. Cerraréis la boca, Haréis sonar una caja de música que toca valeses, cuadrillas y galopas, como no preferáis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio; tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡Lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: itiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dátiles, de anapestos y pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal... y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas o de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con las manos en el manubrio.

¡Oh, mi amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero, ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! Hasta la vista.

## EL FARDO

Allá lejos, en la línea, como trazada por un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas, El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿Se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la vida.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, con que fue militar! ¡Con que todavía tuvo resistencias para ir con rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—¡Sí, patrón, hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se me humedecieron entonces.

—¿Qué cómo se murió? En el oficio, por darnos de comer a todos: a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; pero, ¡los miserables no deben aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres; la fecundación. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar que comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi un armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso muy enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartaladas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y en donde resuenan en perpetua llamada a las zambros de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse como cubas y a gritar y patear como condenados. ¡Sí! Entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en pie.

Luego llegaron sus quince años.

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir al alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, e otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna "triste", y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fue al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, ¡gracias a Dios! Como decía el tío Lucas al narrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

¡Sí! Lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor del muelle; gritando: ¡hiiooeeep! Cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo. ¡Sí! Lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Íbanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso: —¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¿Qué vas a perder una canilla! —Y

enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fue el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo: el son del hierro, traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como un matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo de un lado a otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Éstos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos. —Letras en “diamante”—, decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro

estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo cuando menos, linones y percales.

Sólo él faltaba.

—¡Se va el bruto! —dijo uno de los lancheros.

—¡El barrigón!—agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo a cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vió una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía del mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

## HUITZILOPOXTLI

(Leyenda mexicana)

Tuve que ir, hace poco tiempo, en una comisión periodística, de una ciudad de la frontera de los Estados Unidos a un punto mexicano en que había un destacamento de Carranza. Allí se me dio una recomendación y un salvoconducto para penetrar en la parte de territorio dependiente de Pancho Villa, el guerrillero y caudillo militar formidable... Yo tenía que ver a un amigo, teniente en las milicias revolucionarias, el cual me había ofrecido datos para informaciones, asegurándome que nada tendría que temer durante mi permanencia en su campo.

Hice el viaje en automóvil, hasta un poco más de la línea fronteriza, en compañía de Mr. John Perhaps, médico, y también hombre de periodismo, al servicio de diarios norteamericanos, y del coronel Reguera, o, mejor dicho, el padre Reguera, uno de los hombres más raros y temibles que haya conocido en mi vida.

El padre Reguera es un antiguo fraile que, joven en tiempos de Maximiliano, imperialista, naturalmente, cambió en la época de Porfirio Díaz de emperador, sin cambiar en nada de los demás. Es un viejo fraile vasco que cree en que todo está dispuesto por la resolución divina. Sobre todo, el derecho divino del mando es para él indiscutible.

—Porfirio dominó —decía —porque Dios lo quiso, porque así debía de ser.

—¡No digas macanas! —contestaba Mr. Perhaps, que había estado en la Argentina.

—Pero a Porfirio le faltó la comunicación con la divinidad... ¡Al que no respeta el misterio, se lo lleva el diablo! Y Porfirio nos hizo andar sin sotana por las calles. En cambio Madero...

Aquí en México, sobre todo, se vive en un suelo que está repleto de misterio. Todos los indios que hay no respiran otra cosa. Y el destino de la nación mexicana está todavía en poder de las primitivas divinidades de los aztecas. En otras partes se dice: "Rascad... y aparecerá el..."

Aquí no hay que rascar nada. El misterio azteca, o maya, vive en todo mexicano, por mucha mezcla racial que hay en su sangre, y esto en pocos.

—¡Coronel, tome un whisky! —dijo Mr. Perhaps, tendiéndole su frasco de “ruolz”.

—Prefiero el comiteco —respondió el padre Reguera—, y me tendió un papel con sal que sacó de un bolsón, y una cantimplora llena de licor mexicano.

Andando, andando, llegamos al extremo de un bosque, en donde oímos un grito: “¡Alto!” Nos detuvimos. No se podía pasar por ahí. Unos cuantos soldados indios, descalzos, con sus grandes sombrerones y sus rifles listos nos detuvieron.

El viejo Reguera parlamentó con el principal, quien conocía también al yanqui. Todo acabó bien. Tuvimos dos mulas y un caballejo para llegar al punto de nuestro destino. Hacia luna cuando seguimos la marcha. Fuimos paso a paso. De pronto exclamé, dirigiéndome al viejo Reguera:

—Reguera, cómo quiere que le llame, ¿coronel o padre?

—¡Como la que le parió! —bufó el apergaminado personaje.

—Le digo —repuse, porque tengo que preguntarle sobre cosas que a mí me preocupan bastante...

Las dos mulas iban a un trotecito regular, y solamente Mr. Perhaps se detenía de cuando en cuando a arreglar la cincha de su caballejo, aunque lo principal era el requerimiento de su whisky.

Dejé que pasara el yanqui adelante, y luego, acercando mi caballería a la del P. Reguera, le dije:

—Usted es un hombre valiente; práctico y antiguo. A usted le respetan y le quieren mucho todas las indiadas. Dígame en confianza: ¿es cierto que todavía se suelen ver aquí cosas extraordinarias, como en tiempos de la conquista, o antes de la conquista?

—¡Buen diablo se lo lleve a usted! ¿Tiene tabaco?

Le di un cigarro.

—Pues le diré a usted. Desde hace muchos años conozco a estos indios como a mí mismo, y vivo entre ellos... Me vine aquí muy muchacho, desde tiempos de Maximiliano. Ya era cura, y sigo siendo cura, y moriré cura.

—¿Y...?

—No se meta en eso.

—Tiene usted razón, padre; pero sí me permitirás que me interese en su extraña vida. ¿Cómo usted ha podido ser durante tantos años sacerdote, militar, hombre que tiene una leyenda, metido por tanto tiempo entre los indios, y por último aparecer en la revolución con Madero? ¿No se había dicho que Porfirio le había ganado a usted?

El viejo Reguera soltó una carcajada.

—Mientras Porfirio tuvo en algo a Dios todo anduvo muy bien; y eso gracias a Da. Carmen...

—¿Cómo padre?

—¡Pues así...! Lo que hay es que los otros dioses...

—¿Cuáles, padre?

—Los de la tierra...

—¿Pero usted cree en ellos?

—Calla, muchacho, y tómate otro comiteco.

—Invitemos —le dije— a Mr. Perhaps, que se ha ido ya muy delantero.

—¡Mr. Perhaps! ¡Perhaps!

No nos contestó el yanqui.

—Espere —le dije a Reguera—; voy a ver si le alcanzo.

—No vaya—me contestó, mirando al fondo de la selva. Tome su comiteco.

El alcohol azteca había puesto en mi sangre una actividad singular. A poco andar en silencio me dijo el padre:

—Si Madero no se hubiera dejado engañar...

—¡De los políticos!

—No, hijo, de los diablos...

—¿Cómo es eso? Usted sabe lo del espiritismo.

—Nada de tal cosa. Lo que hay es que él logró ponerse en comunicación con los dioses viejos...

“Sí, muchacho, sí, y te lo digo porque aunque yo diga misa, eso no me quita lo aprendido por todas esas regiones en tantos años, y te advierto una cosa: con la cruz hemos hecho aquí muy poco; y por dentro y por fuera, el alma y las formas de los primitivos ídolos nos vencen... Aquí no hubo suficientes cadenas cristianas para esclavizar a las divinidades de antes, y cada vez que han podido, y ahora sobre todo, esos diablos se muestran”.

Mi mula dio un salto atrás, toda agitada y temblorosa. Quise hacerla pasar y fue imposible.

—Quieto, quieto —me dijo Reguera.

Sacó un cuchillo y cortó de un árbol un varejón, y luego con él dio unos cuantos golpes en el suelo.

—No se asuste —me dijo—, es un cascabel.

Vi entonces una gran víbora que quedaba muerta a lo largo del camino. Y cuando seguimos el viejo oí una sorda risita del cura...

—No hemos vuelto a ver al yanqui —le dije.

—No se preocupe, ya lo encontraremos alguna vez.

Seguimos adelante. Hubo que pasar través de una gran arboleda tras la cual oíase el ruido del agua en una quebrada. A poco: “¡Alto!”.

—¡Otra vez! —le dije a Reguera.

—Sí —me contestó. Estamos en el sitio más delicado que ocupan las fuerzas revolucionarias. ¡Paciencia!

Un oficial con varios soldados se adelantaron. Reguera les habló y oí contestar al oficial:

—Imposible pasar mas adelante. Habrá que quedar ahí hasta el amanecer.

Escogimos para reposar un descampado bajo un gran ahuehuete. De más está decir que yo no podía dormir.

Yo había terminado mi tabaco y lo pedí a Reguera.

—Tengo, me dijo; pero con marihuana.

Acepté, pero con miedo, pues conozco los efectos de esa hierba embriagadora y me puse a fumar.

En seguida el cura roncaba y yo no podía dormir.

Todo era silencio en la selva, pero silencio temeroso, bajo la luz pálida de la luna. De pronto, escuché a lo lejos como un quejido largo y ululante, que luego fue un coro de aullidos. Yo conocía esa siniestra música de esas salvajes; era el aullido de los coyotes.

Me incorporé, cuando sentí que los clamores se iban acercando. No me sentía bien, y me acordé de la marihuana del cura. ¿Sí sería eso...?

Los aullidos aumentaban. Sin despertar al viejo Reguera tomé mi revolver y me fui hacia el lado en donde estaba el peligro. Caminé y me interné un tanto en la floresta, hasta que vi una especie de claridad que no era la de la luna, puesto que la claridad lunar fuera del bosque era blanca, y ésta, dentro, era dorada. Continué internándome hasta donde escuchaba como un vago rumor de voces humanas alternando de cuando en cuando con los aullidos de los coyotes. Avancé hasta donde me fue posible. He aquí lo que vi: un enorme ídolo de piedra, que era ídolo y altar al mismo tiempo, se alzaba en esa claridad que apenas he indicado.

Imposible detallar nada. Dos cabezas de serpientes, que eran como brazos o tentáculos del bloque, se juntaban en la parte superior, sobre una especie de inmensa testa descarnada, que tenía a su alrededor una ristra de manos cortadas sobre un collar de perlas, y debajo de eso vi, en onda de vida, un movimiento monstruoso.

Pero ante todo observé unos cuantos indios, de los mismos que nos habían servido para el acarreo de nuestros equipajes, que silenciosa y hieráticamente daban vueltas alrededor de aquel altar viviente.

Viviente, porque fijándome bien, y recordando mis lecturas especiales, me convencí de que aquello era una altar de Teoyomiqui, la diosa mexicana de la muerte. En aquella piedra se agitaban serpientes vivas y adquiría el espectáculo una actualidad espantable...

Me adelanté. Sin aullar, en un silencio fatal, llegó una tropa de coyotes, y rodeó el altar misterioso. Noté que las serpientes, aglomeradas, se agitaban; y al pie del bloque ofidio, un cuerpo se movía, el cuerpo de un hombre. ¡Mr. Perhaps estaba allí!

Tras un tronco de árbol yo estaba con mi pavoroso silencio. Creí padecer una alucinación, pero lo que en realidad había era aquel gran círculo que forman esos lobos de América, esos aullantes coyotes más fatídicos que los lobos de Europa.

Al día siguiente, cuando llegamos al campamento, hubo que llamar al médico para mí.

Pregunté por el padre Reguera.

—El coronel Reguera, —me dijo la persona que estaba cerca de mí—, está en este momento ocupado. Le faltan tres por fusilar.

Vino a mi cerebro, como escrito en letra de sangre: *Huitzilopochtli*.

## CARLOS A. BRAVO

(San Miguelito, 1882 – Granada, 1975)

Carlos A. Bravo es el verdadero fundador de la narrativa Nicaragüense. Un virtuoso escritor que adueñándose del paisaje de su país, vitaliza esta visión trasladándola como una categoría que resalta en su propia escritura original, tocando el fondo del misterio de una habla esencialmente popular y auténtica con los rasgos que se logran dentro de la materia vernácula.

Las señas más visibles de sus escritos pueden verse en su obra recogida: "TEATRO DE LO GRANDIOSO". Editorial Nueva Nicaragua (1993)

De sus obras, tomamos del capítulo "Chontales, tierra de mi madre", del libro antes mencionado, los cuentos: "El Caballo", y "Juan Pablo".

## EL CABALLO

El amor más grande del chontaleño después del campo es el caballo. Es su amigo, su compañero. Si va a un rezo lo amarra de un árbol, si va a una fiesta debe ser a caballo; visita a caballo a la mujer que ama. Si está enamorado, al pasar por la casa de sus ensueños espolea al caballo, sacude la albarda con las piernas golpea las faldas de cuero con el rebenque y si ella está a la puerta, sofrena al potro que se para en las patas traseras, suelta las riendas, grita, se acuesta en el cuello del caballo que sale disparado, arrojando como loco y ensuciando el traje de la mujer que ríe, aceptando aquello como una graciosa galantería.

En la fiesta de Acoyapa al campista no le corren las varas de la tranquera. Salta por la barrera y el animal nervioso casi cae, pero se levanta airoso. Cayó el sombrero de palma del

jinete, pero otro que lo ha advertido pasa veloz e inclinándose desde la albarda lo recoge. Nadie aplaude, a nadie admira aquello. Son cosas de todos los días y de todos los hombres. Desde niño monta el hombre —el primer regalo para el niño es un potrillo—. Los caballos son como los hombres, tienen su nombre. Yo montaba al exquisito Cundeamor un caballo que daba la pata delantera, como si extendiera la mano y que avisaba cuando estaba aburrido.

No son animales de estampa, ni de paso. El chontaleño monta caballitos esmirriados, cualesquiera, trotones, mansos, pero hay que verlos en el campo. Se transfiguran, relinchan e interpretan el deseo del amo. Si va a lazar se plantan cuando sienten que se está saltando el torzal del jinete; si va a correr tras un novillo cimarrón ensanchan las narices, resuelan fuerte; si va a hacer parada a un machón de reses bravas, baila, se recoge, se pasea sacudiendo la cabeza, y si va a servir de taburete para que el jinete corte una flor se está como clavado en la tierra. Son animales inteligentes, buenos. Yo no sé que sangre tiene el caballo que lo hace ser tan simpático. Hay caballo más gente que los humanos, de mayor comprensión, más finos en el trato. Entienden si los llaman por su nombre, agradecen si los acarician, avisan si acaso tienen hambre. Cuando ven al dueño relinchan sonrientes, paran las orejas en el peligro y comen de la mano del amo acariciándola con aquella bocaza olorosa a monte, sin estropearla con aquellos dientes enormes, blancos y gratos.

## JUAN PABLO

El chontaleño es abierto, generoso, rudo, con cierto don de caballerosidad manifiesta, mejor dicho es un "caballero del campo". Este tipo se encuentra en los poblados. Ya allí hay mezclados: son chontaleños con aditamentos, vanidades, con excentricidades de hombres de ciudad, con pasiones nuevas, con ensueños, ansiosos de lo que ven y de lo que oyen. Al chontaleño de verdad, al hombre primitivo de cotona, sombrero de palma y caites, al que lucha con la naturaleza, búsqenlo en el campo, entre los animales, agachándose en las quebradas para beber agua, curtidos por el sol de toda hora, con alma fresca y suave como la brisa de la mañana en la montaña.

Yo lo he tratado. Me metí al monte y viví con el sabanero en 1920. Aprendí a saber lo que es un hombre libre, sin prejuicios, rudo pero bueno. En la sabana de La Carreta se desmandó un novillo cimarrón, alto y morrudo y se echó sobre mí que veía la recogida desde mi caballo.

Juan Pablo Fernández, el rey de los sabaneros chontaleños se apeó de El Pavo, tiró del curtido y se enfrentó al animal. No he visto otro espectáculo como eso en mi vida. Luego zafó el bruto y el sabanero volvió al caballo con la mayor naturalidad del mundo. Juan Pablo es un profesional, *era*, porque se lo comió la tierra. De esto hace veintiún años.

Era un hombre. Yo le llamaba con respeto: el Maestro y él se dejaba llamar así.

De regular estatura, moreno, facciones fuertes, pelo de indio. Usaba cueras de cuero, descalzo, mucha cinta de vaqueta en las chocoyas, en la mano el rebenque, la cola desgarrapatadora en la faja. Tenía dos ayudantes de campo. Todo el mundo lo respetaba no porque pusiera la cara dura, como la ponen los tontos cuando mandan, sino por que sabía mandar.

Era tarea seria andar con él. Sus caballos eran El Pavo, El Retrato, El Brujo. Salía entre un buen número de perros flacos, cada uno también tenía su nombre, Bravo Bey, Bravo León, Pajarito, etcétera. Detrás iban los hombres.

El campo es la universidad de estos hombres. Estudian, imitan, inquietan. Así aprende el sencillo, el que quiere saber. El otro trata al libro de tú y gasta el tiempo como si fuera moneda barata.

Lazar que parece cosa fácil es un curso. Hay tres maneras: *al tendido*, *al revoleo* y *limpio barba*. Juan Pablo no laza nunca en el corral. Creía que era depresivo para un hombre como él. Mandaba a sus ayudantes. Que lacen los conciertos, decía con desprecio. A mí me daba lecciones: no se tira así del caballo, baje por la derecha del animal, ponga solo la punta de los pies en los estribos, agárrese del copete, para eso lo hizo Dios, con la izquierda la rienda,

defiéndose con la mano, no lo saque del paso en las grietas, para subir afloje, rienda corta al bajar.

Y ponía en pleno llano de El Arado a caracolear el caballo, a trotar, a parar en raya, a levantarse ligeramente de adelante como está el caballo de bronce en que cabalga el Libertador en Bogotá. A mí me encantaba gritar: Aquella montaña, aquel sol, todo aquello me incitaba y cuando gritaba, el Maestro riendo decía: "Está espantando a las iguanas". Él decía que el grito no es para gritar; que tiene su medida, su tono y que no se grita lo mismo en un llano que en un cerrado de la montaña.

## HERNÁN ROBLETO

(Camoapa, 1882 – México, 1968)

Sus obras no se apartan todavía del tiempo habido dentro del ámbito provinciano; sin embargo, tuvo su obra escrita un amplio lugar dentro del mundo Editorial, por su incansable dedicación y constancia dentro del quehacer literario, en su época.

La lista de sus obras publicadas es extensa. Solamente se nombran las más importantes, como una muestra:

Primavera en el Hospital (1923); Sangre en el trópico (1930); Cuentos de Perros (1943), Editorial Nuevos Horizontes.

## EL TÍO JOSÉ ÁNGEL

Poseía un sentido agudo de la vida, y era caritativo, colectiva y personalmente. Puso la primera piedra del Hospital General de Managua, dejándole un seguro por fuerte cantidad de dinero. Edificó las primeras casas de dos pisos; instaló las primeras quintas, con nombres napoleónicos: "La Isla de Elba", "Santa Elena". A una de sus haciendas la bautizo "La Picota", recordando la Plaza de la Gréve en Paris.

El día de los Ángeles, 2 de agosto, congregaba en su mansión a los ciegos de la capital, a quienes obsequiaba con un banquete, ropa y dinero. Una vez los hizo subir al alto, en el que abría su confort, en cruz, el comedor suspendido sobre el jardín. Los ciegos estaban encantados, por la atención, por los manjares y por los licores copiosos.

José Ángel Robleto les espetó un discurso que al principio fue recibido con demostraciones de contento y aplausos; pero que al final transformó el rostro de los comensales.

—Ustedes son inútiles para la sociedad, les dijo, y los hombres sin conciencia sostienen que son una carga. Efectivamente, la vida de ustedes es triste y no vale la pena de llevarla encima. No saben del color de las flores ni del rostro de las mujeres; no pueden contemplar los celajes, ni admirar un cuadro. Yo creo que es mejor para ustedes dejar esta vida y si tienen miedo de quitársela por propia mano, voy a ser yo ahora mismo el que los libre de ella.

Y diciendo y haciendo, el anfitrión se dirigió a alguien, imaginario:

—A ver vos, el de la derecha... El más viejito... ¿Para qué quieres vivir?

Terminó la frase con un disparo al aire; pero ninguno de los ciegos se dio cuenta de la realidad. Tras el disparo, José Ángel dejó caer un saco de café al piso, que sonó como el cuerpo de un hombre derribado de pronto...

—El que sigue... el otro... aquel que está arrinconándose...

¡Pum! Otro disparo y otro costal de café que se cae...

Cuando habían "muerto" cinco ciegos, el tumulto por buscar la escalera fue espantoso. Saltaban unos sobre otros, disputándose la salida, con arañazos, garrotazos, mojicones, injurias. Abajo, los "sobrevivientes" buscaban a la policía, pidiendo auxilio a gritos. Pero los policías reían.

En la acera, José Ángel explicaba a cada uno:

—Bueno. Como vos lograste salvarte, llévate a casa esos pesos.

Tuviste suerte, porque se me acabaron los tiros de la pistola.

Y al subir de nuevo, gustando del postre de la broma, vio a dos ciegos que, más timoratos o más valientes, estaban acurrucados en un ángulo de la pieza.

—¡Ah! ¿Ustedes también se salvaron? Está bien. Lástima que se me acabaron los cartuchos. ¡A ver Jacinto! Encárgate a la funeraria cinco ataúdes para esos que quedaron tiesos allí. Y ustedes, tomen estos veinte pesos para que se los repartan abajo.

Apoyándose uno en otro, los dos ciegos descendieron, comentando:

—La verdad es que con nosotros fue bueno don José Ángel: comimos, bebimos y de ipegüe nos da plata. Pásame mi parte.

Pero don José Ángel no había dado dinero a ninguno. Ellos empezaron a disputar:

—¡Ya te querés coger mi plata, gran sinvergüenza!

—¡Vos sos el que se quiere robar la mía!

—Vos, que sos ladrón...

—¡Más ladrón sos vos!

Allí se menudearon los palos de ciego, los insultos. Y cuando se habían cansado, los separó el invitante, dándole a cada uno sus monedas y diciéndoles:

—Ya saben que el año que viene...

—Que venga el Diablo, dijo uno de ellos.

## AL LADRAR DE LOS PERROS

Estalla la fuerza tropical en todo: en los jardines que exhalan perfumes penetrantes; en las mejillas tostadas de las mujeres; en los ojos profundos y negros, en las pasiones; en las manifestaciones de la naturaleza.

Es en tierra de calor y las tejas arábigas cubren el tapial, sobre el que se bifurca en mil hierbas retoñadas la enredadera fragante. La tapia se resquebraja al beso ardiente del sol; la hierba que sube por ella aprovecha las junturas para introducir sus anhelosas raíces.

Todo es fuerza en la tierra caliente: las flores son más grandes; las noches más estrelladas. Cuando suena un disparo, bajo la bóveda azul repercute con más intensidad. Cuando se quiere, es hasta el límite del sacrificio.

María Asunción amaba a Antonio, dos jóvenes muy conocidos en el lugar. Pero el papa de ella no veía con buenos ojos las relaciones. Y como todo es fuerte bajo el cielo tropical, expuso a la hija su sentencia:

—Antes que casada con ese hombre, prefiero verte muerta.

Lo sentía así el buen viejo, aunque rezara a todos los mártires y comulgara frecuentemente. Eran unos celos muy rústicos, muy naturales en la manera de sentir de esas gentes que llevan el patriarcalismo hasta el grado de considerar la potestad paterna como un medieval señorío, dominando hasta el pensamiento de los criados y de los hijos.

Pero ella veía las raíces de la yedra en la vieja tapia cuarteada y adivinaba el abrazo de la vida y de la sed de sus raíces que se agarraban a las junturas aunque soplaran los huracanes.

A cada amonestación, bajaba la cabeza; pero no se prometía obedecer. Estaba muy honda aquella raíz de su cariño y ella sentía como le infundía un aliento desconocido y fuerte, un afán de mortificaciones dulces, como esa de llorar por él sobre las almohadas de su lecho...

La tenacidad del padre llegó hasta el colmo cuando de aquella cabecita menuda y arisca no salía una promesa, cuando de los labios encendidos de juventud no brotaba el ofrecimiento de enmienda. Había una pasividad silenciosa en la hija, que era más bien una protesta o un desprecio. El hubiera deseado que hablara, que gritara, que le dijera alguna cosa de esas que encienden. Eso le hubiera dado oportunidad para desahogarse.

Pero la niña sólo bajaba los ojos y dejaba entrever un temblor tímido en la barbilla, como precursor del lloro.

Don Nicolás le había dicho cierta vez, afiebrado de coraje, llameantes los ojos, apretando los puños:

—Te prohíbo que te asomes a la ventana. No saldrás a la calle, sino cuando vayas a misa; y hasta eso lo harás a mi lado.

Ella siguió bajando los ojos, circundados de ojeras profundas.

Antonio no podía soportar eso. Arrebatado, loco por el mal de amor y por la pena que es su compañera, propuso la fuga. Deslizó el papelito ardiente hasta el cuarto de la joven.

“Si es cierto que me quieres, huye conmigo. Yo te llevaré al altar. Te espero esta noche del otro lado de la tapia. Tuyo, ANTONIO”.

Y ella no vaciló. La florecilla tímida levantaba el tallo hasta arriba, desafiando a la tempestad. Había de por medio un abnegado afán de martirio. Debía probar que lo quería e iría con él a donde él la llevará.

En su propia alma, abierta por la diafanidad de la resolución, los ruidos del pueblo y los propios interiores adquirirían nunca oídas resonancias. Todo se le aclaraba a María Asunción, como si se hallara colocada dentro de una campana de cristal. ¿Qué causaría una pena al autor de sus días? No era gran pecado eso. ¿Por qué su padre seguía pecando, encaprichado para torturarla a su vez?

Dieron las nueve en la torre del pueblo y ella abrió la puerta del patio. La noche alfombraba con abismos; pero María Asunción presentía una aurora más allá de la tapia... Se lanzó decididamente al fondo.

Los perros rezongaron débilmente y se llegaron hasta sus faldas, reconociéndola. Saltaban, estorbándole el paso, como inconscientes obstáculos. Ella llegó hasta la barda y, tanteando, halló la escalera que Antonio le había acomodado desde el otro lado. Apareció la cabeza del novio sobre el tapial, entre las enredaderas, y María Asunción contuvo un grito. El bajo hacia el patio, para recibir la preciosa carga.

Los perros comenzaron a aullar, a ladrar furiosamente. Eran tres, cuatro, media docena de mastines hechos a la caza del tigre, feroces en su acometividad. La amita trataba de detenerlos con su delantal y, con su voz apremiada, suplicó a Antonio:

—¡Sube tú, pronto! ¡Sube primero!

Pero él no se resignaba a perder la carga divina que sentía entre sus brazos.

Los perros seguían ladrando, terribles. Daba vueltas por la base de la escalera, saltando, removiendo la tranquilidad del barrio. Entre las sombras les brillaban con fluorescencia de azufre las pupilas.

—¡Sube pronto! ¡Sube!

Don Nicolás salió, armado de la escopeta de dos cañones. ¿Asaltaban los ladrones su casa? Apuntó al bulto, certero como la fatalidad. Dos cuerpos se desplomaron, escaleras abajo.

Ya habían acudido con lámparas los criados. Por los cerros vecinos nos aparecía la luna...

El viejo dio un alarido al inclinarse sobre las víctimas. Se llevó la mano al pecho, como si en él hubieran hecho blanco todas las postas y huyó, enloquecido, quebrada abajo, monte arriba, errante como un coyote con sed.

Los cuerpos ya inmóviles se desangraban, muy juntos, en un trágico abrazo bajo la tapia florecida. Los perros seguían aullando, con los hocicos hacia la luna.

## ANSELMO FLETES BOLAÑOS

(Granada, 1878 – Managua, 1930)

Es el primer escritor de "cuentos Nicaragüenses", que se inicia en el campo picaresco, pero sin salirse de un proclive modo costumbrista, que no le dio mayor valor, a pesar de lo anecdótico de la vida real.

Su principal obra narrativa está contenida en la edición de sus cuentos: "Cuentos de tío Doña" (1913).

## EL TESTAMENTO DE UNA MULA

Allá por los años de 1815 y 1816, cuando el obispo español García Jerez ocupaba la diócesis de Nicaragua, era cura de El Jícaro (Nueva Segovia) el Presbítero Francisco Tejedor, natural de Chinandega.

Era el padre Tejedor sujeto ocurrente, de oportunas salidas y hombre que no se ahogaba, como vulgarmente se dice, en un dedal de agua, y que sabía nadar sin mojar la ropa.

Diz que no hay quien no tenga, después de los ojos que la naturaleza animal le diera, otros ojos de su cara, esto es, algún objeto (o persona o animal) al que le arrastra exagerada predilección. Cosas de la debilidad humana. Tenía el padre Tejedor, pues, *otros ojos de su cara*, y consistían éstos en una mula, venturosa mula que sólo quien la amansó y el consabido cura llegaron a montar. ¿Prestarle su mula a alma nacida el padre Tejedor? Ni al Papa se la hubiera prestado, aunque Su Santidad le ofreciese el capelo en cambio. Figúrense ustedes cuán amargamente lloró el padre la muerte de su mula. Porque la mula no sobrevivió al padre Tejedor.

—Los zopilotes no se hartarán mi mula —díjole éste al sacristán.

—¡A enterrarla! —exclamó el sacristán.

—Y en la iglesia.

—¿En la iglesia, señor?

—Y en el presbiterio. ¡Iban a regalarle los zopes con mi hermosa mula! ¿Para qué me sirve el dinero? Ve, pues, a buscarte unos cuatro indios, y con ellos te cavas la sepultura a la derecha del presbiterio.

Dicho y hecho: la venturosa mula fue enterada allí.

\* \* \*

La noticia del enterramiento de la mula en aquel sagrado lugar llega a León, y no tardó en saberla el obispo García Jerez. ¡Qué escándalo! La herejía era imprevista, pero no por eso debía quedar sin castigo. El obispo reúne en cabildo consultivo a los curiales de nuestra Metrópoli para tratar de caso tan extraño como grave.

—Que se suspenda por toda la vida al padre Tejedor —decía uno que aspiraba al curato de El Júcaro.

—Y que se obligue al padre Tejedor a desenterrar la mula, él personalmente —agregaba otro.

—Este es un caso de paganismo que debe pensarse con una solemne excomunión a matacandelas —rugía el más ardoroso.

—Que se informe a Su Santidad —opinaba el menos intolerante.

En resumidas cuentas, que se llamó al padre Tejedor para que se defendiese del gravísimo cargo herético-pagano de haber enterrado una mula en el presbiterio de la iglesia de El Júcaro.

Y tienen ustedes al padre Francisco Tejedor, quien no solo era hombre ocurrente y de oportunas salidas, sino también gran conocedor de la humanidad, le tienen ustedes, caballero en otra mula, en camino para León, llevando sus alforjas repletas de unos ocho mil pesos, puras monedas de plata y puras monedas de oro.

El padre Tejedor delante del obispo; están con éste el Notario eclesiástico y cuatro canónigos.

—¿Es cierto, padre Tejedor —le pregunta el obispo —que usted enterró a su mula en la iglesia?

—No puedo negarlo, Ilustrísima Señoría —respondió humildemente el cura.

—¿Y en el presbiterio?

—En el presbiterio, Su Señoría.

—¿Y no cree usted haber incurrido, con este acto de herejía y paganismo, en los anatemas de los sagrados concilios?

—No, Su Señoría, pues yo no he hecho otra cosa que cumplir con la voluntad de mi mula, expresada libremente en su testamento. La mula testó, Su Señoría.

—¿Ha testado la mula? —sorprendido el obispo.

—Ocho mil pesos, Su Señoría; y en el testamento, que fue oral, mi mula no se olvidó del señor Notario ni de los señores canónigos. La mula dejó ocho mil pesos que traigo conmigo, los cuales repartiré entre Su Señoría, el reverendo Notario, los dignísimos canónigos y los sacerdotes pobres, si el señor obispo aprueba el entierro de mi mula en la iglesia, condición *sine qua non* que la testadora puso para el fiel reparto de la herencia, reparto que será así: tres mil para Su Señoría, tres mil para el reverendo Notario y los dignísimos canónigos, y dos mil para aquellos sacerdotes. Y según disposición testamentaria también, la mula puede ser desenterrada, pero el heredero universal lo seré yo.

—¡Oh! No hay para qué desenterrarla de donde está —habló el Notario.

Entonces el obispo, levantó la mano en señal de bendición, le dijo al ladino cura de El Júcaro:

“Mula que tal hace  
Requiescat in pace”.

—Amén, agregó uno de los canónigos.

## LA VENTA DE UN NEGRO

A raíz del decreto de esclavitud del filibustero William Walker vivían en Granada un tal Chepe Quino, marinero, y un negrazo de pura sangre a quien apodaban Chajuma. Este y Chepe Quino, unos bebedores de superior marca —lo que decimos en honor y buena fama de los dos y respetando sus cenizas— eran inseparables camaradas y se trataban de *aparceros*, nicaraguanismo muerto que significa, a lo que entendemos, eso mismo, *camarada, entrador, pañía*, etc.

—Hombre, Chajuma —le dijo una vez Chepe Quino al negro— como no tenemos con que beber, he ideado un plan que nos sacará del apuro.

Y el aparcerero del negro se dirigió a la casa de un yanqui que estaba para darse a la vela.

—Míster —le habla al yanqui— ¿me compra un negro?

—¿You venda un negra esclava?

—Cien pesos

—Es mocha cara

—Sesenta, pues

—Mi ofrezca carenta pesos por el negra esclava, si es forta and giovan; pero mi ir mañana en la vapor; lleva, pos, el esclava al muelle y mi dar carenta pesas.

—Trato cerrado, pero le advierto, míster, que el negro es muy arisco: asegúrelo, pues.

—¡Oh! mi segurala ben.

\* \* \*

Chepe Quino a Chajuma:

¡ Ya se prendió un fósforo, Chajumita! Te he hallado colocación con un yanqui que se mantiene en el vapor: cuatro pesos mensuales que te los dará por adelantados, y la comida, y solamente le limpiarás los zapatos y la ropa. Con que, mañana al muelle.

\* \* \*

—Aquí tiene U.I el negro de que le hablé, míster —le dice Chepe Quino al yanqui.

—¡Oh yes! —éste. —Que pasa a la vapor.

—Pórtate bien, que nada te costará —le aconseja Chepe al negro, quien se dirige a la nave.

Chepe Quino recibe del yanqui el precio convenido, pero no se retira del muelle.

—You pasa al bodega —le decía después el yanqui al negro.

—¿Y porqué? —pregunta Chajuma admirado.

—You arisca, you pode irsa, and you esclava mía.

—¿Esclavo yo...?—abriendo tamaños ojos el pobre negro.

—¡Oh yes! Mi acabar de dar carenta pesos for you, and you al bodega; you arisca.

Entonces Chepe Quino, que observaba desde el muelle la disputa entre el yanqui y el negro, le grita a éste:

—¡Si Chajuma, te he vendido y aquí tengo los reales! ¡Pero no seas bruto, negro de los demonios! ¡Tírate al agua, si no querés que ese *veregüel* te ponga el fierro! ¡Pronto, Chajumita, antes que te amarren! Tírate al agua y vas a salir a la Punta, donde te esperaré con una botella.

Todo fue uno: saber el negro que su *aparcerero* le había vendido al yanqui, y echarse al agua. Media hora después salía a la costa de nuestro hermoso lago: en la *Punta* le esperaba Chepe Quino con una botella de aguardiente.

—Bébetela toda, Chajuma, que bien la has ganado —le decía Chepe Quino al negro, presentándole la botella. Aquí están veinte pesos, la parte que te corresponde, y vamos a escondernos.

Al mismo tiempo el vapor zarpaba con el yanqui burlado.

**AUTORES**

**INICIADORES**

## ADOLFO CALERO OROZCO

(Managua, 1899 – 1980)

Es uno de los fundadores de la narración breve en Nicaragua, configuró una visión rica y dinámica del país y sus habitantes, penetró en su esencial identidad, lo cual justifica los títulos de sus libros.

En su postura de cuenta cuentos abarca el regionalismo en casi todas sus direcciones temáticas, a través de construcciones acumulativas propias del lenguaje oral. Como principal aporte, sus obras relatan vivencias de la infancia y las urbanas, por lo que su mundo se ubica en la Managua de antes del terremoto de 1931, integrado por personajes de extracción social media: artesanos, domésticas, maestras, costureras, empleados públicos, pulperos, etcétera.

En sus obras de carácter narrativo tenemos a: *Sangre Santa* (1940); *Cuentos Pinoleros* (1944); *Cuentos Nicaragüenses* (1975).

## CLAUDIO ROBLES, PADRE DE

## SEBASTIÁN ROBLES

Ya sería más de las cuatro, aquella tarde de julio, en el camino de “Los Guásimos”, cuando el aguacero recio, prolongado, comenzó a ceder. Don Claudio consultó al cielo con la mirada en el rumbo de abajo y en rumbo de arriba y entendiendo que no habría ya más lluvia fuerte por un rato largo, dejó el abrigo bajo el cual se había guarecido, que era un frondoso chilamate, y tomó de nuevo el camino del pueblo. Se cuidaba de ir por las orillas, donde los palos laderos paraban un tanto las gotas que todavía caían y donde el paso estaba mejor, pues hacia el centro todo era charco y arroyos y los carriles carreteros estaban lodosos y resbalosos.

Volvió a querer llover y entonces el hombre cortó con su cutacha una hermosa hoja de chagüite orillero, para que le sirviera de paraguas, y prosiguió la marcha.

Don Claudio no venía pensando en los siembros de su pequeña huerta, ni en el precio del maíz, que ya pronto estaría eloteando. Él venía pensando en Sebastián, su hijo hombre, único que le quedaba después que Claudio José regresó de las minas, arruinado y enfermo, sólo a morirse de tos y calenturitas.

Lo preocupaban mucho las vainas en que últimamente se habían venido metiendo Sebastián y que le costaban ya varias carceleadas al muchacho, sin contar un viaje a Managua, pecho-de-paloma y a pie, de orden del Jefe Político.

—“Bonito está”, —pensaba Don Claudio—, “que mientras los cuatrerros tienen garantías para seguir robando, ese viejo ladrón y desgraciado me persigue al muchacho, me lo encholpa y me lo bruñe”. —Y cerraba sus reflexiones, diciéndose, casi audiblemente: —“Pura tema”.

A ratitos Don Claudio, sin saber por qué, apresuraba sus pasos, pero luego, como si volviera en sí, abandonaba la prisa y volvía a sus cavilaciones y otra vez decía: —“Bueno, esto tiene que pasar... primero Dios”.

Lo cierto era que Sebastián estaba muy mal visto por el Jefe Político y por muchos otros que mandaban en aquella lejana cabecera, sometida, como todo el departamento, a la mano férrea y arbitraria de uno de esos sátrapas lugareños, ensoberbecidos y malos con eme mayúscula, pero que gozan de privanza con los gallos grandes de Managua. También era cierto que Sebastián hacía gala de su rebeldía, que le gustaba ser tenido en el pueblo como hombre valiente y enemigo del Gobierno, resuelto y rajón. Según el barbero, un tipo que gozaba fama de gallo-gallina en las cosas de la política, pero que oía mucho y hablaba más de lo que oía, “Sebastián Robles estaba en la lista...”

Se sorprendió Don Claudio cuando alcanzó un tirón recto del camino, de ver venir un grupo de tres hombres avanzando con evidente prisa sin cuidarse de los charcos ni de la lluvia; de inmediato reconoció a dos de ellos: su yerno y su sobrinito y muy pronto identificó al tercero:

un vecino suyo, antiguo amigo y compañero de sus hijos. El viejo se detuvo un instante pero luego reanudó el andar; se echó al medio del camino él también, tiró la hoja de chagüite y apretó el paso para adelantar el encuentro, porque no le gustó del todo que tres de los suyos vinieran a salirle al paso en horas de su regular regreso a casa y bajo un tiempo perro.

Caminaban de uno en fondo los tres hombres y tría la delantera el sobrinito, que a pocos pasos ya de Don Claudio se apartó para ceder el camino al yerno.

No mediaron saludos. Don Claudio se echó hacia atrás el sombrero y se irguió, mirando al yerno con interrogantes ojos. El sobrinito no dio un paso más y se llevó las manos a los bolsillos; el vecino también guardó silencio. Don Claudio, fue el primero en hablar; dijo:

—“Bueno...” —Su yerno contestó con una sola palabra:

—“Sebastián”; y buscó el suelo con los ojos.

Las gotas de la menuda lluvia seguían cayendo suaves; la arboleda parecía más rumorosa y era todo cuanto se oía en el silencio del atardecer campestre. La mudez del grupo resultaba harto elocuente.

Súbitamente el sobrinito rompió a llorar y se hizo junto al viejo, abrazándose a él. Don Claudio fue presa de una respiración agitada; se le subía y se le bajaba el pecho y con mucho trabajo emitió una voz sorda y honda, entre queja y mugido, y se cogió el labio inferior con los dientes. Una sonada de narices le ayudó a dominarse y logró articular una pregunta:

—“¿Quién?”

El yerno, alzando la vista a los ojos del afligido padre, dijo, como si le contestara:

—“Bala de Mauser”.

— “¡Hijos de la gran...! ¡Asesinos! Pero a ese viejo me lo como yo. ¡Ese desgraciado es mío, sólo mío!” —Y dirigiéndose al yerno, con tono airado, casi a gritos: —“¿Me estás oyendo? ¡Que

nadie se meta! ¡Que me lo dejen a mi solito! ¿Me oyistes?” —Mientras hablaba acariciaba con la diestra el puño de una pistola que llevaba al cinto.

Lanzó otras imprecaciones y emprendió la marcha. Los demás lo siguieron en silencio.

Tras breve rato, hizo al yerno señales, llamándolo para que caminara a su lado, y al tenerlo cerca el preguntó:

—“¿A qué horas...? ¿Dónde fue...?”, —y con esto se entabló entre los dos una conversación a veces vehemente y agitada, a veces llena de pausas y cuando el pueblo estaba ya muy cercano, detúvose Don Claudio y soltándose la faja de la pistola, se la pasó al sobrinito y le dijo:

—“Vos ándate montiando, desde aquí hasta donde las Trejos. Allí les dejas el cuete y les decís que me lo guarden bien, y te vas a esperarnos al Calvario”.

En la casita mortuorio todo era duelo y lágrimas.

Al llegar Don Claudio y acompañantes hubo más llanto y movimiento de gente que se aglomeró en la puerta, para luego abrirles paso hacia el centro del cuarto inmediato, donde tendido sobre una cama-tijera de lona, yacía el cuerpo exangüe del asesinado. Sus ropas estaban manchadas de sangre, en la lona de la tijera y en los ladrillos de barro, por debajo del lecho, había también manchas de sangre.

¡Qué lástima! La varonil figura de Sebastián Robles parecía en joven dios yacente. Había algo de mitológico en las facciones de aquel rostro impúber casi, que la muerte acababa de sellar con esa trágica quietud, trasunto del más allá, siempre misterioso. Inmóviles los vigorosos brazos, realzado el pecho, el cabello en desorden y sobre la amplia frente hacia la izquierda, lívidas lastimaduras causadas al desplomarse el muchacho sobre el suelo.

Porque Sebastián Robles, resuelto y rajón, había sido tirado por la espalda —así tiraban las balas de Mauser.

¡Qué cobardía! ¡Cuánta infamia!

De pie, cruzado de brazos, Don Claudio se quedó por un rato junto al lecho. Ni quejas ni lamento, fijos los secos ojos en la cara del hijo muerto, entre el sepulcral silencioso impuesto por el doloroso cuadro. Después se inclinó un tanto sobre el cadáver y amorosamente, con suaves pases, le limpió un poco el polvo que aún quedaba en las lastimaduras de la frente y le compuso el cabello.

Al incorporarse murmuró: —“Que me le pongan un Cristo”—. Pero ya no pudo más: un recio sollozo lo sacudió y él dio una vuelta, para alejarse de allí. Mugiendo como animal, con los dos brazos en alto, derrotado por el dolor. Regazos de otros hombres llorosos lo acogieron y lo apartaron.

Durante los días que siguieron al vil asesinato se estableció un riguroso temporal en toda la comarca. Llovía más y más. Prácticamente los vecinos quedaron aislados unos de otros, pero aún así llegaba gente enlutada a los nueve días del muchacho, porque la voluntad les sobraba y también por ver a Don Claudio, por observarlo y sacar deducciones, pues sus palabras, sabidas ya de todo el mundo, de que “el viejo desgraciado era suyo”, se interpretaban como una sentencia de muerte contra el Jefe Político, cuya culpabilidad en el repugnante crimen, por otra parte, nadie ponía en duda.

Don Claudio permanecía en casa, viendo llover, recibiendo algunas visitas de pésame, esperando a la gente para la hora de los rosarios, que se rezaban frente a un altar erigido sobre una mesa y unos cajones cubiertos de telas negras y en cuyo centro un Crucifijo y una Dolorosa escuchaban las oraciones y las letanías de los vecinos, por el eterno descanso del alma del difunto.

El dolorido padre pasaba las horas y los días muy poco comunicativo. No hablaba ni a la hora de las comidas. No volvió a proferir amenazas contra nadie y los ratos más largos se los estaba sentado, solo, callado; a veces llamaba al sobrinito, le acariciaba la cabeza, pero le hablaba muy poco: —“Después de los rezos, —le decía— si ya no está lloviendo tanto vamos a ir a estarnos unos diyitas en la güerta, vos y yo, solitos...”

Transcurrieron algunas semanas. Ya en el pueblo se habían apaciguado los ánimos; Don Claudio y el sobrinito habían regresado y otra vez atendía aquel sus labores yendo diariamente a la huerta; salía para allá antes que amaneciera y antes que anoheciera ya estaba en casa.

Un domingo, el yerno fue a esperarlo a la salida de misa, y con cara de malas noticias le contó que el Jefe Político estaba gravemente enfermo, que un médico de Managua había llegado la tarde anterior solamente para asistirlo y que, según había oído, se trataba de una antigua dolencia que lo afligía desde mucho tiempo antes.

—“¿Grave?” —preguntó Don Claudio con incrédulo tono, y como quien monologa: —“No puede ser. No sería justo que ese bandido pelara el verde en su cama, como cristiano. Ese hombre es mío” —sus facciones cobraban dureza, —“tiene que ser mío y pagar lo que debe”-. Y luego, volviéndose al yerno: —“Vas a ver que ese doctor de Managua me lo deja curado. Yo lo quiero vivo, y bueno y sano. Así lo quiero yo”.

El yerno prefirió no contradecir, pero en el pueblo toda la gente decía que el Jefe Político, de ésta no se levantaba.

Más tarde, de otras fuentes, Don Claudio vino sabiendo que lo del graves se ponía cada vez más prieto; el médico recién llegado había hecho venir a otro colega suyo, también de Managua, que debió ser de más campanillas que el primero, pues vino al lugar sólo por pocas horas, con unos aparatos extraños que se conectaban con electricidad para que funcionaran. Por eso habían puesto a andar la planta eléctrica en pleno día, y toda la gente vio como las luces de las calles se encendieron a las onces de la mañana, y se preguntaban que le estaría haciendo al enfermo el otro doctor, el de los *chunches* raros.

Situaciones muy extrañas suelen ocurrir en esta vida y harto singular resultaba vehemente interés de Don Claudio por la salud del victimario de su hijo. Se tornó menos huraño, el buen hombre; retrasaba su partida a la huerta y al regresar, más temprano que de ordinario, entraba a la casa preguntando qué se sabía del grave.

Un día de esos vino el yerno y le habló así:

—“Vea Don Claudio, yo no había querido contárselo, pero todo el mundo lo sabe y lo dice, que a ese viejo desgraciado ya le está llegando su sábado. Va de viaje”. Muy mal le cayeron al Señor Robles tales palabras y con vos casi airada replicó —iNo puede ser!—, y siguió luego, con tono razonable y como si se lo dijera a sí mismo: —“La Dolorosa me lo tiene que salvar”.

En seguida se fue en busca de una antigua lamparita votativa que la noche de la vela de Sebastián había permanecido encendida, puesta en el suelo cerca del lecho mortuario, y al encontrarla la limpió y la cebó él mismo y fue a colocarla al pie de la Virgen Dolorosa.

Junto a la imagen de la afligida Madre de Dios, el padre adolorido, con el corazón sobrecargado por la apasionada sed de vengar el agravio, encendió la lámpara con un voto por la salud de su enemigo. No quería que el ser odiado muriera en su cama “como cristiano”. La Virgen tenía que hacerle el milagro de sanarlo, de guardar aquella vida ahora en peligro, para que fuera él —Claudio Robles, padre de Sebastián Robles— quien la segara con su propia mano, viendo al enemigo caer a sus plantas, tinto en sangre, con cara de espanto, y que supiera que era él —Claudio Robles, padre de Sebastián Robles— quien le había perforado el pecho a tiros de pistola, dados con mucha gana y frente a frente.

Encendió la lámpara y se postró ante la Dolorosa. El fervoroso ruego le salió del corazón.

—“Virgencita linda: a vos también te mataron a tu hijo, ide malas! Vos sabés que un hijo duele mucho. Yo también vi al mío muerto y ensangrentado. Vos eras mujer, Virgencita, y por eso no pudiste hacer nada. Pero yo soy hombre, a mí me toca matar al asesino... Pero si vos te lo llevas antes que yo lo haya ni tocado, se va debiéndome. Sé buena, Virgencita, que yo te adoro, y cúrame a ese hombre porque si vos quieres, podés”.

Se quedó todavía un rato arrodillado, después de terminada su oración, y al levantarse vio como en la penumbra del humilde altar, la luz se reflejaba sobre la hoja del puñal que la imagen mostraba clavada en pleno pecho. Don Claudio se llevó la diestra a su propio pecho: él también sentía allí mismo otro filoso puñal; pero no pudo tocarlo porque lo tenía muy adentro, pero allí estaba...

El Jefe Político iba de suena. La lamparita seguía encendida, día y noche, al pie de la Dolorosa; mas cada vez había menos posibilidades de que el milagro ocurriera.

Efectivamente, una mañana, bien tempranito todavía, vino el yerno a buscarlo:  
—¿Ya supo? El viejo peló el ajo anoche. Vengo de pasar por allá, y es un hecho”.

El vengador frustrado escuchó las nuevas con amargo desagrado: entreabiertos los labios y apretados los dientes, la expresión de su rostro cobró un algo de fiera acorralada. No habló. Volvió los ojos hacia el altarcito con mirada rencorosa. Se fue junto a la Dolorosa. Cogió sin miramiento la lámpara que aún estaba encendida y la tiró por una ventanilla que daba al solar.

## UNA TRAGEDIA EN EL CAMPO

Esta es una iguanita joven y luciente, huérfana de padre y madre, que tenía su morada entre pedregales de un cerro aldeaño de Diriomo. Cerca de sus piedras, la iguanita contaba también con un árbol de quelite que invierno y verano se mantenía verde y umbroso, al cual se solazaba ella en trepar por las tardes después de haber tomado prolongados baños de sol sobre un pedrejón limpio y cálido, situado junto a la entrada de su pequeña cueva: ella vivía íngrima y sola desde la trágica desaparición de papá y mamá, víctimas de la voracidad de iguaneros diriomeños que la cuaresma anterior los habían atrapado en una misma redada.

Nuestra iguanita se distinguía por su pulcritud y también porque era de natural sobrio y nada locuaz, contrariamente a los modales de muchas otras iguanas serranas, que suelen ser parlanchinas y murmuradoras y muy inclinadas a meter sus narices en las cosas ajenas, y que asimismo son hartos golosas cuando dan con alguna planta cubierta de verdes retoños, como es frecuente verlas en los solares de Diriomo donde los dueños se cuidan de que a sus siembras no les falte riego.

Aparte de que su juventud y hábitos refinados mantenían a esta simpática iguanita en privilegiado goce de sus graciosas líneas, esbelta y vivaz, ella se cuidaba bien de no incurrir en nada que fuera o pareciera vulgar; y, claro está, semejantes calificaciones, no muy frecuentes en comunidades nicaragüenses —y menos aún entre iguanas solteras—, le valían a nuestra amiga la mal disimulada hostilidad de sus vecinas, que la fisgaban día y noche y husmeaban sus pasos, ansiosas de sorprenderla alguna vez fuera de guardia, y que se irritaban de no encontrar nunca nada que empañase siquiera la personalidad de aquella irreprochable iguanita, y más todavía por tener que seguirla respetando.

Ella se daba perfecta cuenta de todo eso y se empeñaba más en mantenerse parca y en bastarse a sí misma; sabía guardar su cabecita en alto, sin insolencia pero con dignidad y se gozaba discretamente conservando sus prestigios siempre a flote. Por otra parte, jamás se lamentaba de calamidades ni dolencias con las visitas, que algunas recibía, ni andaba pidiendo favores, ni recetas, ni consejos a nadie. (Fue tal vez este prurito de no pedir consejos, lo que al final de cuentas acabó por perjudicarla.)

Sucedió, pues, que un jueves —más bien la tarde de un día jueves—, víspera de viernes de dolores, cuando ya la cuaresma estaba por terminar y consiguientemente también el cruel asedio de los tramperos llegaría a su fin, nuestra iguanita, la iguanita prudente, la iguanita independiente, la hembrita de curvas aerodinámicas y altivo porte, en momento fatal, divisó un verde retoño luciendo a su alcance en la rama de un arbusto cercano a su cueva y cediendo a la tentación de lo tierno (no se olvide que ella era joven e inexperta), hacia el retoño encaminó su mesurado paso; y todavía sin haber llegado a alcanzarlo, cayó la iguanita en artero lazo...

Su primer impulso, de indignada rebeldía, fue desasirse, romper las cuerdas que la sujetaban, iliberarse! Inútil empeño: el malvado lazo, mañoso y corredizo, antes bien la estrechaba y reducía con mayor fuerza. Estaba cogida del cuello y del abdomen.

Se sintió perdida. Su inexorable destino eran ahora un asador, un fogón, un menú sin carne y los dientes mal cepillados tal vez de cualquier buen cristiano, fiel cumplidor de las ordenanzas cuaresmales de ayuno y abstinencia, en la diócesis granadina.

Oh, lamentable trance... En plena juventud... No porque se trate de un humilde animalito es menos dura la adversidad de caer uno en infame trampa y en vez del suave bocado que ya se

contemplaba, hallar muerte segura. ¡Y en qué forma! No entre tus deudos y herederos, listos a cerrar amorosamente tus ojos y despedirte luego con una oración, sino más bien a manos de una cocinera sin corazón y ante la impaciente espera del glotón que ha de engullirte como si uno fuera longaniza.

Sin embargo, convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, la iguanita del cerro diriomeño aceptó el trágico sino que la había atrapado, como a sus llorados padres, como a tantos otros de sus congéneres.

Recobró su compostura; esperó a que se evaporaran las lágrimas que, como era lógico y natural, habían empañado sus ojos, casi siempre imperturbables y serenos y aguardó también con ánimo espartano la llegada del iguanero.

Siguieron las operaciones de rutina en caso; semejantes y la más dolorosa de ellas fue cuando el susodicho iguanero le cosió la boca a la iguanita con fibras de corteza de platanero.

Aunque ella, la prisionera, nunca había sido locuaz, le disgustó muchísimo darse cuenta de que no podría emitir palabra sin lastimarse las puntadas que hacían sangrar su boca; había que estarse calladita; y calladita habría esperado su triste fin nuestra infortunada amiga, a no haber sido... Pero esto tiene que contarse en otro párrafo.

Rápidamente cundió en el iguanil vecindario noticia de la caída de la pundorosa jovencita:

—« ¿Supiste? Cayó la de la cueva del quelite»

—« ¿Ya cayó? Y ¿con quién?»

—« Bueno... No cayó con nadie; cayó en las redes del iguanero.»

—« ¡Ah...!»

—«...y mañana viernes, a estas horas, ya se la habrán almorzado... tal vez en pinol.»

—«Y ahora, ¿qué dirá la se-ño-ri-ta?»

La inocente víctima había sido atada en las coyundas de la albarda del iguanero que montaba viejo jamelgo para sus depredaciones; ya la arrancarían de sus amados lares para no regresar jamás.

Un grupo de iguanas de su misma edad tomaron el atajo y apresuradamente marcharon a coger sitio al borde del camino sobre el cual la infeliz debía ser conducida al mercado de la ciudad vecina, donde es fama que los saurios cerreros tienen segura bienvenida en las mejores mesas.

Allí venía la iguanita. Las del grupo la divisaron. Ella también divisó a las del grupo y no esperó simpatía ni compasión de tales comadres. Sabía bien que las inducía a contemplar su partida, no conmiseración ni pena, sino el mal deseo de ver por fin desmoralizada y abatida a quien en toda circunstancia supo lucir arrogante y ufana.

Esperaban encontrarla deshecha en llanto, implorando auxilio... pero, para eso son las piedras: ¡para que algunos se den con ellas en los dientes!

Ya pasaba frente a ellas. Las iguanas curiosas se la comían con los ojos. Sin embargo, al mirarla de cerca se atemorizaron y guardaron silencio.

Pero una de ellas, la más audaz y quizás la más fea, se atrevió y alzó la voz:

—«Adiós, pues... Y ahora ¿para dónde se las lleva?» (Un tono de cruel ironía desnudaba el verdadero sentido de aquella pregunta.)

Y la amiga nuestra, la que jamás dio su brazo a torcer, la que supo siempre ser quien era, sobreponiéndose al dolor de su boquita groseramente cosida y con el tono superior de esas muchachas que hablan varios idiomas, se recogió y pudo responder:

—« ¡Voy a pasar la semana santa... a Granada!»

## JOSÉ CORONEL URTECHO

(Granada, 1906 - Río San Juan, 1944)

Poeta, ilustre conversador, maestro de generaciones, traductor de poesía francesa y norteamericana, político, ministro de estado y diplomático, teatrista, ensayista, novelista y cuentista. Fundó el Movimiento de Vanguardia en compañía de Luis Alberto Cabrales.

En sus obras tenemos: Rápido Tránsito, Narciso, La muerte del hombre símbolo, Fragmentos relacionados, prosa. Su última producción, Prosa reunida (1985), Editorial Nueva Nicaragua.

La influencia de José Coronel Urtecho, a partir de 1927, inicio del movimiento de vanguardia, ha sido además de fuente inteligente de producción literaria, un ejemplo palpable de un hombre con una bondad y una inteligencia admirable.

## EL MUNDO ES MALO

—Pitirre conoce un nido de chorchitas —decía el diablo.

—Pero Pitirre no se lo enseña a nadie —decía el niño.

—Sólo por cinco cigarros —decía el diablo.

—Si faltan los cigarros me cuerea mi papá —decía el niño.

—Tu papa anda bebiendo guaro en La Azucena —decía el diablo

El niño miraba la gaveta.

—Ya las chorchitas están emplumadas —decía el diablo.

El niño se acercaba a la mesa.

—Mañana empiezan a volar —decía el diablo.

El niño abría la gaveta.

Quién anda en la gaveta —gritó desde la cocina la mamá.

—Decí que andas buscando tu cortaplumas —decía el diablo.

—Yo, mamá, que ando buscando mi cortaplumas —gritó el niño, metiéndose los cigarros en el bolsillo.

Pitirre estaba a la orilla del río.

—¿Qué estas haciendo? —dijo el niño.

—Nada —dijo Pitirre.

—Vos conoces un nido de chorchitas —dijo el niño.

—¿Quién dice? —dijo Pitirre.

—El diablo —dijo el niño. —Mentiras —dijo Pitirre.

—Júralo —decía el diablo.

—Por esta —dijo el niño.

—Ya juraste en vano —dijo Pitirre.

—Decile me condeno —decía el diablo.  
—Me condeno —dijo el niño.  
Te condenas —dijo Pitirre.  
—Saca un cigarro —decía el diablo.  
El niño sacaba un cigarro.  
—Dame la chiva —dijo Pitirre.  
—Si me enseñás el nido —dijo el niño.  
—Pues no —dijo Pitirre.  
—Pues no fumas —dijo el niño.  
—Ni vos—dijo Pitirre.  
—Masiemos que fumo —dijo el niño.  
—No tenés fuego —dijo Pitirre.  
—Voy a traer un tizón —dijo el niño.  
—Si me das cinco cigarros te enseño —dijo Pitirre.  
—Bueno —dijo el niño.  
—Andá, trete el tizón —dijo Pitirre.  
El niño no se atrevía a entrar en la cocina.  
—En la cocina está mi mama —dijo el niño.  
—Llama a la Socorrito que te lo saque —decía el diablo.  
La muchachita estaba junto a la puerta de la cocina.  
El niño la llamaba por señas desde largo. La muchachita lo miraba desconfiada.  
—Vení —dijo el niño.  
—¿Qué? —dijo la Socorrito.  
—Vení —dijo el niño.  
La muchachita se le acercaba.  
—Andá treme un tizón a la cocina —dijo el niño.  
—Andá vos —dijo la Socorrito.  
—Pégale —decía el diablo.  
—Si no vas te pego —dijo el niño.  
—¿Para qué querés tizón? —dijo la Socorrito.  
—Para prender un cigarro —dijo el niño.

—Si me das uno —dijo la Socorrito.

—Bueno —dijo el niño.

—A ver —dijo la Socorrito.

—Andá primero —dijo el niño.

La muchachita se iba a traer al tizón a la cocina.

—¿Te gusta? —decía el diablo.

—Sí —decía el niño.

La muchachita volvía con el tizón.

El niño cogía el tizón.

—A ver mi cigarro —dijo la Socorrito.

—Decile solo que juguemos a los casados —decía el diablo.

—Solo que juguemos a los casados —dijo el niño.

—Dame primero mi cigarro —dijo la Socorrito.

—Tómalo —dijo el niño.

El niño y la muchacha encendían sus cigarrillos con el tizón.

—Vamos, pues, a jugar a los casados —dijo la Socorrito.

—Primero vamos a ver un nido —dijo el niño.

Pitirre los esperaba a la orilla del río.

—A ver mis cinco cigarros—dijo Pitirre.

—Tómalos —dijo el niño.

—Onde está el nido —dijo la Socorrito.

—¿Cuál nido? —dijo Pitirre.

—El nido —dijo el niño.

—Te engañé, baboso —dijo Pitirre.

El niño cambiaba de colores.

—¿Son mentiras? —dijo la Socorrito.

—¡No pues! —dijo Pitirre.

—A ver mis cigarros —dijo el niño.

—Tomá —dijo Pitirre, haciéndole la guatusa.

—Mentale su mama —decía el diablo.

—Tu mama —dijo el niño.

—La tuya —dijo Pitirre.

—Decile tu papa es ladrón —decía el diablo.

—Tu papa es ladrón —dijo el niño.

—Y tu papa es picado —dijo Pitirre.

—Más picado el tuyo —dijo el niño.

—Tu papa tiene cara de lechuza —dijo Pitirre.

El niño estaba enfurecido. Pitirre se reía. La muchachita los miraba al uno y al otro. El niño se contenía para no llorar.

—Tu papa le pega a tu mama —dijo Pitirre.

—También mi papa le pega a mi mama —dijo la Socorrito. El niño estaba ciego de rabia.

—Córtalo con tu cortapluma —decía el diablo.

El niño estaba sacando su cortapluma. Pero Pitirre era más fuerte, le arrebatava el cortaplumas y le pegaba.

El niño, dando gritos, corría en busca de su madre.

—Ya salió llorando —dijo Pitirre.

—Cochón —dijo la Socorrito.

Cuando quedaron solos Pitirre y la muchachita, el diablo quedó con ellos, mirándolos y sonriendo.

—¿No tenes nido, pues? —dijo la Socorrito.

—Tres tengo —dijo Pitirre.

—Dame uno —dijo la Socorrito.

—Sólo que hagamos aquello —dijo Pitirre.

—Primero dame el nido —dijo la Socorrito.

—Después —dijo Pitirre.

—Júralo —dijo la Socorrito.

—Por ésta —dijo Pitirre.

—Bueno—dijo la Socorrito.

El diablo no tenía nada que decir y se pasaba la lengua por el hocico. Tenía sueño y se durmió.

## LA DIOSA COJA

El turno de trabajo empezaba a las seis de la tarde y terminaba a las dos de la mañana, con una hora de comer y fumar —entre once y doce de la noche—. El trabajo se reducía a ensartar cafeteras en hilos de alambre, cinco o seis cafeteras en cada alambre, juntar cinco sartas de cafeteras haciendo un moño en una punta, lo que había que hacer dando vuelta en el aire a cinco alambres juntos, colgar las sartas por un rato, de unos tubos electrizados que pasaban encima de unas pilas llenas de líquidos hirvientes, sacarlas luego, secarlas enseguida, haciéndolas rodar sobre un montón de aserrín y finalmente volverlas a colgar en otra parte, para empezar otra vez la misma cosa con nuevas sartas. Lo más difícil era colgar las piñas de cafeteras del tubo electrizado sobre las pilas galvanoplásticas, porque éste daba fuertes golpes eléctricos, con lo que uno, del susto, soltaba los alambres y caían ruidosamente todas las cafeteras dentro de las pilas, de donde había que sacarlas con un rastrillo, bajo una lluvia de maldiciones que lanzaba sobre el culpable, el *boss* o capataz fingiéndose enfurecido. Este *boss* era un *wap*, un italiano-americano, chato y fornido, con un tremendo vozarrón que simulaba una ferocidad de Ópera Cómica y que lo natural hubiera sido que prorrumpiera en un aria de vituperios, porque realmente parecía un Caruso de arrabal; el cual salía del trabajo como a las once de la noche y era sustituido por otro *boss* con aire y modos de codero trasquilado, un verdadero yanqui de caricatura: alto, encorvado, seco, de un blandor hemofílico, como un maestro de escuela dominical —con dos o más siglos de Nueva Inglaterra en la sangre—, pero visiblemente degenerado, la cara laminar, la barbilla salida, muy hundida la boca de labios invisibles, la nariz agudísima, los ojillos de ratón, enteramente idiota, inocentón y puritano, que a la hora de comer leía, apartado de los demás, una mugrienta Biblia, y respondía con extrañada desconfianza a las preguntas que se le hacían, como si el hecho de preguntarle fuera una cosa rara, y otra cosa más rara todavía el que él tuviera que contestar. De sus contestaciones, sin embargo, se deducía que estaba íntimamente convencido de que vivía en el mejor de los mundos posibles.

No así los jornaleros mexicanos, para los cuales los Estados Unidos eran un infierno en que sólo podía vivirse para ganar dinero a costa de tormentos incomprensibles, mientras el cielo, el lugar de la dicha, era México.

Aquellos mexicanos tenían su manera de darle importancia a las cosas hablando de ellas como si en realidad no tuvieran ninguna, con una melancolía bien sazónada que era como la quinta esencia de la alegría, como si ya gozaran más allá de la muerte —muerte que estaba perennemente presente en ellos, a manera de un punto de partida, desde el que el se acercaban a la vida con exquisito desapego, con una especie de pasión recóndita y secreta, una pasión de ascetas que parecían extraer de alguna misteriosa verdad radical, poseída por ellos aún sin saberlo. Daba gusto escucharles a la hora de la comida cuando se sentaban a comer en rueda, tacos con guacamol y tortillas con frijoles, cerdo hornado o chorizos que ofrecían a los demás trabajadores, y conversaban con su inquietante suavidad, su inmotivada dulzura, que a veces adquiría un tonillo siniestro, y su humor agridulce, subterráneo —tan diferente al franco, sano, ruidoso y superficial humor del pueblo norteamericano—, y referían cosas de las que nunca se podía saber si eran verdad o mentira. Sobre todo, uno de ellos, un muchacho blanco, epiceno, que había trabajado en los barcos pesqueros del Océano Ártico y parecía complacerse en contar cómo los marineros lo torturaban para hacerle toda clase de infamias, dando detalles espeluznantes y repulsivos con desconcertante mansedumbre y con esa peculiaridad tan mexicana de quitarle toda la vulgaridad a lo vulgar.

Otro de ellos era un mestizo de aire inocente y puro, que refería cosas interminables, pasajes y momentos enteramente insignificantes de su vida, que no tenía ni pies ni cabeza, ni principio ni fin. Trabajaba a mi lado en unas cajas de cafeteras parecidas a fuentes de impresor, y no dejaba ni un instante de hablar, como si hablara sólo consigo mismo, rememorando casi siempre viajes que había hecho de un pueblo a otro y de una finca a otra finca. Decía por ejemplo, o mejor dicho, iba diciendo, que él había salido una mañana, muy de mañana, casi de madrugada, para ir a cierto pueblo a ver a un compadre al que no había visto hacía tiempo y tenía deseos de verle porque tal vez había estado enfermo, pues nada había sabido de él hacía tiempo. Había salido muy de mañana por el camino que estaba seco, pues no había llovido y era una mañana muy agradable con un vientecito que estaba soplando y los árboles limpios

meneándose apenas y el camino sin polvo y de ese modo daba gusto caminar y no dejaban de cruzar sus conejos por el camino y al rato de caminar llegó a un arroyo que corría entre piedras y al otro lado del arroyo estaba una mujer, con sus dos muchachitos, una muchachita mujer y un muchachito varón con motetes de ropa en la cabeza y la mujer era alta y flaca.

—¿Descalza?

—Descalza, claro, y con el pelo suelto. Y cuando lo vieron venir a él se quedaron parados al otro lado del arroyo y la mujer traía en el hombro una lora. Y así continuaban monótonamente, con cierto extraño encanto, hasta que terminaba de ensartar cafeteras, muy lejos todavía del pueblo de su compadre. Y al día siguiente me contaba otra cosa distinta que era exactamente lo mismo que la anterior.

Aunque eran reservados con los extraños, un día me invitaron a acompañarles el domingo el domingo siguiente a un restaurante mexicano de la Sexta Avenida, donde había una chica en Puebla con la cara más linda de todo San Francisco, según me dijeron. Cuando llegué, ya todos ellos estaban sentados en una mesa alrededor de la muchacha, que en realidad tenía un rostro hermoso, aunque tal vez demasiado estatuario, un poco frío, pero indudablemente noble, altivo, con un perfil muy puro, que recordaba las brillantes fisionomías de las mujeres del norte de España. Casi sólo ella hablaba y era graciosa, alegre, zalamera, cuando lo hacía, con ojos penetrantes y decidores y una sonrisa franca, espontánea, atractiva, que humanizaba y llenaba de vida su cara de estatua. Tenía una conversación muy suelta que los hacía sentirse a todos fascinados, como si hablándoles a todos juntos se dirigiera únicamente a cada uno en particular. Todos ellos parecía que la adoraban, y su mayor placer era hacerla cantar canciones mexicanas —tenía una voz agradable y cantaba con sentimiento—, mientras que cualquiera de ellos la acompañaba con la guitarra. Entiendo que era hija de los dueños del restaurante y que les ayudaba a servir las mesas o atender a los parroquianos. Hubo un momento en que la llamaron de la cocina —no recuerdo cual era su nombre— y al levantarse se fue de lado como si se cayera, con lo que me produjo un sobresalto y estoy seguro que hice un movimiento para ayudarla. Pero ella siguió adelante como si nada, como si ya se hubiera erguido y volviera a escapar de caerse, volviendo luego a erguirse y a escapar de caerse, porque era lastimosamente coja, con la pierna izquierda mucho más corta que la derecha.

El contraste de aquella violenta cojera con la serena belleza de su cara, con la frescura de su piel, el esplendor de su juventud y la alegría de su carácter, me causó una impresión demasiado penosa. Los mexicanos no se dieron por aludidos como si aquello fuera la cosa más natural del mundo. Yo no les dije tampoco nada, pero ya no volví a acompañarles a su restaurante favorito donde reinaba su diosa coja.

## PABLO ANTONIO CUADRA

(Managua, 1912 - 2002)

Poeta, teatrista, ensayista, prosista y periodista. Arquetipo del intelectual Nicaragüense. Hasta finales del siglo XX, promotor y organizador del Movimiento de Vanguardia. Fue Director de la Academia Nicaragüense de la Lengua, y codirector del diario La Prensa, y director del suplemento La Prensa Literaria y de la revista El Pez y la Serpiente.

Su obra narrativa se encuentra en: Esos rostros que se asoman en la multitud (Editorial El Pez y la Serpiente); y en Obra poética Completa, tomo VIII (Libro Libre), que contiene el cuento de Agosto(1961), y ¡Vuelva Güegüense! (1970)

## AGOSTO

«Pajo Alto» o «el confín del abandono» como le llamaron los viejos, es la última llanería antes del gran misterio: detrás se inicia la selva, levanta su cortina de árboles gigantes y torpes, de verde húmedo tiniebla, apretados sobre el fango, solidarios contra el viento y contra el colérico sol que, día a día, ataca y se retira babeado por los sapos, hostigado por erizos, gavilanes, impotente y cárdeno.

Bordeamos el silencio. La tarde todavía juega sus últimos azules en la sabana y un pequeño cielo gris claro se refleja en cada huella sobre el fango del caballo de Villagra. Por aquí hemos pasado muchas veces. No más lejos. Nunca al territorio prohibido de la serpiente, donde los madereros y los raicilleros, con sus capas de hule, recogen leyendas oscuras o gritan lejanos para nunca volver. «Un campisto aquí termina su oficio» —dice Villagra, señalando el final del llano—. «El caballo es para cielo abierto».

Hemos venido conversando. Hijo y nieto de campistos Villagra hijo Villagras, Nicanor, se hastió del Instituto de Granada y volvió a los llanos. «¡Historia patria! »,—dice burlón. Y repite de corrido párrafos escolares de memoria para concluir:  
— «Mi abuelo y mi tata anduvieron la historia rifle al hombro... ¡para esos cuentos me querían arrancar del caballo!

Me lleva diez años. «Yo nací cuando la revolución contra Zelaya, vos cuando la guerra de Mena». Ataba sus memorias a sucesos como su caballo a los postes del cerco. Su madre llevaba la historia por embarazos. «Cuando la barriga de Concho fue la gran llena». Y más dramática su abuela enterraba un hijo al pie de cada fecha histórica: «Cuando el 93 me mataron a Bernabé» o bien, “fue cuando la guerra contra el yanqui que perdí a Genaro”.

De pronto los ruidos de la selva se apagan. Miles de insectos, miles de alas, antenas y aguijones suspenden su infatigable labor: ¡Conozco ese silencio!

— «¡Mira! »

Nicanor Villagra baja del caballo. «¡Esta vez ni siquiera esperó la noche! »

Inclinándose examina la huella. Atrás venía mi perro, cansado y lastimoso, esquivando los lugares hondos de fangos y deteniéndose sobre las matas de zacate con la lengua sucia y babeante. Olfatea la huella y llora. «Se está meando», digo. Villagra lo aparta. Es injusto con el perro. Le niega raza porque viene de la ciudad. Se inclina y mide la huella, la marca enemiga.

— «¡Historia patria!» —vuelve a decir—. No es profunda, pero sí áspera; pesada y sin embargo liviana, ágil, tal como racimo de cólera apretado sobre la tierra: ¡La Zarpa! Conozco ese leve temblor en las orejas de mi potrero. ¡La Zarpa!, la firma del rey brutal ordenando su miedo y el de toda carne sujeta a su imperio nocturno.

—«¡Esta es la historia patria!» —dice, escupiendo el suelo. Señala con el cabo del rebenque el rumbo. Historia impresa sobre fango y sangre, como toda historia.

—«Lleva siete años» —dice. Yo guardo silencio. ¡La Zarpa! ¿De quién era la zarpa en esos largos siete años de obsesión?

Dos veces fue llamado para una revolución y dos veces regresó por veredas porque el movimiento había fracasado. Entonces volvía al «confín del abandono» a repasar las páginas de la muerte: el ternero devorado, el potrillo perseguido y sacrificado casi frente a la puerta del rancho; la vaca herida a mansalva, en el atolladero, con el salvaje mordisco en la ubre henchida. Y siempre la huella, ancha, no profunda pero sí áspera, pesada y sin embargo liviana y siempre la misma denuncia deprimente del silencio.

—¡Que se calle ese perro! Tengo que golpearlo. «Aquí hay huellas de coyote» —digo.

—Va para Palo Alto —insiste Villagra, sin oírme, hundiéndose con cólera hasta la ceja, el sombrero. Inclutados seguimos, en el llano fangoso, la marcha armoniosa y elástica, como leyendo los signos en una partitura. Aquí gira y escapa la huella loca —el casquito profundo y la carrera burguesa— del sahino. Aquí salta el venado: sus tensos delgados músculos de ballesta hundieron el fino miembro para la estampida. Todos abren paso, todos ceden al sigiloso poder, el llano; la felpuda alfombra al rampante monarca.

Mi perro, atrás vuelve a llorar. No es llanto de dolor, repetido y lastimero. Gime en bajo y el gemido se prolonga hacia lo alto, erizo, aullando miedo, como un sonido lineal y negro sobre la tarde. Lo callo. Asoma la luna sobre el fondo de la selva, humeando. Su lechosa claridad empalidece y hace profundo, anémico, el crepúsculo.

—«Se está metiendo entre dos luces» —dice Villagra, deteniendo un instante su caballo. Es la primera vez que sonrío. Vuelve el rostro hacia la selva que ha quedado atrás entintando el horizonte entre el llano y la luna. Quiebra la escopeta, sopla el cañón con fuerza como quien insufla espíritu demoledor, mete dos cartuchos y cierra.

—«¡Vamos!».

Entonces vemos contra el camino del sol la silueta alargada de los campistos. Vienen gritando. Villagra se alza sobre los estribos:

—¡Hijos de su madre!... ¡Todo lo hacen grito!

Aún no distingo la voz distante; pero veo el salto gallardo de los potros. Uno de los hombres agita el sombrero, avanza, hasta que su palabra crece, golpea, cincela el escudo de la luna pétrea con su nombre: «¡EL TIGRE!» El grito se repite, atrás, regresa. ¡EL TIGRE! Llena el llano de un nombre feudal y agresivo.

Villagra quiere callarlos, pero de nuevo avisan señalando al oeste:

—«¡El tigre ataca al rodeo de Palo Alto!»

Frena en seco el potro. En su potro se dibuja un gesto doloroso. Me mira como quien cita un testigo. Es «¡Palo Alto!» El rodeo de su infancia, con su cielo sabanero sostenido por el árbol, el alto árbol, el guanacaste donde hacen alto las loras, las urracas, los güises matinales y los pájaros emigrantes. El árbol de los balidos. De la vacada paridora, de la yeguada chúcará. Y «La Lirio» de blancos cuernos, la madre antigua, caída acaso. Y «La Enlutada», negra y mugidora sacrificada tal vez por la ciega crueldad; las vacas de honor, las que dieron a la hacienda su orgullo y su precio, las del rodeo de «Palo Alto» custodiadas por el bronco «Clarín» tu preferido, tu aguerrido toro tigrero: allí está; ¡a prueba! Lo leo en tus ojos, Villagra, y tú también lees en mi corazón el texto de una rebeldía. ¡Es la hora!

—Llévense ese perro y cuiden desde «el breñal de los pijules» —grita a los sabaneros. Luego, con la mano que empuña el fusil, hace un gesto:

—¡Adentro! Gesto de ataque, de rebelión, gesto de guerra contra ti Augusto, alevoso Poder.

Galopamos.

Manuelita, Virginia —en honor a mi abuela, «la santa señora» que decía el viejo Villagra— y Nicanor, eran los tres últimos de los doce hijos. Nicanor estaba destinado a alcanzar la ciudad, los números y las letras. Pero se dormía de aburrimiento entre cuatro paredes, montando sobre el inmóvil pupitre. Hizo la primaria. Cumplió los diez y ocho años. Se fugó del Instituto a la primera revolución. Lo detuvieron a tiempo, mis padres, arrastrando un largo rifle «Mauser» y echando rosquillas en el salveque de balas mientras esperaba la partida del tren de guerra en la estación de Granada. Lo devolvieron a la Hacienda. El viejo Villagra lo recibió con una vara de tamarindo y le cruzó las espaldas.

—Si no quisiste ser don, ahora vas a ser duro. ¡Chontales pide hombres!

Manuelita y Virginia lloraron. Pero lo madrugaron con los tres sabaneros, a «Palo Alto», el confín del abandono, como le decían los viejos; allí donde pastaba el ganado viejo; la última sabana reservada sólo para la crianza; el fin de la historia donde lloraba Diciembre sobre los cueros, casi genealógicos, de las reses bisabuelas que caían en el año y nacía la raza chúcara entre la libertad y el fango. Se acabó el diminutivo, el muchacho, el «cumiche». Pero eso quería. En eso soñaba sobre cada página de la gramática.

(Galopamos).

En eso soñaba cuando tragaba párrafo a párrafo, al áspero alcohol de la «Historia Patria». Detrás quedaba la selva. La espalda de la República. El sombrío origen de las tribus, reemplazado, de tiempo en tiempo, por el avance de las revoluciones, por la llegada de las tropas que surgían de la manigua devorando los ganados. Por allí aparecían los generales. Por la línea alta, de verde húmedo tiniebla; hechos de lodo y oscuros como el canto del Pájaro-

León, envenados por la toboba, silenciosos, desconocidos; pero sus nombres numerosamente pronunciados por la muerte. Allí junto al gran misterio, aquella mañana, lanzó el potro sobre el coyote, a rienda suelta, aventando sus gritos que recogían los loros y las lapas en la algarabía verdirroja del amanecer. El coyote se disparó sobre el charrial de los pijules, azorado, deseoso de no correr, indeciso, mirando de reojo si la percusión merecía avanzar sobre el cansancio o bien utilizar una pequeña estratagema, ocultarse en el charrial o despedirse. Y entonces, titubeó. Llegó algo a su olfato alerta y titubeó y Nicanor ya no tuvo tiempo de descargar su machete. Vio levantarse sobre las altas hierbas y espinos brillantes, manchado, poderoso tigre. No escuchó ruido. Fue en relámpago sólido, concretado en músculos tensos, silencioso, potente, surgido del suelo, que cruzó un segundo sobre las más altas hierbas y espinos y desapareció. Su piel brilló a la luz y pareció detenerse mucho tiempo en el aire, lustroso, como un tronco robusto y brillante arrojado a lo alto, pero arrojado por su impulso, convertido, solidificado en el puro impulso, sin que quedara una línea del cuerpo o una mancha ajena a aquel salto poderoso, limpio y solitario.

Nicanor frenó. Fue su mano la que tiró a fondo de las riendas, mientras el ojo se entregaba a todo retener el silencioso, eléctrico, muscular relámpago. Y el potro paró en seco y hundió los cascos al borde del charrial y quedó tembloroso, agitado, pero inmóvil, posesionado, pidiendo a su complemento humano la orden que lo sacara de su perplejidad y su temor. Pero Nicanor le bajó el tapojo, amarró del jinetillo, tensas, las riendas, y saltó a tierra. Fue una operación de segundos. Detrás del salto había oído, dentro del charrial, un sonido opaco y mortal. Se abrió paso entre espinas, arrayanes y hierbas a machetazos. El coyote ya lejano, miró hacia él, curioso, interrogante, desde la llanura. Su corazón se lo había dicho y allí estaba: caída, abierto el pecho, asfixiándose en el hervidero de su propia sangre, sus grandes desorbitados ojos mirando a Nicanor, espiando su llegada con un dolor profundo y una ternura casi humana en la vidriosa pupila: «La viuda», la que ordeñaba de niño. Allí, en esas ubres pálidas de la vaca negra, había aprendido a presionar sus dedos suave y fuertemente para hacer brotar el fino chorro de leche. La vaca estaba caída de costado, agitándose, tratando de ponerse de pie pero queriendo abrir, loca, desesperadamente las extremidades. Al ver a Nicanor se revolvió una vez más, levantó la cabeza, pero un borbollón de sangre brotó del pecho desgarrado. Nicanor se echó sobre ella. Estaba alumbrando. Entre sus piernas traseras pujaba por llegar a la vida un pequeño y ciego animal. La madre trataba de lanzarlo a la tierra, pero a cada esfuerzo la vida

se escapaba, caliente y sorda por el brutal mordisco. La zarpa había dejado también su huella, honda posesiva sobre el lomo. Nicanor apretó las venas y arterias abiertas, para detener la muerte. Se abrazó a su pecho.

—«¡Vamos, muchacha! Despacio. ¡Despacio!».

Y ella aspiraba el aire, anhelante, movía la testa golpeando con el cuerno la tierra, aspiraba la inasible, tragaba vida y a empujaba hacia sus entrañas. Pero la sangre volvía al cuello, con furia; saltaba sobre las manos de Nicanor, empavaba sus brazos y su pecho.

—«¡Con calma, muchacha!»

En los ojos de la madre agonizante y parturienta fue reclinándose una luz azul, pálida, desgarradora, como un crepúsculo dolorosamente íntimo. Quiso pronunciar un balido y abrió la boca, pero su lengua áspera y seca quedó colgada sin fuerza. Su respiración, comenzó a arrastrar un gemido ronco.

—«¡VIUDA! ¡VIUDA!»., —le gritó al oído Nicanor.

Ella abrió con un brillo nuevo y desesperado los ojos. Aspiró otra vez, con todas sus fuerzas, como un fuelle terrible, como un suspiro terrestre y abismal que robara a la naturaleza toda, su última, reserva y presionó sobre su vientre tensamente, brutalmente, empujándose ella misma hacia su fondo. Luego alzó su testa, miró, quiso mirar hacia la vida que brotaba de su vientre, pero una sombra helada penetró en sus ojos y de un golpe dejó caer, sin vida, la cabeza sobre la tierra. Nicanor corrió hacia el ternero medio hundido aún en el pozo oscuro del sexo. La sangre encharcaba la tierra. Tiró del asfixiado animalito, tiró hacia afuera, fácil, aceitoso, elástico. Rasgó la bolsa. Rompió el ombligo. Le palmeó nerviosamente sobre el pulmón y luego le limpió paternalmente las narices con el borde de su cotona. Vio los ojos extrañados y tiernos, torpes todavía, delectando la luz, y creyó oír un balido lejano, casi celeste, un balido que transportara garzas y oropéndolas sobre las tenues serranías del Este.

(Galopamos).

Casi Villagra llegó a ser el ternero: creado junto a las enaguas de Virginia, manso, casero y consentido. Nicanor lo cargaba día a día hasta que ya becerro dejó de hacerlo por miedo de una hernia. Al crecer en estatura, crecieron los desastres que ocasionaba y las protestas de Manuelita, pues entraba a la casa como perro, mascaba o ensuciaba la ropa tendida, echaba al suelo muebles y quebraba trastos, inocente de su tamaño y de su fuerza.

Una tarde, agradeciendo a la abuela un puñado de sal que lamió golosamente de su mano temblorosa, intentó un cariño exagerado y la empujó de espaldas produciéndole una caída mortal. La misma noche de la vela el viejo Villagra —con la aprobación de la familia, excepto de Nicanor y Virginia, que no se atrevieron a protestar —decretó su castigo:

—«Hay que castrar ese animal y echarlo al repasto».

Andrés Villagra, el mayo de los hermanos —llegado de Juigalpa por el duelo—agravó el fallo del viejo:

—«Animal de campo criado casero, ni sirve para la casa, ni sirve par el potrero».

Los campistos oyeron. Bajo la gran luna de verano bebían café negro y aguardiente y se burlaban de la suerte del torete. Se gozaban de verlo regresar y sin privilegios, al mundo de los humillados. Pero Nicanor salió de la casa y les habló con furia, en voz baja, contra el rostro:

—«¡El que toque a ese animal se las ve conmigo!»

Entonces baló el hijo de «La Viuda». Estaba amarrado al bramadero y baló con fuerza de toro, baló abandonado su edad y saltando a la soledad y al poder del macho, abriendo sus negras tranqueras en el reclamo de una vacada y de una libertad que sentía suyas en el torrente nuevo de su sexo y de sus cuernos. Alguien dijo:

—«Tiene la voz potente del padre».

Y desde esa noche esa noche Nicanor le dio nombre. Lo llamó «Clarín».

Desde los primeros ganados venía ese nombre, por línea de osadía, designando a los defensores de la frontera de la hacienda, a los padrotes que guardaban la marca contra el jaguar. ¡Eso quería decir Nicanor Villagra: toro tigrero, «toro clarín»!.

Se lo llevó al Laguna Seca, al otro lado del río, cerca de “Palo Alto”, donde los patos salvajes cruzaban el aire solitario graznando asustados por la presencia del hombre. A veces un novillo chúcaro caía por allí. A veces la yeguada, en épocas de sequía, saltaba el barranco en el silencioso pastizal. Era un lugar triste, pero el heredero estaba condenado al exilio y en el exilio debía educarse para conquistarse el trono. Su preceptor le enseñó a embestir. Le enseñó a espumar de rabia contra el cuero del tigre. A defender su derecho y el territorio de su rodeo. Nicanor era casi un misterio para los sabaneros. Toda historia es misterio y él estaba en la edad intrépida: por la noche cruzaba la llanería de San José, para verse, a escondidas, con Isaura Gadea —los Villagras y los Gadea eran enemigos —y por las mañanas se perdía en la distancia con un cuero de tigre amarrado en el jinetillo. Cuando «Clarín» cumplió cuatro años, Nicanor lo llevó al rodeo de Palo Alto. La vacada, con ojos displicentes y a ratos curiosos, lo vio avanzar, joven, poderoso, con los cuernos pintados de rojo, caminando como un perro detrás de Nicanor. Pero el viejo toro —el “Cantaclaro” de Palo Alto —levantó la cabeza aventando polvo sobre su lomo.

—«Esta es tu hora» —le dijo Nicanor, tocando a «Clarín» los testículos con la tahona. «O le coges el patio o te castro».

Lanzó un grito, se montó en su caballo y sin volver el rostro se alejó hacia el rancho.

Pasado el medio día, el viejo Villagra y los sabaneros que curaban terneros en el corral vieron llegar a la carrera, atropellado y sangrante al «Cantaclaro». Todos miraron en silencio, desconcertados, al nervioso y pesado rejego que daba vueltas inútiles alrededor del corral.

«Debe ser el tigre» dijo el mandador de campo.

El viejo Villagra corrió a traer su escopeta. Los demás campistas soltaron a los terneros y corrieron a los caballos.

—«Nicanor», —gritaron.

Nicanor salió detrás de ellos, pálido pero feliz. Cuando llegaron a Palo Alto, tendidos en línea, vieron de lejos a «Clarín» pastando todavía excitado junto a su nuevo rodeo. Los sabaneros comenzaron a reír.

—«¿Qué toro es ése?» —preguntó el viejo Villagra; pero su pregunta la hizo por romper el silencio y dar algún cauce a su cólera; su ojo de ganadero ya había reconocido al hijo de «La Viuda».

—«¿Qué toro es ése?» —gritó, mirando de soslayo a Nicanor.

—«Allí lo tiene» —contestó—; «si le cumple la palabra por sentimiento, vea lo que se hubiera perdido»

«Clarín Allí lo tiene» alzó la testa, miró hacia ellos altivo, rascó la tierra conquistada y entre una nube de polvo resonó su balido, penetrante, imperioso, que fue a levantar ecos lejanos en el borde negro de la selva, más allá del Confín del Abandono.

—Dejemos aquí los caballos —dice Nicanor.

Amarramos los dos potros a un pequeño jícaro, les bajamos los tapojos y nos despojamos las espuelas.

Nicanor, inclinado, observa las huellas del tigre.

—«¡Le veníamos pisando los talones!» —exclama. La hierba apenas comienza a desentumirse doblada por la áspera, opresora y sin embargo liviana, casi aérea, pisada del tigre. Oímos el balido del toro. Agachados, silenciosos como delincuentes, abandonamos la ruta de la huella y nos desviamos para ganar un árbol de nancite de ramas bajas, rodeado de zarzas

que espinan mis manos. La luz de la tarde se fuga más aprisa que nuestros pasos y va quedando el día en cenizas, gris —como si todos los colores de la llanura y del cielo hubieran pasado a manifestarse en mármol—. Nicanor tira el lazo al gancho del árbol, me da la mano y ante mis ojos se abre la sabana en círculo, con su erguido guanacaste —Palo Alto— sosteniendo el toldo del cielo descolorido y viejo como una carpa. La vacada revuelta, en pánico, se apretuja y gira trabando órbitas de fango y hierba pisoteada. Trata torpemente de elaborar una forma de solidaridad, pero la rompe, vuelve a buscarla, salta una madre a empujar a su ternero, tropieza allá con otra, embiste a su compañera pero se arrepiente y se une a ella y gira de nuevo para crear el círculo mágico, apretado, solidario, del rodeo. El toro ordena, golpea a las remisas, corre colérico sobre las torpes, va formando a cornada y balidos el círculo, la rueda sagrada, cuando de pronto se queda inmóvil —recortada su negra silueta contra el crepúsculo, alta la cabeza, tensas y atentas las orejas. Nos empinamos sobre la rama en silencio. Veo a Nicanor levantar lentamente, hasta la altura de mis ojos, la escopeta, y entonces salta del breñal una vaca melada. El toro ha balado de nuevo y la vaca corre a él moviendo nerviosa la cabeza. Tras de ella un ternero recién nacido, lleno de fango, da unos pasos rápidos pero tambaleantes, y cae. La vaca oye el balido del toro, ronco, perentorio, y el balido del ternero, débil, suplicante. Duda. Retorna nerviosa y ayuda al ternero empujándolo, alentándolo suavemente con el cuerno, pero la hierba se mueve atrás no por la brisa sino por una oscura, oculta amenaza, sin susurro, en entero silencio, en un temblor levemente inquietante y no natural que asusta a la vaca. Pasa un pájaro, revolotea alarmado y chilla. La vaca otra vez duda; interroga, sacude la cabeza como si tratara de desembarazarse de un tábano necio e insistente; da unos pasos para animar al ternero a seguirla, pero el ingenuo y torpe animalito se planta a balar. Entonces «¡Nicanor!» —exclamó, y él también ve: arrastrándose entre el pajonal, lento, creyéndose oculto todavía pero ya descubierto en parte su brillante y manchado lomo, avanzando rastrero por un movimiento casi natatorio de las manos, mientras sus patas traseras más bien parecen sólo ocupadas en calcular el ángulo exacto del músculo para el salto, tensas, y el elástico rabo moviéndose con instante calculado y subitáneo. «La historia se repite», «la historia se repite»: creo oír el murmullo de la voz de Nicanor y su mano apretada y colérica es también mía sobre el arma, apuntando, colocando el ojo y la mira sobre el rastrero acechante bulto que ahora se mueve de nuevo, se encoge, comba su poderosa fuerza elástica y va a saltar...

—«¡Ahora, ahora Nicanor!» —digo yo creyendo gritar, pero apenas he murmurado una trunca e inepta frase cuando vemos al toro arrancar vertiginoso, brutal; digo veo una súbita mancha de furia o cólera volcánica que arremete y oigo, estrepitosas sobre el fango, las pezuñas y el resoplido de su ira rasgar el aire, pero el tigre, simultáneo, sin ruido salta en aro, cae, aplasta al ternero, óyese el crujir de los huesos y, sobre el golpe, cae fulminante el rayo de la zarpa y ¡arriba! Instantáneo de nuevo salta maullando; el enorme cuerpo abierto, brillante —como piel clavada sobre al cielo— y sus manos y patas erizadas de uñas arañando el viento y gira, doblándose aéreo y lanzándose más allá sin tomar tierra, mientras el toro tira en falso, frena en el lodo, muge de indignación, vuelve y embiste con una carga de cornadas baldías la sombra que salta y que huye. Y salta. Y silencio...

Nicanor baja el arma furioso.

—¡Perdimos! —digo.

—¡Pendejo!! —grita—. ¡Pendejo!!

Un silencio de derrota amarga el cielo como la boca de un desilusionado. Trato de empujar mis ojos y perforar la equívoca vaguedad violeta del llano. ¡Nada se mueve! Ni la estatua negra, humillada, del toro. Ni el círculo, paralizado por el miedo, del rodeo. Ni el árbol. Ni el viento... Solamente allá, sobre su sangre tenue e inocente, leves convulsiones agitan el pequeñísimo despojo del ternero, reducido por la muerte y por el crepúsculo, como si invisibles hormigas lo alejaran lentamente hacia el oscuro vientre del mundo.

—¡Vámonos!—me dice Villagra.

Se le hace insoportable la derrota.

Salta del árbol. Lo sigo. Oímos los gritos lejanos de los campistas. Gritos. Gritos lejanos. «Hijueputean » al tigre. Quizás huye.

—Debe haber saltado por el breñal —pienso en voz alta.

Busco en la penumbra al toro. Clarín retrocede lentamente sin volver la cabeza. De pronto su pezuña pisa la sangre del ternero y se detiene. Olfatea. Alza al aire la testa en un gesto casi humano de imprecación y muge. Es un balido fúnebre y salvaje que la vacada secunda en coro, agitándose, levantando ecos sombríos que rodean la noche.

¡Oh fogata negra! ¿Dónde escuchó mi corazón este coro mortal? Pienso en una noche antigua y en las cenicientas madres rodeando con plañidos los muros calcinados.

—¡Fíjate! ¡Fíjate! —me dice al oído Villagra con voz apresurada, montando el arma. Busco inquieto en las sombras. El toro quiebra su mugido, se mueve nervioso, embiste autoritario a su rebaño y gira ahora a su alrededor obligándolo a compactarse. La vacada obediente y medrosa reconstruye la rueda del rodeo, erizada de cuernos, resguardando en el centro, detrás de las ancas, los terneros que balan amiedados y tímidos.

—¿Dónde? —pregunto. La noche devora las formas y yo dilato inútilmente mis pupilas—. ¿Dónde?

Villagra me acerca a su rostro y señala hacia el pajonal... ¡Sí! ¡Veo!... Una sombra ronda. ¡Vuelve!... ¡Oh Dios, dame mis pupilas campesinas limpias de duda y claras de certeza, líbrame del ojo lector, imaginario y distraído! ¡El tigre está ahí! Saltamos de nuevo, apresuradamente, al árbol. Está ahí. Acabamos de oírlo lejos, despertando el miedo y el grito tras el breñal, pero está ahí, no llegando sino surgiendo de la noche, como si la selva viniera tras él, con tiniebla torpe y húmedo robando llano; ya no oculto sino dominador, oculto en sí mismo pero manifiesto como el crimen: decidido, avanzando hacia la carne sangrante.

—¡Cóbrale! ¡Cóbrale! —pienso yo, grito en mi pensamiento—. ¡No! ¡No pienses! ¡Mira!

Clarín ya no se fía de la furia ciega. Tan solamente arde como quien quema el oscuro soterrado carbón: avanza despacio, encendido pero cauteloso, la cabeza inclinada, doblado en arco el poderoso cuello y los cuernos bajos como si su empresa fuera arar la tierra.

El tigre se detiene. Como las estrellas sobre la gasa gris de Agosto, los astros de sus ojos fríos deben mirar la nueva órbita, la fuerza negra y lenta que avanza al choque. Pero se detiene. Comprende que un extraño poder interpone su límite. ¡Clarín: oh furia nuestra avanza!

El tigre se agazapa. Un golpe de luna rebota en sus dientes, de brillo fatídico, que descubre amenazantes: es la fiera investida por sus crueles signos, el poder del colmillo y la luz argentina sobre su manchada túnica de sangre y tiranía. Se agazapa más, se apretuja sobre su sombra, se esconde en sí mismo; se arrastra, busca el ataque bajo, el cuello y oigo su bufido de saliva y odio. Pero el toro avanza. Avanza.

¡Y ahora...! ¡eso! ¡eso! ¡Embiste! Lo coge. ¡Ataca! ¡Derriba! ¡Atropella! Oímos el maullido. ¡Lo ha cogido! ¡Adentro rejego! ¡Adentro! ¡Toda la llanería, la vieja hacienda toda te pone sus siglos en el asta!... ¡Ahora ¡ahora! ¡Adentro, muchacho! ¡Adentro toro Clarín, rejego, adentro! (¿Soy yo? ¿quién? ¡Me grita el alma y mugen por leguas y leguas los ganados, los ecos, el vocerío, tu grito Villagra, el mío!). ¡Acomete, acomete con tus diez generaciones de balidos! ¡Rempuja, muchacho, húndele al tope el cuerno, atropella, tumba, arrolla, embiste, mata!

Pero salta. Lleva sangre. ¡Oh, luna! ¡Está herido! Cae, lo recoge. ¡No lo dejes, Clarín! ¡Persigue! ¡mata al asesino! Otra vez mata y ¡oh estallido! Oímos, sólo oímos el golpe, el resoplido de la cólera, sólo oímos el cuerpo otra vez defondado y el maullido y luego veo la testa que se sacia y aprieta, que levanta, que recoge al felino del cuerpo destripado y el maullido de dolor y otra vez contra el árbol que se sacude y otra vez el golpe y el ruido de las entrañas aplastadas y otra vez el golpe y ya sólo el aire que expele sangre y otra vez. ¡No! No acabará nunca, la furia golpea, vuelve a golpear. Villagra aprieta con su mano mi brazo como una tenaza. Abajo, casi a nuestros pies la furia repite su golpe enloquecido, ciego, haciendo polvo al enemigo, polvo su memoria, polvo arrastrándolo, embistiéndolo, mugiendo sobre él y de nuevo hundiendo, de nuevo el insaciable cuerno.

No acabará nunca. Se retira. Mira encendido y febril al Norte, al Sur, al Este, olfatea y vuelve y se clava sobre el destrozado, sanguinolento, monstruoso despojo. Cada golpe enumera un recuerdo de muerte: enumera el delito y su venganza: ¡por Azabache, la flor de San Miguel, por el tierno Úrsulo, por ti Golondrina, por Griselda y La Lirio, la dulce Lirio, de blancos cuernos, por la devorada, desconocida, anónima víctima!

La vacada es una muralla de balidos. Gritamos. Gritamos a la altura de los astros. Nicanor me abraza loco y se tira del árbol:

—¡Muchacho huevón! —grita, arrojando el arma al suelo.

—¡Loco! ¡Villagra, no!

No me oye. Va hacia el toro temblando de gloria.

—¡Clarín, muchacho rejego!

—¡Ese toro está rabioso, Villagra!!

—¡Villagra!!

Pero él no me oye.

—¡Clarín! ¡Clarín, muchacho!!...

Va despacio a él. Lo llama y dos ojos inyectados en sangre, fijos, lo miran.

—¡Villagra, loco! ¡Villagra!!

El toro inclina la cabeza. Arroja el denso fango sangriento con la pezuña. Retrocede.

—¡Clarín!... ¡Clarín!... ¡Muchacho!

Y yo grito:

—¡No te acerques!

—¡Villagra! ¡Cuidado!

Pero va. Su voz es un murmullo. Le habla. Se adelanta.

—¡Clarín: te portaste como todo un hombre! ¡Clarín!

—¡ESTA ES MI FIRMA! —me grita levantando el puño bajo la luna mientras el toro manso, agachando la cabeza con gesto de infancia, se deja besar la frente.

## MARIANO FIALLOS GIL

(León, 1907-1964)

Abogado, diplomático y funcionario público, ensayista, narrador, polemista y creador de la universidad moderna de Nicaragua, un poeta liberal, tanto de pensamiento como de actitud abierta; maestro nicaragüense, uno de los inteligentes más lúcidos del siglo XX.

Su obra en prosa incluye León de Nicaragua, Campanario de Rubén (1957), Horizonte quebrado (1959), que recoge sus cuentos, y otras obras históricas o de ensayos interpretativos hasta filosóficos.

## HORIZONTE QUEBRADO

Cuando murió Sandino decidió venirse a las llanuras. Era distinto el paisaje de su tierra segoviana. Aquél, un horizonte hecho a dentelladas, éste tirado a cordel. Le sorprendió aquí la pereza de los caminos tendidos en el llano, tan diferentes, y el infinito de su mirada perdida en el lomo del mar.

Su instinto quería lavar la pólvora de tantos años terribles, vida como el horizonte de aquellos paisajes. Había que limarlos en el llano, tender al sol su conciencia, desgastar la voluntad de guerrear... olvidarse.

Se deslizó de la cordillera por el camino polvoriento; para sus piernas de potro no era necesario el potro; para eso subió duros repechos en largas jornadas y se hizo una salud salvaje.

Su juventud primera quedó diseminada en las brumas de la noche segoviana rendida en la distancia; su manta no cobijó mujer alguna; apenas el fusil, caña que le sopló la vida, calentó los sueños ingrátidos. El amor, tal vez, se desplazó violento en cualquier hembra conmovida de miedo.

Ahora era diferente.

Caminó. Bajo el alero de paja de una cabaña encontró sombras en hilachas.

—Buenos días —dijo con ligero canto segoviano.

—Dios lo bendiga...

La muchacha, hecha de barro, agazapó instintivamente su sonrisa. Le dio de beber y comer. Él podía haberse relamido de inmediato con la presa enfrente, pero había una suave voz en la niña de piel de *níspero* que dulcificó los ojos; un balanceado andar que meció su celo.

Y se quedó en la comarca. Un huertero viejo le vendió el predio lindante. Se anudaron a su cuello de forastero las miradas desconfiadas de los vecinos. Esta gente siempre teme algo porque la experiencia les advierte el peligro del hombre extraño.

Pero había que trabajar. Arregló el alambrado de la huerta, empajó la casa, removió la tierra con yuntas alquiladas, repartió el maíz en los surcos.

Y en las noches tibias y húmedas de mayo, en la pubertad de la tierra, aspiraba nostálgico el perfume diluido en el campo, con las aletas de la nariz abiertas, como bestia sin pareja, como potro repleto de ausencias.

Algunas tardes se atrevía visitando a la niña. Discretamente le daba a entender que todo aquel afanarse bajo el sol, encorvarse a la tierra hasta desfallecer, era para que, algún día, le llenara ella el hueco de su tapesco de varas de guásimo en las noches calladas y truncas.

—El año que viene sembraré también fríjoles...

—Ojalá que no le venga el chapulín ahora...

—¿Y por qué? Ya verá después. Si alguien quiere venirse conmigo hasta yunta propia y cuajada de mis vacas tendremos...

La milpa se estaba poniendo rubia; era rubia la tierra con el vello de todos los maizales huertanos inclinándose suavemente con la brisa, mano de mujer sobre la piel de la tierra. Rubia bajo el sol de agosto, bajo este claro cielo sin secretos.

La milpa granada estaba ya de dobla; había que cuidarla del animal del monte y del que anda en dos patas, no fuera a ser que el mapachín vestido se la llevara...

\* \* \*

Recorriendo el sembrado observó un día que alguien había desflorado unas mazorcas y decidió espiarlo. Las huellas del pie desnudo se salían del sembrado y se perdían en el trajín del camino. De seguro que en cada viaje se cargaba una zurronada.

Era necesario vigilarlo de noche. Para ello apercibió la escopeta y se fue a esperar tras unas matas. Así se le venía a los labios una sonrisa maligna de recuerdo allá en la tierra lejana, cuando en acecho, durante muchas noches, sin que se le acelerara el corazón por la costumbre, esperaba alguna patrulla para sorprenderla y despojarla. Sincronismo de ametralladoras agujereando el claro cielo, el tiro del fusil perdido en la noche...

Pero aquí no. Aquí solamente trataría de asustar al ladrón y nada más. Eso era suficiente para que no volviera. Almacenaba muchas ilusiones como para echarlas sobre el pasado. Este era un nuevo compartimiento. Desde lejos había venido al llano para tenderse suavemente en la vida apacible amando a su pareja. Ya no era animal mostrenco, o, como tigre o coyote.

Tendió la mirada sobre la huerta. Sus ojos complacidos se extasiaron en la noche diáfana. Al extremo, contra el horizonte, un filito de luna sobre la cabaña de pajas, era como pico de garza peinándose las plumas. ¡Para quien tuviera entre sus duros brazos a la muchacha aquella color de milpa sazona!

De repente se oyeron ruidos de pasos tímidos que se acercaban triscando, muy cautelosamente. Vio cómo la sombra de un hombre se inclinaba levantando cuidadosamente el alambre alto del cercado y pasaba. Su corazón mucho tiempo en barbecho, saltó dentro del pecho encabritándose.

Creyó al principio que el intruso se metería la huerta para saquearla. Pero no. Se vino por ronda a la sombra de los *tigüilotes* y pasó a huerta vecina. Se detuvo indeciso y luego empezó a silbar ligeramente....

Fue una sorpresa trágica para su corazón alicaído... Aquella sombra había llamado a la niña y ésta se venía jubilosa con su suave pie de fruta rubia iluminando la noche.

Ni lo supo ni se dio cuenta cómo. Pero lo cierto es que cogió un tizón y le prendió fuego a la casa. Brasa prendida su corazón quemándole la vida. Brasa encendida quemando todo aquello que había soñado. Perro rabigacho tornó a su paisaje quebrado, mientras la noche azul se teñía de rojo con las llamas.

## JUDIT Y EL PURITANO

El tren de oriente se venía ya preparando para entrar a León. El mediodía era redondo y la máquina jadeaba. Los penachos negros de la chimenea y los resoplidos de vapor trataban de disimular su fatiga de museo. Con gesto de pavo doméstico procuraba dominar la impaciencia de los vagones que la empujaban dando quejidos con sus frenos de aire. Pasaba por una tierra reseca, talada y amarillenta, por un marzo envuelto en polvo con fantasías de niebla.

En la ciudad la Semana Santa se acercaba con sus soles calcinantes y sus canónigos de pesadas colas negras, torciéndose por el sudor que les goteaba por dentro haciéndoles cosquillas desde las axilas. Era un sudor con recuerdos de marismas, que despertaba olores dormidos de otros canónigos que antaño formaron procesiones sobre los mismos empedrados.

Las gentes del pueblo y los muchachos eran los que disfrutaban de estas celebraciones. Una combinación afortunada de paganismo y devoción cristiana. El Hijo del Hombre, yacente Viernes Santo, entre ruidos de matracas y marchas fúnebres, desde su sepulcro dorado, resucitaría al día siguiente. Los que sufrían de angustias o remordimientos, rememoraba compungidos, el dolor del mundo y los tormentos del Señor. Los otros andarían por allí apretujados en las iglesias o tirando serpentinas en las calles, mezclados con la chusma de agrios olores, entre humo de incienso, flores marchitas, cera quemada y pólvora de triquitraques...

"Era ésto cristianismo?"

El obispo protestante que se hacía esta pregunta, enemigo de las imágenes y de las cosas inocentes, gratas a los sentidos, era tan duro que hubiera podido seguir arrojando piedras puritanas a la mujer adúltera, porque se tenía sin pecado...

"Era esto cristianismo?", repetía otra vez con voces indignadas en un inglés de Nueva Inglaterra dirigiéndose a su esposa que le acompañaba y que no dejaba de inquietarse por la vehemencia de su marido.

—No hables tan alto —aconsejaba—, que pueden entender el inglés.

El vagón donde venían, lleno de bullicio, de voces altas, ajetreos, colorido y afanes de llegar más pronto que el tren mismo, no hacía caso del pobre gringo enrojecido de sofocación. Y mucho menos un cura que allí venía dormitando plácidamente al lado de una joven resplandeciente, como rosa de los vientos, que parecía velar cuidadosamente su beatitud.

—Esto es pecaminoso e infernal — continuaba el gringo con entonación de profeta mayor—, estos salvajes han sido corrompidos por los diabólicos papistas...

Se llamaba Mr. Dull y había llegado al país un par de años antes. Había aprendido en no se sabe qué informes, estadísticas y gráficas, cómo es que debía tratarse a estos "nativos". Por supuesto que esas recetas le sirvieron más bien para confundirlo, pero así eran estos yankis con sus conocimientos enlatados.

El cura seguía con su beatífica siesta. Seguramente esperaba a que el tren terminara de llegar a la estación y depusiera sus jactancias y resuellos. La muchacha sonreía ligeramente. Era un hermoso ejemplar de poderosos contornos...

—¿Miras a ese servidor del diablo? —continuaba Mr. Dull—. ¡Qué diferencia! Mientras nosotros santificamos la unión con el matrimonio ellos permanecen solteros, o sueltos mejor dicho, para poder agarrar a cualquier mujer que pasa...

La esposa del protestante se ruborizó un poco. Tal vez pensaba en el fondo en su terrible escualidez y en las mal disimuladas comparaciones sugeridas por su marido.

La pobre señora bajó los ojos con resignación, mientras el convoy se mecía de uno a otro lado tratando de detenerse, de acomodarse en la estación, con estudiada dignidad. No acababa de conseguirlo, por supuesto, sino hasta después de haber ensayado varias veces. Pero al fin se detuvo, y en ese momento fue cuando comenzaron a bajar unos y a subir otros, forcejeando

como novillos, con gritos, encontronazos y bullicios de toda clase, de vendedoras ofreciendo refrescos y golosinas, de muchachos pregonando periódicos, loterías, cigarrillos... gritos de niños, protestas de señoras, voces alteradas de policías, choferes, lustradores, carretoneros, y en fin, todo ese enjambre que se aglomera en los andenes de las estaciones con desesperación selvática.

Mr. Dull, que ya conocía estos apretujamientos, logró salir adelante con su mujer. Su estatura elevada hacía sobresalir su pequeña cabeza de ganso entre aquella multitud. Esto le daba aires de periscopio emergiendo de un mar de gentes. Y bien que le servía, pues al poco rato divisó a un grupo de oficiales gringos que se hallaban aislados, en un aparte, con sus uniformes kakis bien aplanchados...

Así pudo abrirse paso y llegar, todavía sofocado, hasta donde sus compatriotas. Su rostro más rojo aún, cubierto de sudor, tuvo, sin embargo, un rasgo de dulzura... pues se dirigió en actitud de ruego al que parecía de mayor rango, un Capitán de Infantería de Marina.

—Señor Capitán —dijo— soy el Obispo Dull, de la Iglesia Jordanista... y esta es mi esposa...

—Me place conocerlos reverendo... me llamo Fiery de la misión militar americana...

Y a continuación procedió a presentarle a los otros oficiales que miraron con cierto irónico recelo a los recién llegados.

—El Embajador me ha recomendado presentarme a usted —continuó el pastor— y me encuentro muy feliz de hallarlo en el momento de mi llegada.

—Estoy a las órdenes de usted y de su esposa, caballero —respondió el capitán... no sin antes mirar a la hermosa muchacha que en ese momento, acompañada del cura, pasaba airosa delante del grupo, a toda vela, rompiendo el mar de miradas que la circundaban.

El buen puritano no dejó de observar semejante escándalo y la escuálida esposa flaca, nudosa, fibrosa, tuvo que mostrarse impasible ante sus tristes analogías...

—Me parece oportuno aconsejarle —continuó el capitán— que se alojen en nuestro mismo hotel. Esta época es peligrosa y más con los sandinistas que andan cerca de la población...

—Muchas gracias por su amabilidad capitán... ¿Cree usted peligrosas a estas gentes?...

El oficial, por toda respuesta, los invitó a subir a su automóvil. Las maletas las recogerían después.

El capitán y sus compañeros, pertenecían a la misión yanqui que estaba organizando la Guardia Nacional, una combinación de ejército y policía compuesta de reclutas "nativos"

adiestrados en ejercicios militares y manejos de armas. Era una manera hábil de ir desocupando el país pero manteniendo la hegemonía política, sin las molestias de una responsabilidad directa.

Fieri era un sargento de Infantería de Marina que entró a la Guardia saltando hasta el rango de capitán. Había permanecido en este sector de occidente desde hacía un año. Era hombre duro y caprichoso, sobre todo cuando se emborrachaba. Su inteligencia era despierta y llena de recursos como todo aventurero. Conocía perfectamente el papel que desempeñaba así como el de los pastores protestantes que formaban parte de la estrategia colonial en estas tierras católicas. Se prestó, pues, gustoso, a conducir al hotel a sus compatriotas, consiguiéndoles un cuarto del segundo piso con vista a la calle... En el trayecto había podido cambiar algunas impresiones, y por ellas Mr. Dull se dio cuenta de que Fieri se hallaba descontento y como amargado de las gentes del lugar, orgullosas e impermeables.

El hotel tenía escasa clientela debido, seguramente, a sus aires de cuartel, pero los yanquis pagaban buena moneda y la dueña estaba contenta. Sus nuevos huéspedes le gustaban más aún, porque tal vez su presencia evitaría esas verbenas que tenientes y capitanes armaban dos o tres veces por semana en compañía de féminas de mala muerte que gustaban de la "buena" vida.

El pastor, por supuesto, no sospechaba ninguna de estas ocurrencias, y por ello, después de echar tranquilamente la siesta, bajó al comedor seguido de su esposa. A los escasos comensales que allí había, aquel espectáculo de un hombre bajando las escaleras, seguido de una mujer con tales trazas, les pareció, de pronto, el anuncio del conocido pescador de Bristol llevando a sus espaldas un bacalao ya seco.

La hora era la del crepúsculo, cuando la noche, en el trópico, comienza a venirse en picada como el telón de los teatros de pueblo que tienen gastadas sus maromas...

Entre los clientes tempraneros que habían en el comedor se encontraban, con desagradable sorpresa para los recién llegados, la abominable pareja del cura y la joven vampiresa. Esta vez ambos conversaban con animación, no sin que se notara que el sacerdote, muy discretamente, buscara cómo ocultar su rostro entre las páginas de un devocionario.

El pastor y su mujer, tiesos de indignación puritana se alejaron lo más posible hacia una mesa del extremo, huyendo del diabólico binomio. El criado fue a atenderlos, y mientras

escogían del menú viandas que tuvieran menos riesgos de contaminación microbiana y echaban pastillas de cloro al agua que les servía, quedaron en silencio uno frente al otro.

Pero no había transcurrido aún diez minutos cuando, saliendo de la cantina del hotel, apareció el Capitán Fiery con notorias muestras de achispamiento. El rostro se le había transfigurado y la compostura del mediodía, había desaparecido. Viendo a sus nuevos amigos se dirigió a ellos con cierto cinismo...

—Oh reverendo... amigo mío. Ya veo que sigue usted usando pastillas sanitarias... Excelente, pero resulta mejor este líquido llamado "wiskirín"... ¿quiere probar?

Y en seguida sacó de su bolsillo una pacha de licor que comenzó a verter dentro del vaso del obispo.

El pastor se quedó de una pieza y no sabía qué hacer. La mujer dejó la vista descansar en la pared, pero aquél, recuperándose, trató de aconsejar a su visitante:

—Mire... Capitán... ¿no se da cuenta de lo que hace?... ¿no sabe cuántos perjuicios causa el licor en el organismo?... además, las Sagradas Escrituras...

—No recuerdo lo que dicen, señor, exactamente, pero ¿acaso la Biblia no es el libro más licencioso del mundo?, ¿no hay allí borracheras y tantas otras cosas terribles?...

Aquello era un verdadero escándalo, y más, cuando el Capitán con manifiesto cinismo levantó los ojos de la mesa y los enfocó, vacilantes, en la muchacha que acompañaba al cura...

El pastor, lleno de ira, iba a estallar, cuando afortunadamente apareció uno de los oficiales subalternos, bajito, de aspecto enfermizo y sobrio.

—Já... aquí viene nuestro Teniente Sickly... ¿lo ven ustedes?, desmedrado, palúdico... já... le hace falta la verdadera medicina... Siéntese teniente, siéntese —continuó—, quédese con estas santas personas, hágales compañía que tengo que ocuparme de otra cosa...

E incorporándose con aires marciales se dirigió derecho, pero lentamente, como el que está seguro de su presa hacia donde se hallaba la muchacha... Esta no se inmutó y más bien parecía agradecerle aquella atención, pues irguiendo el busto, sonrió con promesas de frutas maduras... El cura, entre las hojas de su breviario, aparentaba no darse cuenta de lo que sucedía...

El Capitán se animó con aquel recibimiento... Se sentó sin pedir permiso y comenzó a hablar en un español de fusil de chispa. Quién sabe qué decía, pero aquella actitud despertó aún más la indignación de sus compatriotas.

—¡Qué cinismo... qué cinismo!... y lo consiente ese inmundo cura —protestó el obispo, sin poder ocultar cierto sentimiento de celos que le comenzaba a engendrar.

El Teniente Sickly se consideró obligado a defender a su comandante: —Señor reverendo —dijo—, usted sabe, a nosotros se nos hace difícil la vida aquí... estos "nativos" nos malquieren de todos modos: son hostiles, señor... Las muchachas de buena condición nos rechazan, no quieren trato con nosotros... los hombres tampoco... ¿qué podemos hacer?

—Vea Teniente, las armas no bastan para la conquista del corazón... se requiere la persuasión, la enseñanza de la verdadera religión, extirparles el paganismo pecaminoso que la iglesia romana les ha infiltrado en el alma... hay que salvarlos primero... salvarlos...

—Quién sabe, no es tan fácil como decirlo, tienen muchos siglos de tradición y son muy orgullosos... aman, sin darse cuenta, todo lo suyo, su lengua, sus costumbres... Además, nosotros los militares estamos en la peor condición puesto que nuestro oficio nos obliga a ser inflexibles y duros... Ahí tiene usted icuántos de nosotros han muerto a manos de los forajidos de Sandino!... Nada hemos podido hacer pese a nuestra potencia, a nuestra capacidad... ¿Sabe lo que nos ocurrió hace un par de meses?

Y sin dejarlo responder, prosiguió:

—Hace un par de meses, cinco de nuestros oficiales, al mando de una patrulla de guardias del país, perecieron en una emboscada. Uno de nuestros espías nativos en quien teníamos gran confianza vino a informarnos de la existencia de un grupo de sandinistas que andaban merodeando cerca de aquí. Inmediatamente enviamos a la patrulla en su persecución... pero nada encontramos, sino la muerte, pues era un engaño, una emboscada señor... La estaban esperando en un sitio apropiado, entre dos paredones del camino y allí la barrieron con sus ametralladoras. Ninguno de los nuestros salió vivo...

Impresionado, con nudo en la garganta, el obispo interrogó:

—¿Y ustedes qué hicieron?

—El propio Capitán Fiery se dirigió personalmente a buscarlos con soldados americanos. Nadie había en el lugar... y entonces, colérico, infringió un terrible castigo a los del pueblo vecino...

—¿Qué hizo?

—Los formó a todos en fila: hombres, ancianos, mujeres y niños... para averiguar el paradero de los sandinistas, sospechando, con razón, que entre los del lugar se encontraban muchos de ellos., y por eso les dio severa lección, los fusiló a todos sin juicio alguno... quemó las casas y ahuyentó el ganado... No han aparecido más grupos... pero desde entonces el Capitán no ha parado de beber.

— Me parece una crueldad innecesaria... Esto causa horror a los ojos del Señor... a menos que se haga en su servicio...

La virtuosa señora hizo una señal afirmativa...

A todo esto el capitán, el cura y la muchacha habían desaparecido.

Las luces amarillentas de bombillos maláricos seguían empalideciéndose a medida que la noche avanzaba... Sólo los tres quedaban en el comedor... Un silencio pesaba sobre las cosas. Ruidos apagados de vasos salían de la cantina mientras un fonógrafo le daba vueltas y vueltas a unas canciones negras de Nueva Orleans...

—Qué terrible cosa... qué terrible cosa... —murmuró el protestante después de una pausa...

Y se levantó lentamente. La mujer, hizo lo mismo y el militar cortésmente, se incorporó también... Casi musitando se dijeron buenas noches.

Ya en su cuarto, el fresco de la noche y la Biblia los fueron calmando. Todo se hallaba quieto. El viento nocturno ululaba en los campanarios mientras la ciudad dormía bajo los tejados rojos. Los relojes de las torres repartían sus horas personalmente. Una que otra carreta pasaba brincando sobre los empedrados...

La media noche estaba ya cerca. Se acercaba en puntillas. Todo el hotel era silencio...

Pero este silencio duró apenas un rato. Algo ocurría en los cuartos vecinos. Alguien caminaba con pasos precipitados, como vacilando... El pastor se asustó. La mujer, lo mismo. Sin embargo había que averiguar lo que pasaba... y abrieron la puerta... A la luz incierta de un reflejo vieron a un oficial americano que al divisarlos se dirigió a ellos. Era el Teniente Sickly...

—¿Han visto ustedes al cura? ¿El cura que estaba en el comedor? Al cura del tren, ¿lo vieron ustedes? —preguntó con voz sofocada...—¿Lo vieron?

—Sí, teniente, ¿qué pasa?

—Es Ordóñez, el General Ordóñez, un sandinista terrible que anda disfrazado de cura y la mujer es su compañera, ¿los han visto?

—Sí, sí... cuando subíamos, hace dos horas por lo menos...

— Bueno, quién sabe qué habrá pasado, vamos... estaba con el Comandante... sí, esa mujer... entremos a su cuarto...

Y empujaron la puerta.

Un espectáculo macabro se mostró a sus ojos.

Recostado en el lecho, con la garganta abierta por un tajo, el cuerpo del Comandante colgaba como borracho...

—¡Qué horror, qué horror! —balbuceó la misionera...

Afuera, el pesado silencio de la noche era como mano amorosa posando sobre los tejados.

## JOAQUÍN PASOS

(Granada, 1914 – Managua, 1947)

Periodista, humorista, teatrista, narrador y sobre todo poeta. Poeta por excelencia del grupo del Movimiento Vanguardia.

Obras: Breve Suma (1947), Poemas de un Joven (Fondo de Cultura Económica, México, edición de Ernesto Cardenal) y Prosas de un joven (Editorial Nueva Nicaragua-1995), edición que recoge sus ensayos, artículos, cuentos, relatos, poemas en prosa, manifiestos y canas.

El más célebre de sus cuentos, "El ángel pobre", viene modernamente de Amado Nervo, y prelude "Un hombre muy viejo con unas alas enormes" de Gabriel García Márquez.

Joaquín Pasos está en sitio de admiración y respeto, considerado como uno de los más importantes y sobresalientes escritores de Centroamérica.

## EL ÁNGEL POBRE

*El ángel que nos desespera de la vida para librarnos de las tentaciones de la vida. —Anzoátegui*

### I

Tenía una expresión serenísima en su cara sucia. En cambio, una mirada muy atormentada en sus ojos limpios. La barba crecida de varios días. El cabello arreglado solamente con los dedos.

Cuando caminaba, con su paso cansado, las puntas de sus alas arrastraban de vez en cuando en el suelo. Jaime quería recortárselas un poco para que no se ensuciaran tanto en las últimas plumas, que ya estaban lastimosamente quebradas. Pero temía. Temía como se puede temer de tocar un ángel. Bañarlo, peinarlo, arreglarle las plumas, vestirlo con un hermoso camisón de seda blanca en vez del viejo overol que lo cubría, eso deseaba el niño. Ponerle, además, en lugar de los gruesos y sucios zapatones oscuros, unas sandalias de raso claro.

Una vez se atrevió a proponérselo.

El pobre ángel no respondió nada, sino que miró fijamente a Jaime y luego bajó al jardín a regar sus pequeños rosales japoneses.

Siempre que hacía esta tarea se echaba ambas alas hacia atrás y las entrelazaba en sus puntas. Había en este gesto del ángel algo de la remangada de fustanes de la criada fregona.

En realidad, muy poco le servían las alas en la vida doméstica. Atizaba el fuego de la cocina con ellas algunas veces. Otras, las agitaba con rapidez extraordinaria para refrescar la casa durante los días de calor. El ángel sonreía extrañamente cuando hacía esto. Casi tristemente.

Es lógico que los ángeles denoten su edad por sus alas, como los árboles por sus cortezas. No obstante, nadie podía decir qué edad tenía aquel ángel. Desde que llegó al hogar de don José Ortiz Esmondeo —hace dos años más o menos— tenía la misma cara, el mismo traje, la misma edad inapreciable.

Nunca salía, ni siquiera para ir a misa los domingos. La gente del pueblo ya se había acostumbrado a considerarlo como un extraño pájaro celestial que permanecía a toda hora en la casa de Ortiz Esmondeo, enjaulado, como en un nicho de una iglesia pajaril.

Los muchachos del pueblo que jugaban en el puente fueron los primeros que vieron al ángel cuando llegó. Al principio le arrojaron piedras y luego se atrevieron a tirarle de las alas. El ángel sonrió y los muchachos comprendieron en su sonrisa que era un ángel de verdad. Siguieron callados y miedosos su paso reposado, triste, casi cojo.

Así entró a la ciudad, con el mismo overol, con los mismos zapatos y con una gorrita a la cabeza. Con su mismo aspecto de ángel laborioso y pobre, con su misma sonrisa misteriosa.

Saludó con gestos de sus manos sucias a los zapateros, a los sastres, a los carpinteros, a todos los artesanos que suspendían asombrados sus trabajos al verlo pasar.

Y llegó así a la casa acomodada de don José Ortiz Esmondeo, rodeado por las gentes curiosas del barrio.

Doña Alba, la señora, abrió la puerta.

—«Soy un ángel pobre» —dijo el ángel.

La casa siguió siendo la misma, la vida siguió llevando la misma vida. Sólo los lirios, los rosales, las azucenas, sobre todo las azucenas del jardín, tenían más hermosura y más alegría.

El ángel dormía en el jardín. El ángel pasaba largas horas cuidando el jardín. Lo único que aceptó fue comer en la casa de la familia.

Don José y doña Alba casi no se atrevían a hablarle. Su respeto era silencioso y su secreta curiosidad sólo se manifestaba con sus sostenidas miradas sobre su cuerpo, cuando estaba de espaldas, y dirigidas insistentemente sobre el par de largas alas.

Los rosales japoneses sonreían durante toda la mañana. Al atardecer, el ángel los acariciaba, como cerrando los ojos de cada una de las rosas. Y cuando el jardín dormía, extendía las alas sobre la yerba y se acostaba con la cara al cielo.

Al salir el sol se despertaba Jaime. Al despertarse, encontraba al ángel a su lado, apoyado en el hombro de su alma.

El juego comenzaba. Bajo la sombra del jardín, Jaime veía convertirse en seres con vida a todos sus soldaditos de plomo, oía los pequeños gritos de mando del capitán de su minúsculo buque, hablaba con el chofer de latón de su automovilito de carreras, y por último, entraba él mismo como pasajero, a su tren de bolsillo. La presencia natural del ángel daba a estos pequeños prodigios toda naturalidad.

### III

Pero el ángel pobre era tan pobre que no tenía ni milagros. Nunca había resucitado a ningún muerto ni había curado ninguna enfermedad incurable. Sus únicas maravillas, aparte de sus alas, consistían en esos pequeños milagros realizados con Jaime y sus juguetes. Eran como las pequeñas monedas de cobre que le correspondían del colosal tesoro de los milagros.

Sin embargo, la gente no se cansaba de esperar el milagro estupendo, el gran milagro que debía ser la explicación y el motivo de la presencia del ángel en el pueblo.

El hombre acostumbra considerarse como un niño mimado por lo divino. Llega a creerse merecedor a la gracia, al amor de Dios, a los milagros. Su orgullo le esconde sus pecados pero cuando se trata de un favor sobrenatural, entonces intenta cobrar hasta lo último de la misericordia divina.

Había algo de exigencia en la expectativa del pueblo. El ángel era ya un orgullo local que no debía defraudar las esperanzas de la población. Lo estaban convirtiendo poco a poco en algo así como un pájaro totémico. Era casi una bestia sagrada.

Se organizaron sociedades para cuidar al ángel. La Municipalidad dio decretos en su honor. Se le remitían los asuntos locales para su solución. Por último, hasta se le ofreció el cargo de Alcalde.

Todo en vano. El ángel lo desechaba todo disimuladamente. Nada le interesaba, según parecía. Sólo daba mués tras de una entrañable afición a la jardinería.

#### IV

Cuando don José se decidió a tener una entrevista con el ángel, algo serio sucedía.

El ángel entró sonriendo a la oficina. Limpió a la puerta el lodo de sus zapatones oscuros, se sacudió las alas y se sentó frente al señor Ortiz.

Don José estaba visiblemente molesto. Sus ojos bajaron varias veces ante la vista del ángel, pero al fin, con una mueca lastimosa, principió:

—«Bueno, mi amigo, yo nunca le he llamado a usted para molestarlo en nada, pero ahora quiero hablarle de un asuntito que para nosotros es muy importante».

Tos. Pequeña sonrisa.

—«Se trata, —prosiguió— de que desde un mes a esta parte nuestros negocios han venido tan mal que, francamente hablando, estoy al borde de la quiebra. La Compañía Eléctrica que, como usted sabe, constituye mi única fortuna, ha fracasado totalmente y pasará a manos del Estado. Lo que el gobierno me reconozca apenas bastará para cubrir mis deudas. Ante esta perspectiva, me he atrevido a llamar a usted para suplicarle que nos consiga, aunque sea prestada, mi amigo, alguna platita, algo que nos saque de este apuro...»

El ángel, muy serio, se sacó las bolsas de su overol, un pedazo de pan, una aguja de tejer, un trapo, varias semillas secas y un silbato viejo.

Don José le lanzó una mirada extraña y dijo:

—«Ya sé que usted no tiene nada, pero puede pedir... yo no sé... un poco de plata, de oro, algún milagrito, mi amigo. Algo sencillo, que no lo comprometa... Además, nosotros no diremos ni media palabra... Así se arreglaría toda esta situación y usted podría seguir muy tranquilo viviendo con nosotros como hasta ahora, como hasta ahora, mi amigo».

Don José tenía la cara roja de vergüenza. Pero estaba decidido a jugarse el todo por el todo. El era decente, lo sabía muy bien, y era correcto y era honrado, pero también era práctico. Tengo que ser práctico y hablar claramente, se decía. Al pan, pan.

—«Ya ve, nosotros nunca le hemos pedido nada. Jamás le hemos molestado, ¿no es cierto? Pero ahora la familia necesita arreglar este asunto, tener un poco de «flojera», para seguir viviendo, para seguir sirviendo a Dios, mi amigo...»

¿Dónde había oído don José esta frase de «seguir sirviendo a Dios», que por primera vez pronunciaban sus labios? ¡Ah Sonrió por dentro. El cura... aquella misa cantada... ¡el sermón!

El ángel se puso definitivamente serio. Su mirada era fija directa.

—«José —dijo muy despacio—, ya que usted quiere que hablemos francamente, vamos a ello. Cuando yo le dije a su señora que yo era un ángel pobre, era porque en realidad soy ángel y soy pobre. Es decir, la pobreza es una calidad de mi ser. No tengo bienes terrenales ni puedo tenerlos. Tampoco puedo darlos. Eso es todo».

Pausa. Con la mirada más fija aún, continuó:

—«No obstante, como yo les estoy sumamente agradecido y veo que la vida está muy dificultosa para ustedes, les libraré de ella con muchísimo gusto, si ustedes lo desean».

—«¿Cómo? ¿Qué dice?»

—«Pues que como la vida les está siendo tan desagradable, puedo conmutarles por gracias especiales lo que ustedes ganarían ofreciendo esas penalidades a Dios, y suprimirles la existencia terrenal».

—«Es decir, ¿lo que usted se propone es matarnos?».

—«No. No lo diga así con lenguaje pecaminoso. Simplemente se trata de quitarle la vida a usted y a su familia. Desde hace algún tiempo, José, he venido pensando llamar a usted para hacerle este ofrecimiento, pues yo les debo a ustedes muchos favores y finezas. Y ahora, en estas circunstancias, sería la solución de todas las dificultades de su familia».

Los ojos de don José se encendieron. Su boca estaba seca.

—«¡Cómo va a creer! —gritó—. ¡Yo entiendo que usted quiere morirse porque usted vive en la otra vida y porque, además, usted no se puede morir! Pero nosotros, ¡eso es diferente!»

—«Es natural su defensa, natural, José. Su vida pide la vida, yo lo sé, pero reflexione que esta es una doble oportunidad: la oportunidad de librarse para siempre de esos apuros materiales que tanto le intranquilizan, y la oportunidad de morirse santamente. Es ventajosísimo. Yo les fijaré exactamente el día y la hora de sus muertes, y ustedes arreglarán perfectamente, y con mi ayuda, sus cuentas con Dios. Yo seré un guía para sus almas. Y no se preocupe por la muerte: yo soy un experto en el asunto, pues fui discípulo del Ángel Exterminador».

Don José estaba furioso. Sin contenerse gritó:

—«¡No señor, de ninguna manera. Mi vida vale mucho, mucho más de lo que usted piensa. Eso que usted me propone es un atrevimiento, una barbaridad, un homicidio... Un homicidio premeditado, eso es!»

—«Las muertes de todos los hombres son, José, otros tantos homicidios, solamente que no son delitos ni pecados, porque son realizados por Dios. ¡Ustedes los hombres son tan pretensivos que llegan a creer que sus vidas son de ustedes! La muerte es necesariamente deseada por el hombre justo. El suicidio sería la solución más lógica y el fin más inteligente de las vidas de todos los hombres lógicos e inteligentes, si el suicidio fuese permitido por Dios».

—«¡Bueno! ¡Suficiente! ¡No quiero nada con usted!»

## V

Los once años de Jaime vieron de otra manera el asunto.

—«Ángel, mátame hoy —le decía—, mátame bajo tus rosales japoneses, de un solo golpe de ala».

## VI

Murió el niño. El ángel extendió sus alas sobre él durante la misteriosa agonía. Era una muerte suave, una muerte de pájaro. Una muerte que entraba de puntillas y sonriendo.

Cuando todo había terminado tan silenciosamente, la fuerza de la muerte invadió la casa. Un enorme regocijo comprimido estalló en el aire de la muerte. La casa entera pujaba, se expandía. Un olor indefinible cubrió los objetos: se abrió una gaveta y salió; de ella el perfume sobrenatural; los pañuelos lo tenían, y el agua y el aire lo llevaban. Parecía un incienso de ultratumba que denotaba el final de un rito desconocido y milagroso.

En el jardín, los lirios y las azucenas se pusieron más blancas, con un incontenible, un ilimitado color blanco. Y los rosales japoneses ofrecieron cada cinco minutos una nueva cosecha de rosas encarnadas.

Don José se puso como loco. Momentos antes de su muerte, Jaime se le acercó para pedirle permiso de morir. Por supuesto, le prohibió semejante locura.

Pero el niño ya tenía la vocación de la muerte, amaba la muerte con todas las fuerzas de su vida.

De nada sirvieron las protestas y las lágrimas de doña Alba; y don José no encontró amenazas con qué amenazar a su hijo.

Por eso, su cólera ciega cayó sobre el ángel. Salió a la plaza rodeado por los Concejales de la Alcaldía, y con lágrimas en los ojos se dirigió al pueblo en un discurso muy conmovedor, pidiendo justicia contra el ángel, a quien procesaría por asesinato premeditado, según dijo.

Pero ni el Juez ni los guardias se atrevieron a arrestar al ángel.

Fue el Alcalde quien tomó el asunto en sus manos notificando al ángel que debía abandonar la ciudad inmediatamente.

## VII

A las doce del día, bajo el tremendo sol meridiano, salió el Ángel Pobre, más pobre y más ángel que nunca, del hogar Ortiz Esmondeo.

Por las calles polvorientas del pueblo iba arrastrando sus alas sucias y quebradas. Los hombres malos de los talleres de la Compañía Eléctrica se le acercaron en grupo, y con bromas obscenas le arrancaron las plumas. De los alones del ángel brotaba una sangre brillante y dolorosa.

Pero al llegar al puente, los muchachos del pueblo que allí estaban, se arrodillaron en línea llorando.

El ángel pasó levantando sobre sus cabezas su alón sangriento, y uno por uno fueron cayendo muertos.

## MANOLO CUADRA

(Granada 1907 – Managua 1957)

Miembro del movimiento de vanguardia, fue soldado de la Guardia Nacional, en el ejército que se formó en *contra* de Augusto César Sandino.

Telegrafista, boxeador, obrero bananero, bohemio, humorista, opositor al somocismo, militó en la izquierda nicaragüense; poeta, que prefirió darse todo en la renovación de la prosa, como columnista, novelista, cuentista, ensayista y epistológrafo.

Vivió en El Salvador, Costa Rica y Nueva York. Obras: Itinerario de Little Corn Island (1937), *Contra Sandino en la montaña* (1942), y *Almidón* (1945). Su verso se recogió con el título *Tres amores* (1955).

## PEDRITO

Agrupados a lo largo de la cuesta, los pinos. La trocha, que indicaba por algunas peculiaridades haber sido practicada a toda prisa, se sacudía en corcovos sensibles, verdaderos estados de ánimo topográficos. Era igual a todas estas trochas segovianas que en ciclo heroico, abrieron un capítulo especial en los días de la invasión.

Tal vez cuando hacía más fuerte sol; cuando la selva presentaba grandes lunares de claridad en sus intestinos, y la patrulla, por lo tanto, se abandonaba a la confianza, era entonces cuando

sonaba un disparo. Como un puñetazo inesperado que golpeará el mentón de cristal del silencio. Generalmente era un solo disparo y he ahí que un marino caía *venadeado*.

Después venía el concierto atronador de la infantería yanqui con la voz imperiosa de las armas modernas. Las bombas estallaban a ambos lados de la emboscada, desenterrando de raíz los arbustos, las ametralladoras de trípode, las automáticas portátiles enviaban granizadas incandescentes sobre los planos sospechosos, levantando cortinajes de polvo, llevándose las ramas de los árboles pequeños como si fueran miembros humanos. Luego el silencio que se erigía en único testigo a la fuerza impotente: ¿dónde estaban los *bandidos*?

Esta era la trocha que llevaba la patrulla. Sesenta marinos colorados, hermosos y buenazos (¿verdad, Pedrito?). Aunque apenas sargento, Felipón era ya como un oficial de choque de estos *Devil's Dogs*. Campeón de box de las fuerzas acantonadas en Nicaragua. Veintidós años. Corpulento. Tenía el ceño triste. Su puño cerrado semejaba, por el volumen, al de una bomba de mano; pero era todavía más mortífero. Su nombre cristiano era Felipe Truesdale. Felipón, su nombre de guerra, (¿Lo recuerdas, Pedrito?).

Al vadear la quebrada, el jefe dio unas órdenes breves. La patrulla se dividió en tres guerrillas, afanándose sobre la cuesta. El primer grupo perdióse en la espesura, los otros coronaron la cima. Esperaron, confundiendo sus trajes kaki entre los tacotales resecados por la reciedumbre de julio. Caía el sol a plomo, como un deseo. Empinándose, una manga de humo apareció a la vista de los emboscados, a la distancia de una voz en el silencio. Ahí estaba la casa de Benavides, el *Coronel*.

Los marinos tenían los ojos fijos en el sargento. Acostado como estaba, Felipón levantó la mano, abierta la palma, y luego la dejó caer a la altura de un codo, imprimiéndole un movimiento vivo, de lanzadera o de émbolo, en sentido horizontal:

—Barran, ordenó.

Las guerrillas cruzaron sus fuegos sobre el mísero rancho pajizo. Una granada de rifle logró dar en el blanco y la champa se desvirtuó como una almohada. Pero no hubo réplica. Sólo unos

cuadrúpedos aparecieron con escandaloso trepidar de cascos, estrellándose inesperadamente contra la primera línea de rifles. Los marinos se divertían con esta clase de enemigos, blanqueándolos en plena carrera.

Manteniendo siempre cierto volumen de fuego, no obstante la aparente ausencia de enemigos, el rancho pudo ser alcanzado. Allí adentro, sobre el húmedo piso de barro, estaba una mujer, revolviéndose en los estertores de la agonía. Felipón la contemplaba, revólver en mano. Se inclinó sobre ella, resuelto a arrancar de la garganta hipeante, el paradero de Benavides, el *Coronel*. Se lo preguntó con voz áspera, ansiosa. Ella lo miró ferozmente con sus pequeños ojos de chocolate, en los cuales la llama vital era como una hipoteca ya vencida. Hablaba arrastrando el acento, desfigurando los giros, interceptada la frase correcta por lagunas inentillegibles. ¡Por Dios! ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, que no se le escapara esa revelación final! Pegó sus orejas a los labios relajados, ya casi estáticos. Oyó entonces la revelación suprema:

—Hijuep...

Calmó su garra que se crispaba sobre el revólver y la dejó agonizar.

Afuera, los marinos, empezaban su obra de reconstrucción. Los animales de cría —la única propiedad propia del hombre nativo— seguían la suerte de su ama bajo el rifle de los marinos. Habían prendido fuego a la parte posterior del gallinero y el espectáculo prometía... Las aves eglógicas irrumpieron en conmovedor alboroto por el claro de la puerta de escape que adrede permanecía abierta. Ocho, quince, todas, eleváronse con fuerte impulso de alas para huir de la absorción de las llamas.

Truesdale se había apostado a quince varas de la puerta, con el revólver listo. Las blancas aves caían a tierra tocadas en su vuelo por la bala del tirador infalible. Allí quedaban con las alas abiertas, semejante a copos de nieve.

Hasta que acabó.

Pero cuando la champa vecina comenzó también a arder, Felipón se dio cuenta de que no todo había terminado allí. Pedrito, *el pedrito* que nunca falta en un rancho aborigen, andaba trayendo agua cuando los descargues. Llegaba al punto final del combate... Felipón lo vio cuando ya la patrulla victoriosa se alejaba y él detrás de ella, relamiendo sus ojillos porcinos en aquellos ranchos incendiados que eran una imagen del otro incendio que ellos han alimentado en nuestras psicologías. En aquella contemplación sus soldados se habían alejado un centenar de metros y entonces él corrió a darles alcance... Pero se sentía pesado. ¿Por qué no respondían sus piernas con la ligereza de siempre como cuando él trotaba en los campos de entrenamiento? Una fuerza misteriosa que él adivinaba de los ranchos quemados, se prendía detrás de él, siguiéndole como un hilo elástico en su carrera. Hasta oyó una voz interior que le llamaba por su nombre:

—¡Felipón, volvete!

¿Habría, acaso, dejado el revólver? Instintivamente llevó sus manos a la cintura. Allí estaba. Pero no, su espíritu no fallaba nunca. ¿Sería *el pedrito*? Volvió hasta él. Al verlo, renació su barbarie de vencedor. Pedrito estaba sobre las pavesas, achicharrándose casi con el calor del fuego. Sus ojos miraban asombrados porque la vida se los abría por primera vez a la realidad, en una demostración de la injusticia humana. Miserablemente vestido, tembloroso de malaria o de miedo.

Ah, eso le faltaba a Felipón: ¡*el pedrito*! Le habló:

—¿Y vos, sos gente o mono?

—Sí, señor, soy gente.

—¡Oh, vos posible mono!

Alzó el revólver: ipam! ipam!

Y *el pedrito* inclinó la cabeza destrozada sobre las cenizas ardientes y allí quedó dormido para siempre. Triste epílogo...

Pero esperad, es otro:

Dinamitando peces en el río Coco, Felipe Truesdale fue sorprendido por la explosión prematura de una bomba que, además de dañarle partes nobles del cuerpo, desprendió completamente del mismo, su brazo derecho, que tanta significación cobrara en las masacres de las Segovias.

Se me refirió esto cuando ya cercana la paz —febrero de 1933— hacíamos la patrulla de despedida en las legendarias márgenes del gran río nicaragüense.

—Aquí —me señaló Zamora, compañero de línea— fue e bombazo. Felipón quedó desangrándose contra aquella peña silencioso, triste.

Y añadió pateando sobre un pequeño túmulo de piedras

—Aquí fue donde vino a parar su brazo. Aquí lo sepultamos. Que la tierra le sea según merecimientos.

## EMILIO QUINTANA

(Managua 1908 — 1971)

Emilio Quintana se enfiló en Bananos (novela social y humanística, 1942); en la lista de denuncia social, fue un hombre de una integridad personal política y social; su inteligencia fue siempre una forma de señalamiento de todo lo que objetivamente llevara algún interés de humana significación.

Hombre muy querido y muy estimado dentro del periodismo y dentro de lo que era en ese tiempo la literatura popular, abundante de sinceridad y objetividad.

## LA CAJA DE LUSTRAR

Era tanta la abundancia de escasez en mi casa, que desde muy temprana edad tomé una caja de lustrar y me lancé a la calle a buscar ayuda económica para aliviar en algo la pobreza en que nos debatíamos.

Empecé por irme a las barriadas en solicitud de zapatos sucios. Huí cada lustrada cobraba tres centavos, que era el precio corriente. Me salían unas botas infames, tiesas por la falta de pasta, en cuya limpieza me pasaba más del tiempo necesario.

Pero mal que bien, o menor dicho más bien que mal, siempre regresaba con unos cuantos billetitos de a real, los que inmediatamente se convertían en arroz, frijoles y otras cosas más que servían de alimento a aquel montón de muchachos chiquitos que mi madre tenía y a quienes atendía ella sola, ya que mi padre dormía el sueño de los justos.

Era así como la caja de lustrar representaba un gran recurso económico: en vez de un libro estaba ella, inseparable compañera de mi infancia. No había para el almuerzo, iba la caja a la calle; no había para la cena ni para el amanecer, venga la caja milagrosa y la caminata por los barrios, hasta reunir un poco de pequeñas monedas.

Mi madre trabajaba en las casas vecinas y mis hermanas mayores, lo mismo. Pero éramos tantos que se tenía que recurrir de emergencia a mi caja, que era una especie de chistera de mago. Lustraba todo el día, principalmente los domingos, en que me llamaban de todas partes, como si se tratara de un asistente de partos o de un curandero.

Eran días de triunfo, en que después de dejar para los gastos inmediatos, me quedaba hasta para el cinematógrafo en el Teatro Variedades, donde me deleitaba viendo a la Francesca Bertini o las series de Edie Polo o hasta soltarme en lágrimas, de tanta risa, frente a las tragedias de Chaplin.

Las barriadas de Managua tuvieron la virtud de darle un sentido humano a mi vida; ellas brindaban la oportunidad de comer aunque pobremente a mi familia, ya que el pequeño lustrador era el mimado de la clientela, esperado en las casas hasta que pasaba para que limpiara tres o cuatro pares de zapatos que involucraban manojos de centavos de un poder adquisitivo envidiable.

Es indudable que haciendo este recorrido hubiera durado todo el tiempo que ejercí esa profesión, a no ser que otros lustradores empezaron a deslumbrarme con lo que se ganaba en el Parque Central. Me alegraron que yo ya no era un "pochifle", sino un experto en el ramo, y que en los barrios no se obtenía el negocio que en ese lugar, donde ni habían zapatos sucios ni enlodados.

Me arguyeron que hasta se recogían propinas, porque los que daban cinco centavos no pedían vuelto, dejándole la moneda enterita al lustrador; que hasta mujeres que iban a misa a Catedral ponían los pies sobre la caja, enseñando unas pantorrillas bien hermosas que valía la pena mirarlas.

Renente al principio, terminé por acceder, y heme aquí en el Parque Central a la hora de misa de ocho, con la caja de lustrar tendiéndosela a todo el que pasaba.

Pero en el lugar había una terrible competencia: era nube de lustradores la que se concentraba, todos celosos de que alguien más llegara a quitarles clientes. Desmedrado como era tuve que librar batallas a trompuda limpia por abrirme campo y para conquistar el derecho a ejercer mi profesión, hasta que los más grandes se pusieron a mi lado, dándome protección.

Ya me había convertido en un burgués del lustrado, a tal punto que no volvía a la barriada, concretándome a pasar el tiempo corriendo de un punto a otro, sobre todo cuando alguien soltaba un silbido llamando para la limpieza de su calzado.

Ahora bien, como era uno de esos tiempos de las ocupaciones americanas que ha sufrido el país, al Parque llegaban marinos yankys con sus botas pesadas; en cuanto aparecían, los muchachos salían en una sola estampida hacia ellos, porque pagaban en centavos oro y daban hasta diez de un solo golpe.

Yo les tenía miedo. Me causaban pavor aquellos grandes zapatos con suela doble y las caras coloradas de los místeres; además, siempre andaban masticando no sé que, y cuando los muchachos se les acercaban, algunos yankys que querían ser graciosos, les echaban encima escupidas negras, riendo enseguida de la hazaña.

Pero un día estábamos dos lustradores y se aparecieron dos marinos; los dos nos ocupamos en limpiarles las botas. Desde entonces se me quitó el miedo y siempre que llegaban les onecía mis servicios, los que unas veces eran aceptados y otras rechazados.

De pronto, sin saber cómo, apareció entre los compañeros una palabra que se puso inmediatamente de moda, era una palabra que se la dirigían a los yankys, la que en verdad

resultaba sonaba bonito. Yo no sabía qué quería decir, entonces y lo ignoro todavía, pero me gustaba aquello de "susay".

¿Susay, míster?

Susay por aquí, susay por allá y susay por todas partes. Se aparecían los marinos y susay, susay, hasta convertirse en una cosa bastante empalagosa por su constante repetición. Bueno, pues, para no quedarme atrás, venga el susay, si eso era necesario para que los yankys pusieran la pata sobre la caja.

Sin embargo, aquel día estaba de mala suerte. Llegó el yanky y se sentó sobre un escaño, masticando sin cesar. Tenía la carota colorada y los ojos enrojecidos tal vez por los tragos de alcohol que andaba adentro o por una recién pasada borrachera; la verdad es que el hombre estaba de mal humor. Puse la caja junto a sus pies y...

¿Susay míster?

Me quedó viendo con un gesto horrible, me envolvió en una mirada de desprecio y luego sin darme tiempo a nada y farfullando palabras entre el anduy oscuro, dejó caer la pesada bota sobre el pequeño instrumento de lustrar haciéndolo añicos. Las débiles tabulas ni siquiera le pusieron resistencia a la pata invasora, pata de ocupación humillatoria, lo suficientemente brutal para dejarlas convertidas en una ruina, con los vasos de tinta quebrados y los cepillos tirados por el suelo.

Instantes, después me rodearon los otros muchachos, con los ojos agrandados por el suceso. Yo estaba a punto de llorar.

—¿Qué pasó?

—Me quebró la caja...

—¡Rajémole la cabeza a este macho jueputa!

Pero el gringo tenía un gesto tal de ferocidad, que en vez de intentar un ataque a pedradas, nos alejamos lo más posible, evitando que se levantara y nos entrara a patadas, con aquellas botas que eran los suficiente para dar buena cuenta no solo de un muchacho, sino hasta de un hombre.

En un parpadeo mi "taller" había corrido un triste destino: era una víctima que se agregaba a las muchas otras víctimas de las tropas invasoras de un país más triste todavía por el entreguismo de algunos de sus hijos, que formaron una desolación en su destino.

Todavía, cuando me siento en un escaño del Parque Central, pienso en aquella caja, objeto de una grosería sin nombre, cuya destrucción humillante le enseñó a un niño nicaragüense el camino del odio hacia la injusticia de un hombre, que representaba la fuerza bruta de una intervención armada, que ni él ni los otros niños hicieron venir para sufrir vejámenes.

Aquella vez regresé a mi casa sin llevar un solo centavo.

## FERNANDO CENTENO ZAPATA

(León, 1921)

Fernando Centeno Zapata trasladó la temática regionalista a un ambiente urbano en la que demuestra un hábil escritura donde aparece dibujada la realidad social tanto en el campo como en la ciudad como logrando que sus descripciones no se aparten de lo objetivo y auténtico.

Obras Narrativas: La tierra no tiene dueño (1960), La cerca y otros cuentos, Edición del club del libro nicaragüense 1962.

## EL VIAJE

Al pasar el vehículo dos mujeres desgredadas estiraron sus huesudas manos para que se detuviera.

—Indias brutas dijo el chofer—, como si es caballo el que voy manejando.

Las mujeres discutieron el precio de la "llevada" con el conductor. Al fin treparon.

La primera saludó con las encías, al subir: los dientes delanteros se le habían escapado, dejando una ventana abierta por donde le silbaban las palabras.

Con la segunda, subió la "marimba": siete caritas lánguidas y alunadas —como mangos alunados— dos gallinas, un peno flaco y sarnoso, un gato chelicoso, con una quemada de manteca caliente en la cara, y un motete de ropa sucia, que hedía. Todos ellos también hedían.

Se sentaron juntos, apiñados, miedosos, como queriendo darse calor, las mujeres en medio, los cipotes a los lados, uno iba chineado, la mujer lo arrullaba y trataba de cubrirlo con unos harapos andrajosos que si le tapaban la carita se le salían los pies. El muchacho iba emberrinchado.

—¡Va con la calentura o es que lleva hambre este jodido! —le dijo a la compañera que llevaba otra cipota cardada. La criatura volvió a verla con unos ojitos rojos que le salían de unos párpados hinchados; tosía con dificultad, como si una mano le apretara la garganta, se retorció, por los pies y la carita— carita de ángel de iglesia abandonado, le iba brotando el sarampión.

La mujer ya no aguantó más, porque todos los del "chunche" le iban protestando por el berrinche y se levantó la camiseta para darle de mamar; el muchacho no mamaba, pero ya llevaba un tapón en la boca, un tapón sucio, negro, tierroso, con unas venas moradas y gruesas que se le metían en la boca. El muchacho se durmió o se desmayó, pero terminó el berrinche y terminaron también las protestas.

\* \* \*

El vehículo que iba sin escape, hacía un ruido de los demonios y subía en primera la cuesta del cerro, un ceno panzón, que llevaba la carretera apretada a su barriga, como un fajero.

La mayorcita de aquella extraña caiga, una niña de siete años, seguía con los ojos el paisaje, unos ojos amarillos; su pelito lacio, suelto al viento, hacía cosquillas a la otra hermana que se le recostaba en el hombro, ésta iba mareada, sudaba helado, por fin vomitó sobre las gallinas, las que no hallaron qué comer en aquél vómito blanco, chirre, espumoso. El perro lamió la sombra húmeda que había quedado pegada en el piso.

La muchachita se sacó un sonoro coscorrón en la cabeza.

Sobre la carpa del "chunche", el sol hervía, y los frágiles espejos del viento quebrábanse al pasar.

Siguiendo la carretera, volaba un río con sus líquidas alas, por fin, como una lanza, se metió en el monte y desapareció...

Una mujer ciega, con una cara picada de viruelas "volaba" a las criaturas porque la iban apretando.

—Muchachos brutos, parecen animales —les dijo la ciega con voz colérica.

Los muchachos al verla, le tuvieron miedo y se enrollaron como un yagual.

—Va, pues, —contestaron las mamas, y el ruido del motor hizo chingaste las demás palabras, que le salían silbando por la ventana de la dentadura de una de ellas, envuelta en la saliva prieta de su chilcagre.

La vieja al oírlas, abrió los ojos, no vio nada, y se quedó callada.

\* \* \*

A la entrada del pueblo, el "chunche" se paró en seco, se sacudió el polvo violentamente y siguió temblando su parálisis.

Todos los del "chunche" también temblaron.

El conductor, un negro con una negra conciencia, saltó de la cabina como una fiera en acecho y comenzó a cobrar: siete... ocho... nueve córdobas... El niño de pecho también paga...

Las mujeres esculcaron el motete, lo revolvieron, y dentro de los trapos sucios que hedían (ellos también hedían), sacaron los "ríales" y comenzaron a contar...

La mano del cobrador se abría como una maldición: cinco puñales de avaricia clavados en el corazón de la miseria.

—Señor, rebájenos que no nos queda ni para la comida, mire que no hemos pasado bocado desde que salimos...

El "chunche" pitaba y pitaba, iba atrasado en su itinerario. El conductor al despedirse le arrebató de la mano el último peso a la mujer, y la mano quedó vacía, como el estómago de aquella extraña tropa.

El niño de pecho sufrió un ataque y otro y otro: se estiraba, se encogía, se iba poniendo morado, la boquita espumosa y torcida, los ojitos brillantes; otro ataque, y por fin un suspiro...

La madre gritó, todos los cipotes también gritaron.

El "chunche" salió huyendo, envolviendo con su ruidaje las lamentaciones. Los gritos de angustia y de dolor se partieron en el filo de aquel rayo de sol que caía indiferente sobre la tierra.

Los curiosos acudieron con los ojos abiertos, abrieron la boca y, alguien, caritativo, propuso comprar las gallinas: Ocho pesos por las dos...

—Si me costaron cinco cada una, señor, no me haga perder... Por caridad, señor, es una ayuda...

—Siete cincuenta, si se resuelve ya... Siete, si los quiere, y antes que me arrepienta.

La mujer tomó los siete pesos. De sus brazos se le escapó un soplo la vida; que como una hostia arrugada se hundió en el misterio...

En la extraña tropa iba uno menos.

La tierra estaba caliente, hervía...

La mujer cargó con el perro que lloraba, y siguieron el viaje...

## ENRIQUE FERNÁNDEZ MORALES

(Granada, 1918 - 1982)

Poeta, teatrista, ensayista, crítico de arte, dibujante, pianista, compositor, coleccionista, archivero, maestro de varias generaciones y narrador. Es uno de los renovadores de la narrativa nicaragüense en la década de los cincuentas.

Sus cuentos se encuentran en su libro: *Y aunque es de noche...*

Enrique Fernández Morales, como otros escritores de su época fueron, además de reconocidos maestros y conocedores de la literatura nicaragüense, generosos acogedores de jóvenes escritores e iniciadores de importantes movimientos literarios.

## BABOSADAS

*(Uno y Dos)*

1. ¡Chocho!, ve hermano, la pura colorada.
2. Enseña hombre; ¡puta!, de verdá.
1. Me cuajastes en lleno; ¡tamaño culatazo!
2. Hombre, te cuajé,... pero, ¿por qué jodido andas pegando esas mierdas?
1. Babosadas, hombre. Esa es la verdá Babosadas de tragos. Yo nunca me he metido en esas mierdas, vos me conoces. Ningún partido le da de hartarse a uno, esa es la verdá. El asunto es que me encontré con Chico y con el Trompudo onde la flaca; y... ya vos los conocés... Esos son jodidos.
2. Son jodidos los hijueputas. A mí desde que ando con esto ni adiós me dicen. ¿Y onde tarriaron?
1. Onde la Gata. ¡Chocho!, me está doliendo en puta. Nos zampamos seis medias entre los tres. El servicio es una mierda; pero hay buena música en la rokola y... vé manó, all'tá la rubia aquella que anduvo con nosotros aquella vez en La Conquista.
2. ¿Cuál rubia?
1. Parecés maje que no te acordás, aquella del lunar en el cachete, que bailaba toda sudada, y que se emboló con lija, y a cada rato quería un chelín para poner «Encadenados».
2. Si es verdá, hombre. Que lloraba la hijueputa con «Encadenados». Ahora caigo. Que después se jué a bañar con nosotros a la chorrera, en bola, ya de madrugada, y vos te la llevastes.

Ah, hombé, aquí está la jodida ahora onde la Gata. Es muy relajo sí... Aja, ¿y después, cuando salieron de onde la Gata?

1. Nos venimos por la Carrilera. Entonces el Chico sacó del rollo que andaba las tales papeletas y me dijo que le ayudara porque él y el Trompudo las tenían que pegar.
2. Y vos de maje te juiste de trompa.

1. ¡Vos crees que soy maje! Pero me convenció el hijueputa con ese palabrerío que tiene. ¡Es que vé! La cosa es así. Chico ispiaba, el Trompudo tenía el tarro'e goma con la brocha, y yo las iba pegando. Ese jodido'e Chico a cualquiera enreda.

2. Eso sí es verdá, hombé. Para qué se va a negar, es bien inteligente el jodido. ¡Tiene más luces...!

1. ¿No te acordás cuando estábamos en la Escuela onde la Niña Marcelina, que siempre nos mangoneaba el jodido?

2. Sólo el Trompudo no se lo tragaba entonces, vé lo que son las cosas. Vos y yo éramos los cachimberos, y él era el mandamás. Y el Trompudo jué el que nos acusó, acordáte, cuando Chico nos mandó a echarle la picacuana al tiste de la Niña Marcelina. Toda la mañana pasó juá, juá, juá...

1. Cállate, jodido. No me hagas reír que me duele. Y el Trompudo cantó por el interés de que lo pusieran en el cuadro de honor; iy la pela que nos van dando...!

2. Alegres pasábamos jodiendo.

1. Y siempre caminábamos juntos los tres.

2. Siempre caminábamos juntos los tres; hasta que Chico se jué al Instituto y se bachilleró; la mama se mataba planchando ajeno para que estudiara; y después en la Universidad se hizo

el de a peso. Muy tufoso se volvió el jodido. Pero hombÉ, fijate cómo son las babosadas: Él va a ser doctor y claro, ya sólo anda con gente de pelo. Vos sos zapatero; por lo menos tenes tu oficio, y yo... vé qué babosada cómo es la vida. Muy tufoso se volvió, sí.

1. Conmigo siempre ha sido el mismo de antes, te he decir. Y yo con vos, ¿cómo he sido, decime? ¿No he sido siempre parejo con vos? Chocho, me sigue doliendo la mierda... y me sigue chorriando, vé.

2. Amárrate este pañuelo... ¡presta, vé! Si es cierto, siempre has sido parejo. A mí me dijo el Trompudo que era por esto que Chico me negaba el habla. Son babosadas. Yo creo que esto no es una vergüenza. Además, ningún trabajo es deshonra. Yo, desde que quedé moto, ¿qué iba a hacer? Catorce años tenía. No me quedaba de otra.

1. No te quedaba de otra.

2. Así son las babosadas. Yo no pierdo nada con él; me limpio con cualquier hijueputa, pero después de todo, le duele a uno que los que han sido amigos... En fin, todas son babosadas.

1. Tenés razón. Todas son babosadas.

2. Bueno, hermano, mejor levantémonos y vamos caminando. Puede pasar la jura y va a ser una vaina.

1. Vé, hermanó; te vo'a decir una cosa; mejor déjame irme a mi casa. Me está doliendo mucho esta mierda.

2. ¡Ah, no papitó! Todo menos eso. Somos amigos, bien sabes que somos cuates, pero tenes que jalar. Así es que mejor pasa.

1. No seas jodido, hermanó; acordáte que estoy hecho mierda; y picado. Ya hasta voy de goma. ¡Vieras cómo me zumba la cabeza! Además, la roca, pobrecita. No se duerme la pobre hasta que siente la puerta... ¡Acordáte!

2. Eso ya lo sé; yo la conozco. Así son las rocas. Así son todas las rocas. No se duerme... Pero eso es asunto tuyo. Mi deber es llevarte, y ya está.

1. Y si me bailo, hermanó, ¿qué vas a hacer? ¿Qué hacés conmigo si me bailo?

2. Si te bailás, vé hermanó, por ésta que te la dejo ir. No me comprometas, ya te lo digo, que te la zampo; no me comprometas.

1. Son babosadas; yo sé que no me vas a joder a la pura bulla. No seas baboso, nácete el desentendido mientras...

2. No corras. No corras, te digo. Volvéte o te...

1. ¡Ay, me pegaste, hijueputa! ¡Ay mamita linda!

2. Te lo dije, jodido, que sos tan bruto. Prestá, hermanó, Esperate, ¿onde te di?

1. Aquí, hermanó; me jo...distes. ¡Ay, mamita linda, mimitilla linda! Ve, hermanó... Llévame onde mi mama. Acordáte... la pobre... no se duerme....

2. No te quedes así, hermanó, son babosadas... No sé ni a qué horas... Ve... Se jué el hijueputa. Lo vo'a llevar... A su roca. Pesa el jodido. Qué babosada. Está helado el jodido. Y es que está haciendo yelo. ¡Qué gran babosada es toda esta mierda!

## EL BOMBERO DE TURNO

Entonces oí hablar otra vez de esa ciudad, y como estaba a poca distancia, decidí visitarla. Es una ciudad sin colorido y sin carácter, nuevecita y uniforme, como si estuviera metida en alcohol, dentro de un frasco de vidrio, con la única notable particularidad de haber sido destruida, totalmente 18 veces, y otras tantas reedificadas en el mismo sitio. Sus habitantes, inteligentes e incultos, son una rara mezcla del bondadoso burlón. Uno de ellos, pequeñito, jovial y gran camarada de tragos, se ofreció a guiarme. Fuera del paisaje natural no ofrece nada que interese. La única casa antigua es el Cabildo, que todas las destrucciones han acordado respetar. El inmenso salón de sesiones, amueblado con antiguos sillones y bargueños, tiene en la pared del centro el escudo de la ciudad, concedido por Carlos V, y en las dos paredes laterales se aglomeran filas de retratos. A la derecha los Destruyores; a la izquierda, los Constructores, 18 de cada uno.

Le hice notar a mi acompañante que no sólo el hecho de que los Destruyores estuviesen a la derecha y los Constructores a la izquierda, sino también su gesto y actitud ante unos y otros me hizo pensar que había en la ciudad más agradecimiento y respeto por los primeros que por los segundos. El hombrecito simpático me aseguró que el culto de la ciudad se repartía por igual en ambos lados ya que no podían existir los unos sin los otros ni podía haber Constructor sin su correspondiente y previo Destruyedor, y viceversa, lo cual me pareció aceptable, aunque siempre un poco raro.

Los recorrí, más bien, con afectada curiosidad, a uno y otro lado, ofreciendo mi homenaje extranjero a aquella abigarrada asamblea donde había conquistadores de hierro, soldados de fortuna, hidalgos de jabón, varios piratas con horribles caras, un fraile flaco, seco y amarillo, una dama un poco desenvuelta, un hombre de ojos azules y duros como dos puñales, un bombero y un caballero de nuestro tiempo. Un detalle que llamó mi atención me fue explicado por mi amigo. El primero de los Destruyores era exactamente el mismo primero de los Constructores. Esto se debía a que el Conquistador Rebolledo, después de ahorcar 15000 indios y arrasar la antaño floreciente ciudad precolombina, había fundado sobre sus cenizas la ciudad española, cuyo nombre, junto con el Cabildo y sus retratos, eran todavía el único recuerdo. Una segunda

revisión me proporcionó una explicación más extraña que la anterior. El último de los Destruidores era un bombero, con su vestido rojo y su casco de acero. El último de los Constructores era un señor de chaleco, leontina y cuello de lazo; pero las facciones mestizas, inteligentes y socarronas, eran exactamente iguales en ambos. Y no me equivocaba. Son absolutamente la misma persona. El último gran Destructor era al mismo tiempo el último Gran Constructor, y la persona más venerada y querida de la nación, según supe luego.

Mi acompañante me explicó lo de la destrucción como un caso complejo, de esos que ha puesto de moda el psicoanálisis, aunque añadiéndome por lo bajo, que mucho se había susurrado en ese tiempo, por un lado, que el bombero estaba a sueldo de los enemigos de la ciudad, y por el otro, que fue ordenado a hacerlo por la Junta de Ornato y Bellas Artes, y aún por la Academia de la Historia. Pero sea de ello lo que fuere, el hombre, como es natural, después de semejante acción, medró rápidamente en política, recorrió sucesivamente los cargos de Alcalde, Diputado, Senador y Ministro de Fomento y como tal, había realizado, dirigiéndola personalmente, la última construcción, que yo he visitado.

No sé si el hecho, a como fue publicado en la época por el Diario Oficial, estará un poco novelado por el cronista, cosa muy en boga entonces, aún para sucesos de ninguna importancia en la prensa del país, o si, como me dijo mi guía, guiñándome el ojo, era de la fidelidad más absoluta, y fue referido textualmente por el propio exbombero, hoy Ministro de Fomento. Mi acompañante me hizo notar un si es no es de punza que ponía el referido diario oficial al referirse a la institución bomberil, cosa que me disgustó en extremo, ya que estoy acostumbrado al respeto y agradecimiento con que se les trata en todas las naciones cultas. Esto, me dijo mi acompañante, se debe a los celos con que ve el ejército toda institución que se le asemeje, aunque sea en el uso de títulos, botones y medallas.

El *Pueblo Libre*, periódico oficial, en su número del 15 de mayo de 1952, trae la siguiente crónica que copio íntegramente.

## LA ÚLTIMA DESTRUCCIÓN DE REBOLLEDO, SEGÚN EL BOMBERO DE TURNO

Dio una chupada fuerte al cigarrillo, y abriendo un poco la boca, empezó a sacar anillos de humo. Nunca había podido hacerlos tan redondos e iguales como el Capitán, que ensartaba cinco en un lápiz. El cigarrillo se fue en pocas chupadas. La última muy caliente, lo hizo tirarlo con un gesto rápido. Lo apagó con la bota, muy lentamente, como si le doliera hacerle daño. Su reloj grande de bolsillo marcaba las once y cuarto. Faltaban todavía tres cuartos de hora para entregar el turno.

Echó una nueva ojeada al *Pueblo Libre*, buscando algo que se hubiera escapado a sus dos lecturas anteriores. Por unos minutos se distrajo con los anuncios. Tres cuartos de hora se van en un suspiro. Sacó de nuevo los naipes de la gaveta y los barajó unos momentos, pero no se resolvió al Solitario. Los ronquidos de los permanentes eran divertidos otras veces. Esta noche, quién sabe por qué motivo, le producían una rabia que no sabía cómo desquitarse. Tiró al suelo el mazo de cartas, con estrépito, y se agachó a recogerlas una a una. Esto le proporcionó algún alivio. Además, con el ruido cesaron los ronquidos por unos instantes.

El reloj había caminado sólo quince minutos desde la vez anterior. El tic tac sonaba en su oreja perfectamente regular. No eran frecuentes en él estas rabias. Habitualmente era manso y soportaba con paciencia las contrariedades del oficio. Habíase acostumbrado a tragar gordo, ante las impertinencias del Capitán, del Mayor, del Comandante, de sus esposas, y aún de las docenas de hijos de éstos, que eran la verdadera plaga del Cuartel. El ser bombero permanente es oficio difícil e ingrato. Otro no hubiera aguantado. Cuando le subía la oleada de sangre caliente a la cara, poníase a canturrear mentalmente:

*Arde la ciudad.*

*El fuego hay que apagar*

*o morir apagando.*

*Hay que salvar*

## *La ciudad.*

Otras veces poníase a inventar escenas que su imaginación encontraba divertidas y sedantes. Pensaba que estaba en medio de las llamas la vieja y malcriada esposa del Capitán, desde una ventana ardiendo con toda su charpa de insolentes hijos, gritando y gesticulando, y él con su manguera salvadora, escalaba la ventana y los rescataba de la segura y merecida muerte, recibiendo por ello, además de cruces y medallas, las tardías pero calurosas excusas y apologías del Capitán y de toda su familia.

Cuando era muchacho, le parecía el colmo de la elegancia y la distinción el ser bombero; y marchar en desfiles y procesiones con aquel uniforme rojo tan vistoso, lleno de galones y bisutería de oro, con el cuerpo muy tieso, desde las unidades de salvamento, viendo de rabillo la admiración de las muchachas y el pasmo de la chiquillería. En el Cuartel tenían importantes asambleas en las que todos decían larguísimos discursos interrumpidos por salvas de aplausos, en los que hacían muchos elogios de los demás, imponiéndose unos a otros cintas y condecoraciones. Pero lo que más llamaba su atención de niño eran las maniobras que dos veces por semana hacían en las principales calles de la ciudad, con entrenamiento para cualquier posible incendio. Tendían los cordones de seguridad y cortaban el tráfico de todas las calles adyacentes. Era un espectáculo que no se perdía ningún vecino, y aún de los barrios más lejanos llegaban grupos de curiosos, que se informaban siempre dónde serían las próximas maniobras. Los muchachos conseguían traspasar el cordón y recibir su chapuzón de la manguera, y esto era el colmo de la felicidad.

Desde que tuvo la dicha de ser aceptado como miembro permanente del Benemérito, empezó a tener pequeñas dudas si esta dicha era suprema y aún sobre si era dicha del todo. Dudas que pasaban por su cabeza como malos pensamientos, con la velocidad del rayo, y que él nunca aceptaba del todo voluntariamente. Para reforzar su vocación poníase a leer, en sus interminables ratos de ocio, la hermosa literatura de las revistas rotarias, leonísticas y bomberiles propiamente dichas, que con tanta regularidad llegan al Cuartel, sobre la utilidad de los Cuerpos Bomberos en el mundo entero, y descripción de su ejemplar funcionamiento y organización, lo

mismo que relatos de heroísmo que han realizado no pocas veces, en peligrosos salvamentos. Esto lo confortaba y enardecía pensando que alguna vez su fotografía sería admirada por desconocido; lectores en Bombay, en Peking, en Minnesota y muchos se estremecerían leyendo lo que un remoto bombero héroe, había sido capaz de realizar para gloria del Benemérito.

Pero el destino parecía adversar con saña al Cuerpo a que pertenecía. En cuatro años que llevaba como permanente, aquella ciudad 18 veces quemada en su historia, no había tenido un sólo verdadero incendio. Cuatro conatos hubo en esos cuatro años, repartidos decorosamente a uno por año. El primero fue en un campo aledaño a la ciudad, donde un rancho de huate cogió fuego de noche, se cree que por un rayo, pues llovía torrencialmente. Las sirenas tocaron la alarma, cundió la ansiedad, la ciudad se movilizó a pesar de la hora, y él fue el primero e salir con su unidad en dirección al siniestro. Grande fue el descontento de todos cuando constataron que la lluvia se le había adelantado robándoles una hermosa oportunidad de cubrirse de gloria.

La segunda fue un bromazo que dio un socarrón amigo de los Jefes, el Día de los Inocentes, quemando en el patio de su casa toda la colección de la Enciclopedia Espasa. En la tercera, el hecho sucedió en el Barrio de Pescadores. La hoguera se levantaba imponente y amenazadora, y los bomberos instalaron sus mangueras acabando el incendio en un santiamén. Cuál no sería la general sorpresa al ser retribuido tan generoso acto con una lluvia de palos y pedradas sobre los heroicos salvadores y desinteresados curiosos; alegando los airados pescadores que aquella era la hoguera tradicional, encendida en honor de San Juan, por ser su vigilia, y que les había costado mucho dinero por estar hecha con árboles resinosos, traídos de muy lejos, y alrededor de la cual bailarían a media noche.

Pero la cuarta fue para él algo particularmente inolvidable ya que le fue origen de muy desagradables consecuencias. La alarma fue como a las cuatro de la madrugada, uno de los últimos días de octubre. El fuego fue causado, según se supo luego, por la ardorosa devoción de una beata que celebrando el Rosario, dejó encendidas unas velas envueltas en papeles de colores, de donde cogieron fuego flores, cortinajes y adornos. Cuando el Benemérito instaló sus mangueras, el vecindario entero comenzó a burlarse, alzando en hombros a un borracho que los insultaba soezmente. El borracho, rezagado en la vela, habíase despabilado con la humareda, y mientras los vecinos alborotaban, y la beata llamaba a los bomberos, él con una silla había dado

sopapos y porrones, logrando apagar el siniestro antes que llegara el Benemérito, siendo aclamado por la turba, que levantándolo en alto lo paseaba en procesión ante las mismas barbas de los sorprendidos y escarnecidos salvadores. La muchedumbre acordó entonces que sería de más utilidad organizar un Cuerpo de Borrachos, que además de alegrar el vecindario, prestan sus servicios más a tiempo y con más efectividad. De allí vino que todos los borrachos se sintieran envalentonados y pasaran insultando a los de turno en noches de juerga.

Esa noche los borrachos se obstinaron en no pasar. Un borracho, fuera de lo enojoso que puede ser y de los insultos que dirige, se convierte a menudo, en la salvación del bombero, porque lo distrae y rompe la monotonía del turno. Llega uno hasta desearlos, a pesar de los insultos y del bochinche. Bomberos hay que a escondidas dan dinero a los dipsómanos para que vayan a emborracharse, y tener luego que vérselas con las consecuencias. Pero esa noche desesperadamente silenciosa, todo el mundo parecía dormir como los otros permanentes. En el reloj faltaban aún diez minutos para las doce. Dentro de diez minutos, llamaría al compañero, y se iría a acostar a su cama, y empezaría a roncar como los demás. Una inquieta tensión le obligaba a mantener el reloj frente a sus ojos, viendo cómo avanzaban las manecillas, minuto por minuto. En el silencio de la noche el tic-tac martillaba con estrepitosa violencia. De incendio, ni pensar siquiera. La gente era muy cauta y no les daba oportunidad. Además, últimamente, a los bomberos les había entrado un verdadero terror por las alarmas, ya que siempre terminaban en bromazos y burlas.

De pronto le pareció que el reloj caminaba más despacio que lo normal. Cada minuto era como una hora. La manecilla parecía que hacía un gran esfuerzo por avanzar, al fin no lo lograba. Los últimos cinco estaban haciéndose eternos. Le dio cuerda con tal violencia que lo reventó. Entonces pareció tener una inspiración. Abrió tres latas de gasolina, y empezó a chorrear en las mangueras, en los camiones, en las unidades en las puertas, sillas y mesas. Iba de un lado a otro con una alegría infantil, brincando, silbando, remedando al Comandante, simulando los ronquidos de los permanentes, riéndose con una risa de niño vigilado, que por primera vez consigue jugar con la libertad. Luego se detuvo y reflexionó unos instante; riéndose con más serenidad. Prendió el fósforo casi con desgano, como quien no quiere la cosa, gozando en alargarla, con la voluptuosidad de la espera. Ahora el tiempo era suyo y no tenía gran prisa.

Con un ademán de coquetería tiró el reloj en las primeras llamas. Cuando todo ardía se dirigió con gran lentitud y dignidad a la caseta y tocó la sirena de la alarma.

## ERNESTO MEJIA SÁNCHEZ

(Masaya, Nicaragua 1923- Yucatán, México, 1985)

Poeta, ensayista, crítico, catedrático y editor de más de un centenar de obras claves para la literatura hispanoamericana. Investigador del Colegio de México y de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Premio «Rubén Darío» (1947-1950), «Xavier Villaurrutia» (1972) y «Alfonso Reyes» (1980). Profesor invitado a muchas universidades europeas y norteamericanas. Miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua y Directivo de la Comunidad Latinoamericana de Escritores.

Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua. Cultivador de un género abierto y experimental, que se llamó: *prosema*. Diplomático en España y Argentina. Puro cuento, apareció póstumamente, en 1998, México, organizado, prologado y anotado por Julio Valle-Castillo.

## EL CIUDADANO

*A Pedro Joaquín Chamorro Cardenal*

Me denunciaron mis amigos. Yo no sabía nada. Mayor delito aún. Imposible probar que no se sabe nada. Con ese aire sospechoso del inocente, respondí primero con arrogancia, después con humillación, en seguida con miedo, luego con vileza. La escala es más extensa, pero temo no recordar sin vacilación. La verdad, que el orden en esto es lo de menos. La cabeza rapada con

premura ostenta hilillos de sangre que la inhabilidad hizo verter. El camastro es más duro que el suelo, pero en el suelo hay ratas y piojitos. Trato de recordar sin vacilación, ya que no me es dado escribir. No, no escribiré más. Mi mano derecha no sabe lo de la izquierda, pero yo sí lo sé. La derecha tiene raspaduras de vidrio entre las uñas, vidrio caliente que se manchó con mi sangre; la izquierda está amoratada y entumecida por el voltaje y el hielo. No imaginé reunidos tan diversos elementos. He logrado juntarlos en mis manos como a los amigos que me delataron, con los que a mi vez delaté: una libreta de direcciones es harto heterogénea. Tengo ahí embajadores, comunistas, sacerdotes, pintores y mujeres de mala vida, que se dedican a la literatura. Estamos juntos pero no estamos revueltos. Gruesas paredes y barrotes nos separan. Repaso de la A a la Z; me imagino a muchos llorando y denunciándome. Imagino el bochorno de mi madre, diciendo que soy perverso pero que no debo estar en la cárcel. Cierro los ojos y veo el foco de los interrogatorios; los cierro, los cierro de nuevo y más lo veo. Quiero saber si es de noche para sugestionarme y dormir, pero no hay noche para mí, ni día, más que el foco aplastante que me devoró las pupila; Estoy solo; sólo que haya aquí otro más muerto que yo y no lo sepa nadie ni él. Estoy solo, pero eso no cuenta, siempre estuve solo. Lo miserable es estar caído sin testimonio, sin alguien que me vea cobarde o valeroso. A mí me vieron en el aeropuerto al llegar, con mi pasaporte en regla, con mis maletas de libros y ropa usada y manuscritos ilegibles y emborronados. Y un cartapacio con papeles, cartas y direcciones. Y yo estaba feliz viéndolos sudorosos, ensañados contra mis pobres valijas cubiertas de etiquetas. Jadeantes, manchaban de sudor mis fotografías y otras intimidades despreciables. Yo respiraba es calor nativo, fragante como campo paleado o lluvia primeriza. No me importaba la revolución de las maletas. Yo veía flamear una bandera en el viento soleado. Yo sentía la tierra unida a mí como la carne sagrada de mi madre. Hallazgo de repentina felicidad o inmerecida clemencia. Yo confiaba dócilmente los pulgares llenos de tinta. Y no decía palabra porque estaba embobado. Y me pusieron en la lista: culpable de inocencia, pero yo respiraba en el aire el jardín del Paraíso. Un olor mezclado como leche, vino, azucena, pasto, naranja y azahares. Y me fueron rodeando los amigos (que decían que me esperaban para un verdadero renacimiento nacional) y me llevaron a comer y a beber para que hablara, y hablé y dije lo que vi y lo que imaginé. Me preguntaban por Europa como por una novia querida y olvidada, por esa España dolorosa e insensata que no podré odiar sin amor, por la dulce Francia Italia la bella, clavadas en el corazón del arte. Les hablé de un viejo Homero civilizado que escribe en una pequeña lengua provinciana

como si escribiera las Olímpicas o las Geórgicas. Les hablé de un poeta que estuvo preso en todas las cárceles de España y yo estuve en su casa y comí ahí y lo quiero como hermano. Jorge está en Roma, Eduardo en Madrid, Charles está en París. Hice la ruta de Don Quijote, estuve en la gruta azul de Capri, en la colina de Bolívar, en la tumba de Keats, en Granada, en Chartres, en Florencia, el mar de Niza, unas ruinas, una doncella de África que no osó quererme, un portorriqueño a quien tuve que herir, un don Antonio español y extremeño y gran señor como los de antes, y Devoto y su barba y sus dientitos, y Vicente, en su casa, y Luis habla que habla y llora a Federico, y la taberna de a lado y sus muchachas. Los amigos me rodeaban satisfechos, irónicos, perplejos, asombrados, maliciosos, incrédulos, mortificados, inquisitivos, pesarosos, suspensos o joviales. Y seguimos hablando días y noches sin parar, asistiendo a cenas y comidas, inventando homenajes y tertulias hasta que se produjo lo que ignoraba. Lo que no sabía. Lo insospechado. Lo inaudito. Lo indecible. Lo irrealizable. No lo hecho. Lo proyectado quizá. Lo planteado tal vez. Lo pensado. Sólo lo pensado. Lo sólo pensado.

— ¿Usted quiso matarlo?

—Yo no sabía nada.

—No pregunto si sabía o no, sino, si quiso.

—No sabría decirlo. No lo sé.

—Pero, si lo hubiera sabido, ¿habría estado de acuerdo?

—No lo sé. No sabría decirlo.

—Es inútil por las buenas.

—No tengo parte en esto. Sólo sé que no sé.

—Miente. Que lo diga todo. Que lo vomite todo. Eso es, que vomite. Y vomitó lo que no sabía (aunque lo deseaba), lo que sabía y no deseaba, lo que sólo deseaba y no sabía, lo que sólo sospechaba y aún lo que ni siquiera sospechaba. Estoy inmóvil y oigo correr mi sangre colérica, abochornada, inocente, cobarde. Desde el profundo abismo en que estoy caído, oigo correr la sangre de mi pueblo, colérica abochornada, inocente cobarde. ¿Por qué he de padecer yo en su representación? El yo, lo más egoísta y personal en el mejor sentido de la palabra. Mi pueblo, si tuvieras todos los defectos de quien hoy te representa y alguna lejana o débil virtud, que no sea yo quien muera por tu gracia. ¿Qué hice yo o qué no hice, sólo por mí? No merezco esta diputación del infierno. Sé que intentaron borrar me de la lista, pero yo estoy en todas las listas y

entraron en mi casa y registraron todo, libro por libro, página por página y escupieron y hallaron los manuscritos imborrables y rompieron y quemaron lo irrompible y lo incandescente. Creyeron que toda ferocidad es todopoderosa y que destruyendo mis memorias rompían la memoria de mi dicha. Desde el calabozo en que estoy caído, oh infiel, oh borrosa, te cuidaré y repasaré con demorada ternura, y ambos reconstruiremos para acicate y alivio de mi pueblo, página por página letra por letra del mundo que yo vi, de la contemplación soñada en días repartidos entre la iniquidad y el decoro. Veré, veréis otra vez a mi alma, oh imborrable, oh vengativa, gozando de una felicidad, de un recato, un brillo que sólo me atrevo a comparar con la vida. Aquí hay orgullo angélico, pero tan bien una humillación que puede llegar a la infamia en servicio del bien.

## CASA DE LA JUSTICIA

Yo vivía en Valencia —durante el jolgorio que imita la arquitectura de la ciudad— en Literato Azorín 11, un pisito de discreta prostitución. El Instituto de Cultura, que se desvive por mostrar todos los aspectos del vivir hispánico, no quiso privarnos de ese bochorno de pólvora y despilfarro. Nos alojó en seminarios, colegios y otras casas de hospedaje recomendable, acaso sin saber que donde menos se espera salta la libre vida española. Allí estaban las muchachas bajo la tutela de la señora, como nosotros. La francesita de Orán, hija de un militar muy querido por el general De Gaulle, decía ella, y las españolitas: una morena asevillanada y otra del país valenciano, con dejo catalán. Las pobres no pudieron ser más felices. Nos albergaron con alborozo, porque nos creyeron extranjeros desde el primer momento. La señora era de nación levantina, pero viajaba por Madrid y París en tiempos de la Bella Otero, de la que se jactaba haber sido dama de compañía. La misma noche las chicas se dispersaron con los amigos. Yo me quedé oyendo la pólvora y la orquesta municipal. Al filo de las doce la señora se nos moría; mejor dicho se me moría a mí solo, porque las criaturas y los amigos no hacían por regresar. Me suplicó que la inyectara en el nalgatorio con una hipodérmica temible que bien podía ser de la higiene de la casa o para dosis mortales de estupefaciente. Apenas pude alcanzarla en el altísimo catafalco. Toda la corte celestial, alumbrada con veladoras, presidía el triste espectáculo. En las esferas de bronce pulido de los pilares pude ver la mano que cumplía una misión sospechosa. Hundí el agujón con terror pero también con seguridad. Me juzgué por un momento depositario

de la justicia divina. No sabía que la señora se creía con más razón el verdadero instrumento. Quizá leyó mis pensamientos. Quizá quiso explicarme el ridículo santoral en su casa de mala muerte. Quizá sólo desvariaba, pero decía su verdad con sincera iluminación. Entre los últimos suspiros agregaba satisfecha:

—Esta humilde casa, como todas las otras, existe por piedad de los hombres y castigo de las mujeres.

## ERNESTO CARDENAL

(Granada, 1925)

Con Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez integra la Generación del Cuarenta. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de México, y en Nueva York en la Columbia University. Poeta, ensayista, traductor de poesía norteamericana y primitivista mundial, escultor, teólogo de la liberación y sacerdote, fundó la comunidad de Solentiname en el Gran Lago de Nicaragua.

Ha recibido muchos premios, entre ellos, el Premio de la Paz de los libreros alemanes, en 1980. Fue Ministro de Cultura del gobierno sandinista desde 1979 hasta 1988. Su único cuento, **El Sueco**, cuya temática documenta la represión de las dictaduras centroamericanas, es un cuento antológico y ha sido traducido a varias lenguas.

Ernesto Cardenal puede considerarse como uno de los poetas más importantes de toda América. Su poesía tiene un gran mérito por que además de ser una poesía revolucionaria, es la poesía del hombre de la calle que siente el dolor humano de todo lo que es injusto.

Ha sido propuesto por distintas instituciones internacionales a candidato de Premio Nobel de la Literatura, 2010.

## EL SUECO

Yo soy sueco. Y comienzo declarando que soy sueco porque a ese simple hecho se deben todas las extrañas cosas que me han sucedido (que algunos considerarán increíbles) y que ahora me propongo relatar. Yo soy sueco, pues, como iba diciendo, y vine, hace ya muchos años, por una corta visita, a esta pequeña y desventurada república de Centroamérica —en la que aún me encuentro— buscando un ejemplar de una curiosa especie de la familia de las *Iguanidae* no catalogada por mi compatriota Linneo, y que yo considero descendiente del dinosaurio (aunque en el mundo científico aún se discute su existencia).

Tuve la mala suerte de que apenas acababa de cruzar la frontera, cuando caí preso. Porque caí preso no se espere que lo explique, pues nunca me lo he podido explicar yo mismo satisfactoriamente, por más que he tratado de explicármelo durante años, y no hay nadie en el mundo que lo explique. Es cierto que el país estaba entonces en revolución y mi aspecto nórdico causaría suspicacias, además de que había cometido la imprudencia de venir a este país sin conocer el idioma. Se me dirá que ninguna de estas razones son causa suficiente para caer preso; pero ya he dicho que no había explicación satisfactoria. Sencillamente: caí preso.

De nada me valió que tratara de hacerles comprender, en una lengua ininteligible, que yo era sueco. Mi firme convicción de que el representante de mi país me llegaría al rescatar se desvaneció más tarde, cuando descubrí que ese representante no sólo no podría entenderse conmigo, pues no sabía sueco y jamás había tenido la menor relación con mi país, sino que además era un anciano sordo y enfermo, y también él mismo, con frecuencia caía preso.

En la cárcel conocí a gran cantidad de gentes importantes: del país, que también acostumbraban a menudo caer presos expresidentes, senadores, militares, señoras respetables y obispos, y aún una vez, incluso al mismo jefe de policía. La llegada de estos personajes, que ocurría generalmente en grandes grupos, alteraba la rutina de la cárcel con toda clase de

visitantes, mensajes, envíos de viandas, sobornos, motines, y hasta fugas a veces. Estas grandes llegadas de presos que había en los días de conspiración modificaba siempre la situación de nosotros los que teníamos, por así decirlo, un carácter más permanente en la cárcel, y de una celda individual —relativamente cómodo— podían pasarlo a uno a una celda inmensa repleta de gente y en la que apenas cabía una persona más, o a un agujero individual en el que también difícilmente cabía una persona, o incluso a la cámara de tortura —si teniendo el resto de la cárcel lleno— estaba ésta desocupada.

Pero digo mal cuando digo la cárcel, porque no era una cárcel sino muchas, y muchas veces se nos cambiaba de una a otra sin razones aparentes: yo creo haberlas recorrido casi todas. Aunque un destacado opositor que estaba preso —y antes había sido una figura destacada del Gobierno— me dijo una vez que la cárcel era una sola; que el país entero era una cárcel, y que unos estaban en «la cárcel» dentro de esa cárcel, otros estaban con la casa por cárcel, pero todos estaban con el país por cárcel.

En estas cárceles es frecuente encontrarse a viejos presos de confianza, que están cumpliendo alguna sentencia muy larga por algún crimen, convertidos en carceleros, como también a antiguos carceleros en calidad de presos; y así como importantes hombres del Gobierno a veces caen presos, igualmente ha habido importantes presos de la Oposición que después han pasado a ocupar altos puestos del Gobierno (puedo atestiguar de uno, que estuvo preso en estas cárceles y que, según me han dicho otros compañeros de prisión, aún participó en un atentado, y ahora es Ministro de Estado), pero la confusión se aumenta más todavía con los agentes secretos y espías encarcelados, que uno nunca sabe con certeza si son falsos espías del Gobierno presos por entenderse con la Oposición o falsos presos puestos en la cárcel por el Gobierno para espiar a la Oposición.

A propósito de la Oposición, he de referir aquí lo que uno de los más importantes hombres de la Oposición me confió una vez: «La Oposición —me dijo— en realidad no existe: es una ficción mantenida por el Gobierno, como el Partido del Gobierno también es otra ficción. Hace tiempo dejó de existir, pero también a nosotros nos conviene mantener esta ficción de Oposición, aunque a veces caemos presos por ella». Y si esto será verdad o no, no lo puedo asegurar. Pero mucho más extraordinaria revelación —y más increíble— fue la que me hizo, en el más grande

de los secretos, uno de los más íntimos amigos del Presidente que —convertido ahora en uno de sus más encarnizados enemigos— estaba preso. « ¡El Presidente —me dijo— no existe! ¡Es un doble! ¡Hace mucho tiempo dejó de existir!» Según él, el Presidente había tenido un doble que usaba para los atentados, los cuales muchas veces eran falsos y urdidos por el propio Presidente, para ver quiénes de sus amigos caían en la trampa y liquidarlos (aunque este juego también le resultaba peligroso, además de complicado, porque se prestaba al que verdaderos complotistas simularan con él urdir un falso complot, con el propósito de liquidarlo realmente) y parece ser que un día o fracasaría algún plan del Presidente o tendría éxito alguno de sus enemigos (quizás también con la complicidad del mismo doble —ya fuese por ambición personal para suplantar al Presidente o por defensa propia viendo su vida amenazada en el cruel oficio de doble— aunque lo detalles no los sabía o no me los quiso decir mi informante pero el hecho había sido que el doble quedó en lugar del Presidente; y si todo esto es fábula, o patraña, o la verdad, o un broma, o el desvarío de una mente desquiciada por el encierro, yo no lo puedo decir, ni tampoco supe si la amistad de mi informante, o su traición, habían sido con el primer Presidente o con su supuesto doble, o con los dos.

Como se comprenderá yo ya había llegado a dominar el idioma, y a adquirir, en la cárcel, un perfecto conocimiento de todo el país, y había tratado últimamente a los personajes más importantes de la Oposición (y aun del Gobierno como ya dije los cuales me hacían confidencias en la prisión que afuera ni se hacen a la esposa, ni siquiera a los otros conjurados. Puede decirse pues que la única persona importante del país que yo no conocía era el Presidente. Y aquí empieza lo más extraordinario de mi historia: porque sucedió un día que, estando preso, no sólo llegué a conocer al Presidente, sino que además lo llegué a conocer en una forma mucho más íntima que como yo había tratado hasta entonces a ninguna otra persona de la Oposición o del Gobierno. Pero no nos adelantemos a los hechos.

En un principio, cuando caí preso, estuve repitiendo incansablemente que era sueco, pero al fin lo deje de hacer, convencido de que así como para mí era absurdo que me encarcelaran siendo sueco, igualmente lo era para ellos el libertarme por el solo hecho de serlo. Llevaba yo varios años en la situación que he referido, y perdidas las esperanzas de que al terminarse el período del Presidente yo me vería libre (porque éste se había reelegido), cuando llegaron a mi

prisión unos agentes del Gobierno a preguntarme —para mi sorpresa— si yo era sueco. No sin titubear antes un momento, por lo inesperado de la pregunta y el interés que denotaban al hacerla, les respondí que sí, y al punto me hicieron bañarme, me rasuraron y me cortaron el pelo (cosas que jamás me habían hecho) y me pusieron un traje de etiqueta. En un comienzo pensé que las relaciones con mi país habrían mejorado extraordinariamente, aunque por otra parte tantos preparativos y ceremonias —y especialmente el traje de etiqueta— me produjeron un serio temor, pensando que tal vez me llevaban a matar. El temor se disipó, en cierto modo, cuando descubrí que me llevaban ante el Presidente.

Inmediatamente que llegué se me abrieron todas las puertas hasta entrar al despacho del Presidente, quien parecía que me estaba esperando. Al verme me saludó cortésmente: « ¿Qué tal? ¿Cómo le va?» Aunque creo que no ponía mucha atención en su pregunta. Antes que yo respondiera me preguntó si yo era sueco. Le respondí con toda decisión afirmativamente, y me volvió a preguntar: «Entonces, ¿usted sabe sueco?» Le dije también que sí, y mi respuesta le complació visiblemente. Me entregó entonces una carta escrita con delicada letra de mujer en la lengua de mi país, ordenándome que se la tradujera. (Más tarde me enteré que cuando llegó esa carta habían buscado inútilmente en todo el país alguien que pudiera leerla, hasta que uno, afortunadamente, recordó haber oído en la cárcel gritar a un preso que era sueco). La carta era de una muchacha que suplicaba al Presidente le regalara unas cuantas de esas bellas monedas de oro que, según había oído decir, circulaban aquí, expresando al mismo tiempo su admiración por el Presidente de este exótico país, al que le enviaba también su retrato: ila fotografía de la muchacha más bella que yo he visto en mi vida!

Después de oír mi traducción, el Presidente, a quien la carta y sobre todo el retrato de la muchacha habían agradado mucho, me dictó una contestación no exenta de galantes insinuaciones, en la que accedía gustosamente al envío de las monedas de oro, en generosa cantidad, aunque explicaba sin embargo que ello estaba expresamente prohibido por la Ley. Traduje fielmente a la lengua sueca su pensamiento, con el firme convencimiento de que mi inesperado servicio me proporcionaría no solamente la libertad, sino hasta un pequeño nombramiento quizás, o al menos el apoyo oficial para encontrar la ansiada *Iguanidae*. Pero como una medida de prudencia, por cualquier cosa que pudiera pasar, tuve la precaución de

agregar unas líneas a la carta que me dictó el Presidente explicando mi situación y suplicándole a mi bella compatriota que gestionara mi libertad.

No tardé mucho en felicitarme por esta ocurrencia, pues apenas había terminado mi trabajo cuando fui llevado, con gran desilusión de mi parte, otra vez a la cárcel, donde se me quitó el traje de etiqueta, volviendo nuevamente a mi triste condición de antes. Pero los días desde entonces ya fueron llenos de esperanza sin embargo: la imagen de mi bella salvadora no se apartaba de mi mente, y al poco tiempo, una nueva bañada y rasurada y la puesta del traje de etiqueta me hicieron saber que la anhelada contestación había llegado.

Así era en efecto. Como yo ya lo había previsto, esta carta se refería casi exclusivamente a mi persona, suplicándole mi libertad al Presidente, pero (y esto también yo ya lo había previsto) yo no le podía leer esa carta al Presidente, porque, o creería que eran invenciones mías, o descubriría que yo antes había intercalado palabras mías en su carta, castigando hasta tal vez con la muerte mi atrevimiento.

Así me vi obligado a callar todo aquello que se refería a mi liberación, sustituyéndolo tristemente por frases aduladoras para el Presidente. Pero en cambio en la contestación galante que él me dictó, tuve la oportunidad de hacer una relación más completa de mi historia, desvaneciendo al mismo tiempo la idea romántica que ella tenía del Presidente y revelándole lo que éste era en realidad.

A partir de entonces la linda muchacha comenzó a escribir con frecuencia demostrando un interés cada vez más creciente en mi asunto, con el consiguiente aumento de mis rasuradas y baños y puestas del traje de etiqueta, al mismo tiempo que de mis esperanzas de libertad.

Fui adquiriendo así cada vez mayor intimidad con ella a través de las contestaciones que me dictaba el Presidente, las que yo aprovechaba para desahogar mis propios sentimientos. Debo confesar que durante los largos y monótonos intervalos habidos entre carta y carta, el pensamiento de mi libertad (unido al de la maravillosa muchacha que podía proporcionármela) no se apartaba de mi mente, y ambos pensamientos a menudo se confundían en uno solo, hasta

el punto de que yo ya no sabía si era por el deseo de mi libertad que yo pensaba en ella, o era por el deseo de ella que pensaba en mi libertad (ella y la libertad eran para mí lo mismo, como se lo dije tantas veces mientras el Presidente dictaba). Para decirlo con más claridad: me había ido enamorando. Parecerá improbable a los que lean este relato (estando afuera) que uno se pueda enamorar, en el encierro de una cárcel, de una mujer lejana a la que no conoce más que en fotografía. Pero yo les aseguro que me enamoré en esta cárcel, y con una intensidad que los que están libres no pueden ni siquiera imaginar. Pero, para desgracia mía, el Presidente, aquel hombre misántropo y solitario y extravagante y lleno de crueldad, también se había enamorado, o fingía estarlo, y, lo que era peor, yo había sido el causante y fomentador de ese amor, haciéndole creer, con el propósito de mantener la correspondencia, que las cartas eran para él.

En mis largos y angustiosos encierros yo ocupaba todo mi tiempo en preparar cuidadosamente la próxima carta que leería al Presidente, lo que me era indispensable, pues éste no permitía que primero la leyese para mí mismo y después se la tradujera, sino que exigía que se la fuera traduciendo al mismo tiempo que leía, y además (fuese porque desconfiara de mí o por el placer que esto le proporcionaba) me hacía leer tres aun cuatro veces seguidas una misma carta. Y preparaba tan bien la contestación que escribiría, puliendo cada frase y esmerándome en poner en ellas toda la poesía y belleza tradicional de la lengua sueca, y aun incluyendo a veces pequeñas composiciones en verso de mi invención.

Para prolongar más mis cartas fingía al Presidente toda suerte de preguntas sobre la historia, costumbres y situación política del país, a las que él respondía siempre con mucho gusto. Así, él me dictaba entonces largas epístolas, hablando de su Gobierno de la Oposición y los problemas de Estado y consultando y pidiendo consejos a su novia. Resultó entonces que yo, desde una prisión, daba consejos al Gobierno y tenía en mis manos los destinos del país, sin que nadie ni el mismo Presidente lo supiera, obtuve el regreso de desterrados, conmuté sentencias y liberté compañeros de prisión, aunque sin que ellos pudieran agradecermelo. Pero el único por quien yo no podía abogar era por mí.

Uno de los más grandes placeres de los días de dictado era poder mirar el retrato de ella, que el Presidente sacaba de un escondite, según él «para inspirarse». Yo le pedía que nos enviara

más retratos y ella lo hacía, aunque como se comprenderá, todos quedaban en poder del Presidente. Mi venganza consistía en los regalos que él enviaba, que eran muchos valiosos, y que ella recibía mas bien como míos.

Pero un terror había ido creciendo en mí, juntamente con mi amor, y era esa gran colección de cartas que se había ido acumulando en el escritorio del Presidente, y en las que ya por último ni se le mencionaba a él siquiera, sino de vez en cuando, y eso para insultarlo. En cada una de esas cartas estaba, por así decirlo, firmada mi sentencia de muerte.

El tema de la libertad como se comprenderá es el que predominaba en nuestra correspondencia. Siempre habíamos estado ideando toda clase de planes o imaginando todas las estratagemas posibles. Mi primer plan había sido el de la huelga, negándome a traducir nuevas cartas, a menos que se me concediese la libertad; pero entonces se me condenó a pan y agua, y esto, junto con el suplicio aún mayor de no leer más cartas de ella (que ya entonces se me habían hecho indispensables) quebrantó mi voluntad. Propuse entonces como condición que al menos la rasurada y el baño y el buen vestido me fuesen proporcionados en forma regular y no únicamente en los días de carta (lo que era no solamente impráctico sino también humillante) pero ni aun esto me fue concedido, y entonces me hube de rendir incondicionalmente.

Después ella propuso hacer un viaje de visita al Presidente para gestionar aquí mi libertad (plan que tenía la ventaja de contar con el apoyo decidido de éste, quien desde hacia tiempo la estaba llamando con alguna impaciencia) pero yo me opuse terminantemente a esto porque equivaldría a perderla a ella sin lugar a duda (y perderme yo también posiblemente). Mi propuesta, en cambio, de que viniera otra mujer en lugar suyo fue rechazado por ella, como algo peligroso, además de imposible. Otro plan de ella, y que estuvo a punto de realizarse, fue el obtener una protesta enérgica de parte de mi Gobierno y aun una ruptura de relaciones, pero yo le advertí a tiempo que semejante medida no sólo no remediaría mi situación, sino que la empeoraría considerablemente y ya no se volvería a saber de mí. Yo prefería más bien que se tratara de mejorar las relaciones de los dos países, entonces en estado tan lamentable, pero, como alegaba ella con mucha razón: ¿cómo convencer al Gobierno sueco que mejorará sus relaciones por el motivo de que a un ciudadano suyo lo hubieran puesto preso injustamente? Pero la más descabellada ocurrencia, sugerida por un abogado amigo de ella, fue la de exigir mi

extradición como delincuente (lo que yo objeté) no reparando que si ya me tenían preso sin motivo, habiendo una acusación contra mí, el Presidente me daría la muerte en el acto.

Pero no se crea que éramos nosotros los únicos que hacíamos planes, pues todos los presos (y aun el país entero) vivían todo el tiempo elaborando los más diversos y contradictorios planes: la huelga general o el atentado personal, la acción cívica, la revolución, la alianza con el Gobierno, la rebelión, la conspiración palaciega, la violencia y el terrorismo, la resistencia pasiva, el envenenamiento, la bomba, la guerra de guerrillas, la guerra de rumores, la oración, los poderes psíquicos. Aun había un preso (un profesor de matemáticas) que estaba trabajando en un plan, muy abstruso, de derrocar al Gobierno por medio de leyes matemáticas (concebía una organización clandestina casi cósmica que iría creciendo en proporción geométrica y que a las pocas semanas sería tan grande como el número de habitantes de todo el país, y pocos días más tarde, de seguir creciendo, no serían suficientes los habitantes de todo el globo, pero no tomaba en cuenta que los que no se sumarían a la organización también crecerían en proporción geométrica).

En lo que a mí respecta, un nuevo temor se había venido al agregar a los otros, y era el ver que cada día me iba haciendo más peligroso a los ojos del Presidente, por el gran secreto (juntamente con el sinnúmero de confidencias menores) de que yo era depositario; aunque también era cierto que su amor, real o fingido, constituía mi mayor garantía, porque él no me mataría mientras necesitara mis servicios (pero esta garantía me angustiaba también por otra parte, porque necesitando mis servicios era más improbable que me dejara ir). Y la misma esperanza que tuve en un principio, de que un compatriota mío acertara a pasar, se había convertido ahora en la principal ansiedad, porque el Presidente podría enseñarlo orgullosamente alguna carta, y se descubriría mi fraude.

Estábamos así ella y yo ocupados en la elaboración de un nuevo plan que probara ser más efectivo, cuando de pronto, aquello que más me aterraba y que con todos los recursos de mi mente había tratado de evitar, llegó a suceder: el Presidente dejó de estar enamorado. No fue, para mi desgracia, su desenamoramiento gradual sino súbito, sin que me diera tiempo de prepararme. Sencillamente las cartas que llegaron ya no fueron contestadas sino tiradas al canasto, y no se me llamó sino de tarde en tarde para leer alguna, más bien por curiosidad y por

aburrimiento que por otra cosa, dictándome después contestaciones lacónicas y frías con el objeto de poner fin al asunto. Toda la desesperación y mortal angustia de mi alma fueron vertidas en esas líneas, y en las pocas cartas que aún tuve la suerte de leer al Presidente, puse a la vez las más apasionadas y ardientes súplicas de amor que jamás haya preferido mujer alguna, pero con tan poco éxito que se me suspendía la lectura a mitad de la carta. Para colmo de desdicha, éstas eran más bien de reproche para mí, por no contestarle, poniendo ella en duda que aún estuviera preso y aún llegando a insinuar que tal vez nunca había estado preso. La última vez, en la que ya ni siquiera se me hizo llegar de etiqueta a la Casa Presidencial sino que en la propia cárcel me fue dictada por un guardia una ruptura completamente definitiva, comprendí que ella, mi libertad y todo, habían terminado y mis postreras y desgarradores palabras de adiós fueron escritas.

El papel que sobró y la pluma me los dejaron en la celda, por si se necesitaba de nuevo alguna carta mía, supongo yo. Y si el Presidente no me mandó a matar porque me quedó agradecido, o por si otra persona le escribe de Suecia, o sencillamente porque se olvidó de mí, yo no lo sé (y aún pienso también en la posibilidad de que lo hubieran matado a él —aunque esto es inverosímil— y el que exista ahora sea otro doble). Ignoro también si ella me ha seguido escribiendo o si ya tampoco se acuerda de mí, y aún se me ocurre el absurdo terrible de que tal vez ni siquiera existió, sino que fue todo tramado por alguno de la Oposición en el exilio, para burlarse del Presidente o burlarse de mí (o por el mismo Presidente que es cruel y maniático) debido a una costumbre de pensar absurdos que últimamente se me está desarrollando en la cárcel. ¿Me habrás querido tú también, Selma Borjesson, como yo te he querido con locura en esta prisión?

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y ya otra vez perdí las esperanzas de verme libre el terminar el período del Presidente, porque éste otra vez se ha reelegido. El papel que me sobrara, y que ya no tiene objeto, lo he ocupado en relatar mi historia. Escribo en sueco para que el Presidente no lo entienda, si esto llega a sus manos. Termino aquí porque el papel ya se me acaba y quizás no vuelva a tener papel en muchos años (y quizás me queden pocos días de vida). En el remoto caso de que un compatriota mío acierte a leer estas páginas, le ruego interceder por la libertad de Erick Hjalmar Ossianniilsson si aún no me he muerto.

*NOTA: Un amigo mío que estuvo preso encontró este manuscrito en la cárcel, casi destruido por la humedad, debajo de un ladrillo. Parece haber sido escrito hace ya muchos años. Y años más tarde un representante sueco de la Compañía de Teléfonos Ericksson nos lo tradujo. No hemos podido encontrar ningún dato referente a la persona que lo escribió. Yo he publicado el texto como me ha sido dado, haciéndole obvia correcciones de redacción y de gramática.*

## FERNANDO SILVA

(Granada, 1 de Febrero, 1927)

Se ha dicho, con razón, que los **CUENTOS de SILVA** revelan simplemente una acabada maestría que se perfila en forma y maneras que el género cuento cumple apegado siempre a una escritura que se hace como una figura esencial entre lo auténtico y original.

Un cuento de Silva mágicamente pasa encima del argumento, apegado únicamente a la situación que siempre resulta vivencial, se desarrolla dentro de un ambiente que dibuja la realidad del habla del mismo pueblo, quien es el que dice lo que siempre está sucediendo no dejando ninguna distancia entre la lengua y la vida.

*Por lo que La Lengua de Nicaragua*, es vista por este poeta como al alma y creación de toda su escritura: escritura verbal, de escucha y sonora, como su "fonopoema" El Chocorrón, poesía venida de adentro, del ser nicaragüense, rítmica, con un estilo de simpleza y de autenticidad coloquial. En este sentir se le considera, como un "un innovador de la narrativa nicaragüense y centroamericana, y un investigador de la lenguas primitivas nicaragüenses como la náhuatl".

Cuentos de Fernando Silva: De Tierra y Agua (8 ediciones); 4 Cuentos; Otros 4 cuentos; Ahora son 5 cuentos; Más cuentos; Cuentos-Antología (2 ediciones); Puertos y Cuentos;

El Caballo y otros cuentos; Son cuentos; 9 cuentos; Antología (Obra completa de sus Cuentos, 2010).

## EL VIEJO

—¡Viejo chancho!

—¡Ay, chiquita linda!

—¡Viejo chancho! ¡Viejo chancho!

—... ¿Y qué fue, Margarita? — le preguntó la Herminia Páiz que venía con una canasta.

—Que este viejo bandido me tocó.

—¡Eeeéh! —dijo la Herminia volviendo a ver al viejo— ¡Ve que sinvergüenzada!

El viejo se quedó como si no era con él.

Un chayul se le vino a chillar al oído y el viejo se metió un manotón en la oreja.

—Velo —dijo la Herminia— no puede ni arrearse las moscas y anda de virriondo.

El viejo entonces le dio la espalda; se subió el pantalón levantándose de la orilla de la faja y caminando se vino por la otra acera.

—Dunda que sos vos —le dijo la Herminia a la otra— aunque hubiera sido una piedra le hubieras volado.

—Me ha visto chiche —dijo la muchacha— y ayer también, ¿no quiso agarrarme el brazo?

—... Pero decíselo a tu mama.

—¡Dan!, ¡Dan!, ¡Dan!, — daban las doce en el campanario.

—Cada vez que paso por aquí, ai está ispiándome.

—Pero vos tenés la culpa. Métele aunque sea una pescozada y vas a ver — le aconsejó la Herminia Páiz.

En la tarde el viejo estaba cabeceándose adentro cuando oyó golpes en la puerta y se levantó a abrir. Cuando estaba cerca se asomó antes en una rendija y vio que era Chocoyo el hermano de la Margarita. El viejo pensó si le abría, y cogiendo coraje, medio abrió una hoja de puerta.

—¿Qué quería? —le preguntó

—Vella —le dijo Chocoyo, cogiendo la puerta— vengó advertirle que sí vuelve a andar haciéndole sombra a la Margarita le v...—El viejo no lo dejó terminar y juá, le voló la puerta encima.

—¡Viejo desgraciado! —le gritó Chocoyo—. ¡Viejo cochón, salí! —Fúuuu!, sintió el viejo que le subió la sangre, pero se reprimió un poco y mejor se apartó de la puerta y se vino para adentro.

—Toda la tarde la pasó el viejo enchonado en la casa, porque no quería salir y encontrarse con Chocoyo y lo fuera a comprometer; pero como a las seis oyó el pito de la bodega y asomándose a la ventana divisó la lancha de los Sandino que venía arrimando de la barra y pensó ir a conseguir trabajo en el desembarque de los bultos.

Cuando el viejo salió estaba cayendo una garubita y se subió el cuello de la camisa para no mojarse la nuca.

El viejo se pasó después del muelle a la lancha y platicó con el Contramaitro para que lo apuntara. El viejo y otros estaban allí y aunque ya estaban completos, el Contramaitro que era su amigo lo aceptó para pasar la carga a la Aduana. Toda la noche estuvieron bajando bultos. El puerto dormía y sólo se oían los hombres pasar con los sacos.

Los luceritos madrugaban encima de los techos de zinc. Se oía también el lago debajo de los muelles y la claridad estaba ya abriéndose por el otro lado de la montaña. El viejo puso el último saco y bien rendido se vino a sentar a la orilla del muelle con las canillas guindadas. Allí se estuvo esperando un rato para refrescarse y después se apeó y se vino a la orilla para ir a bañarse.

Entre unos palos de Soroncontil se metió el viejo a desnudarse. Se soltó los zapatos y puso los pies sobre la tierra húmeda encogiendo sus dedos entumidos; después se jaló la camisa sin desabotonarla sacándosela por arriba; se quitó el pantalón, puso la ropa junto con los zapatos y capeándose de las espinas se vino acercando a la orilla, cuando en eso oyó bulla y se agachó tapándose entre el monte. Allí nomasito entre las piedras de un lavandero estaba la Margarita. Al viejo le palpitó más el corazón.

La Margarita se estaba bañando. Tenía un atado de ropa sobre el lavandero y antes de ponerse a lavar se quedó en combinación y se sentó en el agua mojándose el pelo con las manos. Al rato se paró y el agua se le escurrió por el cuerpo chorreando y le quedó bien pegada la combinación. El viejo tembló al verle bien el cuerpo y se sentó en el suelo para que no lo viera; pero la tuerce que fuera el viejo a caer en un hormiguero bravo que lo atizó allí nomás y tuvo que dar un brinco, —¡Ay! — gritó el viejo.

Ligera la muchacha como una garza que sentada en los gamalotes se espanta cuando pasa un bote a la orilla, la Margarita salió encarrera asustada.

El viejo llegó a su casa atolondrado, trancó la puerta, salió por detrás y se fue a esconder a las lanchas.

Al rato estaban en la casa del viejo, Chocoyo, la manta de la Margarita y otros hombres.

—¡Tan! ¡Tan! —golpearon.

—¡Tan! ¡Tan! —volvieron a golpear.

—No está —dijo la vieja.

—Ai ha de estar —dijo el hombre.

—¡Tan!, ¡Tan! —golpearon más duro.

—Quebreemos esa ventana —dijo el hombre y entre él y el muchacho se fueron a fuercear la ventana. Al primer empujón cedió la ventana y por allá fue a dar la aldabita.

Nadie había en la casa

—... ¿Y qué se haría, hom...?

—¡Al saber! —dijo el hombre.

—Yo voy a ir onde el Cabo —dijo la vieja.

—No, mama —dijo Chocoyo— qué vas hacer, ai déjalo.

—¡Cómo no!, ¡Cómo no! —dijo la vieja resuelta y salió arreglándose el tapado.

El Cabo llegó al rato al muelle y halló al viejo que estaba soltando el bote para irse.

—... ¿Onde vas? —le preguntó. El viejo lo volvió a ver.

El cabo malicioso se acercó y puso su bota sobre la mura del bote.

—Ves en la dificultad que te has metido —le dijo pausadamente.

—... ¡Y yo que culpa tengo! —dijo el viejo. El Cabo bajó el pie del bote.

—¿Vas para la Azucena?

—Sí —le contestó el viejo.

—Entonces, ve, llévamele estos dos pesos a Julián, y decile que no hay de esas píldoras.

El viejo le alargó la mano y cogió los reales.

—... ¿Y tus cosas? —le preguntó el Cabo.

—Ai las voy a mandar a traer.

El viejo se empujó con el canaleta de la orilla, pero antes que despegara el Cabo se agachó riendo.

—¿Pero es verdad que usted la vido bien? — le dijo.

El viejo se rascó donde lo había atizado las hormigas.

—Si no ve que estaba en combinación — le dijo.

El Cabo soltó la risa y el viejo se fue en el bote.

## EL BOTE

—¿Y ese es suyo?

—Sí; también aquella otra— me dijo señalando a la muchachito.

—Vení, vos, dé los buenos días, malcriada.

La muchachita era toda dundita, se parecía a una palomita de barro.

—Aquellos otros son también míos —nos dijo la vieja señalándonos a otros negritos que estaban jalando agua.

Con nosotros andaba el Sultán, el perro de la finca. A la vieja le gustó el animal, le pasó la mano por el lomo y me dijo.

—¿Y éste que corre?

—Pues todo — le contesté.

—Es bueno —me dijo y le sobó la cabeza.

—¿Y aquí vive sola? — le preguntó yo.

—Unas veces — me dijo.

El rancho de Los Robles mejor parecía una jaula. Había adentro un cocinero, un jicarero con unos tarros y un guacal en un banco tapado con un trapo sobre el que estaban pegados un montón de chayules.

Nosotros nos habíamos venido por el camino para entrar al río por la loma de Los Robles porque el llano estaba lleno.

—¿Señora —le dije yo a la vieja— me puede facilitar un bote? Le voy a pagar el alquiler.

—Si no hay bote — me contestó.

—¿Y ése no es de aquí? — le dije señalando uno que estaba amarrado en la orilla.

—Ese bote no.

—¿Y por qué?

No me contestó la vieja; a mi me pareció raro.

—¿Vea —le volví a decir— y por qué no me alquila?

—No —me dijo— no se puede, ese bote no se alquila.

Entonces ya no le dije ni media palabra de bote. Pero al rato y sin volver a verme, como si no fue conmigo; cogiendo de un lado para otro, apartando un taburete, arreando una gallina, pepenando un palo me fue diciendo:

—"Ese era el bote del dijunto Pedro. Yo vine aquí de la Azucena, hace años; de aquí era él. El hizo este rancho y yo le tuve estos hijos. Pero él se me enfermó del bazo, se me fue poniendo mayate, mayate; no hubo remedio que le llegara, arrojó la bilis después solo los huesos era, hasta que quedó en ánima. Este bote era del".

La vieja se levantó a arrear un chanco que estaba rascando en la pata del cocinero, después volvió y siguió:

—"Y no le gustaba que se lo tocara nadie".

—¡Panchó! —le gritó al muchacho— ¡Ve a ver si no anda la yegua en los siembros!

—"El dijo que ese bote era del" — me volvió a repetir la vieja.

—¡Julián! —le gritó al otro muchacho, que andaba con un mecatito— Anda traeme unos palos pal fuego.

Luego la vieja se levantó de donde estaba.

—Ni yo lo ocupo— me dijo y se volvió a sentar.

## EL LAGARTO

—¡EIH, Chicó... Chicóoo!

El viento soplaba fuerte sobre el cañal.

—¡Eih, Chicó... Chicóoo!

El muchacho volvió a gritar con toditas sus fuerzas.

El hombre hacía ya rato que se había zambullido en el agua y buceaba entre las piedras, cangrejos de eso coloradotes.

El muchacho gritaba porque había divisado un lagarto que venía hoyando como tina tabla.

Chico, el hombre que estaba en el agua no oía los gritos, y el muchacho afligido se rajaba llamándolo.

—¡Eih, Chicó... Chicóoo!

En eso, Dios que es tan grande, el hombre salió a coger aire.

—¡El lagarto! ¡El lagarto! —le gritó el muchacho.

El hombre volvió la cabeza y vio ai nomasito al animalote que hasta que tenía lamosa la corroncha el bruto.

De un brinco el hombre agarró una piedra y desde allí cogió la orilla.

El lagarto sonó las tapas en el aire y se zambulló haciendo un gran remolino de agua.

—¡Qué desgraciado! —gritó Chico— casi me harta el hijuepuerca.

—Yo desde qué años que te estaba grita, que grita — le dijo el muchacho.

—¡Qué desgraciado! —dijo Chico— ahora ya no sigo, me dejó incómodo, mejor nos vamos. No vaya ser que vuelva el carajo.

Recogieron todo lo que andaban, hicieron una sarta con los cangrejos que agarraron y se vinieron en el bote para la casa.

Ya era de noche, el río había llenado su poquito porque la corriente estaba fuerte. Cuando llegaron a la casa estaba oscuro. Un perro latió de largo.

—¡Juana! — gritó Chico.

—¡Qué jué! — le contestó la mujer de adentro.

La puerta se abrió y apareció la mujercita con un candil.

—¿Agarrastes algo? —le pregunto cuando arrimó.

—Esto — le dijo Chico, enseñándole la sarta.

—... ¿Y para eso tanto tiempo?

—Que acaso los tengo amarrados ai pues — le dijo Chico mientras se apeaba del bote.

—Andaba rontero el lagarto — dijo el muchacho.

—¡Mentiras! —exclamó la mujer— sólo pa cuentos sirven. Si este hombre sólo para inútil es bueno; habilidad debiera de tener para agarrar pues el lagarto, que hasta pagan bien el cuero.

—¡No! — dijo Chico.

—No; ¿qué? —se le encaró la Juana— si sos muy ceboso, ¿qué cres que yo te voy a dar de hartar toda la vida? Hasta aquí me tenés; yo no se por qué no cogés tu camino junto con este vago de tu hijo, que para nada sirve tampoco.

El indio no le dijo ni una palabra. Entró a la casa y sacó un palito del cocinero para encender el puro. El muchacho se fue a un rincón a dormir y el indio se fue para la calle.

La cantina del indio Lucas quedaba cerca de la casa de Chico, como a unas dos cuabras y se veía desde largo una lámpara que parpadeaba en la solera de la puerta. Chico se metió a la cantina y no había entrado, cuando se encontró con el compadre Julián, un viejo que tenía fama de bochinero y no había sábado que no llegara donde Lucas —a alegrar la vida— decía el compadre Julián.

—Y diáy compadre Chico... ¿y cómo le va? — le dijo Julián saludándolo.

—Pues bien, compadre.

—Como que lo veo triste.

—No, compadre.

—No me diga a mí que no... y venga para acá.

¡Eih, Lucas! —le gritó al cantinero— servime dos de a treinta.

—¿Me quiere acompañar? — le preguntó a Chico.

Chico le meneó la cabeza y los hombres se arrimaron al mostrador.

—Y cómo va la pesca, compadre — le preguntó Julián.

—Está mala, compadre.

—... ¿Y qué será?

—Pues quién sabe.

—Pues a mí, compadre, ai trabajandito. ¿Y por qué no ha llegado a verme?

—Por ai llevo derrepente.

—Lo espero, compadre; pero me avisa para alistar un chancho.

—Bueno, compadre.

—¡Eih, Lucas! —le dijo al cantinero— servime dos más; pero de los grandecitos.

El cantinero vació una botella en los vasos y los hombres se los empinaron como sí bebían agua.

Había bastante gente en la cantina de Lucas, era sábado y había llegado ese día la lancha al Puerto. Por todos lados se veían las caras de los marineros y de los pasajeros. Iba haber bailadera. Una victrola de valija chillaba, y entraban las mujeres, cada una con su jaño. A Chico se le voltió el alma cuando vio entrar a la Juana agarrada del brazo con Luis Ponay, el Contramaitro del Vaporcito.

Ya se decían cosas feas de esa amistad y parecía que Chico se hacía el chocho.

—¡Qué desgraciada! — se dijo Chico entre los dientes.

—No se deje chamarrear compadre — le dijo Julián.

Chico no le contestó, estaba que tragaba gordo. La mujer pasó junto a él y ni lo alzó a ver.

—¡Oye! —gritó Julián otra vez— servime dos medias más.

Los hombres volvieron a beber sin decir ni media palabra.

La gente ya estaba bailando y se le oía a la victrolita una voz de chicharra.

En eso estaban cuando se les acercó Luis Ponay, el hombre que hacía ratito había entrado con la Juana y, picándoselas de gallo, le dijo al cantinero Lucas:

—Vea, maitro, sívalos a mis compañeros que yo pago.

A Chico se le heló la sangre; pero se quedó quieto.

Chico era hombre, también sabía que Luis Ponay era hombre duro, y, que además tenía su grano de mai encima; pero Chico tenía su plan.... ya lo habla discurrido.

Lucas había servido tres tragos.

—¡Salud! compañeros — dijo Luis Ponay, dirigiéndose a ellos.

—¡Que se lo trague su madre! —le gritó el compadre Julián botando el guaro al suelo— yo no necesito que me den tragos, para eso tengo.

—Oiga, viejo no se fíe... ¿me oye? —le dijo Ponay a Julián—. Mida lo que dice, que cuidado lo hago parar las patas.

El compadre Julián se le fue encima, que hasta que echaba espuma; pero Chico se metió entre los dos para que no pelearan, desapartándolos.

—Si es por usted que lo hago, compadre —gritó Julián— ¿que no ve que este sinvergüenza le está quemando a usted los caites con la mujer?

—Ella es mi amiga — dijo Luis Ponay.

El guardia se acercó en ese momento y cogiendo a Julián del brazo se lo llevó para afuera.

Chico andaba sesereque de guaro. Se fue a sentar a un taburete y se hizo el tronchado.

La gente seguía bailando. Chico desde donde estaba divisaba a la Juana que ya andaba mariadita con el otro hombre.

Al rato los vio salir juntos y los fue siguiendo con la vista hasta perderlos en la oscurana.

Todavía la gente seguía bailando con la victrolita que tocaba una musiquita entre los dientes.

Al día siguiente Chico se hizo el tonto. La Juana amaneció en la casa como si nada; Chico le tenía asco.

Como al medio día, Luis Ponay y Chico se encontraron otra vez.

Luis Ponay se hacía también el tonto y Chico se lo notó. Luis Ponay lo saludó y Chico también lo saludó. Entonces se pararon a platicar.

Hablaron de esto y de lo otro; que aquí y que allá, hasta que Chico buscó con modito en la conversación, convidar a Luis Ponay para ir esa misma tarde a coger unos cangrejos al bajadero. Luis Ponay le dijo que bueno.

Luis Ponay no le tenía miedo, Luis Ponay era hombre duro.

Chico alistó el bote temprano y le dijo al muchacho que se trajera sus trapos porque ya no volvían. El muchacho no dijo nada.

Los dos hombres y el muchacho salieron como a las tres de la tarde. Ambos hombres llevaban una cara rara, parecían dos perros. El sol estaba todavía bien fuerte y los hombres iban sudando.

Chico era distinto en el río, esa gente así es; como que se cambian en el agua, como si la espesa y verde montaña y el silencio enorme del río les pusiera el alma en otra parte.

Los hombres anduvieron bastante rato.

Ya de tardecita llegaron al bajadero. Se oía el golpe del agua en la orilla y las chicharras en las ramas.

Todo aquello le extrañaba mucho al muchacho. Chico se le acercó y le dijo que no dijera ni una palabra. El muchacho entendió y sintió miedo.

Los hombres se apearon del bote, lo amarraron en una rama, se desnudaron y fueron entrando al agua poco a poco.

Luis Ponay no tenía miedo, conocía el río como sus manos y se refundió con confianza.

Comenzaron a sacar cangrejos, ya tenían bastantes y entonces Chico se salió afuera y le dijo al muchacho que fuera adentro del monte a cortar unos bejucos para enganchar los cangrejos. El muchacho cogió el cotillo y se metió en la montaña.

El río estaba bien serenito... había un gran silencio. Se oía al agua pegar contra las piedras y las zambullidas de los hombres.

La claridad era muy poca, pero el río reflejaba todavía bastante.

Chico derrepente se puso listo, ya había divisado lo que esperaba: el lagarto.

"El animalote venía quedito, orillado entre unos grandes gamalotes; venía que hasta que echaba popitas... no hacía ruido. Luis Ponay estaba de espaldas.

El animal se quedó parado a la orilla de un tronco, Chico lo estaba viendo y se hacía el que buscaba cangrejos entre los cacastes de piedras.

Luis Ponay salió a coger aire.

—Aquí tengo una pareja de mueludos — le gritó a Chico.

—Aquí tengo yo otra — le contestó Chico.

El lagarto se había refundido y había pasado debajo del tronco. Luis Ponay volvió a sacar la nariz para coger juelgo y se volvió a meter.

Chico sintió al muchacho que venía. El lagarto ya estaba cerquita. Chico se salió encarrera; el muchacho había visto el lagarto y antes que gritara, Chico le tapó la boca con sus manos...

Se oyó el grito horroroso del hombre, Chico alcanzó a ver al hombre todavía entre las tapas del lagarto mientras una mancha de sangre quedaba encima del agua.

La noche había entrado. Oscuro estaba el río y la luna chiquita.

## SATURNO

Aquí no es donde nos dijeron — me dijo mi compañero.

—Espérate —le dije— mejor voy a preguntar.

—Señora — llamé a una mujer que pasaba en la acera. ¿No sabe Ud. si vive por aquí doña Lola Gaitán?

—Allá —me señaló la mujer, estirando la mano— después del poste de luz.

—Ah... bueno. Muchas gracias.

Entonces nos subimos a la otra acera. La calle estaba húmeda y se sentía el olor que viene del lago, un cierto olor a lodo y sardinas.

—Ojalá que encontremos comida a estas horas — me dijo mi compañero.

—Vamos a ver — le dije.

Nos paramos y golpeamos en la puerta del zaguán.

—Es en la otra puerta — nos dijo un muchacho. Entonces nos fuimos a la otra puerta que estaba abierta y entramos. Había una salita con piso de madera y varios asientos colocados a la orilla de la pared con los balancines para arriba porque estaban barriendo.

—Buenas tardes —dijimos.

—Pasen adelante — nos contestó un hombre que estaba componiendo, a la luz de la ventana, la pata de unos anteojos. Atravesamos la salita y salimos a un corredor que quedaba en alto y desde donde se divisaba el lago y las tejas de zinc manchadas de sarro de una bodega.

Abajo había un patio con piedras y un gran palo de jícara bien verde. En el corredor encontramos varias mesas con manteles y en una de las mesas, dos hombres que estaban terminando de comer.

—Sentémonos aquí — le dije a mi compañero. Nos sentamos y mi compañero se sirvió un vaso del agua del pichel que estaba puesto.

—¡Ah! —exclamó, escurriendo el vaso—. Me venía secando de la sed. Al rato salió una señora de adentro y se acercó.

—Buenas tardes — dijo.

—Buenas tardes — le dijimos—. Queríamos saber si nos pudiera servir algo que comer.

—Vamos a ver —nos dijo sonriendo—. Como es tan tarde... si se esperan un momento... — y se detuvo a mirar a mi compañero.

—¿Ud. es Silva, verdad? —le preguntó.

—Sí —le contestó mi compañero.

—¿Hijo de don Chico?

—Sí.

—... ¿Y qué se ha hecho don Chico? Tiempo tengo de no verlo.

—Está en Granada.

—¿Pero está bien?

—Sí. Ahí va... más o menos.

—Me lo saluda.

—Como no.

La señora dio la vuelta y volvió a entrar en la cocina.

Uno de los hombres que estaban sentados en la otra mesa saludó a mi compañero.

—Donde quiera te conocen a vos —le dije.

—Cállate —me dijo—. Ese es mi amigo don Chemita.

—¿Don qué?...

—¡Don Chemita! Ya va a empezar a hablar... —me dijo, oílo—. Yo volví a ver a mi compañero.

—Bueno —le dije.

—"Fue en mi viaje a Upala" — empezó a hablar don Chemita alzando un poco la voz, como para que lo oyéramos.

—Ajá —lo dijo el otro que estaba con él, y se sonrió con nosotros.

—"Yo tenía unos rosales regados —siguió don Chemita —y me fui a recogerlos. Me voy a aprovechar del viaje —me dije— para traer unas cuatro fanegas de frijoles que me habían encargado, y también me alisté algunas otras cositas para vender allá. Ud. sabe, amigo que esto su amigo siempre anda algo que vender. Bueno pues, me fui en el remolcador de los Pachacas. Salimos sábado, calculando yo estar de vuelta el miércoles para así coger el vapor Victoria para Granada, porque también quería llevar a Granada un cacao que pensé comprar en Upala.

—Buen cacao el de Upala y más barato que el de Rivas. Bueno pues, llegamos sin ninguna dificultad a Upala. El remolcador de los Pachacas se vino el domingo, temprano. Yo no podía venirme el domingo porque hasta en la tarde terminaba de hacer mis cobros, sobre todo tenía que esperar el lunes para comprar el cacao y terminar de recoger lo que me hacía falta de los reales. El lunes y el martes casi todo, y vea, con buena suerte, recogí como trescientos pesos y conseguí buen cacao y unos frijoles muy hermosos y a buen precio. Me alisté de todo y pensé venirme en bote a San Carlos. Ya era martes, como le dije, y entonces me fui a buscar a un hombre para que me trajera; pero es difícil con esto de que ahora todo mundo solo coge para la montaña con la cuestión de la raicilla; la pagan bien, pero a mí nunca me ha gustado trabajar con raicilla... es muy expuesto. Bueno pues, me cogió la tarde buscando al hombre, hasta que una señora me recomendó a un tal Saturno. Me dedico pues a buscar al tal Saturno... y amigo, lo encuentro en una cantina bien picado. ¡Ni pensar! —dije yo— cómo me voy a exponer a irme con un picado. Me volví donde la señora a contarle.

—¿Tal vez sabe de algún otro? — le digo.

—No don Chemita —me dice la mujer— sí ese solo vive picado, así trabaja él. Es verdad que es picado; pero así como lo ve, es muy honrado.

—¡Ehs! —me dije yo— ni lo conozco y yo con estos reales en la bolsa. Con lo que le cuesta a uno hacer sus realitos... ¿verdad? Pero también pensaba que si esperaba hasta la otra semana que viniera el remolcador. ¿Qué iba hacer yo allí en Upala gastando en pensión y comida? Y con los frijoles, el cacao y los reales; y más que tenía esperanzas de coger el vapor Victoria el miércoles en la tarde... cómo hago —me dije; y entonces volví a buscar al tal Saturno.

—Yo le hago el viaje —me dijo— en la madrugada estamos en San Carlos — me aseguró.

—Pero no siga bebiendo —le digo.

—¡Ah... no! Eso, no —dice Saturno, muy serio—. Yo trabajo, pero picado. Sin trago yo estoy perdido —y se río—. ¡Jua! ¡Jua! —enseñando unos grandes dientes como clavijas.

—¡Ah, pues no! —le respondí; y me volví a dar vueltas por las calles a ver si me conseguía alguno otro. ¡No! ¡Qué va! —me decían—. Ese viaje solo Saturno se lo hace. Bueno —me dije—... ¡qué vamos hacer! Y me volví donde el hombre.

—Bueno, Saturno —le dije— alístese, pues.

—Así me gusta — me respondió.

—... ¿Y dónde tiene el bote?

—Allí abajito.

—Pues que no nos coja la noche — le dije.

Comenzamos a cargar. El hombre no parecía, en dos horas tenía cargado el bote. Yo lo esperé otro rato porque se fue a traer una palanca y el saco ahulado con sus cosas. Cuando volvió me fijé que traía un litro de guaro en la mano.

—¡Ah... no! —le dije—. Más guaro, no.

—Trato es trato —me dice— ¿Ud. quiere que me muera de la goma?

—Vámonos pues, de una vez —le digo... porque, ¿qué iba hacer?

Ya era de noche; no había luna. Yo me senté adelante entre los sacos y Saturno atrás, canaleteando.

—¡En el nombre de Dios! —dije yo cuando ya doblamos y se perdían las luces del muellecito.

—Tal vez me pueda dormir un rato —pensé yo—...y que en la madrugada ya estemos en San Carlos.

La noche estaba bien oscura. Voy a rezar el rosario —dije y comencé por contar los misterios en los botones de la camisa y las Ave Marías con los dedos, pero me aburrí. Me puse a pensar

un rato. Sólo se oía el golpe del agua y los pujidos de Saturno empujando con el canalete. Allá, de vez en cuando, jalaba el litro de guaro y se lo empinaba. Hasta donde estaba yo oía saborearse al hombre.

—¿No quiero un quemón, don Chemita? —me dice.

—No, hombre —le contesté—yo no bebo.

—¡Ehs! —pensé yo—. Este como que quiere picarme. Qué difícil se gana uno sus reales...

Y este hombre —pensé—. ¡Qué pierde con nada! Conmigo, por ejemplo. Además, este hombre ha de saber que yo traigo dinero; y que traigo además unos buenos reales en frijoles y cacao. . .

¡Cuándo que no! ¿Como no va saber esta gente lo que cuesta un saco de frijoles o de cacao? Si viven en esto.

A un picado —seguí pensando— se le puede meter cualquier cosa ¿y después? Con decir: Yo no me acuerdo. O si no: Yo no se, se ha haber dormido don Chemita. ¡Canijo! ¡Qué vaina! Porque además es verdad que si me duermo y me voy al agua, me ahogo... yo no sé nadar. Y bueno, dirán: A quien se le mete en la cabeza montarse en un bote, de noche con un picado.

¡Dios mío! ¡Qué horrible pensamiento se me vino! si a este hombre se le mete darme un canaletazo. Con la oreja del canalete me hunde la cabeza y me mata de un sólo. Como era de noche —puede decir— lo agarró una rama de guabo y lo golpeó.

¿Y aquí quién va a averiguar nada? ... ¿Y si averiguan? ¿Yo ya muerto?... ¿para qué?

Entonces pensé hablarle, para coger confianza. Va a notar que tengo miedo —pensé—. Mejor espero que él me hable... y así me estuve cavilando, hasta que al rato, me dice:

—¿Don Chemitá... y ya vendió todas las alhajas que trajo?

Carajo, —pensé yo— este está averiguando si traigo alhajas.

—Todas las vendí — le respondí, rápido.

—Yo necesito comprar una esclavita. Se la quería regalar a una jaña que tengo —dijo—, y ijua! ijua! — se rió.

Voy a cambiar de conversación, pensé.

—...Y vos sos de aquí, Saturno — le pregunté.

—No...

—¡Ah!...

—Yo soy del Arenal — dijo en seguida. Aquí he vivido, sí.

—¿Tenes aquí a tu mujer y tus hijos?

—Los hijos se murieron...

—¡Ah!...

—¡Quién sabe! —dijo—. Se morían cuando iban naciendo.

—Alguna enfermedad — le dije yo.

—¡Jua! ¡Jua! —se rió.

¡Carajo! —dije yo—. ¡Qué feo se ríe este hombre!

Seguimos callados, se veían unos relámpagos, como que iba a llover.

—Don Chemitá —me dice al rato—. Ya estoy picado. Mejor nos arrimamos por ai... a ver si duermo un ratito; y luego seguimos. Parece que ya va a empezar a llover.

—¡Ehs! —me dije yo—. Ahora si se pone la cosa. Este me puede matar aquí y me deja tirado en el monte.

—Es mejor que sigamos —le dije.

—No —dijo él— quiero echar un peloncito.

Sentí el ruido del bote al entrar la proa en lodo de la orilla. Yo me quede donde estaba y empecé a rezar. Me acordé de mis pecados. De suerte que yo no le he hecho mal a nadie. Es verdad he vivido del comercio; pero esto es un "te quito" y "me quitas", Ud. conoce este negocio... y además, no le pagan a uno todas las aflicciones.

Bueno pues, al rato ya estaba roncando el hombre... bien dormido. Y ahora era otra pena; empecé a tener miedo de verme sólito y el terror de que si me agarraba de un gamalote, lo menos que podía encontrar era una culebra y si no me agarraba, la corriente nos arrastraba hasta ir a dar a un banco de arena y allí acabar mis días.

—Don Chemitá —me dice al rato— ¿Ud. le tiene miedo a las culebras?

—Pues, isí! — le dije.

—Aquí hay muchas. ¿Ud. conoce la Barba Amarilla? Pues mata a una danta. ¿Y la Toboba? Pues pica, y después uno se hincha como un tronco. Una Toboba mató a un tío mío... ¿Y Ud. conoce al pato-toboba?...

—No — le respondí, molesto de su conversación.

Pues es igualito a un patito, mediano y cenizo, anda a las orillas... y es igual al piquete de una culebra.

—... ¿Y anda de noche? —le preguntó preocupado.

—Pues, casualmente: sólo de noche —me dijo.

—¡Que va! —pensé yo— nunca he oído que un ave sea venenosa.

Pero en fin, ya sé; este hombre me quiere meter en miedo. Pero yo no tengo miedo.

Empezó a llover y yo tenía frío... ¡Dios mío! —dije— si salgo bien de aquí le voy a dar cien pesos al cura de San Carlos para que arregle la pared de atrás de la Iglesia... y cincuenta pesos para los pobres... y cincuenta pesos más para las monjitas del Hospicio de Granada. Ya suman doscientos pesos, —pensé, haciendo la cuenta—. ¿Qué? — dije, apartando las ideas mezquinas que a uno se le vienen, ¡Promesa es promesa! El hombre estaba dormido otra vez... llovía más recio. Yo, francamente me sentía ya medio muerto. Veía luces en el monte; oía ruidos horribles adentro de la montaña. A veces me parecía que volaban serpientes en el aire... ¡Don Saturno! ¡Don Saturno! —lo llamé varias veces; pero el hombre estaba bien soñado.

A mí me empezó a doler un brazo... ¡Caramba! ... Y es el brazo izquierdo. ¡Al lado del corazón! ¡Me va venir un ataque! —pensé—. Tan bruto, que nunca fui donde el doctor; por no pagar los cincuenta pesos... pero es que uno tiene que trabajar, y no queda tiempo. Ahora prometo que voy a ir.

Estaba temblando, me dolía la nuca y la parte de atrás de la cabeza y también tenía una pierna entumida. ¡Este es parálisis! —pensé—. Aquí acabé mis días. ... ¿Y si pierdo la voz?

—¡Saturno! ¡Saturno! —grité.

—Pues todavía puedo hablar —me dije. ¿Pero si perdiera la voz, o si me agarrara un animal? ¿Qué cuenta se va a dar este picado? ¿Y los reales que tengo en la bolsa? Se van a perder. Mejor los voy a sacar de la bolsa; pero si los dejo aquí en el bote... ¿Quién va a saber? Allí se van a estar hasta que los tiren cuando achiquen el bote.

—Estaba muy nervioso. Sentí calambres en todo el cuerpo... no sé, me pesaba la cabeza y la rabadilla... y me dormí.

—Me dormí acabado... hasta venir a despertaran de un brinco...

—¡Algo me despertó! ¡Qué susto!

Cogido de la mura del bote y casi echado sobre mí estaba la cara de Saturno... ¡Ay! ¡Ay! —grité.

—¡Jua! ¡Jua! —se rió Saturno con sus grande dientes de clavija. ¡Ehée! —me señaló con la mano — ¡San Carlos! ¡San Carlos! —grité divisando a puerto.

—¡Qué dicha! ¡Estábamos frente a San Carlos! Habíamos dormido allí nomasito del puerto.

—Es que anoche no quise meterme al lago —me dijo. ¡No ve que había mucho viento!

—¡Caramba, Saturno! —le dije. ¡Qué bien pensado!

—Este es un hombre bueno —pensé en seguida.

El es un picado, verdad; pero como me dijo la señor de Upala... bueno hombre y sobre todo honrado.

Así fue que atravesamos en solo la mañanita el lago y a las ocho estábamos en el muelle de las gordas. Allí nomás arreglé el descargue y ordené que me pasaran los sacos a la bodega del Ferrocarril para manifestarlos en el Vapor Victoria... y loco de contento me traje a Saturno a comer. Saturno me quedó viendo.

—¡Ah; sí! —dije riéndome. Sírvamele un buen trago y después su desayuno.

Después que comimos le pagué. Doce pesos me cobró por el viaje, yo le regalé diez pesos más... y todavía me lo llevé a mi pieza y le di un par de botas que tenía todavía buenas, una camisa kaquis y un sombrero. Le recomendé que no volviera a beber, Saturno me quedó viendo y después se ríó. Lo fui a dejar hasta el muelle y se fue contento. Aquel día yo me apuré para hacer todas mis evoluciones.

Vendí bien parte del cacao y los frijoles, A las tres, me alisté y me fui para el barco que estaba fondeado bastante afuera. Me fui en la gasolina de Chepe Rayo. Antes, el vapor Victoria se quedaba bien afuera, por las Balsillas... ¿Se acuerda? Dos horas era lo menos que uno tenía que navegar para coger el Vapor.

Yo iba alegre... y no quería acordarme de todo lo de la noche anterior. Cuando ya íbamos bastante afuera, dice Chepe Rayo: Allá diviso un bote que va solo... Me levanto yo... y... ¡Claro que lo reconocí! ¡El bote de Saturno!... ¡pobre Saturno! Se picó... se picó con los reales que le di... ¡él era tan bueno!; ¡pero tan picado! Le ha de haber soplado viento, y el hombre bien picado cayó al agua... ¡Vamos! —grité—. ¡Vamos al bote! Y viramos a un lado. El remolcador volaba. ¡Más rápido! —les decía yo. El remolcador dio la vuelta. El bote estaba solo. Apagamos el motor y nos acercamos canaleteando... ¡Pobre Saturno!... ¡pobre!

Cuando ya nos acercamos hasta llegar... ¡Que susto el mío!

—¡Carajo! —grité yo.

En el plan del bote estaba echado Saturno, bien picado y cuando me vio: ¡Jua! ¡Jua! ¡Jua! —se ríó enseñando los grandes dientes como clavijas...

El hombre que estaba con don Chemita nos volvió a ver riéndose.

Yo también volví a ver a mi compañero que se había quedado ido oyendo a don Chemita...

—¿Te gustó? —le pregunté.

—¡Claro... hombre!

—Esto está bueno para un cuento tuyo.

—Sí —me dijo.

Y lo escribió.

## Vallito

Juan Valle, ese era su nombre, pero a él le decían Vallito; tal vez por su figura menuda, tal vez mediano así como era él, pelo liso, con el pantalón subido de atrás, talle alto. El que le dijeran Vallito fue ocurrencia de uno de los amigos, uno del grupo de los cinco que componía el equipo de pesca de «**La Calzada**».

Los cinco amigos eran vecinos: Pedro Rayo vivía en la esquina; Sebastián Bendaña, ahí nomacito vivía en el zaguán que quedaba después de la pulpería; Félix Pacheco junto a la casa de Bendaña; Alberto López en la otra esquina y Vallito en una casita de pretil que estaba en frente.

Hacía mucho tiempo que eran amigos. Salían de sus trabajos como a las 4 de la tarde: allí cerca trabajaban todos. El que quedaba más retirado era Vallito que trabajaba en una relojería que quedaba en la otra calle. Cuando salían de sus trabajos, en seguida se venían para el muelle a pescar. En ese viejo muelle que quedaba sobre el lago y que tampoco estaba lejos, que sólo bastaba ir bajando la calle de La Calzada, pasar la iglesita de Guadalupe y seguir en seguida por una hilera de palos de mango hasta el lago.

Allí se sentaban en el muelle, cada uno en el lugar adonde iban a pescar. Se acomodaban bien aprovechando tener juntas la cajita con los anzuelos y las cuerdas. En la parte de lado de las tablas ponían las carnadas y un trapo para secarse las manos. Allí se estaban toda la tarde

pescando. A veces uno chiflaba una cancioncita vieja, un bolerito tal vez; otro se estaba cabeceando de sueño, sólo Vallito estaba siempre como que algo lo preocupaba a él. Se quedaba pensando, con los ojos para arriba o bien bajaba un poco la cabeza sobre el pecho, siempre pensando, que ahí se quedaba como ido en sus pensamientos.

—¿Qué es lo que pensás tanto, Vallito?, —le dijeron una vez. —Pues vieran que nada —les dijo Vallito. Es que a veces siento como si fuera flotando sobre el agua y después me vengo quedando como ido, eso es —dijo Vallito. Este Vallito es un carajo —dijo uno de ellos.

—Lo que hace el pescador en realidad es eso, —siguió diciendo Vallito— esperar mientras la cuerda está ahí y hasta que, irás!, te da el pez el jaloncito se despierta adentro de uno algo como una sorpresa, como si eso te dijera: estás vivo Vallito; entonces aunque estés como ido, levanta tu caña y cobra en seguida tu tiempo, porque después cuando uno saca el pez del agua, ahí afuera, entonces, termina todo.

En seguida Vallito, como lo hacía siempre, volvía a quedarse ido por ahí con sus pensamientos, como antes.

Los cinco pescadores siempre estaban juntos y cuando alguno de ellos no podía ir a pescar pues, tampoco iban los otros.

Un día Vallito llamó a Félix.

—Hombre —le dijo Vallito— mañana no voy a estar.

—¿Y adonde vas a ir? —le preguntó Félix. —Es que el hermano mío va a venir.

—Joaquín, ¿el que vive en Jinotega? —Sí, —le dijo Vallito.

—Entonces, ¿no vamos a ir a pescar?, ¿y pasado mañana?

—Pasado mañana sí, porque él sólo va a estar aquí mañana.

—Les voy a avisar a los otros —dijo Félix.

Después que el hermano de Vallito se fue, al día siguiente ya para las cuatro de la tarde estaban otra vez los cinco amigos pescando.

Cuando alguno sacaba un pescado eso era alegría para todos y dejando brincar al pescado sobre el muelle, cada uno de ellos decía si era barbudo o zabaleta, guabina, mojarra o lo que fuera.

En el mes de marzo de ese año pasó algo. Es que Vallito se enfermó. Pedro Rayo que estaba esa mañana en el correo, vio venir a Sebastián Bendaña que entró y lo llamó.

—Vallito ha tenido algo —le contó.

—¿Qué? —le preguntó Rayo.

—Parece que tuvo un ahogo, se lo llevaron al hospital.

—¿No será grave?

—Quién sabe. Yo sólo te vengo a avisar, —le dijo Rayo.

—Ya voy pues, espérame un ratito —le dijo Bendaña; y se fue para adentro y en seguida salió.

—Ya les avisaste a los otros.

—Sí —le dijo Rayo— allá nos están esperando en la acera del parque.

Los cuatro compañeros se juntaron y se vinieron por esa calle, recto, del parque al hospital. En esa calle que iban vieron venir en sentido contrario un coche de caballos donde venía la tía de Vallito, pero ella no los vio y ellos no pudieron hacer nada; tal vez hubieran podido parar el coche para preguntarle cómo estaba Vallito, entonces siguieron caminando.

Cuando se acercaron a la puerta del hospital vieron que había mucha gente y se dieron cuenta que eran los vecinos de La Calzada. Estaban ahí rodeando a la hermana de Vallito que estaba llorando. Ellos se metieron entre la gente para saber, pero uno de los vecinos les dijo que Vallito ya había muerto.

En la calle de La Calzada todo ese vecindario sintió mucho la muerte de Vallito. Los cuatro compañeros estuvieron en la casa todo el día y en la vela. Y los cuatro juntos también fueron al entierro.

Al otro día tuvieron que ir a sus trabajos; pero en la tarde se juntaron otra vez como antes.

—¿Qué hacemos pues?, —preguntó Sebastián.

Los otros no le dijeron nada. Al rato dijo Félix.

—Es que es raro eso de ir ahora a pescar sólo los cuatro.

—Eso no importa —dijo Bendaña y comenzó a caminar; los otros amigos lo siguieron.

Cuando llegaron al muelle y ya sentados allí comenzaron a preparar las cuerdas con los anzuelos y las carnadas.

—Ahora —dijo Sebastián— todo está en que no pensemos nosotros nada distinto. Tenemos que seguir siendo los mismos compañeros como antes.

—Así es, —dijo Félix.

La tarde estaba como que se había bajado un poco, porque se veían unos nubarrones que venían bien bajos, casi encima del lago.

—Pero de todas maneras no podemos negar que nos hace falta Vallito —dijo Félix.

—Si, es cierto —dijo Sebastián.

—Aun así con todo, siempre lo vamos a imaginar —dijo Alberto —así como antes, que allí se sentaba Vallito, tranquilo a pescar.

—Y podemos hacer de caso —dijo Bendaña— como que allí estuviera él, igual como antes.

Alberto, mientras estaba componiendo los anzuelos y las cuerdas, se quedó pensando.

—Pero la verdad es que de aquí en adelante, siempre vamos ser sólo los cuatro que quedamos, —dijo.

—No es que no sepamos que sólo somos los cuatros los que quedamos —dijo Sebastián— y que ya Vallito no está con nosotros, pero por lo menos nos podemos quedar con su cariño, diría yo.

Alberto le puso la mano sobre el hombro a Sebastián: hagamos de caso que Vallito esta ahí —dijo—, como estaba siempre, ahí pensando.

—Así es —dijo Rayo— pensemos como dice Sebastián —que Vallito está allí al lado y que allí sigue, así como siempre que se quedaba él, como ido.

La tarde se sentía como liviana, casi no había viento y por allá se divisaban los cuatro ellos pescando.

## LIZANDRO CHÁVEZ ALFARO

(Bluefields, Nicaragua, 1929 – 2006)

Fue Director de la Editorial Centroamericana, de la Biblioteca Nacional, y Embajador en Hungría. Periodista, pintor, publicista, novelista y cuentista. En 1963 ganó el Premio Casa de las Américas en La Habana, por su libro de cuentos *Los Monos de San Telmo* (Casa, La Habana. 1963). En 1969 fue finalista del premio Seix Barral con su novela *Trágame Tierra*.

Otras obras: La novela *Balsa de Serpientes* (Joaquín Mortiz, México, 1976); y las colecciones de cuentos, *Trece veces nunca* (Educa, San José, 1977), *Vino de carne y hierro* (anamá Ediciones, Managua, 1993), *Hechos y prodigios* (1998), y *Columpio al aire* (2000).

## BUFA DE CUCHILLEROS

Era uno de los tiranizados por el amor de multitud. Su pueblo lo amaba, aunque no del modo entendido que él imaginara alguna vez. Hubo tiempos de sulfuración por la imposibilidad de fundirse en ese fuego de innumerables llamitas caseras. Lo imposible llegaba a las palabras: cuando él proclamaba *iHimnos!* los otros entendían *iSones!* Ahora ya lo había devastado el saber que es inútil esperar amores lúcidos y muertes dignas fuera del arte. Su dilema entre admitir o rechazar lo habían resuelto las circunstancias: la invariable solución para un desterrado de los

cielos condenado a poner los pies en la tierra. Al cabo de cincuenta años de aturcidas peregrinaciones, la malencarada penuria lo devolvía a su lugar natal con el cuerpo en ruinas. Estaba agonizando entre los suyos, tal como eran. Muy a fondo de lo que le ocurría, una voz apagada, intermitente, consoladora, repetía una sola de sus líneas: La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte, que a su vez provenía de una purísima antigüedad.

Lo abatía el delirio, fase distinta del soñar; lo abatía la sostenida diferencia entre él y sus silvestres veneradores, incluidos los médicos, los generales, hacendados, comerciantes ilustrados; incluidas las matronas y las vírgenes declamadoras. Lo habían depositado en una casucha enjalbegada para que ahí arrojara su final. Oprimido por la desolación del barro untado sin arte alguno sobre los paramentos de caña, dijo en voz alta que su recuperación estaría en las transparencias del campo. Por consuelo le llevaron una vaca recién parida, se la amarraron a uno de los horcones del desvencijado patio para que imaginara corrales, siembros, moliendas, flores y horizontes. Los berridos y el olor a estiércol estancado en la pequeñez del patio lo colmaron de ira. Tuvo un acceso de soecidad en el que resurgían robustas las injurias absorbidas por su oído de infancia. Creció su cólera yacente, al verse no sólo perdonado, sino celebrado por su espontáneo regreso a las heces del habla, guardadas por él, su cumplido detestador, en la región de lo inolvidable.

Entre tanto enemigo de alma, lo consumía el constante oponer resistencia a los sueños, al mal de soñar, peor que la descomposición visceral y el tuerto manoseo de sus doctores. Casi una vida ocupada en exorcizar el don de profecía que habitaba en sus sueños, y ahora presentía el lento vencimiento de su ánimo vigilante. Le pidió a su mujer de última hora que le hablara, que le cantara cualquiera de aquellos sonos producidos con hiriente timbre atiplado. Quiso ella congraciarse cantando una de las canciones de serenata que ambos se había puesto en el lejano corazón de juventud, y le mandó callar.

La soledad, la tiniebla y el silencio eran la trinca contra la que había estado en perpetuo combate. No se atrevía a pedir un músico de cabecera por temor a que le plantaran en el patio un tamborero de medio centavo por copla. Puso oído a los pregones que subían y bajaban la

calle y eran poco para mantenerlo en su marcha de custodio a la entrada de una cueva prohibida.

Con el aliento ardiente, casi en llamarada, su dragona vigilia se empeñaba en impedirle el paso a los haberes de soñador: un trasmundo sin alfabeto pero eterno preñado de escrituras. Entreabrió los ojos, vio la luz de lamparilla que lo acompañaba en el aposento vergonzante; vio las sombras de quienes posados en susurros, con las alas cerradas, esperaban comerse una muerte genial. Suspirante, saltó fuera del delirio.

La mujer le acercó el seno cargado de marchitos aromas, la cabellera negra y undosa; le arregló las cobijas creyendo que tiritaba, le enderezó el crucifijo creyendo que se atrevía a soltarlo. Un vago lustre de juventud adornaba el cabello abundante. Cuánto había huido él de las negruras pilosas, reminiscentes de arañas; sólo en lo rubio había sol, el sol del oro y de las mieses.

El oído se le fue lejos, donde una niña aporreaba un piano, y más allá, donde había un toque de campanas. Volvió recordando las campanas de la hora del ángelus, mientras cruzaba en primavera el Pont des Arts, sobre el esplendor del Sena pintado en largos trazos bermejos. Se detenía junto a la balaustrada del puente para ver las campanadas cayendo sobre el agua, piedras invisibles que venían repartiéndose el aire desde las torres de Saint Germain des Prés, de Saint Sulpice, de Saint Séverin, Saint Germain l' Auxerrois. Caminar entre campanadas de atardeceres; diques de recuerdo levantados con trabajo entre su agonía y la amenaza de soñar. No quería pasar ni quedarse en brazos de aquel amor avaro que lo apretaba; tampoco soñar, ir al peligro de ver lo que sería.

En un esfuerzo más por recordar, recordó las olas de alta mar, el oleaje del Atlántico navegado tantas veces, el océano de entremundos, saludado con severos chorros de whisky, transitable de aquí para allá, cuando era aquí donde vivía su cuerpo, de allá para acá, cuando su residencia estuvo en el sordo paraíso parisino. A medio océano cambiaba el terno oscuro por algún claro traje de seda; mandaba al secretario traerle los binoculares para ver cómo se le acercaban los puertos de su América; antes todavía, para ver las olas magnificadas. En la ilusión de lentes, las crestas de espuma pasaban rozándole el ala del sombrero de jipijapa, una tras

otra, infinitas; el susto ante el poder de las aguas amainado por la cariñosa crestería que los binoculares desmenuzaban. Una tras otra, en sucesión de lamidos maternales, las olas recorrían de pies a cabeza el cuerpo abatido en el catrecito de cabecera de hierro esmaltado hacía muchos años. Entre espumas fue diluyéndose la vigilia.

En el umbral de su temido sueño estaba un fotógrafo agazapado en trapos negros, y él indefenso, tendido sobre su costado izquierdo, inepto para derribar los bártulos fotográficos, el contratado ojo de vidrio que venía a retratarle la boca abierta de agonizante.

Vio con horror su desamparo ante esa obscena intrusión en su agonía; una vuelta más de la posesión que ufanaba a sus adoradores. Grato hubiera sido soñar a las parteras de la muerte, las que limpian, discretas, las que alumbran la tiniebla a boca cerrada, las que acercan sus manos frescas para alisar lo hirsuto del miedo; no esos testigos enderezados por la codicia urgidos por cosechar el fruto de su infamia. Tras la cama había cuatro compungidos asaltantes. Su sueño iluminó de lleno las caras: el médico de cabecera, Lucas, Luquitas, su enorme frente sudorosa de bregar en pura ciencia y su doble intención derramada en la humedad de los labios. Sagrario, la mujer permisiva, atenta, vertía su atención rezagada, los ojos con brillo de puñales de obsidiana; el hermano de la mujer, Aníbal ferocidad sonriente, veloz en los locos giros de cabeza que tasaban los objetos miserables del aposento; el pálido cronometrista, Alejo, sostenía en alto su reloj Ingersoll, comprado en Rué Monsieur Le Prince, la leontina colgándole sobre una oreja. Todas las manos se prolongaban en relucientes cuchillos. Tras el cuarteto se mecía en penumbra un anónimo cuerpo subsidiario: practicantes, barberos, sastres, dibujantes, carpinteros, taxidermistas, costureras, altareros, carniceros, cuchilleros, poesyeros; todos conjurados de boca abierta para esperar un eclipse, el rayo verde de la muerte genial.

Hubo un fogonazo arriba de los trapos negros; no pudo gritar ni detenerlos. La fotografía estaba hecha, ahí, en lo íntimo de su intimidad abierta de tajo. Lo protegía su abrazo a la fe de que era un sueño, nada más.

De igual manera lo hundía que no hubiera ensalmo para detener su mal de soñar cuando el sueño ya se había desatado. Tierra adentro de su mal lo esperaban mayores revelaciones. Jamás

había querido asomarse a los temibles vínculos de Sagrario y Aníbal, y ahora, en el acecho fraterno con que esperaban el despeñamiento final, descubría tras ellos unas viejas alas incestuosas; lancinantes las alas y fiero el descubrimiento de que el himno que exhalan los incestos mitológicos se hace grito en el incesto contiguo. Jamás quiso conocer la hora en que entrarían a saco los cuchilleros de su cuerpo, pero vio el júbilo del pálido cronometrista al arrancar la cuerda de su Ingersoll, la arrancaba y la masticaba para que siempre fueran las diez y quince, hora de llantos de mujer, heraldos de una aterradora fiesta de multitud, señal primera para que el pueblo oyera cañonazos de fortaleza, y entre toques de campana preparara sus pámpanos de papel y sus aserrines de colores.

Él, nacido entre ellos, uno de ellos, separado de ellos, nunca terminaba de entender que la veneración es piedra de sacrificios, restos subrepticios de teocallis donde se extraen gordos corazones de ofrenda, elevados por manos de supremo acuchillador, ebrios corazones que con el último sístole a cielo abierto gritan ¡viva la vida! Por extrema angustia de exiliado entre los suyos se le olvidaba que una vez había visto cierto nombre escrito en un espejo rojo: *Huitzilopxtli*.

Para que nadie interfiriera el rito, Lucas pedía que en la puerta de la casucha le plantaran dos policías. Sellado quedaba el aposento para quien no fuera celeste cuchillero. El aullaba protestas mientras lo desnudaban, sin oírlo, porque su voz es sólo una cambiante mancha de añil. Del tejado que no había merecido revestimiento de manta o de tablas, le caían partículas de barro que rodaban por las laderas de su obesidad.

Sobre la única mesa del humillado mobiliario habían colocado garrafones, baldes, palanganas, frascos, tinas saturadas de olor hospitalero. Era Lucas quien lo abría en canal con destellante bisturí. Desventurado, él volvía la mirada suplica te hacia la mujer doblada sobre un hombro de Aníbal. Encontrarla de espalda era injuria para quien en lo tormentoso de soñar hubiera querido verla de cara, fiera despeinada, acuchillando a los felices cuchilleros del inerme, del bardo hecho res en tablajería.

Cuánta estética acrática para venir a parar en inaudible estertor de bestia aperreada. En la faena de horas alumbrada con lámparas de carburo, los doctores enjugaban el sudor con igual

pasión que descubrían síndromes. Lucas pronuncia graves dictámenes sobre el hígado exhausto, los pulmones anchos (de centauro, dijo el médico mayor), el corazón adiposo (hinchido de sollozos, versificó uno de los ayudantes), los riñones encallecidos, estragados como la vida misma del dueño que los oía caer en recipiente de zinc y mesa de talalate piso de barro quemado y subsuelo de cenizas. Con cada víscera extraída su sueño había alcanzado nueva frontera de pavor. Allá, en uno de los frascos, su corazón estaba a flote: pez redondo que boqueaba en su último nado.

Con el canto de zenzontles enjaulados en los patios cercanos, él era ya un esbelto figurón modelado a fuerza de bultos empapados en formalina. Tuvo entonces entrañas de algodón. Su maldecir a los cuchilleros había tomado una continuidad que sólo encontró solución cuando después de un rápido concilio entre Sagrario, Aníbal y Lucas, éste ordenaba a sus discípulos ir a sepultar las vísceras en campo santo, a la luz del alba, acompañados por el cronometrista. Su piedad y su ciencia le impedían dejarlas fuera del seno de la tierra, del reposo patrio, aunque después supo el soñador que la segunda intención era reservarse la pieza maestra de carnicería: el sagrado depósito, le llamaba su médico.

Lo supo con súbita expansión de su espanto (enorme territorio nuevo para él, que creía haber agotado su experiencia) al ver el gesto de triunfador con que Lucas, Luquitas, se le aproximaba, sierra de orfebre en una mano, lápiz-tinta en la otra. Se dilataba el territorio bárbaro mientras el lápiz-tinta le marcaba el lugar de los laureles. Venían por su cerebro. Con arte aserraba Lucas sobre la línea morada trazada en redondo. Un filo de hielo iba entrándole en la caja craneal. Ansiaba vocalizar la maldición circulante en el hemisferio del habla, y todo era un hondo ronquido. Amorfas estaban la súplica, el insulto, la explicación solemne de que la virgen de las vírgenes no se encontraba en ese tejido blando ni en ningún otro de sus órganos.

Lucas procedía. Esmerado levantaba el casco de hueso, se lo entregaba a Aníbal para que lo sostuviera mientras él hacía perfectas incisiones en las nervaduras, y por fin liberaba el tesoro, levantaba la crecida pelota de masa gris, la alzaba, poseído por ese antiguo temblor sacrificial, la ofrecía a una balanza colocada entre los baldes; no le cabía tanto gozo ante la aguja que indicaba mil ochocientos cincuenta gramos, doscientos gramos más que el cerebro de Kant,

apenas once gramos inferior al de Cuvier. Suspiró estupefacto frente a los casi dos kilos de poesía en alta concentración. No menos gozo tuvo rellenando el hueco craneal con fino aserrín de cocobola (*Dalbergia retusa*), elegido por su resistencia a remojos prolongados y por su suave olor a rosas.

Aníbal y Sagrario fijaban su codicia en el platillo de la balanza. Se miraban en silencio de hermanos, veloces para tasar el tesoro. Valía el precio de tantos años de fiel esposa abandonada; sería la suya una lánguida viudez pagada por lo misterios de aquel montículo cubierto de rugosidades frescas partido en dos por un abismo mineral. Valdría lo que la ciencia ha de pagar por la sabiduría. En el ascenso de las circunvoluciones veía Aníbal un bullicioso encuentro de postores; se veía con un mazo en su alzado brazo de subastado Aceptaría por fin que la poesía es oro.

Hecha la última puntada en el cuero de bardo, la enrojecida bata de Lucas se movía hacia la balanza; el médico musitaba adoraciones mientras con ambas manos trasladaba el tesoro hacia un latón que rebosaba formalina al recibir la masa. Con reverencia ensamblaba la tapa. Las tres figuras fueron inalcanzables para el soñador que en vano quería gritar: no está ahí, bufadores no está ahí, sacrílega; está en mí, en mí. Nadie oía en aquel penumbroso amanecer de taberna portuaria, pesado el aire en lo hondo del sueño lo mismo que en las sentinas de alguna ilustre borrachera.

Y aún vería el rigodón de cuchilleros arrebatándose uno a otro su cerebro enlatado. Lucas se lo entregaba a Aníbal, con resquemores. Aníbal se lo entregaba a Sagrario: premio vivo a su devoción. Sagrario se abrazaba al latón, con el oído puesto en la música de formalina, musitándole sonos al tesoro. Lucas se lo arrebataba a Sagrario, con celo científico. Aníbal se lo arrebataba a Lucas, en defensa de la fortuna de su hermana. Lucas se lo arrebataba a Aníbal y a trancos alcanzaba la puerta; jadeante pasaba entre los policías sentados en el quicio. Aníbal corría tras él, sacudía a los policías para que desde autoridad lo auxiliaran. Sagrario salía de pelo suelto, hilaba un solo improprio. Amonestaba a los desvelados guardianes y éstos corrían apuntando sus rifles. Lucas giraba en redondo, el latón apoyado en una cadera, la masa blanda pidiendo reposo entre los vaivenes de su preservativo en líquido. A media calle entregaba la pieza a la autoridad para que se arbitrara en la Dirección de Policía. Tras los depositarios

uniformados iban los tres pálidos, con palidez de iracunda codicia. Era el despojo de los últimos retazos del decoro, y el desolado soñador no sería eximido de una sola minucia de su sueño. Veía la pátina verdosa del escritorio cuartelario en que una parte de él quedaba incautada, célebre entre un portaviandas de peltre y un vacío tintero de vidrio. Desde su cautiverio de horas oía ruedas de palo trastabillando por teléfono:

—Aló, aló.

—Aló.

—Aló.

—Aló... ¿Es la presidencial?

—Aló, sí...

—Aló... Mira, es que aquí está preso el cerebelo del pueta, en la jefatura de policía. Es un bochinche.

—Aló. ¿Preso quién?

—El cerebelo de Un Bardo Reí. La gran vaina le pasó. Se lo pelean su médico, su viuda y su cuñado. Mi jefe no sabe cómo barajárselas. Quiere que el presidente resuelva...

—¿Le sacaron el cerebro? ¿Arrestaron su cerebro...?

—Sí hom. Está en su lata de alcohol. Todos lo quieren. De reliquia, dicen. Cuatro horas llevamos en esto. La gente anda embullada con lo de sus siete velorios. No se han dado cuenta que el cerebelo está detenido. Mejor comunícame con el presidente.

—Aquí no está. Llámalo a su casa. Tal vez allí.

A la quinta hora sentenció el presidente que siendo el cerebro parte del muerto, le pertenecía a la viuda. Sagrario suspiraba fortalecida por su victoria, le suspiraba en la cara al médico derrotado. Aníbal tomaba el latón con un brazo ávido. Con el otro le daba apoyo a su hermana enviudecida y en serena pareja iban con otro paso a trasponer el tesoro en casa amiga.

Ni una palabra, ni un aroma se perdonaba el soñador en su mal entero. Su solo privilegio era soñar de prisa para alcanzar pronto la otra orilla de su sueño. Ahí salió de un espanto para entrar a otro espanto: frente a su agonía despierta vio al fotógrafo agazapado en trapos negros. Tras la cámara estaba iluminada la carnícera veneración de Lucas, Sagrario y Aníbal. En la penumbra se

mecía el anónimo cuerpo de ayudantes. Alejo el cronometrista le tomaba el tiempo con su Ingersoll en alto.

## JUAN ABURTO

(Managua, 1918-1988)

Narrador tardío, Juan Aburto se preocupó por realizar una lengua propia, segura de su excelencia y contenido poético, sin embargo es evidente la influencia en su forma de escribir, de su antecesor Fernando Silva; no obstante en su primer libro *Narraciones* (1969), reveló un aspecto inédito de la realidad literaria: la vida de las barriadas de Managua entre los terremotos de 1931 y 1972.

Obras narrativas: *Narraciones*. León, Editorial Universitaria, 1969. *Mi novia de las Naciones Unidas*. Managua, Editorial Nicaragüense, 1971. *El convivio*. Relatos. *Inventiones breves*. Managua, Tipografía Asel, 1975 y *Los desaparecidos y Otros cuentos*. Managua (Editorial Unión), 1981. *Prosa narrativa* Managua, Ediciones Primavera Popular, 1985.

## EL CHECHEREQUE

El chavalo iba caminando despacio cuando se encontró un chechereque en el suelo.

—¡Eh, salado yo! , gritó brillándole el ojo, y se lo echó a la bolsa.

Más adelante lo sacó y lo iba viendo. Arrimó el hombro a la pared, cruzó la canilla con la punta del pie doblado y le daba vueltas por todos lados.

Se fue juntando la gente al ver el chechereque entre las manos del muchacho, pero no arrimaban mucho, sólo se le quedaban viendo y viendo.

—Debe servir para curar gente —dijo una vieja.

—Tal vez es del tiempo de antes —dijo otro— no ve que es como hecho afuera? Tal vez cayó de arriba. ¡Quién sabe si es atómico!...

—¿Y por qué no le preguntan al Guardia?

—¡Ah, ni saben nada! Te rempuja y se lo carga. ¿Que no los conozco?

Pasó un señor de saco. Se asomó por encima de todos.

—Ve, hombre! , exclamó. Dame eso —le dijo al muchacho.

—No, es mío! . . .

—Véndemelo, pues.

—Eh, me regañan. . .

—Véndelo, no seas baboso, ni sabes qué es, dijo un muchacho grande.

El chavalo se fue resbalando de espaldas hasta sentarse contra la pared y encogió las canillas. Zumbó para arriba un poquito entre las dos manos el chechereque, como bolita.

—Dale vuelta, papitó —dijo una señora.

Le dio vuelta al chechereque y se vio de largo que era así, de lado, y por el otro, algo verdecito; medio borroñoso por debajo, parece que tenía un hoyito quién sabe para qué y uno como dedo pandureco; no se veía bien. La cuestioncita era brillante y negra de un lado, algo suave y pesada, y finita, finita. Más bien parecía como manilo de tunco, apachurrada y toda quisneta, que hasta que afluía.

—Pero enséñalo bien, niño. ¡Ve qué muchacho éste!

—¿Y por qué no lo agarra usted, señora? —preguntó un lustrador.

—Yo Dios me guarde, quién sabe ni qué chanchada es, a saber de dónde lo sacaron...

Una chela de mentiras, riéndose despacito, le dijo en el oído a su compañera:

—Máchala. Que sirviera para agarrar querido, ¿verdad? ¡Ya lo mercábamos!

El grupo de gente iba creciendo, ya parecía mercado.

—Y qué es el gentillal, ¿ah?

—Nada, que están enseñando un chechereque que se hallaron.

—Eh, no me joñan; yo creí que era otra cosa...

—No, hombre, vos vieras, si es distinto, hasta que da quién sabe qué...

El muchacho cuando vio que ya habían muchos, envolvió el chechereque, se lo echó a la bolsa y empezó a apartar gente.

—¡No te lo echas a la bolsa, ve que te puede joder en la canilla!

—Si no hace nada, ¿no ves que ni se mueve?

El chavalito salió en carrera. Cuando llegó a la casa, entró cantando:

—¡Eh! , ¡Yo me hallé un chechereeeque! . . .

La demás gente se iba a tomar unos tragos entonces, pero los dejaron por la novedad del chechereque.

—Pásalo, pásalo, ya lo viste vos —se gritaban todos.

—Y para qué andan trayendo esas cuestiones aquí, —dijo la abuela, ahí se va a salar uno, mejor díganle al Padre y ya está, que se acabe éso.

Al rato les dio recelo del chechereque, ya no lo quisieron seguir tocando y lo pusieron con cuidadito en una repisa.

—Mejor dejémoslo aquí, no vaya a ser...

A los días dijeron que el chechereque se veía así como que quería echar una florcita. Pero quién sabe.

## CHEPE, MI AMIGO

Bueno, él estaba en el ruido ése, ellos todos acercándose, todos rodeándome, viniendo sobre mí como a las 11 de la mañana y nadie sentía el sol, Chepe se fue acercando junto a las guatemalas, el bolyoyo y el béisbol. Hubo mucho juego, pleitos, la revoluta, las jugarretas, los

apodos a cada uno de nosotros de repente, pero impuestos para toda la vida, por ejemplo: "Quirinón" y "Quirinita", flacos, altos, estirados, finitos; y el Quirinón, serio, descalzo, regañando a su hermano, y un día nos dijeron a todos que en el monte del colegio cercano asustaban y salía una sombra; fuimos todos con piedras grandes en todas las manos, esperamos hasta las 8 de la noche, con miedo habíamos iniciado la marcha sobre el colegio ese y en frente estaba el gran montarascal. Allá lejos, a la derecha, en el fondo de la calle la lucita de un poste de luz y al otro extremo otra lucita allá lejos, nosotros temblando cerca del colegio entre sombras con todas sus paredes extrañas, elevadas, descarnadas, tal vez una enredadera coloradita trepándose, porque yo me la conocía, había pasado antes mucho antes por allí y veíamos los senderos al lado de lirios de monte y de violetas que no he vuelto a ver, nos quedábamos viendo desde la reja y nosotros jefeados por Alberto, el que fue chofer más tarde, muchos años después, el que en el Escuela Superior lanzaba con su tiradora las piedras buscadas minuciosamente, asistido por sus hermanos, para tumbar, derribar una almendra allá en lo alto, el ojo amarillo de la fruta entre la cuna de las ramas oscuras, la derribaban para comerla y el hombre ávido no comía nada, pero era solemne ver venir la almendra rebotando entre el ramaje hasta caer al suelo y todos nosotros corriendo pequeños debajo de las constelaciones verdes del árbol tan lejanas que eran toda una sombra y Chepe no había aparecido entonces; pero llegamos aquella noche con él, nos situamos todos de cara al colegio, las piedras en la mano, juntándonos como pollos, esperando que saliera el fantasma terrible para lanzarlas con injurias y lo que recordáramos escuchado en las grandes casonas de familia: Dios te salve, si fuerte venís, más fuerte es mi Dios; ave María Purísima, las 3 Divinas Personas, pero no nos atrevíamos y temblábamos ya, apareció una luz y un ruidito sostenido como medio silbado o chistido allá en el fondo del solar, entonces "Quirinón" viéndonos todos parados, inmóviles, listos con las piedrotas, las lajas, los palos en las manos y se le acababa de morir su madre la semana pasada, nos dijo: No le tiren, muchachos, que tal vez es mi mama. . . y el Alberto que era más grande que nosotros se fue con el tiempo a la finca de café de su tío entre una hoyada, allá en lo hondo de las sierras, y uno pasaba por allí sobre el caminito de una estribación de la cordillera; él era rudo, pero hacía reír, hacía reír con sus chistes ásperos y había una mujer allá, aindiada, recia, los ojotes negros, el vestido negro y él la agarraba, la jalaba y le decía chambonadas, rebotaba la mujer contra las tablas del campamento y no le dolía, reía a gritos, los chistes de Alberto, todavía los vi frente a "Waterloo" y reconstruí lo que acabo de relatar, la mujer iba de viaje, rebotaba ya lentamente contra la vida y casi no reía

ya, Alberto no volvió y ella se hizo puta, no la he vuelto a ver, mas yo no me daba cuenta, vi venir a Chepe en el tumulto sobre mí entre el gran solazo, la revoluta, después ya no lo veía; al tiempo después el Chepe junto a mí, Chepe sin mamá, sin casa y yo viviendo al lado, con casa y juguetes; Chepe con una bicicleta, su padre con una casa de alquiler de bicicletas, de repente aprendí andar en ellas y me fui con el tal Chepe por los caminos, las barriadas, los despoblados y un día sumergiéndonos en el lago junto a la Planta Eléctrica salimos revestidos de aceite negro chorreante, pesado, pero las bicicletas incólumes allí esperándonos sobre la hierba, él con una enana y yo con una alta dificultosa, entonces íbamos a Sajonia entre los palos de hule, las hortalizas abandonadas, los mangos y las enredaderas, los tigüilotes, los matorrales, pero nosotros preferíamos lo rudo siempre y entre seguíamos los caminitos hacia ninguna parte, de repente él se subía a un tigüilote elevado, dejaba en el suelo la mano de guineos que acabábamos de comprar donde la Filena, se subía al palo apoyando las patas en una y otra rama yo abajo mirando y le veía el calzón rajado, el culo abierto, entonces partía un tuco de guineo y se lo lanzaba acertando en medio de las nalgas y gozábamos riendo con mi endiablada puntería, me trataba de mentiras, cortaba racimos de tigüilotes alastes, chachaltes unos y tetelques otros, nos tirábamos en el suelo a chuparlos, en el silencio del ocaso volvíamos a la ciudad y ya nunca desaparecimos uno del otro, lo juro; enseguida el mondongo de donde la Pavona, la casita como palenque, estrecha, el zacate duro saliéndose de la pared, jincándonos la cara y las espaldas, las puntas del zacate entre el lodo seco, una mesa larga, un gran cielo afuera tilinte sobre el patio pelado y el poco de jodidos comiendo, a lo mejor había picados, en la puerta decía Mondongo No. 1 La Pavona, yo comiendo y Chepe a mi lado, me iba tambaleante de sueño y entonces me daba cuenta que Chepe no tenía mama porque se aparecía dos días después, las manos y la boca señalaban todavía lo amarillo del mondongo, lo demás era mugre, todo su cuerpo pequeño, el pelito parado, hediondo él y las voces Chepe, dónde has estado y Chepe se acostó no sé dónde y a la mañana siguiente jugaba con su hermanastro porque sólo papa tenía y la madrastra era pequeña y flaquita, no lo quería mal, pero Chepe mucho jodia, jugaba el barbero con su hermano, le ponía los cepillos de dientes y de lustrar sobre la cabeza y se los rasuraba, después eran los gritos de la señora ésa porque enseguida supimos que la mamá era otra, vivía en Corinto y se la había pegado a su papá, el papá vivía acabangado y hacía viaje a Corinto cada vez y cuando para verla de largo y después volverse, siempre vivía con un su dolor de cabeza y le contaba a mi mamá, todo por irse a Corinto y la veía de largo salir y entrar en las casitas de

madera, al lado el mar con su gran ruido y el papá de Chepe apostado allá tal vez por la Aduana contra una casita de madera y llegaba la hora del tren para volver a Managua y aquél dolor de cabeza que no se le quitaba por ir a Corinto, Chepe me contó que vivió en Corinto y me hablaba de los vaporinos, una palabra que nunca me gustó, después su papá se fue a vivir a Bluefields y Chepe me hablaba de la bahía y no concebí cómo es eso de la ciudad y el mar y la laguna y la Cukra, esta palabra me la dijo Chepe, ya la conocía yo y me gustaba, me sonaba a aventura, Chepe nunca me habló de la gira por el río San Juan, alguna vez me habló de su mamá y yo la reconocí no sé cómo, tal vez haciendo memoria de cuando no éramos amigos y pensé en una señora de piel pálida, ojos verdosos, extraña en el concierto de esas señoras gordas que yo comenzaba a conocer, callada, pero cuando hablaba era efectiva en la rueda de ellas, y un día comencé a recordar la misma rueda, yo al lado de mi mamá como a las 2 de la tarde, atropellaron la puerta de la ladrillería fresca donde se reunían, llena de arena y de paz de entonces, irrumpió una muchacha y se echó a llorar sobre una señora, la anfitriona de la casa, y llorando le decía mucho al oído, entonces la señora gorda explicó que acaba de pasar por la casa donde vivían antes su papá y su mamá, hoy están separados, se acordó de todo esto y yo soy su tía, cállate mi muchachita, tráele agua, ve niña, mejor hacele un fresco, le sobó la cabeza y todos conmovidos, yo intuyendo allá lejos el drama ése, no sabía que era mí entrañable Chepe que allí venía en el fondo del tiempo pues esa muchacha era su hermana y ya desde infante estaba él desvalido; pero era fuerte, generoso, alegre, humorista, daba todo lo suyo, se quitó un día y otro día la camisa porque un muchachito y otro no tenían con qué cubrirse, Chepe se despojaba de su camisa y se las daba, algunas veces hasta los ayudaba a ponérsela y se volvía a agacharse a seguir jugando conmigo, con los otros, botones a la rueda, y el pantalón, espérate, les decía, se metía en la fábrica de cigarrillos, se quitaba el pantaloncito nuevo, se ponía cualquier cosa y volvía para entregárselo al muchacho; bueno, para entonces Chepe era mi amigo y lo buscaba, desaparecía largos tiempos en el barrio cercano y al fin volvía, hablándonos de ir al cine, se metía en la fábrica de cigarrillos de su tío, arrastrándose por debajo de las enormes maquinarias y sacaba manojos de cigarritos que el mismo vendía donde unas viejitas y nos íbamos al cine, bebíamos a la entrada y a la salida fresco de cacao, después fuimos vecinos por mi mamá supe del caso, el papá era inquieto, buscaba toda clase de negocios y contaba cuentos absurdos de lo que le pasaba, por ejemplo que era empleado de donde Brockmann y cuando llegaba un yanke de los de los de la ocupación recién llegada, que no sabía español, le preguntaba amablemente

aja yanke hijuelagranputá, ladrón asesino amigo de los vende patria, qué querés rejodidó, y ésto se lo decía suavito con sonrisa en los labios y el yanke todo confuso queriendo decir por ejemplo que quería un candado, se lo servía, le señalaba con el dedo el precio, mucho menos de lo que vos y tu gente nos roban hijuelagranputá, come mierda, toma tu candado y ándate, el yanke pagaba y se iba feliz por la atención y la labia, y un día el papá de Chepe vio llegar un yanke y entonces otro empleado se le adelantó y le dijo cómo yanke hijuelacachimba cómo se atreve a venir aquí el muy ladrón, con la sonrisa en los labios y enseñándole el catálogo de la ferretería el yanke se le quedó viendo y el empleado siguió: decí qué querés robar hijueputa y señalándole el muestrario de las bisagras, éstas son las que vos rompes a patadas, ladrón, le decía suavito sonriendo y el yanke se fue poniendo todo colorado, se sacó un black jack de atrás del pantalón y le dio y le dio en la cabeza gritando en perfecto español aunque era chele, oh sedicioso grasiento pase conmigo traidor al gobierno, miserable, y otro día el papá de Chepe contaba que compró un sombrero de paja donde Wheelock y él como andaba en bicicleta vino el viento le botó el sombrero y chas chás pasó un carro y se lo aplastó, entonces él entró donde Salomón, compró otro sombrero de paja, se lo puso y se fue, pero vino el viento por el Mercado se lo arrancó, rodó por el suelo, vino un coche y se lo aplastó, entonces entró donde Ampié, compró otro sombrero de paja, montó en su bicicleta y cuando iba por el Palacio el viento se lo arrancó, rodó por el suelo, vino un coche y se lo aplastó; entonces él entró donde Morales, compró otro sombrero de paja, montó en su bicicleta y cuando iba por el Parque el viento se lo arrancó, pasó un carro y se lo aplastó. Ya para entonces eran las 12 y el papá de Chepe se fue a su casa a contar en rueda el gran cuento, chas ruum, plas, pos, las manos y los brazos volando, los ojos retorciéndose y él feliz con el auditorio conmovido por los sombreros aplastados. El papá era generoso, siempre que llegaba a su casa al medio día traía latitas y las abría: atún, carne del diablo, sardinas, qué sé yo, algunas veces las freía él mismo o la madrastra de Chepe y nos mandaba a mí y a mi mamá, que vivíamos en una serie de piezas que daban a un gran patio, el anuncio de las cuarterías que vendrían después, una señora al lado con dos muchachitos y la mamá de éstos que te iba a su refresquería del Mercado, la vieja regañona todo el día, les ponía barandas por donde quiera a los dos niños, la muchachita y su hermano, se asomaba ésta por encima de la baranda y entonces la increpaba: si así sos ahora cómo vas a ser cuando tengas 15 años, vas a querer coche, y a la lora y los pollos cuando estaban haciendo mucha bulla los tiraba al brasero de la estufa y a una su sobrina muy negrita la trataba porque de dónde había sacado

medias plomas y era lo negro de la canilla trasluciendo debajo del algodón, en la sombra, y la muchacha se ponía a llorar porque la vieja insistía de dónde sacaste esas medias plomas, quién te las dio, y todo el patio en los ángulos bien sembrado de chiles y begonias, hojas de mata de piedra, jalacates y geranios, el papá de Chepe llevaba libros de John C. Raffles y de Sherlock Holmes que ya conocía yo, y también quesitos holandeses, jamones y conservas y cuadernos con chistes de vulgaridades, recuerdo uno con la fábula de un tigre y un burro que van caminando por el desierto, llegan a un río, convienen que el burro lo atraviese con el tigre encima, se escapan de caer, el tigre se le afianza en el lomo, el burro se queja, el tigre dice que esta es mi uñita; llegan a otro río y cambian, el burro encima, a medio río escapan de caer, el burro se saca la gran chuncha y se la zampa al tigre, el tigre aúlla qué es ésto compadre, esa es mi uñita, contesta el burro. Pues Chepe agarró de todas esas cosas, nunca lo vi triste, sólo con mi mamá después de comer y contar y hacer chistes toda la tarde, a veces con bromas crueles con los amigos, de repente abrazaba fuertemente a un compañero agarrándole los brazos y teniéndole así sujeto se tiraba una sarta de nauseabundos pedos; el otro muchacho no podía taparse la nariz ni salir huyendo, con la cual retorciéndose gritaba desesperado. A esto Chepe lo llamaba "el suplicio Chino". Y él todo sucio, mugriento, iba con mi mamá y se quejaba de la falta de su madre y de la desatención de la madrastra que no lo maltrataba pero no lo asistía, pero después volvía a la vida con los muchachos y conmigo, no sabíamos dónde dormía mas al día siguiente allí estaba. Chepe creció e iba y no iba a la escuela, con unos sus primos aparecía o desaparecía, un día quiso abrir una paja y en el esfuerzo porque todos bebieran agua falló y se dió de trompa, se partió el labio, qué le importaba a él, a los días el mismo, pero la soledad, la tristura, la inasistencia, digo yo, comenzó a cachar, llegaba a una casa dice mi papá que le presten una porra, se la prestaban y la iba a vender, cobraba cuentas del papá y no volvía. Un día vino a mi casa a prestar mi bicicleta cuando yo no estaba y yo dije no va a volver, después se fue huyendo más y más lejos, desaparecía por meses y yo oía decir que era tractorista o que estaba preso o que andaba quién sabe dónde, alguna vez lo encontraba de repente, me hablaba o me citó una mañana domingo a salir a pasear por la salida de la ciudad, vos no bebés guaro, yo sí, me dijo, y comenzaba a hablar, pero ya era inútil, no podíamos hablar de éso que habíamos vivido, la niñez ya remota, yo tenía otros pensares y no me interesaba nada su mundo de ahora, pero los recordaba a ambos, lo encontré un día por ejemplo y me dijo que le prestara un saco, fui y le traje el saco de un mi vestido de cáñamo amarillo que tenía, no, me dijo, quiero un saco de

bramante para meterme en media montaña de noche, voy para Honduras. Y otro día lo volví a ver y me contaba que ahora cogió para Costa Rica, llegó a Puntarenas y pasó muchas hambres, por dicha los ticos no comen las almendras y yo llegaba al parque a desayunar, a recoger las almendras caídas, a almorzar, a cenar también, y muerto de risa me decía yo era un zopilote porque sólo blanco cagaba de tanta almendra que me hartaba. Supe que la mamá de Chepe se murió y la velaron en la esquina cerca de mi casa, y no fui, vi el tumulto negro, de lejos, la caja, sentado en la acera con la cara entre las manos y mi tristeza por él. ¿Adonde estaría? Qué noche, qué noche aquélla, se llevaron a la mamá de Chepe y allá al tiempo lo encontré y no pude decirle nada de esto, por la misma emoción, no pude decirle que yo había pensado en él toda la noche, ésa noche, desde la esquina de mi casa. Otro día llegó a mi oficina y me hablaba y hablaba largamente de no sé qué cosas tuyas, lástima que me aburría y era interminable hablando y hablando, yo en mi escritorio y él parado frente a mí, a veces tal vez queriendo hacer, chistes y yo intranquilo con hastío, por fin se fue, salió y yo me asomé a una ventanita y él estaba parado bajo un árbol, viendo hacia el fondo de la calle, lentamente, la cabeza un poco agachada, yo mirándolo desde la ventanita y sentía que él no sabía para dónde coger, sin papá, sin mamá, sin su amigo, que era yo, que ya estaba en otras cosas; pero su semblante tranquilo, sus ojos cafecito claro, viendo el fondo de la calle viéndose probablemente su propio fondo del alma, por fin montó lentamente en su bicicleta y se fue. Yo puedo evocar en cualquier momento a mi amigo Chepe bajo el arbolito y su perfil masculino, el pelito corto, la nariz perpendicular, breve, recio el conjunto y tranquilo y amoroso, monta en su bicicleta y se va, se está viendo despacio hacia allá, hacia atrás, yo desde la ventanita mirándolo y él vuelve, si quiero, y se queda viendo tal vez hacia el fondo del tiempo, su madre, sus cosas, su universo pequeño. Por fin un día desapareció definitivamente, me enteré de pronto que había muerto hace unos días, eran como las 6 de la tarde y corrí, y corrí, me puse un mi vestido oscuro y me fui a buscar a su papá, en el camino una punzada en la garganta y en el corazón no me dejaban llorar, hasta que llegué a la casa del papá y nos abrazamos mucho, yo no podía hablar por los sollozos, es que era su compañero desde chiquito explicaba a no sé quiénes él, enseguida me contó que a Chepe se le reventaron las úlceras (las borracheras, las hambres, me dije yo) quisieron operarlo y allí se murió; después me fue a dejar a la esquina abrazado, yo me volví a mi casa tambaleando como borracho por el llanto y no veía nada delante de mí. Yo tengo un retratito arrugado y roto de Chepe con sombrero y chaqueta de cuero con unas líneas que dicen a mi muy querido amigo.

## MARIO CAJINA-VEGA

(Masaya, 1929)

Poeta, narrador y periodista, vivió en Nueva York, Madrid y Londres. Cursó periodismo en España. Forma parte de la llamada Promoción de 1950, una especie de archipiélago por lo aislado de sus figuras en un mismo espacio y tiempo. A principios de la década del sesenta fundó en Managua la Editorial Nicaragüense, que publicó algunos de los títulos más importantes de la poesía y de la emergente narrativa nacional.

Autor de *El pasajero* (1951), *El hombre feliz* (1952), *Caballos para un capitán muerto* (1952), *Tribu* (1962), *Lugares* (1964), *Familia de Cuentos* (1969) y *El hijo* (1976).

## LOS MACHETES

*Machete caído,*  
*Indio Muerto.*  
*REFRÁN NACIONAL.*

—¡A ver, pendejos! ¡El que quiera algo, que lo diga! ¡Para eso estoy yo aquí que soy muy hombre!

El indio se alzó de la mesa y, agarrado a una silla para no caer, tiró varios machetazos al aire. La gente lo quedó viendo; algunos parroquianos, un poco alegres, silbaron al cantinero pidiendo otro trago.

Al indio no le gustó el silbido, creyó que se burlaban de él y tiró, furioso, más machetazos en duelo con él mismo.

—Ese indio jodido ya está borracho —dijo una voz.

El indio se volteó, endemoniado, con el machete listo.

—¿Lo ven? Tal como yo decía... —cantó la vocecita burlesca.

El indio se revolvía para todos lados, buscando a aquel que lo humillaba, y no hallando contra quien pelear, corrió, medio tambaleado siempre, a pararse en la puerta.

—¡Ahora sí van a ver lo que soy! —gritó, retador—. ¡De aquí no sale nadie y el que quiera pasar se mata primero conmigo!

Todos callaron.

El indio, sin reparar en silencios, recitaba sus letanías de aguardiente:

—Que ando picado, ¿y qué? Me bebo mi plata y en mis reales mando yo, ijodido! Se escapó de caer, otra vez, y se amparó en las jambas de la puerta.

—Cálmese, amigo —pedía el cantinero detrás del mostrador.

—¡Ni usted ni nadie me manda! —replicaba el indio, poniendo por testigo a su machete.

"Ya fregó este indio —pensaba la clientela—. No debieran venderle tragos".

El cantinero, más práctico, le hizo señas a un chavalito y le dijo algo. El chavalito, receloso, poco a poco, llegó hasta donde el indio y, desde sus años, quedó viendo: primero, al machete; después, el rostro como una etiqueta de alcohol.

El indio ni se fijaba en el chavalito. Estaba ya abotargándose.

—Oiga, señor, dice mi papá que lo convida a un trago, que vaya —explicó, de pronto, el muchacho.

El indio desconfiaba y no quiso aceptar.

—¿Y por qué no me lo sirve él aquí?

—Pues porque dice que quiere que platicuen en confianza, como amigos. —El cantinero sonreía todo lo que podía.

El indio, al oír hablar de amistad y verla rubricada por la sonrisa de la cantina, se sintió orgulloso. Caminó hacia el mostrador.

El chavalo esperó sólo sus primeros tambaleos para salir bajo las celosías de la puerta que daba a la calle.

En el mostrador había un litro de aguardiente, dos mitades de limón, sal, un pichel de agua y un brindis esperando rematar una amistad.

El indio quedó viendo la medida mientras el cantinero servía. Vaciló. Se volteó para echar un vistazo contra la clientela.

—Cuidadito, no se muevan que los estoy pupilando —dijo.

Nadie se movía. El indio se echó el trago, puso cara amarga (por pura costumbre) y se limpió la boca con el dorso de la misma mano donde bailaba el machete. De una mesa, donde platicaban bajito, sin atreverse a señalar al indio, disparaban miradas acusativas. El indio presintió. Los que hablaban terminaron por callarse. Satisfecho y olvidadizo, el indio pensó sólo en beber otro trago.

—Sírvame otro —dijo.

El cantinero asintió, mirando con disimulo hacia la puerta.

—No —decía el indio—, ese es muy chiquito.

Sírvamelo bien grande; mientras más grande es el trago, más grande es el hombre.

El cantinero, encantado, le sirvió un vaso completo, repletándolo hasta los propios labios del vidrio. Al indio la boca se le hacía aguardiente.

—¡No se mueva que lo mato!

El indio botó su vaso y se volteó con el machete ya alzada.

Desde la puerta, el juez de Mesta lo encañonaba con una pistola.

El indio fue viendo uno por uno al cantinero, a la mesa, a la puerta, al chavalito que sacaba la cabecita detrás del juez de Mesta, al juez de Mesta, y, por último, a la pistola que también lo quedaba viendo con el ojo de su calibre.

—¡Idiay, pues, me van a matar! —gimió.

—No, amigo, pero va preso. ¡Suelta ese machete! —ordenó el juez de Mesta.

—¡Ah, no, jodido! Eso sí que no: machete caído, indio muerto —juró el indio.

—Bota el machete, hombre, te digo —insistía el juez de Mesta, avanzando tras cada palabra.

"Clic" hizo el gatillo del arma al montarse.

El indio, indeciso, se aculó contra el mostrador.

—Sí no estoy haciendo nadita... —se arrepentía, de pronto, todo encogido y humilde, pero sin aflojar el machete.

—Bueno, ya estuvo, isoltá tu machete y date preso! —perentorio el juez de Mesta, siempre avanzando.

—¡Y por qué jodido! —reclamó el indio, ya dispuesto al pleito—. No hay quién se atreva a echarme preso. Fui coronel en tiempos cuando mandábamos los conservadores y comí plomo escupiendo bala al lado de mi general Chamorro.

—Peor para vos: Chamorro está caído y ahora sí que vas preso por política, por hablar mal del Gobierno.

—¡Viva Chamorro!

—¡Cállese, jueputa! —ordenó, furioso, el juez de Mesta.

—¡Que viva Chamorro, jodido! —repitió el indio, audaz, contento. El recuerdo de su caudillo lo envalentonaba.

La pistola caminó para adelante. El indio, glorioso, feliz, ya no pensaba más que en celebrarse.

—Dame un trago de a peso —le dijo al cantinero.

El cantinero, que con el juez de Mesta al lado se sentía al servicio de la ley, preguntó bajito:

—¿Qué dice usted: se lo sirvo?

La ley, por no apartar los ojos del reo, ni siquiera le contestó a la cantina.

—¡Que me lo sirvas, te digo! —exigió, de nuevo, la voz.

—Págame primero lo que me debes —decretó el cantinero, en una improvisación salvadora.

—¿Cuánto es, pues?

—Doce pesos.

El indio sólo tenía doce córdobas con cincuenta centavos. Los vació sobre la tabla.

—Dame mi trago, pues.

—Todavía no alcanza. Me debías doce pesos de antes, con el trago de a peso hacen trece y aquí sólo tenes doce cincuenta —contabilizó el cantinero, incluyendo hasta el brindis con que él convidara al indio.

El juez de Mesta había llegado hasta el mostrador.

—¡Vámonos ya! —ordenó, pensando en la bartolina donde encerraría al indio.

—Primero me echo mi trago —dijo el indio, con terquedad.

—¡Pero si no tenes con qué pagar! —decía el cantinero.

El indio puso su machete sobre la mesa y dijo:

—Dame medio litro.

El cantinero quedó viendo el machete: era casi nuevecito, de los de a veinticinco pesos. Sirvió el medio litro. El indio se lo bebió de un solo soplo y luego se desplomó. Ya en el suelo el juez de Mesta lo pateó. El indio ni siquiera se movía.

—A ver, ayúdenme con este indio borracho —propuso la autoridad a la clientela. Varios parroquianos se levantaron de sus mesas y, de arada, arrastraron al indio que iba sangrando.

El cantinero retiró el machete del mostrador y lo puso en un estante, junto con los otros machetes.

## LA VAQUILLA

El sol daba en el cuartel que daba a la iglesia que estaba en el parque que cruzaba la única calle que salía del pueblo que se volvía un polvoso Camino Real...

El sargento bostezó. Allá lejos venía una vaquilla negra y, detrás, un chavalo arreándola.

"Eso está prohibido", pensó la autoridad.

—¡Cabo de guardia! —gritó—. ¡Que me hagan reo esa animala!

El cabo de guardia, que era la segunda autoridad (sólo dos había), se echó el rifle al hombro, fue a capturar la vaquilla y regresó al rato, convoyándola junto al muchacho. La vaquilla, rumiante, caminante, meneaba la cola para espantarse las moscas y, al pasar por la plaza, la miró con ojos vegetales como a un potrero baldío.

—Ahora persóguemela por aquí —le dijo el sargento al cabo de guardia; el cabo de guardia le quitó al chavalo una sondaleza y amarró la vaquilla bajo los árboles del parque.

El chavalo se puso a llorar.

Las dos autoridades se dignaron mirarlo y la primera le dijo a la segunda:

—Éste queda suelto para que le avise a su papá.

El chavalo se volvió por el camino, buscando el lado de la sombra donde el sol no caía con su cantilazo blanco.

Como a las dos horas, un indio preguntó por el sargento. El cabo de guardia le fue a avisar. Golpeó la puerta del cuarto; primero se oyó un silencio y después dos voces juntas discutiendo, hasta que por último el sargento reclamó bélicamente.

—¿Quién me busca a esta hora?

—Parece que el de la vaca, mi sargento.

—Ah, pues si es ése que me espere. . .

—Dice que se espere —le transmitió el cabo de guardia al indio.

Pasó una hora tan larga que se volvía polvo.

—¿Irá a tardar mucho? —preguntaba el indio.

—Está con la mujer... —le comunicaron.

Cuando al fin llegó el sargento, el indio no dijo nada.

La autoridad se sentó, como en un estrado; se compuso la pistola, manoseó un montón de papeles buscando nada, y dijo:

—Aja, ¿con qué vos sos el dueño de la vaca que infraccionó la ley?

El indio sólo hizo "sí" con la cabeza.

—¿Y ya sabes que eso es grave?

El indio siguió sin responder.

El sargento continuaba diciendo:

—Bueno, pues si no lo sabes la vaca queda detenida hasta pagar la multa.

El indio sólo lo quedaba viendo.

—Hay que matricularla —discurseaba la autoridad—. Así ordena el nuevo plan de arbitrios; justamente aquí lo tengo, dice: "Vehículos de tracción animal" —y señaló unos papeles con el dedo.

El indio ni siquiera los miró; no sabía leer.

—La vaca —especificaba el sargento— es un vehículo de tracción animal de un caballo de fuerza.

El indio habló, por fin.

—¿Cuánto hay que pagar? —dijo.

La autoridad aún no había sentado jurisprudencia en la nueva ley. Así que se permitió, democráticamente, consultar al culpable.

—¿A usted nunca lo habían multado antes? —le preguntó el sargento al indio.

El indio sólo hizo "no" con la cabeza.

El sargento volvía a revisar sus papeles.

—Aquí está —afirmó, ya seguro—. A cada caballo de fuerza le corresponden quince pesos. Como la vaca solamente es un caballo...

—Si ni siquiera es vaca todavía, apenas está vaquilla —aventuraba el indio, más por amor a su vaquilla que por fe en la apelación.

—Así que la vaca —continuaba la sentencia— queda multada en quince pesos más las boletas, timbres y costas, fuera de los daños y perjuicios al Gobierno.

El sargento, a veces, leía la "Gaceta Oficial" o, si no, se instruía en los juicios militares contra civiles (enemigos políticos del Gobierno, naturalmente) publicados por el periódico del régimen.

El indio, abrumado por el Derecho, seguía sin entender.

—A usted todo esto le va a costar sólo veinticinco pesos —sentenció, por último, la autoridad, recargando a la ley la tarifa del leguleyo.

—Pero mi sargento —gemía el indio—, hoy es lunes y no los tengo.

—El sargento lo quedó viendo como si, con la pobreza, admitiera definitivamente su culpabilidad.

—¿Y que no tenes para pagar la ley? —dijo, acumulando otro cargo.

—Ahorita mismo, no —se defendía el indio—. Pero prometo tenerle los reales de aquí al sábado, Dios verá cómo.

El sargento quiso conciliar la solución de la causa.

—Bueno, el sábado sin falta, pues; pero, para mientras, la vaquilla sigue presa y con un peso diario de multa. Y si el sábado no venís, te echo preso gubernativamente, por moroso.

Las aficiones jurídicas del sargento eran irrefutables, y, cuanto más hablaba, más adicto se sentía a expresarse en bandos y decretos.

El indio agachó la cabeza, dio la vuelta, salió a la única calle del pueblo que se volvía un viejo y polvoso Camino Real...

—Y usted, cabo de guardia —mandó el sargento, conminatorio—, ¿qué se queda contemplando ahí? ¿No ve que hay que hacer? Métame esa vaquilla al patio del cuartel, vigilando siempre que no se coma el pasto del Gobierno.

El cabo de guardia agarró su rifle, de centinela en una esquina, y se fue subalternamente a cumplir el encargo.

Desde adentro llamaban al sargento.

—¿Qué era todo el alboroto, amor? —decía una voz de mujer.

—Nadie, un indio bruto.

## SERGIO RAMÍREZ

(Masatepe, 1942)

Narrador, columnista, ensayista, político, exvicepresidente de Nicaragua. Su narrativa asimila las normas de la narrativa tradicional, empleando técnicas modernas, crítica de nuestra realidad social y política, desplegando fantasías o fábulas finas y grotescas, o manejando la burla despiadada a la enajenación de las burguesías latinoamericanas.

Ha obtenido varios premios de significación internacional en el género novela (Premio Alfaguara y Premio José María Arguedas, 2000).

Obras principales: Cuentos. 1963; Nuevos cuentos. 1969. Tiempo de fulgor, 1969; De tropeles y tropelías. 1972; Charles Atlas también muere. 1976; ¿Te dio miedo la sangre?, 1977; Estás en Nicaragua. 1986; La marca del Zorro. 1992; Clave de sol, 1993; Baile de máscara. 1995.

## BENDITO - ESCONDIDO

*"Y la vida es misterio"*

*RUBÉN DARÍO*

—¿Reconoce la pulsera, señora?

—Claro que sí, por el dije.

Una bandada de palomas negras se desató de la copa del guarumo cuando les llegó la pedrada.

—Son de San Nicolás, Tito, se echa de ver por lo cenizo. Y de nuevo Gabriel recogió una laja fina y la montó en la tiradora. Pero ya todas las palomas habían volado.

—Ahora vámonos para la cueva al consejo secreto— y me tomó del brazo para subir el barranco. En lo profundo de la quebrada corría un arroyo casi seco, que desaparecía a trechos en una especie de lodazal para vestirse más adelante en unas pozas de agua pura cubiertas de hojas de almendro rojas y amarillas que las ardillas apartaban con el hocico para beber. Yo escapé de resbalar pero él me sujetó.

—No tengas miedo, capitán. ¿Qué nos sos capitán?

—Sí —dijo Tito con miedo— y si soy.

—Arriba pues—. Y seguimos subiendo. ¿Qué queda por recuperar?

—Solo la plancha eléctrica dijo el teniente revisando la hoja de denuncia— parece que fue vendida a un tope, pero ya estamos averiguando.

—Esa plancha era cara— dijo la señora.

—Valorada en ochenta y cinco córdobas— agregó el marido.

—Se hallará— aseguró el teniente —sigamos.

Gabriel se sentó sobre la piedra con la camisa abierta porque no tenía botones. Era alto y huesudo y los colochos abundantes le caían sobre la cara. Le decíamos boy pero no le gustaba.

—Jefe, qué vamos a hacer ahora le preguntó Tito jadeando.

—De aquí a un rato bajamos de nuevo la quebrada y salimos al otro lado, en el guayabal. Cuando estamos allá voy a dar mis órdenes.

Los invisibles levantaron las espadas de palo. Yo me acerqué al jefe y le hablé calladito.

—Ya está obscureciendo, Gabriel.

—Vos sos una niña.

—Es que me pueden pegar en mi casa.

Lo que andas buscando es que te expulse de la patrulla del diablo— y se río. Yo sabía que no me podía expulsar porque habíamos jurado fraternidad con sangre, como los bucaneros del Caribe.

—Si son mentiras hom— me dijo —te podés ir, allí nos vemos más noche en luneta. Van a dar una de Tim Holt.

—Bueno— contestó Tito y salió corriendo.

—Una sogilla de oro con su cruz.

—Aquí está. Falta la cruz.

—Deben haberla vendido por aparte. Va a tener que hacerse otro interrogatorio,

—Esa cruz es herencia de mi tía Herminia, teniente.

El tesoro escondido estaba enterrado en el parque, veinte varas al sur del malinche. De la torre de la iglesia se veía bien todo y era fácil hacer un plano. Yo llevé papel de oficio y el lápiz azul que saqué de la caja de lápices de colores.

—Ayer te fuiste con mi permiso pero no llegaste al cine, capitán.

—Es que no me dejaron.

—Vos no podes ser de la patrulla, sos hijo de dominio.

Estábamos acucillados en el campanario, observando el terreno. Olía a chinche y a murciélago y cuando íbamos subiendo las gradas teníamos que caminar agachados para no rozar los alambres eléctricos.

—Perdón, jefe— dijo Tito.

Gabriel era mayor que Tito, ya tenía bozo; en su mano derecha usaba un anillo de cobre con una calavera que yo le había regalado cuando me hice de la patrulla y ese anillo se lo había dejado empeñado a mi papá un guardia por un préstamo. Yo lo saqué del ropero.

—Bueno— consistió el jefe— pero con una condición.

Yo me puse de pie. Era como había que ponerse para recibir una orden.

—Diga, jefe.

—Vas a ir a traerme pan dulce a tu casa. Tengo hambre.

—Y bajé solo los escalones para ir a mi casa por el pan porque sabía que el jefe no había almorzado, yo sabía las veces que él y su papá comían porque en mi casa había venta y yo le despachaba, así fue que nos hicimos amigos y fundamos la fraternidad eterna. Vivían frente a mi casa en una cuartería con su corredor a la calle y que antes había sido hotel de convalecencia; allí vivían —también un carpintero que fabricaba ataúdes de niño y una dulcera— que hacía palomas y corderitos de cajeta de leche. Un día llegó Gabriel con su papá al pueblo y alquilaron una de las piezas y del carretón que llevó sus trastos bajaron una mesa larga, una cama de palo y dos taburetes. Gabriel dormía con su papá que era sastre y músico, tocaba el helicón en las procesiones y en las misas y Gabriel le sostenía los papeles para que fuera leyendo mientras tocaba. Otras veces el jefe llevaba de esos papeles rayados y allí se dibujaban los planos de guerra.

—Hoy no vinieron— dijo Gabriel comiendo.

—¿Quiénes, jefe? —preguntó Tito.

Los miembros invisibles de la patrulla diabólica.

—Sí, tienen días que no vienen— respondí con tristeza.

—Estos miembros invisibles cada día son más cobardes. Vamos a tener que hacer una purga secreta.

—Ya solo vamos a ser dos, jefe.

Y nos quedamos en el campanario mientras oscurecía.

—Un relicario.

Es un guardapelos, teniente.

—Aquí está, intacto.

—Solo los cabellos no aparecen— dijo el marido.

—Lo que más me duele, eran de mi mamá.

—Esos sí que no van a poder encontrarse ya. Imagínese.

En un claro de la selva izamos la bandera de la patrulla y la saludamos cuando llegó al tope del asta.

—Ahora vamos a jugar bendito escondido.

—¿Quién va a esconderse?

—Vos.

—No me busques hasta que contés veintiuno, Tito, sin hacer marulla.

Y el jefe desapareció en el bosque. Yo me quedé contando hasta veintiuno y cuando terminé, me quité las manos de los ojos y me di vuelta; estaba parado en un lecho de hojas de chagüite, húmedas y con olor a podrido; avancé unos pasos en dirección a la cueva pero no había nada, serían seguramente lagartijas. Grité llamando a Gabriel, pero nadie me respondía. Era como estar en el fondo de un pozo. Entonces me puse a llorar.

—Un sombrero con su badama.

—Haber, ese es mío.

—Está muy viejo.

—Sí, pero todavía puede servir, haber.

—Aquí tiene.

—Con vos ya no se puede jugar.

—Es que me dejaste solo.

—¿No ves que estaba escondido?

—Mejor vamos al territorio de los enanos bandar.

—Sí, hay que proteger de los invasores el trono de la calavera— y corrimos tocando música con la boca. Las lágrimas de Tito ya se habían secado y ahora lo que tenía era vergüenza.

—Tito— le dijo el jefe cuando llegaron a la cascada que protege la entrada del trono.

—¿Qué desea mariscal?

—Creo que mejor vamos a disolver esta patrulla.

—¿Ya no querés ser el que nunca muere? —pregunté.

—No es eso, capitán. Es que me voy a ir de este pueblo.

—¿Por qué? —le dije temblando.

—Me voy a rodar fortuna. Van a darme un empleo en los caballitos.

—Yo me voy con vos, Gabriel.

—No. Esta misión va a ser peligrosa. Vos tenés que quedarte aquí a vigilar la fortaleza. Hay que obedecer las órdenes.

—Sí, duende que camina— le respondí. Y al día siguiente cuando levantaron la rueda de los caballitos y se los llevaron a otra fiesta patronal Gabriel desapareció y ya nunca más volví a ver la cueva de la calavera que quedó perdida en la maleza ni a encontrarme con los miembros de la

patrulla invisible que merodeaban por la torre, buscando el plano que el jefe dejó escondido para siempre.

—Una pluma Parker 41.

—Mirá, le rompieron la bomba.

—Es solo por hacer el mal.

—Esto lo dejo, no sirve.

—Tiene que llevárselo todo; después va a firmar un recibo.

—Yo ya no podía seguir allí. Me andaban siguiendo la pista desde que me metí a la escuela de varones; no había nada de valor pero tuve que quebrar la puerta de la dirección y apenas encontré una alcancilla de los alumnos que tenía solo doce pesos. Y después en el beneficio de café, por nada me ven saliendo de la oficina. Así que no tuve más remedio que volar, figúrate, sin ninguna experiencia y con mi papá allí; él no sabía nada de eso. Me dieron de ayudante de colector en la rueda de los caballitos y con ellos anduve de pueblo en pueblo. Primero nos fuimos a San Marcos y allí me estaba él esperando en el parque, la noche que comenzamos a armar.

—¿Habías quedado con él en verte?

—No. Se lo había prohibido. Como jefe y se rió.

—¿Y qué le dijiste?

—Mirá, yo tenía mis maneras de asustarlo. Nos saludamos con la señal de la patrulla. Ya que estás aquí, muy bien capitán. Pero ahora te voy a llevar donde las mujeres malas, para que conozcas. Pensé que lo iba a agüear. Traje con qué, me contestó. Y sacó de la bolsa un puño de billetes.

—¿Los cojistes?

—¿Vos querías saber la primera vez que caí preso? Fue allí. El papá de él mandó un exhorto y nos capturaron a los dos. Me acusaron de corruptor de menores y delante de todo mundo, en la sala de bandera, el señor le metió una vergueada al hijo. Al día siguiente me soltaron.

—¿Y después?

—Seguimos en la gira, siempre andábamos en gira. La Concepción, Catarina, La Conquista, Popoyuapa, Santa Teresa, Niquinohomo. Para que mi papá no me hallara me cambié el nombre.

—¿Y como te pusiste?

—A saber, ya ni me acuerdo. Desde entonces solo me dicen Gacelita.

—Bueno. Pero ya en el oficio, ¿cuándo fue que caíste primero?

—Fue en Nandaime. Llegó la guardia a registrar a la rueda de los caballitos y encontraron todas las cosas que yo me había sacado de una pulpería, escondidas en una caja de música que cargábamos como adorno pero que no tocaba. Los capturaron a todos, los mecánicos, los colectores, el fichero. Tuve que confesar. Desde entonces ya no tuve oficio fijo y comencé a andar en lo que he andado. Magia Negra.

—El otro preso se rió.

—Es cierto. Vos has sido un mago en esto. Se te rinde el sombrero.

—¿Cuántas veces por todas?

—Siete con ésta.

—Es todo lo que está en la lista.

—Exceptuando la plancha y la cruz, está completa.

—Tuvieron suerte. La mayoría de las veces cuesta recuperar.

—¿Me presta la lista? Quisiera revisarla con calma en mi casa.

—Cómo no. Tome esta copia.

—Yo se la devuelvo.

—No hay necesidad.

—Y esta vez, Gacelita, ¿cómo fue que caíste?

—Por pendejo, ya vas a ver.

—Te amuinaste.

—Siempre entro a trabajar con la cara llena de contil y sin camisa, así ni quien te distinga. Pero la mujer me tenía loco con unas chapas que quería. Entonces se me ocurrió regresar al pueblo ese donde habíamos vivido y al que no volví nunca, ni siquiera para el entierro de mi papá.

—¿Allá murió?

—Le dio un vahido tocando en la iglesia y se fue contra el atril. Pero no murió del golpe, fue del corazón. Sin precaución ni nada entré por la tapia trasera. Serían apenas las diez.

—No parecen cosas tuyas, Gacelita.

—Ya tenía traspuestas dos fundas llenas. A la tercera y con un ropero abierto me enfocaron con una lámpara de baterías. Era la dueña. Solo tuve tiempo de saltar y correr a la tapia, recogí los dos costales.

—Bueno, ya sabe que estamos para servirlo.

—Vinieron a Managua a la investigación y ella me reconoció en los archivos de retratos.  
—Ojalá no vuelva a necesitar de ustedes, teniente, en un trance de estos.  
—Es verdad, ojalá. Adiós señora.  
—¿Tenés una chiva?  
—Ni una, mano, volaron todas.  
—Ahora cambiamos una por la chupeta.  
—Ve, y ¿él llegó con la esposa al careo?  
—Sí, llegó.  
—¿Y te recordaría?  
—No creo. Aquellos eran otros tiempos. Y uno así en la facha que anda. Y en lo que anda.  
—Ya estás viejo, Gacelita. Antes ni el colazo se te veía.  
—Está brisando —le dijo la esposa— mejor cojamos un taxi.  
—Sí, en la esquina. Este motete pesa.

## HORACIO PEÑA

(Managua, 12 de agosto 1936)

Poeta, narrador, teatrista, ensayista, crítico de cine, traductor de inglés y francés. Estudia y realiza viajes a centros culturales en Estados Unidos, España, Francia, Alemania, Italia. En 1979 se marcha a Austin, Texas, donde concluye su doctorado, residiendo desde entonces como catedrático universitario. En 2003 fue electo *Miembro Correspondiente de la Academia Nicaragüense de la Lengua*.

Ha publicado tres títulos significativos: *Diario de un joven que se volvió loco* (1962), *El enemigo de los poetas y otros cuentos* (1976) y *Las memorias de Beowulf* (1978). En

ellos asimila el existencialismo desde una profunda religiosidad o de la evocación de su infancia. Premio Nacional "Rubén Darío", 1967.

## LA CASA

Ellas pasaron toda una vida ahorrando para comprar la casa. Comprarla se convirtió en una obsesión para toda la familia. Nadie hablaba de comprar una casa, sino que decían "la casa", como si fuera una persona, un ser querido, viviente. De la noche a la mañana vino a levantarse en el corazón y cada uno comenzó a privarse aún de las pequeñas cosas. Centavo a centavo se fueron haciendo las paredes, los ladrillos, las puertas y ventanas, centavo a centavo, a través de días, años, se fue levantando la casa, poseyéndola, y estaba ahí, aunque no la viéramos ni se habitara en ella, algo invisible que llenaba tiempo, espacio, memoria, la vida y la muerte.

Cuando cada dos o tres meses se contaba el dinero que se había ahorrado en una vieja caja de madera, se reunía toda la familia a sacar cuentas y abuela tomaba la llavecita para abrir el tesoro y aparecía el fondo con unas cuantas monedas esparcidas aquí y allá, y se sacaban apilándose las de igual valor y tamaño porque así era más fácil contarlas y además porque así reunidas nos parecían pequeños pilares de la casa, las columnas sobre las cuales se pondría el techo, se realizaría el sueño. Todo aquello en una ceremonia solemne. Desde la noche anterior ya se hablaba de abrir la caja, de que íbamos a ver cuánto se tenía. Y yo soñaba en aquellos cuentos que me contaba mi abuela en los cuales un niño descubría en el fondo del bosque un cofre con un inmenso tesoro lleno de monedas, copas, vasos de oro, un tesoro que hacía feliz a toda la familia porque el padre ya no tendría que ir a cortar leña al bosque ni la madre tendría que levantarse antes que el sol para lavar o planchar y se comería bien, se llenaría la mesa de frutas, de sopa, de comida buena y abundante, de muchas clases. Beowulf en la cueva, derrotando a Grendel para siempre. Y a la mañana siguiente, muy temprano, se buscaba la llave, se sacaba la caja y se la llevaba a una salita donde todos hacían un círculo mientras abuela metía la llave y levantaba la tapa y aparecían ante los ojos las pequeñas y pocas monedas. Y después

de contar, hacer cálculos de cuánto se tenía y cuánto hacía falta y cerrar la cajita y colocarla otra vez en el mismo sitio, ya vacía, mientras el dinero ahorrado pasaba a otro lugar. Y así meses y meses, años y años, hasta que cada uno de nosotros se fue haciendo viejo, pero siempre con la esperanza de poseer algo propio.

El pelo se le puso blanco a la abuela y la cara comenzó a llenársele de arrugas, fue perdiendo poco a poco la ligereza de sus movimientos y su cuerpo se hizo débil, pero nunca perdió el brillo de sus ojos, unos ojos que daban vida a todo el cuerpo y yo diría que también vida a todos los sueños de la familia, porque detrás de sus ojos ardía una gran voluntad, firme, tenaz, una voluntad de hierro que no se apagaba ni un instante, que había hecho que todas las hijas y nietos lleváramos una vida decente dentro de nuestra miseria. Esos ojos eran las columnas, los cimientos de la casa y la abuela era la piedra angular. Y madre y tía fueron conociendo más amargamente lo que es el tiempo y el sueño que parecía no realizarse nunca. Se ahorraba en lo que se podía y hasta en lo que no se podía. Los vestidos nuevos se lucieron más difíciles de estrenar, en la comida se racionaba y planeaba todo cuidadosamente a fin de no malgastar ni un solo centavo y por supuesto aquello que hacía y hacen los que tienen dinero: paseos, reuniones, fiestas, nunca las conocimos, no las habíamos conocido ni antes ni después de que la casa entrara en el corazón de toda la familia.

La vida se volvió más dura para abuela, madre y tía que se sacrificaban en miles de cosas para realizar ese sueño dorado. Ya no se quería andar de aquí para allá con los pequeños motetes de ropa cargándolos, llevándolos en carreta o canchales cuando se cambiaba de una casa para otra, o más bien de un cuarto para otro, cuando el dueño de la casa se le antojaba subir el precio del alquiler, precio que estaba más allá de las posibilidades de la familia, de lo que podíamos pagar nosotros, cuando el dueño, con una avaricia y voracidad que no ha perdido nunca, sino que crece con cada día, y con esto que ha pasado, la destrucción de la ciudad, nos decía que el cuarto era muy barato y que había otros que podían pagar más que nosotros, y a pesar de las súplicas y decirle que no podíamos dar eso, pero tal vez un poco menos él, inmisericorde, gritaba que "es lo último".

Entonces tía y abuela, madre trabajaban siempre fuera de casa, donde unos judíos vendiendo telas, salían todas las tardes conmigo a buscar por los barrios más pobres y apartados de la ciudad un cuarto donde poder llevar nuestras pequeñas, pobres cosa. Ya desde la una o dos de la tarde se comenzaba aquel recorrido preguntando dónde se hallaba una casa, un cuarto desocupado que no fuera muy caro porque no podíamos pagar tanto que sólo éramos cuatro, tres mujeres y yo, un niño en aquellos tiempos, un niño ya amargado, nacido viejo, lleno de un odio que ha ido aumentando siempre, que no cesa de crecer, orgulloso de este odio, odio contra todas esas cosas que hacen la miseria y la injusticia, un país donde no espero morir, y la abuela o tal vez la tía, diciendo que no se tendría problemas con nosotros, que no metíamos ruido y que el dinero del alquiler estaba seguro, que éramos pobres, pero lo primero que se hacía siempre era guardar el dinero para el pago de la casa.

Un largo peregrinar por barrios y barrios, sucios, cuarterías con el piso de tierra, de esos que hay que echar agua para que no se levante el polvo, pero que siempre se levanta, un polvo fino, casi invisible, que se mete por los ojos, la garganta, todos los poros de la piel, que asfixia a los niños y los hace toser, enfermarse, y los mata, barrios que se pueden ver todavía dentro y fuera de la ciudad: el tugurio, la chabola, porque hoy existe más muerte y miseria que nunca.

Recorriendo calles hasta dar con un cuarto que nosotros podíamos pagar y se arreglaba con el dueño, siempre con el miedo de que al día siguiente o el mismo día llegara otro buscando cuarto y ofreciera más y se lo dieran a él, a pesar de que el dueño lo hubiera prometido a nosotros, a pesar de que se le había entregado el dinero por adelantado, porque cuando llegábamos, un carretón con los motetes, nos decía que ya se lo había alquilado a otro y ahora el problema era mucho más grande porque teníamos que regresar con el carretón a la antigua casa ante las exigencias y gritos del dueño que blandía el puño y nos concedía ante las lágrimas de la abuela, como un dios, "un día de gracia", en el cual teníamos que hallar otro cuarto.

Pero todo esto terminaría con casa propia, aunque fuera pequeñita, humilde, porque lo importante era tenerla, algo propio, que se sabía de uno y que con el tiempo se iría mejorando, arreglándola, pintándola como uno quisiera, sin el temor de que llegara el dueño y nos sacara diciendo que el cuarto era muy barato y que iba a subirle más, que si podíamos pagar nos

quedáramos y que si no, nos fuéramos, sin miedo ni temor ante la avaricia de los ricos, de los terratenientes que cobran una fortuna por un cuarto donde no hay ninguna facilidad para nadie, un cuartito donde no se puede ni respirar, "un huevito", como decía abuela, como se sigue diciendo, pero éste es un lenguaje desconocido para ellos, aunque saben perfectamente bien cómo se vive en esos cuartos y que están explotando a la gente.

Todo esto terminaría con nuestra casa propia, pequeña, pero que yo sabía que madre, abuela y tía mantendrían siempre reluciente, limpia, alegre. Yo nunca había entrado en esas mansiones de los ricos, aunque me las imaginaba cómo eran por dentro, donde cada uno tenía su cuarto y no había que hacer fila para bañarse o hacer sus necesidades y donde cada uno daba vueltas a la llave y no se iba al pom-pom, y no había que hacer fila para sacar agua del pozo, y la casa era grande sin animales ni cucarachas, sin ratones que salieran por las rendijas en las noches, de todos los huecos, saliendo de todos los rincones, sin dejar dormir a nadie, volando, pasando sobre la cara, zumbándole a uno durante toda la noche y sólo se esperaba el día para librarse de esa pesadilla que sabíamos volvería a comenzar a la noche siguiente. Todas las noches.

Y esta casa se fue convirtiendo día a día en algo que no nos permitía descansar, se conversaba sobre ella, de cómo se arreglaría, de cómo se colocarían las viejas sillas, la mesa. Y el sacrificio siempre, más sacrificios que antes, mas trabajo duro que antes encaminado a esa casa que ya tenía un nombre y una historia. Yo veía a mi madre, a mí abuela y a mi tía, cómo ahorran centavo a centavo, cómo se privaban de miles de cosas, pero nunca ahorran, eso sí, en mí, yo seguía viviendo lo mismo que antes: con algo que estrenar durante la Semana Santa, con algún juguete para Navidad, pero yo también contribuía, sin que ellas lo supieran, a esa casa que llenaba el corazón de todas ellas, me privaba de dulces y caramelos, de ciertas cosas que me ofrecían y que yo rechazaba alegremente alegando que no tenía ganas, de que los dulces me hacían doler el estómago y ellas creían eso y poco a poco dejaron de comprarlos, los dulces y caramelos.

Y la ida a un sitio para tomar sorbete desapareció. La ida a uno de esos lugares como "El Verdi" o "La Hormiga de Oro", que eran los lugares de moda de aquel entonces, donde se reunían los niños ricos acompañados de sus padres, los sábados o los domingos por la tarde, los

días de fiesta, esos sitios que era como entrar en un jardín encantado, a un palacio lleno de magos, de magia, fabuloso, donde se servían enormes copas de sorbetes de todos los colores y tamaños, unos sorbetes color rosa, café, amarillo, anaranjado, y uno se sentaba a las mesitas palmoteando, como para llamar la atención, para que todos vieran que uno estaba ahí también, y siempre, entonces y ahora, niños más miserables que nosotros, asomados, devorando con sus ojos las copas de sorbete y las galletas que se ponían sobre los sorbetes, como banderas en lo alto del castillo encantado, acercándose a las mesitas donde estaba yo que por momentos me había convertido en un niño afortunado, delante de mi gran copa de sorbete.

Pero luego, cuando la idea de tener la casa se apoderó de los sueños y miserias, ya nunca más volví a esos sitios porque sabía que todos se sacrificaban para comprar la casa y yo también debía poner mi grano de arena en esa casa que ya era una bella obsesión, para madre, abuela, tía, que cada dos o tres meses se congregaban para contar el dinero ahorrado en ese tiempo, y yo, viéndolas, alegre, orgulloso, porque sabía que entre esos centavos recogidos iban mis dulces y caramelos, y mis sorbetes que no había tomado en esos lugares que han desaparecido ahora, pero no los niños hambrientos, sino que éstos son más numerosos, y yo he dejado de ser niño como ellos, y los veo otra vez, las caras más hambrientas, los veo en los alrededores de esos lugares que han surgido después de esto que ha pasado, la destrucción de la ciudad, lugares más elegantes todavía con aire acondicionado, con alfombras, porque el país tiene ahora más dinero que nunca, pero la miseria y el hambre son ahora más duras que nunca y la casa donde vivir, el cuarto donde morir, es imposible de obtener, a pesar de todo el dinero que ha venido, un país donde los animales de los ricos viven mejor que el pobre

las elegantes damas solteras  
alimentan sus fox-terrier pelo lacio  
con ciruelas, pasas y helados

y ahí están las meseras, las mismas de siempre, corriéndolos, sacándolos de ahí, para que no molesten con su hambre y sus manos extendidas pidiendo algo que comer, para que no molesten a los que estamos sentados, pero los niños entran furtivamente cuando ya no hay

nadie a las mesas, entran y recogen en papeles de periódicos, en las servilletas, "las sobras", como si fueran ladrones, las caras hambrientas, los ojos agriamente vacíos

de niños asomados a los postres,  
a los pasteles de manzanas,  
a los sorbetes de vainilla y chocolate

las caras hambrientas que recogen un pedazo de pan, un puñado de arroz, pero algún día nacerán espigas de sus manos

espigas llenas de la furia de su inocencia,  
espigas que serán más tarde como látigos,  
como pedrisco arrojado por ángeles  
con caras sucias.

Y a veces madre y tía se daban por vencidas. Algunos días después de contar el dinero se les entristecía el rostro y la derrota se les veía en la cara, porque el dinero, las monedas eran pocas, y creían que era mejor abandonar la idea de la casa y comprar comida y vestidos, pero entonces se veía y oía a la abuela, ahí estaba ella, levantando las manos, moviendo los brazos, hablando, desafiando, desafiante, dando ánimos como un general que arenga a sus soldados que desfallecen por momentos, así abuela, mucho más que eso y todo eso; enhiesta, erguida, que era desde hacía ya mucho tiempo el pilar sobre el que se levantaba la casa, la piedra angular de todos los sueños.

Ahí ella, cruzando los brazos, cubriéndose, cubriéndonos de palabras, mientras yo, en un rincón la veía y reveía, con el corazón apretujado y los labios secos, la boca tensa, con todo el cuerpo tenso, con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas y el sollozo que quería salir, pero que no salía, un sollozo como un ruido y el oleaje del mar, a punto de explotar, de quebrarse, pero sin llorar, sin dar muestras de mi presencia, haciendo enormes esfuerzos para contener el llanto para que no supieran que estaba ahí, pero oyendo y viendo a mi abuela y luego a mi madre y a mi tía que recogían el dinero, lo guardaban y decían a la abuela, ahora más confiadas, que seguirían adelante.

Cuando comencé a trabajar, toda suerte de extraños empleos, raros, en medio de una gente que nunca se ha interesado ni se interesa por estas cosas: vendedor de libros ambulante, el sueño de comprar la casa se hizo un poco menos lejano.

Se podía ahorrar un poco más, pero ya abuela estaba sumamente cansada, al regreso de vender o hacer algunas pequeñas compras, se veía muy enferma, llena de fatiga, era cuando se sentaba en su gran silla de madera a pensar que tal vez ahora el sueño de hadas se iba a realizar. Y madre y tía también envejecidas, dominadas por el tiempo y la miseria y la angustia de los años, pero por fin se podía mirar más cercano el sueño comenzado hacía muchísimo tiempo, casi se lo podía tocar, por fin la casa, donde se dejó la juventud y la alegría, donde íbamos a vivir recordando los sacrificios que se habían hecho.

Madre había visto una casa que le gustaba, que gustaba a todos y que podíamos pagar, dar "una prima" como se dice y que luego seguiríamos pagando, durante un año o dos, mensualmente, una casa usada, vieja, pero que yo sabía que tomaría una nueva vida bajo el cuidado y el amor de todos nosotros. Así se compró la casa y luego la fuimos pagando durante varios meses hasta que fue nuestra y nos pasamos a ella con nuestras cosas y estuvimos varios días limpiándola, lavándola, arreglándola, colocando mesas, sillas, de la mejor manera posible, como se viera más bonita, pero abuela ya no iba de aquí para allá con aquella gracia y agilidad que le había conocido, sino que sentada en su gran silla de madera decía cómo estarían mejor, aunque de vez en cuando se levantaba y daba vueltas por la sala, tocando las mecedoras suavemente, pasando una mano sobre la mesa con una sonrisa que llenaba hasta el último rincón de la casa, que llenaba toda mi vida. El sueño que nació una mañana, una tarde en medio de una calle polvorienta, con los gritos de la vecindad y la promiscuidad, en medio de mi niñez amarga, aunque a ratos llena de una inmensa alegría, una tristeza y alegría por cosas que los demás no pueden comprender, vividas, sentidas, una alegría y una tristeza que no la cambio por nada ni con nadie.

Ahora estábamos ahí, en la casa soñada que llenó la vida de mi abuela, de madre, de tía, una casa que parecía mentira, que era un imposible que había sucedido.

Recuerdo la primera noche que dormimos en ella. Pasamos hablando horas y horas, del pasado, de toda la miseria que había detrás de todo esto, y cuando llegó la noche, casi la medianoche, abuela apagó la luz y todos se fueron a acostar después de la excitación y la alegría y el cansancio, se fueron a dormir, pero yo quedé en la sala, me senté en la silla de la abuela y me quedé dormido.

Abuela no gozó tanto de la casa, murió tres o cuatro años después, sin que yo pudiera darle todo lo que deseaba para ella, cubrirla de oro de los pies a la cabeza, cubrirla con todas esas cosas lindas que nunca había tenido, evitarle el trabajo que seguía haciendo hasta días antes que cayera gravemente enferma, levantándose siempre antes de salir el sol y comenzando a prepararse para el trabajo del día, largo, interminable.

Nunca pude darle esas cosas que las ancianas como ella tenían, las ancianas que eran abuelas en las casas de los ricos: buenos vestidos, paseos, seguridad y calma, pero hasta donde yo podía trataba de aliviar su miseria, siempre odiando a todo el mundo, odiando el país, la gente, el sistema en que sigo viviendo.

Y años después de la muerte de la abuela, yo no pude verla morir, como el maldecido Ulises andaba de isla en isla, sucedió la desolación de la ciudad. Con el terremoto vino el hambre y el saqueo. Nosotros, como todo el mundo, huimos del desastre.

Pero luego de una semana comenzamos a ir día a día a la casa para ver cómo había quedado o lo que había quedado, nada o casi nada. Ella estaba ahí, en pie, pero vacía, llena de polvo, de ruinas, en medio de la calle silenciosa, de toda la ciudad llena de silencio. Lo que no habíamos podido llevarnos por la prisa y el miedo, fue asaltado, se lo robaron y sólo permanecía ella, la casa.

Íbamos a diario para verla, para saber si todavía seguía ahí, para ver si todavía no se robaban las puertas, ventanas, lavamanos, ladrillos. Salíamos muy temprano hacía lo que quedaba de la ciudad y al dar vuelta a la esquina la veíamos. A veces entrábamos apartando piedras, palos, tejas que se habían caído, otras permanecíamos en la calle, mirando cómo el

sueño había durado tan poco tiempo. Al principio se salvó del ataque y de la furia, pero luego fue perdiendo todo lo que era ella, porque la casa no era para nosotros algo inanimado, algo muerto, sino que la vida de nosotros, la vida y muerte de la abuela, y hablábamos de la casa, de ella, como de otro ser querido.

Una mañana fuimos a verla como de costumbre y ya antes de dar vuelta a la esquina algo le dijo a mi madre que la muerte de la casa había comenzado.

Estaba en pampa, sin ninguna de las puertas, así comenzó su muerte, eso fue lo primero que se llevaron, que le quitaron, la despojaron de las puertas, las arrancaron de cuajo haciendo soltar las bisagras, todo el marco de las puertas lleno de astillas, de heridas. Madre lloró ahí mismo durante un buen rato y dijo que esto era el fin, el fin de la casa, de la ciudad. Y al regreso también iba llorando, pero diciendo que tal vez sólo se llevaban las puertas, que tal vez dejaban todo lo demás.

Y al día siguiente desaparecieron las ventanas, unas ventanas que se habían pintado en un verde, un verde claro, y así día a día, cada vez que regresábamos veíamos menos de ella, y sólo encontrábamos escombros y más escombros, así fueron desapareciendo ladrillos, pajas, lavamanos, un tabique de madera, los alambres donde se tendía a secar la ropa, las cerraduras, todo fue desapareciendo, muriéndose, hasta que un día llegamos y no había nada.

Fue una muerte lenta que nadie podía detener. Algo se le arrancaba a la casa, a dentelladas, a golpes, como si la casa hubiera sido un enemigo. Los ladrillos de la cocina, que era lo único que se había salvado, junto con una ventanita de cedazo, desapareció también al fin, y sólo quedaron las paredes aprisionando el silencio y los recuerdos y los sollozos de mi madre.

Y otro día llegamos sólo para verla, para recordar tal vez, íbamos no para donde ella exactamente, sino para otro lado, pero mi madre me dijo que pasáramos por ahí, y ya mucho antes de dar vuelta oímos ruidos de tractores y sólo pudimos ver ya la última pared que se caía en medio del polvo y los pedazos de madera y ya no quedó nada de ella, sino el terreno plano, como una llanura de fuego en la que ardían los recuerdos, la vida y la muerte de mi abuela, una

casa —construida a lo largo de la angustia, ahora arrasada, una casa que se perdía en mi niñez, y en la vida de todos nosotros. Nada más.

*Enero, 1975.*

## JORGE EDUARDO ARELLANO

(Granada, 1946)

Desde los años sesenta, Jorge Eduardo Arellano se ha ejercitado en el relato y el cuento, la crónica y la evocación, la novela corta y la anécdota humorística. En 1970 obtuvo un premio latinoamericano, convocado en Guatemala, a nivel universitario. Es sin duda el escritor más prolífico hasta la fecha en Nicaragua. Con una capacidad increíble en cuanto a su bibliografía y diversidad de los temas que ha trabajado con pulcritud y esmero.

Obras narrativas: Historias nicaragüenses. 1969/1963. Managua, Ediciones Nacionales, 1974. Cuaderno de Andalucía. Managua, Ediciones Nacionales, 1977. Retratos de hombres libres. León, Cuadernos Universitarios, 1982. Timbucos y calandracas. Managua, Unión de Escritores/Imelsa, 1982. El libro del buen amorato. Valencia (España), Ediciones Ojoebuey, 1984.

¡QUE TAL!

*"Si lo que he escrito escandaliza a alguna persona, que acuse más bien a su torpeza que a las expresiones de que me sirvo para explicar mi pensamiento y decir la verdad que siento".*

*San Agustín.*

Abrió la puerta de su inodoro preferido —el tercero de la fila— y se sentó en la taza.

—¿Qué tal?

—Ahí, viéndole las piernas a la María Eugenia.

—Sí, tiene hermosas piernas.

—Y tanto que la han calumniado.

—¡Quién sabe! Yo la vi bañándose con el cura René. En Pochomil.

—No seas mentiroso.

—Palabra.

¡Qué equivocado estaba con vos, María Eugenia! Unos días bastaron para conocerte a fondo. ¡No parecías tan reaccionaria! Secretaria del Banco Nicaragüense y compañera de Jesús, un muchacho activo en el movimiento estudiantil. Desde que te divisé en el porche de tu casa, me di cuenta que eras demasiado burguesa. ¡Lástima!

Esforzando el estómago en desorden, sus glúteos funcionaron lentamente hasta que vino la primera descarga y el alivio dando rienda suelta al pensamiento.

Los tienen rodeados por el Asilo de Ancianos. Julio Buitrago está entre ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso es lo que dicen.

—Seguro que van a declarar huelga.

—Mejor, así tendremos un descansito.

Sacó su libreta de apuntes del bolsillo izquierdo de la camisa y leyó: "¿Por qué ha llegado a inquietarme? ¿Estaré enamorado o en víspera de enamorarme, qué es peor? Para obtener una respuesta, debo dar cifras exactas, datos concretos. Apenas la vi, elogí su belleza. Jesús me dijo que todo el personal expresaba lo mismo, pero que a él no le parecía gran cosa. Es mi tipo —le respondí".

Estuvo sentado con ella en una de las bancas del patio-jardín de Humanidades viendo la fuente luminosa.

— ¿Dónde te bachilleraste?

—En el Pedagógico hace cinco años.

—¿Conociste a Horacio Cardenal?

—¿Si, porqué?

—Es mi novio y vamos a casarnos.

Un escalofrío electrificante y entumecedor recorrió sus venas. Todo se le venía al suelo. Ningún valor tenía ya su actitud hacia María Eugenia.

La había llevado a la fiesta patronal del Diría el 29 de junio. Con su amigo del pueblo, Toribio Cárcamo, planeó la gira: tomaron chicha bruja de una tinaja preparada por la alcaldesa, jugaron en los chinamos a lo largo de la pequeña plaza y observaron, gozando, a los indios que se reventaban la piel con flexibles espadas de guácano y en el atrio, de noche, los toros encohetados y en el cielo, encendidos, los morteros.

El tercer diálogo que oyó desde su higiénico reposo fue entre unos estudiantes de Veterinaria.

—Chinó, recítate los versos.

—Dale gracias a Dios, hermano, aunque sea con disimulo, que la que tenés en la mano no la tenés en el culo.

—Respeten la Universidad, ijodidos!

—Qué te has creído, icabrón!

Qué difícil es describirla. Cuando encuentro a un amigo y trato de recordar su rostro, es imposible lodo esfuerzo. No queda en mis ojos su figura, ni siquiera su sonrisa. Sólo puedo evocar el mejor momento que pasé a su lado en clase cuando le escribí: Basto una mirada para penetrar en tu reino.— Toda la vida, te dije, mientras pasabas victoriosa. Así comenzó nuestro encuentro; ahí, a la altura de tu mirada, brilló en mi rostro tu presencia. Yo estaba nervioso; María Eugenia normal, salvando la plática. Que hora es, —le pregunté y me enseñó su fino reloj de mujer. No me importaba la hora, sólo hablarle; por eso no me fijé en la hora y media de retraso que marcaba. María Eugenia lo compuso y no quedé bien del todo.

—Pero él está en los Estados Unidos.

—Ayer vino graduado de Ingeniero y se casa conmigo el domingo. Te lo digo porque te considero mi amigo.

—Gracias... ¿Y lo querés? —Creo que sí. —¿Y él te quiere?

—¡Claro!

En vano la vio por los corredores de la Facultad y visitó a Jesús, en su oficina, para conversar; ella le dijo que lo había mirado en la Universidad, que la clase del doctor Arroyo era excelente, que si conocía a la Lourdes Astorga... y él terminó invitándola a su charla sobre "Los derechos humanos y la Universidad", patrocinada por el Centro Estudiantil.

—¿Por qué no vas a la fiesta? Yo te invito y además eres amigo de Horacio.

—Lo fui. Desde que nos bachilleramos no lo veo.

Y se despidió.

Otra página, de unos días atrás, decía:

"¿Me llamó cuando no estaba? ¿Su vos sonó en el teléfono? Sabrá cuanto deseo encontrar en ella la inquisidora de mi tiempo y que pregunte por mí cuando permanezco en otra ciudad, en otra calle, en otra casa? ¿Se eclipsará muy pronto el destello de su luz cegadora, capaz de expulsarme de su universo celestial? Si es así, que no sea tan amargo mi dolor.

Hoy la llevé al bar.

Te llamas Edgar Antonio, ¿no?

—¿Por qué hizo esta pregunta? ¿Ignoraba mi nombre? Imposible: lo había leído en los afiches de la charla y en Diría, creo, Toribio me llamó más de una vez. Pero no debo preocuparme sino del futuro. ¿Quedará algo duradero de nosotros? ¿Sabrán de mi y de ella, juntos, hacia la salvación y la lucha, perdidos, sin nada más que pedir, sólo el definitivo reposar de la muerte? Porque abierta está la senda. Tibia y joven la carne. Y aún no se vislumbra la chispa, ni nace la voz que podría unirnos en el tiempo hosco y traidor".

La huelga se decretó esa misma tarde. Dos tanquetas Sherman de la Guardia Nacional bombardearon el escondite de los guerrilleros y casi un centenar de soldados, armados de fusiles y metralletas, dispararon desde las cuatro a las seis para dar muerte a Julio Buitrago y capturar a una muchacha que luego violaron en la cárcel. Los estudiantes, en protesta por esa represión, se tomaron los edificios de la Universidad.

Al día siguiente, Edgar Antonio trabajaba en el comité de huelga de Humanidades. El Centro Estudiantil, a las nueve de la mañana, reunió a más de mil estudiantes en el gimnasio. Más algunos decidieron volver a sus casas en sus cómodos automóviles. Edgar Antonio, encargado de vigilar el portón de entrada, había recibido órdenes de impedir la salida.

Abrí la puerta —le gritó el Rector que había llegado con el cura René.

—No.

Al ver una fila de carros, el Rector le dijo al que manejaba el primero:

—Échase encima.

El carro, sin embargo, no pudo arrancar porque los estudiantes que vigilaban la entrada le hundieron rápida, agresivamente varios clavos en las llantas traseras y Edgar Antonio, con una férrea convicción adquirida en esas horas de madurez política, le respondió con el mismo tono de desprecio:

—No me jodás.

—Me estás ofendiendo.

—Creés que no es ofensa la tuya que me echen el carro. Hablás de revolución y mientras masacran a los muchachos, andás tomando guaro con Somoza.

—Vos no sabés si tomo guaro con Somoza. Pero si lo hago es porque soy libre de hacer lo que me da la gana.

—Bueno. Como cada quién es libre de hacer lo que le da la gana, yo no me muevo de la puerta.

—¿Por qué no vas a estudiar mejor?

—Está bien. Estudio y saco un título, ¿para qué? Para colgarlo en la pared de mí casa. ¿Vos crees que los estudiantes sólo servimos para eso?

—A esta Universidad sólo se viene a estudiar —aclaró el cura René antes de dar la vuelta con el Rector.

Reiniciadas las clases, la noticia de la expulsión apareció en la primera página de mayor circulación del país; en las Notas Sociales, se leía esa otra menos lacónica:

"María Eugenia Solórzano y Horacio Cardenal, dos jóvenes de nuestra mejor sociedad, contrajeron matrimonio ayer en la moderna iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Hijos la primera del doctor Salvador Solórzano Martínez y de doña Carmen Ramírez de Solórzano, y el

segundo de don Tomás Cardenal y de doña Blanca Chamorro de Cardenal, la iglesia lució sus mejores galas para servir de marco a la elegante pareja.

El Rvdo. Manuel Sacasa S.J. ofició la misa e impuso el simbólico lazo, mientras se oía la música sacramental ejecutada por el coro del templo y el Ave María de Goumud cantado con suavidad por la voz de doña Emelina Rosales de Alemán.

Cubriendo el centro de la iglesia, una alfombra de terciopelo rojo con sus bordes de oro partía desde la entrada resaltando los grandes jarrones nacarados llenos de rosas pálidas y shoking pinf, de donde saltaban finos hilos de cristal como pequeñas fuentes que relumbraban a la luz de los candelabros.

Una numerosa concurrencia llenaba las naves. La pareja nupcial ocuparía los reclinatorios del altar forrados de blanco, decorados con gladiolas, claveles y follaje sobre altos y rosados pedestales de hierro. Otros seis reclinatorios esperaban ser ocupados por los padrinos y las Damas de Honor.

La marcha abrió el cortejo precedida por las chiquitinas Silvana Cordúa y Regina Arguello que iban vestidas de largos trajes a go-gó. Silvana llevaba rosas en una canastita y Regina los anillos; el simpático niño Wilson Lacayo, de etiqueta, seguía con las arras.

Las encantadoras damas, con sus trajes idénticos de corte imperio combinado, guantes color rosa mexicano y originales trenzas atadas a cintas de terciopelo, eran Linda Moneada, Yadira Vargas, Lydia Kelly y Patricia Castro. Flor Tücker de Gómez, amiga íntima de la novia, lucía un traje color francés; con el pelo suelto hacia atrás, portaba en sus manos el rosario de velación en cristal cortado.

El doctor Salvador Solórzano Martínez, de chaqué, conducía a su hija María Eugenia hacia el altar, donde les esperaba el guapo e impaciente novio acompañado de su mejor amigo y hermano: Edgard. La novia, más espléndida que nunca, irradiaba felicidad: parecía una estampa arrancada de un bello cuadro renacentista. Su traje, confeccionado por doña Cristina de Urtecho con aplicaciones de finísimo guipire y bordado en perlititas, se distinguía por una cauda rematada

en tres lazos. El tocado, sostén del velo de tul ilusión, iba adornado de florcitas de azahares y el bouquet, de camelias y pétalos de rosa, complementaba el ajuar con aretes de diamantes.

Como primeros padrinos ocuparon reclinatorios, al lado de los novios, el Dr. Fernando Chamorro Horvilleur, Presidente del Partido Conservador y la anciana Agustina Lacayo de Solórzano, sobria en su encaje gris y una delicada mantilla española. Los novios y sus padrinos recibieron el sacramento de la Sagrada Eucaristía bajo las dos especies.

Los padres de la pareja desfilaron al final de la ceremonia. Doña Carmen vestía un modelo celeste hortensia bordado de seda y doña Blanca uno de crepé gris. A continuación, en los salones del Club Terraza, dentro de un ambiente cordial y selecto, se llevó a efecto un brindis por la felicidad de la pareja. Decorados con jarrones de crisantemos blancos, los corredores estaban llenos de familiares e invitados. Al fondo, junto a un jarrón de hielo en forma de Cupido, se hallaba el queque nupcial.

El burbujeante champagne se sirvió en abundancia. Y el buffet, acompañado de licores finos y exquisitos, mereció el elogio por su refinamiento.

La enamorada pareja pasará su luna de miel visitando varios países de Europa, después de recibir de sus innumerables amistades bellísimos regalos y afectuosas felicitaciones".

¡Qué tal!

## EL ALEMÁN Y SU MEJOR AMIGO EL CORONEL PADILLA

Yo tuve la suerte de conocer en Berlín Ost a la nieta del único europeo —el alemán Karl Fredesdorf— que vino a pelear con Sandino, a aprender con los hombres de Sandino, a morir por la razón de Sandino. Belausteguigoitia, el vasco que visitó al Guerrillero en la hora de la Paz, cuenta que padecía de neurastenia a causa de una herida en la cabeza que había recibido en la Primera Guerra Mundial; además, era rubio y no hablaba bien español, como los machos. Eso —

señalaba el vasco— "daba lugar a sospechas de parte de los soldados sandinistas, con los cuales tenía a veces fuertes altercados", y sin revelar su nombre —porque nadie lo supo nunca— relata el que tuvo con el General Juan Gregorio Colindres, jefe de la columna en la que prestaba servicio.

Después de un combate, Colindres dio la orden de marchar hacia El Chipote. El alemán, quién sabe por qué, se negó a acatarla. Colindres insistió, y el alemán, terco, mantenía su negación. Colindres lo amenazó con fusilarlo y el alemán, más rabioso que de costumbre, retó a los oficiales de la columna a batirse en duelo con ametralladora.

Está bien —aceptó uno de ellos, el Coronel Padilla—, agarra la tuya que yo tomaré la mía, ¡pendejo!

Separados por unos cuarenta metros, comenzaron a disparar y Padilla fue removido de la tierra por las balas, y destrozado. El alemán quedó mudo e impávido por varios minutos, hasta que reaccionó gritando, llorando y corriendo en círculo.

—¡Qué hice, desgraciado! He muerto al coronel Padilla, a mi mejor amigo, al hombre que más quería en el mundo.

Y después de repetir dos veces lo mismo, se detuvo y dijo:

—Ya no me importa volver o no. Ya no quiero nada. Que me fusilen.

—No podemos hacerlo —le contestó Colindres—. Usted venció en el duelo.

—No. Ya no quiero vivir. Que me fusilen ya. Lo único que pido es que me entierren al lado de mi mejor amigo el coronel Padilla.

—Sería mejor consultarle al General Sandino —añadió Colindres.

—No, no. Quiero que me fusilen para acompañar a mi mejor amigo el coronel Padilla.

Y Colindres ordenó que fusilaran al alemán, a Karl Fredesdorft, al abuelo de mi amiga de Berlín Ost! Y que lo enterraran junto a su mejor amigo el coronel Padilla.

## CARLOS ALEMÁN OCAMPO

(El Diriá, 1940)

Carlos Alemán Ocampo inició su carrera como narrador con un fluido documental de los años 60: *En esos días* (1972), novela corta que logra traducir la sensibilidad de la subcultura de la droga, sin desarrollarla plenamente.

En 1994 obtuvo el Premio Nacional "Rubén Darío", con la novela *Vida y amores de Alonso Palomino*, inscrita en la tradición de la picaresca latinoamericana y con un discurso sostenido del protagonista que adquiere vida propia.

Obras narrativas; *En esos días*. Managua, Editorial Nicaragüense, 1972 (narración larga). *Tiempo de llegada*, Managua, Ediciones el Pez y la Serpiente, 1973; *Y se hizo la presa*, Managua, 1985.

## LUIS MORALES, EL FAMOSO

—Ya no se te menciona. Como en aquellos tiempos. ¿Te acordás? ¿Quién dice Luis Morales ahora? Es que fuistes terrible. Con esas tus cosas de política. Me acuerdo cuando me seguías. Desde la primera vez, Todo lo tengo tan presente: Yo iba en la plaza cruzando por los caminitos con mí vestido rosado de vuelitos, me lo estrené ese día porque en la noche íbamos a la fiesta de Niquinohomo, y mis zapatos blancos que también eran nuevos, vos en el atrio de la iglesia jugando béisbol, dejaste el juego y te venístes detrás de mí corriendo y gritando, aunque siempre vivimos en el pueblo; esa fue la primera vez que te vi, por lo menos es la primera vez que me acuerdo haberte visto, y ya querías que te dijera que te aceptaba. Yo no encontré que contestarte, sólo me acuerdo que me parecía que toda la gente nos quedaba mirando. Al llegar

donde la Berta Espinoza compré un par de calcetines y no pude ni escoger, me llevé los primeros que ella me dio, después te me volviste a juntar, porque vos te habías quedado en las gradas de la acera en la casa de tu tía Adela. Siempre me salías, ese mismo día me viste otra vez porque salía de nuevo a la calle. Yo creo que me espiabas. El pobre de Elmo. Cómo se murió, era tu mejor amigo. Con él pasabas frente a mi casa y cuando podíamos hablar, él, escondido, te esperaba y te avisaba si venía alguien de mi casa. Y cuando en el corral, detrás de la casa, te subías al guayabo, me espiabas. Cuando oía tu silbido, yo me ponía a temblar, pero me salía, es que a mi me daba miedo que te fueras a caer, por el ventarrón que te movía la rama y hasta te latían los perros y así, nunca te daba miedo. Me pegaron mucho por vos. Ahora me da risa. Un días hasta me golpié por salirme. Eras bien loco. Con eso de tu política y de que hacías reuniones y que te veían juntarte con gente de Managua en la carretera. Cuando aparecían los letreros y las banderas rojinegras, ya se sabía, fue Luis Morales, tu novio, me decían. Hasta en la iglesia y el cuartel aparecían cosas, todo el mundo te mencionaba. A mí me pegaban. Mis buenos fajazos aguanté, pero yo más me enamoraba.

—¿Por qué sería?

Ni cuando le dijeron a mi papá que te habían expulsado del colegio.

—Porque fue verdad que te expulsaron.

Por haber arrastrado a una muchacha de Diriomo. Hasta describían el lugar, decían que había sido en el camino del Guanacaste, cerca del pozo de Renato Morales. Vos me dijiste que eso era una calumnia, me lo dijiste moviendo mucho las manos como decías casi todo, cuando te imaginabas que yo no te iba a creer:

—Mi expulsión se debe a una huelga que les hice apoyando la petición de libertad de unos presos. —Yo sólo a vos te creí. Tenía razón. El famoso Luis Morales, no había muchacha que no te mencionara y ¿te acordás de la Paula Cabrera? Cómo te encantaba, te enamoraste de ella, se peleó conmigo, como vivía frente a mi casa todos los días se salía al patio, me quedaba viendo y me cantaba:

"Ya no estás más a mi lado, corazón". Después se ponía a reír. Y aquel día que saliste en carrera por detrás de la casa cuando venía su tío Panchito, yo te vi que te quisiste montar al caballo, te tiró patadas y te tiraste al suelo, después saltaste y te agarraste como gato al pescuezo del caballo y saliste a toda carrera. Yo siempre te seguí queriendo. Ni cuando las dos Rosas, la Pérez y la Castillo, no sé qué les viste; pero también fueron tus novias. Me ponían apodosos y me sentenciaban. Las dos juntas se ponían de acuerdo contra mí. Aguanté mis cosas por vos. Tu mamá sí, me quería mucho, era en mi casa que mi papá no te quería. Yo creo que era por las cosas que le decía Emilio Acuña. Bueno, todo mundo nos espiaba, el día que me regalaste el rosario —que todavía lo tengo-- me tocaste el brazo, yo venía contenta con vos y porque me dijiste que se me veía bien hermosa la mantilla celeste que andaba estrenando, hasta me dijiste un verso, veníamos de misa, en la calle de la Poma Blanca y al doblar la esquina de la casa de doña Gina, me comenzaste a agarrar del brazo. Yo me puse roja. Bueno, así me parecía ese día. Cuando llegué a mi casa, la Heliodora ya se había adelantado con el cuento de que nos veníamos besando en la calle. Me pegaron.

—¿Te acordás cuando te dije que "sí"? En la acera de mi hermana Petra. Saliste gritando y dando saltos, a mí me dio miedo y me metí en carrera a la casa de la Petra, Con esas tus cosas a mí me daba miedo, todo el Diríá tenía que saber lo que andabas haciendo. Todas las canciones y los versos que me hacías, después me los andaban diciendo las muchachas en la escuela. Y aquel día que pasaste por la escuela y te paraste en la ventana a decirme que venías de la iglesia de pedir perdón de tus pecados, que ibas a la laguna a ahogarte y que te viera los ojos por última vez si es que te quería. A mí me dio miedo. Claro; me voltié para agarrarte la mano —aunque no te la agarré, ¿te acordás?—. La maestra salió adelante a pegarte, ella no te quería y vos después gritándole, insultándola. Y adentro todos nosotros riéndonos de ella y a mí me castigó. Me mandó a acusar y otra vez me pegaron. Aunque aguanté bastante, era divertido. Hasta en el periódico salías con eso de tu comunismo. A mí me llegaban los cuentos. Decían que te habían matado. Que estabas preso. Que andabas huyendo. Todo te pasaba y no te componías. Yo todavía no me explico cómo es que siempre seguía.

Porque todo lo que vos hacías de alguna manera tenía que ver conmigo. Tu mamá si me quería, me estaba enseñando a bordar y a tejer. Me enseñó. Yo llegaba todos los días a tu casa. Eso fue

cuando estabas en la Isla. No creas que me engañaste, yo sabía que allí tenías novia; pero eso a mí no me importaba, yo sabía que siempre tenías que volver a mí. Cómo se pasa el tiempo. Ahora, ya ves, dos hijos que pronto van a ir a la escuela.

—¿Sabes? Se me estaba olvidando lo de las cartas. Las cartas que me mandabas con la Fanny. La pobre Fanny que también se murió. Era la novia de Elmo. Tan jóvenes que murieron los dos. Todas las cartas las tengo guardadas. Y los pañuelitos, también los guardo. Los usé un tiempo. Cuando me casé, los guardé. El rosario, la pluma, el devocionario. Todo lo tengo guardado. Me acuerdo el día de los pañuelos. Me los mandaste con Donald y vos te quedaste escondido en el poste de la esquina. Me dijo que era regalo que él me daba. Pero como no iba a saber que eran tuyos. Después me diste la tarjetita, que me dijiste que no se la habías puesto al regalo, porque si lo veía mi papá, así no se iba a dar cuenta que vos me lo mandabas, se dio cuenta pero se hizo el disimulado. Mi mamá fue la que me dio para que yo te regalara algo. Te compré un par de calcetines plomitos con puntos rojos. Lo tengo bien presente. Al siguiente día pasaste por la casa a caballo con el pantalón remangado y silbando para que te viera que te los ibas estrenando. Vos no me viste porque yo te miré medio cerrando la puerta desde la ventana de la cocina y como pasaste varias veces era fácil verte. No me dejé ver porque vos eras bien loco y cada vez que pasabas y te dabas cuenta que yo estaba en la cocina, te acercabas a la ventana a decir versos. Aunque estuviera mi mamá. Claro, mi mamá te quería. Pero ella le tenía miedo a mi papá, a decir verdad yo fui feliz esos años, cuatro creo que fueron. De los trece a los diez y seis y vos, ¿cuánto tenías? Eran quince creo. Después cuando ya te dedicaste a la política. Cuando te fuiste de tu casa. Antes me habías dicho que lo más horrible es que se olvidaran de uno. Yo te quería, toda la gente te mencionaba, estuviste saliendo en los periódicos por un tiempo. Mucho se hablaba de vos. Y yo, no me digas, yo creía que vos eras importante. Pero ya ves, hace apenas diez años. De pronto la gente como que se olvidó de vos.

## PEDRO JOAQUÍN CHAMORRO C.

(Granada, 1924 - Managua, 1978)

Periodista renombrado, director del diario La Prensa. Político de gran significación en la trama política nicaragüense. *Mártir de las libertades públicas Nicaragüense*.

Obras narrativas: Jesús Marchena, (Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente, 1975). Richter 7. (Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente., 1976). El enigma de las alemanas. Tolentino Camacho y tres cuentos negros y cuatro cuentos blancos. (Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente, 1977).

### DANDO Y DANDO

Se entra por un portón amplio, grande, e inmediatamente está uno en la sala. Dos bancas, cinco sillas, un viejo tuerto sentado frente a su mesa donde hay varios papeles que él llena a pluma, mojando ésta en el tintero de color morado oscuro. Luego se pasa al corredor de la casona, otras bancas, dos escritorios ocupados por mujeres, atiborrados de expedientes sucios y legajos de papeles llenos de sellos y marcas, a medio coser, desgajando sus folios hacia los lados, y más adelante traspasando una media puerta de doble acción se llega a la oficina del Magistrado, cuarto espacioso con olor a tiempo, paredes altas, cielo raso lleno de telas de araña, tres roperos repletos de libros, dos escritorios, varias mecedoras y el interruptor de la luz, colgado del techo.

En la segunda gaveta del Magistrado hay escondida una botella de ron blanco, vale decir guaro, dos limones partidos, un puño de sal en un pedazo de papel periódico, tres vasos diferentes y un rollo de fotografías de jovencitas desnudas, una de ellas masturbándose.

A eso el Magistrado le llama, su "archivo secreto" y cuando lo abre, cosa que sucede varias veces en la mañana, además de empujarse el trago de guaro poniendo su silla giratoria al revés, de espaldas al centro de la sala para ocultarse de un posible curioso, repasa las fotografías. Son niñas lindas, de pechos puntudos y ojos tristes.

El llega a las once y se va una hora más tarde, cuando ya ha cumplido su trabajo de firmar todo lo que le ponen enfrente sin saber lo que dicen los considerandos, pero muy seguro del por tanto, como en el caso de la muchacha violada, muy sonado porque el pariente del preso era persona de recursos, hombre serio y nunca se imaginó llegar a tener un diálogo así con un Magistrado.

—Usted viene por el sobreseimiento, ¿verdad...? —le preguntó el Juez repartigado en su silla, arrugando el entrecejo con aire de miembro serenísimo de la Corte de París o de la High Court of Justice de Inglaterra.

—Si señor —respondió el otro.

—Está bien, pero le va a costar dos mil pesos —dijo el Magistrado mientras encendían un cigarrillo sin inmutarse en lo más mínimo.

Entonces el cliente volvió a ver a su abogado, un sujeto bajo, gordo, vestido de saco, que le hizo una seña de asentimiento pero se acercó al Magistrado y en voz baja, audible nada más para los tres advirtió:

—¡Sí, pero es dando y dando doctor...! y el Magistrado después de recibir los reales y contarlos de reajo cubriendo el fajo de billetes con la solapa del saco entregó el papel que decía:

"Vistos Resulta: Con fecha veintiséis de mayo de este año, la señora JUANA RODRÍGUEZ presentó denunciando en el Juzgado Local de lo Criminal el delito de violación cometido en su hija Hermicenda por el individuo Rutilio Rentería. El Juzgado proveyó mandando a levantar el informativo de ley y procedió a recibirle declaración adinquirendum a la denunciante lo mismo que a la joven agraviada. Rindió su indagatoria el indiciado y fueron agregados al proceso la fe

de bautismo y la Partida de Nacimiento de la referida joven. Fue agregado también el proceso del dictamen médico-legal correspondiente y se ordenó la captura de Rentería. Declararon como testigos MARÍA JUÁREZ y SANTOS CÁRCAMO y se decretó auto de prisión contra el indiciado. Rindió declaración testifical además LUIS PÉREZ. Con fecha cinco de julio del año en curso la Corte recibió en apelación lo actuado y el suscrito ordenó la ampliación de las pruebas siendo el caso de resolver.

## SE CONSIDERA

### I

Que en el caso sublite no está debidamente comprobado el estupro pues aunque el dictamen médico-legal establece que "hay desfloración reciente y está determinada la edad de la agraviada", hace falta el elemento engaño.

### II

En cuanto al delito de violación el cuerpo del delito quedó plenamente comprobado con el dictamen médico-legal y su ampliación que obran en autos.

### III

En cuanto a la delincuencia del procesado éste confiesa haber yacido con la agraviada y que él la deshonoró, pero no a la fuerza; cabe ahora analizar si de la prueba que obra en autos se desprende si hubo o no violación. Ahora bien, el testigo Luis Pérez dice haber visto a la pareja como a la una de la madrugada, es decir, tres horas después de que la joven afirma haber sido mancillada y aunque ésta manifiesta que estuvo en casa de unas tías, explica también que estuvo con él contra su voluntad y que no podía escapar porque éste la violentaría. En cuanto a la otra testigo ésta manifiesta que en cuanto llegó a su casa dicha joven tuvo que salir regresando a su domicilio a las diez y media de la noche, es decir, en ese tiempo no pudo haberse dado cuenta la testigo sobre la forma en que la joven fue mancillada y aunque por otra parte existe en el proceso la declaración de Santos Cárcamo que es desfavorable al indiciado tratándose de un delito de orden privado, y como sólo los que atañen al orden público están tutelados por la ley, esta autoridad estima que no debe estarse a lo dicho por la agraviada quien

señala a Rutilio como su violador, aunque esa declaración esté robustecida con la deposición del citado testigo Cárcamo y conforme con el dictamen médico-legal en que consta que la joven presenta señales de violencia de las que caracterizan el delito de violación.

Por tanto,

de acuerdo a lo considerado y Artos. 92, 93, 94, 100 y 184 M y 45 y 46 C., el suscrito Magistrado falla; Se sobresee definitivamente a favor de Rutilio Rentería, soltero, agricultor, y del domicilio de La Cruz por el delito de violación en la joven Hermicenda Rodríguez, de diecinueve años de edad, soltera, de oficios domésticos, y del domicilio de Esquipulas. Cópiese, notifíquese, y dense los avisos correspondientes. Entrelíneas —van— vale— Testado Juan—.

\* \* \*

Se sale a la calle con hedor a cagajón de caballo. Una venta de frutas, jocotes, mamones, mangos, tajadas de sandía como ruedas rosadas, nancites y la vendedora gorda sentada en el taburete. El tuerto ha abandonado su escritorio, está afuera y tiene en la mano una hoja de plátano repleta de vigorón. Va tomando los pedazos de cerdo frito con los dedos, se los lleva a la boca, mastica y dos chorros de grasa salen por los comisuras de sus labios. Luego la yuca adornada de tomates. Se limpia con la palma de la mano y su dedo pulgar revisa los huecos de las encías en que antes había muelas. El único ojo del tuerto da vueltas como de ambulancia, deteniéndose en cada persona que transita por la calle.

En el quicio de la puerta grande están las dos, madre e hija, vestidas de negro, los ojos hundidos en el vacío y se tapan la boca con un pañuelo; la boca y la nariz, pero no debido al tufo callejero ni a las ráfagas de polvo.

Se tapan la boca y la nariz porque están llorando.

## EDWIN YLLESCAS

(Estelí 16 de Octubre de 1941)

Se bachilleró en el Instituto Nacional Ramírez Goyena, se graduó de abogado en la Universidad Centroamericana e hizo cursos en INCAE. Poeta integrante de la Generación Traicionada a comienzo de los 60. Es considerado como un escritor con una capacidad increíble para penetrar la problemática de situaciones humanas con extremada originalidad.

Ha ejercido el periodismo y en la década de los 90 se dio a conocer como narrador. Laboró para el semanario La Crónica y el diario La Prensa, Autor de: Algún lugar de la memoria (1996), La vela de los sueños (1998) y Teoría del ángel (1999).

## LA PAJARITA GUIDO

El otro día, hace unas dos semanas, me encontré con la Pajarita Guido. Le dije —como se lo decía en los años 60— que fuéramos a dar una vueltecita a Pochomil. A lo mejor seguía allí la vieja enramada cerca de las rocas. A lo mejor, tal vez, quizás, quedaba alguna de las canciones de la Sonora Matancera.

Le dije que para platicarla mejor nos fuéramos a meter a algún sitio. Era casi el mediodía. Lo que la Pajarita llamaba, y seguía llamando de mediodía para arriba. Algo así como las dos y media de la tarde. Indefensos en su propio bochorno, los primeros soles de abril derretían el asfalto sobre la Avenida Bolívar.

Entre tantos lugares que se me ocurrían, se me ocurrió mencionar el Rinconcito. Me lo había recomendado Mario —el ex *pathfinder*— durante nuestro último encuentro en Managua. Según

él, era de los pocos sitios, a lo mejor el único sitio capitalino, donde la media de Red Label, costaba veinte dólares y servían unos platos fríos, más o menos aceptables. Además, se podía hablar con tranquilidad, y disponer, a discreción, de una buena música antillana. Y desde luego, también se podía bailar.

La insistencia, los apretones generosos, todas aquellas cosas que se dicen, que se escriben en el oído de una vieja amiga, me revelaron inconfundible, el destello del ojo almendrado. El monosílabo inicial. El posterior desplome del —imagínate que yo también me moría de las ganas de verte. Te busqué en los Juzgados. Te busqué donde la Silvia Negra. Te llamé a donde tu mamá. Te mandé razones con casi todo el mundo. A Carlitos Alemán, por si te miraba, le dije que te dijera que te quería contar algo. Que tal vez me marchaba del país. Que ya me tenía harta los sandinistas, los libritos del Ministerio de Cultura, y peor que eso, la presencia exquisita de la Europa Oriental.

Vos sabes, desde que me conocistes, sabes que he tenido mis lances. No recuerdo qué pudo ocurrir durante una o varias noches rociadas con Bacardi y Crema de Menta. Pero sobria, y porque me gustaran, no creo haber pasado de un marido y cuatro amantes, más o menos sietemesinos. De todos modos —porque con el cuentecito de la revolución, los desgraciados se creen dueños de cuanta lagartija se mueve por las calles de Managua— no estoy dispuesta a convertirme en el cuchumbo de los cuarenta mil elefantes del sandinismo internacionalista. ¡Y mecha, si son cubanos!

Envuelta en los mohines del ojo adormilado que no encuentra su calzón al fin de la tarde, la Pajarita aceptó la repentina, la esperada, la rebuscada invitación. La primera y última fibra de su cuerpo alargado, fuertemente mordisqueado a la altura de la cintura, la vena henchida en el centro de la frente, la sumatoria de membranas y mucosidades interiores, la voz que se traga lo que las palabras apenas sospechan, dijo, alguien lo dijo, porque aún lo sigo escuchando —donde vos querrás, vamos adonde vos querrás, pero sin salir de Managua.

Bajo las lluvias del pasado, me creció el arco atroz de las cejas. El animal que, al amanecer, ebrio y belicoso de placer busca el árbol de la meada, se me escapó por quién sabe qué callejuela de mi cuerpo. Y aun cuando tuve ganas de decirle que me lo repitiera, que me lo

repitiera por lo menos tres veces más, tuve temor por las falsas voces en el aire de la tarde. Morateado por el silencio que sustituye a la respuesta sosegada; aturdido por el golpe en la casa del herrero acuchillado, preferí creer que esas trece palabras provenían de los más profundos tejidos de un cuerpo alargado, sólo retorcido donde al Dios de los cristianos le pareció conveniente. Apenas la escuché. El nervioso, otra vez, el nervioso agresivo de los años sesenta, era yo en el propio descampado de la timidez, y los taxis que no pasaban, y mis carros que pertenecían al pasado.

Estrellado contra la basa de un poste del tendido eléctrico, cerca del Pic Nic de la Carretera Norte, el Alfa Romeo deportivo, azul celeste, año 72, pertenecía a los fantasmas del suicidio. A la consumación entre el sueño y la realidad. Mario le había contado al Notario, los retazos de una película italiana. Atrapado entre una cabellera castaña y el alto volumen de Scarlatti —me parece que era Scarlatti, Alessandro, o Domenico— un joven que entonces tenía la misma edad del Relator, guiando otro Alfa Romeo derrapaba hasta la muerte sobre los acantilados de una carretera en Grecia, a la orilla del Golfo de Salonika. Pocos días después del Notario se apareció en casa de Mario con unas llaves y un sobre. En la calle, a orilla de las acacias estaba el Alfa Romeo. La nota en el sobre decía: «Recuerda a Scarlatti, pero tómele a la mujer de cabellera castaña».

La Pajarita sabía que yo no hice ninguna de ambas cosas. Todos aquellos días, semanas y meses pensaba, y aún ahora, de vez en cuando, pienso en la larga cabellera castaña. Y cuando no pensaba en ella, cuando mis manos no retenían el boquet de una gota de vino que las transparencias del sol convierten en la larga hebra de una cabellera castaña, oía a Odair José: *Mande nem que seja um telgrama, diciendo que me ama y que algún día voltara.*

Ajeno al consejo del Notario, donde nace toda tragedia, conservé la cabellera castaña, A Scarlatti lo cambié por Odair José. Fue así que un día, atrapado en la cabellera castaña y el alto volumen de Odair José, las tres ilusiones se estrellaron contra la basa del tendido eléctrico frente al Aeropuerto Las Mercedes. La Pajarita lo sabía, por eso no tuve que explicar la espera del taxi. La ausencia del Saab rojo, cuya adquisición precisamente celebramos en Pochomil —todo mi cuerpo, una botella de champán de apenas treinta y tantos años, se estrelló contra la proa del

suyo—, tenía una fácil explicación. Arrumbado bajo el palo de mangos de un taller de mecánica en la calle Colón, esperaba la mano milagrosa de un nuevo alternador. La solidaridad sueca regalaba cuadernos y lápices para la alfabetización de los Garlitos, pero el alternador de un Saab había que buscarlo en el mercado negro, y pocos, fuera del FSLN, sabían dónde podía haber un mercado negro, o un CDS para comprar el alternador de un Saab.

La Pajarita conocía ambas calamidades. Conocía casi todas las calamidades de mi vida. Ni Alfa Romeo ni Saab, ni tan siquiera un Lada. No tuve, pues, como dicen los novelistas de Nicaragua, no tuve, pues, que ocultar o explicar la espera del taxi. Tampoco tuve que recoger piedritas que lanzar, o palitos que mordisquear. Además, al principio de estas líneas, ella me vio bajar de otro taxi. Más que un taxi, eran unas cuantas latas. Una bola de metal oxidado, apenas montada sobre cuatro llantas tersas y transparentes como el regalo de una mariposa bellamente disecada por Pedrón, el chalequero del teósofo.

Bajo la sombra de un roble, nos metimos en el asiento trasero de uno de los taxis de la Cooperativa Carlos Fonseca Amador, o quizás de la Daniel Ortega. Con sorpresa, con la sorpresa que despierta veinte o treinta años después, descubrí que sus muslos todavía eran largos, lustrosos y ambarinos. Mis manos, que para entonces ya habían sufrido varios descalabros —entre ellos, irreparable, la pérdida del Campeonato Nacional del Abre Gafetes, y dos o tres premios especiales—, no creían nada de nada. Nada de lo que sentían. Para despertar, para salir de la sorpresa, o para entrar en otra nueva sorpresa, no sé cuántas, pero sé que fueron muchas, los recorrí, suave, lentamente. Quería que cada poro de sus muslos reconociera los viejos poros de estas manos. Su piel, sin duda medida y remedida, aún permanecía en mis huellas dactilares.

—En mi pueblo Masa Pala, cerca de León— decía la Pajarita Guido —las llaman cometas, pero yo sé que vos les decís lechuzas. Pero lechuzas o cometas, vuelvo a sentir entre mis piernas el viejo cielo del sesenta y dos, cuando te conocí en la Cafetería La India. Toda mi vida me parecieron fuertes. Calurosas, sin alardes de pianista. Por eso me gustaron. Las recordaba por los negros y finos mechones sobre cada falange. Los mechones sobre las falanges... Si sólo fuera por eso, quizás las habría olvidado, pero cómo podía, y aún hoy, cómo podría olvidar su toque entre mis piernas. Tenían —y sé que nunca te gustó la expresión— lo que yo llamaba, y todavía

llamo, el toque de San Juan entre las vírgenes. Una de tus conocidas, la pasionaria de la *Vergine Imacolata*, como nunca le dijistes nada, andaba diciendo, se lo dijo al Murruco, que vos eras el San Juan. La comprendo. Ella intuía lo que se estaba perdiendo. Ella perdió, pero vos, al menos por una vez, te salvaste. La *Imacolata* tenía la cabellera castaña. Casi todo lo tenía castaño rojizo.

Yo sé que siempre he tendido a pensar babosadas, y especialmente a creérmelas. Y aun cuando eso me ha costado casi toda mi vida, incluido lo malo y lo peor, comencé a pensar. A lo mejor los investigadores de la psiquiatría, o cualquier otra clase de investigadores, incluidos los de la Seguridad del Estado, no han descubierto que los poros de las manos y las piernas tienen pequeñas lengüetas. Y que las lengüetas tienen sus propias huellas dactilares. Y que en realidad, la memoria, el recuerdo, la nostalgia, etcétera, etcétera, etcétera, surgen, viven y mueren y reencarnan en esos desconocidos parásitos aferrados a la piel. Y que la memoria, o lo que algunas neuronas retienen como memoria, apenas es el último vestigio de la memoria que comienza a morir, y llega a su funeral transformada en memoria. En brasa, sin fuego ni tizón. Y que, quizás, por eso los elefantes y las tortugas, junto a la memoria, buscan su propio cementerio. La piel del origen. Las pieles que jamás hollarán la complicada operación del científico domiciliario, o el bobo de cantina que intenta separar y clasificar lo que nunca se podrá separar, o clasificar.

Totalmente inepto para el pensamiento abstracto. Sordomudo para cualquier caverna que no arroje la sombra de una mujer —incapacidad que a la Pajarita, nunca le fue extraña—, ya casi junto al costado norte de la UNAN, cuando teníamos encima el rótulo primitivista del Rinconcito, y sólo para que el asunto dactilar no se quedara enredado, creo que me dijo: —Te imaginas, vos y yo, tus manos y mis muslos entre nuestros rincones, acabamos de inventar la teoría de los recuerdos. Nada tienen que ver con las neuronas. La memoria es la pura piel. La piel se transforma en memoria, y siempre vuelve a su piel. De lo contrario, la memoria se transforma en casi menos que pura nada. Decime una cosa: —¿Para qué te sirvieron Medea, Catalina y Minerva, las tortugas que te apretabas contra la cabeza? ¿Cuál paciencia, cuál tranquilidad? Yo siempre te vi el mismo.

Como ya lo dije, deben ser babosadas más y de la Pajarita, pero la Pajarita y yo, estábamos absolutamente claros que esas huellas existían, y se reconocían entre sí. Piel que se cierra, mujer que se pierde.

Por doscientos mil pesos sandinistas, el taxista nos bajó en la acera de El Rinconcito. Uno de cien mil y dos de cincuenta mil. Los Metió en la guantera de Lada Blanco. Al cerrarla, sobre una calcomanía vi dos caras hediondas y mugrosas. Envueltas en el hálito de la sonrisa procaz, apoyadas en la extrañeza de un bastón difunto para cualquier forma del tiempo, oscilaban entre el énfasis de las cosas destartadas y el orgullo empolvado de las zorras pueblerinas. Abajo un letrero afirmaba, que en alguna parte de la tierra o el tiempo, mañana todo será mejor.

«El sitio era menos que un rincón. Apenas la guarida perfecta de la mala muerte. El escondrijo del rubor, que a veces suele tener la más ordinaria y peor imagen de la mala muerte. Sin que nadie pueda negarlo, más que a licor y cerveza, El Rinconcito apestaba a berrinche, a nórdicas amanecidas, a pecusos argentinos, a chilenos, y vietnamitas. Su problema ontológico no era su forma rectangular, tampoco su dimensión porqueriza. Bajo el sol filtrado por el rancho monimboseño, surgía un largo corredor flanqueado por una baranda de bambú; un poco más alta que una pareja obscena. Una pareja obscena, es una frase abstracta. La obscenidad concreta se erguía en el extremo opuesto a la barra. Dos mujeres casi cincuentonas, de un rubio perfectamente oficinista, agarrotadas entre los brazos de sus asesores cubanos, se inclinaban sobre una media del peor Havana Club que pudiera haber, y que sin lugar a dudas, era cualquier botella de Havana Club. La aspereza de El Rinconcito, su ñoñería prostibularia, más que su problema fenomenológico, tampoco radicaba en la administración salvadoreña anunciada por un slogan internacionalista de la época. Desde el piso de barro recién manguereado, se alzaba el olor del ajo entre las piernas. La náusea esquizofrénica, la cebolla impuesta sobre la axila. A ráfagas, el aire caliente de El Rinconcito olía a sexos escandinavos y holandeses. Su origen fácilmente se podía rastrear hasta el Siglo XII de la Era Cristiana. Y si en El Rinconcito había otras cosas peores que la pestilencia, al fin, simples y rotundos humores del hombre, fue la pareja de las casi cincuentonas del rubio oficinista».

—¡Volvé a la tierra! ¿Adonde te quedaste? ¿Qué puta estás pensando? ¡Pedime una birra con hielo!

—Viste el decorado lo estaba registrando por si algún día escribía el despapaye del sandinismo.

—Fíjate en las viejonas que están allá. Me fijé en las viejonas. Ordené la cerveza.

—Entonces... dos cervezas con mucho hielo.

Subyugadas por los esplendores del retrete revolucionario, eran, no idénticas, sino las mismas de siempre, que siempre me encontraba en Las Leyendas, o en el bailongo de El Farolito. Por una tarde quizás una noche, el día de pago, o el día del abono a la venta de algunos calaches o joyas del mundo anterior, una granadina de piel trasnochada —vestida por una escuálida costurera de trapitos baratos—, sin miedo a la suma de la cuenta, podía entregarse, plenamente, al jolgorio del asesor que siempre disimuló.

Manía de toda mi vida; y las cervezas que nunca llegaban y además, tampoco tenían suficiente hielo para las cervezas, y tampoco había cervezas —andan en el depósito, ya vienen—, me puse a imaginar un diálogo para el inicio de una novela: «Sería por pena, o porque verdaderamente el cubano nunca me gustó, pero salvo las dos o tres veces que fuimos a Las Leyendas, yo nunca me anduve exhibiendo».

Se lo repetí a la Pajarita. Se lo repetí dos veces. — ¡Te fijas! Ya tengo el arranque.

—Me gusta, pero me gustaban más los primeros y últimos párrafos que repetías de memoria en la Cafetería La India. Vos y tu amigo, el campeón de campeones. El eterno campeonato. Repetime el del viejo que no había pescado nada, o el del chavalo que estaba encaramado en un palo viendo un partido de béisbol.

—Puros disparates. Se me perdió la Playboy. Se me fueron los veinte mejores inicios y cierres de la novela contemporánea. Y eso no es nada ¡Madre Santa!, se me olvidó la lista del boom. Y de remate, perdí los que yo había escrito.

Nunca se anduvo exhibiendo. Es verdad. No le gustaba el bullicio. Prefería la intimidad de los amigos y amigas. Los repartos suburbanos. Anjelica y su asesor chileno, me visitaban en Santa

Clara. Yo era el novio de Helena, pero también, cosa que ella sabía a la perfección, esperaba ser el novio de Anjelica; y total no se pudo nada de nada. El chileno se quería casar con ella y todas las cosas de ella; y como el nicasio no le daba el divorcio porque las cosas también eran suyas, entre los dos y lo que era propiedad de los dos, yo fui el perjudicado.

Subyugadas por los resplandores.

—Lo quisieron restregar. Empolvar y perfumar. Se empolvieron todo el traste pero no se lo perfumaron. Lo intentaron. Y en Nicaragua, durante once años llovieron las más inmundas lociones panameñas los *blue jeans* de la adolescencia se convirtieron en pantalones vaqueros. Metrocentro, el Israel Lewites, el Roberto Huembes, Pajarita, yo vi los zapatos, los calcetines, las camisas a cuadros que los cubanos escogían en las altas perchas del Mercado Oriental. Y las dependientas, las cajeras, las viejas gordas, de codazos, de reojos, de sonrisita, churepeando la boca, decían: —Mira a los palmados, y las pendejas que se mueren por bailar con los tuanis. Pero nada cambia nada. El Rinconcito olía a retrete rojinegro.

—Ese era, Pajarita, chavalona, ese era el problema ontológico de los novios asesores. Cubanos o chilenos. Vos sabes que no creo en las explicaciones. Anda la gallina andando... nada explica nada. Ningún orden sustituye el desorden, ni tampoco al revés. A la Anjelica, se lo dije con el símil del tatuaje y los siete mares...

—No te entiendo nada. Pedime otra birra

—¡Vos estás sorda, o qué! Te pedí sólo una...

—Bueno, yo creía como los dos van parejo...

—Mirá, escucha este otro jalón.

«Comprendo que la rubia oficinista no haya aceptado la cena que les ofrecieron donde la Vicky. El marido de la Vicky, melonero por cierto, creía que si el asesor cubano lo recomendaba con su jefe, o con el jefe de los asesores cubanos, o con el jefe de la misión cubana, o con el mandamas del INRA, a lo mejor le asignaban una finca de Reforma Agraria. Un préstamo para sembrar melones de exportación. Y según el asesor, el marido de la Vicky prestaría su nombre, y los tres organizarían *La Corazón de Melón*, S. A. Melones para la exportación.

Ya sé que no fuistes a ese lugar. Ya sé que siempre has jurado que nunca fuistes a esa oficina. También sé que los melones se fueron al infierno, lejos de la Calle Ocho. Muy lejos de La Pequeña Habana. No te oí pero te veo, no te vi pero te oigo: —Mirame estas manos—. Veo las palmas de tus manos a la altura de tus senos, te veo, te oigo:

—Besito de Coco, no podemos ir a esa oficina. No puedo ir con vos, pero créemelo, Corazón de Melón, voy a hacer todo lo que pueda para ayudarte. Para sacarte de ese país. Te quiero aquí en Managua. Junto a mí. Lo otro, ya te lo dije. Te lo repito. Para el puesto en la Embajada de Nicaragua en España, tengo que exponerme con cualquier hijueputa que pueda ayudarnos. No me importa, pero tengo que saber hacerlo.

Yo no las vi, pero es posible que las casi cincuentonas de La Yerba Buena, entre la yerba santa para la garganta, y la otra yerba, buena para la hinchazón, hayan escuchado a la Celia Cruz. Trompuda, quizás, la vieron en el fondo de los mojitos de mentira. A lo mejor, de noche en noche, se jalaron a toda la Sonora Matancera. Yo mismo, cuando estaba por escribir esta historia que apenas presentía y la Pajarita conocía en párrafos de cantina, me fui a sentar a una mesa de La Yerba Buena. Y junto al anaquel de las obras completas de Lenin y Engels, escuché a la vieja Orquesta América: *iCorazón de melón! iMelón, melón, melón, corazón!*

—iMiriam, Miriam Hebé, otra vez *Corazón de Melón!* iOtra vez la Orquesta América! *iCorazón de melón, melón, melón, melón, corazón!*

Melón, melonero. Ya se miraba el neomelonero corriendo por las playas de Miami. La brisa sobre el rostro, la espuma mordiendo el tobillo de la mulatona. La distancia acortada por la sonrisa, la sonrisa reconcentrada sobre unos ojos donde nunca aparecerían los tuyos. Total, el melonero ya estaba viendo la foto enmarcada por el abrazo de la hija quinceañera. —Gracias por los brasieres que me mandastes. Gracias por los calzones y las cremas y las blusas. ¡Oye, chica, están de muerte! —Entre melón y melón, vos la mandarías a traer por medio de tus conectes con el Mint y el Minex. Besito de Coco, Corazón de Melón, te lo juro, vos te ibas a quedar en Managua. Junio a nadie. Junto a una carta. Frente a una foto que te explicaba la reunificación de la familia. Te hubieras quedado en Managua, botada, mascada, y mascando el cuento del asesor

que se te fue. Recontando los dólares que perdiste, y, a veces, escuchando Luces de New York, cuya letra es mejor que ignores».

Por consideración a la dignidad de Mario. A lo que él llamaba el ojo del gaviero avistando la tierra firme de bares jamás entrevistados —para que la Pajarita no se me espantara— ordené más cerveza.

—¿Una o dos?

—Dos, bien heladas, con mucho hielo.

Agolpadas en la excentricidad del vaso ochavado, náufragas entre la pedrería de un iceberg triturado con una mano de piedra, las birrias o birriondas, tus famosas birrias, iniciaron el ascenso. Se abalanzó su efímero tejido de blanca y pestilente espuma. Al final del silencio y las piernas cruzadas y las manos metidas quién sabe dónde, ¡y dónde iba a ser!, creo que de las mugrientas birrias, sólo nos quedaban una o dos líneas blancas incrustadas en las rayas octogonales del vaso ochavado. Atestiguaban el amarillento pasado de la cerveza. El extremo de la barra, cubierta de fotos y cuadriles primitivistas. —*Made in Solentiname*— decía el rotulito de los *cien dólares price*.

Pedí la cuenta, salimos a la acera. Esperamos otro Lada. Me acordé de la calcomanía sobre la guantera. La fetidez que cerraba la puerta de otra fetidez. Pero nunca sospeché que uno o varios de aquellos párrafos de cantina, ingresarían en mi vida con la cruel llaga de la piel que se aferra a la lengüeta de los poros.

Como los Ladas no pasaban. Como no pasaba ni tan siquiera una bola de hierros retorcidos. Cualquier cosa que rodara sobre las viejas cicatrices del asfalto, amortajados entre el apósito de las dos cunetas, regresamos por otras dos cervezas.

Creo que por primera vez en mi vida, maldije a Mario. No tanto por la cerveza. En Normandía, en El Nonemei, en El Barba Azul, en El Vereda, y especialmente bajos los aguaceros de Sibolga en Singapur, la habíamos tomado sacada de la axila del infierno. O capaz de calentar la axila del Demonio. El me había hablado de que se podía bailar. Y la puta flaca —la que nos atendía—, sin

que nadie se lo pidiera —con sólo vernos, cualquiera sabía que queríamos restregarnos— comenzó a poner Nicaragua, Nicaragüita. Toda la enciclopedia universal y grotesca de los Mejía Godoy. Realmente lo odié. Lo desprecié. Lo envié a la más hedionda y lejana mierda del que se está muriendo por dar una bailadita con la que alguna vez fue su chica ambarina de los años sesenta. Para que quede clara esta idea, voy contar algo que no viene al caso: —Cuando era chavalito, muchas veces quise enrollar un trompo. Nunca pude. Terminaba por odiar el trompo, y la manila. Esta vez, el trompo y la manila, terminaban en el mutuo recelo. La Pajarita buscaba su manila, yo buscaba mi trompo. Creo que el asunto no viene al caso.

En definitiva, a Mario lo borré de mi lista de conocidos. Me quedé sin conocidos. Al Bobby, a Barreiros, al Gavy, ya los había borrado por alguna cosa así. Lo borré con una tinta indeleble que impuesta en su profunda palidez permanece hasta el día de hoy. Al menos, yo espero que permanezca hasta el día de hoy, dentro de 300 siglos —¡Se podía dar una bailadita!—. Y la chinela de gancho —rosadas para mayor saña—, nos sale con *Las Campesinas del Cuá*, *La Tumba del Guerrillero*, *La María de los Guardias*. La panoplia asquerosa de Los Rosquetes de Somoto.

Conozco las bromas del Sargento Mayor. No desconozco el humor de los Highlander. Sé cuanta ironía, sutil y chocarrera se esconde bajo la falda del Gaitero Mayor. Como forma del conocimiento, todavía oigo sus voces de mando. Tiernas como el piropeo de un napolitano, o los reclamos de un gondolero veneciano. Todas esas cosas las había aprendido en Ranville, cuando nos sustituyó la Ronda Negra de la Guardia Escocesa. Al acercarse al puente del Orne —aún los veo acercarse—, el Gaitero Mayor ejecutaba *Scotland The Brave*. Y metiche otro, que también se llamaba Mario, un cabezón de la 101 Aerotransportada, le levantó la faldita. El Gaitero Mayor, también era el Sargento Mayor. Su bofetón fue sólido como la música, y el humor que acompaña la celebración de una boda escocesa. Desde entonces conozco ese humor. Pero lo del Rinconcito fue una crueldad. ¡Una infame ingratitud! O, tal vez, yo me confié en la supuesta maestría con que Mario decía manejar la astrología del recuerdo, sin llegar a las enseñadas salobres del burdel, No obstante el rencor (¿burbujeante o espeso?) de aquella tarde, y sin pretender borrar la tinta indeleble de los futuros siglos, quizás pueda dar una versión que le favorezca.

Descripción sin explicación, Mario hablaba o escribía de esas cosas con devoción monimboseña. Con unción casi masaya, menos que masaya. La Guardia Escocesa... la Ronda Negra... Ranville... la Gloria Lara... un Volvo azul... un Karman Ghia —menos que recuerdos, decía, no son nada, o apenas nombres que leí en un viejo libro de la Editorial Sudamericana—. Y realmente, eran la nada, menos la nada. —Olvídate de la Gloria, olvídate de ese libro y sus dedicatorias. Traeme medio vaso como un jeme de *Red Label*. No me lo echas a perder, acordáte de Richard Burton, un cubo de hielo por cada medio vaso. Y donde su nada se volvía más espesa, o más transparente. Poneme los cantos gregorianos de Abbey, el Calcat, el coro de L'Alumnat, la Hofburgkapelle, Santo Domingo de Silos. ¡Poneme el cassette que te regaló el Dr. Fuentes! Espérate que lo voy a buscar, lo buscaba, no lo encontraba, lo seguía buscando. ¡Poneme el que te regaló Napo! Fíjate que no lo hallo, búscalo que lo vas hallar. Por fin lo encontraba, le ponía el cassette que me regaló el Napo ¡Traeme otro jeme! Le servía el otro jeme, me servía mi jeme, pero ve, no se le ocurra, no le digas nada al Napo, en las tabernas de Londres se oía pero no se escuchaba la música contemporánea de William Shakespeare, de seguro den las tabernas de Londres Lodos estaban borrachos. Agitados como las olas en Duny. ¡Traeme el otro jeme! Se oía pero no se escuchaba, en las tabernas de Londres.

¡Traeme el otro jeme!

Lejos de todas esas bicheradas, esa tarde, la Pajarita Guido y yo, alquitranados desde la Bolívar, nos derretíamos. Calor hijueputa que se convierte en hilachas de vaho interior, nos estábamos muriendo. Zozobrábamos en las ganas de oír y bailar *Señora, Cabaretera, Luces de New York, Fichas Negras, Vendaval sin Rumbo, Tu Precio, Cuartito 22, Malvado Proceder, Angustia, Mamposina*. Cuando menos *Burbujas de Amor, o Estrellas y Duendes*. Según la Pajarita me gustarían. —Ya vas a ver que te van gustar a pesar del Juan Luis Guerra y los cuarenta pendejos que tocan cuarenta veces la misma canción.

Volvió la chinela de gancho. ¡Más cerveza! ¡Más hielo! La misma infamia ahora vertida en unos vasos cubanos que reproducían la tosca calcomanía vista sobre la guantera del taxi. Y será, o fue por la cara, o las ganas que ya para entonces podía ver cualquier ciego o sordomudo del Tercer Mundo, capítulo de Nicaragua, que la chinela de gancho, su mejor forma de cortesía y

complicidad, mezcla de menú y letanías, dijo: —Si quieren les pongo a Pablito Mitanes, a Silvio Rodríguez, a Víctor Jara, a la Amparito Ochoa, a la gorda de la Mercedes Sosa. ¡Ah! también tenemos a una chilena de apellido Parra. ¡Son buenos para calentar motores! Y como esto se mantiene atestado de internacionalistas, tenemos muchos cassettes de esos que traen de Cuba, y de quién sabe dónde. Si quieren se los pongo. Los pecusos y la dueña dicen que es música nítida. Pura revolución. Los dejan empañados por comida y guaro. Primero se hartan, se emborrachan, y después no tienen con qué pagar la cuenta. El otro día, por una media de Ron Plata con dos coca colas y una boca, le rempujaron a la Vieja un poster de Fidel Castro. El colmo, por dos cervezas le metieron la foto grande de un barbudo con una estrella en la boina. Y como es la jefa del CDS, se los tuvo que agarrar—. Según la chinela de gancho, el pijulito que acompañaba a los pecusos y andaba hasta el queque, le gritó a la vieja del CDS: —Mire, compita, acuérdesse que tiene que colaborar con la alegría del pueblo—, Moronguda la vieja gorda, puta, reputa, pelo teñido, yo la había visto en los chinamos del Malecón con un flaco de la Seguridad, y encima de eso el pijul: mire compita.

Y ni modo para ella. Y ni modo para mí.

Pagué la cuenta y comenzamos a salir de El Rinconcito. Aprendidas en los burdeles del Levante Citadino, repasadas durante mis horas libres en el Monasterio Goyenista, dije cuatro vulgaridades sabias y ejemplares sobre la Trova Cubana y los cantautores del coño sur. Hubiera querido decírselo en su cara, decírselo a la Vieja del CDS que era la misma Vieja del Rinconcito, pero como estaba encerrada con su asesor de transporte pesado, con toda la arrechura del mundo, y sin nada de pena, se las dije a la chinela de gancho.

—Señor, si a mí tampoco me gustan esas mierdas. Pero eso es lo que tiene la Vieja. Si no las pongo me corre del trabajo. Dice que se le van los chancheros sandinistas. Fuera de los pecusos, aquí no entran ni moscas. Que se lo explique la compita.

Su cara estaba más pálida que a chinela de gancho. Durante una de mis meadas le había contado a la Pajarita, que unos cubanos se la llevaron a los matorrales de la UNAN, y en pago de

la cogida, por que no andaban billetes de ninguna clase, le habían dado un calendario de muñequitos, y unos libros pasta verde.

El calendario era de Solentiname, y los libros —siete tomos—eran la autobiografía de Kadafy, o de King U Sung, pero Gracias a Dios, ni por casualidad nos habían puesto la *Canción del Elegido o el Son de la Loma, o La Canción del Labrador, o Gracias a la Vida*. Y gracias a la vida que me ha dado tanto, la Vieja del Rinconcito estaba encerrada con el asesor de los T-55.

Estábamos en la acera, la Pajarita me preguntó si el *Son de la Loma* era de Benny Moré. El muy estúpido, le dije que sí, Y entonces —ya para entonces se había vuelto preguntona— me preguntó por qué no me gustaba. —Vos te pasabas noches enteras oyendo al Bárbaro del Ritmo. Muchas, muchísimas noches te vi inclinado sobre el amanecer de la consola Magnovox. Una y otra vez devolvías el brazo del tocadisco—. Extrañando el ámbar del *Red Label*, me tragué el último pedazo de hielo. Su tejido de espuma amarillenta. De alguna forma, le dije: —que a lo mejor me había confundido, y el *Son de la Loma* era de la María Luisa Landín, o la María Griver, o Aníbal Troilo, o Agustín Lara—. Lo contrario era entrar al mundo de María Fernanda. Contar una historia, que entonces desconocida, ya me llenaba de terror. Para despistarla, le dije que el *Son de la Loma* tenía que ver con alguien que algún día se llamaría María Fernanda.

—El día, el algún día me importan un bledo. Yo quiero saber ahora quién se llamará María Fernanda. Para que esta vez el nombre de María Fernanda no sonara tan castellano, y la Pajarita no me siguiera preguntando, le dije que María Fernanda, cuando María Fernanda existiera, se llamaría María Fernanda Álvarez Esparza. De todas formas, la pregunta se desplomó. Me preguntó quién era o quién sería María Fernanda Álvarez Esparza. —María qué, ino me joñas! En el clásico estilo de los *Pathfinder*, le contesté que se trataba de una granadina de la Calle Atravesada, que, según tenía entendido, para el año ochenta y seis y siguientes, había entrado bajo la protección de uno o dos asesores libios. Casi para cerrar el punto, mira, esa historia, ahora sólo la presiento. Cuando la haya vivido, te la cuento. No hablemos más del asunto. Déjame escribirla. Déjame conocerla, y después te la cuento.

—Entonces, los párrafos y los apuntes sobre las viejonas son mentiras. Inventos de tu cabeza.

—No son mentiras. Son apuntes. Las viejonas que vos me señalastes eran pelo negro. Negro azabache, y eso, a mí, no me dice nada. Pero los apuntes, quizás, sirvan para escribir algo. Distinto o parecido. En el futuro.

Vamos rumbo a otro sitio. Sin haber existido, María Fernanda Álvarez Esparza, ya pertenecía al pasado. Vamos rumbo a otro sitio. Quizás al Barba Azul. Todavía no he podido amarrar nada con la Pajarita. La bailadita, las ganas de restregarme se me van quedando en pura nada. ¡Chinela de gancho! ¡Vaso ochavado! ¡Pablito Milanés! ¡Silvio Rodríguez! ¡Mejía Godoy y los de Palacagüina! ¡La Tumba de Guerrillero! La pura cabronada. Siento que la música encabronada por la alta comandancia, se me va tragando el repertorio de los cuerpos.

Del mismo color, pero creo que este era de la Cooperativa Daniel Ortega, sobre la calle Colón bajamos hacia el lado del Cementerio General. Vamos casi derecho al Barba Azul. Otra vez las huellas dactilares sobre los muslos. Pero voy pensando que todo eso del Rinconcito fue una venganza de Mario. Seguramente le debía algún enredo en el París de los años cincuenta y seis. De seguro, él sabía que en El Rinconcito no conocían el *Johnnie Walker*. Es casi seguro que me esta cobrando lo de Marjolein. Su viejo humor de Gaitero Mayor, me había enviado al stand de una cadena de tugurios. A la subasta de los últimos souvenirs del Tercer Mundo. Pero también voy viendo, siento que la Pajarita se me está poniendo medio rara. Esquiva. Arisca. Escurridiza. Pero esas pueden ser imaginaciones, bravatas mías. Si no fuera por la María Fernanda, el *Son de la Loma* —aun la interpretación de Oscar Gutiérrez y los Guaracheros de Oriente— me sería indiferente. Tampoco me molestaría que Los Rosquetes de Somoto, nos hayan metido como suyo el arreglo musical de la Tumba del Guerrillero, Sería a lo sumo, una clara aberración que cualquiera puede comprobar oyendo *Pray to the Lord and Pass the Munitions*. Un viejo himno que las Águilas Chillonas habían entonado en el Alfaya Pass, bajo la conducción del Pastor del Infierno.

A pesar de sus muslos, de mis manos dedicadas al disparate de las huellas dactilares. Quizás, porque aún recordaba a la chinela de gancho y la bailadita que ya se me echó a perder, o por los malditos conos afro-suramericanos, me puse a pensar que la Pajarita Guido ya no era la misma, pero tampoco era otra distinta de la que siempre fue, es decir de la que siempre era. Pensaba —

y de seguro por puro enojo contra Mario y la Misa Campesina— que algunas de sus cosas habían cambiado, o quizás más bien habían cedido su lugar a otras nuevas cosas. Tal vez eran las mismas cosas, pero transformadas en otras diferentes.

Una pierna larga, torneada, casi elemental —otra vez tengo la mano sobre su pierna derecha algodón de azúcar trasmutado en su rosada textura, no es otra pierna, es la misma, pero bajo otra forma. Bajo la forma que en ese momento debe tener para ella y para el que la invita cuando vuelve a verla. Sólo para quien la invitó a Pochomil, y nunca volvió a invitarla, aquella pierna deja de tener existencia alguna —o nunca la tuvo— porque para quien vuelve a invitarla, la pierna no puede ser más, ¡Dios Santo!, que otra vez, la misma pierna en otra pierna.

He hablado de sus piernas. Después (después de qué) seguían sus tetas de gata siamesa. La dureza de la nalga costeña. El vientre, la ondulación nacarada, el borde encarnado junto a la orilla del abismo. Y mira, Pajarita, vos no podrías contar las horas y los días que estuve al borde de ese precipicio, ahogándome en su fondo de hierbajos Freud, Jung y el vértigo me retorcían de risa. Vos lo sabes, contra nuestras fieras en su jaula, cada una metida en su otra concha, todo exorcismo fue consumación sin inicio, sin final. Te lo juro, y no es necesario porque vos lo sabes mejor que yo, pero entre el *simio y Platón*, quizás apoyado en un Marqués entonces torpe, todo tu cuerpo, *una gentil historia de amor y languidez*, fue un cilindro taponado por mi piel. Y eso, igual o diferente, también es la misma cosa que siempre está donde vos dejas de ser otra para volver a ser la misma. La suma de los dos. Vos y yo, exactamente iguales. Es decir nada, sólo el recuerdo de las pajaritas en mi vida.

Llegamos al Vereda Tropical, El Barba Azul estaba cerrado esa tarde. Por tres carreras, ahora eran cuatro cientos mil pesos sandinistas. Cuatro de cincuenta mil y dos de cien mil se zambulleron en la guantera del taxi. Al bajarnos para entrar al otro mundo, detrás de la calcomanía, las caras de la mugrosa hediondez continuaron su viaje al más desteñido rincón de la sonrisa, y la mentira. Como el viaje fue triple, tres veces nos tragamos la Radio Sandino. Al entrar al Vereda, todavía recordaba *i...y allá va el general con su batallón, rojinegro pañuelo lleva en el cuello rumbo al Chipotón...!* Y después seguía, creo que seguía *i...allá está el general con su estado mayor...!* ¡Cabrerita interpreta una mazurca en Re Menor! Y como el viaje fue del

Rinconcito al Barba Azul, y después al Vereda, después siguió *i...el pueblo unido jamás será vencido...!* *i...el pueblo unido jamás será vencido...!* Uno de sus versos, así decían los coros afro-suramericanos, decía *i...será mejor la vida que vendrá a conquistar nuestra felicidad...!*

Decía eso, o algo parecido. Pero cualquier cosa que dijeran los conos afro-suramericanos, mi pueblo unido, mi batallón, mi felicidad, mi mazurca en La Mayor era la Pajarita Guido. Nuestros deseos empujando la cortina que abría la sala principal del Vereda, ese era mi único e inaccesible Chipotón. Según mi estrategia, allí en el Chipote del Vereda Tropical, el tal Cabrerita se convertiría en este Guerrita. En la guerra y la guerrilla, en la guerra de guerrillas que le montaría sobre los breñales de su mazurca en La Mayor. —Si no te hubieras puesto medio rara, uraña, yo hubiera sido tu ejército loco. Patria o muerte, sin que me importaran las tierras que me iban a dar en los cerros de Jinotega —¡a la mierda la muía parda!— mil veces hubiera muerto sobre el Chipotón de tu mazurca. Patria o mazurca, yo hubiera muerto sobre tu mazurca.

A esa hora, casi cualquier hora después de las ocho o las nueve de la noche, ya no había nada de Mario, o El Rinconcito, que pudiera inquietarme. Únicamente me inquietaba la Pajarita Guido. Su cuerpo sobre las rocas de Pochomil. Para no perder el tema, le decía, que ya casi estaba escuchando las olas del mar. Que todavía no me había dado ninguna contestación, pero ya estaba mirando el sol enrojecido que se deslizaba sobre su espada. Que todavía no habíamos salido para Pochomil, y ya me sentía calcinado por su cuerpo como muchas veces me había calcinado en los años sesenta. Para ver si conseguía arrimarme a su respuesta, a su silencio envenenado, le dije:

—Imagínate que vos sos mi generala. Que yo soy tu batallón. Y que mañana completamente desnudos, sin pañuelo rojinegro, estaremos en los peñones de Pochomil. Imagínate que yo, tu Cabrerita de toda la vida, te voy a tocar tu mazurquita. La que siempre te ha gustado que te toque. La que vos sabes que sólo yo te sé tocar. Pensá que nuestro pueblo unido, que nuestros cuerpos tenazmente unidos, serán vencidos y sepultados bajo una montaña de caracoles negros. Imagínate la inmensa huella que nuestra baba, más blanca que la Blanca de San Rafael, va a dejar sobre la bahía salitrosa de Pochomil.

Dije otro montón de cosas. De boberías y dislates que ahora ya no recuerdo. Pero en cualquiera de mis poros o los suyos, ya presentía que para esa noche, a cualquier hora que

terminara esa noche, la teoría dactilar de la memoria y las pieles, se quedaría en bocanada de humo Freud, Jung y el vértigo ocupaban su asqueroso espacio. No me equivoqué. Su forma de cambiar, la forma en que fue cambiando hasta quedar lejos de mis manos para cualquier tarde o noche, era simple, alegre pero rotunda. Esa noche me pareció que entre rotunda y drástica, hay una diferencia que se sobrepone al olvido de hasta siempre nunca. Había en su piel, ahora distinta a la del mediodía, distancia sin desprecio. Enojo sin desdén. Solidez sin menosprecio. Estaba a punto de montarme en otra teoría. Un pellizco sobre la historia que todavía no asociaba a mi piel, me volvió al lado de la Pajarita.

Encontramos tres pachitas de *Red Label* y varios *sixpack* de *Perrier*. Según la Teresona, regenta del Vereda, los obtenía de un escolta que se las robaba en la casa de un comanche. Nunca supe su nombre, ni me interesaba saberlo. Pero la Teresona decía se trata de un enano, rechoncho, palurdo, parlero y engolado como las caras de cualquier adoquín. ¿Adivina quién es? La primera de *Perrier* la utilicé para enjuagarme el sabor de las cervezas. El primero de *Red Label*, un generoso doble, nos sirvió para relajarnos. Para, más o menos, sacudirnos a Los Rosquetes de Somoto y sus inefables compañeros suramericanos. No hubo necesidad alguna de exponer nuestras intenciones, que ya para entonces, sólo parecían ser mis intenciones. Una de las chicas de la Teresona, la que se sentaba conmigo cuando llegaba solo, se embrocó sobre el mini-componente Sony. Y si ya no era ni mi tarde, ni mi noche, lo mejor de la Sonora Matancera, algunas cosas de Felipe Pirela y la Billos Caracas' Boy comenzaron a despabilar los recuerdos de mi piel. Perdida la silueta de su pelo negro, para entonces, ya su piel era denodadamente otra.

No me interrumpió. Pero, según me había mandado a decir, ella, mi Pajarita, quería hablar conmigo. Antes del tercer doble, comprendí que desde nuestro encuentro por la tarde, yo había confundido las cosas. Las manos y los muslos recorriéndose mutuamente. La comprobación de que las piernas y las manos seguían estando ahí, y aún podían hacer los mismos recorridos. La teoría de la huella dactilar de los poros, su lengüeta como única explicación de la memoria, nada tenían que ver con la ronda de este día. Su ternura después de tantos años de ausencia; la dulzura que había permitido un nuevo recorrido dentro de los viejos recorridos; las insinuaciones con que alentó nuestro viaje de mañana al viejo Pochomil, es más, las que alentaron en carne viva la posibilidad de nuestros cometas o lechuzas encaramados sobre el cielo blanquecino de

Pochomil, nada tenían que ver con mis figuraciones. Es decir, tenían y no tenían que ver con el asunto de la tarde que ya era casi medianoche.

Al pedir la segunda pacha, comprendí que nada lograría con sacarla a bailar *Cuartito 22*, o *Vendaval sin Rumbo*. Es posible que la Teresona, su ojo de águila profundo como las cartas de una gitana haya pensado que para llegar a Pochomil, hoy o mañana, hacía falta algún buen plato frío. —Pero, Vannesa, qué te pasa, no le has puesto ninguna boquita a los muchachos—. Como de costumbre, la Vannesa, o tal vez era la Karlita, volvió con las aceitunas, el queso manchego, los palmitos, el peperoni y las galletas saladas e inglesas. Alegre, dicharachera, la Teresona también volvió con otra de sus adivinanzas. No recuerdo su forma de construirla, pero terminaba diciendo: —Esto es lo que británicamente, puedo ofrecerles—. Muy profesional en sus servicios —¡gracias Teresona!— pero el plato frío, las aceitunas rellenas de pimentón, atravesadas por un palillo orlado de rojinegro, tampoco iban rumbo a Pochomil.

Escudado en el ya ni sé cuál trago del amanecer entre la noche» sólo para aliviarla de las cosas que me quería decir, le pregunté: —¿Y entonces?—. No puedo decir que al contestar se dirigía a mí. Pero mientras mí vaso perdía contenido, casi como el vecino pierde la mascota que nunca tuvo, comenzó a decir, o a lo mejor ya había comenzado a hablar, y yo únicamente escuché esta parte:

—Yo sé que esta tarde te has hecho ilusiones. Desde que te conocí, fuistes la ilusión terca e ingenua. La ilusión perfecta en su ingenuidad. La ingenuidad para otro cielo y otra mujer. La perfección para alguien que comprenda que la ilusión, por maravillosa, escapa a la tenacidad del enojo cotidiano.

—¡Por favor, Pajarita, no volvás con la misma sarta!

—¡Aguantala! Por eso te adoré. Te tuve y te perdí, Muchas veces aparecí y desaparecí en tu vida. Me reí de vos, y tus bravatas. De tu dureza de melcocha. Y creo que por eso te voy a guardar para siempre en alguna cajita negra. En tu misteriosa Cajita Negra.

—¡Plisito, ternura! ya sé para dónde vas...

—Y dentro de la Cajita Negra, te pondré mi Estrella de Jericó. Nuestras viejas murallas al alcance de la trompeta.

—Si lo vas hacer, me gustaría...

—¡No necesito indicaciones! Yo sé muy bien dónde te la voy a poner. ¡Sé lo que te gusta! La pondré en la Cajita Negra junto al collar de barbasco, y las fotos que te regaló la otra pajarita. Y después ¡claro que lo voy hacer! la Cajita Negra te la voy a poner sobre tu bandeja ovalada que nunca fue tuya.

¡Promételo! Nunca vas a decir nada de la Cajita Negra.

—Mira, chavalito, te voy a decir una cosa. La Cajita Negra, el collar de cimarra, la bandeja ovalada y las viejas fotos, son cosas de las que ya te deberías ir olvidando. Creo que la vida se te va pasando de años, y los años se te van rebalsando de pajaritas como yo. Al final de las pajaritas y los tantos años, te estás quedando sin pajaritas, y sin años.

—¡Si seguís así, me marchó! Te dejo con la Teresona.

—Hace lo que querrás. Esta tarde, en El Rinconcito, vi cómo te brotaba la costra de tantas pajaritas. Créemelo, eso es apenas la costra de la pajarita que nunca has querido encontrar. O que para ruina de ella, y fastidio de nosotras, no se ha dejado encontrar.

—Si querés me pongo el rótulo. Se busca pajarita castaña.

—Nunca has podido borrarle el letrero. Si vos pensás que me tragué que el *Son de la Loma* es de la Griver, o la Landín, estás equivocado. A pesar de que insististe, de que me cambiaste el tema, yo supe que ahí escondes el hueco de otra pajarita que no se dejó encontrar.

—¿Entonces, qué pensás del viaje a Pochomil?

—No hay viaje. Pero te lo digo, la ingenuidad que le faltaba a mis ilusiones la encontraba en vos. Cuando me dabas tu cuerpo y mi cuerpo inventado por vos lo recibía, no quedaba dentro mí un solo hueco. Ni por dentro, ni por fuera. Sólo entonces, fui yo, y eso me mantiene viva.

—Si querés, te convierto en la Pajarita Inmortal.

—¡Por favor! No me prometas lo que siempre me cumplistes. Yo nunca te pedí promesas, pero prométeme que vas a cambiar la maldita forma de autodestruirte. Cambiala para alguien, cambiala para vos mismo. El mundo de la cabellera castaña, Odair José, y la basa del tendido eléctrico, aunque no te guste merecen otro encanto.

—A vos, nunca te hablé de cambios. A los veinte y tantos, ¿qué iba a cambiar?

—¡Si no cambias, te jodés! Yo vi junto con vos la película italiana que le contaste al Notario. Vi el sobre y la recomendación explícita sobre Scarlatti, y las tales cabelleras castañas. El Alfa Romeo a 180 kilómetros por hora, es parte de tu vida. Eso sos vos, pero si no cambias, te vas a quedar en perro solo.

—¿Y eso qué?

—Ya tenes cara de perro solo. Solo y apaleado. Mira, yo creo que el Notario, término que empleabas para esconder el amor, la generosidad y amistad del padre de Mario, tenía razón. Y la sigue teniendo. O te alejas de las pajaritas y las cabelleras castañas, o cambias si querés retenerla.

—¡Otra vez las cabelleras!

—Ya sé que todo esto que te estoy diciendo, no te importa. Te fastidia. Y aunque te quedés callado, o me contestes las cosas que me venís diciendo, también sé todo lo que me vas contestando por dentro. Y no tenes ni la menor idea de cuánto me gustaría oírte. Oírte de verdad. *Okey*. Prívame de ese encanto. Pero déjame decirte otra cosa sobre las pajaritas en tu vida.

—Me callo. Dirección Nacional: ¡Ordene!

—A pesar del comportamiento salvaje pero hermoso que tenías en los años sesenta, y que ahora, desteñido como los viejos *blue jeans*, deberías guardar en algún lugar imprevisto, creo que vos, inestable y desgredado, sos honesto con vos mismo. ¡No hay nada que te arranque de las benditas cabelleras! Te vas a morir pensando en la cabellera castaña.

—Te prometí silencio. Pero casi que siento la marea de Pochomil pegando contra nuestras rodillas. ¡Imagínate la espuma!

—Cada vez que te mentís sobre las cabelleras castañas (¿te acordás de todo lo que me decías sobre mi horrible pelo negro?) sos vos quien se engaña, Y si algún perjuicio causas, sos vos, quien realmente lo sufre.

—¡Nunca dije horrible! Era negro, y eso basta.

—Sé que no lo harías. Sé que vos no mentirías si supieras que cuando decís que vas a cambiar y no cambias, herís al más antiguo de tus difuntos.

—Parala, mi amor. ¡Por favor, parala!

—Te conozco, y sé que por una cabellera castaña, vos sos capaz de decir cualquier verdad, o cualquier mentira.

—¡Peor que eso! La borro y la vuelvo a escribir.

—Cuando te mencioné *Burbujas de Amor*, *Estrellas y Duendes*, las oí en la casa del embajador dominicano, de puros celos, dijistes cuatro disparates sobre los integrantes del conjunto.

—¡Cierto! Los 4.40, son cuatro pendejos que tocan cuarenta veces la misma canción. Además, lo oí en la calle.

—¿Y a vos qué te pasa? Desde cuándo andas recogiendo chucherías ajenas. Vos tenes tu propia calle. La otra se queda pálida.

—No me pasa nada, pero en la calle también se aprende. —De todos modos, tus dardos no estaban dirigidos contra mí.

—No hables zoncerías. A vos siempre te disparé el mismo dardo.

—Eso nunca lo olvido. Además, no quiero olvidarlo. ¿Y si lo olvido, con qué me quedo? Entendeme, en tus palabras se notaba otra pajarita de cabellera castaña. Otra en la misma cabellera de los años sesenta, setenta, ochenta. La misma de ahora.

—¡No sé de qué me hablas! No lo recuerdo. Lo olvidé.

—¡Otra vez, Marión Brando! *¡La bad memory!*

—Nada de eso. Me puse viejo. Se me quemaron las neuronas. No me funcionan los circuitos.

—¡Mira, chavalito! ¿Te acordás quién te decía así? Sé que en una vieja tarjeta, escrita por la mano de otra pajarita, tenes la descripción de la pajarita perfecta. Desglosada de pie a cabeza. Allí está la cabellera castaña.

—La rompí. Si no, me quedaba más solo y perro que nunca.

—Te ruego que lo entendás. Procura entenderlo. Rogale a alguien para que podás entenderlo. ¡Bajá tus santos! Acordate de lo que vos decías. Cambiar es inventar.

—¡Ya bajé el cielo entero! Tus santos, los míos, los nuestros, los ajenos. Todos los días practico el invento del cambio.

—¡Seguí bajando! Esa pajarita, no existe. O sólo va existir, cuando la escribas, y no dudo que algún día la vas a escribir. Pero no te va servir para dormir con ella, mucho menos para oírla, o para dar una vuelta sobre las viejas vueltas. Mira lo que te digo. Sácala del invento, ponela en la realidad.

—Oírla siempre la oigo. Lo demás, no te entiendo. —Como sé que todo esto lo vas a escribir, quisiera que invirtás la expresión, y digas: para dar viejas vueltas sobre nuevas vueltas. Y a continuación agregues: de esta forma, el pasado te devolverá tu presente bajo la nueva forma de mi pierna.

—¡Por favor pajarita! ¡Plisito! Parala ya.

—Sé que estás por estallar, y vos nunca has estallado con una botella de *Red Label*, pero, *iCielito Lindo!*, o cambias, o te olvidas de las malditas cabelleras castañas. Pero si cambias o no cambias... conserva tu música. Tu Sonora Matancera. La Billoso Caracas' Boy que tocaba en el Tequendama de Caracas. No desampares a tu Luis Alcaraz, protegé a tu Benny Moré. Aferrate a Los Churumbeles de España que oíste en el González. Por nada del mundo, cambies a tu Orquesta de América. ¡Olvídate de las becas internacionales! No le prestes a nadie el Álbum de Oro de Pérez Prado, Preserva todas las malditas cosas bellas que sacabas de tu cabeza. Conserva toda tu prodigiosa roconola de cantina. Si puedo, te la pongo en la 'Cajita Negra. No malgastes tus cines de barriada. El Tropical, el Trébol, el Lux, el Bóer, el Principal, el Alameda. Tu doble tanda del Teatro Salazar, el González, y el Margot. Especialmente el Cabrera. Lo conocí cuando vos me llevaste a ver Nido de Ratas. En realidad fuimos a ver a Marión Brandon. Según vos, la estabas viendo desde 1957. *iCielito Lindo!*, no te movás de allí. Quédate con tu Buster Keaton, Harold Lloyd, las palomitas de maíz, y el Pájaro Loco. Seguí comprando tu chocolate Nestlé, tu Hot Dog, tu Coca Cola. Quédate con Stan Laurel y Oliver Hardy, y todos los demás que ya no me acuerdo cómo se llamaban. Esa es la pureza de tu mundo. Agrégale todas las películas de tu corazón, cualquiera música, pero alguna vez acordate del Cat Stevens de los sesenta. Odiaría que te conviertas en rata de juzgado, y que tus tardes te las pases leyendo libracos de derecho. Incluso, los que te regaló el Notario, Te detestaría, si ejercieras la triquiñuela como profesión. La deshonestidad ataviada de verdad jurídica. Me daría lástima verte arrasado por el ninguneo de los puestos gubernamentales, y la servidumbre de todo lo otro que vos ya sabes. Y créeme, si eso fuera lo que yo te deseo, mejor te recomendaría que volvés contra la basa del tendido eléctrico. O por el segundo disparo que siempre se le debe al primero. ¡Mira lo que son las cosas! Cabellera negra, cabellera castaña. Nada valía nada. Mucho menos, tu arranque de arrechura. Te dije, yo siempre te lo dije sos un perfecto imbécil. Y eso que nunca te fuistes a la pieza en París, a pesar de las tantas veces que te lo propuso el Notario. De ahora en adelante me callo para siempre; pero ¡por favor, *Cielito Lindo!*, encontrá, ahora o nunca, a la que siempre ha vivido en tu balanza. No necesitas buscar a ninguna que se parezca a mí, a la otra, a la que se sueña pero no es su realidad, y tampoco su sueño, ni el tuyo, ni la realidad de nadie. Salvo por el pelo negro, cualquier otra, incluso la Chinita de Formosa, todas somos iguales a las demás pajaritas de tu vida. Todas tenemos la cortesía, la distinción, el respeto, la generosidad de decirte: «*iNo me jodás, pedazo de mierda! Yo sí te mato. Te tiro. Te vació el Aka. ¡No me jodás, yo estoy*

*blindada!*» Una última cosa, *Cielito Lindo*, si cambias, te jodés y, si no cambias, también te jodés; te lo juro, mi tierno. Como dice o decía Doña Carmen, el barco está jodido.

Por los bostezos de la única chica que quedó a cargo de nuestro servicio —la Teresona y su Jefe de Escolta, dormían un sueño sobresaltado— supongo que eran más de los pocos minutos que eternamente faltan para el amanecer. Y como no tenía nada que decir, y tampoco creía lo que decía la Pajarita Guido, aterrado en las alas de las pajaritas, me entregué a repasar el decorado de El Vereda como lo había hecho tantas otras veces. Tantos otros minutos después del amanecer. El espejo y el Buda, la espalda del Buda reflejada sobre el espejo, estaban en el mismo lugar. Y en la mesita de cromo y vidrio ahumado, los sobrantes sosegados del escocés se acomodaban en la transparencia de las botellas. Me pareció que para ellos llegaba el momento de paz entre lo que se consumió y lo que todavía queda para un día sobre el cual el calendario, nada específica. La cassette auto-reversible se repetía por encima de cualquier cosa que se llame incesante. Y si no hablo de alguna luz, digamos una astilla de sol, filtrándose por alguna ventana o hueco o rendija, es porque a esa hora, cualquier luz me importaba tanto o menos que las palabras de la Pajarita.

Herrumbrosa pero centellante en la media luz de la tercera veladora rojo pitahaya, la tijera de la memoria fue recortando el rostro de las pajaritas. Cuidadosamente recortados, traté de encajarlos en el hueco de sus palabras. Impactado por la precisión con que cada rostro se insertaba en el rompecabezas de las pajaritas, me pareció" que en realidad, quien había propiciado aquel encuentro, era un crucigrama que buscó y localizó el adiós de los cartones recortados.

Como todavía me quedaba la pieza central, a partir de la cual surgía mi rompecabezas (el de ella ya había encontrado su adiós), repetí: —¿Entonces qué? ¿Qué hay del viejo Pochomil?—. Me dijo que no podía. Que jamás podría haber otro Pochomil. Me lo dijo casi sintiendo decir que no. Mejor dicho, era no, pero era sí. Simplemente no podía. No podía arriesgar. Estaba viviendo con Cirilo Herrington que tenía cinco temporadas de estar bateando arriba de los cuatrocientos puntos. Era nada menos que el Campeón de Bateo. Líder en anotadas y empujadas. El mejor roba bases del béisbol nacional. El mejor *left fielder* de Nicaragua, Centroamérica, México y el

Caribe. Estaba firmado por los Yanquis de New York; y el próximo año, estaría en el engramado del *Yanqui Stadium*; y ella estaría en lo palcos del *Yanqui Stadium*; y cuando los Yanquis de New York, fueran de visita a Boston, ella también estaría en los palcos del *Fenway Park*, viendo cómo Cirilo sacaba la pelota de los Medias Rojas sobre la barda del *center fielder*.

Yo no lo imaginaba, —Pero ¿te imaginas todo lo que voy a ver cuando los Yanquis jueguen contra los Cachorros de Chicago, o los Indios de Cleveland, o los Gigantes de San Francisco?— No me lo imaginaba, y todavía no me lo imagino, pero supongo que su radiante rostro de olivas, casi aventajado por los cincuenta, aún viaja sobre el *center fielder* de las ilusiones.

Definitivamente, no podía. No era cosa de olvido, o ganas, o desprecio. Tenía que pensar en sus hijas que ya estaban de bachillerato. Eran las hijas de un enobarbo que jugó la tercera base del Bóer en los tiempos de Conrado Marrero. Era mal jugador, y malencarado. Y como estaba metido en unos enredos que casi se traslucían con letra de molde —una ofensa contra su musculatura de gimnasio—, el equipo terminó por botarlo.

Después jugó con el Cinco Estrellas, y el San Fernando. Era tan malo que lo botó el San Fernando. Lo botó la Pajarita Guido, y terminó jugando en la Liga Mexicana para los Tigres de Saltillo y para la otra mujer, que también lo botó. Supongo que en Saltillo, algún día le explotó la cana que ya llevaba debajo del uniforme. En la vulgaridad de los botines blancos. Supongo, quiero suponer, que ahora vende rasacielos en algún lugar de la tierra.

Bueno, ella casi lo sentía. Por arriba de los cuatrocientos puntos, yo aún lo siento. Otro taxi nos llevó a su dirección en Bosques de Altamira. De regreso me bajé donde la circunvalación de Tiscapa se convierte en la Avenida Bolívar. El Lada Blanco también era de la cooperativa Daniel Ortega. Su tarifa fue el doble de la normal. Según el militante conductor —indio, chirizo y jetudo— eso se le cobraba a los burgueses que amanecían en El Vereda Tropical.

—¡Los tenemos bien controlados! Ya sabemos que al Vereda sólo llegan los majes con billetes verdes. Se los manda la Contra de Miami.

Sólo por no escuchar sus letanías, le dije que era cierto. Totalmente cierto. Hastiado de sus ojos saltones y sanguinolentos, donde el hastío pega con la desilusión, metí la mano en la bolsa de la camisa, y le regalé mí último verdecito de cien dólares.

Lo reservaba para un Pochomil que, ahogado en la boca de los cuerpos, nunca llegó, y ya nunca volverá a llegar. El billete no provenía de Miami. Era el saldo de la venta de los cuarenta y tantos tomos de Castan Tobeñas. Mario los había rematado sin importarle lo que ya no podía pensar el Notario." Ensordecido por las olas de la Pajarita Guido, me parece que el chirizo jetudo, habló de ir a la Diplotienda en cuanto nomás abrieran. Todavía me rebota en el oído la lista de compras que no quise seguir escuchando.

A pie, seguí bajando sobre la Avenida Bolívar hasta llegar a la acera del Ranchón donde la había encontrado. Todavía me gustaba ver el final del amanecer Su estúpida forma de caer sobre Managua. El viento de abril cortado por la mitad se destajaba sobre el cruce con la calle Colón. Se me fueron las primeras horas de un sol que me advertía algo que aún no comprendo. Me fui para la casa de las ilusiones perfectas en su soledad. Al encuentro imaginario de las tres anades. Tras el vidrio, en la retrateras de plata, olían a pan francés, a mermelada de una infancia cortada por otra oscura historia.

No he vuelto por esa tarde. He cruzado por allí, pero nunca encontré la tarde de esa tarde. Ahora mismo, cuando escribo este párrafo en la memoria, estoy en esa bocacalle. De pronto la confundo con las desconocidas calles que llevan a los estadios de Cirilo Herrington. Especialmente, con dos calles que pudieron alejarme de las mujeres encerradas en su propia cabellera. Tampoco he vuelto a encontrarme con la Pajarita Guido, pero por encima de su ausencia, apenas material, quiero que conste que aún ahora, por muchos años, retengo su rostro aludiendo sobre el olvido. Y que jamás he vuelto a encontrar aquel tono que, rotundo y cálido, me decía: —¡Adiós Viejo Campeón!

*5 de septiembre de 1993*

## RICARDO PASOS MARCIACQ

(Managua, 1939)

Comienza su producción literaria en el año de 1992 con sus escritos en diarios y revistas nacionales con "De la mujer, la belleza y el arte".(Colección de prosemas) en forma experimental.

En 1995, publica su primera novela histórica "El burdel de las Pedrarias" de gran significación y valor literario. Ha escrito varios textos de cuentos, siendo el más apreciado "Las semillas de la Luna", del cual escogemos el cuento que se menciona en la presente ANTOLOGÍA.

Su obra cuenta con una virtud de acierto literario en el dominio ejemplar de tomar el tema histórico vivo, dentro del campo literario de manera magistral. Es notable su capacidad para señalar el suceso en la época colonial dentro de nuestra tradición, dejando muy claro todo lo que está dentro de la vida de un Convento, reviviendo con mucha imaginación nuestra vieja historia de formación cristiana.

## EL GATO EN EL RETRATO

El jovial franciscano chontaleño de 62 años, Fray Antonio de la Huerta y Caso, nacido en Juigalpa allá por 1741, salió de su rústica vivienda de adobe desmoronado, con la sotana corta hasta más arriba de los tobillos, las mangas arremangadas y el solideo de lado en su cabeza medio agachada, para dirigirse con la prisa de siempre a la pequeña iglesia erigida en lo alto de un terraplén frente a la placita pintoresca y llena de gente que lo aguardaba, llevando un Santo Crucifijo en la mano, una corona de espinas en la cabeza, y un grueso dogal al cuello.

Al entrar en la iglesia subió de inmediato al pulpito, cantó la Salve y predicó por espacio de una hora.

Todos lo escucharon absortos. No se oía ni el silencio.

Luego salió en procesión con toda la feligresía, dándole una vuelta completa al caserío, entonando saetas, tocando él mismo la campanilla que llevaba en una mano, y al ingresar nuevamente en la "Querida guarida de Dios Nuestro Padre"—como la llamaba con un humor contagioso— volvió a predicar y a exhortar al pueblo a tener una larga disciplina, y cantó, para finalizar, El Miserere.

—Fíjese usted, doña Petrona, qué necesidad tiene nuestro querido Señor Obispo de venir desde las comodidades de León hasta este pobre caserío, a pasar dificultades e incomodidades en la casita semiderruida en donde duerme.

—Además, doña Jacinta, ¿ya lo vio cómo iba con esa corona en la cabeza y ese dogal al cuello? ¡qué necesidad tiene de hacer todo esto! ¡Se comporta como si fuera un curita cualquiera!

—¡Lenguaraces, ustedes nunca comprenderán la santidad! ¡Son como esos que quieren que todo sea pulcro y exacto!

—¡Pues, sí!... a mí me consta que es el hombre más ilustrado de toda esta Provincia... sabe sobre Historia Eclesiástica, Medicina, Cirugía, Leyes, y ya no digamos sobre Sagradas Escrituras y Liturgia; no tiene derecho de comportarse y de vestirse así. ¡Él se olvida de que es un Obispo!

—Como es poeta... a lo mejor es por eso. Los Zamora tienen dos libritos con los poemas que ha publicado en Guatemala y en Costa Rica. Dicen que son muy bellos. Nos dijo el padre que lo acompañó por acá hace dos meses, aquel aindiadito y bajito... al que el mismo Obispo lo llamaba amorosamente el padre-indio...

—Ahh, sí, el chinandegano, Fray Tomás Ruiz creo que se llamaba, ¿verdad? Acababa de ser ordenado sacerdote por el Señor Obispo cuando vino por acá acompañándolo. Dicen que es otra eminencia y que por eso no les gusta a los españoles, le tienen recelos.

—Sí, ese mismo, medio revoltoso el curita, porque a mí que no me cuenten cuentos, yo lo oí esa vez cuando andaba queriendo tener adeptos entre nosotros, dizque para provocar la desobediencia contra las autoridades peninsulares tanto por aquí como allá por El Viejo, que es en donde está viviendo ahora.

—¿Recuerdas que nos decía quedito para que el Señor Obispo no lo escuchara, que aquí en su pueblo natal Fray Antonio volvía a ser el hombre humilde que realmente es, porque la vida y el trajín como Obispo allá en León, quiéralo o no, lo transformaban en otro hombre.

—Entonces es muy importante que venga a su pueblo más a menudo, porque las raíces de uno son la bendición de Dios, cuando éstas son buenas y lo mantienen a uno humilde.

—Sí, pero a mucha gente la tiene resentida porque por las noches no quiere ver a nadie, y se sienta solo en el sillón que le dejó su abuelo, y no hace más que conversar con el enorme gato

angora de color amarillo que le regaló don Teófilo, aquel gato que se ganó como premio en una pelea de gallos, ¿recuerdan?

Cuando caía la noche, aquel sencillo franciscano juigalpino, extenuado después de haber hablado tanto con los ancianos, las mujeres, los varones y los niños, predicado sin descanso y confesado hasta a los moradores de los caseríos vecinos durante todo el santo día, como él decía, se sentaba en su sillón a descansar contemplando la luna a través de uno de los agujeros del ranchón de adobe, con el gato entre las piernas, y comenzaba a hablarle —como si éste lo entendiera, como siempre lo hacía cada vez que estaba en Juigalpa— sobre las leyendas nicaragüenses que recordaba, y el animal lo observaba con aquellos sus ojos marrones sin expresión, como dos ojos ciegos, como cuando vemos dos gotas de agua sin el agua, o dos llamas sin el fuego.

La gente en el pueblo siempre comentaba riéndose con un inmenso cariño, que el Obispo cada vez que partía de Juigalpa trataba en vano de llevarse al gato para León, pero que nunca lo lograba, porque desde la noche anterior a la partida del prelado el felino se iba corriendo al monte, con los pelos erizados, como presintiendo que Fray Antonio quería meterlo en un saco de bramante para llevárselo.

—Parece como si el gato supiera que la única forma de hacer regresar a menudo a nuestro querido Obispo es no dejándose llevar a León.

—Así parece, porque Fray Antonio desde que llega por acá, lo primero que hace es buscar a su gato. Y ya no digamos por las noches... que no habla con nadie, sólo con él, y se duerme sobando al animal, al que tiene demasiado consentido.

Pero cuál no sería la sorpresa de todos los juigalpinos, cuando muy temprano al día siguiente, aquel viernes inolvidable, vieron al Obispo muy sonriente cargando al gato —que permanecía inmóvil y plácidamente arremolinado entre sus brazos— mientras se dirigía al coche que lo llevaría de regreso a León, de donde le mandaron a avisar que tenía asuntos urgentes que resolver, propios de los purpurados.

Aquella noche anterior, el gato no se había ido al monte como lo hacía siempre, y más bien, ya en la madrugada, se había arrebujado entre los brazos del Obispo, y no había habido poder humano que lo separase de Fray Antonio.

La gente se agrupó en la placita y no salía de su asombro, ya que el gato ni siquiera abría los ojos para mirarlos.

—¡Gato engreído, ni nos dice adiós!

—¡Hasta luego, Señor Obispo, vuelva pronto!

—¡Cuidado se le escapa! ¡Cuídenos el gato!

—¡Cuidado no va a volver ahora que se va con su gato!

—¡No se olvide de que usted es de aquí, Señor Obispo, y que ésta es su casa!

\* \* \*

A los pocos días de haber llegado a León, el gato se hizo famoso entre los fieles que frecuentaban la Catedral, porque cada vez que Fray Antonio oficiaba la misa, éste se paseaba ronroneando entre las rodillas y los tobillos de los concurrentes, y los miraba con un candor tan extraño con aquellos sus ojos como de ciego, que a todos cautivaba.

El día que el animal no se hacía presente lo extrañaban, y le preguntaban, ansiosos a veces y hasta molestos, al Obispo, que dónde estaba el cariñoso gato y por qué no lo dejaba entrar en la iglesia.

Este a veces se perdía por días y noches enteras, hasta que comenzaron a llegar a oídos del Obispo historias increíbles y no muy tranquilizadoras.

Ya en todo León comenzaba la gente a inquietarse y a rumorar con cierto miedo sobre las andanzas del gato.

Le contaron al purpurado que una noche, delante de no menos diez personas que estaban celebrando un cumpleaños en el Parque Central, a eso de una de la madrugada, el gato había comenzado a perder sus carnes y la piel.

Estas se le caían como si fueran un trapo. Se deslizaban lentamente del cuerpo hasta caer al suelo, y se le empezaba a ver primero el hueso del cráneo, enseguida las cuencas de los ojos, y así, poco a poco, quedaba sólo el esqueleto, el puro hueso. Luego toda la osamenta brillaba como si se tratara de barritas de oro.

—Entonces nos persignamos y todo el brillo desapareció, el gato también, pero fíjese usted, Señor Obispo, encontramos este huesecito de oro puro, mírelo y convéncese usted mismo.

—¡Cómo es posible que ustedes anden creyendo en estas cosas!

—¡Se lo juramos por Cristo Nuestro Señor que es cierto!

—¡Todos lo vimos! ¡Era su gato, Señor Obispo! Así continuaron los cuentos de la gente.

Unos decían que a veces se convertía en un chanchito de oro, otros que en una gallina de oro, o en una paloma, o en una lora.

Hasta llegaron a contar que una vez mientras doña Dorita, la vecina de la casa cural, cenaba, sorpresivamente el gato se le encaramó en la mesa y se le transformó de pronto en un pollo de oro.

Ella misma, riéndose a carcajadas, contaba después que por dicha esa noche tenía a mano un frasquito con agua bendita, la cual había recogido por la mañana después de la misa, y que entonces se la echó toda, desapareciendo el pollo de oro, pero añadía maliciosamente que en una de las sillas había quedado un ala de oro, pero que ésta se le había perdido.

El Obispo, después de dos semanas de oír tantas historias extravagantes y de no ver del todo al felino, una noche de luna tierna, sentado en su viejo sillón que había mandado a traer de

Chontales días antes, logró atrapar al gato sin problema alguno cuando entró por la puerta entreabierta y se le echó en el regazo como acostumbraba a hacerlo por las noches allá en Juigalpa.

Estaba manso como de costumbre, mimoso, y se dejó arrullar más que nunca.

Pero el Obispo decidió encerrarlo en una jaula de alambre que había mandado a hacer para cuando el gato regresara, con el pretexto de que todos pudieran observarlo, pues era tanta la insistencia de la gente sobre las metamorfosis del felino, que el Obispo se dijo a sí mismo que era mejor así, porque de esa manera toda la feligresía, al mirar al animal enjaulado, terminaría con los cuentos, los cuales ya habían adquirido ribetes mágicos, y las habladurías en los atrios de las iglesias y en las bancas de los parques de León, se estaban tornado peligrosas, porque los leoneses, después que rumoraban y cuchicheaban por las tardes, por las noches comenzaban a practicar a escondidas invocaciones, conjuros y rituales.

El prelado le daba de comer al gato desenllavando con mucho cuidado el candado de la puertecita estrecha de la jaula para evitar que se le escapara, porque deseaba que todos estuvieran seguros de que ahí estaba enjaulado y de que no andaba convirtiéndose en oro por ahí en las calles o en los parques.

Pero el gato no tocó los alimentos durante siete días consecutivos. Tampoco bebió agua. Se enrolló la cola sobre la cabeza y no abrió del todo los ojos. Permaneció inmóvil, en un extraño arrumaco contra sí mismo, como si estuviera muerto.

Los leoneses dejaron de contar historias, y se convencieron de que era el gato del Obispo el que por las noches se convertía en animales de oro, porque desde que estaba enjaulado nada había ocurrido.

Fray Antonio se preocupó tanto por la pérdida del apetito de su querido gato, que una de esas noches de luna llena que él amaba disfrutar tanto, ya tarde, desenllavó el candado de la portezuela de la jaula, y al abrirla, inesperadamente, el gato enfurecido saltó sobre el cuello del Obispo y de un zarpazo le cortó la yugular.

Al día siguiente, el Obispo fue encontrado muerto junto a la mesa.

Ante la consternación de la gente que se aglomeró frente a la casa del religioso —porque a toda costa deseaban cerciorarse de que había muerto y tocarlo, pues se resistían a creer que ya era difunto, y además porque no se explicaban el porqué de aquella muerte tan súbita ya que no padecía de ninguna dolencia conocida— el médico dictaminó para asombro de todos de todos los presentes, dejándolos boquiabiertos, que había fallecido desangrado a causa de una profunda herida en la yugular, ocasionada por algún animal, un zorro, una cuyusa, comadreja o un gato del vecindario, pero que pese a la pérdida de tanta sangre y a la palidez del semblante, había una placidez increíble en su rostro. Parece un santo —cuentan que dijo el médico.

La gente, exasperada y confundida, al borde del paroxismo, preguntó de inmediato sobre el gato del purpurado, y el mismo médico les dijo con aplomo que estaba dentro de su jaula, y que la misma permanecía hermética, con la puerta cerrada y el candado bajo llave, y que ésta había sido encontrada en uno de los bolsillos de la sotana del Obispo.

Además, el veterinario que también se había hecho presente, no encontró trazas ni señal alguna sangre ni en las uñas ni en los colmillos del animal que ronroneaba y se arqueaba levantando la erizada como un bendito cada vez que lo tocaban para examinarlo.

La gente pidió que soltaran al gato porque no deseaban verlo más, ya que les traería, según decían, malos recuerdos y suspicacias si volvían a mirarlo.

\* \* \*

En la sala capitular del Colegio San Ramón, allá en León, existió, según el consenso común, un hermosísimo retrato del sonriente y jovial Obispo de De la Huerta y Caso, pintado con su enorme gato angora amarillo arrebuñado entre sus piernas, con los ojos abiertos, como queriendo ver fijamente —con sus ojos como de ciego— a todo aquel que lo observara de frente.

Al poco tiempo el retrato desapareció, y durante mucho tiempo fue el decir popular que antes de que robaran el cuadro, en las noches sin luna, el gato desaparecía del mismo y se iba a Sutiaba para convertirse en un enorme Punche de Oro, que resplandecía como una gran luz de bengala. Otras veces, expresaban, era como una gigantesca bola de fuego amarillo, pero que en realidad era de oro macizo.

Trataron por todos los medios durante mucho tiempo de agarrar al alucinante y misterioso Punche de Oro, que sólo salía en las noches sin luna, pero nadie lo logró nunca.

La gente decía que el que se había robado el retrato del Obispo lo había hecho para atrapar al gato en el momento en que se salía del cuadro para convertirse en oro.

Pasaron muchísimos años y nadie atrapó jamás legendario Punche de Oro.

Tampoco apareció el retrato del Obispo.

Mucho tiempo después los juigalpinos, tocados en su orgullo, hicieron un nuevo retrato allá en Juigalpa, y se lo donaron a los leoneses, porque no podían permitir que su Obispo no apareciera en galería de la sala capitular, entre los demás Obispos de la Provincia de Nicaragua.

Hace aproximadamente unas dos semanas, antes de que yo recordara esta historia para escribirla me contaron que unas monjitas visitaron el Colegio San Ramón, y que les llamó mucho la atención deslumbrante retrato del sonriente Obispo de De la Huerta y Caso con su gato de ojos como de ciego, y pidieron una explicación.

Me dijeron que se les refirió todo el cuento que hemos narrado antes.

Una de las monjas, dijo:

—Eso lo creo al pie de la letra, porque a un sobrino mío lo mató un gato enfurecido al que tenía encerrado. Cuando mi sobrino fue a sacarlo, el gato se le abalanzó y le cortó la yugular. Les

aseguro esto, porque sucedió en mi propia casa. Lo que sí es puro cuento, es lo del tal Punche de Oro.

Cuando las monjitas, ya al atardecer, después de mirar todos los retratos de los otros Obispos, pasaron nuevamente frente al de De La Huerta y Caso para darle un último vistazo, porque era realmente impresionante, ya no vieron al gato en el cuadro.

Sólo atinaron a volverse a ver entre ellas mismas.

## **OCTAVIO ROBLETO**

(Chontales, 1935- Managua, 2009)

Poeta, cuentista y teatrista, su escritura goza de autenticidad festiva y celebradora, nutrida del ritmo de sus vivencias cotidianas inmediatas nicaragüenses o de su Chontales nativo, tratada literariamente con un lenguaje coloquial sin excluir la expresión culta. Ganador del Premio "Rubén Darío" de poesía, en 1958.

Dirigió la importante revista "Cuadernos Universitarios", y se integró al grupo literario Ventana. A mediados de 1960 residió en Alemania, y en 1968 se casó con la conocida actriz Socorro Bonilla Castellón, con quienes montaron obras teatrales para niños.

Su obra en prosa se encuentra en: Cuentos de verdad y de mentira, Edit. Nueva Nicaragua, 1986; El buscador de paisajes, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1999. Sus otros libros son de poesía y de teatro para niños, muy popularizados en Nicaragua.

## **EL ORDEÑO**

Su madre lo había dejado en la finca, abandonado a su desventura. Supuestamente bajo la protección de un tío lejano que jamás se preocupó por él. A sus nueve años, participaba en todos los oficios de la casa. Le obligaban a levantarse en la madrugada, con frío, y de inmediato

iba a buscar terneros para el ordeño, o ayudaba a las mujeres a moler maíz en la máquina de moler y así preparar las tortillas del desayuno. Nunca protestó de nada, pues apenas insinuaba un gesto demostrando no agradaarle algo, el coscorrón o el regaño no se hacían esperar.

Su libertad la encontraba en la sumisión y su mayor deleite era respirar la amplitud de los potreros.

Sus amistades más cercanas eran las de los animales. Lo conocían las gallinas, a quienes cuidaba cuando les daba de comer. Los perros lo seguían al monte y los caballos permitían que se les acercara sin demostrar inconformidades.

El día, para él, siempre tenía ocupaciones y únicamente lo dejaban en paz cuando lo ignoraban.

Entonces se permitía inventar juegos en los que su imaginación combinaba resultados fantásticos: podía volar, subir a un árbol y cruzarse las montañas de rama en rama como hacen los monos. Correr en caballos hechos de pedazos de viento y nubes. Amamantarse en las vacas convertido en ternerito pinto.

Comer todas las frutas aunque no estuvieran en cosecha, y palos, piedras, hojas, jícaros, sombras, animales adquirirían dimensiones revitalizadas que ya no pertenecían a este mundo. Se acostaba temprano de la noche y se dormía apenas cerraba los ojos.

Tenía unas botas de hule que ya estaban rotas y dos pantalones azules de dril grueso, que él mismo lavaba, junto con dos camisas; esto cuando su tío le regalaba un pedazo de jabón.

Cuando algo, en el corral o en la cocina, no quedaba bien hecho, por algún descuido o negligencia de los otros chicos, como decir un ternero que se soltaba de su amarradero o un plato sucio lamido por un perro, la culpa caía, indefectiblemente, sobre Alejandro. Su nombre era comodín para todos los menesteres.

"Aquí —decía una mujer—, abríme este costal."

"Andá dale agua a ese caballo" —ordenaba un hombre.

Y así todo el día, aquí, allá, acullá; sin faltar nunca los vení, andá, volvé. Junto con los calificativos de haragán, pendejo, idiota.

Esa mañana estaba ayudando en el corral, porteando terneros. Ya conocía su obligación; primero, que solamente entraran los más pequeños y cuyas madres estuvieran esperando adentro. Tenía que lidiar con los terneros matacanes a quienes hacía retroceder golpeándoles la frente con un palo; pero estos a veces eran indetenibles y adelantándose a los pequeños, con maña y fuerza, lograban penetrar en busca de sus madres. Se pegaban a la ubre y había que enrejarlos con prontitud, pues chupaban las tetas ávidamente y en pocos minutos dejaban las ubres exhaustas.

En uno de estos descuidos incontrolables, lograron entrar cuatro terneros a un mismo tiempo y en esos momentos únicamente atendían el ordeño el patrón y un ayudante. Había que actuar con rapidez, antes que nada enrejar a los dos más grandes y simultáneamente a los pequeños. El patrón, muy encolerizado por el descuido de Alejandro y como castigo, le ordenó que enrejara uno de los más indómitos. El resultado fue dramático. El niño nunca logró dominar las fuerzas y las mañas del ternero. El patrón gritaba sus insultos y esto lo aturdía más.

El ternero mamaba a un lado de la vaca y, cuando Alejandro hacía esfuerzos para dominarlo, se escapaba y chupaba por el lado contrario. El patrón estaba exasperado y el otro ordeñador no podía prestarle ayuda porque se afanaba en atender las vacas restantes y en evitar que entraran más terneros.

El patrón, enceguecido por la cólera, tomó la decisión terrible, enrejar al niño a la pata de la vaca para que su descuido tuviera represalia y adquiriera experiencia en su trabajo. El niño lloraba y la vaca, asustada, empezó a arrastrarlo por el corral.

Los gritos de Alejandro aumentaron a causa del miedo y la desesperación y cuando el ayudante quiso acercarse a la vaca para soltar al niño, esto se hizo imposible porque el animal estaba muy arisco y no permitía la presencia de nadie.

Los lamentos y los gritos del niño eran conmovedores. La vaca, incontenible, logró saltar una puerta mal cerrada, arrastrando a su víctima entre piedras y matorrales. El niño ya no gritaba.

Después encontrarían pedazos de carne, intestinos, un bracito, esparcidos en el potrero.

Lo último que recogieron fue una hilacha de su pantalón azul, ensangrentada, y el sómbrenlo, que quedó intacto junto a la puerta del corral.

## ORO ESCONDIDO

EN UN PAÍS MUY LEJANO DE AQUÍ Y MUY CERCANO DE ALLÁ, habían unas montañas que encerraban grandes tesoros de oro y plata. Árboles frondosos, bejucos intrincados, tigres y leones y hasta las serpientes escondidas en las rocas lograban que estos tesoros permanecieran ocultos a la vista de los hombres.

De las laderas de las montañas bajaban corrientes de agua cristalina y en las arenas y guijarros que arrastraban los pobladores de las cercanías recogían el oro y la plata para fabricarse adornos muy bellos.

Los ádranos representaban a sus dioses o imitaban a la luna y el sol con todas las constelaciones del cielo semejando animales fabulosos. Hacían figuras de pájaros y otros animales de la tierra, filigranas de gran delicadeza y collares y pulseras para los niños, con incrustaciones de otras piedras preciosas o con semillas de los montes.

En las montañas vivían pájaros muy bellos que se oían cantar por las mañanas y los animalitos de la tierra encontraban su alimento pepenando las frutas maduras que no faltaban durante el año.

Las lluvias eran frecuentes y el sol brillaba a mediodía para calentar la tierra, darle brillo a las hojas, blancas, verdes, rojas, como también a la flores de todos los colores y tamaños que desparramaban sus perfumes por la mañana y por la noche.

Los venados eran mansos y los tepezcuintles salían a comer debajo de los nísperos. Los tapires dejaban sus huellas a la orilla de los ríos. Había grandes manadas de jabalíes y saínos que cruzaba los matorrales y en las madrugadas o en las tardecitas se oía el entrechocar de sus colmillos cuando huían del ataque de algún tigre cebado.

Cerca de estas montañas había un pueblecito. Las casas eran de techo de tejas y paredes de adobe o de madera bien aserrada. Frente a la plaza quedaba la iglesia, un cabildo y la escuela municipal, donde los niños recibían sus clases. Los alumnos con uniformes azul y blanco, jugaban en la plaza en el patio de la escuela.

En los patios de las casas y bajo los árboles de sombra, siempre se veían gallinas, cerdos y alguno que otro ternero amarrado. Era un pueblo tranquilo y apacible.

Un día llegaron unos extranjeros. Cuando hablaban no se les entendía muy bien lo que decían. Se dedicaron a recoger piedras de los ríos, recolectaban flores y disecaban cuanto pajarito caía en si manos.

Tenían rifles y pistolas con las que salían a cazar por la montaña.

¡Pon!, se oían los disparos y después un gran silencio.

Un día uno de ellos disparó contra un jabalí y el pobre animal quedó malherido, logró huir pero a corta distancia cayó en los estertores de la muerte. Al acercarse el cazador vio al jabalí

en agonía que con los casquites de las patas traseras escarbaba la tierra. Del hueco que el jabalí había escarbado salieron unas piedras con vetas amarillas muy brillantes. Eran piedras de oro.

El cazador las recogió y las metió en su salbeque.

Partieron los extranjeros y no se supo más de ellos. El pueblo dormía en su tranquilidad.

Un día aparecieron más desconocidos en el pueblo. Traían artefactos extravagantes y cada semana llegaban más y más. Empezaron a cavar túneles en las faldas de los cerros. Construyeron líneas férreas por donde circulaban trencitos que cargaban con las piedras de la montaña. Después trajeron maquinarias pesadas y la vida del pueblo cambió por completo. Hasta hubo luz y cine. En cada cuadra se abrieron muchos restaurantes y por las noches se escuchaban músicas exóticas.

La montaña fue despoblada de sus árboles y los animales huyeron a otros sitios o murieron en la huida. Los pájaros volaron y nadie dio razón a dónde. Las máquinas que instalaron hacían mucho ruido, trituraban las piedras y después estas se convertían en brillantes lingotes de oro y plata. Para poder sacar las cajas con este cargamento tuvieron que construir un aeropuerto y llegaron los aviones. Pero esto no es lo asombroso, sino que las cajas llenas de oro eran transportadas a una ciudad inmensa muy lejos de aquí y muy cerca de allá.

En esta ciudad enorme también se construyeron grandes túneles donde la entrada era prohibida. Los pasadizos estaban protegidos por medio de sistemas eléctricos que detectaban hasta la presencia de un mosquito y nadie era capaz de tocar nada porque al instante hubiera quedado muerto o la sal hubiera sido impedida por medio de puertas de acero.

Allí fue guardado el oro.

Lo sacaron de las montañas de aquí para meterlo en las cuevas de allá.

*Y colorín colorado*

*el cuento no ha terminado.*

## LA VIEJA CHICHONA

Su tía Lucila vivía en "La Joya", una pequeña finca como a dos kilómetros del pueblo. Para él era grato visitarla con frecuencia ya que siempre lo atendía obsequiándole bocados muy sabrosos, pero los permisos de sus padres eran restringidos. A veces viajaba con sus hermanos menores o con otros amigos de su misma edad. Otras veces iba solo. Circundaban al pueblo dos ríos que él conocía muy bien y que se juntaban en "Los encuentros"; de allí, entre peñascos y formando pocitas, serpenteaba un solo río hasta pasar muy cerca de la casa de su tía. Antes de llegar a la finca era de rigor atravesar cuatro veces el mismo río, primero "El ojo de agua", después "Los encuentros", seguía el "Paso del jobo" y por último "Los Canelos".

Entre la segunda y tercera pasada se ubicaban las misteriosas aguas de la "Poza del banco".

El camino transcurría entre la vega del río y la falda de un cerro pedregaloso, tupido por árboles de pochote, quebrachos, cedros y corteces; debajo de estos árboles y casi hasta encima de las piedras, crecían arbustos, bejucos, piñuelas y zarzales en intrincado ascenso por el cerro.

Era el sitio preferido por la vieja chichona.

Muy engañosa. Hechicera, Había ocasiones en que se lamentaba tristemente para que los viajeros llegaran a ayudarla. Fementida. En otras se reía con grandes carcajadas burlándose de los que le tenían miedo. A los niños los llamaba y les ofrecía caramelos.

—No hay que aceptarle nada (le aconsejaban), lo hace únicamente para que pierdan el camino y se enreden en el monte.

Muchos, contagiados por sus brujerías, hasta se habían vuelto locos.

A él nunca se le había aparecido. Cuando atravesaba este sitio, con temor y curiosidad miraba a derecha y a izquierda y presuroso salía al llano sin haber caído en tentaciones.

La vieja chichona era una vieja viejísima. El cabello largo, entrecano, sin peinarse. Caminaba encorvando los hombros. Una gran bocota y la cara arrugada. Sin dientes. Los ojos medio hundidos en la frente. Más negra que morena, pellejuda, A veces aparecía alta y otras veces bajita. Unas veces desnuda y otras en harapos. Las tetas secas se las echaba al hombro y era difícil saber si estaba por delante o por detrás. No precisaba cómo, pero a un pariente suyo se le había aparecido hermosa.

Ese día iba con miedo. Llevaba su tiradora con el gancho metido en la cintura, su machetillo en la derecha. Pero el miedo que sentía no era por las culebras o por algún animal del monte. No. Era otra cosa.

Un gran silencio, pero a cada rato oía ruidos que lo dejaban confuso.

Oyó que alguien lavaba en la poza y se bañaba. Seguramente con huacal, porque el agua caía como chorro. ¡Juaaaaaa... juaaaaaa... juaaaaaa! Atisbo y vio a una mujer desnuda.

¡Allí estaba!

Pero las tetas le caían por delante, el pelo era largo y negro, se jabonaba y recogía huacaladas de agua.

Se acercó más al río y la mujer lo vio. Le hizo señas con la mano. Sí, que llegara. El tenía los ojos muy abiertos. De la emoción se le cayó el machete. Se acordó que podía perder el camino, pero allí estaba, viendo.

El suceso no se lo contó a nadie y fue perdiendo el miedo.

## **NICASIO URBINA**

**(Buenos Aires, Argentina, 1958)**

Escritor, catedrático y crítico literario nicaragüense. Vivió su niñez en Caracas y su adolescencia en Nicaragua. Cursó estudios en la Universidad Católica de Lovaina y en la Universidad Central de Barcelona. Obtuvo su licenciatura en Literatura en la Universidad Internacional de la Florida.

Su primer libro fue una colección de cuentos titulada *El libro de las palabras enajenadas* (San José: Educa, 1991). Su segundo libro de cuentos se titula *El ojo del cielo perdido* (Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 1999).

EL OJO DEL CIELO PERDIDO

EL CAMINO DE ORIENTE

Conocí a mi esposa comprando calzoncillos, una tarde de junio, en uno de los establecimientos de descuento del ala occidental. Yo me había acercado al departamento de ropa interior masculina sin una intención precisa, simplemente vagando entre las estanterías, curioseando sin motivo los modelos expuestos en los pasillos, cuando recordé que mi ropa interior estaba francamente en mal estado, rota y amarillenta, y que era hora de adquirir algunas prendas nuevas. Los calzoncillos estaban ordenados por tallas en un mesón largo, dispuestos en hileras apretadas y empacados en convenientes paquetes de tres unidades que hacían la oferta más atractiva. Los había de muchos colores y diseños, y aunque siempre he preferido la ropa interior blanca y sobria, observé con atención los estampados con motivos marinos: algunos tenían pequeñas embarcaciones de vela, anclas y gorras de marinero; otros tenían corales y caracoles, caballitos de mar y tiburones de aspecto amigable. Los había con

estampas de payasos y escenas circenses, máscaras de carnaval y gorros de fiesta; había otros con ositos pardos y marrones, perros San Bernardo de ojos tristes y gatos gordos y sonrientes. Debo haber murmurado algo entre dientes porque la mujer que estaba al otro lado de la mesa levantó la vista y sonrió. Sin poderlo evitar me sentí avergonzado y sin duda mi rostro se enrojeció levemente. Para disimular mi turbación dejé caer el paquete con displicencia y dije: «Las cosas que la gente se pone hoy en día.» Ella observó los calzoncillos con detenimiento y finalmente agregó: «Esos son en realidad monísimos.» Sentí ganas de darle una bofetada y la quedé viendo con displicencia, pero a ella mi expresión parece que le resultó divertida porque se volvió a sonreír. Un poco más allá estaban los paquetes de ropa blanca, y sin darle mayor importancia me dispuse a buscar la talla apropiada. Empecé por el extremo izquierdo, pero los paquetes no estaban en orden y recorrí prácticamente toda la sección sin encontrar mi medida. Hice un gesto de fastidio y me dispuse a empezar de nuevo, cuando sentí la misma voz timbrada justo a mi costado. «¿No encuentra su número? Yo soy muy buena para estas cosas. Permítame que le ayude, a ver,» dijo midiéndome con la vista, «Ud. debe ser un treinta y dos.» Yo me quedé en silencio mientras ella esperaba mi respuesta, hasta que finalmente me di por vencido. «Efectivamente,» le respondí. «Ve Ud. como se lo decía yo. Ya verá que encuentro uno de su talla justa.»

Mientras repasaba con dedos ágiles las hileras de paquetes me sentí incómodo, como si la mujer ésta, una perfecta desconocida, estuviera hurgando en mi ropa interior. Qué tontería, — me dije en seguida—, simplemente está tratando de ayudarme. ¿Por qué habría de molestarme que una señora, guapa y bien presentada, esté tratando de ayudarme a encontrar un paquete de calzoncillos de mi talla? En general me fastidian las compras, me cansa terriblemente tener que abrirme camino en los colgadores atestados de piezas para encontrar la camisa de mi gusto, el pantalón que buscaba, el saco de la talla y el tono adecuado. Así que, ¿qué mejor cosa que una mujer amable y efectiva que encuentre para mí lo que ando buscando? Sin embargo me sentí incómodo cuando con voz de triunfo la oí decir: «Ajá, el último que quedaba. Mire Ud., precisamente su talla. No se lo decía yo. Vea, tres calzoncillos blancos talla treinta y dos. ¿Qué le parece?» «Muchas gracias,» le dije tomando el paquete de sus manos y forzando una sonrisa, y me dirigí hacia la caja, pero antes de llegar me volví a sentir avergonzado, di media vuelta y regresé a la sección de ropa interior. «Perdone mi rudeza, señora, pero Ud.

sabe... es un poco incómodo.» «No tenga cuidado,» me respondió, alargándome la mano, «Me llamo Consuelo, Consuelo Vargas.» «Mucho gusto. Arturo Montiel, para servirle,» y le estreché una mano suave y alargada que se acopló a la mía con entereza. «Ud. comprenderá, es un poco extraño que una persona que uno no conoce le ayude a escoger la ropa interior. Es algo que nunca me había pasado, y por un momento no supe cómo reaccionar.» Ella se quedó un instante en silencio, esbozando una suave sonrisa y yo pensé despedirme definitivamente, pero como no sabía qué decir, dije como un imbécil lo primero que se me vino a la mente: «¿Le gustaría tomarse un café?» Ella miró su reloj de pulsera, pensó un momento y finalmente aceptó complacida.

Nos sentamos en uno de los cafés del centro, ella pidió un té de hierbas y yo mi acostumbrado expreso y hablamos por espacio de una hora. Nos contamos algunos detalles de nuestras vidas. Le dije que vivía en la sección occidental, aunque en realidad había nacido en el sur, y que trabajaba como Ingeniero de Producción en la planta Martol. Ella por el contrario había nacido y vivido toda su vida en el ala norte, y no tenía mucho interés en aventurarse por tierras desconocidas. «El mundo es el mismo donde quiera que se vaya,» me dijo con convicción, y yo tuve que estar de acuerdo, aunque a mí me hubiera tomado muchos años e innumerables leguas caminadas llegar a la misma conclusión. Me habló de su familia, de sus hermanas, todas casadas, con hijos y viviendo en las cercanías, de forma que se visitaban a menudo. Se encontraban con frecuencia en uno de los pasillos de la tienda de abarrotes y paseaban tranquilamente delante de la floristería. Ella vivía sola, en una esquina del módulo H, bastante cómoda y tranquila, según me dijo, rodeada de gente buena y trabajadora, antiguos locatarios en los que podía confiar plenamente y con los que se sentía protegida. Su esquina era de tamaño mediano, siempre limpia y arreglada, y agregó que una mujer sola no necesitaba mayor espacio. Justo al lado había una zapatería y aunque tenía bastante clientela no la molestaba en absoluto. La gente que compra zapatos es en general silenciosa y prudente; llegan, miran las vidrieras, entran, se prueban un par de tallas, compran su mercancía y se marchan. Nunca ha tenido problemas. No es como otros lugares donde los jovencitos se congregan a jugar y a meter barullo, con su música estrepitosa y sus risas desvergonzadas. Sí, había tenido algunos amores en su vida, pero nada importante, nada que valiera la pena. ¿Y él? Le conté que mi familia estaba en el sur, bastante lejos, en una sección muy populosa con

tiendas pequeñas y pobres, corredores poblados de niños descalzos y sucios, tabernas y bares de media luz. Me había mudado hacía mucho pero los visitaba de vez en cuando. En repetidas ocasiones les había propuesto que se mudaran pero mi madre se oponía, estaba acostumbrada y no le interesaba cambiar. Mi padre había muerto hacía algunos años y mi madre vivía con mi hermano menor, recién casado y esperando niño. En realidad el tramo era amplio y fresco, situado en un recoveco a la salida de los Almacenes Lola y tenía una vista excelente que comprendía casi toda la longitud del pasillo. En las tardes, mi padre solía sentarse en una mecedora a ver desfilar las multitudes contra la reverberación de la fuente que se levanta al fondo. De chico me gustaba mucho la sección sur, pero ya de mayor me molestaba el trajín constante de la gente, el vocerío siempre encendido, las luces de neón que iluminan los pasillos de aquella sección, las fritangas que invaden todo el ambiente y el torbellino de músicas encontradas que se escucha por todos lados. Poco a poco empecé a alejarme de casa, a los doce años ya había llegado hasta la rotonda del centro y a los quince me había aventurado por los cuatro puntos cardinales, había visitado los grandes bodegones de la sección oriental, me había bañado en las piletas del tercer piso y había vagabundeadado por los laberintos de la sección M del ala occidental. Después me había dedicado a estudiar, hastiado de ver siempre las cosas en los escaparates, decidido a salir del sórdido mundo en que había nacido y mudarme a una sección más tranquila y acogedora. Finalmente, cuando ya había conseguido lo que quería, me di cuenta de que las diferencias no eran tan grandes como parecía y que lo único verdaderamente insólito en este mundo era la imaginación, porque sólo la imaginación podía darle vida a las cosas y presentarlas en todo su esplendor y originalidad. Consuelo miró su reloj y se despidió diciendo que aunque quería seguir conversando tenía un compromiso previo. Le pedí que nos encontráramos al día siguiente, y le propuse salir a cenar. Ella aceptó con gusto y quedamos para las siete.

Durante el día pensé varias veces en ella. ¿Qué compromiso previo podía haber tenido? Dijo que no había nadie especial en su vida, pero quizás estaba mintiendo o simplemente no quería descubrirle esa parte de su vida a un desconocido. Tal vez iría a encontrarse con una amiga, saldrían por ahí, acaso hasta le había hablado de mí y se habían pasado toda la noche imaginando, haciendo planes, dándose bromas. Cuando salí del trabajo rechacé la invitación de los compañeros a tomar una copa en el bar y me fui directamente a casa. Tenía un poco de

calor y me quité la ropa, desenrollé el colchón y me tumbé un rato. La gente iba y venía con premura pero algunas personas se detenían a mirar las estanterías, una niña me quedó viendo con curiosidad pero cerré los ojos y me puse el brazo en la cara para protegerme de la luz. A las seis me levanté y fui al lavabo, me enjuagué la cara y me lavé con cuidado. Mientras abría la bolsa de calzoncillos nuevos pensé en Consuelo, y recordé sus ojos marrones en el momento en que me entregaba el paquete. Me peiné y me eché colonia frotándome vigorosamente las mejillas, y volví a poner el frasco en su caja de madera. Cuando llegué a la sección H ella estaba sentada en una banca de piedra, fresca y olorosa, vestida con un traje azul y un collar de perlas delicadas.

Desde que empecé a salir con Consuelo mi vida ha cambiado enormemente. Ahora ya no tengo que quedarme a solas en mi rincón viendo a la gente pasar indefinidamente, ni tengo que comer en silencio o vagabundear solitario por los pasillos. Cuando me siento a leer en la mecedora, al lado de mis maletas, ya no siento el vacío que antes me embargaba cuando veía a las parejas transitar por entre los kioscos, cogidas de la mano, sonriendo dulcemente; ni me invade la nostalgia cuando veo a las familias desfilar por entre las macetas del pasillo, los chiquillos corriendo entre las multitudes y las niñas jugando en las banquetas. Ahora pienso mucho en Consuelo, imagino lo que estará haciendo, pienso en sus manos delicadas manejando las agujas con destreza, escribiendo alguna carta o dibujando sus escenas apretadas. La mayoría de las noches cenamos juntos, de preferencia en su habitación que es más clara y tranquila, y tiene una cocinilla de varios quemadores. A ella le gusta cocinar y a menudo prepara guisados exquisitos. Comemos en una pequeña mesita que tiene al lado de la nevera y luego yo friego los platos en la fuente que no está muy lejos. A veces, cuando ella ya ha terminado de poner todo en orden, me acompaña mientras yo seco los vasos y tenedores y conversamos de cualquier cosa, caminamos por los alrededores y hasta nos escapamos al cine.

Nos casamos un día de diciembre. Ella insistió en que la ceremonia se celebrara en una pequeña rotonda del ala norte, donde se habían casado sus padres y sus hermanas, porque pensaba que no había en el mundo lugar más romántico que ése. Es una pequeña plazoleta apartada del ajetreo de las arterias mayores, rodeada de pequeñas tiendas de dulces y bordados de encajes, el piso es de piedra pulida y en el centro hay una pequeña fuente silenciosa. Invitamos a la familia y a algunos amigos íntimos, pero la gente del vecindario

acudió cargada de regalos y la fiesta se prolongó hasta entrada la noche. Consuelo estaba radiante, con su vestido de raso y crespón y una corona de azaleas que realzaba el lustre de su cabello. Animados por una banda de músicos que se organizó en el momento, bailamos hasta el cansancio y la comida parecía proliferar en las mesas, de forma que en la tercera semana de casados, todavía seguíamos comiendo de las sobras del matrimonio. Toda mi familia asistió a la ceremonia y contrario a lo que había pensado, inmediatamente desarrollaron una afinidad contagiosa con la familia de Consuelo.

Me costó mucho trabajo convencerla de que debíamos viajar para celebrar la luna de miel, porque Consuelo no tenía ningún interés en ver lo que había más allá de su mirada, pero cuando le dije que quería mostrarle los parajes donde había pasado mi niñez, demostró súbito interés. Empacamos una pequeña bolsa con algunas cosas imprescindibles y nos dirigimos hacia el sur. Viajamos sin prisa y con la determinación de gozar cada centímetro de espacio. Nos deteníamos ante los escaparates a observar las curiosidades que se exhibían en las vitrinas, nos sentábamos en los corredores a compartir un bocadillo y nos quedábamos largas horas contemplando el paisaje, viendo los rótulos de los establecimientos, los adornos de los pasillos que empezaban a cambiar radicalmente, gozando de las diferentes texturas de la luz a medida que atravesábamos las latitudes e indagando las lenguas y las costumbres de la gente. El aire frío de las elevaciones del sur no le sentó bien a Consuelo, y bajamos a las planicies de los módulos K y L para que se recuperara. Después de unos días llegamos a casa de mi madre.

Pasamos una semana en compañía de mi familia. Hicimos excursiones a las tiendas vecinas y nos divertimos muchísimos con las historias fantásticas de la gente del sur. Al regreso nos mudamos a un tramo espacioso y elegante en el módulo S, junto a la joyería «El Dorado,» y ahí hemos vivido hasta ahora. Algunas veces, cuando vago por las tiendas y veo mujeres solas, tengo la tentación de acercarme despreocupadamente mirando los ridículos calzoncillos alineados en hileras, esperando escuchar la voz templada de Consuelo o de cualquier otra mujer, ofreciéndose a ayudarme a buscar lo que deseo.

## MANUEL MARTÍNEZ

(Managua 25 de abril de 1956)

Colaborador de los suplementos Ventana y Nuevo Amanecer Cultural. En 1986 fue incluido en la compilación antológica Panorama de la Literatura Joven en Nicaragua. Columnista, en la página de opinión de El Nuevo Diario. Manuel Martínez debe ser considerado como un escritor preocupado con sincera dedicación a lograr una prosa con un estilo propio y verdadero, siendo una de sus principales virtudes el presentar en sus narraciones un total apego a la realidad.

Autor de Juegos de Azar y otros relatos (1995); Canción para Eva y otros poemas (1999). Esta noche baila Orestes Rey (2002); La rueda de la fortuna (2005)

### Los celos quedan

*A Lilliam Valladares*

Había terminado el relato que hacía noches no la dejaba en paz. La carcomía la intriga o el misterio de la mujer abandonada en un predio baldío. El cadáver lo encontraron varios días después de muerta, y los rasgos y la fisonomía de su rostro, el cuerpo entero, estaban preservados de la descomposición. No sabía cómo o por qué la occisa, antes de ser asesinada, pudo haberse empeñado en mostrar rasgos, rastros y evidencias, para facilitar la captura de su asesino. El cuerpo presentaba tres estocadas debajo del seno derecho, de seguro propinadas con un cuchillo muy fino o una navaja de punta larga. La encontraron inesperadamente unos carretoneros que llegaron a botar basura. El misterio de su relato se centraba no tanto en quién era la difunta ni siquiera quién era el asesino, ni los motivos que pudo haber tenido para matarla

y tratar de hacer desaparecer el cadáver. El enigma que provocaron sus insomnios era la voluntad extrema de la occisa, aún más allá de su propia muerte, en dejar alguna huella que evidenciara cómo había sido asesinada. Tenía la cabellera intacta, y por los quiebres de la cintura y de la cadera había sido una mujer hermosa. Debió amar y gozó días y noches felices, y quizá también saboreó ser amada y correspondida, hasta la noche fatal de su asesinato. Ella exploró en el relato las reacciones defensivas de la desaparecida, sus reacciones mentales ante la fatalidad de un hecho inesperado y repentino, ante el cual no pudo huir ni defenderse.

Releyó el escrito y le pareció bueno porque la historia estaba bien contada, era breve, limpio y discurría sin tropiezos. Podría enseñárselo a Pablo Cristo si llegaba esa noche a visitarla, y si no a Luis Pastor que también tenía buen criterio, ambos gozaban de su aprecio y Ella cuidaba con esmero esa amistad. Si no, tal vez vendría, el tío Orontes el sábado por la tarde o domingo por la mañana, y se lo mostraría a él para que lo leyera y le diera su opinión. Estaba ansiosa por escuchar un juicio justo y ponderado de su trabajo, pues ellos no le tenían envidia ni eran rivales literarios.

Cultivaba el género desde hacía años y a criterio de Pablo Antonio eran buenos. Algunos habían sido publicados en la Literaria, pero la colección de sus cuentos seguía inédita y con la ambigüedad de vanos títulos inacabados. Pero eso no la perturbaba, antes quería conocer el criterio de sus amigos. Se levantó y colocó los siete pliegos de papel carta escritos a mano sobre el pequeño escritorio de su cuarto, salió al corredor, amplio, espacioso, y aunque fresco, era raro, hacía calor. Miró su colección de máscaras, bellas y extrañas, colocadas en la pared que da a la sala de estar, en el orden de origen de procedencia desde los más remotos rincones del planeta, y notó que la mayoría representaban a la muerte o al demonio. Un guiño de ojo de una de las máscaras le recordó el rictus del rostro marchito de la asesinada. Fue a la cocina a pedirle a la Martina que le hiciera un té verde. Se sentaría en la sala y saldría a la acera a tardear y refrescar un rato, a ver pasar a los vecinos y a contestar los saludos y los adioses de rutina.

En el parque florecían los malinches, y reverdecían las acacias rosadas y amarillas. Un viento fresco caracoleaba por el parque de rato en cuando, y se paseaba por la calle de catedral viniéndose sereno hasta la acera de su casa. Era una casa grande, de argamasa, algo antigua,

los cuartos de techos altos, amplios y frescos, empozados en una tenue luz penumbrosa durante el día y una oscuridad cerrada por la noche. Esperó paciente y miró hacia el fondo de la calle que va hacia Subtiava. Oteaba de un lado y otro para ver por si acaso se aparecía Pablo Cristo o Luis Pastor. Una visión pasajera de un hombre joven, alto y de frente ancha, con el pelo liso peinado hacia atrás, le recordó a su hijo. Se había olvidado de él por completo concentrada en la intriga del relato de la hermosa mujer asesinada, y perdió la noción de la hora. Entró y fue a la cocina, Martina le contestó que no había regresado, pero es seguro que no tarda. Las veces que va a verlo, siempre regresa antes de las seis o las siete de la noche. El joven visitaba, a su padre, al menos una tarde a la semana, que vivía con otra mujer.

Ella regresó a la acera a sentarse en la silla mecedora, contestó varios adioses y contempló la quietud de un atardecer despejado color naranja, con tintes grises tornasolados y un cielo opaco, cerrándose y a la vez abriéndose a la noche y a la tenue oscuridad de los últimos meses de la estación seca. No tardaría en llover y empezarían a caer las lluvias torrenciales. Recordó entonces sus dudas sobre cómo se habría preservado intacto el cuerpo de la mujer. ¿Un accidente de las condiciones climáticas botado el cadáver en aquel vertedero clandestino? ¿Pero, y los calores sofocantes y rigurosos del mediodía, y de las tardes? ¿Y la humedad por el rocío de las madrugadas, no exponían el cuerpo a la descomposición? Ella prefirió pensar que a veces los muertos logran imponer su voluntad contra los vivos. La última voluntad expresada como ley de la vida: Cómo desearon ser enterrados, testamentos y herencias, desgracias por bienes y por deudas, en fin, no en una ocasión en la historia, y en la vida cotidiana los muertos se han impuesto a los vivos. Y las personas corrientes tal vez no dieran crédito a estas ideas, pero, en ocasiones, el culto racional del análisis forense no sirve para nada.

Miró otra vez al fondo de la calle, ninguno de sus dos amigos daba señales de vida, no desmayó en el intento de esperar pacientemente allí sentada y pensó que sería bonito que alguno de ellos se apareciera sin avisar, sin llamar por teléfono. Necesitaba de esa espontaneidad y ella no forzaría las cosas, esperaría hasta que ellos llegaran por su propia cuenta, porque se hubieran acordado de ella. Al rato volteó a mirar hacia la esquina opuesta al nuevo parque de los poetas, y vio a su hijo caminar despacio hacia ella. Era alto y bien parecido, de contextura recia, ojos pequeños, mirada profunda y con un agudo sentido del humor. Estaba orgullosa de él, pero tenía

celos, no de él ni de la relación con el padre, sino por la otra mujer. Las visitas, en ocasiones, eran más frecuentes y tardaba más en regresar. ¿Acaso esa otra mujer sería, capaz de expresar la ternura y el amor que ella sentía por su hijo? ¿Él estaría encantado con ese trato afectuoso de amor ajeno?

—¿Terminaste el cuento?—. Se inclinó acercándose a su mejilla y la besó suavemente. Ella devolvió el beso filial.

—Sí— contestó—, y creo que me quedó muy bueno.

—Me alegro que estés contenta. ¿Esperas a alguien?

—No —dijo—, un poco azorada—. No espero a nadie. Bueno, en realidad te estaba esperando para preguntarte, ¿cómo te fue?—. Alzó la vista y lo quedó viendo con una mirada aguda, penetrante.

El no se había sentado, y desde su altura, miró el rostro de su madre. Ella había envejecido con la gracia sutil de una vida apacible y en armonía con los suyos. Salvo el conflicto ya cerrado con su padre.

—No se— contestó él—. Creo que bien. Me gusta ir a verlo un rato cada vez que pueda. Pero parece que algo te incomoda.

Ahora ella se había olvidado del misterio de cómo se había conservado intacto el cuerpo de la occisa, también de sus amigos y de la ansiedad de que leyeran el cuento y le dieran una opinión.

—Bueno, verás —dijo ella—. Es cierto que todo en la vida tiene un fin, y el amor se va, pero los celos quedan.

## Regreso a casa

"Podía mirar el relumbre de las luminarias en la calle, detrás de la ventanilla de la camioneta. Pero apenas si podía distinguir los rasgos de los rostros de mis acompañantes. Era de noche, y el viaje de retorno a casa lo hicimos en una vieja Dodge. Fulgencio conocía al chofer, y dueño del vehículo. Iba serio y conducía con parsimonia, y atrás, apenas si se podía escuchar las canciones que sonaban en la radio. Fulgencio parecía tranquilo, pero algo lo incomodaba, su rostro tenía un rictus de ansiedad o de angustia, motivado quizá por el viaje porque la distancia a recorrer era lejos, y a esas horas de la noche, antes de salir de Managua, ya los contornos de los barrios y las calles estaban oscuros, de una oscuridad sin luna, y cuando el vehículo dobló hacia la carretera Norte, sólo se miraban las luces de los focos y la franja negra del pavimento. También los otros muchachos iban callados: Virgilio, Domingo y José Miguel, Pablo iba casi dormido, y a veces roncaba. El cansancio, la fatiga del trajín poco habitual de ciertos trámites los había cansado, creo. Se empeñaron en acompañarme, quizá para cuidar de los peligros del camino a la medianoche. Los pobres son solidarios, como se dice ahora, y ellos como amigos, ni se diga. Es bonito pensar que uno en tan poca vida que Dios nos da, podamos contar con amigos de verdad, aunque sean pocos. Vinieron a verme y le dijeron a Fulgencio que harían el viaje de regreso a casa conmigo".

"Fulgencio bostezó y los demás también bostezaron. Ahora la oscuridad era dueña de los parajes en las afueras de la ciudad. Pasamos la garita de la Policía y estaba cerrada. Mejor porque no hubo atraso en tener que presentar documentos y tampoco en tener que darles mordida porque son incómodos para todo. En el pueblo, los parientes estarían durmiendo o tal vez esperarían que llegáramos temprano, pero a veces nada se puede con el atraso involuntario, los inconvenientes e imponderables de la rutina. Entonces, si no había ningún impedimento u obstáculo alguno en la carretera, estaríamos arribando al pueblo temprano, pero por la mañana.

"Allá nací en San Pedro, cuando apenas era una comarca sumida en el olvido, un enclave o un asentamiento de pioneros que llegaron a quedarse a vivir, como consecuencia del terremoto que

destruyó Managua. Y devino en un villorrio que, al pasar los años, creció con ínfulas de ciudad plagada de bares y cantinas, de prostíbulos y policías, para mantener el orden en aquel desenfreno de viernes y sábados de fiestas y borracheras interminables, los borrachos caían inconscientes, como seres inanimados, que pasaban el domingo entero tirados en las calles con el solazo en plena cara, en las calles a la salida del pueblo. Y los negocios y comercios de abarrotes y granos, atestados de compradores de acopio de las cosechas, Llegados de todas las ciudades del país, el pueblo era invadido por forasteros y forajidos, grandes camiones y gente extraña, comerciantes decentes y tipos de mala catadura. Entonces el pueblo parecía una ciudad por la prisa de la gente, el nerviosismo que se sentía en las calles y en los comedores. Era una época de ebullición con el calor de los tratos y negocios cerrados, que se celebran con tragos y borracheras y muertos, pues los muertos no pueden faltar: fiesta y cosecha sin muertos, no es fiesta".

Hacía calor y hasta el aire era denso y sofocante.

—Hace calor— dijo Fulgencio—, y no hay ninguna estrella en el cielo.

—Puede que llueva entonces—, comentó Virgilio.

—Ojalá que no—, dijo Domingo—, porque el viaje sería más lento, por la humedad y lo oscuro del asfalto.

Pablo seguía roncando. Iba por su cuarto sueño, cansado del ajetreo de una tarde inesperada y llena de imprevistos.

—Si llueve, es posible que nos mojemos. Entraría el agua por la ventanilla porque no cierra— dijo José Miguel. Y agregó—. Tengo ganas de fumar, quién me regala un cigarrillo.

"Fulgencio encendió un cigarro y con la brasa del primero encendió otro, le pasó uno de los cigarros a José Miguel, y encendió otro y se lo pasó al chofer, y empezaron a inhalar y a lanzar el humo hacia afuera de la ventanilla, mientras Virgilio y Domingo tomaban unos tragos de aguardiente de una botella, previsores del largo trayecto llevaban su provisión de alcohol para el camino: tragos esporádicos y medidos para que duraran, bebiéndoselos a pico de botella. Nadie

habló por un rato, y allá a la distancia vislumbraron luces intermitentes, luego el relumbre de luminarias de una ciudad. Habían pasado varios pueblos aledaños y apenas se miraban pequeñas luces titilantes, que indicaban la ruta del viaje. Pero ahora sí estaban cerca".

"De repente una rara sensación sobrecogió a Fulgencio. Pensó que aquél viaje al fondo de la noche, era como girar en círculos concéntricos: los círculos interminables, oscuros e irremediables del infierno, y esa extraña sensación de hastío, de vaguedad, como una maraña, inefable que le recorría cada fibra de sensibilidad, alterándole los nervios, lo hizo percatarse del silencio espeso que con una manta negra cubría las cabezas de sus acompañantes. Bostezó y miró bostezar a su hermano José Miguel. La imagen era borrosa. Domingo y Virgilio permanecían en vigilia ritual, tomándose sus tragos esporádicos y comedidos, entre los largos tramos recorridos en la carretera. Escuchó algunas palabras sueltas:

—Hace un poco de frío, ¿verdad?

—Sólo que estés enfermo, porque el calor no se aguanta.

Fulgencio no supo distinguir quienes hablaban, y pensó que se desvanecía.

—Entonces soy yo.

Oyó a lo lejos como un susurro. Un vaho cálido recorría el interior de la camioneta, y todos empezaron a sentir la incomodidad que Fulgencio había tenido al inicio del viaje, al subirse al vehículo. Se desperezó, y dijo:

—Ya falta poco para que lleguemos—.

—Vino a Managua a buscar a Leyla, su mujer. Ella lo abandonó y él no supo asimilarlo. No lo quería ya, pero él, terco como es, se empeñó en ir a buscarla, para convencerla de que regresara a casa-. Comentó Fulgencio, para Virgilio y Domingo. José Miguel y Pablo conocían esas razones.

—¿Y no la encontró?— Preguntó Virgilio.

—En una ciudad como Managua, desordenada y amplia, cualquier extraño se pierde, hombre o mujer. ¡Cuándo iba a dar con su paradero! Y peor, si se vino con otro hombre—. Contestó Domingo.

—Quizá ese no sea el caso. Pero la verdad es que anduvo de salón en salón, en restaurantes y bares y hasta en cantinas, en los mercados, buscándola. Pero es como si Leyla hubiera desaparecido—. Agregó Fulgencio.

—Bueno, en casos como el de ella, no es remoto que se fuera del país, y tal vez esté en Guatemala o en San José— dijo Virgilio.

"Pablo seguía durmiendo, José Miguel empezó a fumarse otro cigarrillo. Y Domingo y Virgilio se empinaron de nuevo la botella con otro trago de aguardiente. Fulgencio encendió un cigarro y se lo dio al chófer.

—Para que te mantengas despierto—, le dijo, porque en unos cuantos minutos vamos a llegar. Y el también se puso a fumar y pidió la botella y se tomó un trago para animarse y espantar esa sensación de vacío que lo carcomía por dentro.

"Amanecía con un alba de luz pálida, grisácea, como anunciando la entrada a la época de lluvias. A pocos kilómetros se divisaron las tenues y amarillentas luces mercuriales del alumbrado público del pueblo, que despertaba temprano. Fulgencio, seguro de que en la casa estarían esperándolos, le indicó al chofer doblar por la esquina del parque. Florecían los corteses y los malinches, la iglesia estaba cerrada. Dobló hacia la izquierda y luego siguió dos cuadras a la derecha. La puerta de la casa estaba abierta, y al escuchar el ruido del motor de la camioneta, salió mi madre, Sara, a encontrarnos, y todavía, pude sentir cómo ella se abrazó a Fulgencio, a José Miguel y Pablo, y lloró con gemidos suaves. Luego contuvo las lágrimas y les dijo:

—Bueno, no hay tiempo que perder. Ya nada se arregla con llorarlo, A las siete será la misa y enseguida el entierro.

## ESTA NOCHE BAILA ORESTES REY

El último sábado de Cuaresma supimos de la terquedad de Orestes Rey. Se le veía cómo meneaba obstinado el pelo negro crespo y no atendió opiniones. Eran los Termales de Tipitapa o nada. La pista de baile no desmerecía porque quedaba al centro del salón principal del restaurante. Era pequeña, pulida, brillando bajo las luces circulares el redondel de ladrillos rojos decorados. Y afuera el paisaje del río fluyendo abajo, lento, lentísimo, atascado en la ribera por gamalotes y matorrales de helechos y heliotropos florecidos, de un blanco esplendente al atardecer. Orestes se impuso contra Murgo y el mismo maestro Santos, ni el Karawala ni el Danubio Azul. El viaje en el viejo Hillman gris, propiedad del maestro, duró dos o tres risotadas, las carcajadas de Murgo por los desvaríos de Orestes con Mireya, el vértigo de la vuelta del Yanqui y el recodo de La Perla. Mía o de nadie, dijo Orestes. Suya o de nadie repitió el maestro Santos. Orestes podría conquistarla si él se lo propone. Y Lidelba y yo afirmando con la cabeza. Menos mal y la plática no reveló resentimientos de ninguno durante el viaje.

Era fama de Orestes que enseguida de sus improvisados pasos, salía pavoneándose, aunque él y nosotros sabíamos que ni él mismo podría replicar esas hazañas bailables suyas, sus arrebatos en la pista. Salía al ruedo al acoso, con la socarronería y el halago caballeresco y cursi. Un galanteo innecesario, casi fingido, después de semejante ironía. Y más cuando se trataba de Lidelba. Ella le servía de pareja y adrede él seguía suelto por la pista, cuando todos los bailarines abandonaban uno a uno dejándolo a sus anchas, alocado y dispar.

En la pista no bailaba Orestes sino el maestro Santos. El viejo se crispaba con el esplendor de días de gloria idos, recordados y revividos en cada fiesta y en los pasos y poses de Orestes, con la picardía de los mambos o el ritmo deslizante y saltarín del Cha cha chá y de las cumbias sensuales o de la salsa, pasando por el twist, el rock pop hasta el rock ácido, duro y metálico ya de moda.

La ida a los Termales fue idea del propio Orestes. Es por eso, digo yo, si uno se obstina intransigente contra toda cordura, la vida nos devuelve su partida. Murgo, el maestro Santos,

Orestes, Lidelba y yo vimos sufrir a Orestes y sufrimos nosotros con él al mirarlo en esa primera caída o derrota, según desde donde se mire. Ningún apuro, pena o desconsuelo es fácil, y menos si está en juego la vanidad y el orgullo desmedido de uno, y en eso se había convertido ya para entonces Orestes Rey.

Orestes se robaba el show en cualquier baile, había sido, era y seguía siendo hasta la noche de los Termales, el centro en el cual giraban todas las miradas de su barra. Ya no eran novedad sus triunfos, considerados así, en grande, grandes triunfos, por el maestro Santos. Al final de cada baile ganaba nuevos admiradores, aún entre los seguidores del competidor de turno. Pero en Los Termales se le miró casi acabado, no pudo con sus lances mientras la concurrencia terminó por ponerse de pie. Se levantaron a hacer rueda pero para verla bailar a ella. A Dulce Borne, casi sola, porque Orestes se apagó de repente y pareció haberse entumido para siempre, de pronto creció a gritos la inquietud, y más en el maestro Santos porque su pupilo no encontraba los pasos mágicos, la «elegancia del ritmo», como lo llamaban en lo mejor de su apogeo en las pistas de baile del Danubio azul, el Ron Ron, el Terraza, el Pigalle, y hasta en los salones de bailongos como el de Lisímaco en San Judas. No había terminado pues de lucirse bailando el Mambo número 8 con la Lidelba, cuando él se empeñó en pedir a la mejor bailarina del show. Lidelba sonriendo, olorosa a orquídeas hawaianas y luciendo ella todo su encanto, por haberle servido al Rey como acompañante, vino a sentarse a la mesa, pavoneándose.

Nadie sabe cómo llegó Dulce Borne a la pista, recién la estrenaban como estrella de Los Termales, morena, delgada, finísima de facciones y finas líneas bajando hasta la cintura, torneada por el quiebre de las caderas. La estrella del show de medianoche traída del Brasil, decían los decires, pero según supo el maestro Santos después, era de Panamá. Bailarina profesional de los hombros hasta los pies, y un escándalo de hembra, había que verla, acostumbrada a lidiar con bailarines aparatosos, de pases alucinados y demasiadas poses como Orestes. Dulce Borne no se amilanaba ante nadie.

En eso estaban los bailarines cuando el aplauso brusco, sonoro, incendió la pista y la algarabía cundió por los patios de las dos piscinas de aguas sulfurosas del restaurante. Los pases e improvisaciones magníficos de Orestes no se repitieron más. Ni sus arrebatos de inspiración

que le salían de adentro en fracción de segundos, sostenido y anhelante, ansioso; segundos y segundos en el aire, flotando, con un lenguaje de ojos cerrados, casi ausente, deslizándose suave por la pista abrigantada, y el cuerpo delgado y elástico de Orestes, libre, en una tensión instantánea. «No va a poder, no va a poder», suspiró sufriendo el maestro Santos. Y no pudo.

El maestro Fulgencio Santos creía ciegamente en el portento de facultades natas de Orestes Rey, creía en aquellos pases, en ese deslizarse suave por la pista de Orestes y creía que el bailarín podía seducir a cualquier mujer que él la bailara. Creía que podía ganar concursos y festivales de baile dentro y fuera de Managua con los ojos cerrados. Orestes era conocido por todos como el Niño, apodo que el mismo maestro Santos le había encajado por su cara de tierno empedernido, moreno, el pelo negro crespo y desaliñados los colochos del bailarín de fiestas patronales, salones y restaurantes. A Orestes lo acicateaban sus deseos de grandeza, un afán insospechado de aventuras por figurar, por alcanzar una fama que trascendiera los confines del concurso de baile de la Voz de la Victoria, los sábados en horas de 2 a 4 de la tarde. O los concursos de la ciudad y del país. ¡Ay, Dios mío, si algún día pudiera competir en el extranjero! Penaba Orestes. Se conocía de memoria anécdotas de otros campeones de baile como las de Pratts, el Pachuco «Arena Blanca», quien además era jugador de la Liga de béisbol profesional, Oscar «Pipián» Espinoza, Luis Amonio «Rifle Negro» y de Soler. Verdaderos ejemplares de los mejores bailarines en décadas. Ellos habían concursado en Costa Rica y en México, el éxito quizás era haber salido del país a intentar fortuna, a fajarse en esas lides, es cierto. Pero arriesgarse era lo único que importaba y sobraban historias como esas. Orestes oía con asombro cuando las contaba el maestro Santos o el famoso bailarín de años idos, William Noguera, y hasta con envidia. Ellos, esos insignes artistas, como Filisberto Pratts y Clemente Soler, habían bailado en escenarios de San José y Guatemala y se codearon en su época con los grandes de México en las tablas del Nacional. Incluso se sabía de memoria el afamado episodio de Filisberto Pratts, cuyo verdadero nombre era Clemente Valladares, a punto de compartir tablas bailando a la par de Fred Astaire como doble, anhelo que nunca se cumplió. Ese era el gran Filisberto y no otro, como soñaba algún día llegar ser Orestes Rey.

Orestes soñaba y nos contaba que bailaba en un night club con la mismísima Marilyn Monroe. Pero el rostro de la rubia era el de Lidelba o el de la vedette Iris Chacón, esplendorosa e

inigualable. Y enseguida se transformaban todas ellas en demonios, esas bellezas de la última tentación.

La carrera de Orestes se había iniciado años atrás en secundaria en las fiestas del Instituto Ramírez Goyena. Ganó un concurso anual de baile y fue fama que ni Rodolfo Valentino hubiera podido esa noche contra él ataviado con la mejor indumentaria de los bailarines de flamenco. Entonces Orestes se dio los lujos de asistir a los salones más cotizados. En el Gran Hotel alternó por contingencia con la vedette Tongolele. Y empezó a pasearse glamoroso acompañado del grupo, presidido por el maestro Santos, y detrás los fanáticos, lo seguían alegres y fascinados, con la bulla y la algarabía de los triunfadores.

Una tarde, nunca olvidaremos sus amigos y admiradores, otro de sus grandes éxitos en el «Concurso de baile popular sin límite de tiempo», similar al de la Voz de la Victoria montado en un galerón de San Judas por el Torólogo Lisímaco Chávez. Imposible, ninguno de nosotros, el maestro, Lidelba y yo, nos íbamos a perder aquella demostración de consistencia y calidad, de variedad musical y bailes, hora tras hora sin parar, sin pareja o a ratos acompañado por Lidelba para variar, ante una multitud perpleja y cansada, cansados y abatidos por la intensidad de los focos iluminando el centro de la pista, el desvelo continuo mientras los bailarines sudorosos, rempapados, cambiaban de ritmos, de El bodeguero a la Calle Doce, del Manisero al Cangrejito playero, del Caballo viejo a la Cárcel del rock y enseguida los twist de Chuby Checker hasta La Cumbia triste, al Mambo número 8 y la Pollera colorada, o Estás insoportable, Los Marcianos y Vaquita vieja. Sudorosos los bailarines, uno tras otro fueron abandonando la competencia, hasta quedarse solos un afamado bailarín de Monseñor Lezcano, conocido como Murgo cienpiés, pero cuyo verdadero nombre era Oswaldo Miranda.

Un empate era lo previsible ante aquella obstinada manera de sostenerse bailando sin detenerse un instante, segundo a segundo aquel desenfreno de la molicie y el solaz de los bailarines cuando suelen acometer cualquier pieza musical, despertaba una cierta ansiedad entre los admiradores de ambos. Pero Orestes resistió hasta el último momento y Murgo cienpiés Miranda se retiró dándose por vencido.

Orestes Rey era campeón no sólo de pequeños círculos bailables, sino el rey de los bailongos, de bailaderas, de concursos. Pero a pesar de la derrota ante la sorprendente Dulce Borne en la mismísima pista de Los Termales, el grupo seguía unido. Era de madrugada y sentimos a Orestes abatido. El maestro Santos quiso animarlo, debía recuperarse y le propuso el reto de seducir a la Mireya.

—Ve, Niño, si vos salís a bailar la Mireyita no te quita los ojos de encima, le había dicho insistente el maestro Santos. Yo creo que vos sos el único que podes quedarte con ella, si vos querés, claro está, porque vos sos el mejor de los mejores ella caerá sólita en tus brazos, Y el bailarín soltó una son-risita lamiéndose los labios con sólo pensar en la mujer más bonita y hermosa del barrio, reacia a los bailes, difícil de entrarle así de cualquier manera. Ella se mantenía expectante, sentada, viendo bailar, rechazando casi todas las manos que se ofrecían a sacarla a bailar, aunque fuera una pieza. Pero sería de él.

—Pero no tengo por qué competir con nadie más. Y la Mireya ni siquiera conmigo baila. Contestó muy serio y ni él mismo se lo creyó.

—Si, pero vos todavía no te ganas a vos mismo. Y no es que vayas a demostrarle nada a nadie, sólo tenes que ganarte la admiración de ella.

—Claro que puedo si ella me mira como dice Murgo, ¿por qué no?

—Pero para deslumbrarla tenes que hacer el paso del ave, elevarte en el aire, tus manos estiradas tocando la punta de los pies extendidos, caes suavemente sobre la palma de tus manos, y enseguida te alzas despacio, con ritmo, como sólo vos sabes hacerlo. No creo que ella no se levante de la silla a aplaudirte porque ya antes lo ha hecho, y es entonces cuando vos corres donde ella y te le declaras. Y no hay manera para que se resista.

—No me lo va a creer maestro Santos, pero hasta ahora me doy cuenta que también me interesan otras cosas más que el baile.

—Es justo, es justo eso, terminó diciendo el Maestro.

La fiesta de fin de año había empezado en la Pista. El salón de las arcadas estaba repleto, aunque apenas si calentaban con baladas melancólicas tres parejas de enamorados. El maestro Santos saludó a la Mireya con un beso y Orestes le susurró "te tengo una sorpresa para más tarde". A Orestes y a Murgo les brillaba el pelo alisado a punta de brillantina, vestían camisas

blancas de seda, manga larga, abombadas y pantalones de gabardina negros acampanados. Murgo se sentó, parecía tan aburrido que no se le aguantaba. Lidelba me agarró del brazo y me llevó a la barra a bebemos una cerveza. La clave del maestro Santos la lanzaría al solicitar el Mambo número 8, Orestes oiría el fuerte y decidido grito de guerra: ¡eá Niño! ¡eá Niño!, ¡eá! ¡eá!

Empezaron a sonar los tambores con Los Hermanos Cortés, saqué a Lidelba tomándola de la cintura y llevándomela con delicadeza a la pista. Murgo y el Niño se levantaron de la mesa a robarse el show y dejaron solo al maestro Santos. Murgo sacó a una muchacha pelirroja de dieciocho, no la habíamos visto antes. Y Orestes se coló buscando hacer pareja con Lidelba. Al rato preferí compartir la soledad con el maestro, convencido que esa y no otra sería la gran noche del Niño con Mireya. Habían bailado tres piezas y Orestes parecía ansioso, a cada rato volvía a ver hacia la mesa. El maestro Santos le indicó la cuarta del set de cinco piezas con los dedos de la mano. Se levantó y fue donde el baterista y regresó al rato con una gran sonrisa en los labios.

Orestes siguió bailando con Lidelba. Ella sabía compartir anhelos, sueños y las alocadas ocurrencias de nosotros, y se prestó como nunca, ahora que empezaron a sonar los ritmos acompañados del Mambo, qué rico el mambo, mambo, que rico es, es, es. Y las trompetas y los tambores casi Pérez Prado en vivo. El maestro Santos lanzó su eá Niño, eá Niño, mirándosele los dientes de conejo, y Orestes siguiendo el ritmo con un leve impulso quedó suspendido por un instante en el aire. Fue un instante y es difícil repetirlo. El maestro Santos sé tapó la cara con las dos manos juntas, Murgo y Lidelba bailaban detrás de él y apenas si nos dimos cuenta. Se oyó un raaá raaá crepitante, un rasgar de tela por el centro del pantalón de Orestes, quizás por el susto cayó sin poder amortiguar lodo el peso del cuerpo. Y en seguida se escuchó un golpe seco, sólido, contundente en el piso, como si toda la humanidad del Niño hubiera caído a fondo dentro de un hoyo.

Orestes se levantó aturdido, avergonzado. El Maestro corrió a socorrerlo, a mitigar su vergüenza. Pero Orestes se emperró y sin medir si era oportuno, caminó despacio fingiendo que nada había ocurrido hasta la mesa de Mireya. La saludó, se sentó en clucas y le soltó que él la quería, si ella era capaz de valorar a un artista. Pero ella, la callada Mireya, dijo: «Vos sos buena

gente, Orestes»; y sutil, delicada, pero mejor no. Claro, mejor no, porque además aunque él no lo supiera y no lo parecía, hacía apenas unos días ella ya se había comprometido con Murgo. Sí, nada menos que con el mismísimo Murgo, su mejor amigo. El muy cerdo no había dicho esta boca es mía, Y callado, oculto tras una sonrisa aparente había ido a buscar a la Mireya a su casa, al día siguiente de la fiesta en Los Termales, y como quiera que haya sido le arrancó el sí.

Orestes volvió a la mesa y se tomó un trago grande de ron blanco con soda y hielo, sin querer mirar ni saber nada de Murgo. Y bebió otro trago y otro. Vas demasiado rápido, dijo el maestro Santos. Pero el Niño no quiso escuchar razones de nadie. Y a la hora lo vimos caído, cabizbajo, echando hipazos, aupando, de tanto ron. El Niño ya ni oía, era mejor irse, estaba bien de tanto empeño. El maestro ya no lo detuvo, y mareado, tambaleándose, Orestes bailó el último mambo como si fuera a su propio entierro. Los muchachos y muchachas que antes no paraban de admirarlo ahora se reían a risotadas y no paraban de reírse del bailarín. «El desprecio de la Mireya no es nada sino la traición de Murgo, el maldito Murgo, traidor», repetía Orestes. Y luego salió arrastrando los pies, colgado de los hombros del maestro Santos.

## CARLOS VANEGAS

(Managua, 9 de agosto de 1958)

Aunque nacido en Managua, ha residido la mayor parte de su vida en el Puerto de Corinto, al occidente de Nicaragua. Estudió dibujo artístico y publicitario en el Instituto "Progreso" de Guatemala; curso la carrera de Derecho en la Universidad Autónoma de León, graduándose en 1983.

A mediados de los ochenta comenzó a publicar sus textos en el Nuevo Amanecer Cultural, suplemento de El Nuevo Diario. Pertenece al grupo de narradores que tanto dentro como

fuera del país, de diversas edades, tendencias y generaciones, han llevado a su culminación a la narrativa nicaragüense, debe de considerarse en el grupo de narradores formado por el cuentista Fernando Silva. Actualmente es miembro del Centro Nicaragüense de Escritores y labora en un bufete jurídico de Corinto.

## EL HOMBRE DE LOS ZAPATOS BLANCOS

Aunque no era alto, su porte y elegancia en el ambiente de aquella ciudad eran más que suficientes para infundir respeto: vestía con un temible contraste, ropas oscuras, negras, grises, azules y zapatos blancos, de una blancura radiante. Invariablemente venía por la misma acera, metido en ese silencio largo tan propio suyo, interrumpido sólo por el gesto solemne de la mano saludando a algún amigo o conocido. Luego, volvía a su compostura y distinción. Peinado hacia atrás, untado el pelo contra el cráneo con brillantina, pequeño bigote cuidadosamente recortado, tenía un aire de gentleman inglés muy siglo XIX, pero sin paraguas ni bastón. De haberlos usado, el estereotipo hubiera sido completo. Lo que fuertemente me llamaba la atención era aquel su rostro sereno y duro a la vez, que lo hacía ver más viejo de lo que en realidad era. Todas las tardes lo veía aparecer puntual, con la exactitud de una cita, que este sujeto ignoraba, entre él y yo, que entonces era uno más de los universitarios de otras ciudades que llegábamos a estudiar a la Ciudad Universitaria y que nos sentábamos de espectadores en el parque frente a catedral. Me parecía un charlatán, un mediocre excéntrico, hasta tuve ganas de burlarlo en su cara o de insultarlo, pero cada vez más me iba familiarizando con aquel personaje. Comencé a sentir una especie de conmiseración por él; no sé por qué, pero eso era lo que me inspiraba. Entre tanto, él descubrió que yo lo observaba atentamente: cuando nuestras miradas se encontraban, yo trataba de mirar hacia otra parte, pero él mantenía la mirada, mirándome que yo lo miraba. Torcía los ojos casi con odio y se volvía más arrogante y soberbio, algo con lo que parecía disfrutar y hasta estar satisfecho. Él se perdía, a lo lejos, entre los transeúntes, seguro de que yo lo seguía con la mirada. De tanta familiaridad, el personaje se me fue deshaciendo. Ya no sé si lo veía pasar o no lo veía pasar por la misma acera. Al tomar conciencia de su ausencia, pensé que tal vez había enfermado o, a lo mejor, se había marchado de la ciudad, incluso después de meses hasta llegué a creer que había muerto. Deben haber pasado dos años; yo seguía

sentándome en la plaza o a las puertas de la casa de huéspedes, tardes serenas o grises, crepúsculos sobre la ciudad, después de clases. El ambiente estudiantil se respiraba quieto, apacible, impregnado de aquel sabor colonial. Yo me sumergí por completo en los estudios casi sin tiempo para nada más que para estudiar. Una tarde que se fugaba despacio entre los últimos fulgores, rojos y ámbar del horizonte, regresando de la universidad, decidí tomar una calle que casi nunca transitaba, con la intención de ganar tiempo para llegar puntual a una cita con un compañero de estudio. De pronto, al doblar una esquina, allí estaban aquellos zapatos blancos, los zapatos que se habían distinguido entre mil, radiantes, pero sucios, endurecidos en la punta y en los costados, la tierra reseca de días había cambiado su blancura, ya no se podía decir que eran blancos sino que amarillos o amarillentos, y los cordones sueltos y mojados.

Me acerqué despacio, casi sin dar crédito a lo que veía, el hombre estaba tirado en el suelo boca abajo, con la cara entre las manos. Lo identifiqué, era él; parecía dormir, tenía puesto uno de los trajes con los que solía verlo pasar, pero roto, desgarrado; los codos raspados le sangraban, y el bigote, que siempre lucía cuidadosamente recortado, se confundía con una barba de varios días. Lo contemplé por un gran rato, echado, ahora bocarriba, sobre su vómito y borrachera tan larga como su ausencia, sobre su pestilencia y abotagamiento tan insoportables como sobre el odio que debe haber sentido por sí mismo. Me retiré pensando, reflexionando... y me volvía a divisarlo, pero extrañado de notarlo casi feliz en su estado, feliz como si estuviera en su verdadero mundo, diferente al tipo anterior, como si el de los zapatos relucientes, blancos, fuera otro, alguien que lo atormentaba, algo así como si se tratara de algún otro, inventada por otro, por mí mismo tal vez.

*Corinto, febrero de 1987*

## ABIERTO HASTA EL AMANECER

La mujer entró a la cantina y se quedó parada, sembrada en sus tacones altos que la hacían verse más alta, echando una mirada minuciosa sobre el amplio salón que estaba como varado en el silencio y el vacío. Después, se dirigió a sentar en una mesa, y, como si continuara buscando a alguien, el rostro de otra persona en una parada de buses, buscó acaso el suyo en el espejo

horizontal que colgaba en la pared detrás del mostrador. En efecto. Allá al fondo se divisó, entre las demás caras, su vestido lleno de flores amarillas y su ojo azul negro brotando de todas las noches y de los constantes desvelos. Rostro anocheado y amanecido, sobreviviendo noche a noche y a la soledad y el bostezo de los días sucesivos. Mirarse al espejo era ya sólo un ejercicio de amargura, más que de coquetería, la costumbre que le había dejado su posible belleza celebrada y comercializada. Como si no hubiera entrado, nadie se fijó en ella, sólo un hombre vestido de blanco arrimado al mostrador y que parecía un fantasma suspendido sobre un pedazo de abismo frontal. La policía había mandado a callar la rokonola porque espantaba el sueño a los vecinos que ya no aguantaban semejantes berridos de los cantantes y los coros de trompetas y saxofones. En el centro del estante donde se alineaban las botellas, habían pegado un rótulo:

«ABIERTO HASTA EL AMANECER»

Con un ademán, la mujer llamó al cantinero, quien, después de despachar una cerveza al fantasma, tomó la bandeja y con una expresión de aburrimiento en el rostro, se fue donde la mujer haciendo girar la cabe/a hacia un lado y otro con la mano puesta en la nuca. La tortícolis le permitía mover la cabeza como si estuviera negándolo todo a cada momento.

Ocultándose el tirante del portabustos bajo las hombreras, la mujer le hizo la broma.

—Un día de estos te vas a desnucar y me vas a dejar viuda.

El cantinero hizo una mueca que parecía sonrisa. Llegó donde la mujer, puso la bandeja de canto sobre la mesa, la quedó viendo y la interrogó:

—¿No ha venido?

—¿Quién?—

—Jesús niño!

—¡Y quién pues, mi hombre!

—No lo he visto- dijo el cantinero. —O no sé... es que he estado bien ocupado atendiendo a la gente— ¿No ves?

El cantinero estiró los labios para señalar a los clientes que llenaban el salón, acuartelados en las mesas; sumergidos, unos, en la pompa del licor, y otros, en el estupor.

La mujer paseó la mirada sobre el tumulto, después cruzó la pierna. Y, con un gesto extravagante y refinadamente burdo, sacó un cigarro de la cartera que colgaba de su hombro y se lo puso en la boca. Hizo una pausa, que, a pesar de su ojo morado, de momento pareció darle elegancia a su semblante.

—¿Y eso?— dijo el cantinero señalándole el ojo.

La mujer no contestó, sacó una cajetilla de cerillos, encendió el cigarro, succionó lo suficiente, y después, con suavidad deliciosa, lanzó una bocanada de humo contra la figura sanchopancesca del cantinero.

—¿Te volvió a pegar? —le preguntó el cantinero, mientras agitaba la mano para disipar el humo de su cara.

La mujer siguió callada y fumando. Expulsó por la nariz dos chorros de humo que envolvieron las dos figuras. Después puso la mano del cigarro sobre la pierna que tenía cruzada y se recostó con suavidad en el espaldar de la silla. Volteó a ver al cantinero.

—¿Crees que este es un adorno que me puse para venir aquí a exhibirlo?

—No—, le repuso el gordo, lo que creo es que es gusto tuyo que te peguen, porque a lo que venís, es a buscarlo.

La mujer lo miró de soslayo.

—Mejor explícame porqué nos tenes en este velorio. ¿Quién se murió?— ¿O es que se descompuso la rokonola?

El cantinero negó con la cabeza y dijo:

—La policía me ordenó que la apagara a esta hora, la gente del barrio se quejó, y el comandante Ordóñez me mandó la orden.

—Sólo a vos te hacen eso, al Masaya ni cuando hubo aquel muerto en su cantina se la cerraron—, le dijo la mujer quien hizo a un lado la mano donde tenía el cigarro, y, con el índice le desprendió con tres golpecitos la ceniza. Después lo chupó, y volvió a poner la mano sobre la rodilla, hizo alardes de volutas de humo, y con mucho talante lo quedó viendo.

—Tené cuidado porque como que oí decir que te quieren cerrar la cantina, dijo la mujer y de inmediato el rostro del cantinero se puso serio o preocupado.

—¿Quién te dijo eso?

—¡Aaah!, Yo sé.

—No te creo.

—Yo sólo te aviso.

El gordo cantinero se quedó pensativo. Se inclinó a un lado de la mesa, y con el dedo pulgar se escurrió el sudor de la frente, sacudiendo la mano. Sobre el silencio, cayó el silencio de la preocupación del cantinero, que surgió en su rostro en una mueca tragicómica, que después se disipó y apareció en forma de protesta.

—Voy hablar con el teniente. Porque si es por lo de la rokonola, esa la apago desde que me ordenaron que la apagara.

De repente, la mujer soltó una carcajada convulsa y le dio una palmada en el brazo:

—Mentira, mentira, son bromas hombre. Anda tráeme una cerveza que me quiero mojar el gasnate— pidió la mujer aún riéndose.

Le dio la última chupada al cigarro, tiró al suelo la colilla y la aplastó con el zapato. Después, como si jugara con el placer del vicio, abrió la boca y dejó que salieran lentos y densos los jirones de humo blanco.

El cantinero se fue al mostrador, pero antes pasó recogiendo las botellas y vasos de las otras mesas.

La mujer se quedó sentada con los brazos sobre la mesa, mirándose las uñas largas y rojas, que le ensangrentaban las manos, y que hacían juego con su boca y con su cartera de cuero bruñido. Las intensas oleadas de calor llegaban de la calle, junto con uno que otro fogonazo de los carros que doblaban en la esquina opuesta a la cantina. La mujer buscó de nuevo su rostro en el espejo, pero no lo encontró. Entonces, se fue al mostrador caminando como una equilibrista sobre los zapatos de tacón alto. El cantinero la miró expectante del otro lado del mostrador, después se agachó, y de un cajón de hielo sacó una botella de cerveza envuelta en aserrín; la limpió con un trapo, la destapó con el abridor que estaba pegado al cajón de hielo, y después la puso sobre el mostrador. La mujer se dejó caer en el butaco que estaba arrimado al mostrador, exhaló aire por la boca de un modo asmático, y empezó a beberse la cerveza. En el espejo miró su ojo azul negro como de mapache, estropeándole el rostro en una visión de esperpento, después reparó en el rótulo:

"ABIERTO HASTA EL AMANECER"

—¿Desde cuándo está aquí ese rótulo?

El cantinero volteó a ver y arrugó el entrecejo para buscar en su memoria.

—Desde hace unos ... cuatro meses.

—Como yo ya tengo rato de no venir, o no lo había visto porque siempre me quedo en las mesas— dijo la mujer, y le dio un trago a la cerveza.

Esperó que el líquido bajara a su estómago, como para hacer exclusivo el disfrute de ese instante.

—¿Entonces has tenido abierto aquí hasta que amanece? —Sí, pero últimamente he estado cerrando temprano por lo de la rokonola. —¿A qué hora? Eso depende de los clientes a la hora que se vayan, de lunes a jueves casi siempre cierro temprano, esos días viene poca gente, y ya a las once no hay nadie. —Pero hoy es lunes y tenes lleno. El cantinero hizo un gesto de desaprobación con la boca.

—Esto está malo, se vende poco, y las mujeres se aburren de esperar clientes, ya vas a ver que más luego cierro.

—La mujer se quedó pensativa, reteniendo el sabor de la cerveza en la boca, removiéndolo con la lengua maquinalmente, mientras quedaba viendo el rótulo.

El cantinero, con un punzón picó hielo en una pana, lo vació en un pichel de vidrio, y lo llevó a una mesa.

Después regresó al mostrador secándose las manos con el trapo que colgaba de su hombro.

—¿Y la policía sabe los días que cerras temprano y los días que amanece abierto?

—No sé, me imagino que deben saber porque a veces pasan.

—¿Pero no estás seguro que saben?

—Seguro no estoy.

El cantinero se agachó, y acomodó unas cajillas de cerveza en el suelo, se secó otra vez las manos con el trapo, y quedó viendo el rótulo de papel. Después de unos breves segundos, estiró el brazo hacia el rótulo.

—¿Qué vas a hacer?—

—Lo voy a quitar.

—No, no lo quites.

El cantinero se detuvo y la volteó a ver extrañado.

—¿Por qué no quieras que lo quite?

—Ahí déjalo— dijo la mujer, y se puso a reír.

—No sé me gusta verlo ahí.

El cantinero desistió, se puso de espaldas a la mujer, y empezó a llenar con botellas nuevas de licor los lugares vacíos en el estante. Hacía su trabajo con la indolencia y resignación que le habían dado los años, acostumbrado a aquella vida sórdida y aburrida.

La mujer miró el espejo, y por tercera vez miró su ojo que la amargaba por dentro, con un sabor muy distinto al de la cerveza, después, miró al cantinero. Lo miró grueso como lonjas de carne, resaltando apretado bajo la camiseta de algodón, abultando, en una mezcla de comicidad y repulsión, sus caderas, que le daban una apariencia paquidérmica. Se lo imaginó desnudo y torpe en la cama, luchando contra los inconvenientes de su propio cuerpo, por obtener un momento de regocijo sexual. Se imaginó ella en esa escena, lidiando con otros de esa misma contextura, en otro tiempo y en ese mismo lugar. El cantinero terminó de acomodar las botellas, algunos clientes empezaron a irse, otros terminaban de escanciar los vasos. Al hombre que parecía fantasma, se lo tragó la luz macilenta del pasillo, consumido por el deseo febril que lo empujaba hacia los cuartos.

Media hora después, la noche se despejó en el salón, y en la cantina sólo quedaron la mujer y el cantinero. Faltaba poco para la media noche. La mujer se terminó de beber la cerveza, y quedó viendo al cantinero con un extraño resplandor en los ojos. De la cartera sacó un billete de diez pesos y le pagó la cerveza. El cantinero se ajustó el cuello con un movimiento de tortícolis, tomó el billete, y le regresó uno de cinco.

—¿Desde hace cuánto nos conocemos?— preguntó la mujer repentinamente.

Este la volvió a ver nuevamente extrañado.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Solo quería saber, dijo la mujer, y con los dientes, se arrancó un padrastro del dedo meñique de su mano izquierda, después escupió el pedacito de carne y miró al cantinero.

El cantinero escudriñó en el recuerdo. A ver... —dijo, y alzó la mirada hacia el techo, mientras, con el trapo, se secaba despacio el sudor que le bajaba por el cuello hasta el voluminoso vientre.

—Yo creo que nos conocemos desde que vos llegaste de tu pueblo, estabas bien joven, y te quedaste a dormir en los cuartos del Masaya con aquel militar que inventó que le habías robado para no pagarte; en ese tiempo yo empezaba con la cantina, y tuve que pagar la multa para que no te echaran presa.

El cantinero se secó el sudor de los brazos, que le corría copioso entre la áspera vellosidad parecida a la de un cerdo. Después, casi meticulosamente, dobló el trapo y lo puso sobre el mostrador, cuidando que hubiera simetría entre el borde de éste y el trapo. La mujer se fijó en ese minucioso detalle, sus ojos adquirieron una tonalidad cenicienta.

—Ese fue un gran favor el que me hiciste y apenas empezabas a conocerme.

El cantinero hizo un gesto de autocomplacencia.

—¿Y ahora me harías un favor parecido a ese?

—Claro —O sea—, ¿Si me quisieran echar presa, me ayudarías para que no me echaran?

—No te digo que sí— dijo el cantinero, y puso el brazo derecho sobre el mostrador, arrimándose de costado.

La mujer volteó a ver hacia la calle y hacia el pasillo de luz macilenta, después se inclinó hacia adelante sobre el mostrador, y puso su mano en el brazo del cantinero.

—Son dos cosas— dijo la mujer.

—Que hoy lunes no cerrés temprano, y que digas a la policía que estuve aquí con vos tomando hasta en la madrugada.

—El cantinero cambió de expresión, quitó el brazo del mostrador y miró con asombro a la mujer.

—¿Y para qué querés que diga eso? En el rostro de la mujer se mezcló la amargura y el odio ¡Hoy se termina esto! ¡Hoy es la última vez que me pega! —dijo la mujer. Besó la cruz que hizo con los dedos, y lanzó su juramento a la noche. Después volteó a ver al cantinero.

—¿Vas a decir lo que te dije?— El cantinero retrocedió titubeante.

—Si es lo que pienso que querés hacer no puedo.

El rostro de la mujer se ensombreció levemente. Las gotitas de sudor que le brotaban en los párpados, le diluían el Marbellyne de las pestañas, dándole una apariencia aún más oscura a sus facciones. Lanzó una mirada al azar, y tosió dos veces a un lado.

—Sólo vas a decir eso, nadie se va a dar cuenta.

—A la policía no la engañas así nomás, —dijo el cantinero, haciendo un gesto de indudable convencimiento, y estiró los brazos apoyándose en el mostrador.

—Tal vez, pero necesito que me ayudes —dijo la mujer con cierto tono imperativo.

—No puedo, mejor desistí de eso, no quiero hacerme cómplice de eso que querés hacer.

La mujer bajó la mirada y sonrió con ironía, casi de una forma maléfica, después miró al cantinero.

—Mentir es hacerse cómplice, y también callarse es hacerse cómplice— dijo la mujer.

—Vos mentís, y yo me quedo callada. El rostro del cantinero se descompuso.

—Hay cosas que no sabe la policía, no sabe eso que vos hiciste en el baño hace casi un año con la hija menor de doña Engracia.

—Y yo creo que te conviene que no lo sepa.

El rostro del cantinero estaba congestionado por el calor y la sorpresa. Su voz sonó tensa y trastabillante.

—¿Quién te dijo eso?

—Nadie, yo te vi esa tarde por una rendija, te vi cuando le diste dinero, y le dijiste que no hablara.

El cantinero tomó el trapo que estaba doblado casi artísticamente sobre el mostrador, y sin desdoblarlo, con las dos manos, se lo puso en la cara como un cataplasma, inclinando la cabeza hacia atrás. Después, con una lentitud casi amnésica, lo fue bajando, quitándose el sudor de la cara, el cuello y el pecho. Se sentía como un toro embanderillado en el centro de la arena, sin público y sin cuernos, a merced del matador.

La mujer abrió la cartera y revisó en su interior. Su mano tocó la hoja helada y filosa, y sus pensamientos viajaron hacia el otro extremo de la ciudad, hacia una persona en particular.

Después se bajó del butaco, se colgó la cartera en el hombro, y caminó hacia la salida. Ya en la puerta como si terminara de refugiarse en su burladero, se detuvo, volteó a ver al cantinero y le dijo:

—¡Ah! —Otra cosa, no quites el rótulo, para que vean que aquí siempre has tenido abierto hasta el amanecer.

*Corinto, octubre de 1997*

## MARIO URTECHO OLIVARES

(Diriamba, 24 agosto de 1954)

Poeta, escritor y ensayista. Con dedicación afortunada al género del "cuento"; ya antologizado en Antología de la Academia Nicaragüense de la Lengua.

Maneja una prosa limpia, clara y desarrolla sus temas con magistral precisión y elegancia.

Ha publicado Voces en la Distancia (2002), y ¡Los de Diriamba! (2006 y 2010).

## VIUDAS

Allí lo llevan, dijo la mujer, persignándose frente el ataúd que en la tina de la camioneta de acarreo entró al barrio, movilizado desde temprano por la muerte del muchacho. En la casa, sobraron manos para bajarlo, y ponerlo sobre taburetes, debajo de un Cristo de yeso. A su lado, rosario en mano, la abuela, llorando por dentro, recibió condolencias por el nieto que crió desde que su hija no volvió jamás. A la joven viuda también le dieron los pésames, con esa malicia que, desde la tarde iba y venía, como perro callejero, por el vecindario.

A varias cuadras, otra sollozaba. Canela la piel color, ojos grandes negros, crespo largo y suelto el pelo, hondos camanances, y cuerpo propenso a las procacidades de la calle. Treinta y cinco años de edad, una hija de veinte. A los catorce se la llevó el hombre que seis meses retozó con ella y preñada se la regresó a su mama. Sumergida en sus vivencias y convivencias, habló, como si haciéndolo vaciara sus duelos... o llenara sus vacíos.

Nunca me entusiasmé tanto con nadie como con él y no fue por calentura, como dijeron las mojigatas. Me puse destrabada, como chavala estrenando primer hombre. Sabía que atizaba fuego y no me importaron las consecuencias del incendio. Él me saludaba de forma especial, más cuando se casó con la muchacha, y fuimos vecinos; pero fue después que lo despidieron de la Zona Franca que se nos enredaron las vidas. Cada mañana, por la música en su casa, lo sabía regresado de la parada de buses. Entonces salía al patio y, con disimulo, lo veía barrer el solar, quemar basura o hacer nada, y cuando me miraba, me cubría toda con su amplia sonrisa.

Con el tiempo, cruzar el solar, tomar café, y conversar lo hicimos hábito matinal. Sus visitas se alargaron de media hora a media mañana, a la mañana plena. Después, almorzábamos, y se quedaba conmigo hasta que salía a esperar a la muchacha. Me acostumbré a su compañía y lo buscaba a pesar de las consecuencias. Entonces, traté de desandar mis pasos. Inventé pretextos que me sacaran de la casa y me tuvieran el día en la calle pero, era tanta la intensidad de su atracción que estaba atrapada en una pegajosa telaraña de la que no pude, ni me quise liberar.

Más de una vez me sorprendí figurándome su mujer y la lubricidad me inundaba copiosa, hasta aquella mañana que, sin premeditarlo, lo fui. Me halló saliendo del baño, con la mata de pelo sobre mis tetas y una pequeña toalla, ajustada bajo el ombligo, cubriéndome apenas las nalgas y el murruco. Se trastornó, y mi humedad de hembra deseada, desbordó la tempestad. Hubo danzas de lenguas y manoseos azuzando deseos que me pusieron frenética, descontrolada. Ese día nos gozamos hasta el agotamiento. Los siguientes, engarzamos vidas y destinos, revoleándonos en las zarabandas de la carne, con brama perruna, cercana al aullido.

Cuando la muchacha lo supo, no suspendimos el relincho, pues decidí arrebatárselo y ser su mujer permanente. Tal vez, convencida de eso, cuando se ahogó en la presa, dije en la Policía que era su esposa, y allí estalló este escándalo que, hipócritas, han sacado en periódicos, televisión, y que de casa en casa circula en el barrio, como si fuera primera vez que ocurre una desgracia en la que madre e hija somos viudas del mismo muerto...

*Managua, abril 12, 2007*

## ABUELO

Nunca quisiste fotografiarte, porque el alma se queda prisionera en el papel, y cuando uno muere, no puede descansar en paz, decías, y por eso no lo hacías. Finalmente te convencimos. Mirá que no todos los días alguien cumple cien años, abuelo, mira aquí, mira allá... hasta que aceptaste. Y nos llamamos todos a todos, y nos acomodamos como uno se acomoda cuando lo van a fotografiar: los más altos atrás, los bajitos adelante, nietos y bisnietos en cuclillas, y vos al centro, en tu sillón, huraño, desconfiado, medio socarrón, a un lado tu sombrero, al otro tu bastón.

Y de la caja misteriosa nos sacaron una prolífica fotografía, a la que le mandamos hacer un marco y hasta le pusimos vidrio para que no nos comiera el tiempo y la colgamos en la sala, en el propio centro de la vieja casona. Y allí nos quedamos todos. Unos serios, otros sonriendo, éstos asustados, aquellos calmados, las mujeres plisándose los vestidos o arreglándose las peinetas, y vos, abuelo, de eje en todo aquel movimiento inmovilizado.

Los días continuaron empujando días, semanas, meses. Y llegó y se fue el invierno y una mañana te murió el verano. Y regresamos y te miramos, y te tocamos, y te lloramos, y te arreglamos y te santoleamos, y te misamos y te cargamos, y te enterramos... Aún guardo la vieja fotografía, tomada aquella tarde del lunes 29 de febrero de 1904. Allí seguimos amarillentos de atardeceres, y en el centro sólo el sillón, tu sombrero y tu bastón...

*Enero 1987*

## ERICK BLANDÓN

(Matagalpa, 1951)

Estudió en la escuela de Ciencias de la Educación en la UNAN-Managua. Surgió como poeta en la década de los 70 publicando *Aladrarivo* (1975). En 1982 aparecieron *Juegos prohibidos*, y en 1990, *Las maltratadas palabras*.

Simultáneamente ha cultivado la prosa narrativa llegando a publicar en 1994 *Misterios gozosos*, y la novela, *Vuelo de cuervos* (1997).

Reside en los Estados Unidos.

## FUEGOS DE PASCUA

Coronada Cantarero vio desde la calle a Malicia de Ángel recostado en la columna de la nave del Santísimo. Maldijo su mala leche. —¿Qué pecado estaré pagando para que lo primero que vea, antes de entrar a la iglesia, sea a ese asesino?— Dio la vuelta al atrio y entró al templo por la nave opuesta, donde no tendría que encontrarlo ni pasar cerca del enemigo de su familia. Halló sitio junto al bautisterio. Se arrodilló en el reclinatorio y cerró los ojos después de santiguarse. —Perdóname señor, porque no sé olvidar, ayúdame a perdonar los agravios como Tú lo hiciste en el Calvario—. Se persignó de nuevo y tomó asiento, para esperar.

En la torre, las matracas comenzaron a sonar su último llamado para la bendición del fuego y del agua. El sacristán desde el presbiterio pidió a los fieles abandonar la iglesia.

—La ceremonia será frente a la puerta mayor —explicó a través del micrófono.

El templo fue desalojado lentamente, aunque en silencio y en completo orden. Las puertas se cerraron. La multitud rebalsó la plazuela. En lo alto del atrio, el altar improvisado, a cuya izquierda tenía su sitio el coro, estaba a oscuras.

Coronada Cantarero avanzó con dificultad, hasta colocarse en el lugar que le había asignado, durante los ensayos, el maestro de capilla. Sus años más hermosos los había dedicado a Dios. A él ofrendó su juventud. Sus castos cuarenta años.

Sábado Santo. Se encendería el cirio pascual con las palabras rituales de Lumen Christi; las letanías de todos los santos serían rezadas. Y a media noche, cantar Gloria.

—Llega por mí a la una de la mañana —pidió a su papá antes de salir.

Sus padres sólo la tenían a ella. Los hijos varones murieron en un cruce de disparos con los Malicia de Ángel, a quienes sobrevivió el menor, que frecuentaba la iglesia y no era raro verlo en las procesiones.

Malicia de Ángel llevaba un bigote apenas incipiente. Todo un lampiño el tipo. Alto, más bien flaco. Una cicatriz le atravesaba la arcada de una de sus largas cejas. Fama de pendenciero, no; aunque se le respetaba en los gallos. No tenía mujer a su cargo y se le atribuían lances de amor con muchas señoras del centro. Estuvo en prisión unas pocas horas, después de la vendeta con los Cantarero. Lo soltaron, dizque por menor de edad, aunque ese día, fue visto empuñando uno de los revólveres 38, que abrieron fuego por el lado de los suyos. De aquello hacía más de quince años. Ni unos ni otros fingían olvido. Malicia de Ángel cambiaba de acera si un Cantarero venía de frente.

La noche quedó en tinieblas. La luna a través de las nubes alumbraba a los oficiantes que circundaban la hornilla en que ardían las brasas. La ceremonia del fuego daba comienzo. El gentío se amontonaba para ver mejor. En el coro era difícil estar. Empellones y pies machucados

sufrían los filarmónicos y las cantoras de parte de los que querían pasar a primer plano. A pesar del trajín, se oía el silencio en lo oscuro.

A Coronada Cantarero la rempujaron varias veces. Desde que principió el oficio fue boleada de atrás para adelante y a los lados. De las interminables letanías, no a todas pudo responder el *Ora pro nobis*. Pero muy pronto cayó en la cuenta: después de cada empujón volvía a la seguridad que le brindaban dos muslos y un abdomen recios que desde atrás, parecían estar atentos a recibir su peso. Unas manos de hombre le impedían caer al suelo. La primera vez se sintió incómoda, acaso ofendida. Trató de protestar pero fue enviada de nuevo hacia adelante. De repente, fue sostenida por el hombre que. Sujetándola, impidió fuera lanzada una vez más.

El celebrante encendió el enorme cirio pascual y lo alzó sobre las cabezas de la multitud. *Luz de Cristo*, repetía. Coronada Cantarero ya no llevaba el hilo de la ceremonia. Continuaba en el vaivén, pero ahora no al arbitrio de la muchedumbre sino del que había sido su respaldo desde que comenzó la oscuridad y el desasosiego. Él metió su mano debajo de los vuelos de la nagua y se demoró apretándola en la entrepierna, al tiempo que la sostenía suavemente de uno de sus pechos. Toda ella sintió que se alejaba de los vivos y levantó la cabeza, meciéndola a merced del viento. Sus pies no estaban en tierra. El hombre la elevó a la altura de su pecho. La pasó restregando por sus ropas. En el trayecto hacia lo alto, Coronada Cantarero, sintió que debajo del pantalón, el hombre tenía un animal hambriento, que al rozarlo vibró en su piel con una fuerza que la debilitaba y a la vez, le insuflaba ardor. Pasó su lengua por sus propios labios y por primera vez sintió que su carne llameaba, como las velas que a esa hora encendían la noche desde sus farolas de papel espermado.

Los fieles arrobados cantaban sin cesar. Coronada Cantarero oía el palpitar de su corazón. Lo confundía con el redoble del tambor que apenas antier acompañaba al aterrador pregón: *manda Pilatos que azoten al inocente cordero*.

Pero suavemente le fue bajado el calzón. En un santiamén se hundió en su vulva virgen el animal de hambre, que minutos antes vibrara al roce su piel. Sintió un envión distinto. Un conato de dolor. Gozo en el vahído del hombre cuya boca, pastando en su cuello, la devoraba a besos.

El glorioso acoplamiento no parecía tener fin. Supo que estaba lejos de su sitio en el coro, arrimada al pretil que separaba el atrio de la calle lateral. Con una mano, el hombre la sostenía arriba de la cintura, con los dedos de la otra jugaba por delante con la fresa jugosa de su sexo, nunca antes palpado por un tacto ajeno. Cerró los ojos y ahogó el placer en un continuo ayayay. Oyó al hombre suspirar mientras se desmadejaba sobre ella. Respiraron hondo a un mismo tiempo. Ella, que había permanecido ligeramente echada hacia adelante, se incorporó. Las campanas en repique volaban por los aires y la iglesia universal cantaba Gloria, La plaza vibraba de alegría. La vida parecía revivida. Coronada Cantarero nuevamente unió su voz al coro. Jubilosa, al canto de *Gloria in Excelsis*, giró su cabeza para examinar en la luz al desconocido de su felicidad.

—¡Oh, pájaro del Arca! —exclamó, llevándose las manos a la boca, cuando reconoció a Malicia de Ángel sonriendo a sus espaldas.

## MARIO SANTOS

(Chichigalpa, 1948)

Poeta y narrador. En los años setenta sobresalió, entre las promesas narrativas, Mario Santos, autor de *Los madrugadores*. Consistente en ocho cuentos publicados en periódicos antes de 1972, esta colección registró una nueva forma de narrar —serena y segura— sustentada en experiencias vivas que se desarrollan en un contexto suburbano y capitalino. Pero este buen inicio no pudo continuarlo.

Su Obra narrativa se encuentra en "*Los madrugadores*". Managua, Impresiones Técnicas, 1975.

## EN MEDIO DEL AGUACERO SE LLEVARON A MI PRIMO

Estoy frente a la panadería del vecindario. Quisiera apedrear las vitrinas y ponchar las llantas de la bicicleta y para eso tengo en la bolsa tres clavos. Apedreando los sapos he practicado mi puntería. A mi mamá la espanta cualquier sapo y le da escalofrío tocarlos. Ella me ha visto persiguiendo a los grillos y dice que tenga cuidado con matar un grillo pues es pecado y como castigo cuando muera podría convertirme tan chiquito como un grillo. Yo no los mato pero los capturo y los meto en la caja de cartón que tengo metidita bajo la cama y se pasan chillando toda la fría noche. Creo que así chillan las ánimas que pagan sus condenas en el infierno. A mi mamá la vuelve loca el canto de los grillos. Observo con asco y antipatía el panadero que parece mono lampiño pringado de harina.

Y recuerdo en tormento que ese viejo panadero estaba pendiente hasta del último paso de mi primo. Desde que amanecía hasta que se perdía la noche con todas sus voces misteriosas. La noche me parece como un abismo de pensamientos. Yo quiero a la noche y mucho sueño con la luna. Cuando se arrimó la patrulla con esa manera brusca el viejo se divisaba acompañado de otro hombre y se hizo completamente el desentendido del escándalo que ocasionaba la detención de mi primo.

Días antes se aparecieron 2 muchachos a mi casa y estuvieron con mi primo platicando en el patio bajo la sombra del guayabo y no se oían sus voces. Las señas de las manos casi hablaban. Cuando se fueron mi primo les dijo: "Nos vemos. Recuerden en esto hay mucha negrura y no existen alternativas".

Con este tiempo no se puede jugar como a uno le gusta. La tierra permanece en puro lodo. Pero algo que me gusta es meter todo mi cuerpo en el lodo. Mi primo una vez me dijo cuando mi mamá me regañaba, por qué andas tan sucio como la misma tierra: "Es mentira que andas sucio

como la misma tierra. Hay que darse cuenta que la tierra no ensucia". Los domingos cuando vengo de misa con los demás muchachos nos ponemos a jugar chibolas detrás de la iglesia y es cuando yo estoy en mi charco embadurnándome los brazos y la cara de lodo. ¡Ay, pero luego mi mamá a fajazos me quita el lodo del cuerpo! A ella según parece no le gusta mucho el invierno. Pero goza con ver florecer las azucenas del patio. Dice mi mamá que los colores del arcoíris son los colores de la paz del mundo. Los rayos del arcoíris encienden en trocitos las hojas del aguacate y de los demás árboles que forman como una montañita de hojas y flores en el patio de la parte de atrás del taller del mecánico.

En ese pequeño bosquecito, al atardecer, mi primo se miraba con la señora de la pulpería. Yo era el mensajero de los papelitos de cita. El tiene 2 ojos cafés tan grandes que parecen de vaca y lanza fuertes miradas que uno cree que descubre lo que encierra la mente de los demás.

Todas las mujeres salieron a la calle.

A mi primo Humberto lo sacaron del baño y lo llevaron a la puerta apuntándole por detrás con rifles y pistolas. Al principio las mujeres gritaron. Alborotaron las calles con un alboroto de valientes. Estaban armadas con pailas y garrotes y retaron a los policías para que soltaran a mi primo. Pero los agentes apuntaron con las ametralladoras. En el instante que subían a mi primo al jeep se desató el aguacero y las mujeres callaron y empapadas caminaron hacia sus casas. Asomando las cabezas estaban los hombres de ellas y se les miraba el pecho desnudo. Tenían como miedo de salir a la calle y se escondían en las puertas entreabiertas. Bajo la lluvia sin temor y con instintos de coraje yo apretaba dos piedras en mis manos. Fuerza y decisión me abandonaron para tirárselas a los policías.

Montaban el chinamo en la plaza de la iglesia y había tanto polvo como sal en el mar. Ese día en medio de una nube de polvo llegó por primera vez mi primo a nuestra casa. Yo lo vi entrar y tenía una suerte tremenda a las chibolas ese día.

Mi mamá gritó mi nombre desde el aposento y mandó a lavarme las manos. Cuando volví al comedor me dijo: —"El es tu primo Humberto, hijo de tu tío Camilo. Desde ahora va a vivir con nosotros". Ese mediodía comimos carne de iguana en pinol. Por la noche fuimos a los chinamos y

todo lo que le pedía me lo compraba. Viendo jugar en la ruleta estábamos cuando Xiomara me dio un beso en los cachetes y preguntó con quién andaba. Yo le dije que con mi primo Humberto y él comenzó a enamorarla. Ya para cuando los días iban corriendo ella cambió a ser loca enamorada de él. Hubo un tiempo que Humberto casi no salía de la casa y siempre algo tenía que estar arreglando en la casa y cuidaba los palitos y barría el patio. Un medio día tres hombres de caras extrañas llegaron a comer a la casa y volaron lengua con él mientras comían. Los tres hombres transformaron a mi primo. Esa tarde ya no salió a la acera a pintar el paisaje de la tarde y a enseñarme a dibujar. Nunca volvió a pintar a las muchachas que pasaban de la escuela ni al carretón de caballos ni a la gran esquina amarilla de la pulpería. Mi mamá dice que mi primo es un artista con el pincel y que es herencia de mi abuelo que murió queriendo pintar las paredes con las manos llenas de pintura.

Comenzó a ser más callado y a pasar largo tiempo acostado leyendo los libros que los hombres le dejaron. Con ese cambio a mi se me volaron las ganas de ir a conocer a mi papá como él me lo había prometido, aunque se enojara mi mamá con él.

Pienso que los quejidos que anoche oí al acostarnos eran de mi mamá que lloraba sin lágrimas la ausencia y gran falta que nos hace mi primo.

También pienso que ella no estaba segura cuando decía a sus amigas que su hermano Camilo y sus sobrinos se creían superiores a nosotros. Porque mis primos estudiaban en un colegio religioso y mi tío era representante de una casa extranjera de artefactos eléctricos. Y se afrentaba de nosotros que nos ganamos el sustento diario y mis necesidades para el colegio con ésta sencilla y alegre venta de comida.

Sin embargo, Humberto no se afrentaba de la pobreza ni del medio humilde de saber cargar la vida. El pintó la mesa y las sillas. Ya sin Humberto la casa vuelve a quedar con su viejo olor a comida y manteca quemada y con el calor del ir y venir de mi mamá y su ligereza que tiene para hacer la comida después que llega del mercado muy a las siete de la mañana y me bate el tiste y mis dos bollos de pan con mantequilla y ya me tiene listo el pantalón y la camisa y pronto me voy a la escuela con su bendición y su beso en mi frente.

Los carros que pasan pringan agua.

Parece que en el centro de la ciudad está garubando. El señor vende-carbón viene bajando con la ropa húmeda y el carretón lo cubre una lona café protegiendo el chingaste del carbón. Mi mamá es el primer cliente de ese señor. El hace los buenos días con ella.

Xiomara está de pie arrecostada sobre el muro de su casa.

La miro como a una estatuilla triste de las que dibuja mi primo.

El perfume del jazmín y las gladiolas uno lo siente cuando ve la cara de ella. Tiene clavados sus ojos nostálgicos en mí. Yo de largo admiro sus piernas que se le ven como el color del mango maduro. Sus vestidos son cortos y el viento lo levanta hasta el borde de las nalgas cubiertas con un calzoncito negro con rojo. Su color favorito. Sobre la misma acera a la media cuadra de mi casa vive ella. El papá es comerciante y es amigo de mi mamá y no enamorado. En esa acera de ladrillos de barrio Xiomara se pasea todas las tardes coqueteándole a mi primo. Su pelo largo y negro es como la flor de la caña, pues siempre está jugando con el tiempo. Desde que a Humberto se lo llevaron ella parece begonia marchita. Son sus miradas largas y lentas y como que algo le apretara el corazón y no la deja reírse con la risa suelta y despreocupada de antes. Su risa se parecía a las palomitas de San Nicolás. Ella sabía que mi primo no trabajaba y que él la dibujaba así como permanece ahorita arrecostada al muro sombreado de jazmines.

Ella le mandaba cigarros y le decía: "El filósofo pintor sin esperanza en la historia". Yo perenne corro a sus naguas y le beso las piernas como si fuera mi mamá al acostarnos y ella recorre sus manos sobre mi cuerpo y se acurruca a mi lado y nos apretamos pecho a pecho hasta quedarnos dormidos.

Oí los quejidos y supuse que era el pesar por mí primo y como soy fácil para sentir la tristeza lloré calladito como lloran los sapos y las ranas cuando sienten el dolor de las pedradas. No estaba seguro si la realidad de mis sentimientos o los quejidos de mi mamá fueran por la

desdicha de mi primo. Humberto dormía en la otra cama y con periódicos y revistas dio forma a ese biombo de papel para separar dormitorios. Repetidas noches hubieron que mi mamá me creyera dormido y se levantara en puntillas o se deslizaba a sentarse en la cama de mi primo y al viento de toda la noche platicaban y platicaban tan amenos y suaves que yo me iba elevando en el sueño con las cuerdas de sus voces. Una noche permanecí despierto. La luna entraba por la ventana de arriba. Yo contaba los luceros de la noche y mi primo diciéndole a mi mamá que la patrulla invadió la casa y encontraron cinco pistolas y 6 cajas de tiros y a punta de empujones y culatazos arrastraron a mi otro primo Sebastián. Mi tío Camilo esa noche no había llegado a dormir y ni siquiera sospechaban su paradero. Pero él vio todo desde la casa de enfrente, adonde le escondieron al saberse la denuncia. La casa quedó en manos de los agentes. Caí a la cuenta por qué Humberto vino únicamente con la ropa que andaba puesta y el sastre que a mi mamá le debe comida le hizo 2 pantalones. También oí cuando dijo que el panadero era el agente de la policía aquí en el barrio.

Vuelan las palomas de Castilla como angelitos en una succulenta fiesta de ternura y movimiento bajo el brillo del cielo. Yo percibo la dulzura en el pico de las palomas y es como sensación de comer almíbar de mango allá por Semana Santa.

Estoy frente a la casa del hombre malo y gordo y asqueroso del vecindario. Me siguen apretando los deseos de quebrarle las vitrinas. Aquí nadie le compra pan ni toman en cuenta las electrolas que él alquila para las fiestas. El tiene sus clientes pero largo de aquí. Me sentiría un verdadero hombre si pudiera encontrar a mi tío Camilo y contarle la vulgar y maligna detención de Humberto y tal vez él encuentre alguna señal para que mi primo regrese a la casa y me lleve al cine y me diga a qué hora va a llevarme a conocer a mi padre y por las noches mientras yo sueño con la luna él conversa con mi mamá. Y ahora tendría más cosas que contar. Basta que mi memoria mire o presienta cualquier cosa para que nunca pase al olvido.

El agua caía con fuerza de río. Humberto levantaba su cara llena de cólera y gris como las plumas de las palomas. Su adiós para mí fue un apretón de dientes y un subir y bajar la cabeza embebida de lluvia. Yo me le tiré a la cintura y no lo quería dejar ir, pero un policía me desprendió con fuerza de burro y como muñeco fui a darme un sompapo a la cuneta adonde el

agua veloz arrastraba toda la basura del barrio. Los ojos de mi mamá quebraban todo lo que miraba y a pesar del agua los mantenía abiertos y desorbitados y con las manos se metía el delantal exprimiéndolo, entre sus piernas. La patrulla se alejó en medio del aguacero. El chofer sonó 4 veces el pito del jeep y el panadero que miraba todo desde la ventana del vidrio se puso a reír y con una sombrilla negra y un mocho de escoba salió a la calle y estuvo apartando un gato muerto que no dejaba libre la corriente de la cuneta.

## ALEJANDRO BRAVO

(Granada, 1953)

Hijo del profesor Carlos A. Bravo, uno de los fundadores de la prosa moderna, estudió derecho en la UNAN. Diputado Sandinista desde 1984 a 1990.

Poeta y narrador. Dirigió Taller y Cuadernos Universitarios de la Editorial Universitaria. Ha colaborado en Plural, Casa de las Américas e Internacional Fiction.

Ha publicado *El mambo es universal* (1982), *Reina de corazones* (1993) y *Los días del hilo azul* (1995).

## EL ÚLTIMO BURÓCRATA

Ese hombre era un ángel o un demonio, según el cristal con que se le mire. Yo fui uno de los últimos en tratarle. De hecho hicimos una buena amistad, iniciada con diarias conversaciones pueriles y el acto de compartir el almuerzo juntos, en el desierto laberinto enorme, que es la Casa de la Presidencia.

Entré a trabajar en mantenimiento de las computadoras del Poder Ejecutivo, el 21 de febrero de 2045. Para entonces, toda la Administración Pública se había informatizado y legiones de ineficientes burócratas habían sido sustituidos por las máquinas de última generación que la Confederación Centroamericana había adquirido con préstamos internacionales.

En aquel edificio sólo trabajábamos seis personas. El Presidente y el Vicepresidente, sus dos expertos en informática, el portero y yo. Ellos por supuesto, laboraban en la suite de lujo, que era el último piso del edificio. Sus necesidades eran atendidas por compañías de banquetes, que al efecto eran seleccionadas por las computadoras, en procesos automatizados de licitación pública. No es factible el fraude, pues entre máquinas, no hay parentesco, amistad o filiación partidaria común y es matemáticamente imposible que la computadora de Xolotlán Hotel & Ressor, pudiese sobornar al sistema informatizado del Poder Ejecutivo, para que éste seleccionara a su empresa, dentre doscientas del mismo tipo, que operan en nuestro megamercado mesoamericano. La vigilancia del edificio, también se hacía por medio de máquinas. Las huelgas, tomas de edificios y otros desórdenes habían desaparecido, desde que se robotizó la industria y el agro. Los estudiantes, con el sistema de educación a distancia, recibían las clases por Internet en sus propias casas, así que aquellas marchas, con llantas incendiadas y morteros caseros y policías antimotines machacando cabezas, eran cosa del pasado.

Me sorprendió, encontrarme, en uno de los sótanos del edificio a aquel señor. En un escritorio grande tenía instalada una viejísima computadora, de las de quinta generación. Cuando entré a la oficina, si es que ese cuarto húmedo y en penumbras pudiese ser llamado oficina, le sorprendí leyendo y clasificando cartas. Cuando pregunté que hacía en el edificio, el cincuentón, algo obeso se puso de pie de su destartado sillón y me respondió con orgullo: «Soy el Director de Participación Ciudadana en la Administración Pública y me llamo Pablo Tornero».

Me pareció que era algún burócrata loco, de esos varios miles que se despidieron gracias al Plan de Eficiencia Administrativa Nic-Confer-225 que el Banco Mundial recomendó a la Confederación Centroamericana, que se aplicara, para alcanzar los standares mundiales en esa materia. Revisé en mi propia terminal, las afirmaciones del señor de cabello entrecano, con barba rala y piel blanca, que pronunciaba con un orgullo, ya pasado de moda, como los anteojos

redondos que usaba, su altisonante cargo burocrático. Era cierto. Era el único empleado público que sobrevivía en la nómina del Poder Ejecutivo.

Según el Manual de Funciones que consulté, el trabajo de ese señor consistía en responder las peticiones y sugerencias que los ciudadanos dirigían al Presidente de la República, derecho político de la ciudadanía, garantizado por la Constitución. Un vehículo de la empresa que prestaba el servicio postal, entre los ciudadanos que no podían comunicarse por el correo electrónico, llegaba semanalmente al edificio y descargaba el alud de cartas, a través de un tubo, especialmente instalado, el que conducía la Participación Ciudadana a un gigantesco recipiente, muy parecido a un basurero, de donde los sacaba el Doctor en Sociología, Máster en Psicología de Masas y Licenciado en Derecho Público, Pablo Tornero y Troncoso, para leerlas, clasificarlas y responderlas, en el tiempo estipulado por la ley.

El hombre era descendiente de un español, que amargado con su realidad, odiando al turbo-capitalismo, se vino a estos trópicos, con un libro de historia económica bajo el brazo, un título de Doctor de la Universidad de Sevilla, color sepia y una carta de presentación de un amigo suyo, que vivió en Nicaragua a fines del siglo XX. Así el primer Pablo Tornero, terminó sus días, en el río San Juan, enseñando Historia de América en una Universidad a distancia y viviendo feliz con una muchacha campesina, que nunca le replicó y le dejó hacer cuanta locura quiso. En sus últimos años fue un perfecto varón domado y la mujer se reía de él diciendo a las demás: *Esto del matrimonio es como la pesca del tiburón. Una les pega el arponazo, les suelta el cable y los deja correr, cuando ya no tienen jueglo, recoge el cable, los sube al bote y los remata a canaletazos.*

El cincuentón se enorgullecía de su abuelo hispano y a toda hora citaba frases célebres del historiador, que según parece tenía por pasiones al fútbol, el ron y la historia de las revoluciones. No se sabía dónde empezaba cada cosa y estaban entremezcladas sus borracheras ilustres con las grandes batallas y los memorables partidos de fútbol, del Betis, un equipo de su Sevilla natal.

El señor Tornero clasificaba las cartas en Peticiones Razonables, Causas Difíciles y Desesperadas, Insultos Políticos e Insultos Personales. Para cada respuesta tenía un estilo literario particular.

*Las Peticiones Razonables* eran aquellas, enviadas por alguno de los cientos de miles de marginales, que una vez fueron empleados públicos y ahora poblaban la Costa Atlántica, donde fueron enviados como colonos, con miles de promesas de créditos, tierras paradisíacas, asistencia técnica, vivienda digna y se encontraban habitando chozas en pantanos o en páramos que alguna vez fueron pinares. Pedían algún medicamento para un hijo, o unas láminas de zinc, para reparar el techo de la choza. De este tipo de carta, llegaban miles por mes.

*Las Causas Difíciles y Desesperadas*, las constituían las peticiones de dirigentes comunales, que demandaban pavimentación para las calles de su barrio, o la construcción de una escuela, en un área rural. Locos que querían resucitar unos tales Cabildos Abiertos, que parece existieron en la Edad Media y demandaban que se aplicara el principio de democracia participativa, que está en la Constitución. Ningún experto en Ciencias Políticas, Derecho Público y Reingeniería de la Administración Pública de los cienes que fueron contratados, como asesores externos, pudo explicar al Presidente, en qué consistía eso.

*Los Insultos Políticos* los enviaban ancianos radicales, que fueron dirigentes de sindicatos, antes de la maquinización, que acusaban de traidor al Presidente y los insultos Personales, los enviaban algunos escasos terroristas verbales, que calmaban sus instintos criminales, amenazando de muerte al Presidente y llamándole de la peor manera posible.

El señor Tornero respondía al primer tipo de carta, en un tono paternal y afable, encomiando al remitente a continuar en la patriótica labor de colonizar la Costa, diciéndole que comprendía su problema y que haría todo lo que estuviera a su alcance para que su petición, justa y razonable por demás, fuese resuelta favorablemente. Que comprendiera la grave situación económica por la que atravesaba, no sólo el país, sino la Confederación entera. Luego de despedirse deseándole suerte en su trabajo y salud para el remitente y su familia, se despedía con un fuerte abrazo y Tornero ponía un facsímil con la firma presidencial y sellaba con el Gran Sello de la Nación. El papel membretado que usaba decía Correspondencia Particular del Presidente de la República. Una copia era enviada a las diversas agencias no-gubernamentales de beneficencia.

A la correspondencia de segundo tipo, respondía utilizando papel que impersonalmente tenía impreso el escudo de armas de Nicaragua y escuetamente decía Presidencia de la República. Contestaba con terminología jurídica y con argucias presupuestarias. Esgrimía la obligación de los ciudadanos para colaborar con el desarrollo material de la República y de la Confederación, prometía un crédito blando para que los vecinos compraran los materiales, producidos por supuesto dentro de nuestro mega-mercado mesoamericano y contrataran una buena compañía privada de ingenieros, que ejecutara la obra. Por supuesto, el mero Presidente se ofrecía para llegar a inaugurarla. Firma y sello. Una copia era enviada a las agencias internacionales de cooperación económica.

Para las del tercer tipo tenía un papel que ostentaba también el escudo nacional, en menor tamaño que los anteriores y decía Secretaría Privada del Presidente de la República. En tono cortés reclamaba respeto para el Primer Magistrado de la Nación. Hacía recuento de los desvelos de nuestro Presidente por el bienestar nacional, llamaba al remitente a pensar un poco más en el bien común y la democracia y en algunos casos le ofrecía una cita, para discutir los problemas nacionales. No se remitía copia a nadie.

Las cartas de último tipo eran respondidas en un raro papel que decía Agencia Nacional de Seguridad y contenían puras amenazas. No se firmaba y se enviaba a la compañía que vendía los servicios de seguridad al edificio, para que se encargaran de remitirla y darle seguimiento.

Trabajamos juntos durante dos años. Me enseñó a jugar cartas para matar el tiempo, tocaba guitarra y cantaba viejas canciones sevillanas y corridos revolucionarios, que le escuchó a su excéntrico abuelo.

El Presidente de República fue urgido por el Banco Mundial a reducir el gasto público, decidió suprimir al personal supernumerario y el último burócrata fue cesado en el ejercicio de su cargo. Una carta informatizada le comunicó el fin de su puesto público. Tristemente me dijo cuando la leyó: *Y ahora ¿Qué va a hacer toda esa gente sin mí?*

En el telenoticiero de las seis de la tarde de ayer, dieron la noticia de su suicidio: Se tiró ante las ruedas de un camión postal.

*20 de junio de 1996*

**GRUPO DE MUJERES**

**AUTORAS DE CUENTOS**

**PRIMER “GRUPO DE MUJERES” INICIADORAS  
DEL CUENTO NICARAGÜENSE.**

## MARÍA TERESA SÁNCHEZ

(Managua, 1918-1994)

Unas de las primeras mujeres escritoras Nicaragüenses, fue una activa promotora cultural de los círculos artísticos y literarios de Managua. Obras narrativas: El hombre feliz y otros cuentos. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1957. La niña y la bomba. Novela (inédita).

### EL HOMBRE FELIZ

En un rincón del restaurante estaba el Hombre Feliz. Sorbía a tragos lentos su taza de café. En la mesa vecina, un grupo de jóvenes discutía acaloradamente sobre el resultado de un concurso de belleza. Uno dijo:

—Yo te aseguro que ese fallo no ha sido justo. ¡Esa muchacha no merecía el premio!

Un joven de ojos sarcos intervino:

—¿Qué sabes tú de mujeres...? Yo he visto mucho mundo y —¡hay que ver! —dijo maliciosamente, deteniéndose en los puntos suspensivos— ¡en el cuerpo está la cosa!

—¡Eres un vulgar! —intervino el tercero.

—¡A mi nadie me dice vulgar! —gritó el joven de ojos sarcos, al mismo tiempo que alzaba una botella de whisky y la rompía sobre la cabeza de su compañero. La trifulca se armó y pronto volaron en el aire, vasos y botellas.

—Nos vamos, —dijo el Hombre Feliz a su Otro Yo.

—¿No te dije que estos jóvenes son tontos? ¡Pero tanto insististes en venir a un restaurante!

El Otro Yo nada dijo. El Hombre Feliz prosiguió: —¡Bien merecías que te rompieran a ti también la crisma!

Caminaba el Hombre Feliz monologando con su Otro Yo. De pronto se detuvo. El Otro Yo se interesaba ahora por ver un mitin que en una esquina del parque, celebraban unos manifestantes.

—Ve —dijo el Hombre Feliz— de esos tumultos nunca se sale bien; además, sólo tonterías dicen.

El Otro Yo insistió en detenerse y el Hombre Feliz se acercó al mitin. Un hombre gesticulaba violentamente. El Otro Yo preguntó:

—¿Qué dicen?

—Que la democracia está en decadencia, respondió el Hombre Feliz.

¡Ah! —dijo el Otro Yo... ¿Qué dicen ahora? —volvió a preguntar el Otro Yo.

—Que sólo ellos pueden resolver el problema de la vivienda y la carestía...

¡Ah! —dijo el Otro Yo. —Y ¿ahora qué pasa? —preguntó intranquilo el Otro Yo.

—Se corren de la policía, —le respondió el Hombre Feliz.

—¿Nos vamos? —le urgió el Otro Yo, atemorizado.

—¡No! —dijo el Hombre Feliz. Ahora verás el final, para que otro día no insistas en venir a estas manifestaciones.

Sonó un tiro, hubo ruido de bayonetas y pasos de caballería. El Otro Yo tuvo miedo:

—¡Vámonos! —dijo.

—No hay prisa, —le respondió el Hombre Feliz.

—¡Vámonos! —insistió el Otro Yo, con voz temerosa.

El Hombre Feliz se arregló el sombrero y con pasos lentos se alejó del tumulto.

—¿En qué terminará todo eso? —preguntó el Otro Yo, un poco más tranquilo.

—Bueno. . . a unos les romperán la cabeza, otros irán presos... y mañana habrá muchas peticiones al Presidente, de parte de las esposas de los manifestantes... dijo el Hombre Feliz y guardó silencio.

—¿Y el Presidente qué hará? —interrogó curioso el Otro Yo.

—Nada, dirá que dada la magnanimidad de su corazón, los dejen libres.

—¡Ah! —dijo el Otro Yo— y, entonces, ¿para qué lo hacen?

—Para romper la monotonía de la vida —dijo el Hombre Feliz.

Cuando el Hombre Feliz llegó a su habitación, se sintió cansado.

Se desvistió, se acomodó en su cama, tomó un libro y se puso a leer.

—¿Qué leemos? —preguntó el Otro Yo,

—A Diógenes —dijo el Hombre Feliz.

—¿Quién es él? —preguntó el Otro Yo.

El hombre que no necesitaba de nadie para ser feliz...

¡Ah! —dijo el Otro Yo, —entonces era como tú!

Esto halagó al Hombre Feliz, quien complacido le respondió:

—No, porque yo te tengo a ti, y Diógenes sólo necesitaba un pedazo de sol.

—¡Ah! —Dijo el Otro Yo.

El Otro Yo apagó la luz y el Hombre Feliz le reprochó:

—¡Nunca hagas eso! Soy yo el que dispone cuándo debe de encenderse y apagarse la luz. Entiéndelo bien: ¡Yo soy tu amo...! no... no digamos amo... tú eres mi súbdito.

—Entonces ¿eres rey? —preguntó extrañado el Otro Yo.

—¡No! Yo no soy rey. En mi república no hay reinado, sólo república.

—¡Ah! —dijo el Otro Yo.

El Hombre Feliz encendió la luz y siguió leyendo. A la mañana siguiente, el Otro Yo preguntó:

—¿Qué programa tenemos hoy? ¿Iremos de excursión?

—No —dijo el Hombre Feliz. —Hoy nos quedamos en casa.

—¡Ah! —dijo el Otro Yo, un poco triste. Abrió la ventana, respiró hondo el aire puro de la mañana, se golpeó el pecho y exclamó:

—¡Qué feliz soy!

(Era el ejercicio que le había impuesto el Hombre Feliz; ejercicio que todas las mañanas practicaba el Otro Yo).

El Hombre Feliz dijo a su súbdito:

—Que tu espíritu se nutra de las excelencias de la vida. Bástete para ser feliz, la comprensión mía. Cuando te sientas triste, arranca al teclado esas melodías que te he enseñado y te sentirás bien. Esa música tiene hálitos divinos; es como si el aliento de Dios te rozara muy cerca. Aléjate de esa música grotesca que sólo sirve para estropear los sentidos y para histerizar al hombre. Levántate con el ánimo dispuesto a la felicidad y dándole gracias a tu Creador por todas las excelencias que te ofrece.

—El Hombre Feliz continuaba dando normas a su Otro Yo. El Otro Yo miraba por la ventana sin prestar atención a lo que el Hombre Feliz le decía.

El Hombre Feliz se dio cuenta y le dijo:

—Porque el hombre mira más para abajo que a lo alto, es que vive sumido en la obscuridad...

Y acercándose a la ventana le dijo:

—¡Mira, qué bello paisaje! ¿Por qué detienes tu vista en esa mujer? ¡Esa es gente extraña para nosotros! ¡Y yo no quiero que tengamos relaciones con otras naciones!

El Otro Yo se acercó al piano y deslizó sus manos sobre el teclado. La melodía invadió el cuarto.

El Hombre Feliz se sintió feliz.

\* \* \*

Cuando la dueña de la casa comprobó que su huésped llevaba semanas enteras haciendo gesticulaciones un poco raras, se alarmó. En consulta de familia hablaron a un psiquiatra para que examinara al Hombre Feliz, preparando de antemano un encuentro casual.

—Le presento al Hombre Feliz —dijo la casera.

—Tanto gusto, doctor —se adelantó el Hombre Feliz.

—Ah, ¿ya me conocía?

—¿Conocerlo? ¡Pero si es uno de los médicos más prominentes de la ciudad! ¿Quién no lo conoce?

El médico se sintió halagado, y no vio en el hombre señales de locura. El Hombre Feliz continuó:

—Esa trepanación que hizo, usted, ha sorprendido a todos. Parece mentira que tengamos aquí verdaderos genios de la cirugía.

El médico continuaba oyendo feliz, al hombre.

—¿Y usted qué hace? , —le preguntó cortésmente interesado el médico.

—Pues, ¿qué quiere que le diga? Cuando se llega a mi edad, es mejor vivir la vida como ésta se presenta. Mire usted, —continuó el Hombre Feliz— a los 50 años nadie tiene derecho a

equivocarse sobre la humanidad: ésta es egoísta, vanidosa, belicosa, pecadora. He vivido dos guerras, he visto nacer el nazismo, el comunismo, el falangismo, las continuas derrotas de la democracia, el alzamiento y la destrucción de ídolos que parecían perennes. Levantarse y hundirse ciudades y reinados. Crisis y bonanzas, el progreso de la ciencia y el adelanto de la técnica... La era atómica... —rubricó un poco amargado—. Y como si fuera poco, una nueva bomba, acaba de anunciar hoy mismo la radio: La de cobalto... Por eso: Yo y mi súbdito, mi Otro Yo, —recalcó—, miramos al mundo con el desprecio que se merece.

Todo había estado bien, pero esto último confundió un poco al médico quien se despidió del hombre Feliz, invitándolo a que lo visitara en su consultorio, para charlar.

—Muy interesantes sus observaciones —le dijo al alejarse del Hombre Feliz.

En la calle, meditaba el médico sobre lo que había oído en los labios del Hombre Feliz. Al entrar el médico a su casa, la esposa lo increpó colérica:

—¡Desde hace horas te espero y vienes tan tranquilo!

—¡Mujer! Atendía un caso muy interesante—, —se defendió el médico.

—¡A mí con cuentos chinos! —le interrumpió la mujer enfurecida, ¡Claro! ¡ahora te das el lujo de hacerme esperar! ¡Pero no eras así cuando necesitabas el dinero de mi padre, para montar ese maldito manicomio tuyo! ... ¿Y ese hombre quién es?

—El médico se volvió tan sorprendido como su mujer. En el umbral de la puerta estaba el Hombre Feliz, cargando el maletín que el médico había olvidado; había presenciado toda la escena familiar.

—Vea, amigo —dijo el médico, —a usted le consta dónde ha estado esta tarde... ¡Qué injustas son las mujeres! ¡Y qué maneras de recibir a un marido que llega cansado del trabajo!

La mujer gruñó algo inentendible. El Hombre Feliz entregó el maletín y no respondió nada.

De regreso, el Otro Yo preguntó:

—¿Qué pasó?

—Y ¿a nosotros qué nos importa? ¡Así viven en las otras naciones! —recalcó el Hombre Feliz.

—¡Ah! —dijo el Otro Yo.

## EL CIUDADANO

El Ciudadano bebió rápidamente su café. El líquido quemante pasó por su garganta, como agua fría. Su sensibilidad se había aletargado, tan fuerte era la emoción de encontrarse en su patria. Encendió un cigarrillo y salió dispuesto a recorrer las calles, donde seguramente encontraría las caras conocidas de sus viejos amigos.

Atravesó el parque, El refrigerio que se desprendía de los altos árboles, le llenó de felicidad. Satisfecho vio cómo un grupo de niños tiraban de los columpios y otros menores, jugaban sobre el césped. Creyó oír un rumor musical. Recordó las retretas de entonces, cuando las parejas de enamorados se paseaban en círculos. Estos recuerdos humedecieron sus ojos enseguida.

Caminó. Se detuvo mirando las edificaciones de construcción moderna, el agitado tráfico sobre el reluciente asfalto.

Le parecía un sueño que esta floreciente ciudad fuera el mismo pueblo de sucios y grises caserones y barracas desmanteladas en callejuelas polvosas. No sabía ahora si había regresado a su pueblo natal, añorado por veinticinco años de ausencia, o si aún recorría las calles de aquella gran urbe de donde acababa de llegar. Se sintió agradablemente contento. Orgulloso de su país.

Pero de pronto su vista se encontró con la fuerte mirada de un hombre que lo acechaba. Instintivamente apresuró sus pasos. Recordó que hombres como ese, solían asaltar a los ciudadanos pacíficos en las grandes ciudades. Pero la fuerte presión de una mano en su brazo, lo detuvo. Se volvió sorprendido y antes que pudiera decir algo el hombre le ordenó:

—¡Pase!

—¿Qué sucede? preguntó alarmado el Ciudadano ante la violenta actitud del desconocido.

—¡Ya lo vas a saber! —le respondió y deteniendo un vehículo, lo introdujo en él.

—¡A la policía! —le ordenó al chofer.

El Ciudadano no protestó. Pensó que era una lamentable "equivocación y eso lo llenó de confianza.

El vehículo se detuvo ante un edificio de columnas gruesas y severas.

—¿Qué edificio es este? —preguntó el Ciudadano.

—La Jefatura de Policía, —contestó el hombre mientras lo conducía a la presencia del jefe investigador. El hombre se acercó al jefe y le susurró algo al oído.

—¿De dónde es usted? — preguntó el investigador.

—De aquí, señor, —contestó con cordialidad el Ciudadano, y agregó entusiasmado: acabo de llegar del extranjero y verdaderamente amigo, me siento orgulloso de mi pueblo... Es simplemente asombroso! Pareciera que...

—¡Muéstreme sus papeles! —interrumpió secamente el investigador.

El Ciudadano se los dio y deteniendo su mirada en unas pinturas alegóricas, comentó:

—Magnífico mural... ¿Qué magna fecha representa?

—¿Quién lo conoce aquí? —le interrogó con voz fuerte el investigador.

Por primera vez el Ciudadano titubeó.

—Bueno... tengo varios amigos, compañeros de la infancia. No sé si ellos se acuerden... Usted sabe, amigo, cuando se ha vivido tantos años fuera; todo cambia...

—¡A ver, —cortó con impaciencia el investigador— diga un nombre!

El ciudadano se llevó la mano a la frente y con golpecitos rítmicos, trataba de recordar... El investigador y su ayudante se miraron los unos a los otros, maliciosamente. El Ciudadano comenzó a sentir inseguridad en sus miradas, De pronto recordó a la familia González.

—Juan González me conoce —dijo y en su voz renació la confianza.

—Ellos y mi familia se trataban como hermanos... ¡Eso es! ¡Mi gran amigo Juan González, puede decirle quién soy yo!

El investigador guardó silencio y golpeando suavemente con la punta de su lápiz el escritorio se quedó viendo fijamente al Ciudadano.

Este no resistió la fuerte mirada del investigador y bajó la vista.

—¿Y sabe quién es Juan González? —le preguntó de pronto el jefe.

Por el tono de la pregunta, el Ciudadano creyó entender que había hecho mal en mencionar ese nombre y se excusó.

—Bueno... propiamente no somos grandes amigos... apenas nos conocemos, es decir, —rectificó— nos conocíamos allá en la infancia... ¡pero con tantos años de ausencia!... ¡Eso es lo que le decía, amigo, todo cambia!... Y uno no pueda ser responsable de la conducta de sus compañeros de escuela...

El investigador permanecía indiferente ante las respuestas incoherentes e inseguras del Ciudadano.

Se oyó el frenazo de un carro y por las amplias ventanas vio el Ciudadano, detenerse un vehículo con aspecto de jaula.

Una voz estentórea dijo:

—¡Listos, Jefe!

El investigador señaló al Ciudadano y dirigiéndose a uno de sus subalternos, le ordenó:  
¡Llévense a ese hombre!

\* \* \*

Tras los barrotes de su celda, el Ciudadano luchaba en vano por comprender qué le pasaba. Veintiséis días habían transcurrido sin que nadie lo interrogara, sin que nadie se interesara por su libertad.

Veintiséis días desde su animosa llegada al Hotel, en el que escasos minutos había permanecido. A su mente acudían insistentes interrogaciones a las que era incapaz de responder.

Con tristeza miró el ciudadano la negrura de su blanca camisa, en donde se había adherido el sudor de días y noches interminables. Palpó su rostro enflaquecido por el repugnante ayuno, y su crecida barba pegajosa por la suciedad. Se sentía humillado, burlado grotescamente: Ya no le importaban los planes elaborados por tanto tiempo y sonrió dolorosamente al recordar su palpitante deseo acumulado por tantos años, de ver, de sentir bajo sus pies, la calurosa tierra amada... El saber por otros reos que Juan González ocupaba un alto puesto, no aliviaba su angustia, más bien lo llenaba de pesadumbre.

La luminosidad del día, al abrirse inesperadamente la puerta de su celda, lo apartó de sus pensamientos.

—Venga conmigo —le ordenaron. Con mecánicos movimientos tomó el Ciudadano su arrugado saco y siguió al hombre.

\* \* \*

Al regresar el ciudadano a su Hotel, ya no le extrañó que nadie lo saludara ni indagara su ausencia. Con aparatosa cortesía solicitó una llamada telefónica.

Por segunda vez en su vida, oyó el Ciudadano la voz del gerente del Hotel, quien le preguntó: ¿se va hoy?

—Sí —contestó—, voy de regreso.

—Su cuenta es mil seiscientos veinticinco pesos.

—Está bien —dijo el Ciudadano y sacó de su cartapacio unos billetes.

—¿Me acepta dollar?

...Sólo le importaba salir, abandonar su tierra, que era como salir de una pesadilla.

## ROSARIO AGUILAR

(León, 29 de enero de 1938)

Rosario Aguilar, nombre literario de Rosario Fiallos Oyanguren, primera mujer en ser incorporada como miembro de número de la Academia Nicaragüense de la Lengua. Ha publicado nueve novelas, seis han sido traducidas al francés, una al inglés y una al alemán; una biografía de su madre, doña Soledad Oyanguren de Fiallos. Aunque la novela corta es el género preferido de Rosario Aguilar ha publicado cuentos y ensayos.

Ha publicado varias obras desde 1964 hasta el 2010: Primavera Sonámbula (1964), Quince barrotes de izquierda a derecha (1965), Aquel mar sin fondo ni playa (1970), Las doce y veintinueve (1975), Primavera Sonámbula (recopilación de cinco novelas) (1976), Siete relatos sobre el amor y la guerra (1986), La niña blanca y los pájaros sin pies (1992), Soledad: tú eres el enlace (1995), La Promesante (2001)

Cuentos publicados: "El mar estaba calmo...", "El Regreso", "La Abuela", "La celosa", "En el hospital", "El temporal", "Las tres Marías", "El cielo se había puesto oscuro", "La larga espera", "Las antiguas rivales", "La carta de amor".

## ABEJAS EN EL MAR

El bote se mecía suave. Los reflejos metálicos y cegantes del sol destellaban en la punta de las olas que eran de un azul reverberante. Las ondas cíclicas parecían venir del otro lado del mundo, desde el Oeste. Habíamos salido la tarde anterior para tirar los trasmallos y pasamos la noche pescando a fondo con carnada de cabeza de camarón. El ancla de araña la había tirado él a una cuadra de la primera boya del trasmallo más grande y la otra la colocamos a la distancia de la costa en la que sabíamos había un islero de rocas. Al bote cobado se le metía el agua por las pequeñas rajaduras que se le habían venido haciendo en el fondo. Era por el golpeteo contra las olas. Él quería ponerle un motor fueraborda. Teníamos ya unas 40 libras de pargo lunarejo en la jaba, cuando un lejano zumbido como de un motor portátil muy acelerado, tal vez un poco más ronco, nos llamó la atención. Buscamos con la vista y localizamos una nube oscura que se desplazaba con rapidez sobre la superficie del mar y directamente hacia nosotros. En ese mismo instante un pez mordió el anzuelo de una de las líneas. El instinto de pescador hizo que él se olvidara de la nube que se acercaba y con la mano derecha dio un fuerte tirón a la cuerda y comenzó a recogerla. El bote cabeceó con el movimiento y giró lentamente tirado por los esfuerzos del pez por liberarse del anzuelo. Con sólo ver la manera de pelear y la tensión del nylon en sus manos nos dimos cuenta que era otro pargo. Mientras tanto la nube extraña se acercaba aumentando el zumbido por lo que nos olvidamos del pez y nos concentramos en la extraña mancha en el aire. La nube se lanzó al centro del bote y se posó en la jaba que era de reglas de madera con tapa de plywood, donde manteníamos los pescados a la sombra. Fue cuando nos dimos cuenta que era un enjambre de abejas que se había posado en la jaba de los pescados cubriéndola casi instantáneamente. Nos entró pánico. Habíamos oído el cuento de las abejas asesinas. Él hacía esfuerzos por recoger la cuerda con el pez pero se vio rodeado y cubierto por muchas de las abejas. Nunca hablábamos mientras pescábamos a menos que fuera necesario como si las palabras podían desequilibrar el bote. Por eso sin decir nada él tomó la iniciativa. Rápidamente hizo un nudo corredizo en la línea y la metió en la bita del remo en la borda del bote y se tiró al agua. Este movimiento inesperado me alertó e imitándolo me lancé también al agua. El ronroneo de las abejas era incesante. Se movían constantemente. Eran tantas alrededor de las reglas de la jaba que colgaban como melaza amarilla dorada desafiando la gravedad y resistiéndose a chorrear. El resto volaba alrededor girando. Los dos nadamos hacia

la proa donde estaba atado el mecate de la araña y nos asimos a él. Nos quedamos viendo el uno al otro. Sin decirlo nos dábamos perfecta cuenta de la situación: estábamos largo de la costa y a la profundidad de unos veinte cuerpos y en nuestras mentes los cuatro tiburones tigre que habíamos sacado dos días antes en los trasmallos. Había un agravante que a la bita de los remos estaba atada la cuerda con el pargo que luchaba y mecía el bote. En esas circunstancias era a su vez una buena carnada para tiburones que serían atraídos. ¿Qué hacer? ¿Cómo deshacernos de las abejas? No nos estaban atacando. Revoloteaban cerca de nuestras cabezas pero no se posaban en ellas. Ninguno de los dos había sido picado. Habían transcurrido desde que nos habíamos tirado al agua como diez minutos que ya nos parecían horas. Gracias a Dios el viento se mantenía calmo pero de nuestras mentes no podíamos sacar la imagen de los cuatro tiburones tigre de hacía dos días. Con disimulo cada uno metía de vez en cuando la cabeza en el agua y con los ojos bien abiertos mirábamos más allá de la punta de los pies hacia el abismo azul nacarado sobre el que nos hallábamos suspendidos. ¿Qué hacer si veíamos acercarse la silueta de un tiburón? ¿Qué hacer contra aquel enjambre de abejas en el mar que podía matarnos a piquetazos? De súbito vimos que una de las abejas, quizás un poco más grande que el promedio en el enjambre salió volando y tras ella siguió inmediatamente el resto. Habían quedado a lo sumo unas cincuenta en el bote sin tomar en cuenta las que quedaron ahogadas en el fondo. Volando, el enjambre se fue en dirección al Este, hacia tierra, hasta que desapareció. Con todo cuidado y procurando no desnivelar el bote con nuestro peso subimos a uno y otro lado. Él terminó de jalar al pargo que ya casi no peleaba. Sacamos en las redes unas treinta libras de pescados entre corvinas, anguilas y lunarejos y dos bonitos tiburones tigres de unas cuarenta libras cada uno. Ya el sol picaba duro. En la época de la canícula de agosto se pone fuerte. Sus rayos, difundidos por el mecerse de las olas penetraban casi verticalmente en el agua y matizaban de luz la transparencia del agua profunda. Al llegar a la costa no lo podíamos creer. ¿Qué significado tenía aquello tan extraño que nos había pasado? Alguna explicación tendría. El suspenso que es la vida en el mar nos unía el uno al otro desde hacía diez años y aquella era una experiencia más desde que nos habíamos juntado y decidido ganarnos la vida así, pescando en el mar.

## LA CASA DE MI ABUELA

Al llegar a las puertas del antiguo portón de la casa de mi abuela escuché chirridos muy antiguos que me recordaron mi infancia. Al entrar vi el patio sembrado de flores y la misma fuente de agua en el centro. Allí estaba el árbol de mango, las palmeras que brillaban reflejando en sus hojas los destellos del sol. Los cocos enanos con sus frutas redondas que chorreaban como uvas gigantes. Me asomé a la ventana de rejas que daba a la calle y me saludaron rostros familiares que apenas recordaba y que sin embargo hicieron que se apoderara de mí una gran añoranza. Mi abuela había conseguido mantener durante mi ausencia su mundo intacto. Le dije que quería ducharme. La abuela me llevó al antiguo baño en medio del patio que había casi olvidado y que era una recámara con una inmensa pila llena de agua. En la pared vi asombrada el mismo espejo antiguo en el que había visto muchas veces reflejado mi cuerpo desnudo de niña y me di cuenta que yo ya no era esa niña era una mujer que había alcanzado una etapa muy definida que se marcaba en mi cuerpo como se marcan los anillos de los años en las cortezas de los árboles, una especie de culminación de mi ser corporal. Era extraño observarme ahora y comparar el recuerdo del cuerpo de la niña con el cuerpo de una mujer en su plenitud. Algo que si aceptaba podía ser muy hermoso y que me hizo ser invadida por un total bienestar que por un momento permaneció dentro de mí dándome la completa y absoluta seguridad de que nada me amenazaba o atormentaba. Era como estar suspendida en el limbo donde ningún pecado capital ni venial podía arrastrarme; tampoco ninguna virtud. No tenía sentimientos destructivos ni negativos en mí. Nada. Estaba como el agua en reposo. Dentro de mí una calma y serenidad total. Mi razón dominaba mi carne, mi metabolismo. Había arribado al punto máximo cuando todo ser humano comienza a declinar y estaba consciente de ello y al estarlo una especie de clímax, de plenitud, me colmó. Y experimenté un inmenso placer derivado del acto simple de bañarme con una pana al estilo antiguo y sentir resbalar el agua helada por mi cuerpo. Llenaba la pana con el agua de la pila, la vaciaba sobre mi cabeza y el agua se resbalaba por mi cuerpo. ¡Qué placentero! Y ese movimiento tuvo para mí un efecto tranquilizador y al mismo tiempo inquietante. Ese gesto, ese ritmo... llenar de agua la pana en la pila y dejarla caer sobre mi cuerpo... era como una danza erótica que tenía un ritmo sensual mientras el chorro de agua seguía llenando la pila.

Al salir del baño me sentí invadida por la agradable sensación que produce un día brillante y por primera vez en muchos años sentí una completa paz. Una total plenitud. Amé de nuevo este lugar, esta casa que casi había olvidado durante mi prolongada ausencia. Me senté a recordar. En eso vi que la abuela tenía una gata que irresponsablemente permanecía echada patas arribas mientras tomaba el sol debajo del árbol de mango. Los bigotes de la gata eran largos y brillaban al sol y los pelos sedosos que cubrían su cuerpo se movían con el viento. En su gran vientre hinchado se veían, se movían, las siluetas de al menos una media docena de gatitos. Me asombró su gran irresponsabilidad ante lo inminente de su maternidad y yo que no había querido ser madre... la envidié...

## LAS TRES MARÍAS

Cuando el restaurante donde trabajaba como mesera cerraba los lunes me iba a pescar con él. Entrar a mar abierto en medio de las grandes olas era emocionante y peligroso. Pero como iba con él no tenía miedo.

Me gustaba verlo esperar paciente con la proa del bote frente a las rocas del rompedero de Boca Falsa eligiendo el momento preciso para poner los remos en el agua, y rápido, remar de espaldas a las olas viéndolas de reojo. A mi me tocaba llevar el canalete. Cada cierto tiempo se levantaban tres olas que se dejaban venir amenazantes, violentas, dejando tras ellas una calma total. Era el momento que él aprovechaba para entrar rápido al mar. Las tres Marías las llamaba él. Cada lunes era distinto, cambiante, como cambiantes son las mareas y el viento y el mar. Él podía pasar horas con su cuerpo tenso y musculoso y fuerte esperando el pique. Me gustaba verlo zambullirse en las profundidades del mar por un trasmallo o una cuerda que se enredaba y me gustaba verlo nadar alejándose del bote tras una boya o una red que se soltaba y era arrastrada por la corriente. A veces soñábamos con lo fácil que sería salir al mar con un motor fueraborda, pero siempre él añadía: "De donde tela si no hay araña". No quería endeudarse. Se hubiera sentido esclavizado. Él no tenía mala suerte con la pesca pero en vez de sacar tiburones mejor hubiera sacado pargos o corvinas que tienen mejor precio en el mercado. Al tiburón no le hace

entrada la clientela de los restaurantes porque creen que come gente. Aquella noche de mayo, como él era pescador de oficio, se puso a reparar la red del trasmallo que había recogido por la tarde y a la que unos tiburones pequeños le habían roto el trenzado de nylon. En eso un viento muy fuerte hizo jamaquearse la casa que era de tabla. Él y yo nos cruzamos miradas. El viento fue disminuyendo y se cambió a ráfagas lentas, luego a fuertes otra vez. Él dijo: "Esto si es raro. No me está gustando", pero siguió en cuclillas hasta completar el trabajo y recoger el trasmallo. Después se levantó y cerró la puerta de la calle y se sentó en el taburete apoyándolo en la puerta y me dijo que la marea estaría llena a las siete de la mañana y que a esa hora iba a salir al mar. De pronto oímos un estruendo. Él dijo: "Oí niña, ese ruido. ¿Qué será?". Después otro estruendo y la puerta salió arrancada de un solo y una ola lo arrastró a él con todo y puerta hasta la pared. Yo quedé sumergida en un agua espumosa que comenzó a inundarlo todo. En medio de las aguas revueltas a como pude busqué a mis cinco chavalos. Él gritaba: "¿Dónde están?". Lo vi tratando de acercarse a nosotros pero las boyas del trasmallo que flotaban encima no lo dejaban porque el trasmallo se le había enredado en el cuerpo. Fue cuando oí que me gritó: "Sálvate vos y los chavalos. Yo estoy tratando de zafarme de este jodido trasmallo". Entró otra ola y con esta nueva ola el agua subió y me arrastró con los chavalos hasta el patio y en eso otra ola hizo trepar más el agua y fuimos a parar hasta el cerco de piedra del fondo. Les dije a mis chavalos: "No se muevan de aquí, jodidos", y me volví dentro de la casa y le gritaba: "¿Dónde estás vos?". Medio nadando, medio andando, lo buscaba y no lo vela, pero como la bujía todavía daba luz al fin pude ver a mi hombre sumergido en el agua con el trasmallo enredado en el cuerpo. Quise apartar las boyas que flotaban encima del agua pero las pesas de plomo las agarraban duro al fondo. Desesperada traté de soltarlo pero él se había enredado en un nudo mortal que el trasmallo le había echado encima. Yo quería ayudarlo pero el agua no me dejaba y en eso el agua decidió irse de vuelta al mar y me quiso arrastrar con ella. Oía que los chavalos me llamaban y lloraban mientras yo seguía tratando de soltarlo, me sumergía, salía a respirar, pero mis manos ya entumidas no aguantaban más, por lo que mejor me regresé donde mis chavalos. El alumbrado público no se había apagado y al llegar al muro me volví y pude ver cuando el agua se iba buscando de nuevo la playa, el mar, desbaratando y arrastrando a su regreso todo, y lo poco que quedaba de nuestra pobre casita, y con ella a él. Yo sabía que la resaca iba a ser peligrosa pero no tanto. Del barrio de pescadores no quedaba nada, tan solo los postes de luz que alumbraban la gran desolación. En la madrugada llegó la Cruz Roja a prestar

auxilio. Explicaron que un huracán se había levantado sin aviso y se habían crecido las olas. En el camión que nos subieron yo pensaba en mi hombre enredado en el trasmallo, en el bote fondeado en el estero, en la ropa, en los trastos. En la casa no porque era alquilada. Fue la gente la que me ayudó a salir adelante. Es buena la gente. Ahora trabajo como mesera en un bar y me va bien, me dan buenas propinas. Ahora tengo televisor, antes no. Ahora tengo refrigerador, antes no. Pero hombre no tengo porque a aquel hombre tan fuerte de tanto remar y nadar en el mar no lo podré reponer jamás. Uno tan fuerte como él... jamás.

*Paso Caballos, Isla de Corinto,  
Abril 2008*

## LYLIAM VALLADARES DE OROZCO

(León, 1934)

Escritora, inteligente y original en su material literario. Estudió bachillerato en León, donde formó hogar y donde actualmente vive.

Comenzó a escribir cuentos hacia 1963, y ha publicado en varias ocasiones en La Prensa Literaria, en Managua, Nicaragua.

## EL CRUCE

Sólo a Ud. se lo cuento señora, nunca antes se lo conté a nadie porque nadie me lo hubiera creído; ni a los de la prensa, ni a los peritos, ni siquiera a los amigos, ¿para qué?... , unos dirían que estaba loco, otros que estaba borracho y los otros que soy un viejo ardiloso...

Fue una noche de Cuaresma, nomás hace unos diez años recién estrenaban la carretera, esa carretera nueva para ir de León a Managua pasando por La Paz, Nagarote, Los Brasiles, etc. y por las orillas del bello Xolotlán, esa carretera que se cruza cuatro veces con la línea del ferrocarril y precisamente allí, en uno de los cruces vivía yo... mi casa, un pequeño bajareque de tabla enalado en blanco, formaba como un ángulo entre el cruce de la línea férrea y la carretera y allí, en su mismísima puerta me sentaba yo, equilibrando en mi pensamiento el presente con mis íntimas nostalgias pasadas y mis humildes ilusiones para el mañana.....así pasaban las horas... sin contarlas... mis ojos acostumbrados ya, veían sin ver el ir y venir de vehículos siempre de prisa por la carretera y de vez en cuando uno que otro tren por la vía, pitando contra el viento.

Sólo a Usted se lo cuento, ¿sabe por qué? para que tenga cuidado tanto de día como de noche, usted que por su trabajo tiene que andar mucho por esta carretera, esta carretera que yo como capataz vi cómo centenares de hombres la halaban y tiraban de ella vuelta por aquí, vuelta para allá hasta que se la llevaron a la capital y luego nomás encontrada, amasada, triturada, asfaltada, terminada, la avalancha motorizada comenzó a deslizarse por ella, con avidez, sin detenerse casi en los cruces con el tren, un tren que pita contra un viento que se lleva lejos su sonido como borrándolo, un tren que ellos parecieran ignorar con el vértigo de la velocidad... pero que aparece de repente, con una realidad peligrosa. Yo conozco esta carretera señora la siento hasta mía y sé que es peligrosa y traicionera, tanto de día como de noche y cuídese más todavía en las noches de cuaresma.

Fue esa noche de Cuaresma, el jeep venía descuidado sobre la carretera, era la media noche y a sus viajeros se les oía contentos, se les oía cantantes... hasta después lo supe: eran tres jóvenes adolescentes... ¿pero para qué le voy a contar cosas tan tristes?... el accidente fue tremendo, la sangre, el aceite y la gasolina hacían charcos, se veían cuerpos y hierros retorcidos, estaban vidrios e ilusiones rotos y yo de oídas era el único testigo.

Llegaron peritos, llegó la prensa, todos me preguntaban yo no supe responder, estaba confundido, la noche oscura y todo fue tan rápido, tan inesperado, tan inusitado...

Ahora sólo a Usted se lo cuento señora, a usted que me conoce que aunque humilde pero leído; señora, ¿creé usted en leyendas? ¿ha oído la del tren aquel que por correr en Viernes Santo se descarriló que hoy corre a la media noche en tiempo de cuaresma? pues muchas noches he creído oírlo pasar y hasta he sentido el trepidar de la tierra bajo su peso... ¿será miedo, vejez, chochera? yo no quiero creer en leyendas señora... pero esa noche de cuaresma, cuando el accidente yo estaba temiendo, esa noche yo oía temeroso el ruido misterioso por un lado... por otro lado oía el ruido melodioso de los viajeros contentos cantantes, luego los ruidos se juntaron y apagaron en un impacto... un impacto como de tren.

Sólo a usted se lo cuento señora, nunca antes se lo conté a nadie porque nadie me lo hubiera creído; ni a los de la prensa, ni a los peritos, ni siquiera a los amigos, ¿para qué?... unos dirían que estaba loco, otros que estaba borracho y los otros que soy un viejo ardiloso. La verdad es que sólo el jeep destruido encontraron y el tren creo fue el de la leyenda que se encuentra a estos lados.

## CERRO DORADO

Apolinar Méndez era el hombre más triste del mundo, pero era cosa del ambiente de *Cerro Dorado* la hacienda donde él vivía.

Ahí todo era monótono... los árboles crecían retorcidos de tanto desperezarse, el río habían momentos en que cuando nadie pasaba dejaba de correr y se estancaba como solidificado en su lecho... el canto de los pájaros parecía llanto.

Apolinar Méndez tenía una crianza de cerdos y era matarife, los cerdos estaban tan tristes que engordaban pronto porque no hacían más que llorar y con sus lágrimas encharcaban más y tenían casi hecho un pantano; luego al verse tan gordotes y tan desgraciados no aguantaban el transcurso de la semana y el mismo sábado se suicidaban, lo que Apolinar Méndez aprovechaba para descuartizarlos y sacar la manteca, el frito, los chorizos y los nacatamales.

Los fines de semana llegaban los dueños de la hacienda y la esposa del señor lloraba la muerte y el descuartizamiento de los puercos; era desesperante verla sufrir, tan desesperante que el marido sollozaba formando un cuadro tan deprimente que Apolinar estallaba en su congoja reprimida.

A las vacas había que componerles la quijada pues la monotonía las hacía rumiar tanto que se les caía... luego la leche que daban era sabor a tristeza... sólo Apolinar que estaba acostumbrado a ella la podía beber.

Los caballos eran todos blancos, blancos de canas... ellos querían averiguar el porqué de aquel terrible designio de la hacienda y se reunían para pensar en común, como nobles jefes de legendarias tribus y pensaban tanto que les salían las canas a montones y lo peor era que no resolvían nada.

Los perros estaban negros, negros... pero era que ese ambiente los paralizaba hasta el punto de no rascarse ni quitarse las pulgas y como ahí no llegaban ni los ladrones no había necesidad de ladrar y menos todavía por comida pues Apolinar los manejaba hartos...

En el gallinero era más caótica la situación y era que el gallo estaba tan afectado por ese viento de tuerce que soplaba en *Cerro Dorado*, que no le llamaban la atención el poco de gimientes gallinas... y ellas se ponían cada vez más alicaídas porque ni siquiera el gallo las volteaba a ver... sentían su orgullo y su vanidad heridos por el peor de los filos de la vida... Apolinar llegaba y se encontraba que ni un sólo huevo en el gallinero y el vaho de la desolación lo asfixiaba.

Tal vez la solución precisa era comprar un zopilote para que volara todo el día sobre el gallinero... pero un zopilote amarrado moriría de pena... y la muerte, la tragedia, la Parca en *Cerro Dorado* aumentaría la mala espina de todos.

Una vez vio un panal de abejas colgado de un árbol como alegre piñata y Apolinar Méndez experimentó una leve esperanza mezclada con cierta curiosidad como el niño ante la tinaja

vestida... tal vez la miel traería dulzura a *Cerro Dorado* y todo cambiaría.

Subió al palo lentamente e ilusionado espió... lo que vio lo dejó anonado: las abejas ya contagiadas bajo el sol de la iniquidad se habían equivocado y nadie las podía convencer, estaban fabricando hiel en vez de miel... Apolinar Méndez se sintió descorazonado, la congoja lo atoró como a un buey... no podía más... sus lágrimas cayeron hasta el suelo formando una silenciosa cascada... su esperanza se había truncado.

Y yo estoy tan asustada ante tan magno desastre, que no puedo seguir narrando el cuento de Apolinar Méndez y de *Cerro Dorado*, tal vez mejor sería dirigirnos allá, hacer un grupo y llevar alegría... es muy cerca, como a cinco kilómetros de la Ermita de Chacra-Seca...

## LILLIAM JIRÓN

(Santa Teresa, Carazo, 1936)

Lilliam Jirón de Centeno, reconocida en el mundo de las letras por su estilo inmutable de corte directo y brillante. Reside en León, desde 1949 a donde se traslado entonces con sus padres; en esta misma ciudad estudio para Secretaria Ejecutiva, contrajo nupcias y reside actualmente.

Empezó a escribir cuentos en 1963, y recientemente ha comenzado a escribir poemas. Ha publicado en el suplemento *La Prensa Literaria*, y en la revista: "Taller" de los estudiantes de la UNAN, León, Nicaragua.

## *CUENTO PUBLICADO EN MARTE*

Las semillas del odio, la mentira, el egoísmo, la envidia, la avaricia etc., germinaron en la tierra. Sus habitantes dejaron de creer en el Dios Cristiano y comenzaron a venerar al Dios Marx, al Dios Kennedy, al Dios Fidel, al Dios Sandino, al Dios Che y hasta un Dios Nica, conocido más que por ser Dios, por su habilidad de oratoria para manejar su reinado. La popularidad de estos superhombres se debió, no a que hayan inventado una doctrina universal de creatividad como nuestro Dios Marciano, sino más bien a que en sus actos rituales usaban en vez de vino, guaro; en vez del pan sagrado, succulentas viandas, en vez de incienso, quemaban hierbas alucinógenas; en vez de la meditación practicaban el amor libre. Reivindicaron a los homosexuales y a las lesbianas aboliendo la tradición de los sexos y hubo una total revolución en contra del status establecido por las leyes naturales.

En esa transversión de costumbres comenzaron a nacer niños bisexuales, niñas con mamas y vientres cancerosos, los sexos deformados adoptaron nuevas actitudes y poco a poco éstas se fueron proyectando también a los seres irracionales. Nacieron animales de especies desconocidas a los cuales tuvieron que bautizar con nuevos nombres. Las plantas se transformaron en injertos espectaculares que no eran ni derivaciones de las frutas básicas.

El fenómeno se extendió luego a las estructuras que sostenían la convivencia terrestre: los idiomas; centuplicados, deformaron sus raíces y en un mismo país no se entendían unos a otros. Las profesiones, por ejemplo, la de los médicos, tuvo su derivación en practicantes, inyectadores, eutanasistas, parteros, abortadores, hasta llegar a los curanderos cuya fama cada día iba en aumento. Se abolieron las Cortes de Justicia e imperaba la ley del más fuerte y la mejor de las intrigas. La juventud ya no asistía a las Universidades con la inquietud del saber. Vivían dedicados a las prácticas permitidas por los nuevos dioses, que dicho sea de paso, ellos ejercían el apostolado de sus doctrinas hasta hacerlos populares, mantenerlos en el poder y luego pasarlos a la historia.

Los países subrepticamente se espiaban unos a otros y se fueron formando sindicatos de países pobres para defenderse de las asociaciones de países ricos, se declaraban guerras frías y guerras calientes, algunas veces por cosas superfluas: la posesión de un puente, la mitad de un río, por ser unos negros y otros blancos, etc. A raíz de estas guerras fue escaseando la producción de alimentos para la subsistencia de los humanos. Miles de personas morían de hambre, la contaminación de los mares terminó con la fauna marina; los insecticidas envenenaban a los animales terrestres, las bacterias se posesionaron de las plantas y sólo quedaron cenizas de los árboles; se les llenó su mundo de chatarra por las guerras del petróleo y sus derivados y no valieron los petrodólares para mantener el tráfico aéreo, marítimo y terrestre y terminó todo medio de locomoción sobre la tierra. La hora cero llegaba para los terrícolas. Los ríos se secaron, los mares se convirtieron en desiertos, la tierra se les escurrió como si la hubiesen retorcido y por la aridez y el sopor se iba disecando. Los científicos de la era nuclear no pudieron dar la fórmula para volver a la normalidad el ambiente pues andaban orbitando la tierra en sus satélites. El aire se convirtió en oxígeno aceitoso para sus pulmones y les comenzó una agonía asfixiante. El sol dejó de protegerlos y no hubo elemento inventado por el hombre que pudiera generar luz. La oscuridad tomó posesión del planeta transformándolo en un bólido de tinieblas.

## EN CUALQUIER PRISIÓN

—¡Imposible! Este jodido no quiere declarar.

Un grito quebrado de angustia hace eco en las paredes de la celda. El preso ha caído desmayado. El sudor de los círculos del cuello le baña el cuerpo y los espasmos le hacen brotar saliva que cae derretida al suelo. Como está completamente extenuado por el interrogatorio, le tiran un desafiante balde de agua.

—Pueden retirarse, ordena el oficial a los hombres que ayudan en el interrogatorio. Póngalo incomunicado y mucho cuidado con los periodistas.

Es de madrugada y el preso con el último golpe perdió toda su esperanza.

De nuevo la noche... El lenguaje de sus manos refleja el aterrador miedo que entumen sus dedos. Aprieta las canillas que temblorosas quieren tumbarlo al suelo. Mientras tanto, una descarga eléctrica le ha tornado las uñas violáceas y los latidos de su estómago envían palabras forzadas a su boca.

—Están en un error Teniente, no sé nada, lo juro por esta santa cruz y por mi madrecita, que se la trague la tierra, que no sé nada.

—Vámonos, dice el oficial a los hombres.

La celda está húmeda y oscura. Las paredes tienen marcas de manos desesperadas, rasgos ininteligibles, manchas de sangre tiradas al desgaire semejan pinturas abstractas. En un rincón, una lata-excusado tiene ácido el ambiente. El preso se apoya grotescamente a la pared que parece esquivarlo sardónica en un espectáculo insípido que corroboran las ratas rozando el débil cuerpo del preso.

—Levántenlo...

Más golpes-nuevos-métodos-más-miedo. Y una oscuridad matizada de chispas a colores es lo que ven los ojos del preso a través de la lámpara que le enfoca la cara.

—Firma aquí. Dicen tus cómplices que vos sos el enlace.

—¿Enlace...? ¿de qué Teniente?

—No me hagas perder la paciencia desgraciado... Nosotros sabemos que vos sos Ramiro.

El hombre no logra sostenerse, está completamente mareado y cae de nuevo desvanecido. Con otro golpe tratan de despabilarlo. El silencio se instala en la celda. El oficial levanta la mano en gesto decisivo; a la señal, lo tienden sobre una tabla completamente desnudo e inician el procedimiento con manifiesta morbosidad. Mientras tanto, el tiempo transcurre injerto de luz y tinieblas. La luz inhibe las pasiones desbordadas y las infracciones nocturnas llegan al paroxismo.

La humanidad amodorrada vive indiferente, mientras la noche conspira en silencio e incita a la meditación con su pesadez subyugante.

Una serie de estas noches ha dejado señales tumefactas en las manos del preso; marcas de grilletes han expoliado su sangre. Camina vacilante y cansado; tiene que sostenerse en las paredes y el roce de la ropa lastima su ingle.

De nuevo la noche. Alguien más está ahora en la celda.

—Este es el hombre mi Comandante.

—Ajá, con que vos sós el hombre... Con que queriendo subvertir el orden... Decí dónde están las armas...

—¿Qué armas...? Yo nunca he poseído armas... Soy inocente, me han confundido... Por dios que soy inocente...

—¿Se da cuenta mi Comandante qué problema con esta gente? Son demasiado intransigentes. No cooperan con la autoridad, y por eso hay que adoptar ciertos métodos...

—Está bien... está bien Teniente. Todo sea por la paz y la tranquilidad de mi país. Ahora vamos con los siguientes...

## Irma Prego

(Granada, Nicaragua 1933 – San José, Costa Rica 2000)

Extraordinaria mujer de carácter afable y muy socorrida por sus ocurrencias inteligentes y graciosas; hace una prosa tejida con seguridad y limpieza expresiva, además de admirable habilidad en el manejo de una fina ironía que la caracteriza.

Dentro de sus principales obras narrativas se encuentran: Mensajes del mas allá, Agonice con elegancia, Piensa en mi.

### LA SUECA

Sé que no tengo sentido común, ni sentido de orientación y mucho menos sentido de la oportunidad, y entonces voy por la vida como una hoja en la tormenta. Por supuesto, soy fácil presa de todo tipo de pécoras sin escrúpulos.

No obstante, sigo el consejo bíblico, de no jugar a ser más lista que nadie.

Por el ser humano tengo una infinita piedad, por los niños desnutridos y hundidos en el vicio, una angustia de impotencia, para las mujeres solas una gran solidaridad. Estoy lista para que todo me sea birlado por los bribones. Y eso si me decepciona.

Sara, una tallerista compañera mía en el taller de literatura, cada martes leía unas narraciones muy tristes, o de una violencia no casual, tenía una risa estridente, como una trompetilla, quien un domingo me invitó para que viera sus cuadros al pastel, éstos eran extrañas mariposas ciegas o unos abstractos que sugerían una obsesión fálica, llenos todos de los colores primarios.

Ese día, almorzando ensalada, por vegetariana, me confió que la estaban echando de la habitación que arrendaba en una casa de familia. «Pero ya ve, prefiero el incendio que fundió mi casa, por dicha, que vivir con mamá.»

Y me contaba un episodio similar cada cierto tiempo, lo que remordió mi conciencia social. Yo con una casa grande, con muchas habitaciones equipadas con todas las comodidades, viviendo sola con mi empicada, era un desperdicio y pensé: «pobre muchacha rodando de casa en casa, sumida en la desesperación y en la congoja». Conmovida, sin pensarlo mucho la alojé por una suma simbólica.

Eligió el cuarto más bonito y se instaló con su ropa mal lavada, un radio de baterías que sonaba las 24 horas del día, sus cuadros al pastel y un juego de ajedrez.

Para entonces yo estaba vendiendo mi casa, decidida a reducirme a un apartamento, y tenía muchos muebles de casa grande.

Dos días antes de mudarme, afligida de que en el pequeño apartamento no iba a caber tanto chéchere, dije a Sara: « ¿Ahora qué hago?» Soltó su risa de trompetilla y me dijo: «Yo le soluciono ese problema, mi hermana Abigail Fot Elizondo tiene mucho campo y ella le puede guardar lo que usted guste. Bueno perfecto, llámala por teléfono a ver si acepta».

Dos horas más tarde llegó una mujercita que me recordó la teoría de Cari Sagan. «El que en su fisonomía te recuerda un pájaro es pájaro. El que te recuerda una serpiente es serpiente».

La mujercita tenía unos ojos negros, negros opacos sin pestañas; ojos de serpiente ratonera, parlaba sin parar tonteras, tenía el pelo duro, reseco, de un rubio artificial.

¡Pero el colmo! las cejas eran un hilván también rubio, imaginé que también se pintaba el musgo del pubis y las axilas.

Desconcentrada y consternada, tenía que salir de una casa que amaba, en la que había vivido y padecido veinte años, no me detuve en detalles, oyéndola parlotear sandeces. Le llené un

camioncito con dos alfombras redondas (manufactura belga) estilo persa, una azul la otra mostaza, mi máquina de coser Singer, donde cosí camisas y vestidos de mis hijos e hijas, un juego de canastas de mimbre con su mesa, la mesita de pino de mis santos viejos, de mis abuelos, muy rezados, los sillones Reina Ana y su mesa, y un sin fin más de mesas, mesitas, alfombritas y tapetes. Todo era en total, por un monto como de doscientos mil colones.

Ella me estrechó entre sus brazos, me zampó un sonoro beso en el cachete izquierdo y se fue con su botín.

Ya en ese entonces, Sara me había contado que un siquiatra H. de P., no PHD, le había diagnosticado esquizofrenia desde hacía quince años y que sus familiares por perversos la habían internado varias veces en el siquiátrico, que su hermana Abi era la que la liberaba de ese pavoroso suplicio, y la tranquilizaba jugando ajedrez con ella todos los días porque eso le daba paz a su mente.

En casa, Sara más o menos se había comportado desordenada al extremo, medio sucia, la ropa mal lavada, con la triste expresión de desamparo en su cara velluda y la risa estridente sin justificación, el radio a todo volumen desde el amanecer.

Ya en el apartamento, Abigail me adoptó, llegaba por la máquina de escribir, los domingos pedía a domicilio cerveza y pizza que pagábamos todas, llegaba a buscar a su hermana, a visitarme cuando me dio gripe, siempre acompañada de Josecito, ella así lo llamaba.

Josecito, un imberbe juncal, precioso y taimado, exalumno de ella en las clases de alemán, era su chofer, recadero y fiador, además su cuchi cuchi cada vez que a ella le entraba el embrujo, lo cual era frecuente. Josecito era pequeñito, galán, valiente y bizarro para las cosas correspondientes al ánimo.

Abi tenía una doble moral como los hombres, se revolcaba con cualquiera en el matorral, pero juraba que idolatraba a Josecito.

Josecito no sé si era cínico o sonso, el asunto está en que él aceptaba complacido ese rol idiota en el que ella se regocijaba. Josecito, en esta falocracia era un semicaballero. Abi en él era devastador. Ella comenzó por trasladarnos sus angustias: «No tengo trabajo hace un año, pero hoy leí en el periódico este anuncio: ¿Es usted una mujer de cutis bello y desea ganarse entre 30.000 y 50.000? Llámenos al teléfono.

Llamé y tengo cita para mañana a las 9:30. Y así se pasaba los días contestando ese tipo de anuncios. Trajo ropa de Colombia, para vender en su barrio, ella era la modelo exclusiva de esa boutique ambulante. Hasta hoy le debe los pasajes de avión a su amiga de colegio, la que confiada desde su agencia de viajes le mandó los tiquetes, sin que firmara un papel. Es hoy y no ha cancelado nada.

Su barrio es el más caro de la ciudad, donde vive en un apartamentito carísimo y diminuto, lo que la obliga a caminar 2 kilómetros para ir a tomar el autobús, eso a ella no le importa, sale flamante todas las mañanas, ataviada con extravagantes trajes baratos a ritmo de merengue hasta la salida del barrio, pero siempre tirando pupilas a los Mercedes Benz, a ver quién la pepena.

Ella es tributaria de una clase a la que no pertenece, en el barrio caro, en el grupo de oración de las popof, en el concierto matutino de los domingos en el Teatro Nacional, cuando es Hoffman el director; itan guapo el viejo!, dice golosa. Estaba convencida de que ella tenía con todos esos desatinos un ascenso social.

Una vez insinuante y provocativa mirando a Josecito, presumió como el Instituto de turismo la destacó a Viena por un año, porque ella escribe y habla tres idiomas: alemán, francés, español y por teléfono; y en un año se casó, tuvo un hijo y se divorció de un belga, el que según ella la tomaba tres veces por semana, siete veces sin sacarla.

Sara odiaba tanto a su madre, que en una crisis feroz, quebró todas las porcelanas de adornos, por lo que la internaron en el siquiátrico por cuarta vez, pero paradójicamente me llevó a conocer a su madre, ella era una matrona gorda y feliz a lo soprano, habló mucho de su

hipertensión emocional, por lo que prefería una vida sencilla sin emociones fuertes, excepto las esquelas mortuorias del periódico todos los días: donde alguien conocido moría siempre en un accidente, y casi nadie de muerte natural.

Para ese entonces, los medicamentos importados habían subido escandalosamente de precio. Sara decidió recurrir al Seguro Social, donde le cambiaron la dosis y el medicamento para su esquizofrenia. Entonces todo fue peor; ella era más desordenada y más desconsiderada. Se levantaba a las cuatro de la mañana a teclear frenética en una máquina de escribir vieja y ruidosa, y cuando yo desvelada me levantaba a desayunar, ella estaba apremiándome para que leyera su última creación.

Muchas veces en ayunas, tuve que leer cosas terribles como cuando describió minuciosa, su cópula con Satanás en la puerta del infierno; los detalles de ese encuentro eran horribles, alucinantes. O peor, Sara blasfemaba sin ton ni son contra Juan Pablo II, contra la Virgen de los Ángeles. Todo eso evidenciaba sus crisis cíclicas.

Una mañana yo atemorizada, no soporte más sus exabruptos, el radio a todo volumen y las blasfemias, le rogué que se fuera lo mas pronto posible de mi casa; ella reaccionó bien y en tres días se mudó a la casa de enfrente discutiendo que la había echado sin ningún miramiento. Ahí, con esa familia, vivió mes y medio y la largaron sin compasión, regaron la casa con agua bendita y trajeron un sacerdote para que les diera la bendición y la absolución, me inculparon el que yo no las hubiera alertado sobre la salud mental de Sara y sus diabolismos.

Entonces fue cuando comencé a reconstruirme, a recoger lo desperdigado, a recobrar lo mío y llamé a la tal Abi urgiéndola a que me devolviera mis cosas. Dijo, que iba a comprarme algunos muebles y alfombras, que su hermana quería adquirir las alfombras belgas, después dejó de atenderme al teléfono, a negármeme, empecé a sospechar que algo pasaba; tuve que llamar a la mamá soprano, la que se excusó por su hipertensión y por la moral que había inculcado en su hija.

Sara en el teléfono me dijo: «Yo no la veo nunca, ya no jugamos ajedrez», pero todas se me escondían y todas con evasivas y embustes eran cómplices de Abi y sus robos.

Otro informe fue, cuando Tita Borbón conocida de Abi, me contó que una mañana se personó al bufete de su marido para pedirle prestado 10.000 colones, porque su niño se le moría. El niño era tímido, desnutrido y solitario, el típico niño de madre soltera con grandes problemas, con carencias de todo lo indispensable, concurrente a un colegio carísimo, lo que acrecentaba en él, su inestabilidad, al no tener tantos lujos como sus compañeritos, hijos de padres pudientes.

También me contó Tita, cómo Abigail regó la bola de que iba a Berlín a estudiar alemán. «Me voy el 1 de abril», y aseguró que se quedaría dos años en Alemania, Las amigas le organizaron tés de despedida, le obsequiaron regalitos de recuerdo para despedirla, lo que aceptó complacida.

Exactamente el 1 de abril desapareció de la circulación, se enclaustró en su casa con discos, diccionarios, libros didácticos, todo en alemán.

Dos años estuvo recluida sin salir al sol, estudiando alemán y jugando ajedrez; todas las amigas sabían que ahí estaba, pero la familia sostenía que ella vivía en Berlín estudiando alemán. Cuando apareció de nuevo en público, hablaba con un marcado acento extranjero, el que no perdió durante muchos años; de esa época data el pelo y las cejas zanahoria. Las amigas comentaban y se reían de la extravagancia de Abi, las que les parecía demente, pero «diay pobrecita», «la gusano e guayaba», como la apodaban desde el colegio.

Tita la había perdido de vista, la encontró en una fiesta y se asombró cuando la anfitriona le presentó a la señora sueca que no hablaba español. «Diay Abi qué le pasa a usted se remató». No, no, yo renuncié a ser costarricense, me hice sueca desde hace años. Tita no le cobró la deuda a su marido, pero le dijo: «Cuídate, no te encuentre bien».

Después no volvió a tener noticias de Abi, y la olvidó, pero en un paseo al litoral del Pacífico la recuperó en la playa, la encontró trabajando en el lujoso hotel Flamingo, hablando alemán con Hanz, al que llamaba Hancito, un tardío hippie sueco que no hablaba palabra de español y que con él se había casado hacía tres meses y del que ya se estaba divorciando.

# SEGUNDO “GRUPO DE MUJERES” (Épocas entre 1944 hasta la fecha)

## Mercedes Gordillo

(Managua, Nicaragua 29 de noviembre, 1938)

Narradora, cuentista, poeta y crítica de arte. Ha publicado en revistas nacionales y extranjeras. Fundadora-directora de galería Tagüe (1974-1978). Consejera Cultural de la Embajada de Nicaragua en México (1980-1982) y Subdirectora del Museo de Arte Contemporáneo Julio Cortázar (1938-1984).

Es considerada con mucha razón una virtuosa cuentista con un gran sentido de originalidad y maestría en su escritura.

Algunos cuentos publicados: El cometa del fin del mundo y otros cuentos Luna que se quiebra, Una Perfecta desconocida, El ángel perdido, El Viajero.

## LA CORRIDA

I

Doña Carmen Solórzano viajó a México, D.F. para supervisar los preparativos y estar presente en la boda religiosa de su hija Isabel con el torero mexicano Miguel Fortuna. Después acompañó a la pareja en sus memorables giras por España, Colombia, Ecuador, Venezuela y Perú. Ella fue testigo de las tardes gloriosas de su yerno. Oyó con sus propios oídos como sol y sombra, gritaban frenéticamente en Caracas: "Torero, torero, torero". Presenció cuando Fortuna en Quito citó al toro en el centro de la arena y su capote cubrió tres veces a la bestia desatando el olaje:

del "olé, olé, olé". Fortuna salía en hombros cada tarde de los redondeles. Había que ver sus verónicas.

A su regreso a Nicaragua, doña Carmen, orgullosa de ser suegra de Fortuna, no cesaba de hablar y comentar entre sus amistades sobre la suerte de su hija Isabel: haberse casado con uno de los lidiadores más importantes de todos los tiempos.

Cada vez que el yerno participaba en una corrida por las plazas del mundo y llegaban hasta ella las noticias, acudía a los periódicos y revistas nicaragüenses con la crónica y las fotos del matador brindándole a su esposa la montera.

Con excepción de una leve cornada en la pierna izquierda, doña Carmen siempre celebraba cortes de rabos y orejas. En estas ocasiones rememoraba Lima, la ciudad que más la impresionó por su afición y cuya regia tradición taurina se remontaba a los tiempos de los Virreyes.

Ya para entonces acariciaba secretamente la idea de traer a Nicaragua a Miguel Fortuna.

—Imagínense, se desbordaba de imaginación.

—Un torero en este país y un gran torero. Una corrida por todo lo alto, igual que la película "Sangre y Arena" con Tyrone Power y Rita Hayward, que ya se exhibió en los cines capitalinos.

En su más reciente viaje a México, doña Carmen se decidió invitar y se empeñó en convencer al yerno para que torear en Managua.

—Es muy difícil, repuso el famoso torero y argumentó su reticencia:

—En Nicaragua no tienen plaza de toros, no hay autoridades ni maestranzas, ni ganaderías.

—Todo eso puede arreglarse, respondía la exaltada suegra. Tenemos el Estadio Nacional. Conseguiremos los jueces y el toro.

—Acepta por favor, te lo pido yo, añadió con dulzura Isabel.

—¿Cómo no vas a complacer a tu mujer?, Miguel reforzaba a doña Carmen y remataba:

—Tenés que torear en su tierra natal.

El ruego era constante y terminó en acoso. Fortuna habló con su apoderado, hizo tiempo entre sus compromisos y aceptó la invitación, que provocó la mayor complacencia en su mujer y su suegra.

Tres meses más tarde se presentaría en Managua. Una sola corrida y como torero exclusivo de la tarde. Nadie compartiría el cartel con Miguel Fortuna.

## II

Doña Carmen regresó de inmediato a Nicaragua y puso sus recursos que eran muchos, al servicio de aquella espectacular corrida. Con empresarios, periodistas, políticos, hacendados y hasta con una reina de belleza, formó un comité que se abocó a trabajar con entusiasmo.

El Estadio Nacional resultaba demasiado grande para tal propósito, una capacidad de 30,000 personas: cosa que no tenía importancia para la señora Solórzano.

—Por el contrario, replicaba, tendremos un lleno total, vendrán personas de toda Nicaragua y hasta del resto de Centroamérica.

La fecha: primer domingo de diciembre, era muy apropiada porque el 27 de noviembre finalizaba la temporada de béisbol.

El Estadio requería ser acondicionado: construir burladeros, palcos, cubrir la grama con arena, lo que se solucionó fácilmente porque el dueño de la arenera cercana a Managua ofreció obsequiar 400 carretadas.

Todas las semanas, doña Carmen Solórzano informaba a los periodistas sobre los avances de los preparativos:

—Listos los burladores, había logrado localizar a unas personas taurófilas que harían las veces de jueces. Ya tenía contratados a los trabajadores que atenderían las necesidades del torero y su cuadrilla.

Por esos días, doña Carmen recibió una carta del yerno, en la que solicitaba instalar también una capilla en el estadio para el rezo tradicional antes de entrar al ruedo. La capilla debería tener una imagen de la Virgen de Guadalupe, que era su devoción.

—La gente, decía doña Carmen, debería asistir vestida a la usanza española las mujeres adornadas con mantillas, peinetas y claveles rojos; los hombres, de sombrero cordobés.

El rumor corrió de boca en boca, se anunció incluso en las radios. Existía en Managua una tienda llamada "Fantasía Española". Los propietarios no se alcanzaban para suplir los pedidos de mantillas negras, blancas y plateadas, peinetas, castañuelas y panderetas, que antes de la ocasión solamente usaban las alumnas de la Escuela de Danza Adán Castillo.

Las floristerías hicieron el gran negocio: importarían 600 docenas de claveles rojos, de los llamados sevillanos, a Costa Rica y Guatemala. Las olorosas flores vendrían en avión el día sábado en la víspera de la corrida.

El evento iba tomando grandes proporciones, el gobierno decidió intervenir en apoyo, lo cual convenía a sus intereses políticos.

—Hay que distraer al pueblo, decían algunos ministros y compraron tres mil boletos para obsequiarlos a la población de escasos recursos y a sus correligionarios.

El torero vendría a Managua, acompañado por 60 personas, que se hospedarían en el Gran Hotel, en el centro de la ciudad.

También se contrataría a los músicos, que le darían a la fiesta brava el ambiente característico de estos lances. Uno de los pasodoble de moda era "Silverio Pérez" de Agustín Lara: "Silverio, cuando toreas, no cambio por un trono mi barrera de sol"...

—¡Todo un acontecimiento apoteósico y brillante!, solía manifestar la suegra en el furor de su entusiasmo.

La dificultad más seria se presentó a la hora de buscar al toro. El comité visitó haciendas en chontales y Rivas, pro solamente encontraron algunos toretes y novillos pequeños, indignos de la talla de Miguel Fortuna. Después de mucho cavilar, se llegó a la conclusión de que el astado debía ser traído del exterior. Un toro negro de 300 ó 400 kilos, de las ganaderías de México, azabache, con cuernos afilados y estampa bravía. Llegaría a Managua en un avión especial dos días antes de la corrida.

En la capital no se hablaba de otra cosa. En las esquinas de las principales calles y avenidas se había colocado grandes carteles anunciando el evento. Magnavoces ambulantes invitaban a la población a asistir al espectáculo del año.

El día del arribo del torero, una multitud llegó a recibirlo al aeropuerto "Las Mercedes", con expresiones de "torero, torerazo", aplausos y vivas. Miguel Fortuna y sus acompañantes: periodistas, rejoneadores y sus monosabios, banderilleros e invitados especiales, recibieron flores a su paso.

Llegó también el toro, el gran animal traído de México. La fiera fue a parar a un corral improvisado para tal fin en el Estadio.

El esperado día domingo amaneció con un sol brillante y ardoroso, digno del mejor verano nicaragüense. El Estadio Nacional rebasaba, la gente había hecho fila desde las siete de la mañana para recoger un buen lugar en las graderías.

Las tres en punto de la tarde, el Estadio adornado con guirnaldas de flores, festones de papel y abundantes banderas de Nicaragua y México. Se veían claveles rojos en las cabezas de muchas

mujeres, algunas hasta disfrazadas de sevillanas con aretes y mantones, los hombres se intercambiaban botas de vino y puros. Carmen, vestida de maja, presidía el palco de honor, junto a Isabel y el comité organizador, invitados y los jueces. Minutos después sonó un clarín, anunciando la salida del torero. Entre aplausos y música, Miguel Fortuna iniciaba el paseíllo tradicional en su traje de luces, azul y oro, luciendo una figura esbelta; iba acompañado por su cuadrilla. Elegante y pausado, partiendo plaza se dirigió a la autoridad y pidió permiso, obsequio su capote y su montera y brindó el toro a doña Carmen Solórzano.

Apareció el toro, rebosante de energía y fiereza, enorme animal. Corrió velozmente por la plaza hasta detenerse en el centro, mientras algunos toreros lo tentaban con sus capas. Era un instante de expectación. La fiera escarbó la arena con sus patas delanteras, olfateó y batió el aire con la cabeza en alto. Súbitamente, comenzó a temblar, con un temblor interminable. Su gran cuerpo cayó estrepitosamente en la arena del Estadio, y paró las patas.

Los monosabios, picadores y banderilleros tiraban de su rabo, lo capoteaban, lo picaban. Aquel toro abrió la trompa, sacó la lengua y mugió, hasta quedarse quieto, inmóvil. No hubo corrida. La fiesta taurina había terminado. El toro estaba muerto.

## UNA PERFECTA DESCONOCIDA

*A Alejandro Aróstegui*

Sentada ante el mismo escritorio con su máquina de escribir Remington, donde habían transcurrido sus últimos 12 años de vida trabajando como recepcionista en una empresa comercial, Margarita Luna, pasaba cartas en limpio y atendía el teléfono. Con dulce voz contestaba:

—Buenos días, Exportaciones S.A. a sus órdenes... Recibía y enviaba mensajes, operando una pequeña central colocada a su derecha.

La señora Luna residía en el segundo piso de un edificio de tiendas, situado en la popular Calle Colón de Managua. Compartía el departamento con una vieja empleada —Juana Loáisiga— a quien conocía desde joven. No la había abandonado nunca, acompañándola en cualquier circunstancia, especialmente después de la desaparición de sus padres y su esposo, muertos en un fatal accidente de tránsito 5 años atrás. Por ese tiempo Margarita padeció de nervios alterados.

—A las 11 de la mañana de un jueves, Margarita Luna recordó que debía llamar a Juana, para solicitarle el favor de ir donde la modista del barrio, a recoger el vestido que pensaba lucir el próximo sábado 20 de mayo. Ese día, el jefe obsequiaba anualmente a sus empleados un almuerzo, repartía regalos y premios de acuerdo al trabajo realizado. La comida tendría lugar en un famoso restaurante de carnes, se habían hecho reservaciones, ordenado el menú y algunos ramos de flores.

Ella marcó el número telefónico; al otro lado del alambre contestó una voz conocida que, sin embargo, no era la de Juana; cortó inmediatamente.

—Quizás me equivoqué —pensó, y llamo otra vez. Para su sorpresa respondió la misma persona.

—Quizás esté ligado con otro teléfono —se dijo a sí misma. Sin embargo, preguntó por no dejar:

—¿Quién habla por favor?

—La respuesta fue inmediata: —Margarita Luna, —oyó.

—¿Qué número habla? —dijo nerviosa Margarita pues la voz sonaba conocida.

—77-123.

—¡Pero ese es el mío y Margarita Luna soy yo! —aseveró ella agitada.

—No señora, yo soy Margarita Luna; ¿Qué desea? —preguntaron al otro lado.

Súbitamente ofuscada la señora Luna se quedó sin habla, estupefacta sin comprender. Mil pensamientos cruzaron veloces por su mente, mientras el auricular colgaba de su mano.

—¡Qué me está pasando! —se preguntaba confundida con el ceño fruncido y expresión alterada. Súbitamente la asaltó una idea. Exclamó:

—¡Se metieron los ladrones a mi casa! ¡Eso es!

Tiró su silla hacia atrás y salió corriendo a la oficina del jefe; golpeó la puerta, sin esperar respuesta entró intempestivamente y solicitó permiso para abandonar la oficina, e ir a ver qué estaba sucediendo en su vivienda. Lloraba.

Margarita salió rápidamente a la calle, tomó un taxi que pasaba e indicó su dirección al conductor. Afortunadamente su residencia estaba muy cerca; a sólo diez cuadras de la oficina. Pagó cinco pesos por la carrera con un billete de diez y se bajó del auto sin esperar el cambio.

Subió las gradas de dos en dos pues el edificio no tenía ascensor; mientras sacaba la llave de su bolso, pensó llamar al policía que usualmente permanecía apostado frente al primer piso, pero ya casi llegaba. Decidió enfrentar sola la situación. Sin recurrir a la llave optó por tocar el timbre del departamento. La puerta se abrió; una mujer madura, algo gorda sonriente y amable en actitud tranquila dijo:

—Buenos días; ¿Que se le ofrece, señora?

Margarita, viéndola, se sintió mareada; balbuceante logró preguntar:

—Busco a Doña Margarita Luna; ¿Ella vive aquí, verdad?

La mujer, sin dejar de sonreír, dijo claramente:

—Sí señora; soy yo misma ¿En qué puedo servirla?

—Espantada, Margarita atinó a preguntar por Juana. —Ella salió, —fue la contestación.

Como sonámbula, la señora Luna musitó:

—Perdón, perdón; me equivoqué.

Comenzó a bajar los escalones. Volvió a ver atrás y miró a la misma mujer aún sonriente. Dándose cuenta que todavía tenía la llave en la mano, se dijo:

—Aquí la tengo y es mía.

Retrocedió. La mujer ya había cerrado la puerta del departamento. Margarita subió suavemente, sin ruido. Con cautela introdujo la llave en la cerradura, pero esta no daba vuelta, ni a la derecha ni a la izquierda. La señora Luna intentó hacerla girar varias veces sin ningún resultado. Finalmente se decidió a bajar, repitiendo en voz baja, temblorosa, angustiada:

—¡Estoy loca, loca! y recordó a su abuelita muerta en el manicomio.

Logró salir al fin, respiró hondo, secó el sudor de su frente con el pañuelo. En la acera le pareció ver su imagen reflejada en el vidrio del escaparate de una tienda de ropa. El policía ni siquiera la saludó como tenía por costumbre. Buscó de nuevo su figura en el cristal, solamente pudo ver a una mujer de rasgos extraños; pensó que se trataba de otra persona, pero no había nadie junto a ella. Volteó a ver por tercera vez. Fríamente se dio cuenta que esa, no era ella. Era otra persona. Una perfecta desconocida.

*25/06/1999*

## GLORIA ELENA ESPINOZA DE TERCERO

(Jinotepe, Carazo 1948)

Narradora, cantante y pintora primitiva. Reconocida y admirada teatrística y "novelista nicaragüense". Sus escritos nos enseñan la mano diestra, sabia y segura de una escritora de muchísimo valor.

Obras principales publicadas: La Casa de los Mondragón (novela), Túnica de Lobos (novela), STRADIVARUS (teatro), LA PASAJERA (cuento).

### LA PASAJERA

El cielo se vacía, desenfrenado. Bajo el techo gris, las calles de San José de Costa Rica centellean por el agua; hay charcos por todas partes en donde se reflejan las luces que aún siendo temprano en la mañana están encendidas. La corriente vertiginosa en las cunetas forma remolinos en las alcantarillas. Todo está mojado, húmedo. El frío penetra hasta el cuerpo. La gente va y viene refugiada dentro de sus capotes, gorras, botas y paraguas. Ríos de paraguas se ven en las aceras y cruzando las calles. El tráfico es un caos y los semáforos casi ni se ven por los aguaceros, uno tras de otro; tal parece que las nubes descargarán toda el agua del océano en estos pequeños países de Centroamérica.

El huracán Mitch ha entrado a Honduras, dejando atrás una estela de desastres. Costa Rica aún está bajo sus efectos, y se sabe por la radio, que Nicaragua sufre su implacable estrago. Llueve y llueve. Los suelos se han cansado de recibir agua y más bien revientan, se desbordan los ríos. Todo es agua.

Raúl y yo vamos rápido en busca de nuestro automóvil. El huracán nos tomó por sorpresa en Costa Rica y debemos llegar a nuestro hogar lo antes posible. Estoy angustiada por lo que ocurre; los carros salpican a su paso. Estoy empapada a pesar de la sombrilla. No sirve de mucho porque el viento azota y el agua cae y entra por todos lados.

Cuando vamos por la acera de la estación de Nica Bus, una anciana nos ataja. Con su capote rojo parece niña indefensa. Aferra un bolso con ambas manos. Nos mira atribulada, pero con sonrisa dulce.

Quiero eludirla y pasar, pero se planta frente a nosotros. No nos deja caminar. Raúl me toma el brazo. Aún con el ruido del aguacero, el cruzar de los autos, los pitos, la gente, escuchamos su voz cavernosa y forzada: ¡Perdonen! Me dejó el autobús y sé que ustedes van para Nicaragua. ¿Me podrían llevar?

La inclemencia, la prisa y el azoro de su rostro nos convence. Ni siquiera consultamos con la mirada porque no hay tiempo para nada en esa confusión llena de agua. La conducimos al automóvil. Entre Raúl y yo la llevamos casi en el aire para llegar más rápido. Raúl la instala en el asiento trasero.

Al entrar siento olor a fango. Lo paso por alto puesto que ya estamos en el auto y Raúl va a tratar de salir entre el enloquecedor tráfico.

Con el apuro mojamos todo adentro. Por acomodar lo mejor posible las bolsas que llevo, me olvido de la anciana; pero escucho su voz lejana: Mi nombre es Luz, pero suelen llamarme Lucita. No deja de sorprenderme la serenidad de la señora en tales circunstancias.

Yo soy Raúl y ella es Lía, mi esposa, le dice echándole un vistazo por el retrovisor. Me sonrío divertido. Contesto la risa y ella también. Es un momento que nos sirve para relajarnos. No cabe duda de que vamos tensos. No es para menos, vamos a tomar el camino hacia Nicaragua, no sabemos lo que encontraremos en la carretera, si podremos pasar. Las noticias son alarmantes; para colmo, todavía llevamos a una pasajera.

Volteo para verla. Se ha quitado su capote rojo y se ve mojada, consumida en el asiento trasero, con su falda recogida, medio luto, blusa con cuello redondo manga larga, un rosario como collar sobre el pecho, pelo trenzado amarrado atrás con una cinta negra delgada. Sonríe. La noto extenuada y desamparada. Le sonrío también con ganas de acariciarla como a una abuela. Suspiro y me siento bien, a pesar de que truena el agua sobre el techo del carro. El parabrisas en su más rápida oscilación insiste sobre el vidrio; hasta me parece desesperado ante la copiosidad del agua. Es difícil ver. Aún así, me satisface poder ayudar a tan pequeña e indefensa viejita, que al rato se queda dormida. Le pregunto a Raúl con la mirada y gesto que conoce: ¿por qué la llevamos?

No sé... fue un impulso, me contesta y reímos.

Salimos por fin entre el intrincado tráfico hacia San Ramón. No es tan diferente el trayecto. En San Ramón los vehículos regresan.

Hubo un derrumbe, si van a Nicaragua les aconsejo que tomen la rutica alterna, nos dice el policía que regula el tráfico y señala la fila de automóviles que debemos seguir.

Llevamos encendidas las luces. Sería imposible moverse sin ellas. Hemos puesto la calefacción por el frío y para secarnos. Comenzamos a subir la carretera por angostas cuestas y curvas. Me atemoriza el silbido del viento, las copas de árboles zarandeados por las rachas. La carretera está atiborrada de autos lentos que vienen y van. Pareciera que a todo el mundo se le ocurrió viajar en circunstancia tan especial. Las casas parecen de muñecas o salidas de algún cuento fantástico; irrumpen en algunas curvas con sus macetas, balaustradas blancas y jardines con flores agobiadas por el huracán. No sé cómo se sostienen al borde de los abismos. Desaparecen entre la bruma como fantasmas. Las luces nos siguen y preceden como fila de hormigas en tiempo azaroso. Conductores temerarios aventajan y se acomodan con habilidad pasmosa que me deja sin aliento. Voy tensa.

Carraspea doña Lucita. Su rostro aparece de nuevo en el retrovisor de Raúl y en mi espacio visual. Giro un poco para verla mejor. Carraspea otra vez y le oigo decir: La tormenta es un encuentro cara a cara con nuestra indefensa humanidad, el camino incierto y esas casas son como parajes del alma...

Raúl y yo nos miramos desconcertados. No sé qué pensar, la viejita se ve de condición humilde, no nos dice su procedencia ni nosotros le hemos preguntado porque estaba dormida, pero de sopetón lanzó una reflexión filosófica.

¿Desea papitas tostadas, doña Lucita?, le dice Raúl, tratando de eludir los pensamientos profundos.

Al inclinarme para buscar en mi bolso, la veo desleída en el vidrio delantero y me espanta su rostro. Parece de otro mundo. Comienzo a sentir algo extraño. El vidrio me atrae como imán. Mis ojos no pueden liberarse de la especie de visión. La deformación del rostro toma aspectos horripilantes. ¡Grito! Raúl frena. Se apaga el auto. Pita estridente un enorme camión. Los instantes parecen siglos. Raúl enciende rápido el carro porque no podemos detenernos; pero casi se estrella con el que va adelante. No sé cómo logra estabilizar el vehículo. La fila de ida y vuelta es interminable, y la visibilidad casi nula. Sintonizo automáticamente la radio. No quiero verla. El miedo se me ha entronizado. Raúl me mira fugazmente; sabe que voy nerviosa, pero no se imagina la causa.

Después de un rato de interferencia, la radio se aclara: El tiempo del hombre se acerca, confesemos a Cristo, dice una voz grave, siempre con interferencia; se pierde en ruido y la apago. La verdad no sé qué hacer. Tengo frías las manos a pesar de la calefacción; me cubro con un chal. Arrecia. Vamos más despacio. Miro con el rabillo del ojo a doña Lucita. No sé cuánto tiempo llevamos en subidas, bajadas y curvas... Parece un mundo sin gente, diluviado. Como si fuera de otra dimensión.

Un pájaro choca contra el vidrio delantero y se aplasta por el impacto. El parabrisas se atasca. Solo el de mi lado aparta por instantes la lluvia y refleja luces deformes. La sangre del pájaro y su ojo se incrustan en mi miedo. Ahora tengo dos miedos. Tiemblo. Quisiera huir, pero

mirar a la vez. Aprieto la boca y abro mucho los ojos. Contengo la respiración. Empuño las manos.

No hay donde orillarse. Las cuestas y curvas van acompañadas de profundos y neblinosos abismos. Raúl abre la ventana. Saca su brazo. Trata de agarrar al pájaro con su mano izquierda. La lluvia errática entra a la cabina con viento y empapa su camisa, su pantalón, los asientos. Llega hasta mí. ¡Jesús me valga!, grito. Raúl baja la velocidad. Zigzaguea temerariamente porque casi no mira y lleva su atención puesta en el pájaro, que siempre está en el parabrisas, horrendo. Se ve horrendo el pájaro, empapado, su ojo mirándonos. A pesar de que la lluvia lo azota con furia, se adhiere más.

Raúl atrapa por fin el ala del pájaro, la sacude para arrancarla del parabrisas. Zigzaguea otra vez. El miedo me tiene paralizada. Nunca había visto llover con tanta violencia, ni que un pájaro chocara contra nosotros. El auto también parece volar con todo y el pájaro que Raúl lucha por destrabar.

Entra el viento y la lluvia en oleadas espantosas por la ventana abierta de Raúl y veo todo oscuro. El agua nos atraviesa casi horizontal mente. Una ráfaga desprende al pájaro con violencia y entra en la cabina inusitadamente. En centésimas de segundo pasa frente a mí con pasmosa velocidad y queda estampado en mi ventana.

Tengo a mi lado el pájaro muerto, aplastado, pegado en el vidrio de mi ventana, empapado y hediondo. Chorrea sangre y agua. ¡Grito! Raúl cierra su ventana y desde su control abre la mía, por donde el animal es aspirado con ímpetu. Una racha fuerte entra en mi cabina y me empapa aún más. Estoy temblando. Me cubro el rostro con las manos. Lloro. Tengo miedo, angustia, todo. Raúl cierra mi ventana. Todo queda impregnado con el hedor del ave muerta. La calefacción me reconforta. Respiro agitada. Me aferró al brazo de Raúl.

¿Cómo estás?, susurra, tratando de sosegar me, sin descuidar el volante. Le afirmo con la cabeza que estoy bien.

¿Te golpeó? Niego con la cabeza. Tengo trabada la garganta por el terror que he vivido. El parabrisas continúa limpiando, desesperado, tractráctrátrác... Seguimos en la fila interminable. Echo un vistazo a la cabina inmunda, pero me halan sus ojos. Ella está limpia como si nada hubiera pasado; y al volver los ojos, ¡horror!, reaparece su rostro desleído en el vidrio, con una sonrisa macabra y sus ojos que se deshacen como la sangre del pájaro. Me abrazo y aprieto los ojos y la boca.

Los signos de los tiempos son evidentes, debemos leerlos, dice sentenciosa.

¡Cállese!, le grito. ¡Me crisca los nervios! Todo lo que ha ocurrido es...

¿Culpa mía?, me dice. ¿Qué le hace pensar eso? Todo es parte de la tormenta de la vida: tras la lluvia sale el sol. Tal vez el Padre revoque su sentencia y nos perdone, dice sin ápice de compasión por mí, que me estoy muriendo de los nervios. ¡Qué va a saber!

No le hagas caso, me dice Raúl que sigue ingruido en la carretera.

Comenzamos a bajar cuestas y curvas, La neblina, el viento y la lluvia pertinaz van menguando. Encontramos suaves colinas salpicadas de ganado y gente a pie o en camioneta con pichingas, frutas y legumbres. El panorama es apacible. Veo las cumbres de donde vinimos y se ven paradisíacas. Mi miedo va desapareciendo con el sol y el verde del campo.

No la miro, debo tranquilizarme. Raúl abre las ventanas para que el aire se lleve el mal olor. Le limpio el rostro con toallas húmedas. Yo hago lo mismo, pero no le ofrezco a ella, que me observa burlesca; la veo con el rabo del ojo.

Si la estamos ayudando, ¿por qué nos paga de esa manera?, le digo impaciente.

Tranquila, señora, yo no he mandado la lluvia ni al pájaro.

Me siento cansada para entablar conversación, mucho menos discusión. Si bien ahora tenemos buen tiempo, no sabemos lo que vendrá... Pongo la radio, y en efecto, el locutor dice

que el huracán se ha estacionado en Honduras, es monstruoso, por lo tanto Nicaragua, El Salvador y parte de Costa Rica están cubiertas por su halo. Raúl quita las noticias y busca música. Se escucha El valse de las Flores.

Ahora hace calor y vamos con aire acondicionado. Llegamos a Ciudad Quezada. Me parece que ya podremos deshacernos de la anciana. Ahora la meta de nuestro viaje se ha convertido para mí, en dejarla en cualquier parte.

En una esquina encontramos un pequeño restaurante que nos sirve de oasis para almorzar. Nadie hay, solo nosotros. No quiero ni mirar a la pasajera porque su rostro me da miedo. Son casi las tres de la tarde. Raúl consulta su mapa para ver por dónde estamos y qué ruta tomaremos. Le pregunta a la muchacha que nos lleva la cuenta, y nos dice señalando la carretera: Se refunden hasta llegar a un lago, siguen por la orillitica, y así, al ratitico van a dar con la carretera.

Emprendemos otra vez el viaje con nuevos bríos. Pensamos que la dirección que nos indica la muchacha será corta y atractiva. Hasta se me olvida el huracán por la satisfacción de haber comido bien.

Gracias por el almuerzo, don Raulito, dice la pasajera. Él asiente con la cabeza.

A medida que avanzamos nos damos cuenta de que no hay visos del lago que nos dijo la mesera. Ahora, al parecer, somos los únicos viajeros. Solo encontramos hoteles ecológicos, cabañas, hombres a caballo, uno que otro turista. Todo muy bonito, pero ninguna señal de que vamos llegando. En cambio, encontramos un sendero estrecho y sin pavimento.

No hay otro. Oscurece rápido a medida que nos internamos por un túnel de árboles: es la penumbra de una selva.

Cuando hemos recorrido un buen trecho, osa decir la pasajera: Deberíamos bajar un rato para disfrutar este paraje. Raúl me interroga con los ojos sobre la inesperada solicitud. Le hago un gesto afirmativo, muy a mi pesar. Luego me arrepiento, porque ella no lo merece.

Raúl se estaciona. Salgo vacilante, como si estuviera en otro planeta y el suelo pudiera hundirse. Hay una leve garúa y calor húmedo. Cierro los ojos aspirando olores agrídulces extrañamente agradables. Escucho ruidos imprecisos. No deseo que ella hable, pero no puedo evitarlo. Estamos frente a árboles que lloran; los árboles del mundo gritan, dice enfática, con voz cavernosa, y sigue: ¿Seremos un mundo sin sombra? ¿Caerá la luz como espada? ¿La lluvia como maldición?

Deja de hablar, y cual hechizo oigo unos chillidos entre la tupida arboleda. Alarmada miro el suelo lleno de musgo, vapor, raíces, hormigas y mantillo acumulado en milenios.

Raúl se interna un poco. Lo miro como si se derritiera desde un enorme árbol barbado en donde estoy observando todo. Turbada veo troncos cubiertos de parásitos, gruesas raíces, animales pequeños que tienen su casa cerca o largo, pero es su casa. ¡Somos invasores!

El sudor se junta con la garúa que me acaricia y aplaca un poco mis nervios.

Pero con esta anciana puede pasar lo inimaginable. Habla otra vez: Lo que nos parece temible es inofensivo ante el hombre. La selva que podría devorarnos está siendo aniquilada por él, dice.

Soporto los ojos de la selva. Me aplastan. Percibo el odio de los árboles, sus ramas por atraparnos y ahogarnos. Para colmo, una serpiente se desliza sobre mis zapatos. Quedo paralizada, Transpiro mis culpas y las de los hombres asesinos de la naturaleza. La anciana me dice desde donde está: No se mueva para que la culebra no sienta su miedo. Se me va acercando... La culebra se aleja hasta perderse entre la maraña. La pasajera sabe que tengo miedo, que estoy muerta de miedo. Ella ve mi miedo. Raúl llega y me abraza porque me nota angustiada. Me conoce. Me soba el pelo y me da un beso consolador en la frente.

Salimos al claro del camino que tampoco es tan claro. Nos montamos al auto. Voy silenciosa y más tensa. Abrimos las ventanas porque me gusta sentir el olor a selva, pero desde la seguridad de mi automóvil.

Seguimos... Comenzamos a ver el lago artificial. Por este rumbo parece que la tormenta ya se fue. Solo se nota la humedad en el ambiente. Todo está impregnado de agua, como si hubiera llovido no hace mucho, pero por varias horas. Bordeamos el lago y avistamos un majestuoso y pavoroso volcán negro, que da espanto. Es el Arenal, me dice Raúl.

Llegamos más cerca de su falda. Otra vez llueve. Estoy loca por llegar. La selva sigue allí, el lago también. El Arenal nos da su cara deforme y negra que le quedó cuando estalló y destruyó con su aliento furioso a un pueblo entero.

Ha caído la tarde, es casi de noche. Llegamos por fin a un caserío. Doblamos entre unos potreros cercados, hasta dar con la carretera panamericana. Suspiro y me relajo un poco.

Sin decir palabra, aprovechamos para dejar a la pasajera en la parada de buses a la entrada de Liberia. Me siento aliviada. Nos dicen que el bus llegará dentro de un momento. Ella ni se disgusta ni reclama. Nos despedimos cordialmente.

Decidimos quedarnos ahí. Ya en el hotel me doy el baño más delicioso del mundo. Cenamos. Nos indagamos sobre el huracán, y nos preocupa saber que sigue estacionado en Honduras. La incertidumbre es desesperante.

Concilio el sueño a tanto darme vueltas, pero por lo menos, satisfecha por habernos librado de la pasajera.

Al día siguiente, al salir del hotel, la encontramos a la orilla del auto. Nos comenta como niña que ha cometido alguna travesura: No logré tomar el bus, ¿puedo seguir con ustedes? Está bien, dice Raúl automáticamente. No le preguntamos donde durmió. Ella tampoco dice nada. Trato de ignorarla.

Al llegar a la aduana, la observo comiendo rosquillas. Me sonrío. Al pasar la revisión del pasaporte no la vemos por ninguna parte. Aparece de repente y se monta otra vez al carro.

Cuando franqueamos los retenes es como si no la vieran; nos piden los papeles a nosotros, es como si ella no existiera.

Entrar a Nicaragua es un lenitivo aunque sé que nada bueno podemos encontrar. Por lo pronto veo todo tranquilo, húmedo, pero sin algo de qué alarmarse. El lago Cocibolca está plomizo por las nubes cargadas de lluvia aún sin derramarse.

Admiro como si fuera la primera vez a la isla de Ometepe con sus perfectos volcanes. El ganado pasta bajo un sol que a veces se asoma tímido por entre las nubes.

Ella no ha hablado. Mejor.

Almorzamos en un restaurante de la carretera. Hablamos por teléfono a nuestra casa y mi madre nos dice que todo está en orden hasta donde es posible, que aún hay lluvia, todo está húmedo, pero no habrá percance mayor que sentir el moho en cuanto entremos. Nos cuenta que quitaron las alfombras por si entraba el agua, pero gracias a Dios no ha sucedido todavía. La lluvia en occidente aún es recia y continua.

Reemprendemos el viaje. Raúl enciende otra vez la radio para escuchar noticias. Un locutor dice que la vía hacia el occidente del país permanecerá cerrada, hasta que sean rehabilitados los puentes caídos. Eso nos da un indicio de lo que ha pasado y tememos lo que puede terminar pasando este final del mes de octubre de 1998.

Estamos por llegar a Managua.

¿Puedo saber dónde la vamos a dejar, doña Lucita?, pregunta Raúl.

Adelante de León, dice sin perturbarse.

Quedamos silenciosos. Evitamos mirarnos. Lo conozco, se siente impotente. En vista de que no podemos seguir, Raúl decide que nos hospedemos donde su tía Alicia. Como un sortilegio seguimos con ella, y la tía no tiene más remedio que instalarla en el único lugar disponible que le queda, y es en el cuarto de su empleada.

Como en Managua solo hay una lluvia rala, Raúl nos invita al cine a ver La Leyenda del Zorro. No sé por qué ella nos acompaña. Al salir, la tía Alicia desea tomar malteada. Nos sentamos en la terraza de una heladería. Cuánta gente estará en desgracia, o muerta, dice la pasajera otra vez. Al punto un remolino entra por los pasillos botando cestos de basura, azotando mesas y sillas. En pánico, la gente se esconde donde puede. Escucho un ruido como flotilla de helicópteros... y es una gran cantidad de palomas chocando contra todo. Algunas caen muertas. El griterío aumenta mi desconcierto y miedo.

Pasa el percance insólito. El olor a pájaros muertos se ha difundido en el aire. Mi nerviosismo aflora otra vez.

Pasa una semana, por fin se puede transitar a occidente, han puesto puentes provisionales. Nos vamos a León. Por la carretera encontramos enormes puentes destruidos, anchas playuelas en los ríos, animales muertos, inflados, con las patas tias al aire. Las huellas del huracán se ven más acentuadas cada vez que nos acercamos a León.

Al llegar, Raúl está desesperado por salir de ella y descansar. ¿Dónde la podemos llevar?, le pregunta. Es hora de ir a mi destino, contesta, y nos muestra con su dedo el camino hacia la carretera a Chinandega. Vamos de una sola vez.

Todavía llueve, hay ancha corriente a los lados de la carretera, árboles caídos, ramas por allá, pájaros muertos, tendido eléctrico en el suelo, casas inundadas, gente descalza con baldes. Todo el ambiente es de humedad y tragedia.

Poco a poco, silenciosos y conmovidos vamos mirando la desgracia que nos parece inconmensurable.

Nos detenemos en un inmenso lodazal árido que corta la carretera. No sabemos qué hacer. No podemos continuar. Raúl y yo bajamos del carro. Siento el olor a fango como cuando ella entró al auto en Costa Rica. El viento silba... Me da escalofrío y miedo. Contemplamos hacia arriba, al volcán Casita partido por una gigantesca riada, cual collar mortuario. Hay algunos cráneos y huesos que sobresalen en el lodo. Perros y cerdos merodean.

Seguramente esto pasó hace una semana, cuando estábamos por salir de Costa Rica, porque el lodo ya está sólido, solo aguado en sus bordes y en una angosta capa encima, quizás por la lluvia que aún no deja de caer, me comenta Raúl.

Estoy sobrecogida. Lo que está ante mis ojos es un cementerio espectral. Quedo mirando a Raúl. Lloro. Me abraza.

Lucita no habla. La veo abatida, infinitamente triste. Sale del auto, pone en mi mano un dulce en forma de una paloma con las alas extendidas. Su mirada es arcana. No sé qué pensar de esos ojos... Parece que quisieran decir algo, como si develaran en este instante un misterio. Se aparta y se introduce en el torrente lodoso, mientras se desvanece ante nuestros ojos que se llenan de pavor.

## Isolda Rodríguez Rosales

(Estelí, 11 de junio de 1947)

Narradora, ensayista y crítica literaria. Vinculada al mundo de las letras, desde joven. Catedrática universitaria. Isolda Rodríguez Rosales rescata historias olvidadas y las escribe como pudieron haber sucedido. Miembro de número de la Academia de la Lengua; del Centro Nacional de Escritores (CNE) y de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE). Ha recibido la orden "Rubén Darío" y numerosos reconocimientos.

La narrativa de Isolda Rodríguez Rosales tiene como eje central historias de mujeres, desde el siglo XVII hasta el XXI. Ha escrito varios libros: La casa de los pájaros, anamá, 1995. "Sofía y las mariposas (cuentos infantiles).

### Anahí, la hija del sol

El lugar se encontraba abarrotado. Personas de todos los países de América Latina se habían dado cita en ese renombrado congreso. Sobresalían los brasileros, por lo numeroso del grupo, pero más las brasileras, alegres, llenando con sus risas hasta el más último resquicio de aquel hermoso edificio. Mujeres desinhibidas, con faldas de revuelos coloridos, largos collares de piedras preciosas y cabellos largos y rizados, algunas pintadas de rubio. A pesar de la temperatura templada que corría en la accidentada geografía de Quito, lucían blusas escotadas y livianas.

Otro grupo grande lo formaban los mexicanos y mexicanas. Mujeres serias, profesionales, muy preocupadas por la calidad del congreso, discutían puntos de vista, las corrientes de moda para el estudio de la historia. Una de ellas, Oresta, se abrigaba en un poncho negro de lana, casi hasta arriba de la barbilla y sus verdes ojos brillaban como los de una gata en celo. Pero era celo

científico, de estudio, de pasión por el evento que auguraba exitoso. La acompañaban dos mujeres, una cincuentona, también abrigada, y una joven de jean y chaqueta. Saludaban a las personas que habían estado en el congreso anterior y todo era bullicio y algarabía.

Dos hombres, un poco solos estaban en una esquina. Me acerqué a ellos: uno era argentino y el otro chileno. Conversaban de metodologías, nuevos libros. Eran agradables y me quedé compartiendo con ellos. Sin embargo, me intrigaba la cantidad de gente y el argentino me comenzó a explicar: aquél grupo de allá son venezolanos, los de cerca de la puerta, canarios, en este momento están entrando los españoles. Aquella señora del fondo es cubana, primera vez que asiste. Y así fue describiendo las personas, sus nacionalidades, sus particularidades, y hasta sus especialidades. Estaba allí la flor y nata de los intelectuales iberoamericanos, con sus conocimientos nuevos, afanosos por lucirse y dejarse ver.

Por aquello de la solidaridad, me acerqué a la cubana. Se llamaba Magdalena Herrera. Vaya, somos parientes, le dije. En un minuto me había contado su vida y milagros. Mujer alegre y triste. Contaba las cosas al borde de las lágrimas, pero después lanzaba una estruendosa carcajada que hacía tintinear los cristales de las lámparas. Alta, gordita, se notaba el esfuerzo que hacía por verse bien arreglada, dentro de una pobreza pudorosa y vergonzante. ¡Qué lindo chal llevas! Me dijo sin malicia. Es tuyo, y se lo puse sobre ta blusa triste. Ella, apegada a sus principios, no quería aceptarlo, pero lo hizo, ante mi férrea insistencia.

La velada se prolongó hasta la madrugada, y Magdalena y yo subimos a nuestras habitaciones en el cuarto piso, a terminar de contarme de su familia en Cuba, sus hijos, sus hermanos, limpiando una lágrima con el chal blanco que acababa de darle.

A las siete, bajé a desayunar. Estaba el mismo grupo de la noche anterior, ya reiniciados los saludos y abrazos, habían unidos grandes mesas donde devoraban frutas y huevos fritos. Me senté al lado de Magdalena, que comía con esa tristeza en los ojos, de la mujer que recuerda a sus hijos, al esposo, quizás. Mientras desayunábamos entró una mujer morena, de buena altura, un poco rolliza. Me encantó su falda de lana, amplia, bordada con ribetes de colores. Se sentó de espaldas a nosotras y pude disfrutar viendo una trenza negra, negrísima que le llegaba hasta

debajo de la cintura. Comió callada, no saludó, terminó y salió como había entrado: sin hacer ruido.

Durante la sesión de la mañana, la vi sentarse entre unos hombres cubiertos con ponchos coloridos y sombreros negros. Ella también llevaba un sombrero de fieltro, negro. No hablaron, no preguntaron y callados salieron a almorzar. No los advertí a la hora del almuerzo, pero era mucha gente y habían puesto mesas en un patiecillo lateral, resguardado por una enorme carpa. Tomé sopa de lentejas y volví al salón; muchas personas se habían quedado para tomar café y saborear un postre, y el lugar estaba solo. Por lo menos eso creí, hasta que vi en una esquina, la mujer de la trenza larga, con el sombrero puesto sobre los ojos, supongo que trataba de descansar. Traté de no interrumpirla y no encendí las luces, pero al halar una butaca cerca de las ventanas para aprovechar la luz natural, se incorporó y se compuso el hongo negro de fieltro.

Disculpe, no quise molestarla, dije apenada. No, está bien. Sólo cerré los ojos, pero no dormía. Sabe, dije para romper el hielo, en la mañana, la hora del desayuno ta vi y me encantó su falda. Se pasó los dedos casi con reverencia por los ribetes coloreados y en voz baja me explicó que era la vestimenta de su grupo, somos aimaraes explicó, descendientes de los incas. Quise saber más de ella, y aunque guardando cierta reserva habló de su familia, sus abuelos, sabios en tradiciones y saberes. Estudio antropología concluyó, para conocer más de mis ancestros, y me llamo Anahí. Dio por cerrado el tema, y le pregunté por el cerro que se veía desde las ventanas de los pisos altos. Es el Pichincha dijo, y asombrada le pregunté: el mismo Pichincha por donde pasó Bolívar, si dijo, con orgullo. Inquirí si había alguna manera de subir y ella explicó que había un funicular que llegaba hasta arriba. Si quiere vamos mañana por la tarde que no tenemos sesión o el sábado que estaremos libres. Me imagino que querrá ver un poco la ciudad, aseveró. Quedamos en vernos el sábado después del desayuno para hacer un recorrido histórico. Abríguese bien, recomendó, allá arriba hace mucho frío. La gente comenzó a entrar y todo volvió a la normalidad propia de estos casos.

Para el sábado ya me había conseguido en el mercado de artesanías, un grueso poncho de lana negro; yo parecía una tienda de campaña abrigada. Por cualquier cosa, puse un jersey debajo y una bufanda. En el comedor estaba Magdalena desayunando con Anahí y le contamos

nuestros planes, pero dijo que estaba mareada por la altura y se quedaría a descansar. Afuera nos esperaba un microbús blanco que la universidad nos había facilitado. Por cierto la universidad llevaba el nombre de Simón Bolívar y tenía como rector a un agradable y culto historiador.

Iremos primero al centro histórico, me dijo, para que vea la primera iglesia de Quito. En medio de un tráfico soportable, subiendo y bajando callejuelas estrechas, llegamos a una plaza. De allí seguimos a pie. La iglesia de la Compañía, indicó. Mis ojos no daban crédito a aquella filigrana de oro que eran los altares, hornacinas y arcos. Están bañados con pan de oro, siguió. Imaginería quiteña del siglo XVII y XVIII, un regalo para el espíritu. Parecida arquitectura encontramos en la iglesia del convento San Francisco. Indescriptible tanta belleza, ni siquiera me atreví a tomar fotos. Sillerías de la época colonial, forradas en cuero repujado, misales primorosamente decorados con aves de colores y flores. Retablos pintados al óleo de ta misma época, explicaba Anahí.

En el mismo convento pasamos al museo, con joyas escultóricas increíbles. Retratos en óleo de los ángeles y santos y por supuesto de la reina de Quito: Nuestra Señora de Quito, una hermosa imagen de madera policromada de rostro dulce y manso, pero lo más sorprendente de esta imagen es que era alada. Si, dijo mi guía, está hecha según la descripción del Apocalipsis. No estaba segura de eso, pero asentí. Salones con imágenes como para verlos en un mes, pero el tiempo corría y con nostalgia volví la mirada para despedirme de aquellos tesoros.

De nuevo en el microbús, tomamos una carretera que fue subiendo por unos veinte minutos. Tomamos el funicular y llegamos a la cumbre del Pichincha, al lado, orgullosos, el Cotopaxi y el Chimborazo. Las nubes tocaban sus picos que se confundían en la neblina del aquel día poco soleado. Un aire frío y fuerte amenazaba con tumbarnos si no estábamos alerta. La vista era realmente impresionante y de veras que me sentí cerca del cielo. Anahí dijo que sus antepasados preferían las alturas para entrar en contacto con la divinidad. Explicó que posiblemente cerca de allí había pirámides que sin descubrir, pero todo esto era tierra de los dioses, dijo emocionada.

A pesar de que las ráfagas de viento eran cada vez más fuertes, la vi fijamente y me pareció ver una diosa de los templos incas: erguida, su rostro moreno desafiante, los ojos negros llenos

de chispas y el pelo suelto, parecía una bandera agitada por el viento. Estaba transfigurada. No parecía la misma que había visto en el salón oscuro la tarde después del almuerzo. Aquí se sentía segura, dueña del lugar, arraigada, enraizada, ensoñadora, parecía ver y vivir épocas pretéritas. Con voz alta habló de Pachacutic, de los templos, terrazas, los cultivos, de tiempos donde compartían en un comunismo primitivo y nadie carecía de alimento. Habló durante horas y yo la escuchaba extasiada, sin atreverme a interrumpirla.

De pronto, se calló, consultó el reloj y me hizo señas para que subiéramos al funicular que habría de llevarnos abajo, a la realidad. Su rostro se ensombreció y no habló más. Quise respetar su silencio. Quise creer que allá arriba había estado con una princesa inca. Con una hija del sol.

### Lucía

La primera vez que la vi fue en la iglesia del pueblo. Llevaba la cabeza tapada con un trapo que años antes había sido negro. Los flacos brazos se adivinaban debajo de la tela del jersey también negro. Grandes zapatos y medias oscuras protegían sus escuálidas piernas que amenazaban con quebrarse de tan delgadas. Oscuros eran también los ojos que brillaban asustados, entre una pelambre que caía por toda su espalda. Decían que era de las cañadas de Matagalpa, de los que se levantaron en tiempos lejanos, cansados de los abusos y el maltrato. Era una mujer que arrastraba el sufrimiento de generaciones, de eso no había duda.

Cuando la gente hablaba de ella lo hacía con cierto temor, como si ella constituyese una amenaza. Bajaban la voz y susurrando decían —ahí viene la Lucha. Cuando algún niño o niña quebrantaba la sagrada ley de la obediencia, indefectiblemente recibía la amenaza: "te va a llevar la Lucha". De ella se decía que al llegar la noche se transformaba en mona o mica, por lo que algunos le añadían el mote de Lucha Mica.

Gloria escribía afanada en una hoja de papel de oficio. Ocasionalmente se llevaba el lápiz de grafito a la lengua, donde lo humedecía generosamente para que pintara más negro. "A Maru le dejo mi muñeca Violeta, a Memo mis cajitas de chocolate, mi sombrero de ir a misa, a Marta, mis estampas de santos a..." Se interrumpió pensando que mejor se llevaba las estampas de María

Milagrosa, y el Niño de Praga, su estampita de la primera comunión, donde aparecía una imagen de Jesús dándole una hostia a un niño de rodillas. Sólo con verlas se sentía más tranquila, y aunque ahora viviera con la Lucía Mica, rezaría todas las noches para que ella no la castigara.

Si ella era una niña obediente, si nunca había dicho una mentira, ni un mal gesto al contestar, siquiera. Todo sucedió tan rápido que no sabía cómo explicárselo a la madre que molesta le reclamaba el vuelto. En una mano, la bolsa de rosquillas de donde doña Graciélita, en la otra, las moneditas apretadas en un puño. Quizás fue la carrera, el agua en la calle. No supo nada más, sólo que estaba tirada en el suelo lleno de lodo, la carita morena alzada, evitando el contacto con la putrefacción de la calle.

Por la tarde ya se sabía la terrible noticia. Gloria se iba con la Lucía a vivir al pie del cerro, en una casita de tablas, por donde el frío se colaba en las noches eternas de Jinotega. Al día siguiente era domingo y me fui a misa a pedirte a la Virgen por Glorita. Fue entonces cuando la vi. Muy negra la piel, no sé si curtida o sucia. Negra la ropa, negra toda. Venciendo el miedo me acerqué y le pregunté —¿Usted es la Lucha Mica? Qué muchacha tan malcriada, dijo amenazándome con un viejo paraguas. ¡No, No me pegue! Necesito hablar con usted para que no se lleve a mi hermana, le supliqué. Parece que mi sinceridad la calmó y me preguntó ¿cómo es eso, a quién me voy a llevar? Y le repetí lo que había oído en casa. Enfurecida, dio la vuelta y se fue.

El padre Herrera que lo había visto y oído todo me calmó diciéndome que nadie se llevaría a Gloria, esa es una locura de tus hermanos, me dijo. E hizo una seña invitándome para que lo siguiera hasta la casa cural, al lado de la iglesia. Las tejas de la casa parecían un pequeño jardín donde la humedad había favorecido el crecimiento de plantas parásitas.

Entramos en una sala decorada con imágenes y olorosa a café recién hecho. Una señora de rostro amable nos sirvió café con leche humeante y pasteles dispuestos en primorosas servilletas blancas bordeadas de encajes. Sorbiendo lentamente el café me contó que la mujer se llamaba Lucía Flores. *Es viuda y quedó muy pobre, después que los hijos se le fueron enfermando y muriendo. No sé porqué la gente aquí le tiene miedo, quizás es porque no la conocen. Vino hace*

*unos años, ya sola, a buscar unas plantas curativas, me dijo en confesión, cuando la acusaron de bruja. En realidad ella camina por la orilla del pueblo, porque allí crecen unos hongos y hierbas que ocupa. Por eso, y por su aspecto fúnebre, la gente piensa que ella es rara, lo que pasa es que la soledad y el sufrimiento han acabado con sus nervios. No le tengas miedo ni la llames de esa manera, sino por su nombre, terminó el hombre. Se limpió la boca con revuelo de encajes y me levanté para recibir la bendición.*

Al salir de la casa cural la vi a la vuelta de la esquina protegida del sol por su viejo paraguas. Pensé en lo que el cura me había dicho y muy respetuosa la saludé:

—Adiós doña Lucía Mica, el padre me dijo que no es bruja y que no se lleva a las niñas, grité para espantar el miedo y salí corriendo a través del parque. Los pinos se doblaban sacudidos por espasmos de risa o miedo.

## Itza

Los verdes olivares ondulaban reflejados en la ventanilla del autobús; era un regocijo de tonalidades verdes que inevitablemente traían a mi memoria el "verde que te quiero verde" y tantas alusiones lorquianas a esos tonos que él veía incluso en los rostros de los gitanos.

De pronto, el autobús comenzó a entrar en uno de esos pueblecitos andaluces increíblemente blancos de callejuelas estrechas, pensadas y construidas para carruajes pequeños. Los techos rojos coronados por las tejas arabescas, hablaban de una herencia arquitectónica que llegaría hasta América. Al avanzar, era notorio que ese pueblo había conocido un glorioso pasado, que se notaba en los escudos colocados en los pórticos, emblemas que evocaban los símbolos de Felipe de Aragón. Quizás herederos del rey aragonés que acampara en estos parajes durante las batallas contra los moros.

El suelo brillaba bajo el sol de las tres de la tarde. Tomé mi bolso y lo puse a la espalda, subí a un taxi y pedí que me llevaran al convento de las madres de los Sagrados Corazones. La

pesada aldaba retumbó en el antiguo portal y una hermana jovencita me abrió, sorprendida ¿pero cómo ha llegado? si la hermana Itza iba a esperarla, pero entre, pobrecita, viene acalorada. Verdes enredaderas cubrían ta pared de la salita, dándole un frescor reconfortante en esos días del verano incipiente. Viendo la variedad de plantas y flores del jardín me entretenía, cuando entró ella, vistiendo el hábito que ya conocía, de las franciscanas de los Sagrados Corazones. Nos abrazamos estrechamente, con gran emoción, después de más de cinco años de ausencia.

A partir de ese día todo fue como un torbellino de alegría y movimiento: visitas al convento de las Carmelitas Descalzas, ese mundo vedado para los laicos, con sus tradiciones de hace siglos, su torno y su mundo medieval. El lugar donde está enterrado el Duque de Osuna, a quien Garcilaso le dedicara una de sus maravillosas Églogas. El parque de María Luisa, la catedral de Sevilla, los restos de los reyes católicos con sus imponentes monumentos, la tumba de Colón, la Giralda, testigo vivo de los gloriosos días del Al Andalus; el barrio viejo, el Instituto de Investigaciones Científicas, la biblioteca, en fin, un recorrido intenso por su contenido y por las eruditas explicaciones que la hermana Itza daba de cada lugar.

Pero al llegar la noche, regresábamos al convento, refugio de tantas mujeres en su búsqueda de Dios. Después de la cena, donde la superiora insistía que comiera "pescada", acompañaba a ese grupo místico en sus rezos y plegarias. No pude evitar el recuerdo de Darío en el antiguo convento de los Cartujos. Es que el ambiente recogido, los cánticos y rezos, me remontaban a los días de colegiala devota, asistiendo a los ejercicios espirituales, dirigidos por los padres jesuitas. Una añoranza de esos tiempos ingenuos, donde nuestra principal diversión era refrescarnos en las aguas del río Estelí, afluente del Coco o Segovia, siempre en compañía de la ahora hermana Itza y los amigos de ambas y bailar los ritmos de moda, los sábados por la noche, en casa de Itza o en la nuestra.

Con los ojos semicerrados, disfrutaba la música sacra, y de coros como de ángeles, dirigidos por la madre superiora. Sentía una inmensa paz y el tiempo transcurría sin darnos cuenta, hasta que la campanilla indicaba que los rezos habían terminado.

Por la mañana, la misa en la pequeña capilla, con bellas hornacinas donde se refugiaban las imágenes de Jesús y María mostrando sus corazones rebosantes de amor. En un extremo, San Francisco en éxtasis. Imágenes bellamente talladas, de ojos brillantes, que hacían creer que una lágrima estaba por desprenderse de sus seráficas pupilas. Nuevos cantos, recuerdos, dulce sentimiento de estar en paz, cerca de Dios. Después, el silencio hacía que una se sintiera transportada a empíreo.

Años después, estuve alojada unos días en el convento de las "chicas de San Vicente de Paul", como dijera una vez el padre Andréu Oliva. Asistía a los funerales de una hermana de mi padre. El ambiente era parecido, los cantos más nuevos, las hermanas de la caridad, más dinámicas, atendían a los enfermos del hospital Pedro Claver. La misa funeraria, conmovedora, el recuerdo de la dulce sor Lucía, que era un reto en mi vida. Desde la madrugada, en aquellas frías madrugadas de enero en Guatemala, las hermanitas rezaban, desayunaban, atendían a los enfermos, impartían clases. No descansaban nunca. Eran un ejemplo.

Pero no sé porque, aquella atmósfera de las noches de Antequera, donde nació "nuestra madre fundadora", ese misticismo y evocación de los días en el colegio, no pudo repetirse. Años habían pasado de mis días y noches antequeranas. La inocencia y la fe se habían quedado extraviadas en el camino. Costo tuve para recuperar la segunda, bajo la mirada amorosa y paternal de Álvaro Arguello.

Un día la hermana Itza decidió que había un mundo afuera que la esperaba. Colgó los hábitos y se dedicó al estudio y la enseñanza. Hoy vive en un piso muy "mono", lleno de libros, acariciada por las cálidas aguas del mediterráneo, mientras sueña con regresar a su Nicaragua natal. Siempre recuerdo con emoción mis días en Antequera, donde sentí deseos de compartir la vida de esas religiosas y comprendí el sentido de la vida de los santos y santas.

Más que los días de algarabía y bullicio colegial, las noches en Antequera, atesoro.

Actualidad  
del  
CUENTO NICARAGÜENSE

Último grupo representativo

del

CUENTO NICARAGÜENSE

# EL GRUPO DE LOS JÓVENES

(MUJERES Y HOMBRES)

## NOTA

Las principales referencias de autores (mujeres y varones) últimos, han sido tomadas de:

- a) **ANIDE** (Asociación Nicaragüense de Escritoras), de la cual es directora la poeta Isolda Hurtado, cuyo nombre es muy significativo en todo lo que es la producción literaria de la mujer nicaragüense.
- b) **El Hilo Azul**, del CNE (Centro Nicaragüense de Escritores), dirigido por Sergio Ramírez.
- c) **De textos de narradores contemporáneos** que se han venido destacando en la cuentística de la última década.
- d) **Taller de Narrativa**, impulsado por el CNE, que con magistral acierto, dirigió el escritor Erick Aguirre (Académico de Número de la Academia Nic. de la Lengua). Publicados en el Nuevo Amanecer Cultural, El Nuevo Diario.

Marisela Quintana

(Enero 6, 1958)

Narradora de mucho prestigio, hija del recordado Emilio Quintana, un hombre de entrañable sentimiento social, poeta admirable de prosas objetivas y eficientes. Co-fundadora de la Extensión Cultural Universitaria de la Universidad Nacional de Ingeniería (EXT-CUNI). Es miembro fundadora y miembro de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE). Asociada al PEN Internacional.

Su obra literaria posee un contenido firme, brillante y sorpresivo en toda manera de expresarse, lo cual la ha llevado a ser participe de algunos eventos literarios, tales como Neue Literatur aus Nicaragua, Berlín, Alemania, en 1998.

Ha escrito y publicado: Cinco Cuentos sin Consuelo y uno por encargo, 1993; Informática educativa: 20 preguntas más frecuentes, 1994; Cuentos de hombres sobre mujeres, 1997; Simples asuntos femeninos, 1999; Teoría del Caos y Fractales: Una aproximación al pensamiento femenino, 2001; Tras la rendija, 2003.

## Enjambre de putas

Siempre asida de la mano de mi madre, cruzábamos seguras las calles, aunque invertíamos cerca de cuatro minutos en la espera ya que mi madre era extremadamente precavida y me permitía cruzar únicamente cuando el horizonte se mostraba despejado de vehículos en tránsito. Yo insistía: *¡Ya mamá, no vienen carros, crucemos!* mientras hacía el intento de saltar al pavimento. Pero ella me halaba con fuerza y sin decir palabra continuaba viendo de un lado a otro de la vía. Para cuando tenía doce años, me disgustaba esa actitud pues me exponía a la burla de las vecinas de la misma edad por ser *tan grande* y caminar agarrada de la mano de la madre.

Si me daban a elegir, yo prefería caminar y cruzar la calle en la esquina de la cuadra, lo suficiente lejos de la burla de las vecinas, pero mi madre no lo hacía porque precisamente en esa esquina había un burdel. *No podemos estar paradas ahí*—me decía— *porque en esa casa de la esquina hay un grupo de mujeres malas*. Yo preguntaba qué era una "mujer mala" y me respondían distintas versiones de lo mismo: mujer de la vida, mujer pública, mujer ligera, mujer fácil...yo seguía sin entender aunque buscaba en el diccionario el significado de "vida", "pública", "ligera" y "fácil" ninguna de estas acepciones me mostraba con claridad en qué radicaba lo de "mala".

Se convirtió en un misterio para mí el calificativo a estas mujeres, lo que despertó una obsesiva curiosidad. Notaba que mi hermano sí podía cruzar la calle en la esquina del "grupo de mujeres malas" y yo constantemente inquiriendo: *¿Cuando tenga 16 años como mi hermano, voy a entrar a la casa de la esquina?* Nadie respondía. Era evidente que no debía preguntar eso porque mi nana Juanita, quien quedaba a cargo de nuestro cuidado mientras mi madre laboraba en el sótano del Palacio Nacional, hacía un gesto raro. Torcía los labios de exacta manera a como lo hacen los "muppet" o esos títeres hechos de calcetines que se ensartan en la mano y el pulgar hace las veces de quijada.

En mis tiempos mozos no había Internet, celulares, TV por cable, ni se permitía que los menores de edad dijeran todo lo que pensaban como sucede ahora. En una reunión de adultos era inconcebible que una se acercara y metiera la mano en el platillo de bocas que mi madre había preparado. Es más, se nos advertía con suficiente antelación al evento: "¡Cuidadito se acercan donde estemos los adultos, les arranco la mano si se atreven a robarse un bocadillo y eso es pálido con lo que les haré una vez que se vayan las visitas!" Cómo envidio a los niños y niñas de estos tiempos, con su desfachatez y su abierta malacrianza. No meten la mano a los bocadillos... ¡se llevan todo el plato! Y la familia sonriendo apenada mientras las visitas son ahora tan falsas en su tolerancia que expresan: "¡Ah! No te preocupes... así son los niños" cuando en realidad desean perseguir al truhán, quitarle la bandeja de tentempiés y darle una buena nalgada para que deje de joder, Mucho menos nos atrevíamos a interrumpir las conversaciones o a opinar de lo que se hablaba. Éramos puro ojo y oídos, pero nada de abrir la boca.

Mis padres compartían una antigua y enorme cama, misma que con el tiempo decidieron cambiar por una de menores dimensiones. Cuando llegué a casa, después de la escuela, me encontré con la nueva cama en la habitación de mis progenitores y a lo inmediato exclamé: "¿Y cómo van a tener sexo en una cama tan estrecha?" por respuesta me dieron una tunda. Y es que ya me había acostumbrado tanto a ver la otra cama, que la nueva me parecía muy pequeña. Actualmente me río de esa anécdota porque ahora las camas son aún más menudas que aquella y las llaman matrimoniales. Francamente bien puesto el nombre, porque se espera que con frecuencia las parejas duerman en estrecho abrazo.

Me entretenía el estar espiando desde la puerta de mi casa cómo entraban y salían varones del burdel en la esquina, pero me tenían prohibido que me sentara en la puerta a estar observando, Así que para disimular, lanzaba a hurtadillas alguna cosa a la calle: una canica, un lápiz, cualquier cosa que obligara a mi nana Juanita a dejarme salir para ir a recogerla.

Durante las tardes, la puerta siempre estaba abierta porque el calor era y sigue siendo sofocante en Managua. A guisa de ínfima seguridad, se acostumbraba poner una pequeña baranda de madera en medio de la puerta. La baranda permanecía ensartada en unas muescas — especialmente abiertas en el marco de la puerta— que facilitaban el quitarla y ponerla cuando alguien entraba o salía.

—¡Juanita, Juanita! Se me fue la pelota a la calle.

—¡Uff! ¡Qué chávala más necia! Anda a traerla.

Se levantaba de su máquina de coser, iba a la puerta y levantaba la baranda para que yo saliera. Por pocos instantes disfrutaba de una grata sensación libertad cuando me aventuraba a la acera a buscar la pelota, momentos que aprovechaba para ansiosa mirar hacia la esquina prohibida.

—¡Ya! ¡Metete muchacha! Si tu mama le encuentra en la acera te pega.

—Sí, Juanita... ya voy.

Volvía yo a mi encierro mientras mi cabeza bullía en supuestos acerca de la casa de la esquina. En un descuido de Juanita, un día me atreví lo suficiente para levantar yo misma la baranda y corrí a asomarme al burdel. Aunque la puerta estaba abierta, noté que tenía una mampara, por lo que los hombres entraban al sitio doblando a la izquierda o derecha de la misma. Como así no podía apreciar cosa alguna, me acosté en el piso de la acera y observé muchos pies de mujeres. Sabía que eran de mujeres porque usaban zapatos de tacón alto, de colores chillantes y de un material al que se le denominaba "charol". Los tacones eran extremadamente delgados y agudos.

Estaba así, gozando del morbo de satisfacer mi curiosidad cuando una mujer se bajó de un taxi y empezó a gritar a todo pulmón:

—Salí Fernando... ¡ya sé que estás ahí...maldito cabrón. Salí...salí de ahí, de ese enjambre de putas!

Me levanté como impulsada por resortes y asustada me refugié agazapada en el marco de la puerta mientras miraba asombrada a la mujer que no paraba de gritar.

En cosa de segundos sentí una mano que me agarraba del cuello de la camisa y me arrastraba hacia la casa:

—¡Chávala! Mira que te van a pegar una puñalada por estar en dónde no debes. ¿Quién jodido te dio permiso para salir a la calle y menos ir a estar parada en ese lugar?

—No le digas a mi mama, Juanita...

—Sí...hoy le digo, vas a ver lo que te pasa ahora que le cuente a tu mama que estabas donde las mujeres malas.

—No Juanita... si no son mujeres malas, vos decís que son "mujeres ligeras" y eso son. Juanita casi se traga la campanilla:

—¡Iiiiiiiii! ¡Niña por Dios! ¿Y qué sabes vos cuando digo que son mujeres ligeras...qué entendiste?

—Pues sí, son tan ligeras que son como las abejas y tienen el puyón en los zapatos.

—¿Y de donde sacas eso?

—La señora gritona dijo que eran un enjambre de putas.

—¿Qué? ¡Acaso vos sabes lo que son las putas?

—No...pero si sé lo que es un enjambre.

Creo que ese día mi inocente ingenio me salvó de una buena paliza.

## EL NUEVO NOMBRE DE LA SOLEDAD

Y es que se daba cuenta de que funcionaba para otros y otras. Varias de sus amigas habían logrado casarse con hombres extranjeros y se habían ido a tierras ajenas, muchas veces desconociendo no sólo en qué latitudes estaban sino el idioma que se hablaba. Se dijo: yo también pruebo. Así fue que se metió en esa incalificable aventura de pasarse horas navegando en Internet. Se anotó en todos los sitios que encontró en donde se ofreciera la promesa de encontrar una pareja: *Amigos y Sexo, Adultos y amigos, Encuentra Pareja, La otra mitad, El portal de la compañía, El exterminador de la soledad* y tantos otros sugerentes títulos que cayó en el vicio no descubierto aún, reprochado ni ilegalizado de invertir tiempo, desgastar los ojos y agotar el alma en pasarse sentada frente a la pantalla del computador confiada en que encontraría lo que buscaba con anhelo. Adelgazó porque se saltaba las comidas y la vejiga empezó a darle problemas de incontinencia por estarse aguantando las ganas de mear con tal de no perder valiosos minutos en esa cotidianeidad que sólo brindaba alivio a una necesidad física sin mayor relevancia en su vida. Su espíritu tenía hambre y esa era la real necesidad que debía de satisfacer. Ya habría tiempo para que el estómago se hartara y para que el orín fluyera a su antojo después que su deseo se viera cumplido. Abrió cuenta electrónica *yahoo, hotmail y lycos* para garantizar que el «chat» funcionara para la mayoría de los correos de los que pudieran ser propietarios su idealizadas parejas. Se metió a todas las conversaciones electrónicas en las que le permitían acceso. Se tomó fotos profesionales que le costaron un ojo de la cara pues, además de la fotografía, pagaba por el maquillaje que le hiciera ver diez años más joven y, cuando todavía el resultado le parecía poco convincente, disparaba la plata para que algún experto manipulador de imágenes las retocara con *photoshop* o cualquiera de esos programas muy de moda. La cybercirugía plástica era efectiva y ella lucía como esas modelos en las carátulas de las revistas de *Cosmopolitan*. Se encontró de todo: hombres buscando hombres, mujeres buscando mujeres, parejas buscando trío sexual, hombres buscando mujeres y mujeres buscando hombres. Era un zoológico de extrañas especies con nombres ordinarios y groseros: *pichadura, mamador66, calientita, ardiente16, dametucosa*, en fin, repertorio de apodos demostrativos del interés de cada quien. De ipegüe, cuando encontraba alguien que parecía ser la persona idónea caía en cuenta que para contactarla debía pagar una cuota a los dueños del sitio quienes no permitían más intercambios a menos que adquiriera un estatus de

*miembro de plata o de oro* para lo que se tenía que desembolsar no menos de 20 dólares al mes.

Su dinero y sus fuerzas se fueron a través de la pantalla. La cuenta en la tarjeta de crédito se elevó aceleradamente en unos cuantos meses y el frenesí la llevo a la bancarrota total. Así y todo continuó asida a la esperanza que patrullaba con ella las ilusorias autopistas de la Internet sin percatarse que ya era una bolsa de huesos, de ojos saltones y mirada brillante, las pupilas dilatadas delataban el avance de la esquizofrenia y sus colegas de trabajo eventualmente se fueron retirando al notar su comportamiento anómalo. Los dedos se le alargaron y abultaron en los extremos como bolillos de marimba. Perdió las uñas y el pelo, ambos vencidos por la implacable radiación de la computadora. Ya no era ella...era algo, un ser que perdía instante a instante las características humanas que tanto la habían distinguido. A veces me pregunto si no era más fácil la forma tradicional de compartir, ya saben...amigos, amigas, unos tragos de ron o alguna cerveza, celebración de carcajadas sin tener que preocuparse por ir apresuradamente a buscar el icono que representa las sensaciones y emociones con los que se acostumbra ahora a acompañar los mensajes. *¡Qué estupidez!* exclamaba en mi interior, mientras procuraba no interrumpir su diario ajetreo, ni turbar el constante sonido del teclado sometido al golpeteo permanente de sus ágiles manos. En breve la inminente catástrofe fue un hecho. La internaron en un sanatorio. Poco piadoso de mi parte porque no fui a visitarla. Me deprimen esos lugares. Pasaron semanas y su oficina permaneció cerrada. Honestamente no la recordé hasta el día en que, durante una sesión de trabajo, el jefe me asignó la oficina que ella ocupaba bajo el argumento de que era un desperdicio de recursos el que la misma permaneciera sin uso. Así que a los dos días empecé a trasladar mis *calaches*. Tuve que desocupar su escritorio y meter sus cosas en una caja confiando que algún familiar vendría a llevársela. Me puse frente al computador, lo encendí y procedí a atender mis asuntos. A eso de las 6 de la tarde, estaba preparándome para dar por concluida la faena. Iba a apagar la máquina cuando me asaltó la curiosidad de examinar sitios que ella había visitado y que aparecían en la barra superior de la pantalla, en el menú de *favoritos*. Me dediqué a navegar con cierta confusión. Por una parte me parecía impropio mi proceder, una invasión a la privacidad de mi excompañera de trabajo. Por otro lado sentía una incontrolable curiosidad la que terminó por ganar la batalla interna entre el bien y el mal. En uno de esos sitios encontré las referencias que ella había colocado en su

desesperada búsqueda, su foto y su alias: *Soledad*. No se qué me dio por escribirle, fue un impulso infantil, una travesura pues sabía que ella ya no podría contestar invitación alguna. Conocía bien de sus deseos despeñados en el abismo de la insanidad mental. Escribí: *Hola, ¿así que ese es tu nuevo nombre?* Mi boca se estiró en una amplia sonrisa mientras me deleitaba en la burla. Al instante un monosílabo en la pantalla enfrió mi banalidad: **SI**.

## MARTHA ELENA CERDA MUÑOZ

Licenciada en Ciencias de la Educación mención en español; Maestría en Literatura Hispanoamericana y de Centroamérica. Coautora de textos técnicos: Curso introductorio de Español como segunda lengua, Lenguaje y comunicación, y taller de redacción.

Ha publicado poemas y algunas narraciones cortas en el suplemento *La Prensa Literaria* y en la revista cultural *ANIDE*.

### La Mocuana revivida

La Talnosgia me lo contó. Ella parafraseaba los programas de Pancho Madrigal, las investigaciones de la Milagros Palma, de Lizandro Chávez Alfaro, de la Daisy Zamora, las ricas e infinitas conversaciones del poeta Julio Valle Castillo y recreaba los trabajos en tinta de la pintora Cony Gómez.

Me decía de algunas versiones que translucían a la Mocuana como una bella mujer de larga cabellera, desventurada, traicionada y abandonada por su amor, lo que la había hecho enloquecer y dar muerte a su pequeño engendro. También de la asociación simbólica con el agua, la muerte y la serpiente. Del fantasma femenino que rondaba y penaba ahogando a los amantes, robando o matando niños.

Pues sea cual sea su historia, la Talnosgia la había visto y se apoyaba en los diferentes decires, pero la presentaba no descarnada y cruel. Así la refería:

"Era una noche fría, preludio de diciembre, había luna llena. El vehículo recorría lentamente la carretera del Crucero a Managua, cuando... de pronto, de una de esas hondonadas la vi aproximarse cantando *Knock knocking on heaven's door*, y pidiendo a gritos reivindicación. Su cabellera era como esos cohetes que se desgranaban en el aire en una lluvia de chispas semejando a una peluca morocha, sus ojos no eran cuencas vacías ni malignos brillos, sino pesadumbres desveladas de amaneceres sin días, ojos famélicos de comprensión y de autoconfirmación, oscurecidos por la desintegración espiritual. Su cuerpo era luminoso. Su voz lo era todo: la conjunción de la vida y de la muerte, el principio y el fin, la guerra y la paz; el sufrimiento estaba íntimamente ligado a su totalidad. Su voz rezumaba la disposición a continuar por los caminos *These boots are made for walking* con otra imagen menos escabrosa. Ya no sería el esperpento, se impondría como la mujer amante no como la desquiciada, ni sólo la procreadora.

Su voz no era hueca ni cavernosa, mucho menos vengativa, pero sí, amorosa, dispuesta a obsequiar de nuevo la manzana de la vida... Ya para despedirse se acercó más aún y tarareó una especie de himno *I will survive*"

## Chrisnel Sánchez Arguello

(Managua, 1979)

Escritora nicaragüense-colombiana cuya vida ha transcurrido entre ambos países. Fundadora y directora de la revista literaria Literatosis durante los tres primeros años de publicación. Está incluida en la antología Grito de nuevas voces (2001).

Ha publicado sus cuentos y artículos en revistas de Estados Unidos, Venezuela, Nicaragua y Colombia. Actualmente radica en Bogotá.

La soledad es una puta de ojos claros  
y vestido fosforescente

En esta ciudad no queda tiempo ni de despedirse. Te mueres y no dices adiós, sencillamente porque no tienes alguien a quien decirle. Sales de tu casa, caminas por la calle y ves caras sonrientes pero almas tristes. Te ves en el vidrio de un bus que refleja tu expresión solitaria, de ojos hundidos y cicatriz de pena.

Calles poco alumbradas, rostros opacos, la soledad burlándose de ti en cada esquina. Vas sentado en la silla de un bus y de repente ves pasar un rostro que te sonrío y con su mano amigable te saluda. Es uno de tus alumnos, de esos que todavía recuerda tu rostro, de esos que te hace sentir acompañado por un instante, sólo por un instante tan efímero como una flor halada por el viento. Entonces le haces una breve plática a la mujer que va al lado tuyo, quién sabe, quizá sea el amor de tu vida, ése que tanto buscas y no encuentras; obviamente no es así, si lo fuera no estarías escribiendo esto que hoy te desvela como un café cargado antes de acostarse.

En tu rutina llegas a la universidad y te sigues sintiendo solo luego del último intento fracasado de encontrar a alguien, lo cual sólo sirve para darte cuenta que siempre lo estarás, entonces das clases y tratas de entablar mediante tu discurso una amistad con tus alumnos quienes te observan curiosos, evaluándote todo el tiempo, leyendo entre líneas, esperando algún tipo de zarpazo, pues siempre están a la defensiva, pero termina la clase y todos se van, es como si el show finalizara y luego de dar la venia cada quien volviera a su realidad cotidiana, a su propia soledad, a su egoísta soledad.

Te encuentras con un colega quien ni siquiera te saluda pues resulta que de la noche a la mañana, sin una razón clara, le caíste mal, quizá por tu pelo largo y rasta o por tu color de piel, negro azabache, o porque simplemente la soledad se refleja en tus ojos amarillos llenos de amargura y nadie quiere tener algo que ver con esto, lo cierto es que no eres bienvenido por

nadie y entonces sólo queda ella, la soledad, esa ingrata que te acompaña como una amante obsesiva y celosa y quien como decía el gran filósofo del betún, Juan Carlos Vega Matarife, ni siquiera es capaz de hacerte la comida cuando llegas cansado por la noche, luego de un largo día de trabajo... ¡no es posible! Está ahí sólo para estorbarte, no cuentas con ella, con su ayuda, solamente con su desagradable sombra.

Entonces te das cuenta que la soledad es una puta de ojos claros y vestido fosforescente. Está ahí todas las noches esperando por ti aunque no llegues. Duerme en tu cama, te hace el amor y ni siquiera te das cuenta porque la única que lo disfruta es ella, sólo ella puede llegar al orgasmo, y al otro día, sólo al otro día te queda el vacío, el sinsabor de un polvo no disfrutado, de un cuerpo no amado, por eso te levantas todas las mañanas triste y te sientes solo, terriblemente solo, sin saber porqué.

Ella se levanta junto a ti y toma el mismo vestido de siempre: ceñido al cuerpo, de color verde fosforescente sobre su piel morena para que le haga juego con sus ojos y entonces sale a buscar otra víctima, otro transeúnte de esta gran ciudad con quien desahogar su pasión escondida entre sus muslos, pues esta prostituta es incansable, no se detiene nunca y sobre todo, nunca muere. Además, ella prefiere las grandes ciudades, donde la gente se deja deslumbrar por el dinero y trabaja incansablemente hasta darse cuenta que están solos y entonces ya es muy tarde para encontrar a alguien, sólo ella recurre a tu auxilio, sólo ella está allí para saciarte, dejándote nuevamente vacío, anhelando un cuerpo diferente, unos senos olvidados en algún motel.

## MARÍA DEL CARMEN PÉREZ CUADRA

(Jinotepe, 1971)

Narradora, poeta, ensayista, Licenciada en Arte y Letras, Maestría en Literatura Hispanoamericana y Centroamericana. Socia de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE). Mención en el I Concurso Nacional de poesía escrita por mujeres "Mariana Sansón".

Es autora de, *Sin luz artificial*, con el que fue ganadora del II Concurso Centroamericano de Literatura Escrita por Mujeres "Rafaela Contreras", 2004. Incluida en *El futuro no es nuestro* (ediciones en Argentina, Solivia y Chile) y en *Schiffe aus Feuer* (Alemania, 2010).

Matatiru, matatiru Matatlru-tl-ru-la

"...yo me echaría en tu sueño,  
viaje sideral". Marea Roja

Teníamos que llegar antes del mediodía. Corrimos agarrados de las manos, subimos por lomas, y entre matorrales divisamos un breñero alto. Nos aventuramos a subirlo abrazados, a toda carrera. Se te clavaron cachitos en los pies a pesar del zapato. Mi llanto y su risa por mi inutilidad. Llegamos y recibís el premio por la aventura: chuparte las heridas para curarlas. Risas. Pobrecito... Es tan débil e impredecible.

Para vengarme de tus palabras te aviento contra el lodo y te me pegas de la camisa, aterrizamos al otro lado del monte, entre el fango. Desde aquí se puede ver el potrero desierto,

el guanacastón al fondo y en su base un pantano de estiércol adornado con hongos. Mira, ¿te gusta la combinación de colores? Sí. Pero me resulta más interesante este cielo algodonoso o aquella selvita de Morales. Vos sí que estás loca, la neblina te está haciendo ver cosas... Sabes que más bien está Delacroix este cielo. «ESNOBISTAS» «APRENDICES DE DILETANTE». Está bien, pero quítateme de encima. Te levantas y te vas como desesperada a abrazarte al árbol «¡Abuelo, abuelo!». Y vos me tiras bolitas de lodo y ramas secas, burlándote de lo que crees es teatro. Me enfurezco, me quito la camisa y el pantalón. Mientras me quito el brasier, intento atraparte amenazándote con cogerte. Y vos en risas, huyendo «¡Yo soy hombre, vos no podés violarme!», y yo, «¡Ah sí, pues vamos a ver...!»

Y nuestras risas, el cansancio, el sudor, mi humedad lubricando cada paso de tu sexo. De pronto tu líquido blanco y efímero, como un tónico para la tos, para que yo exista así, tan feliz, «HAY COSAS MÁS IMPORTANTES QUE LA FELICIDAD». Fundidos en persecuciones, batallas cuerpo a cuerpo, género contra género. Yo... una mujer que te coge sin piedad.

Relajados, con los brazos abiertos en cruz hacia el cielo, cabeza contra cabeza, acostados sobre la hierba, te confieso que odio a Arjona. No me gustan las copias defectuosas de Silvio Rodríguez. Que estoy por publicar un estudio comparativo entre los dos «compositores». Él contesta que le vale. Me vale. Lo que quiero saber es si me querés de verdad. Contesta. ¿Me querés tanto como yo a vos, o sólo me querés para tener sexo?

Y vuelve la mula al trigo, ya te dije lo que te tenía que decir al respecto, y si insistís te contesto lo mismo: ídem, ídem. No te me pongas melodramático. ¿O querés que te cante «Como yo te amo», de Rafael? Todavía estás a tiempo. Jajajá, qué chistoso. Sabés que no me lo trago. Pero lo mascás pipe, lo mascás...

Comamos de esos hongos. Silencio. Te pones de pie. Me levanto y te sigo. Temeraria. Si en verdad me querés, dame una prueba de amor, comamos de esos hongos. Yo no los conozco, pueden ser venenosos. Pues yo tampoco los conozco, traje una navaja, un limón y sal. ¿Y quién dice que se comen así? Lo leí en un cuento y me pareció convincente. «PREMEDITACIÓN Y ALEVOSÍA». Todo lo tenías planeado. Sí, pero no pregunté por los hongos. ¿Y si son venenosos?

Veo que hay de dos tipos. No importa. Si agarramos el color equivocado va a ser más romántico, nos morimos juntos, mi amor, ¿acaso no sería maravilloso?, dos seres que se aman tanto. ¡Nos abrazamos fuerte y ya! Bueno, tal vez tengas razón. Cortas hojas de plátano y me las pasas convencido. Yo te mato dos veces, si te morís, si me dejas solo.

Improvisamos una canción india llamando de una vez por todas a la lluvia, parecía tener resultados. Corrimos, danzamos, brincamos y tropezamos, «que llueva, que llueva, la virgen de la cueva...», bailarnos la danza de la lluvia. Giramos y giramos sobre nuestros cuerpos cantando «Mariposa technicolor».

Vos cantando: «Tú, sentada en una silla. Yo, de pie con expresión de lord. Tú, desnuda y con sombrilla. Yo, vestido pero con calor...».

Cortas, hongos en cuadritos, los pones sobre el minúsculo plato de hojas. Le exprimo gotas de limón. «Está lloviznando sobre dos cuerpos en movimiento. Una loma, un potrero, vaquitas a lo lejos. Está anocheciendo».

«Tú, besando tus rodillas. Yo, discreto, pero sin rubor... Tú, con un ritmo tan lento, buscando un alimento frotado con alcohol. Yo, de pronto ensimismado, mirándote alelado colmada de rigor».

Le pongo las últimas gotas. Le pones las últimas gotas de limón y la sal. Hacemos un plato extra sin sal y sin limón. Me acompañas en coro. «Tú, ardiente y sin capilla. Yo quitándome el sombrero... pero túuu...».

## II

Después había que parar la lluvia. «San Isidro labrador, quita el agua y pon el sol, San Isidro labrador, quita el agua y pon el sol...». Y después la tormenta. Al fondo el volcán, *Piedra Quemada* es un hueco oscuro, un abismo, venir a refugiarnos en este lago de mierda de vaca. «Pero túuu...». Le cuento una historia de amor. «Un hombre casi atropella a una mujer. Él es

guapo, tiene dinero, años después la opera de hemorroides y allí se enamoraron en el hospital. Sólo que ella no quedó ciega, es más no está paralítica y se recupera rápidamente de su enfermedad». Que muy aburrida. «¿Por qué, creí que te gustaban las telenovelas?».

### III

La verdad, vos sí que sos temeraria. Te subiste al palo huyendo de mí —en ese aguacero, creías que yo era un oso verde. Y te lanzaste desde arriba. Fue un milagro que me cayeras encima y no te quebraras las costillas, y qué es lo que mirabas abajo. Se te miraba en los ojos las ganas de tirarte. Una poza azulita que me llamaba. Yo le decía, sos vos mi amor, sos vos, y la poza me contestaba con tu nombre. Sentí que eras vos. Menos mal que te agarré. Si te hubiera agarrado al mismo tiempo esa cosa ahí, si que me hubiera jodido. Yo me comencé a sentir un basurero, tipo Aróstegui, todo lo miraba así de latas, brillantes pero latas viejas, carcomido y brillante. Algo así como monotemático y vacío, aunque de alguna manera atractivo. Y ¡plaf! te agarré, te agarro entre mis brazos, te quedo viendo y eras igualita a una sirena, sos una sirena pero al revés, la sirena de Magritte, pero aún así me gustaste, te tapo la cara para abrirte las piernas. Lo que haces es ahogarme, estás ahogándome con tu pañuelo, no me tapes la nariz. A mí sí que me dio fuerte, primero no sentí nada viéndote correr desesperada a encajarte en el guanacaste, cuando caíste me pasaba lo de las latas, de pronto te volviste cara de pescado pero con piernas, después fuiste medusa. Cuando me perseguías con el palo para matarme las culebras de la cabeza a mí ya casi me había pasado. Y vos, de pronto cuando ya sentía que me partías en dos la cabeza, gritaste y tiraste el garrote al suelo ¿fue por amor, decime, por puro amor? Seguramente también fue por eso, pero principalmente fue que se movía todo feo ese palo, parecía gusano medidor, y me hablaba. ¿Sabes qué? no recuerdo a qué hora regresamos. En la madrugada, como a las dos. ¡Putá! ¿Y quién nos trajo? Creo que nos vinimos solos. Otra vez ¡puta!

### IV

Un automóvil se detiene frente a una iglesia blanca neoclásica llena de gente con rostros aparentemente felices y alborotados. Del carro blanco se abre una puerta, de un zapato sale un piecico, del pie sale una pierna y de la pierna una novia curvilínea y escotada. Inicia la marcha nupcial de F. Mendelssohn que anuncia la entrada. La mujer es llevada del brazo por un caballero

y es tomada por el novio o recibida en la iglesia. En el altar, mientras el padre habla y habla, ellos intercambian miradas lascivas que parecen conversaciones largas e inentendibles... Suena la marcha nupcial de salida del Lohengrin de Wagner. La gente como hormiguero sobre la miel los rodea, gritando y llorando; están alborotados imaginando la cópula de la primera noche, tiran arroz sobre sus cabezas. Abrazos y besos para satisfacer al público. Una lágrima de la novia, el ramo lo tirará durante la fiesta.

¡Ay, pipita! Tengo un dolor de cabeza asesino. Y ¡qué calor hace en este carro! Es la goma que te andas, amor. Qué hartada de champaña con cerveza y ron la que nos dimos, más los hongos, qué clase de intoxicada. Crees que aguantemos la fiesta. Lo dudo. Ya me imagino la cara de mi suegra buscando la botella que robó y que dejó escondida. Vos, cómo hiciste para despertarte. Mira: el cielo Van Gogh. Está lindo. Me acabo de despertar. A las tres y media me desperté, en media hora me vestí, creí que me ibas a dejar como la novia de Tola. Yo creí que vos te ibas a dormir. Es increíble. ¿Vos arreglada en media hora, lista para casarte? Es que no me puse medias, ni fustán, ni calzón, todo se me olvidó, hasta se me olvidó echarme desodorante. Mejor así, te agarro en tu jugo. ¿Te bañaste? ¡Claro! Vos sos un grotesco. Sabes que tenía todo el pelo untado de mierda de vaca, y creo que fuiste vos que me llenaste. Dé vuelta a la derecha en la próxima esquina señor, por favor. Meté la mano debajo de mi vestido, constatando lo que te dije. No llevo ropa interior. ¡Deja! Que no ves que el chofer ya se dio cuenta. ¿Por qué giramos para acá? Vamos para la casa. ¿Y la fiesta? Me vale. Estoy de goma. Yo también. Y estoy cansada. Yo también. También estoy deprimida. Yo también. ¿Y decime, pipe, a vos también te está bajando la regla?.

## elioconda cardoza

(San Isidro, Matagalpa junio 1945)

Educadora Licenciada en Biología y Ciencias Naturales. Como escritora crea su propio lenguaje con propiedad gracia especial, dejando siempre un grato ambiente de frescura. Siempre resalta el paisaje y ambiente nicaragüenses. Busca en sus escritos juntar las situaciones suceden que se dan en momentos amorosos con una naturalidad ejemplar.

Su presentación en la narrativa literaria la realiza con la colección "Cuentos de Retazos de Amor y de Tiempo (Obra premiada en el Concurso de narrativa María Teresa Sánchez 2002 convocado por ANIDE), en el cual maneja el lenguaje con suma habilidad, y demostrando un dominio del escenario paisajístico nicaragüense, tanto como de personajes. Lugares, comidas y elementos propios de los senderos de Centroamérica.

### El Rosario de las cuatro

A las cuatro de la tarde en punto, la viejecita ponía la Radio Católica para rezar el rosario, sentada en su sillón "Abuelita". Doña Máxima, esta viejecita, era la mamá de la Niña Soledad, una noble y encantadora señora de Ocotal, Nueva Segovia. Ella se estableció en Managua desde hacía muchos años en una gran casa antigua, situada de la Basílica de San Antonio media cuadra al lago, enfrente de una familia Caldera. En esta casa se hospedaban empleados, estudiantes nortños y familiares de Niña Chola que trabajan o estudiaban en la capital.

Allí todo mundo vivía como en una gran familia, contando con el carácter afable de la dueña y algunos inconvenientes del Rosario de las cuatro, para los más jóvenes, que a esa hora querían escuchar música.

Uno de los huéspedes era Ramoncito, un joven oficinista de origen salvadoreño. Las muchachas huéspedes le llamaban "Mi querido viejo" porque en ese tiempo (1972) estaba de moda esa canción y él tenía modales de adulto mayor. También vivía Julián, el español. Los compañeros de habitación aseguraban que poco se bañaba, a pesar de que al salir del cuarto dejaba una oleada de colonia Old Spice cuando salía a dar sus clases al Instituto Pedagógico de Managua.

Otro huésped era Eugenio, un joven estudiante de leyes de la UCA. El se creía de rancio abolengo por tener un conocido apellido de Granada, aunque vivía en una ciudad del norte. Durante el desayuno sólo hablaba de política y aseguraba que llegaría a ser diputado del partido conservador.

Aydita era una joven muy hermosa, era la más guapa muchacha de las que vivían allí. Tenía poco de vivir en la casa porque procedía de Somoto y solamente llegaba a hacer los Cursos de Profesionalización que se impartían a los maestros, en la Escuela de Ciencias de la Educación, para la temporada de vacaciones de Noviembre a Enero. Ella era maestra de educación primaria.

Niña Cholita no hospedaba a cualquiera. Ella llegó allí por recomendación de una sobrina que en ese año salió electa Miss Nicaragua, porque, eso sí, Aydita se codeaba sólo con gente "bien". Cuando salía de clases, ya tenía muchos compromisos para salir a bailar a diferentes lugares de Managua con diferentes amigos.

Cuando Aydita salía, al día siguiente, en el desayuno, los huéspedes jóvenes le preguntaban sobre sus salidas nocturnas. Ella les platicaba y presumía de visitar lugares como La Vista del Intercontinental, la boite del Gran Hotel y el Club Versailles. Los muchachos le recomendaron un día que no hablara mucho sobre eso porque si Niña Chola sabía no la volvería a hospedar. Ella se reía y les decía que no pensaran mal de ella y que sólo la animaba el deseo de divertirse, ya que

el resto del año ella lo pasaba muy aburrida en Somoto. Además, antes de Navidad, solamente pensaba ir a la despedida de unos jugadores de béisbol del Campeonato Mundial que se realizaba en esos días.

Para el 20 de Diciembre en la Casa de Huéspedes de San Antonio, la mayoría, empezó a viajar a los departamentos a pasar sus vacaciones de Navidad y Año Nuevo. Aydita no quiso viajar y pensó irse en la mañana del 23, porque tenía algunos compromisos.

La noche del 22 de Diciembre de 1972, la capital Managua brillaba con las luces navideñas. Aydita disfrutaba las vísperas de Navidad en el club Plaza del Parque Central. Sucedió el terremoto a la media noche y ella quedó entre las víctimas porque de allí nadie pudo salir. Una loza enorme aplastó a las personas que allí se divertían.

La Casa de Huéspedes de San Antonio quedó convertida en escombros y polvo.

Algunos días después, pasada la Navidad, muchos huéspedes del Norte regresaron al lugar. Derramaron muchas lágrimas al igual que los managuas.

Sólo quedaban escombros y más escombros. Desolación.

Allí hacía mucha falta el Rosario de las Cuatro.

## Clonación

En el Laboratorio de Genética está el Profesor Jara con el Doctor Winter. Este con su habitual acuciosidad científica observa algo.

—¿Cree usted Doctor, que tuvieron que ver algo las mariposas para que resultara este monstruo? Preguntó preocupado el Profesor Jara.

—Jamás creí —continuó consternado el Profesor— que iba a ser progenitor de un monstruo con alas de mariposa.

En efecto, acercándose más a la gran urna de cristal donde estaba la criatura, se observaba una enorme criatura humana con alas de mariposa. Ya el Doctor le miraba todas las características de un artrópodo y pensaba en la forma de conservarla viva para que vinieran otros científicos de clonación a estudiarla. Sacó unos lentes de colores y los puso delante de la criatura y ésta aleteó muy fuerte

—¡Su sentido de la vista es humano! —exclamó el Doctor Winter.

Mientras tanto, el Profesor ordena sus notas y reflexiona en que cómo pudo ocurrir este gran desastre genético que lo pondrá en la picota de la curiosidad y la malicia humanas.

—Pensarán que he hecho un experimento de clonación humana con mi propio hijo —se lamentó desolado, el Profesor Jara.

Empiezan a llegar periodistas que se acercan con sus cámaras fotográficas a la urna de cristal, deseosos de tener la mejor fotografía para sus diarios. El Ayudante del Profesor sale al paso y anuncia: — Señores Periodistas, hagan el favor de pasar a la sala contigua, el Profesor Jara dará una conferencia de prensa.

Los periodistas salen del Laboratorio de Genética y entran en la sala de conferencias. El Profesor acompañado del Doctor Winter les saluda y les advierte que habrá preguntas al final de su intervención:

—Señores, todo sucedió hace algunos meses. No podía terminar mi libro *Lepidópteros de América*, sin incluir la "*Mesomenia cesus*", una especie de mariposas que existe en Guyanas. Es un ejemplar raro en sus colores y comportamiento, además de tener gran tamaño.

Estuve a las orillas de un pantano verdusco. Recogí muchos especímenes y al final tuve que pedirle ayuda a mi esposa, que estaba embarazada, para poder llevarlas en varias cajas.

Mi esposa continuó acompañándome en mis giras de trabajo.

Ya mi gira tocaba a su fin. Sin embargo, mi esposa empezó a preocuparme. Estaba coleccionando unas mariposas raras y con las más bonitas adornaba sus vestidos. Al principio pensé que eran excentricidades de embarazada. Pero el colmo llegó cuando la encontré una tarde sentada en una mecedora, a la sombra de los corpulentos bambúes de la posada, con un semblante muy raro. Tenía un vaso en la mano con una bebida de color amarillo. Pensé que era cerveza. Me acerqué sin prisa y le pregunté qué tomaba, me dijo:

—Tomo agua de mariposas —reaccioné asustado y dispuse internarla en el Hospital.

Desde allí, salimos después hacia el aeropuerto y volamos hacia Londres. Allí mi esposa dio a luz lo que ustedes vieron en la urna de cristal.

Se escuchó un murmullo de los periodistas, alguien se levantó y dijo:

—No soporto a un farsante. Esa es clonación humana.

Otro periodista se levantó y dirigiéndose al Doctor Winter, le dijo que prefería que él contestara de la manera más objetiva sobre lo que estaba pasando y si estaban ante un caso de clonación humana.

—De ninguna manera —dijo pausadamente el doctor Winter— lo que ha pasado es un hecho sobrenatural. Probablemente ustedes se asombren de ver una criatura semejante porque se sale del límite de nuestro mundo. Tenemos muy bien marcadas las fronteras entre lo humano y lo irracional, lo real y lo fantástico. Pero a decir verdad, los científicos sabemos que estas fronteras son tenues.

Estamos asustados ante la visión de ese pequeño monstruo. Cuando despierte y mire lo que le rodea se asombrará tanto como nosotros y va a tratar de huir. Sin embargo ha sido parte de nuestro mundo real por unas horas. Digo esto porque esa criatura no sobrevivirá.

Terminadas estas palabras, irrumpió en la sala de conferencias el Ayudante de laboratorio.

—Vengan todos, por favor, el animal está asustado.

Todos corrieron hacia el laboratorio contiguo. Cuando llegaron frente a la urna, la mariposa aleteaba violentamente contra las paredes de cristal. Aleteó más fuerte como en una convulsión y luego quedó inerte. El Doctor se acercó y dijo: —Ha muerto.

\* \* \*

En su casa, la esposa del Profesor despertó asustada. Sintió que el niño saltaba en su vientre y una gran punzada en la cintura le hizo exclamar: — ¡Ay! El esposo despertó y se dio cuenta de que era hora de llevar a su esposa al hospital. Ya venía su primer hijo.

Menos mal que ella lo despertó, con su malestar, porque en su sueño, él ya no aguantaba a los periodistas.

## Con las momias de Guanajuato

Tía Elisa llegó al aeropuerto de Managua para tomar su vuelo a México. Estaba comenzando la revolución en Nicaragua y todo era entusiasmo.

Ella se animó a viajar para pasar la Navidad con su sobrino Ernesto. Era la primera persona con posibilidades de verlo después de tres años de ausencia. Se había ido a fines del 78 después que la Guardia dispersó a balazos una manifestación en León, donde él estudiaba, en la UNAN.

Ahora andaba en aventuras literarias, porque devino en poeta. Trabajaba, estudiaba y vivía en Guanajuato. Además ya estaba casado y tenía un niño recién nacido.

Al llegar a la agencia de viajes, en el mismo aeropuerto, le dijeron que no aparecía su reservación y que solamente podría viajar dos días después. Ella sentía pánico de viajar en días muy cercanos a la Navidad porque había oído de muchos contratiempos ocasionados a otras personas. Sin embargo, al no haber alternativa, regresó dos días después y tomó el avión.

Al llegar al aeropuerto de México, siendo las dos de la tarde, parecía la media noche.

—Lástima, — se lamentó Tía Elisa.

Qué bella avenida la que divisó del avión, pero la ciudad estaba llena de "smog".

Como era de esperarse, sumado a los contratiempos, Ernesto no estaba en la terminal aérea. Tía Elisa respiró fuerte y después de los chequeos migratorios de rigor, se dirigió a la calle con sus maletas. Con mucha calma abrió su bolso y buscó su libreta de direcciones:

—¡Dios Mío!

Tía Elisa se percató de que la bendita libreta no estaba. Buscó y buscó, cada vez menos calmada y se dio cuenta de que efectivamente no estaba. De lo que estaba segura era de que no tenía la menor idea de la dirección de su sobrino y lo único que sabía de Guanajuato era que allí estaba el museo de las momias. Gracias a Dios ella tenía arranques de buen humor, heredado de su abuela Matías y decidió que ella llegaría de cualquier modo.

Tomó un taxi y le pidió al chofer que la llevara directo a la terminal de buses a Guanajuato. Casi a las cinco de la tarde Tía Elisa tomó un expreso y entre dormida y despierta, casi a las diez de la noche entraba en la ciudad. Una señora, compañera de asiento le dio información sobre un hospedaje económico y seguro. Con toda comodidad ella llegó a ese hotel y allí durmió tranquila.

Muy temprano, Tía Elisa, se vistió, desayunó y lo primero que se le ocurrió fue ir a conocer el Museo de las Momias. Se dirigió allá y comenzó a verlas una por una. De pronto las vio muy horribles porque, muy a su pesar, estaba preocupada y decidió salir a tomar aire. Se sentó en un lugar y abrió una cremallera del bolso que cambió esa mañana. Allí estaba un papelito que no había visto antes. Lo extendió y leyó:

—Familia Lorenzini C. Guanajuato. Apartado Postal 506.

¡Dios Mío! Estos son los suegros de Ernesto y allí vive él con ellos.

En efecto, Ernesto, por el momento, estaba viviendo donde sus suegros, pero no le había contado más detalles a su tía.

—Lo que me queda aquí, es ir al correo y pedir esta dirección — Esta fue la idea de Tía Elisa.

Tomó un taxi y llegó al Correo. Se encaminó a los casilleros y allí apareció el 506. Ella suspiró aliviada y se encaminó a la oficina del encargado. Tras algún rato de gestión, el hombre sugirió una propina por ser tiempo de Navidad. Tras amarrar el negocio, el hombre apuntó la dirección y la Tía Elisa leyó:

—Rancho El Espinera, sur-oeste, final de calzada de Las Carmelitas. Señor B. Lorenzini.

¡Señor Mío! —se lamentó Tía Elisa— esta dirección es incompleta, pero con la ayuda de las momias, porque son ellas las que me ayudan, no hay duda, terminaré de llegar.

Ese día ya era 24 de diciembre, pasado el medio día. Tía Elisa, tomó nuevamente un taxi, pasó a recoger sus maletas al hotel y se encaminó a la dirección apuntada. Al salir de la calzada, la carretera era de tierra y empezaron a adivinar dónde sería el Rancho El Espinero.

Pasaron por una pequeña estación de tren, una larga cerca de nopales y más adelante encontraron a dos campesinos con un burrito, a quienes les preguntaron sobre la dirección buscada.

—Órale, señito, por allí cerca es.

Siguió avanzando el taxi y por fin llegaron a una casona de dos plantas, de paredes blancas y con un jardín al frente. Allí cerca no había otra y sólo se divisaban, por ambos lados, grandes campos de alfalfa. La Tía Elisa pidió al chofer que se detuviera y bajó del taxi. Un niño que jugaba con un abuelo, muy anciano, en el pequeño jardín, la vio y muy alegre exclamó:

¡Mira Nono! Esa es la Tía Elisa de Ernesto, la que vimos en la foto.

El viejecito era el abuelo italiano, Lorenzini que entornó sus pequeños ojos azules y agitó sus manos, saludando a la recién llegada. Tía Elisa se despidió del taxista y en unos instantes más se abrazaba con Ernesto, en el Rancho El Espinero, y conocía a una familia mexicana ese día de Navidad.

## El Secreto

En el corredor de la casa la gente hablaba, algunas personas se entretenían jugando a las cartas y la luz opaca de la luna disimulaba el acercamiento de las parejas de enamorados.

Adentro, en un extremo de la sala grande estaba Plácido acostado en su cama de cuero. El muchacho tenía unos diecinueve años y estaba gravemente enfermo. Tenía tres días sin habla. Su madre y algunas personas cercanas a la familia se acercaban y le ponían el dorso de la mano junto a la nariz para cerciorarse de que aún era de esta vida.

Plácido era un joven de porte muy varonil y cara agraciada. Pero sobre todo sobresalía por sus modales atentos, casi elegantes, para ser un joven criado en el campo, entre arrieros de ganado y mozos de hacienda.

En la pequeña finquita de sus padres era feliz. Trabajando en el campo, arriando las vacas en su caballo brioso, regalo de su padrino Benito, el más rico hacendado de esa comarca. Además tenía una novia que lo traía muy enamorado y otras amigas, por allí.

En días previos a su enfermedad, Plácido se encontró con su padrino Benito y como siempre ambos se saludaron con mucho cariño.

—¡Hola ahijado! desde hace varios días deseaba encontrármelo por estos caminos, para hablarle —y continuó el hombre—. Parece que las hembras me lo entretienen mucho a usted, amigo —sentenció con tono divertido el hacendado.

Don Benito era un hombre muy jovial, educado en la ciudad, enamorado del campo y de las mujeres, aprovechando su situación de patrón.

El muchacho se puso muy colorado, detuvo su cabalgadura y le dijo —¡Ah Padrino! a usted sí, me han dicho, que lo entretuvieron muchas.....yo, apenas tengo una novia.

Don Benito se puso serio de pronto.

—Hijo —habló en tono bajo el hacendado—. Hay algo que quería decirte desde hace tiempo, porque me da mucho sentimiento cuando te veo.

Plácido comenzó a sentirse intrigado por la actitud y las palabras del hombre. Don Benito continuó, no sin percatarse del interés del muchacho: —Es, muchacho, que yo soy tu verdadero padre.

—¿Qué dice? —exclamó casi a gritos Plácido—. Mi padre murió antes que yo naciera y yo no quiero saber nada de usted.

Dicho esto hincó a su caballo con las espuelas hasta sacarle la sangre. Este corrió por en medio del potrero y así llegó muy rápido al portal de la finca.

El muchacho se bajó del caballo y pasó directo a su pequeño cuarto en el bajareque de la casa. Se dejó caer en la cama y su cabeza le daba vueltas, se sentía mareado y no coordinaba bien sus ideas. Creyó que se estaba volviendo loco. Pero al rato escuchó la voz de doña Dolores, su mamá. La señora lo llamó varias veces y al no recibir respuesta se acercó y lo vio inmóvil y con mucha fiebre.

Es que veinte años atrás, el hacendado don Benito, un día invitó a un paseo por su finca a doña Dolores, en ausencia de su marido. En ese tiempo ella era una de las más hermosas mujeres de esa comarca. Años después, con el consentimiento de su marido, aceptó que don Benito fuera el padrino de confirmación, del muchacho.

Tres días tenía Plácido de estar grave. Lo sacaron a la sala para estar más pendientes de él y empezó a llegar a "velarlo" mucha gente del lugar.

Todas las noches llegó María del Pilar, su novia. Era una joven morena de hermosas trenzas negras adornadas con racimos de reseda.

La tercera noche se arrimó y de repente observó que el enfermo abrió los ojos y le habló: — María, quiero casarme con vos mañana.

La muchacha en vez de contestarle salió corriendo al corredor para decir:

—¡Vengan todos, corran, que Plácido ya está bueno y me ha pedido matrimonio!

Cecilia Ruiz de Ríos

(Managua, 1960)

Narradora, historiadora, periodista, profesora de idiomas. Su cuento "Buscando a Darío", se colocó en el Sexto lugar entre 5,000 cuentos de horror del certamen "Jorge Kowalski", 2005-2006.

Publicaciones: Súcubo (13 cuentos de terror), 1993; Suplementos didácticos de historia, 2000-2001; Reinas Célebres, 2004.

KARIM ALDANA

*"Cuidado con lo que soñamos. Lo peor que nos puede  
suceder es que se cumplan nuestros sueños."*

*Bayaceto I Yidirim*

*(Sultán del Imperio Otomano)*

Karim Aldana, cuando estuvo en clase de religión durante su secundaria en uno de los mejores colegios de Managua, casi se reía a mandíbula batiente cuando el Padre Ernesto los hizo leer aquella parte del viejo testamento donde se habla del envidiado José, quien sabía interpretar sueños tan bien que el faraón de Egipto lo engrandeció tras haber llegado a la tierra del Nilo con una mano adelante y otra atrás. *Lo que mejor hubiera hecho el tal José vendido por sus hermanos celosos era ponerse una cintita roja al cuello para evitar el mal de ojo*, afirmaba Karim

*Aldana, a como yo hago con mi gato de ancora que tengo ahora y que es la sensación de la cuadra donde vivo ahora que soy adulto.*

Por esa costumbre de hacer burla de todo y no creer en nada es que no daría importancia al sueño que tuvo una noche cuando le costó conciliar el sueño. Craso error había sido ése.

Karim Aldana a sus 29 años estaba donde cualquier profesional hubiera soñado. En medio del caos económico de Nicaragua, trabajaba para un organismo no gubernamental que juraba hasta con los dedos de los pies que velaba por los niños en situaciones de riesgo, y Karim Aldana ganaba un montón de dólares haciendo supuestamente el bien pero mirando a quien. Estaba soltero (*impescable* como sábalo, se regodeaba ante el espejo en pose de John Travolta cuando este actor aún no era la trompuda pelota de sebo que es hoy en día), tenía cejas y ojos árabes y la preciada virtud de comer en proporciones pantagruélicas sin aumentar un kilo que estropear su perfecta talla 28 de pantalón. Pero de vez en cuando se estresaba. Eso le sucedió una noche de mediados de octubre mientras la lluvia caía como una gruesa y cálida sábana de agua. Estaba muy cansado, pero no lograba dormir. Quizás era la emoción de haber pagado a precio de guate mojado por un bello Mercedes Benz del año 65, al cual refaccionó completamente y lo pintó de fucsia. Cuando dieron las doce de la noche, estaba seguro que si no bebía una deliciosa y humeante taza de leche con azúcar y un poquito de *armagnac*, no iba a dormirse. Este sabroso remedio tardó en surtir efecto, pero hacia las 3 de la mañana, Karim Aldana por fin pudo conciliar el ansiado sueño. Pero no roncó en paz por mucho rato. Tuvo el sueño que habría de marcar su vida, por breve que ésta estaba destinada a ser.

En el sueño, Karim se vio a sí mismo conduciendo su centelleante Mercedes Benz fucsia. Iba por la carretera sur, y se vio pasando el 7 sur, hacia el empalme de la carretera vieja a León. Poco después se visualizó manejando por la carretera sur, atisbo apenas hacia el valle de Ticomo y por un momento lo miró azulado, como si estuviera lleno de agua. Se frotó los ojos en el sueño, y se dijo que estaba loco. Sin embargo fue subiendo por la carretera, pasando por la Colonia Becklin, luego la entrada al INCAE y ascendiendo más y más. Una suave neblina parecía envolver el lujoso auto en el cual él iba. Al llegar al km. 20 de la carretera visualizó la quinta Angélica. Rezaba la leyenda popular que en esa granja, años atrás, se había cometido un crimen pasional

y un enloquecido padre de familia había exterminado violentamente a su esposa e hijos, dejando la sangre de los mismos en las paredes de la residencia. La gente afirmaba que ahí salían los fantasmas de los miembros de la desdichada familia, y que en una ocasión cuando una unidad de comunicadores del ejército sandinista en medio de los años 80 estuvo ahí, los soldados duraron pocos días pues salieron huyendo espantados, confirmando que no toda propiedad confiscada era deliciosa. Lo que Karim Aldana vio raro en el sueño es que apenas finalizaba la cerca demarcatoria de la supuesta casa embrujada, había un camino, una especie de carretera angosta, muy bien pavimentada, de por sí un milagro en un país donde aún las carreteras principales tienen más cráteres que la luna.

En el sueño, Karim Aldana se sintió sorprendido de encontrar este caminito como novedad. La bruma estaba densa, hacía frío, pero decidió entrar al caminito. Fue recorriendo lentamente porque a pesar de las luces halógenas del auto, la niebla era tan espesa que temió chocar con algo. Era extraño, pues conforme bajaba por el camino hacia una especie de verde cañón repleto de vegetación, no vio gente, ni animales, ni granjas o casas. A pesar de que era media mañana, no había canto de pájaros ni nada. Un silencio total. Karim Aldana prendió el lector de disco compacto y el concierto en do menor para flauta y orquesta de Antonio Vivaldi invadió el interior del auto. Karim Aldana continuó conduciendo cuidadosamente hasta que llegó al final del camino. Al fondo, a mano izquierda, miró una laguna mediana, redonda, cuyas aguas eran intensamente azules. Karim Aldana se sorprendió de encontrar agua ahí. No recordaba que nadie le hubiera mencionado, ni en clases de geografía, que esa laguna existiera en camino a El Crucero. El paisaje era bello a pesar de la neblina, la cual era menos densa acá que a la entrada de la carretera, Karim Aldana se desperezó, apagó el motor del Mercedes y se salió del mismo. Se quitó el calzado y los calcetines, se arremangó los jeans hasta la rodilla y una extraña fuerza pareció atraerlo hacia las aguas azuladas que lucían tan frescas y tentadoras. Karim Aldana caminó lentamente hacia la orilla y sonrió al sentir que el agua estaba tibia. ¿Sería alguna laguna volcánica, o algo como las aguas termales de Tipitapa? El hombre se sintió maravillado ante tanta belleza del paisaje mientras seguía adentrándose en las aguas de la laguna. Estaba extasiado, tanto que no miró hacia sus pies y una garra gélida surgió del agua tibia, atrapó su tobillo izquierdo y el dolor se apoderó de él. En ese momento acabó el sueño y Karim Aldana se despertó sobresaltado, dando gritos y al darse vuelta casi aplasta a su durmiente gato de angora con el collarcito rojo al cuello.

El corazón parecía estar buscando salida por su boca, tenía la piel cetrina eriza y estaba temblando. El sueño había sido tan real. Ya eran las 5 de la mañana, no tenía caso tratar de dormirse de nuevo. Siempre llegaba temprano al trabajo. Además, temía que esa cosa de la garra gélida lo estuviera esperando más allá de sus párpados árabes, lista para matarlo. Se fue a la cocina, proporcionó dos huevos crudos con crema al gato —quien no habiendo sido el que tuvo pesadilla mostró gran apetito —y se enrumbó al baño. Hoy no habría baño de inmersión en la tina, se parecía demasiado a meterse en la maldita laguna de su pesadilla. Abrió el chorro de la ducha, titubeó por unos segundos antes de entrar en contacto con el agua recalentada, pero al fin comentó a bañarse. Toda la calidez del agua y el perfume agradable del jabón *Irish Spring* se le fue al carajo a Karim Aldana cuando se enjabonó el tobillo izquierdo. Ahí había la marca amoratada como de una garra de reptil, como si de verdad hubo algo que lo quiso atrapar en su sueño y llevárselo hasta el fondo de la laguna y la inexistencia. Comenzó a dar gritos como loco. No se percató que llamaba a Ingrid, *su* Ingrid, a quien él había mandado a abortar alegando que la barriga no era suya. Ingrid, quien había esperado casarse con él tomando por garantizado que si vivían bajo el mismo techo y venía un hijo en camino, lo más natural y lógico era una boda aunque fuera en un orden cronológico disparatado. Ingrid, quien se había muerto desangrada cuando a los 4 meses y medio, el mismo obstetra que se negó a atenderla por vía del seguro social, la llevó a un cuchitril en un barrio donde hasta los gatos andaban con bazooka desde las tres de la tarde, y ahí procedió a descuartizarla sin merced, todo por 1,500 dólares pagados por adelantado (claro, los muertos no pagan y cayendo el muerto, soltando el llanto). ¿Por qué la llamaba ahora? Ingrid ya tenía meses de muerta, él vio el cadáver, vio cómo quedó... Nunca lo olvidaría. Ingrid muerta parecía haberse reducido de tamaño, era un triste trozo de carne pálida y mutilada, sus manos largas como patas de tortuga, o de un *tyranosaurus rex* infantil.

Karim Aldana salió de la ducha, se envolvió en una mullida toalla y antes de vestirse procuró calmarse. Examinó detenidamente la huella en su tobillo. Era como una garra de un saurio, 4 dedos que se delineaban morados. Debajo había hematomas. Se puso unos calcetines que le quedaban flojos, luego se terminó de vestir y no desayunó. El gato de angora lo quedó viendo perplejo, como queriendo saber qué le pasaba a su socio, quien normalmente devoraba un copioso desayuno. Karim Aldana pudo haber olvidado el regusto a miedo, la sensación de estar

perdido, la angustia azulada de la pesadilla. El medico a quien visitó para que le examinara el tobillo izquierdo le afirmó que lo más probable era que él mismo se hubiera hecho daño al enredar el pie en una sábana retorcida. Muchos, conforme se contorsionan en medio de una pesadilla logran hacerse moretones, rasguños y hasta morderse la lengua. Conforme iban pasando los días, se decía a sí mismo que ya estaba un poco adulto como para creer de veras en los sueños, que para la Biblia, que era una obra maestra de ficción llena de adulterios, guerras e intrigas, el asunto de hacer fortuna adivinando sueños estaba bueno para José, pero no para él. Si el analizar sueños hubiera sido fuente de ingresos, ya Karim Aldana hubiera dejado su lucrativo puesto en el organismo no gubernamental y hubiera abierto un caramanchel para adivinarle las pesadillas y hasta los pedos a medio mundo. Se dijo a sí mismo que era absurdo estar llamando a una muerta, que él no tenía vela en ese entierro y lo más probable era que Ingrid no hubiera estado grávida debido a él. Al fin y al cabo la había conocido estando casada con otro, y no había garantía que el embrión que fue descartado hubiera sido suyo. *Estaba loca, ¿cómo iba a pagar por lo que había conseguido gratis? Tomarse el agua que él mismo había ensuciado, ivaya que no! Eso lo harían políticos asesinos por razones de imagen, y hasta en catedrales, pero él no. Incluso, la curiosidad había sido tan grande que se había dedicado una tarde entera a escudriñar mapas de Nicaragua en ninguno aparecía la laguna de su pesadilla,* se dijo Karim Aldana para apaciguarse los miedos.

Trece contaditos días después del sueño con la laguna inexistente, Bernard Pollock, su jefe, asignó a Karim Aldana la tarea de visitar las filiales del organismo y le dijo que priorizara la de Jinotepe. Parecía tener prisa en que Karim Aldana citara a reunión a los que laboraban en la filial de Jinotepe. Karim Aldana montó en su flamante Mercedes Benz fucsia e inició su viaje hacia las 9 de la mañana del 2 de noviembre. Se enrumbó por la carretera sur, echó gasolina en una estación ubicada después del Valle de Ticomó, y colocó un CD de Vivaldi en el lector de discos del auto. Cuando llegó al km. 20 de la carretera sur divisó la quinta Angélica y se dijo que iba a comprobar que todo había sido un sueño pues no encontraría el camino por el cual descendió en su sueño. Pero al terminar la cerca de la legendaria casa abandonada, el corazón de Karim Aldana ejecutó un salto mortal en su velludo pecho. Allí estaba el camino, a mano izquierda de la carretera. Nítidamente pavimentado, se podía apreciar que era recientemente abierto. Karim Aldana tuvo ganas de apretar el pie contra el acelerador, pero el auto se le apagó súbitamente.

Cuando pudo arrancar de nuevo, el volante parecía tener voluntad propia y Karim Aldana se encontró a sí mismo girando hacia la izquierda lentamente. Una sábana de neblina estaba descendiendo hacia su alrededor, y conforme iba bajando por el camino, se percató que no había gente, ni casas, ni granjas ni animales. Un silencio total parecía querer apagar la música de Vivaldi que se escuchaba dentro del carro. Karim Aldana no podía controlar su curiosidad, y aunque sabía que todo estaba igualito a su sueño, no lograba hacer que el retroceso entrara en función. Iba manejando a través de la neblina. *No puede ser. No habrá laguna al fondo, iesa laguna no existe!* Se dijo. *Quizás estoy soñando y no me doy cuenta que voy manejando domado, Pero no hay laguna. No sale en ningún mapa.*

Pero pocos segundos después que se repitió esa frase a sí mismo como mantra protectora, Karim Aldana pudo ver que la neblina era menos densa, y hacía la izquierda, donde acababa el caminito, estaba la laguna con aguas azuladas, y rodeada de densa vegetación intensamente verde. Era un paisaje bellissimo, y Karim Aldana no se pudo contener. Igual que en el sueño, se quitó calzado y calcetines, se enrolló los jeans hacia arriba de la rodilla y mientras el corazón le latía como si fuera a salirse de su pecho, entró a la laguna. *Estaba como hipnotizado, no tenía voluntad propia. Esto es como cuando en la Edad Media le decían que los brujos te sentaban un sapo negro encima de tu voluntad para, luego hacer de uno lo que ellos deseaban, pero me está pasando a mí.* Pudo ver que las aguas tibias y azuladas cambiaban súbitamente hacia una temperatura fría y el color se tornaba rojo, como si el agua se convirtiera en sangre o borgoña. Antes de perder el conocimiento, sintió la garra gélida y fuerte rodeando su tobillo izquierdo. Nadie jamás supo nada más del joven abogado Karim Aldana. El delegado del organismo no gubernamental lo quedó esperando en Jinotepe, y reportó a su jefe que Karim Aldana era tamaño irresponsable. El gato de angora con la cintita roja de collar desapareció de la casa de Karim Aldana y aunque sus padres lo buscaron, no pudieron dar con él.

Una tarde, un campesino de las inmediaciones de la quinta Angélica se preguntó cómo eran de raros los ricos que dejaban un carro tan lujoso tirado a la mitad de la carretera. El campesino, tras inspeccionar el auto para ver si había algo valioso adentro que le pudiera beneficiar y encontrar al gato de angora maullando en el asiento trasero, hizo que su patrón llamara a la policía para reportar la ubicación del auto. El gato de angora, sin embargo lo conservó y lo llevó

a su humilde choza, donde el animal aprendió a comer cuajada y tortilla. La mujer del campesino le tomó cariño al animal también, pero siempre le extrañó que a veces en las noches, el gato se perdía detrás de la quinta Angélica, y volvía con las cebollitas mojadas en algo que parecía sangre.

## La laguna en mi olvido

Para Pachacuti y Vespasiana, mis emperadores gatunos  
fallecidos en diciembre 2005.

La idea de que vos vivís en una laguna dentro de mi cabeza, en la yema azul zafiro de un huevo imaginario cuya clara es turquesa intensa, me vino una noche después de haber soñado que el Valle de Ticomo se había vuelto a llenar hasta colmarse de unas aguas perfumadas, intensamente azules. Recuerdo haber sentido un asomo húmedo de miedo durante el sueño en sí, como si yo iba por una especie de cornisa de tierra muy roja como la sangre del remordimiento, y desde ella atisbaba con miedo a caerme a un intensamente azur ojo de agua redondeado, inquieto, aguas que se movían como en sentido de las manecillas de un reloj preciso. Las aguas estaban vivas, sentían, susurraban algo.

No sé por qué asumí que era el Valle de Ticomo —el cual me explicó en una ocasión Jaime Íncer Barquero que hace tantas lunas había contenido agua y ahora solo era un fértil hoyo granjero— pero algo, no me preguntes qué, me dijo que era el Valle de Ticomo. Ya despierta, de alguna manera compaginé el ojo de agua impresionante de mi sueño con el Ticomo que me sirvió de fondo para mi penúltima sesión fotográfica con Franco Peñalba, y la inquietud se apoderó de mí. Visto desde un helicóptero bélico en mi sueño, el enorme valle repleto de aguas no era solamente una inmensa alberca natural, sino el ojo único de algún dios extraviado, un ojo entre esmeralda y turquesa que se movía viendo angustiada a un cielo furioso.

Ahora viene la pregunta tuya, quizás espetada con exasperación desde tu enorme escritorio de caoba —perfecto talismán del depredador para un ecologista— y te recomiendo no tardes en soltarla: —¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo si tengo siglos de no saber nada de ella?

Pues esto tiene todo y nada que ver. Ni siquiera con tus ojos, pues a veces ni siquiera se notan que son verdes, y me hacen pensar que te hubiera convenido más el haber nacido mujer pues de serlo, hubieras gastado fortunas en rimmel y sombras (de marca notable, porque cuando tenemos el ego frágil nada nos reafirma más que poder vanagloriarnos de Levi's o Benetton o Lancome) para destacarlos y garantizarte en un 300 por ciento que todos los notáramos a un kilómetro de distancia.

Pero si hubieras nacido mujer, Oberon Selim, yo no te estuviera escribiendo este cuento absurdo. Algún psiquiatra extraviado me diría que ese sueño fue un reclamo de mis sentidos a los cuales fallaste estruendosamente hace 21 años, un reproche de mi memoria porque en ella vivís pero no te recuerdo a diario, una amonestación de la conciencia que no debo tener. Por eso tomé el sueño como el eco de una premonición, y busqué montones de lagunas en Internet (donde también busqué referencias tuyas y sólo una borrosa hallé, pero mi ego se relamió viendo que en Google o Yahoo me dedican hasta 7 páginas a mí).

Fijate que hasta pedí unas postales de los baños de Pammukkale allá en Turquía para ver si había alguna coincidencia macabra, pero todo acabó con una visita a Ticomo y el desengavetamiento de las fotos que me tomó mi adorado Franco, el mejor fotógrafo de Nicaragua.

Si he tenido la osadía de revelar que sí existís en mi gigantesco disco duro viviente, ¿qué hago ahora? ¿Me regreso a Asese en el Cocibolca, donde inicialmente ibas con Josías tu alumno de ojos azules, cuando eras un sencillo maestro de gramática que soñaba con ser un segundo Rubén Darío o una versión pinolera de Guillermo de Aquitania? ¿Te acordás que en aquel carro viejo índigo que parecía estufa rodante me llevaste a Asese una tarde de sábado y no tuve mejor tino que subirme en unos viejos cañones españoles? Pero no quiero regresar a Asese, porque para mí ese puerto me trae no solo la música del adagietto de la 8va sinfonía de Gustavo Mahler, tan judío como yo, sino el olor a desodorante barato que Carlos Benjamín Castro Moraga me untó en el interior de mi recién reconstruida muñeca derecha para que no olvidara mi promesa de enseñarle a hablar francés después de bajarme del yate Gustavo Orozco un atardecer de marzo del 1986. Por eso no regreso con vos a Asese, cuando miraste directo al sol rojizo que se

despedía y mencionaste que algún día alguien iba a preguntarme si algunos de los poemas publicados por Oberon Selim Morazán Ortega eran dedicados a mí. He ahí el detalle, nunca publicaste nada, y ya entras en la cincuentena sin una página a tu nombre porque este cuento que estoy redactando lo hago yo, yo, solamente yo de mi pluma fértil aunque vos seas el protagonista infeliz y frustrado y posiblemente alarmado por el qué dirán.

Qué disparate, dirás, una modelito endiosada a la que le sonrió la suerte, fue un puro ramalazo de suerte porque para vos protomacho vos, Family Man sin ser tan trompudo como Nicolás Cage, y que tenes sueños eróticos con George S. Patton —todas las maniqués somos huecas de la sesera y más putas que las gallinas. Cristo bañado en oro —porque ya no sos ateo— dirás, y ahora se atreve a mencionar tantas cosas que debieron haber quedado silentes, en la bolsa transparente de una laguna de olvido. Utiliza una inundación imaginaria del Valle de Ticom, deja caer unos nombres prominentes y así se las arregla para sacarse la rabia de que confundí su traducción de poemas de Chrétien de Troyes y le dije, burro grosero de mí, que mantuviera sus pinitos amorosos lejos de la sospecha de cualquier cosa. Te estoy leyendo la mente, ¿verdad? Tuve siempre ese arte, porque no te amaba con la locura inútil de Josías, quien lloró al graduarse del colegio de internos donde dabas clase, y vos le dijiste que "cada vez que tú lloras lo siento yo en el alma" sin decirle que ese verso no era tuyo, granuja zángano que ni siquiera hablas de tú, sino del inefable Salomón de la Selva. No, ni me agradabas, pero no quiero ser grosera —aunque de hecho sí sos granuja y por eso rodaste tan alto, como dice el incomparable negro Guillen de Cuba— pero leo tu pensamiento, saboreo tu miedo como el Rottweiler que me quitaron, quien sabía hasta cuándo andaba yo con la menstruación y en esos días era más dócil conmigo... Fue por eso que todo salió mal, la visita a Diriamba durante la fiesta de San Sebastián cuando mi enorme traje blanco casi se ve manchado por mi regla adelantada. ¡Hasta mis feromonas te rechazaban! No ayudó tampoco mi observación de que los arbustos a la entrada de la humilde casa de tus padres en la colonia Centroamérica estaban resecos por falta de riego y cuidado; la expresión de que una vez contentas las hormonas te sentías realizado ¿no cabía mejor la palabra enamorado? ¿o ya le pertenecía a Josías, no lo dudo?, ¿tu carcajada involuntariamente sádica al saber que me habían disparado en combate y que posiblemente quedaría desfigurada? ¿Estaban amargas las leche burras donde Prío, o salió una lágrima magenta de un ojo de la

estatua de Máximo Jerez, o es que León se volvió frío, y luego el crepúsculo en Puerto Cabezas de súbito se hizo translúcido como una perla martajada en leche?

El mundo es enano, Oberon Selim, pregúntaselo a los hijos de Josías, quien ya tiene gemelos con el mismo color turquesa en los ojos como él, y por pura casualidad mientras reñíamos mi esposo y yo en el buró de atención —o atropello— al cliente sobre una factura alterada de energía, el duende detector de fantasmas que vive en mi averiada 4ta vértebra lumbar se despertó de su letargo y me dijo que mirara hacia allá, donde un hombre pálido de sonrisa triste y ojos luminosos me seguía con la vista. Josías, 21 años después de conocerlo a través tuyo, me tomó de las manos y me estampó dos besos en la mejilla, a la usanza francesa, Josías, con el mismo anillo de oro de 12 quilates que le regalaste cuando se bachilleró, y el mismo aroma de tierna soledad en los sobacos. Pipe, andas el anillo siempre, le dije como si fuera cómplice de un complot y con un rubor encantador para un hombre casi cuarentón me confesó que ni el anillo ni Oberon Selim le salían, uno del dedo y el otro de la nostalgia. Tuve ganas de preguntarle, corazón, pero ¿qué le viste sí nunca sirvió para mucho? Pero me detuve, porque el amor es ciego aunque tenga ojos de agua o de horizonte prometido. Sería capaz de quitarme la vida en público por él aunque no me lo pidiera, me dijo Josías, y le pregunté si sería algo aparatoso como la muerte de Yukio Mishima con su amante Masakatsu Morita en 1970 a la hora de almuerzo un 25 de noviembre en Tokio. Al instante vislumbré la cama estrecha del internado en Granada, el olor a calcetines sucios y a sudor fresco, el libro de Rubén Darío que leían antes de desbaratar fronteras y las miradas entre tus ojos entreverdes y los de él de un azul tan radiante que parecían zafiros una vez que vos te ibas de vuelta para tu habitación y él se quedaba feliz pero solo borrando las huellas del encuentro furtivo. Ese hombre tiene cara de lontananza, me dijo mi marido cuando salimos con el problema resuelto casi de milagro.

Yo me pregunté si todos los problemas se resolvían.

Quizás casi todos los aprietos se aflojaban, ya que mi entrada a la cuarentena me había traído patas de gallo, tres canas, una rebanada dulce de diabetes y el adiós a los comerciales de prensa escrita, pero la vida me había compensado con el éxito literario y el haber alcanzado un status similar al del Castillo de la Inmaculada Concepción, aunque por supuesto menos mohosa, a nivel

internacional. Una matriarca de mi posición podía darse el lujo de disfrazar disparatados rencores, pastorearlos con elegancia y tener casi garantizada su publicación.

Fue cuando unas semanas después soñé con la inundación del Valle de Ticomo.

Yo hubiera querido resolver mi fijación con las lagunas con algo epistolario, como el recurso magistral de Pierre Choderlos de Laclos en *Las Relaciones Peligrosas*. Quizás en la cuarentena eso aún no esté a mi alcance. Quiero madurar bien como el buen vino, o sea el vino francés, porque los otros son vinagres. ¿Mira cuánto güevo le hiciste para querer ser poeta, y solo una hernia de frustración pudiste producir, dándote cuenta que la métrica y el ritmo, la rima y el alejandrino no se transmiten en la cama como el SIDA o el herpes? A tus cincuenta y pico que negás después de que te hicieron una ritidectomía que te dejó estirados los ojos como de coreano, seguís siendo vinagre, Oberon Selim? O ¿seguís siendo el intoxicante Sabra israelí para los sentidos de Josías, quien dice que una vez quiso verte y le cerraron el paso? No quiero agobiarte con preguntas, ni que me tengas miedo. La que ahora tiene miedo soy yo.

Josías hace poco murió de un infarto súbito, y dicen sus hijos que al caer al piso en las garras del dolor te llamó. Apesadumbrada, quise ir a conocer el Valle de Ticomo, y me fui con un discípulo de confianza a recorrerlo, y no había trazos de la inundación que soñé, nada de la humedad refrescante de un embriagador ojo de agua. Las lagunas estaban solo en mi mente, y en esas aguas de olvido vivís aún vos. Todo hubiera quedado así sin más si no hubiera sido que cuando nos detuvimos a cambiar una llanta ponchada del jeep, a la polvosa orilla del camino, estaba tu cédula de identidad, con un hoyito en la esquina, enganchada en un llavero con una piedra redonda, como un ojo-guijarro del mismo color del agua de mis sueños. Al voltear el llavero, tenía sangre fresca. Lo solté como sí hubiera tomado la cola del diablo que me consta que no existe. Mi pupilo la tomó en sus manos al ver que yo sudaba copiosamente, como tapa de olla de nacatamales.

No pude tocar nuevamente tu documento ni el llavero. Era como que el destino me lanzaba una carnada, y no iba a morderla. Ni hecha cucaracha buscaría cómo verte, y eso que no creo en dioses a los cuales temer, ni kismet de los árabes ni el ridículo sentido de karma del que

chischilean algunos fanáticos mientras se ponen cobijas azafranes y aunque dicen que su dios es de amor llaman comeperros a los que no son de su secta. Como decía Ho Chi Mihn, yo creo que ya tengo el derecho de vivir en paz bien conquistado. Si deseas recuperar tu documento y tu llavero, es con mi pupilo. Yo solo te mandaré un correo electrónico con el teléfono de mi alumno para que busques lo que perdiste. Pero no reclames nada más ni le hagas preguntas. Recordá que vivís en una laguna de mi olvido y este relato es para realizarme un exorcismo liviano, y que el Valle de Ticombo en realidad no se inunde, ni siquiera con tus ojos ni con la sangre de todos aquellos a los que nos has hecho —o intentado hacer— tanto daño.

*24 de diciembre de 2005*

## Milagros Palma

(León, 1949)

Escritora, traductora, antropóloga. Es catedrática en la Universidad de París y Caen. Fundadora de *Indigo e Coté-femmes éditions* y de la revista literaria *Livres ouvertes/ Libros abiertos*. Galardonada con el premio Internacional "José Martí", de la Unesco, París, 1999, por el conjunto de su obra. Reside en Francia.

Novelas: *Bodas de cenizas*, 1992; *Desencanto al amanecer*, 1995; *El pacto*, 1997; *El Obispo*, 1998; *Así es la vida*, 1999; *Un latinoamericano en París*; *El final de una época o la pesadilla de Luis Garcina Roja*, alias Wuicho, 2002.

### La diosa Clitoria y el granito del placer

En el corazón del Amazonas, los dioses crearon a los primeros Mitarunas para que crecieran, se reprodujeran y fueran valientes guerreros.

La vida de esos indios ritmaba al compás de los ciclos de la naturaleza. Ellos creían que todos los individuos eran por naturaleza de sexo masculino y que para fabricar un individuo de sexo femenino era necesario extirpar el germen masculino cuando tardaba en crecer. Así, cuando las

niñas llegaban a la pubertad, se les cortaba el clítoris para que no les creciera como un pene. Esa operación se llevaba a cabo en medio de un ritual que tenía lugar durante las fiestas de Yurupari, en las cuales Tori, el Vergón, venía del cielo a desvirgar a las jóvenes castradas para iniciarlas en el acto reproductor.

Un día Clitoria, que con sus ojos de jaguar veía acercarse los preparativos de la fiesta en donde los hombres se dedicaban a fabricar cuchillos con corazón de palo, decidió fugarse. En el camino escuchó la voz de una mona que la observaba desde lo alto de un árbol frondoso.

—¿Por qué lloras?, le preguntó el animal rascándose la barriga.

—Estoy perdida. Salí huyendo porque no quiero que me corten el granito del placer, dijo la niña que no se resignaba a enterrar para siempre sus juegos infantiles con las aterciopeladas hojas lenguadas de la selva.

—¿Por qué te lo van a cortar?, preguntó la mona extrañada.

—El brujo dice que si el granito del placer no se corta, se vuelve pene al terminar la pubertad.

—Nosotras también tenemos granito del placer y nunca se alarga como el de los machos. Con él nos divertimos, gozamos. Quédate con nosotros. Ya veras que no te he mentido —dijo la mona, mientras los demás la escuchaban columpiándose en las ramas.

Así fue, Clitoria vio como los animales se divertían con los órganos genitales: Unas veces por puro placer o bien obedeciendo al instinto asociado al ciclo reproductivo de tres días al mes. La tribu de Clitoria se extinguió. Los vientres de las mujeres, no dieron abasto con las necesidades de la guerra. La selva borró toda huella de su existencia. Clitoria, creó una nueva tribu de Mituranas en el que el placer femenino era permitido.

Un día, después de esta nueva creación se fue al cielo voceando por toda la selva su lema: "¡Crecer y gozar!"

Desde entonces las indias Mituranas llaman el granito del placer, Clítoris y durante la fiesta Yaripara rinden culto con su goce a la diosa Clitoria.

## MARTINE DREYFUS

(Granada, enero 1950)

Narradora de relatos y novelas, traductora. Estudió en Francia, en España y en Nicaragua. Trabajó como interprete simultánea en la Universidad de Navarra, en el país de Vasco.

Ha publicado tres novelas: *El viaje de la vida*, Hispamer, 1977; *Casi todo paso en Abril*, Madrid Betania, 2000; y *La casa de la Piedra Bocona*, Managua, 2004). Tiene en proceso editorial (2010) su libro, *Cuentos de amor y de muerte* - el cuál será lanzado próximamente en España y Nicaragua.

## SUS OJOS

Caminaba a grandes zancadas por las calles empedradas y oscuras de la vieja ciudad hacia el barrio indígena de Subtiava. Acompañado sólo por el eco de su pasos. La Pastora se lo había puesto como condición. Nunca vengás antes de la media noche. Nadie debe verte. Le advirtió. Sebastián estuvo de acuerdo.

A él tampoco le interesaba ser visto por aquel barrio humilde de las afueras de la ciudad. Mucho esfuerzo le había alcanzado su privilegiada situación. Casi veinte años de penuria y duro trabajo desde que dejó su brumosa tierra, fría y pobre. Ahora que por fin que gozaba de una holgada posición no la iba a echar a perder por murmuraciones y rumores colándose a través de los patios, entrando a los dormitorios hasta deslizarse en los oídos de la rancia sociedad que él

pretendía. No podía permitirse ningún comentario que diese pié a: Sebastián tiene por querida a una india que es medio bruja.

Así que la Pastora le convenía. Tuvo suerte en encontrarla se decía. Pues era hermosa como una diosa morena, esbelta como un junco, prieta y vigorosa como un jaguar. Además lo amaba libre y sin tapujos jugando y cabalgando en él hasta poseerlo como ninguna mujer lo había hecho.

Cerca de la sencilla casa de adobe. Sebastián ululó como un pájaro nocturno. Unos segundos después la puerta se entreabrió. La Pastora lo esperaba sonriente y con los ojos brillantes. Se trezó en su cuerpo sin decir palabra. La Pastora era callada. Sus cuerpos se acoplaban perfectos con el vaivén de la pasión. Ella gemía quedamente. Él casi rugía extenuado. Después, la quietud de la desnudez de sus cuerpos abrazados. Al alba le decía: Ya me voy Pastora. Hasta la próxima. Ella le sonría.

La Pastora tenía mucha tarea. En cuanto se iba Sebastián prendía el fuego y empezaba a amasar las tortillas. Eran las mejores de la ciudad. Todas las tenía encargadas. Antes de las seis de la mañana salía a repartirlas. A las nueve ya estaba de vuelta. Entonces se ocupaba de su viejo abuelo tullido. Le preparaba los ungüentos con los que le frotaba su cuerpo adolorido y las infusiones que le daba a beber para aliviarlo de sus males. La Pastora conocía el secreto de las plantas. Sus pócimas eran famosas en el barrio. En cuanto alguien en el vecindario tenía una calentura o cualquier otro mal allá que se iban a pedirle el brebaje o pomada para curárselo. Todos la respetaban. Aunque era rara. Como todos los indios como ellos; callados y misteriosos.

Muchos años rondó Sebastián a la Pastora. Siempre entrando de noche cerrada y yéndose de madrugada. Él se hacía cada vez más rico. Ella seguía con sus tortillas. Una noche de esas en las que el placer les había hecho creer morir, cuando jadeantes los dos miraban las estrellas Sebastián le dijo: Me voy a casar. La muchacha es joven y dulce.

La Pastora se alegró y quedamente le habló. Sebastián sé feliz con tu mujer. Enséñale a deslizarse por tu cuerpo mientras vos muy suavemente vas buscando y encontrando sus rincones

más dulces. Enséñale a gozar, a ser libre y amarte. No volvás más. Ya no te voy a hacer falta. Y no te preocupes por mí. Yo voy tener el regalo de tus ojos verdes.

Sebastián nunca más volvió. Se casó. Su mujer floreció cada vez más hermosa, abrió cual ave del paraíso a la luz y engendró dos hijos. La Pastora seguía llevándoles las tortillas todas las mañanas, también había tenido una hija, una muchachita linda y esbelta como un junco. Su tez morena y su pelo negro brillaban sol mientras rápida con sus pies de niña corría entregando las tortillas.

En abril los calores parecen ahogar a ciudad. La familia salía para la finca. Se iban a bañar al río. La joven señora y sus hijos alegres como chocoyitos gritando dijeron al ver a la niña de la Pastora: Papá, que venga la hija de la Pastora con nosotros ¡Hace tanto calor! Que venga a al río.

A la niña le chispearon aun más aquellos ojos tan hermosos que tenía. Tanto que su madre no pudo menos que dejarla ir. Les dijo adiós y tranquila se encaminó a su casa donde la esperaba el abuelo. Sin embargo a medida que se alejaba sintió como frío que la envolvía en medio de aquel calor "Es el sudor que al quedarme parada se enfrió", pensó.

En esa época del año el río no baja muy lleno. Así que se fueron a aquellas pozas oscuras y profundas para poder bañarse. Rodeadas por árboles creaban un frescor especial en medio de aquel bochorno. Los niños tan pronto llegaron felices entrando y saliendo del agua pajarillos. Después se agarraron a unas lianas para dejarse caer salpicándolos a todos entre carcajadas.

Nadie supo lo que pasó en medio de aquel alboroto de risas. La niña de la Pastora se tiró pero no apareció. Los hijos de Sebastián gritaron. Su esposa corrió. Los criados asustados lo llamaron. ¡Don Sebastián la niña, la niña! Sin pensarlo se tiró. Sintió un golpe seco en la cabeza. Comprendió que la vida se le iba. En ese instante vio a la niña enredada en aquellas traidoras lianas con los labios morados y sus hermosísimos ojos verdes mirando a los suyos. Entonces se dio cuenta que eran recuerdo que la Pastora le dijo iba a guardar de él. Los sacaron abrazados mirándose fijamente el uno al otro como si acabasen de descubrir algo secreto y oculto.

La noticia corrió por las calles, las plazas, las casas hasta llegar a Subtiava. Nadie se atrevía a decírselo. Pero ella lo supo. Callada fue a buscar a su muchachita. Callada la recordó envuelta en una sábana de hilo. Callada se la trajo. Callados mientras las campanas sonaban a muerto en la Catedral por Sebastián, la Pastora y el abuelo medio tullido arrastraban un pequeño carretón blanco con la niña cubierta de flores hacia el cementerio. Callados volvieron a Subtiava, Callados se quedaron.

Pasaron varios días hasta que alguien se atrevió a golpear la aldaba y saber de ellos. La puerta estaba abierta. No hubo más que empujarla. Al entrar sintieron que toda la casa estaba impregnada por un extraño olor penetrante y dulzón. En el pequeño patio de atrás junto al chilamate estaba el abuelo medio tullido en su buraco. La Pastora sentada en el suelo apoyaba la cabeza en las manos del anciano. Dormían sin vida. Junto a ellos dos jícaras desprendían un extraño olor penetrante y dulzón.

*(Sus ojos, relato inédito  
de su libro Cuentos de amor y muerte)*

## EUNICE SHADE

(Guadalajara, México, 1980)

Es el nombre literario de Eunice Alejandra López Sánchez, nacida en México de padres nicaragüenses. Ha publicado el libro de relatos "El texto perdido" (Editorial Amerrisque, 2007), y el poemario "Escaleras abajo" (Editorial Renacimiento, 2008). Cuento Seleccionado: "No pronuncies mi nombre" (tomado de "El texto perdido").

## No pronuncies mi nombre

*"Cuando sepas que he muerto  
no pronuncies mi nombre".*

*Roque Dalton.*

Mis dedos están obligados a tocar claves para que Isis suene en tu cabeza. Tengo que tocar la partitura de nuestro reencuentro. El primer ensayo se escuchó así: Vengan a rescatarme, hace frío y mis labios se agrietan y balbucean unas palabras de: acabo de llegar, necesito una brújula en Santiago; y ahí estaban, examinando la contextura y el barro de mis gestos. Siento hambre. Echo de menos el frijol de montaña cuando olisqueo el extraño puré de algo. Vaya, no sabía que Suramérica era tan extravagante. Y se me ocurre un verso a lo pobre y apunto: *No dejes que tus labios hallen mis once letras.*

Me lo guardo bajo la lengua mientras contemplo con miedo las preferencias de los extranjeros a mi mundo. Después de todo qué eran once letras para Santiago... Respiro profundo y asumo el absurdo libreto de mi generación.

Diluyo mis ansiedades en el metro y ¡Qué panorama, guevón! ¡Lindo se mueven los chilenos por el metro! Pero no voy al pasillo a conocer chileños, voy a conocer a Isis, sí, a Isis, a eso voy, y ella ya no es chilena, es algo más. Así que sonrío como yo sé hacerlo. Me bajo del tren y esto es el tercer mundo en otoño.

## Ejército 333

Dejo las maletas y la Centroamérica bajo llave. Tengo que concentrarme en Don Santiago. Tengo que contradecir sus clichés y figurarme que no estoy en una canción de Los Prisioneros. Me van a introducir a la Pérgola del Olvido. Pero antes debo leer cuarenta y pico de obras de población esperanza, debo leer una vida clandestina después del setenta y tres.

¿Alcanzas a ver un caos de papeles a mi alrededor? Son las fotocopias de la vida de Isis. Hasta ese momento no he encontrado la aguja del pajar, la tensión, la sonrisa de un fantasma pistola en mano. No he encontrado el templo donde rezarle a la Diosa. Aburrida, sin hierbas mágicas por ningún lado y con edificios por docena, me abrume el vértigo. Se asoman los mapuches y juegan con mis dedos. No existen los mapuches en Santiago pero te adivinan el tiempo los barbudos. Lo que abundan son los peruanos y ellos viven del frío, por eso les compro una bufanda verde-olivo. También una tapadera de nariz porque los árboles, las flores y la tierra odian Santiago. Alerta ambiental: la capital nubla sus ojos con espuma negra. Arde respirar.

Dos enviados de Anubis me cautivan mientras mueven los labios así:

"Bienvenida. Te vamos a presentar a Isis, la Señora de los países del Sur, la Señora de Hebet, la gran Isis". ¿Con velo o sin velo?, me pregunto. "Antes debes esperarnos en Ejército 333. Llévate este manuscrito: *Carta a Roque Dalton*".

¿Miras la banca blanca al final de la calle? Ahí estoy yo con la misiva, dudando de cada una de sus letras. Dudando y dudando hasta enfrentarme con la página destinada: "...*No dejes que tus labios hallen mis once letras*".

Entonces escuché gritos y disparos. Escuché armas de todos los colores, uniformes, escondites, guerrillas, secuestros y muertos, Escuché la voz de Villalobos dando la orden. Escuché a mis amigos interpretar su mejor sinfonía. Escuché mi sonrisa cuando la tierra me recibía con brazos abiertos.

Ahí fue cuando cambió la perspectiva, el tono, el movimiento. Se me erizaron los pelos y la lengua se me puso tiesa. Dejaron de sonar los tambores de feria y la música fúnebre subió de volumen.

Alguien me está jugando una broma pesada. *"No dejes que tus labios hallen mis once letras"*.

Busqué el Internet al tiro, le di clic y ahí estaba el poema completo: "Alta hora de la noche", y no era de Isis, sino de él, que podría ser yo, el *pobrecito poeta que era yo*. Porque hoy hace luna de diez de mayo. Hoy es diez de mayo y mis amigos le dispararon un diez de mayo y corrieron los minutos más largos hasta que los enviados de Anubis sacudieron mi cuerpo aturdido.

"Ella fue tu affaire chileno", escucho sin pisar suelo. ¿Cómo así? "Nada de cómo así, ella fue tu gran amor de por aquí". Y como buen centroamericano agaché la cabeza y dije sí, puede ser. Necesito acorralarme frente a sus ojos.

## Rengo con Salvador

"Es aquí. Vaya usted y toque la puerta. Nosotros vamos detrás", me indicaron.

Y ahí estaba ella envuelta en un manto mortuario tejido por Aimaras. Ahí estaba tachonada de líneas en el rostro, con las manos ásperas de política y un tecito de hierbas para calmar los nervios.

"Los estaba esperando. Pasen. Tengo galletitas y té a la inglesa".

Sus muebles, los libros y la pintura de su madre antigua podrían valer algunos miles. El aire de la casa, estancado, es el mismo de hace cincuenta años. Nada ha cambiado. Con excepción de un reflejo en el espejo cada vez más inflado.

¿Y yo alguna vez te amé? ¿Qué he venido a buscar a tu casa? ¿Vine acaso a despedirme? No gracias, no quiero té.

Isis sonrió con desconfianza y nunca supo que era yo quien había regresado desde la oscura tierra por su voz.

Por más que le gritaba con la timidez del recién llegado nunca lo supo y escogió confundirme con sus complejos. La perdoné y fue en ese momento de compasión que comprendí el porqué de mi regreso. Ella se había atrevido no sólo a pronunciar mi nombre, sino a escribirlo infinidad de veces y por eso me encontraba justo frente a ella, frente a Isis con muchos velos. Y pensé que fui un loco por haberte amado alguna vez, porque ignoraba que eras otra frívola en busca de la reverencia. Con ese descubrimiento me habías salvado sin querer.

Me senté a tus pies. Decidí anclar mi voz un rato para escuchar el monólogo de tu vida. Empezaste diciendo mentiras: "Yo hablo con los muertos. Tengo una bola de cristal crepúsculo". Pero yo sabía que mentías. Yo sabía de tu anhelo por lucir prendas imaginarias en tu cuello de garza. No te reproché nada y escondí mi cabeza de avestruz en el abismo.

"Yo he sido la musa de un gran poeta. Yo soy gloria nacional y me envidian. Yo soy Isis, la gran Isis de Chile".

Repasaste los episodios de tu película como quien alardea fotos en blanco y negro.

Alardeaste de tu origen europeo y modelaste un diseño mapuche para que te aceptara en mi cabeza porque sospechabas que algo no cuajaba entre vos y yo.

Y te pensé estos versos: *Ella no imagina que puedo alargarme y mezclarme con su molestia/ Ella no imagina que puedo mezclarme con sus gusanos...*

Después, cedí a escucharte y estaba sorda, no me sorprendiste y me reproché el haberte besado con pasión centroamericana. Esa tarde abandoné tu casa con una bomba en la garganta.

## Paseo Ahumada

Como estaba muda de dolor por vos, por vos Isis, pensaron que estaba loca. Y tal vez lo estuve. Y tal vez lo estoy. Así que opté por ubicarme donde me correspondía. Soplé la llama de Anubis y sus enviados se apagaron en los pasillos de Santiago. Me iba libre todas las tardes sin

tu voz al Paseo Ahumada, a mezclarme con la prole de andar austral, a hilvanar tonterías literarias, a incrementar supersticiones sobre RD y mi supuesto yo.

En una esquina de esa alameda me leyeron el tarot. "Guevón, las cartas dicen que sí, dicen que sí pero no te creas todo lo que dicen porque a veces falla el estómago", me aconsejó el barbudo. Ni la moneda de quinientos pesos me esclareció el destino aunque adentro lograba alumbrar un mapa secreto. Por eso me mordí los labios. Me los mordí hasta provocarme sangre...

Todas las tardes de Ahumada a Lastarria y viceversa gastaba las miradas sobre las hojas del otoño, crujientes y amarillas, como imagino deben ser las almas de los desaparecidos del setenta y tres. ¿Ven las hojas recortadas en zig-zag flanqueando la acera? Yo las salpicaba de nosotros, cuando iluso creí amarte.

### Vuelta y despedida en Rengo con Salvador

Cubrí las ruinas que me causaste con la bufanda verde-olivo y regresé a tu casa. Quería darte la última oportunidad. Quería escucharte murmurar un "te recuerdo". Pero nada. Tus manos relucían de blancas. Te mordí varias veces y no te diste cuenta. Te empeñaste en ambientar el único acto que compartiste con Silvio y Pablo. ¡Si pudiera tener a Silvio como horizonte! ¿Me reconocería? Tu memoria desatada no escatimó detalles de esa noche.

Mientras te perdías en la música de Silvio corrí al baño y me senté en la taza del inodoro a contar con la intuición. Conté una y otra vez lo que tenía que contar... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once. ¡Once letras! ¡Once malditas letras! ¡Once malditas letras tenía y tiene mi nombre!

Las agarré con un martillo imaginario y me las clavé una a una en el pecho. La profecía era una realidad. Pronuncié once veces mi nombre y nació en tu casa un catorce de mayo. Era tiempo de celebrar.

¿La ven recostada en su cama evocando? Es ella, es Isis con variedad de velos. La abracé y le ofrecí mi beso triste. Ambas nos estremecimos al contacto. Le dije con mis manos que no la amaba, que nunca la había amado, que por favor no volviera a pronunciar mi nombre: *no pronuncies mi nombre/ porque se detendrá la muerte y el reposo/* Por favor, no vuelvas a pronunciar mi nombre. Y me exilié de sus recuerdos para siempre.

Con la botella de vino que me robé detrás de su cama celebré mi reencuentro. Caminé hacia la intersección del destino con la urbe a mis espaldas. Me curé las heridas y decidí empezar de nuevo. Retoqué mi identidad con versos de carretera.

Ya no soy el mismo. Otras sombras me persiguen. Otras deudas. Otra música de Isis solitaria. ¿Se escucha?

# ESCRITORES VARONES

Nacidos en: 1956, 1959, 1966, 72,87

JUAN SOBALVARRO

(Managua, 1966)

Narrador, poeta, periodista y editor. Licenciado en Arte y Letras. Director y fundador de la revista literaria 400 Elefantes. Ha publicado: *Unánime* (1999). *¿Para qué tanto cuento?* (2000). *Perra Vida. Memorias de un recluta del servicio militar* (2006). *Agenda del desempleado* (2007).

Incluido en: *Ruben's Orphans. Anthology of Contemporary Nicaraguan Poetry*, 2001. Y en *Bananas und papayas. Antología de cuento centroamericano* (Berlín, 2002). Compilador de: *Poesía de fin de siglo Nicaragua–Costa Rica*, 2001. Y de *Cruce de poesía Nicaragua–El Salvador*, 2006.

También es coautor del guión *La Yuma* que recibió mención de honor en el Festival de Cine Latinoamericano de La Habana en el 2000.

## MATEMOS A UN CHANCHO

Ahora que lo recuerdo me parece que le pusimos mucha filosofía al asunto. Al inicio yo quería obviarlo, pero el Perro y el Hueso estaban tercos de que era una buena oportunidad. Al final invertimos unos trescientos córdobas para que nos lo entregaran. No sé si la campesina que nos lo enseñó se vio intimidada por nuestra akas y sólo pidió esos pesos. De todos modos para una campesina eso era bastante.

Así fue que lo tuvimos en nuestras manos sin mayores obstáculos. Cuando lo vi por primera vez no pensé que fuera tan diminuto, hasta daban ganas de perdonarle la vida. Discutimos ¿cómo íbamos a matarlo? Y como su pequeñez nos había conmovido, primero pensamos en lo menos traumático y los tres coincidimos en que lo mejor era un disparo en la cabeza, pero como los jefes siempre nos exigían disciplina y prudencia, no quisimos correr el riesgo de recibir una sanción por culpa de un simple detalle técnico y por esos escrúpulos, no tuvimos más opción que recurrir al método ortodoxo de clavarle un cuchillo en el cuello y en eso los tres estábamos fuera de práctica, en principio yo me negué rotundamente a hacerlo, el Perro sólo se rió y con eso dejó claro que el único que sobraba para candidato era el Hueso, este último asimiló rápidamente la idea y asumió la obra con pasión experimental, en su temperamento de pronto se vio un destello lujurioso y criminal, sólo verle el rostro candente nos inyectó seguridad, así que nos fuimos a traer a la víctima que instintivamente se encorbaba, el Hueso sin darnos la vista sólo dijo una cosa, "matémoslo sin tanto papalote", con lo que al Perro y a mí se nos encendió la sangre y tiramos al animal por el suelo, yo le puse la bota en el cuello con todas mis fuerzas, mientras el Perro le amarraba las piernas y le pisaba el trasero, el Hueso se dejó caer con su cuchillo enterrándolo en el pescuezo de la bestia, la que emitió un chillido estremecedor que voló por encima de la montaña, luego se le apagó la voz y empezó a hacer un ruido ronco y vibrante, mientras por el orificio que el Hueso le había abierto expulsaba un aire caliente entre silbidos graves, ahí fue que al Hueso le vino un ataque de risa y el Perro se enfureció y le gritó, "sos una mierda hijueputa ino lo mataste!" y el Hueso desesperado empezó a batirle el hoyo sangriento y le sacaba y metía el cuchillo con frenesí mientras el animal se resistía poderosamente a morir y se quejaba con una mirada fija, el Hueso se dio por vencido,

"busquen un cuchillo más grande", suplicó exhausto y yo saqué el mío que tenía una hoja ancha y larga, "ipásame esa mierda!", me dijo mientras me arrebatava la cosa y hizo un nuevo intento con una gran cuchillada que sólo logró abrir más el hueco y hacerle una fuga mayor a los gases del animal que ahora hasta escupía sangre por esa especie de boca deforme, el Hueso frustrado soltó el arma dejándola dentro de la herida mientras restregaba las manos en el monte para limpiarse la sangre, entonces tomé el arma y la hundí lo más que pude sin encontrar fondo, sentí un sobrecogimiento al ver como la herida se tragaba el gran tuco de metal, hundí el arma una y otra vez en distintas direcciones hasta embarrarme las manos con la sangre espumosa que la abertura lanzaba y finalmente nos convencimos de que no podíamos hacer más que esperar a que se de sangrara y nos quedamos viéndolo por largo rato mientras lo deteníamos con los pies para que no se levantara, el chillido se le fue haciendo bajito hasta que se quedó manso y con los ojos cerrados cerrados. Al final lo despellejamos y lo comimos frito.

### ¿PARA QUE TANTO CUENTO?

Yo no me pregunto nada y para qué buscar las explicaciones de la gente. En casos de esta emergencia, llega una hora en que las explicaciones no sirven de nada y no hay que andar con cuentos. De ellos yo sólo miraba que eran animalitos, en eso me concentraba sin ver para otro lado. Y es que ese es mi trabajo, que acaso no somos un "ejército profesional", como dicen los jefes. Y yo soy muy parejo con la causa. Además no es difícil, con la costumbre uno le pierde el sentimiento a la lágrima. Como la vez que las pipilachas nos aparearon en Chontales, para mí, tierra desconocida, pero ahí ya nos tenían baqueano, un hombre gran-dote y barbudo, que de la pereza no se aguantaba él mismo, cara de inútil el jodido hombre, pero al final de cuentas, él era el que conocía el mandado y nos llevó por esos montes, trocha arriba, trocha abajo, un día con su coche y a la mañana siguiente paramos en un rancho y el hombre que nos dice, "aquí es", entramos en el mamarracho aquel, allí están un hombre con mujer y niña y el baqueano que vuelve a decir, "este es", y el otro, señalado, apenas tuvo tiempo para parpadear, "véngase hermano que vamos a dar una platicadita", le digo y la mujer que se cuelga del hombre para que no se vaya, pero el hombre, frío, con cara de sentencia, la manda a su rincón y la niña sin aire viendo hacia arriba las cabezas, imitaba el llanto de la mama y el baqueano vuelve a decir,

"¿lo amarramos?", "¡que no!", le digo, "sólo es una platicadita rápida" y el hombre, todo voluntario obedece, lo sacamos del rancho, lo metemos en el monte y le digo al baqueano que se quede atrasito, paro ai hombre de frente por allá y le disparo, dos tiros y suficiente, con el primero ya estaba muerto, el segundo lo disparé por instinto. Lo importante es hacer el trabajo rápido, así sin pensar, uno se concentra en que son animalitos que caen sin revuelo, como trapos de cocina en los que nadie piensa, si uno los ve así, es más fácil y con la costumbre uno ya sabe que sólo se mueren y hasta pasan a mejor vida.

## SU PROPIO CUENTO

Echado allí en la cama, nada llegaba a deducir de sí mismo, ni siquiera el aburrimiento dependía de su esfuerzo. Creía haber vivido lo peor porque entre más se indagaba más descubría en sí mismo áreas inanimadas, como el silencio de sus brazos distendidos en todo lo de la cama, las piernas asiladas en la oscuridad transversal. La única testarudez posible era la de su corazón campaneando con periódico ritmo en la tumba de su sordo pecho y la mente que se prestaba para esas truculencias, para pensar por lo menos la agonía. Veces antes su mano se había acobardado en la sentencia de un trueno definitivo. Valor ni para morir, se repetía magnificado de frustración. Pero en esas horas diurnas ¿a quién acudir? debía esperar la alcahuetería de la noche en la que sí podía invertirse en vano alcohol, por lo menos para llevar su torpeza al extremismo, a la desvergüenza. Siempre convencido de haber llegado al límite, de haber reinado en lo peor.

Había perdido la posibilidad de mejores noticias cuando se encontró a Alfredo en una mesa casual de muchachas de faldas festivas y risas en comparsa. En la refracción de las oscuras botellas de cerveza Alfredo le contó ligeramente de su nueva administración en una menuda empresa de planes recientes. Con el disturbio alcohólico que emprendía su cabeza a penas puso atención al sobrio relato de Alfredo. Casi como para no recordarlo después vio que su interlocutor le introducía una tarjeta de presentación en la camisa mientras empezaba a ponerse de pie y le tendía la mano. Llegó a verme, sería un honor que trabajaras conmigo, le escuchó.

Con Alfredo se marcharon las muchachas ventoleras, sus risas eran rumor de mar cobrando distancia. Entonces para no ser sorprendido en lo árido de la mesa emigró hacia la barra curtida, donde ingirió sin pausas las más insípidas y gástricas cervezas.

A la mañana, el sabor de su boca era endémico, tierra baldía, su propio paladar lo despertó a la pesadilla de saberse fermentado desde los intestinos. Otra vez, se dijo al abrir los ojos, pero era como si realmente no los hubiera abierto nunca, impedido en principio de poder inferirse un sitio en el espacio y por lo mismo, sin la posibilidad de dar el primer paso. Decidió por fin poner el primer pie, caminó hasta la cocina y hurgó entre cosas esperando lograr un gramo de pan, pero lo que apenas lo contemplaba era un puño de migas desde una bolsa sin espíritu ¡Jueputamierda! se dijo como reconocido flemático. Había olvidado comprar el pan, acudió a la camisa que rencorosamente se había quitado la noche anterior y mientras la vestía sintió la tarjeta que Alfredo le había entregado. Pulsoeditorial, leyó sin entender y tiró el trozo de papel que irónicamente cayó en el interior de la bolsa vacía de pan sobre la mesa. Abrió la puerta al sol rampante de la mañana y tras el portazo se encaminó a la venta de la esquina.

La ventera parecía sanamente aburrida, él pidió un pan pensando que no lo comería, iba a pedir un jugo, pero dijo una cerveza, la mujer le pasó la botella abierta y él la tragó hasta la mitad, dos eructos después puso la botella en el mostrador de la venta y se marchó.

Camino a la casa el perro del vecino le ladró burlescamente. Callate hijueputa, le dijo con pereza y el perro respingó con un ladrido más como regresándole el insulto. Entró a su casa hasta la cocina, inspeccionó el interior del refrigerador donde una cucaracha se escabullía por los restos de un queso color gris. Tomó un tarro de mantequilla de maní entre las pocas cosas que sobrevivían en la luz helada, se echó en un sofá y encendió el televisor, pero de sólo ver el rostro dorado de Cristina volvió a apagarlo. Siempre admiró esa capacidad veloz de un televisor como de morir y revivir en pocos segundos.

El pan tenía una capa dura, un poco amarga, mascó un único bocado que se le adosaba al paladar lentamente, era el mismo sabor de su vida. Otra vez vio la tarjeta de Alfredo tirada en el interior de la bolsa vacía, la inspeccionó como si fuera la primera vez que mirara una tarjeta

en su vida, con esa manía que todos tienen de ver el reverso vacío de la tarjeta y como si desconociera su verdadero uso. Tal vez, pensó.

Una semana después decidió visitar a Alfredo, los únicos muebles en la oficina de la nueva editorial eran los escritorios y las sillas, pero más visibles eran los equipos de oficina por ausentes, parecía más bien que la oficina estaba en proceso de cierre.

Alfredo le salió al paso con asfixiante alegría, lo hizo pasar a su oficina, la única donde existía una computadora. Me alegro de que hayas venido, no te imaginás. Él asentía, todo bien. El trabajo que le ofrecían era como corrector y reseñador de libros. El salario le multiplicaría las cervezas como en un mil por ciento, eso le parecía suficiente. Mañana arrancamos en serio, le dijo Alfredo.

Así que salió de la oficina dispuesto a consumir con urgencia sus últimas cervezas de desempleado. Llamó a Castaño para reunirse de urgencia en La Mala Usanza, había que celebrar el nuevo empleo, aunque las excusas para ellos sólo eran una forma de denominar la borrachera en curso. Castaño, perseguido por el duro ron ardía en ideas, le auguraba un futuro creativo por motivos del nuevo empleo. Tal vez es la hora para que te editen todos los cuentos. Él persistía escéptico, realmente no era la idea de mejor futuro lo que pretendía celebrar, era más bien la simple noticia del cambio, la nueva rutina que se le avecinaba con la contundencia de un mazo, se sentía como reanimado y viril por su reciente ingreso a la vida común de asalariado, adquirir un empleo es ingresar a una comunidad fundamentalmente psíquica, como pertenecer a la esfera de lo normal, entonces le daban ganas de tomarse unos tragos, sentía descender por su esófago el frío áspero de la bebida, el sabor dilatado en su lengua variando sus gradaciones. Yo bebo porque me gusta el sabor del ron, no hay razones anímicas, pensó, que casi llegaba al spot publicitario.

Habló de cómo había ido perdiendo las razones para permanecer en la capital, la familia rezagada en el pueblo, él había huido con la excusa de estudiar, pero los estudios se prolongaron o más bien se detuvieron cuando él decidió que no llegaría a ninguna parte, sobrevivía haciendo traducciones o corrigiendo textos que alguien ponía en sus manos como

desechándolos, lograba pagar el alquiler de la ruina donde habitaba y compartir las cervezas consuetudinarias con los amigos.

Casi había olvidado todo compromiso con la madre, la solidaridad con la hermana menor que sufrió el accidente con una hoja. La historia parecía inverosímil a menos que alguien la incluyera en un cuento. La niña corría por el patio entre el remolino de niños del vecindario, al pasar junto a una mata la hoja apenas rozó con su filo el cristalino de su ojo. La niña estaba condenada a ver sus últimas luces. Él se había cerrado a la tragedia poniendo distancia a la realidad, pero ni las más arduas cervezas, ni las noches consecutivas de putas sin nombre lo hicieron olvidar. Todo lo pensaba en voz alta cuando Castaño le retuvo el punto, habían de pagar y perderse.

Postergado, a la mañana siguiente, de pronto recordó que debía asistir a su nuevo trabajo, en un rincón del ropero encontró los restos de una loción, la única que había usado en toda su vida, cuando vivía Magdalena. Mejor dicho, cuando Magdalena existía en su vida porque simplemente lo dejó como si nunca se hubieran conocido. Bañado en la loción salió disparado hacia la calle, caminó varias cuerdas cuando el sol ya empezaba a picar y vio rostros que ya había olvidado, eran las caras de los que trabajan, esa especie de hipnotizados que vive a horas muy tempranas.

Al llegar a la esquina recordó que había tomado el rumbo errado y supo que la impresión de puntualidad del primer día de trabajo la había perdido definitivamente. Llegó último a la oficina, Alfredo explicaba a los reunidos que arrancarían con dificultades, pero con los recursos suficientes para empezar a andar. El equipo parecía feliz, algunos optaron por las presentaciones, otros intercambiaron temerosos saludos como si confesaran ser portadores de enfermedades incurables.

Este es tu cubículo, le anunció Alfredo, como cuando un manager le indica al jugador la posición en la que jugará. Sobre la mesa, la computadora negra y nueva parecía proponerse como objeto enigmático. Le molestó aquella idea, que el aparatejo de pronto tuviera ínfulas, que su arrogancia de recién desempacado fuera una insinuación de premio de la empresa a los

recién empleados que habría de esclavizar. Había que encenderlo, por tolerancia, para estar integrado o pasar de normal. El clic o tac o clac de la máquina al encender parecía una burla conmemorativa, una aprobación y un registro de bienvenida.

Ya Alfredo les había anunciado que de momento no había qué hacer, pero debían asistir a las oficinas todos los días como si el trabajo estuviera en marcha, para irse familiarizando con los equipos, humanos y tecnológicos, enfatizó con ingenuo alarde verbal.

¿Y ahora qué putas hago?, se interrogó al ver los descarados colores felices de aquella computadora encendida. Estudió su entorno y vio los mismos colores felices en los rostros de sus nuevos compañeros de trabajo. Tampoco tengo que sonreír como estos pendejos, se regañó para no dejar ni un gramo a la tentación de una sonrisa por demás inexplicable. Tuvo una gran idea, buscó el menú de juegos y empezó con el pinball a darle frenéticamente a la visión de pelotita que rebotaba en los falsos laberintos como parodiando una física terrestre, cosa que a Newton le habría parecido la caca de sus más sesudos logros.

Volvió a estudiar su entorno y vio el mismo frenesí en sus compañeros, dedujo fácilmente que no había sido muy original la idea de ponerse a jugar. Sintió que la imagen de la pelotita rebotando en las paredes virtuales le repetían: estúpido, estúpido, estúpido, mientras la tabla de puntos sumaba 20958674. Entonces decidió pasarse a carta blanca, un juego más reflexivo y acorde con su estatus de inteligente. Ya más por pasar el tiempo examinó nuevamente su entorno y vio los rostros reflexivos de sus compañeros. Se recostó en el espaldar de su silla, no entendía ese juego, debían fingir que hacían algo mientras todos sabían que no tenían qué hacer. Entonces lo que en verdad había que fingir era que se fingía. Pensó hacer otra cosa, se puso de pie porque intuía algo, estaba a punto de adivinarlo. Voy al baño, dijo una mujer anticipándose.

¿Por qué no lo pensé antes?, se lamentó. Pero se acordó de la cafetera y se fue a buscar un trago oscuro, amargo y caliente, aquel argumento le dio por tregua una media hora, sorbía el café con gravedad como si esa fuera la misión que le hubieran encomendado exclusivamente, pero al acabarse el café se sintió desolado, un segundo café lo habría delatado como pesimista y poco original, así que decidió irse por lo fácil, salir a la calle a fumar un cigarro, el descarado

cigarro de las once de la mañana, encendido por un sol premeridiano, mientras el cielo expone sus vidrios rotos, afilados de puro azar, mientras tanto un segundo cigarro demostraría convicción. De todas maneras la gente siempre habla, pensó. Pero cuando el segundo cigarro vomitó su última ceniza sintió la calle entera en el rostro, el rugido de los autos merodeaba sus narices, era como si un mosaico de ojos se empecinara sobre él hallándolo en culpa de ocio.

Con paso somero, para no desnudar su vergüenza o para no despertar la curiosidad de alguien regresó a la oficina, al aire blando y refrigerado de aquella redacción semiamueblada. Se dejó caer en la silla dispuesto a ya no ocultar su hastío. Si al menos pudiera tomarme un trago, pensó, más bien sintió aquel cuchillo alcohólico como si resbalara por su esófago y contuvo la saliva que sólo el deseo le había provocado. En todo caso serían cinco tragos, se corrigió.

Permaneció echado sobre el espaldar de su asiento como si recién hubiese terminado de cargar un bulto pesado. Estos hijueputas burgueses son payasos, para qué nos hacen venir si no tenemos qué hacer, pensó. Pero así eran las cosas y él lo sabía, la nueva empresa se había fijado una fecha de arranque y lo cumplirían aunque no estuvieran listos.

Por suerte alguien habló de la posibilidad de irse a almorzar y con esto otros se animaron a salir en grupos. Entonces ni lo dudó, salió casi corriendo del lugar, más que buscar donde se pudiera comer pensó en un sitio donde beber y comer y claro, no anduvo mucho, el sitio estaba vacío porque todavía no era la hora exacta de almuerzo, pese a todo la roconola estallaba en el salón en el que había unas veinte mesas. Ocupó una de las mesas aunque cambió inmediatamente de silla porque la primera que eligió se mecía con sólo que la miraran, el mantel desteñido de la mesa le inspiró una ligera tristeza, por eso al aproximarse la mesera no dudó en pedirle un trago doble. Del negro, sólo con hielo. Y aunque el trago le pareció tan bueno como para pedir otro igual, la comida le resultó tan triste como el mantel de la mesa, el arroz sin brillo como abandonado por su madre, el pescado había muerto realmente de frío en el congelador y luego al freírlo había sido como si le realizaran una autopsia, la ensalada estaba casi congelada y alguien cometió la herejía de echarle salsa de tomate a los frijoles. Se embutió todo aquello en la boca como si lo vomitara hacia dentro, un poco para justificar su presencia en el lugar y también para postergar la hora del tercer trago. La roconola daba saltos de una época a otra e

invitaba a beber. Sintió la tentación de irse y no volver a su nueva oficina, pero eso ya lo conocía, era lo que había hecho hasta ahora, abandonarlo todo a medio camino. Por eso el esfuerzo ya no le implicaba ningún valor o al menos la heroicidad que antes le confería a sus actos de escape.

Después del tercer trago pagó a la mesera y salió del lugar esquivando mesas en forma sinuosa. La calle era decorada por una ligera brisa, era más bien el viento deshaciéndose en una humedad invisible, sólo sentía aquel velo frío que le frotaba la cara mientras caminaba sonámbulo hacia la oficina, conteniendo las rabiosas ganas de regresar al bar.

Entró hasta su cubículo sin ver ni escuchar a nadie porque de pronto para él aquello era un desierto, el aire estaba igual de frío que en la calle, pero en la oficina era un aire frío y detenido. Un aire cuadrado, pensó. Se puso a hojear un periódico que notó abandonado en el cubículo vecino, después unas revistas de distinto género, mecánica, cocina, bobadas ilustradas y un etcétera que para ese caso sí era válido porque comprobó que era posible crear revistas sobre cualquier asunto irrelevante. Por último tomó una libreta con el propósito de ensayar unas líneas, mantuvo el lapicero suspendido en el aire como si sostuviera un arma, esperando el momento propicio para dispararla, finalmente garrapateó: Echado allí en la cama, nada llegaba a deducir de sí mismo. Y así empezó a escribir SU PROPIO CUENTO.

*(SU PROPIO CUENTO,  
relato inédito, Managua, Septiembre 2010)*

## EDWIN SÁNCHEZ DELGADO

(Jinotepe, 13 de agosto de 1959)

Narrador, periodista, ensayista y editor. Egresado de periodismo, Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Centroamericana (UCA). Post grado en ciencias sociales, Escuela Superior del Partido "Ñico López", adscrita a Universidad de La Habana, Cuba.

Diplomado sobre El Güegüense, Universidad Americana, UAM. Editor del periódico EL Nuevo Diario. Colaborador, El Nuevo Amanecer Cultural. De igual manera ha colaborado en la revista literaria Decenio, y Cultura de Paz, entre otros. Miembro del Centro Nicaragüense de Escritores (CNE).

En el año 2000, recibió el Premio Nacional Rubén Darío por su ensayo: La Deuda Pendiente con Rubén Darío. Autor de los libros de cuentos: Sueño en relieve (1998); la colección de relatos Los Ojos del Enigma; también ha publicado la novela histórica: Al sur del siglo (2002); y Un Fauno del Oriental (2010), textos publicados por el Centro Nicaragüense de Escritores.

## MI REINA

Mi reina ¿Qué tenes de boquita?

Mi-reina era una diosa en carne y blue jeans que mostraba algo más que unas inocentes y poderosas caderas de Tongolele.

—Lo que está saboreando todo el mundo.

La conocía desde que faltaba a clases y se perdía por ahí. Por entonces era una chávala flaca, de pelo alborotado, revoloteando como papalote sin rumbo. Nunca se habría fijado en ella. Pero ya entonces sospechabas que más de alguno le pulía las alas de mujer. ¿Verdad? El amigo de Mi-rey se rió. ¡Cómo vuela!

—¿Cuál?

Quedó viéndola con unos ojos entre dolosos y cómplices, porque buscaba otra respuesta a una pregunta silbada por todo su cuerpo de difunto, desde los zapatos hasta el pelo de cuero rizado. Quería comer pollito.

—Esa... —Volaba entre las corrientes de miradas y mesas, esquivando a veces los picos más nublados de deseos— ...que tu mujer te la esté pegando, mi rey.

Oyó otras palabras. Y tardó más de un universo en regresar a su órbita terrestre, desbaratado sobre el suelo. El otro apretó las mandíbulas y la risa se le derritió en una mueca de cuervo. ¿Qué dice? ¿Qué dice? La pregunta quedó mal servida sobre la mesa. Mi-reina se elevó sobre las nubes. Mi-rey estiró el brazo, se levantó y la silla metálica cayó con un estruendo de palabrotas que salpicaron de inmundicia los tímpanos vecinos.

Eran las tres de la tarde. Un sábado sin lluvia ni amén. Su vista se había pegado al letrero desde las dos cuerdas y poco a poco iban formándose las letras, la boca chirre, la gran jaula, el deseo de la garganta, la puerta ancha, las verjas negras, las mesas con su gluglutear de fin de mundo, las botellas apilándose en el centro, creciendo, creciendo, rebasando riñones, cuentas y cajillas.

Y ella.

Buscaron el mejor lugar, y se fueron al rincón, por donde bajaba el canaleta con sus lluvias del tiempo de Tamagastad. Siempre le gustaba el cuadro de las garzas flotando en la áspera bóveda celeste hecha a punto de brochazos. Buscó a Miriam que planeaba en el fondo del cielo de contil. Ella lo vio desde aquellas alturas pero se fue a servir a otra mesa. Y luego pasó cerca, en barrena y dejó ir un desganado “hola” perdido entre el coro de Los Bukis y el picotear de los parroquianos. Comprobó su talle, su piel de jean, las piernas firmes, ¿una boquita cortesía de la casa? Quería pollito.

Les llevó dos cervezas.

—¿Algo más?

Mantén una piel limpia, morena tibia, y le gustaba hacerse un moño y le admiraron dos bucles que caían sin caer, imantados, al lado izquierdo de su rostro de pajarita sin nido. Cuando se retiraba, las pupilas perdían altitud por la gravedad de su vuelo gluteal, bamboleante y

cósmico, y un mundo marcado, hecho por ella, nacía entre las minúsculas manchitas de aquellos cagarrutas con sus picos abiertos esperando alpiste allá abajo.

Quiso seguirla, levantar vuelo pero su acompañante le atajó. Casi todos dispararon sus ojos hacia el rincón y algunos gorjeos sonaron sus propias cuentas.

¡Qué sabrosa boca! ¡Se despachaba hermoso! Todavía llegaron los ruidos de la furia a algunos pajarracos del fondo, cacareó cuatro maldiciones en do mayor y cuatro hijos de la grandísima.

¡No es el primero! Lo comprendían y se hinchaban como palomos satisfechos. Buscó en la camisa, en el pantalón, viendo a todos lacios, pero la por-si-acaso se le había quedado en casa.

El gallinón del establecimiento, cuya silueta recordaba a la de un mantecoso hombre de negocios, llegó flotando sobre su propio olor a chancho frito.

—Por favor....¿pueden marcharse? —. Apenas habían consumido las cervezas.

—Esa desgraciada... dígame que salga...—tronó Mi-rey. El gordo miró a su mujer rascarse las plumas lodosas semejantes a unos brazos carnosos y sucios. Y le hizo señas con la cabeza coronada por una cresta vieja parecida a una gorra raída y roja.

Dos zopes descendieron en picada desde el otro piso. Daban la impresión de ser un par de tipos mohosos alistándose para la próxima carroña. Todos los observaron posarse en el piso húmedo de aserrín y abrir las patas para prolongar toda su rapacidad hasta el rincón.

Uno de los zopilotes, con su mirada atravesada por la viga de algún resentimiento, graznó:

—Háganle caso, díganle que salga... con la boquita.

*(Septiembre, 1994)*

## "ME FUGUÉ CON ESTHER WILLIAMS"

Sonará cursi, dijo Blandino. Tras la égida de su historia, era un tipo fornido. Contaba a lo sumo unos 25 años, o quizás más. Indicó su malestar por una de sus aventuras que empezó a adquirir visos de leyenda, cuando se le ocurrió contarla en el parque por primera vez, mientras oficiaban una misa por el alma del ex presidente Luis Somoza. No esperaba ciertamente hacerlo, pero al final narraba sus episodios distantes, con tanta destreza que entre uno y otro recuerdo, y el Cine González de por medio, siempre se atrevía a tomar caminos distintos e improvisadas iniciativas de espléndidos derroteros.

Dos guardias golpearon la puerta. La casa era de tablas, alta, de antigua propiedad presidencial, sin embargo, ahora estaban ahí dos efectivos del ejército intentando penetrar a la vivienda en una mañana de marzo, seguramente, porque los meses bailan en la memoria de Blandino.

Te dije que sonará cursi, volvió a insistir, como quien no quiere la cosa, sin importarle ya si era el mismo público, un auditorio renovado o un calendario ajeno. Ya no hacía falta precisarlo, porque de todos modos, encontró que una historia, mejor dicho, un recuerdo, se puede mejorar con el tiempo.

Se le podría describir todavía como un indión incapaz de llegar a proferir alguna mala palabra contra el Presidente René Shick o Firuliche, porque los dos le caían tan bien que no dudaba de la veracidad de ninguna de sus funciones: le daba lo mismo confiar en las libertades de aquel gobierno como en la santa húngara que prefirió abandonar los inciensos y candeleras por el aplauso mundano y sincero de la gente corriente, pues estaba convencido de creer cualquier cosa que se lo anunciaran bajo las carpas.

Ese día, después de golpear con insistencia, los guardias por fin fueron escuchados desde el patio. Su Tía abrió la sorpresa de esa mañana: andaban buscando a José Blandino Zeledón, 20 años y un rapto.

Sí, cursi, porque me acusaron de llevármela. ¡Qué no me persiguieron!, recordó a algunos trabajadores la terquedad de la guardia, sobre todo ahora que hablaban de una tal manifestación de apoyo a Fernando Agüero Rocha para comienzos del año, en Managua.

Blandino no quiere reír, y se le ve hacer un esfuerzo supremo por desbaratar con una magnífica amargura de alma, ese extraño candor de sus labios y que sin embargo no logra cumplir en él la efigie de un perseguido realizado. No fuma, pero de repente hace el amago de lanzar una bocanada de humo, donde coloca con sumo cuidado cada una de sus estudiadas palabras, en renglones debidamente colocados para cumplir el feliz acto del engaño monumental y codiciado por todos. Era la historia de un fugitivo en reposo.

Yo no estaba ahí, la verdad. Sólo pasé por un rato, después de ver "Juego de Pasiones" en el cine. Recogí alguna provisión, sin decir nada a la tía, y me fui. Cursi, sí, cursi.

*La puerta casi se pandeó de los golpes. Nunca se habían presentado los militares en aquella casa, ni durante los días que siguieron al golpe del 11 de noviembre, cuando unos jinotepinos intrépidos demostraron que los cuarteles de Somoza no eran las fortalezas invencibles de sus discursos.*

Te digo, pues, que me había ido sin decir me-voy. Simplemente me fui. Nos fuimos. Ella estudiaba en el Instituto, creo porque así lo dijo, y yo no me tomé la molestia de comprobarlo y ni falta que hacía, porque de Física sólo sabía lo que me enseñaban los dedos, y de matemáticas la multiplicación del mal, y ni como saber si estudiaba por las tardes... y yo por la noche en la Elemental, cuando no presentaban ninguna película de Esther Williams, pero si coincidimos en algo: nos fuimos en matiné.

Los guardias eran dos hombres casi idénticos, no sólo en el uniforme y sus armas de reglamento, sino hasta en la cara de estupendo odio aprendido que portaban. Preguntaron por Blandino. La tía no los recibió con agrado, pero sí con una cordialidad de segunda mano. No quisieron sentarse, más bien desplegaron sus miradas caladas por la sala, intentaron entrar al

patio y desistieron de avanzar sobre el aposento, apenas simulado por un tabique de madera, donde alguien había colocado un retrato de Pedro Infante.

Yo ya estaba con ella. Era notable la destreza en todas las artes acuáticas de su género. Yo no pedía bastante, pero ahí estaba toda ella, casi como una sirena de aguas tropicales, y a veces yo no sabía si era su anzuelo, el admirador o el mirador. Era única en su intensidad, porque no sabía hasta ese momento calibrar las intensidades de una hembra de aquella estirpe, —lo de "estirpe" lo aprendió de la portada de un libro de Pedro Joaquín Chamorro— pero me parecía tan peligrosa como Esther Williams cuando estaba ensopada. Yo nadaba en ella, como en "La Hija de Neptuno".

Les digo que aquí desde hace mucho no lo he visto, insistió la tía. Les contestó sus mejores preguntas con las peores respuestas. Los guardias, sabiendo que no conseguirían ninguna pista se largaron, pero antes, como amenazando, sentenciaron: De que lo encontramos, lo encontramos, señora. La tía, antes de despedirlos, les sostuvo tanto la mirada que al cerrar la puerta, ellos tuvieron la terrible impresión de que algo les faltaba en esta vida para poder llegar completos al comando.

Blandino se quedó pensativo, quizás dudando de esos días. Pero cuando le entraba por ahí, recurría a su cartera para cerciorar a los demás de su verídica historia, ahora doblada en cuatro partes, arrugada y ya rota por el uso de tantos dedos incrédulos, en la época que Ernesto Cardenal alababa, en una entrevista de prensa, la revolución cubana y le inculcaba, más que responderle al periodista William Ramírez, la lucha por la justicia social y los porqué del fracaso azucarero de 1970, cuando antes aseguraban: De que Van-Van. Era un antiguo recorte de periódico:

"Me fugué con

**Esther Williams"**

"Así dijo muy campante, el sujeto José Blandino, al ser encontrado por fin junto a una joven estudiante, tras un largo rastreo de la misma Guardia Nacional. Blandino dijo que su amor hacia la actriz era tanto que no pudo sobreponerse al extraordinario parecido de I.J.B. con la fabulosa estrella de *Dangerous when wet*".

Blandino dobló con el cuidado de un sátiro jubilado, el recorte de sus enmohecidos capítulos.

¿Y la muchacha? ¿Tenes algo de ella para que te creamos?, preguntó un activista de los Comité de Defensa Sandinista (CDS) desde el fondo, con las brozas de una voz que sonaba a burla cruda. Blandino se irguió todo lo alto que aún era, tapando un letrero que planificaba sin ningún margen-de error, la rutina de una ciudad de los años 80 del siglo XX: "Todos contra la Agresión: Dirección Nacional, ¡Ordene!".

"Tenes los ojos de ella... ¿Te parece poco eso?", contestó, echando velas nuevamente a su vieja historia que se resistía a naufragar. Y pidió la otra.

*("ME FUGUÉ CON ESTHER WILLIAMS",  
relato del libro *Un Fauno del Oriental*,2010)*

**EDGAR ESCOBAR BARBA**

(Masaya, 1956)

Narrador, cuentista, editor y periodista. Realizó estudios en México, en la Universidad Carlos Septien García. Editor de la revista mesoamericana Horizontes de palabras. Antologizado por Jorge Eduardo Arellano en El libro Minificciones de Nicaragua: Breve antología.

Ha publicado Miligramos (cuentos) premiado por FUNISIGLO; Mensajes Cifrados, publicado por el Centro Nicaragüense de Escritores; Antología del cuento nicaragüense; Entre Sustos con los Ahuizotes (Leyendas, 2000); Más que vago peregrino/Intimididades nocturnas; Cántaros, editado en México.

## TROFEO

DESESPERADO porque ninguna princesa lo desencantaba, el sapo entró al recinto de las Monjas. Hubo gritos, risitas y maldiciones. Varias madres se hicieron escuchar y recordar, no exactamente en letanías. Varias salieron a la carrera, para atraparlo, sin confesar cada una sus verdaderas intenciones. El sapo, al ver que no sufría ningún efecto para romper el hechizo que padecía, brincó y besó a la última novicia o lo que fuera que encontró en su camino. Fue lo último que hizo: la madre superiora lo mandó rellenar de aserrín.

## CONTEMPLACIÓN

ME siento y fijo la mirada en el espejo oval. Lo veo de tres cuarto, no de frente. Me atrae lo que refleja: un fragmento de paisaje. Una rama de árbol. Frondosa. Verde. De entre ese matorral sale una diminuta flor. Es amarilla. Atrás, un delgado tronco y la rama que figura ser un camaleón. El viento lo mece, supongo. Dos movimientos y la rama se inquieta. Cae un chipichipi. Gotea. Tiembla la hoja. Una gota de ángel apenas perceptible la toca sin lastimarla. Sale una lágrima verde. Sigue firme y la rama camaleón está entre estática o en movimientos leves. La hoja y el matorral siguen siendo verdes. La flor, amarilla. Es el fragmento de un huerto. ¿Será naturaleza? Transmite libertad, belleza etérea y real. Alguien toca la puerta. Me distrae. Me levanto. Golpean los ladrillos. Me llaman. Regreso mi rostro al espejo. Ya no veo más que un vidrio. Voy por mi plato de hojalata. Nuevamente estoy aquí, bien emparedado.

*La Prensa Literaria, Managua*

*14 de febrero, 2004*

## TATUAJES DE HUMO

Apenas se disipó esa humareda tóxica de desperdicios quemados por el mismo viento, vino un niño y le pinté un ave origami en la mano, para no darle el plumón que yo traía. Se fue coqueto. Mostrando el sueño. Hizo vinieran otros harapientos de basura y olvido. Llegaron como cuna, la voz se corre por la llegada más de un circo, de un mago o tamborilero de hojalatas y colgando botellas de vidrios.

Llegaron. Vinieron muchos, muchos y todos querían su dibujo al mismo tiempo de arena. Así atendí a tres de ellas como pude. Aumentaron las solicitudes, los reclamos y hasta varios gimieron. Extendían sus brazos o antebrazos ocultando la muñeca y manos, como si no existieran dichos miembros. Empezaron a cercarme y hasta el oxígeno contaminado me faltaba. Todos y todas querían al unísono su sueño tatuado. No paraban. Cerraron el círculo cuadrado. A punto de gritar sin esperanza ni del eco entre oídos alertas pero sordos, vino el niño flautista y silbando al suave, logró abrirse paso hacia a mí, y entendiendo que lo siguiera fui pegado a él, y nos hicieron valla para pasar sin protestas, pasamos despacito, despacito con mi inesperado lazarillo, y al kilómetro nos detuvimos sin decir palabras. Se movió la cachucha para acentuar el acertijo de su sexo, ocultando hasta el rostro. Deja traslucir sus ojos de aluxe (no duende). Me reflejo en ellos. Ahora me tomó el plumón y se dejaría pintar par de extendidas alas de colibrí. Sonreía asolead@. Alguien tosió nerviosamente detrás de mis hombros y revisé el cuello buscando sonido-personaje, y al volver a buscar al flautín(a)...ya no estaba. Quise dormir para después decirme fue un sueño en blanco y negro, y para nada en technicolor en plena Chureca.

*Matagalpa, 2010*

## ARQUÍMEDES GONZÁLEZ

(Managua, 4 de marzo 1972)

Periodista, novelista y cuentista, estudió periodismo en la Universidad Centroamericana (UCA), en 1998-1989, estudió telecomunicaciones en la Universidad, Japón. Fue editor de La Revista en La Prensa.

Ganador del Premio Centroamericano de Novela Corta, de Honduras, en el 2010, con su libro El Fabuloso Blackwell. Publicado en las Antologías Voces con Vida de México, El futuro no es nuestro, escritores de la América Hispana 1970-1980, de Colombia y Un océano en un pez de Cuba. Recibió Mención en el Premio Centroamericano de Cuento Rogelio Sinán 2007, en Panamá.

Ha publicado las obras narrativas: Tengo un mal presentimiento (2009); Conduciendo a la salvaje Mercedes (2009); Qué sola estás Maité (2007); La muerte de Acuario (2002, 2005).

### DICEN QUE MATÉ A ESOS NIÑOS, PERO JURO QUE NO

Los cráneos encontrados en mi casa los descubrí en el bosque un día que recogía madera. Recuerdo que caía una llovizna leve, de ésas que no empapan. Me adentré en el bosque y fui a la colina en busca de pedazos de madera porque soy escultor y obtengo mi material de ramas caídas para cortarlas, tallarlas, pintarlas y vender figuras en el centro.

Iba con mi bolso en el que guardo el serrucho y de pronto tropecé con un pequeño promontorio.

Bajé la vista y ahí estaban: Dos cráneos semienterrados sin cabellos ni el resto de los huesos. Los recuperé y los miré largo rato, pensando qué hacer. Confieso, fue mala idea traerlos a la casa, pero no imaginé que a esos niños los habían matado porque ellos me contaron otra cosa.

Les quité la tierra y el lodo acumulado. Tenían mala dentadura, los cepillé y los acomodé en la mesa de noche. Me senté en el sillón y los observé. Cansado, los coloqué en la repisa y al día siguiente, ahí estaban, ya no me sentía solitario.

Al principio estaban mudos, pero se les quitó el susto de ser encontrados y de poco soltaron palabras. Uno se llama Ignacio y el otro José. Huyeron de su madre y se vinieron a la capital en donde se sentían felices de estar libres de maltratos.

Pero las malas amistades los arrastraron a los barrios más peligrosos y ahí conocieron a otros niños sin inocencia. Olieron pega y de tanto hacerlo, se les olvidaba comer y con los años no recordaban ni los nombres de sus padres.

Robaron en viviendas cercanas, los atraparon y les dieron palizas porque la Policía no podía detenerlos, sin embargo cada día se hacían más fuertes y experimentados. Corrían detrás de una mujer y izas!, le quitaban la cartera o esperaban que sacaran el dinero y ichas!, se lo arrebataban o seguían a su víctima y ipum!, le daban de golpes, ibangán!, de patadas y le quitaban los zapatos, la camisa y los pantalones para cambiarlos por pegamento.

Fue Ignacio el que enfermó. Del ayuno estaba enflaquecido. No le quedaban fuerzas y José se esmeraba en cuidarlo. En las mañanas José salía en busca de algo que robar, regresaba con la pega y le daba al hermano para reconfortarlo.

En la pocilga donde vivían con los otros diez muchachos, José descubrió que abusaban de Ignacio y eso no lo soportaría. Suficiente habían aguantado con su padrastro que los obligaba a masturbarlo y su madre los golpeaba por decir mentiras.

Se fueron de ese horrible tugurio y se quedaron en el bosque. Pero Ignacio en la intemperie se puso peor, con fiebres y vómitos de color negro y, un día, José no logró despertarlo y se quedó junto a él consumiendo los cuatro vasos de pega que había conseguido dos días antes.

José se sentía muy mal por la muerte de su hermano y le dio por no comer. Robaba, compraba pega y corría al bosque porque al tardar los zopilotes y perros aprovechaban para arrancar y devorar una mano, un brazo o una pierna de su hermano.

Un día José descubrió que había muerto.

Por muchos meses la pasamos alegre haciéndonos compañía, sin embargo una mujer lo estropeó todo. Vino a buscar una de las piezas que me había encargado.

Ignacio y José oyeron golpes en la puerta y me gritaron:

¡No la dejes entrar!

Pero no hice caso.

Al ver los cráneos su expresión fue de espanto, pero la tranquilicé:

—Son Ignacio y José— le dije, presentándolos.

Me denunció a la Policía y hace dos años estoy en esta celda insistiendo en mi inocencia y padeciendo, porque me alejaron del bosque, de Ignacio y José.

ADIAK MONTOYA

(Managua, 1987)

Ha publicado "Eclipse: Prosa & Poesía" (Instituto Nicaragüense de Cultura, 2007), y la novela "El sótano del ángel" (ANE/CNE/NORAD, 2010). Cuento seleccionado: "El espantapájaros" (tomado de "Eclipse: Prosa & Poesía").

### *El espantapájaros*

*Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste...*

*Rubén Darío*

Había estado allí por tantos años, muchísimos, antes que la casa comenzara a ceder a la maleza, a ceder a los años voraces del tiempo. Vigilaba las pesadillas de todos y despertaba en sus mañanas sofocantes de calores invencibles.

Los muros se habían ido derrumbando, poco a poco, nosotros aun estábamos allí cuando la basura se comenzó a amontonar y las moscas regordetas y verdosas venían en su afán glorioso de cualquier cosa; los cuartos, la sala... todo había ido llenándose de una humedad vieja, habían salido esas manchas de agua de todas las formas posibles que se adueñaron de las paredes achacosas. Y sobre todo las telarañas, cada mañana íbamos despertando cada vez mas enmarañados en una densa telaraña que se veía por todas partes del cielo raso agujereado, que los ancianos trataban de limpiar.

Parecía como si los abuelos jamás fueran a morir, como si fueran a andar caminando por los siglos de los siglos con su andar macilento cerrando puertas y apagando luces, poniendo

candados para mantener afuera a los ladrones enamorados de la luna. De pronto todos nos volvimos viejos como las paredes, se nos llenaron las tripas del jardín frondoso que poco a poco se fue adueñando de la casa; fue entrando por las ventanas y mientras dormíamos se nos metió por la boca, andábamos como sonámbulos perpetuos por todos los rincones, hasta que nos atrapaban las telarañas y los basureros nos despertaban con sus olores agrios de días.

Y ya en los últimos años de nuestras vidas, cuando ya ni siquiera recordábamos los nombres del otro, cuando ya los siglos habían sido demasiados y los amaneceres innumerables, mirábamos el jardín raído desde las ventanas rotas y allí estaba aun el antiguo espantapájaros con su mueca lóbrega de ahorcado feliz, intentando ahuyentar a los cuervos nocivos de un plantío de tomates que se habían extinguido hacía cincuenta años; y aún él estaba allí, como crucificado en su sombra, con los brazos extendidos. Había visto para entonces tantas cosas que jamás me importó rescatarlo o incinerarlo para que por lo menos él se salvara del olvido, hasta que lo vi aquella tarde, ya triste y sin autoridad cuando los cuervos bajaban a reírse de él y a jugar alegres en sus brazos.

Las paredes se fueron cayendo y ya sólo iban quedando ruinas grises del pasado colorido, de las risas explosivas que habían mantenido en pie las tapias y los muros. Sin que nadie lo notara, los padres comenzaron a parecer abuelos, olvidando donde dejaban las cosas, ya sin energías para reparar cualquier ladrillo que se estuviese roto, para clavar un clavo salido, para barrer el polvo acumulado de décadas lentas y calurosas.

Allí quedaron enterrados todos mis odios contra alguno de los ancianos rancios que caminaban por las noches casi doblgando las piernas, buscando algún pilar roto para detenerse; allí dejé mis amores febriles de años primerizos cuando la vejez era una enfermedad distante que sólo padecían los ancianos. Entraba por la puerta principal del brazo de mujeres que ya olvidé, no por que no hayan importado, sino porque ya ni siquiera recuerdo mi propio rostro; todos los espejos están rotos, se los llevó el terremoto fatal de hace años, junto a varias habitaciones que nadie quiso reparar con el pretexto de que pronto todos íbamos a morir de viejos.

Así se nos pasó la vida, intentando repararla desde nuestras mecedoras rotas, mientras el espantapájaros del plantío seguía joven y vigoroso, como si el sol lo rejuveneciera, lo llenara de la vida que nosotros nunca tuvimos; aquel hombre relleno de pasto seco nos había visto a todos volvernos arcaicos, retornar a nuestras infancias, que no son nada más que volverse viejo. El espantapájaros había escuchado todos nuestros gritos seniles de infantes tercos, nos contó las arrugas, una por una las fue contando, vió aparecer nuestras canas cada mañana... y él seguía con su mueca imbatible, con sus brazos incansables extendidos como en un abrazo que nadie jamás le daría. Allí estuvo, viendo cómo todo se lo tragaba el abandono, el único testigo de los años incontables que pasaron frente a sus ojos muertos.

La apatía se lo fue tragando todo. Ya en los años más altos de la ancianidad ni siquiera éramos capaces de levantarnos de los asientos y pasábamos las horas sentados en cualquier lugar, soportando nuestros propios desechos fétidos, recordando con soledad los años de músicas aceleradas, repudiando aquel momento en que nos dimos cuenta de que ya no éramos jóvenes, porque nuestros hijos empezaban a comportarse como nosotros.

Y nos fuimos muriendo uno a uno donde nos sorprendiera la muerte añorada de nuestra longevidad inútil; fuimos cayendo en cualquier pasillo mugriento o en cualquier silla de la que nunca más nos habíamos podido levantar, tan vetustos y seniles que ni siquiera nos percatamos de haber muerto, sino que seguíamos intentando recordar cosas que hacía mucho habíamos olvidado, porque tal vez nunca ocurrieron, sin reconocernos entre nosotros ni por el olor de nuestra podredumbre de muerte que vagaba radiante por todas las habitaciones.

Y así pasaron los siglos, hasta que el jardín se convirtió en una selva que se tragó todas las ruinas, con nuestros huesos como aspavientos de años tan remotos que ya habían sido olvidados, y el espantapájaros ya comenzaba a parecer arcaico y arrugado.

Pero ha sido hasta hoy que otros cuervos nuevos han venido a retozar con él, que le han sacado sus ojos hechos con botones de alguna camisa remota; ha sido hasta hoy que han venido en bandada haciendo una bullaranga perturbadora, cientos de ellos, cubriendo de negro todo el cielo, han venido a llevarse sus entrañas de pasto seco, se le han posado tantos con sus alas

tornasoles que han roto sus brazos, lo han pinchado con sus oscuros picos asesinos y han levantado el vuelo en un apocalíptico graznido unísono, como riendo de su fechoría, cubriendo todo el cielo, haciendo sombras inquietas sobre las ruinas, lo han dejado falto de todo respeto y de su inmortal juventud de antaño; con una mueca petrificada de muerte. Lo han asesinado, ha quedado ciego, con las tripas secas de fuera y los brazos rotos. Hoy ha muerto.

Se ha quedado sola esta soledad, no hay ruidos ni luces y hasta el eco de los cuervos se ha marchado sin nadie que lo oyese. Ya no queda nada. Hoy, después de tantos siglos, puedo decir que la casa ya no existe, que al fin se ha derrumbado.

**Jóvenes Escritores**  
**Del Taller de Narrativa 2010**  
**(CNE, Centro Nicaragüense de Escritores)**

## NOTA

Estos últimos autores del cuento, surgen del Taller de Narrativa del CNE (Centro Nicaragüense de Escritores), impartido por Erick Aguirre (miembro de Número de la Academia Nicaragüense de la Lengua). Una selección de cuentos fueron publicados en el suplemento Nuevo Amanecer Cultural, de El Nuevo Diario, en el mes de julio del 2010.

Son autores jóvenes de los recientes años, que vienen narrando su propio tiempo abriéndose paso con sus escrituras, renovando el quehacer creativo generacional.

Los años de nacimiento de estos autores son: 1977, 1981, 1982, 1983, 1987, 1988, 1990.

## MISSAEL DUARTE

(Juigalpa, 1977)

Poeta, narrador y abogado egresado de la Universidad Centroamericana, UCA. Segundo Lugar en el concurso de poesía convocado por la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua. Fue miembro del Círculo de Lectores de la Universidad Centroamericana, UCA. Ha participado en festivales internacionales de poesía. Obtuvo el Segundo Lugar en los V Juegos Florales de Centroamérica, Panamá y Belice 2006.

Ha publicado *Líricos instantes* (Poesía, Leteo Ediciones, 2007); *Lienzos de la Otredad* (2010), texto auspiciado por el Foro Nicaragüense de Cultura.

Ha sido publicado en los suplementos *La Prensa Literaria*, y *El Nuevo Amanecer Cultural*. Y en la muestra de poesía *Retrato de poeta con joven errante* (Leteo Ediciones, 2005). En la actualidad, es Secretario de la Junta Directiva del Pen Internacional, capítulo Nicaragua.

### Una Noche de Teibol Dance

Dale vos, Mateo, llámala Tengo pena, Que la llame Cris, él vino aquí la semana pasada, Si sólo la vas a invitar a la mesa, Después nosotros hablamos con ella; Es la mejor de la noche, Mira qué tetas más ricas tiene, es alta y delgada, Yo ando plata suficiente, Cris, anda ponele los cincuenta pesos en la media y le decís que venga a nuestra mesa; mira que el viejo del sombrero le tiene ganas también... Cris llegó hasta ella y le puso el billete. ¿Qué le dijiste, Cris? Pues que viniera a la mesa. Pedí otra media de Gran Reserva y dame fuego. La bailarina terminó la presentación y los aplausos y chiflidos no se hicieron esperar. Un brindis, Por la hembra, chin, chin, chin, Por la hembra. ¿Vieron qué rica cuando se abrió? No sé vos, No hombre, no contestes, deja que suene, ahorita no queremos saber nada de novias... Ya saben que va a pedir lo más caro, No hay falla. Felipe, aquí respondemos entre todos. Felipe sólo

había observado hasta ese momento en que habló. La bailarina salió del camerino. Traía un vestido azul largo y de tirantes, zapatos de tacones altos blancos, el pelo suelto largo. Ya sabes, Felipe, Cris le va hacer la propuesta; Bienvenida, Cris, mucho gusto, Luisa; Mateo, mucho gusto, Luisa; Felipe, mucho gusto, Luisa. ¿Cerveza o ron? Cerveza, por favor. ¿Y sus novias? Todos se quedaron viendo por unos segundos. Yo no tengo, Yo tampoco, Yo ya hice la visita. El mesero llegó con la cerveza. ¿Puede traer más hielo y un paquete de cigarros, por favor? La siguiente bailarina se movía en el escenario al ritmo de la canción *Si tú estuvieras*. Felipe se nos casa, Entiendo, ¿Y era virgen, Felipe? Él se sonrojó con la pregunta de ella. No sé, es que... Cris, hizo señal al mesero de otra cerveza. Es que él es muy católico y cree en los pecados, se tomó en serio las clases de religión en la escuela, ya sólo le queda la última charla prematrimonial. El encendedor, por favor. Sonaron los aplausos y los gritos. Viene la otra tanda pero dentro de media hora, Un brindis por Luisa, Sí, Por Luisa, chin, chin, chin. Después que cruzó la pierna derecha, extendió la mano para alcanzar un cigarro. La otra media, Cris, llama al mesero. Como un acto de venganza, Felipe le preguntó: ¿Y qué sentís? A veces rico, otras veces quiero que ahí nomás termine... Mateo y Cris vieron con sorpresa a Felipe por la pregunta que le había hecho. ¿Puede limpiar la mesa y traer otra cerveza para ella, señor? Yo veinticuatro, Yo veintitrés, Yo veinticinco, ¿Y vos? Veintiocho, y tres en el oficio. Ya regreso, voy al baño. Dale, Cris, pregunta por cuánto, ¿Todos?, Sí, ¿O vos no, Felipe?, No, yo no. Volvió con el maquillaje retocado y con un toque de perfume que todos olieron. Señores, dentro de diez minutos vuelven las mejores chicas de la noche, se escuchó en los parlantes. Yo voy hasta la última ronda... Depende, si todos o uno, Por los dos, ¿Y quiénes?, Yo y Mateo, ¿Y Felipe? No quiere, sería doble pecado, dice. Si Felipe va, sólo pagan como si fuera uno, por ser su despedida de soltero, iy con todo lo que me pida! ¡Dale Felipe!, Maleo lo golpea en el hombro, ¡Por los amigos, Felipe, por los amigos! Vos vas a ser el primero, Nosotros nos rifamos el tumo con una moneda, Pecado es lo de ese italiano Rossi, con niños, lo bueno es que está preso, y el sotanudo mayor anda ahora pidiendo perdón a las familias, Esos si van directito al infierno, si es que existe. *(Y ahora cómo salgo de esta, no tengo ninguna justificación seria para negarme. Lo de la boda no tiene peso, el sida... me van a decir que están los condones...)* *(Ojalá que diga que si Felipe, me imagino encima de esta hembra que debe moverse rico).* *(Cris se ve que es el que tiene más experiencia, por lo visto es bueno a revolcarse con putas, y Mateo parece ser el de los reales...)* La una de la mañana, comenzó la otra ronda de bailarinas. En la mayoría de las

mesas estaban dos bailarinas, una que bailaba y otra sentada en las piernas de alguno de los clientes. No vamos a contarle a nadie, será *top secret*, sólo entre nosotros y ella. Es fornicación, no sé si podré ver la cara de Julia, me voy a sentir mal, lleno de vergüenza. Cuando llegó la otra media no estaban tan animados. Ella se comenzó a inquietar, pensó que perdía el tiempo y que no iba a ganar plata esa noche, y ni se distraería con Felipe. El deseo de hacerlo sentir mal a Felipe era menos que la inquietud. Con el mesero hizo llegar una cerveza el viejo del sombrero, ella se giró a su derecha y con una sonrisa amplia brindó las gracias al hombre. Mateo fue a orinar. "Estas son las mañanitas que cantaba el rey David..." se escuchó en la entrada de la puerta. ¿Y ese mariachi?, Es el cumpleaños del dueño. Todo el lugar se volvió un alboroto. Los clientes, las bailarinas cantaban las canciones a todo pulmón. Y cuando salió el dueño todo aquello era peor. La tranquilidad de las mesas se perdió. (*Creo que el mariachi puede ser mi salvación, ojalá que la serenata dure bastante...*) Cuando Mateo volvió de orinar Cris y Luis estaban callados, y ella observaba la celebración. La calma volvió a las dos y treinta de la mañana. Anunciaron la última ronda de bailarinas. Es fornicación, no puedo, es mi decisión final, ¿Cómo va ser fornicación? ¿Acaso María y José estaban casados para el revolquín de la procreación de Jesús? ¿O te crees ese cuento del Espíritu Santo?, No creo en los espermatozoides espirituales, si fuera así el mismo creador violó las leyes físicas, y yo no creo eso. Aquellas palabras hicieron el silencio más largo y tenso. Hasta que se escuchó: ¡Qué herejes!, nunca pensé que pudieras pensar eso, y sobre todo decirlo en un lugar como este. Con calma Felipe, y Mateo: dejemos a los teólogos con esas reflexiones, aquí lo más importante es el placer o el no placer, el revolquín o el no revolquín, nos conocemos desde el colegio y la amistad es sagrada. Un trabajador llegó hasta ella y le habló al oído. Voy al camerino, muchachos; salgo dentro de diez minutos, después regreso con ustedes. La vieron bailar *Me vas a extrañar* de Pepe Aguilar...

Es tu culpa, No, la tuya, Yo no boté las botellas ni comencé a pelear con el viejo del sombrero, Pero si hubieras aceptado la propuesta... El chiste era no pagar, era la primera gratis... Y vos de muy moral, y ahora hasta Julia sabe, qué va a pensar la pobre, su futuro esposo preso por escándalos públicos, ¿Y pensás que te va a creer? Hay veces que la mentira vale mucho más que la verdad.

JACK GRUBSTEIN ALEMÁN

(Managua, 1969)

Cuento seleccionado: "La regla de oro". Publicado en el suplemento Nuevo Amanecer Cultural, 31 de julio del 2010.

## LA REGLA DE ORO

Cuando en el año 2023 un viejito alto y de barba blanca se apareció en mi casa, reaccioné molesto y a la defensiva. Insistía en darme una reglita de oro. Le pregunté si la vendía, si la había robado, pero no contestaba. Las arrugas horizontales y verticales que se extendían por su cara se cruzaban entre sí formando cuadritos en su rostro. Por más que lo cuestionaba no obtenía respuestas, pero poco a poco, fijando mi mirada en sus ojos, mi actitud me apenó. Se veía herido por el tiempo, y no le notaba maldad.

Con una voz tranquila y segura me dijo que me la regalaba, que no la vendiera, y que llegaría a ser de valor incalculable. Era una regla delgada como muchas de plástico, medía treinta centímetros, pero era pesada porque era de oro.

Intenté indagar más acerca del porqué del regalo, pero ahora guardando respeto, como tratando de entender el acto, sin cuestionarlo a él. Me sonrió, me dijo que la cuidara y que un día comprendería.

Lo invité a tomar café. No aceptó y se fue caminando, lento y encorvado. A media cuadra se dio vuelta y me dijo adiós con la mano. Cuando cerré la puerta, me quedé extrañado y por

curiosidad comparé los centímetros con otra regla. Ambas medían exactamente igual. Esa misma tarde fui a una joyería. La regla era de oro de dieciocho quilates. Me quedé perplejo y sin saber qué más pensar, al llegar a casa la guardé en la caja fuerte.

Un año después, estaba viendo las noticias cuando presentaron un reportaje de última hora. El oro en la India estaba encogiéndose.

Al día siguiente el fenómeno se repetía por el mundo. Los dolores más traumáticos fueron bucales. Las coronas de oro sobre las muelas, al contraerse, trituraban la dentadura. Era tanto el dolor que la gente gritaba y corría sin saber qué hacer.

Miles de personas tenían que acudir de emergencia para que les desligaran los anillos a hospitales y joyerías. Algunos llegaban ensangrentados con la piel lacerada, otros con los dedos morados. Hubo pacientes que tuvieron que esperar por atención médica con el flujo sanguíneo restringido, y cuando eran atendidos, tenían gangrena. Muchos dedos terminaron amputados. Los aretes, collares y pulseras también se achicaron, pero se podían quitar con más facilidad. Aún así, en África y Pakistán, se dieron casos de mujeres que fueron ahorcadas por sus propios collares. Al transcurrir una semana, todo el oro se había encogido.

Pero los daños corporales no eran los únicos. Miles de computadoras, máquinas industriales y hospitalarias con partes y alambres de oro, dejaron de funcionar. Como consecuencia muchas fábricas cerraron y ciudades enteras quedaron sin electricidad.

Los científicos examinaban las propiedades del metal. Pero la masa atómica, la configuración electrónica, el radio covalente y todas las características se mantenían constantes. Los experimentos no daban respuestas y sólo ahondaban el misterio.

Hubo pánico entre los países que tenían sus reservas en oro. Las bolsas de valores tuvieron un desplome. Pero pronto el precio del oro se duplicó y la economía se estabilizó. Después, por las joyas y circuitos que tenían que reemplazarse, aumentó la demanda, el precio subió y los países con más oro terminaron con ganancias históricas.

Ante el alza del oro, mucha gente no repuso sus joyas. Y millones de matrimonios, sin anillos, terminaron. Las infidelidades aumentaron y los divorcios también. Incluso, miles de parejas suspendieron sus bodas ante la ausencia de prendas de compromiso. Meses después, los científicos reintentaban entender, pero no lograban ni formular hipótesis sobre la causa del fenómeno.

Yo había hecho mi pequeño experimento. Puse la regla de oro a la orilla de una plástica y los treinta centímetros en la de oro equivalían exactamente a quince centímetros en la de plástico. Y por supuesto, tampoco entendí. Pero me quedé viendo y pensando en la regla. No podía creer coincidencia el regalo y el fenómeno. ¿Quién era el viejito? ¿Por qué me dio la regla? Lo cuestioné por días y pensé: ¿Hay relación entre mi regla de oro y la regla de oro simbólica? Muchas religiones dicen: "trata a tus semejantes igual que quisieras ser tratado". ¿A qué niño, aunque sea con distintas palabras, no le enseñan eso? ¿Pero qué sociedad lo practica? Como que la regla universal es universalmente quebrada. Tal vez por eso dicen: "la regla de oro es que no hay regla de oro". Pero no podía ver relación alguna entre lo dicho y la regla que sujetaba en mis manos. Y después de meditar, la regresé a la caja fuerte.

Minutos después decidí verla de nuevo y me sorprendí cuando leí la inscripción que tenía. En letras pequeñísimas decía: "sólo el oro no cambia".

Al principio no comprendí. Pero poco a poco fui pensando en las posibilidades. Si todo el oro del mundo se había encogido sin explicación, lo inverso también era posible. Tal vez el mundo y todo el universo había crecido, menos el oro.

Sabía que era una idea descabellada. ¿Cómo creer que los humanos de la noche a la mañana se habían duplicado en tamaño, que la tierra había duplicado su diámetro, y que la distancia a un sol dos veces más grande era el doble?

Pero si se creía que el oro se había encogido ¿por qué no creer la alternativa? En principio, los dos conceptos eran igualmente inexplicables.

Me pregunté si el fenómeno también era aplicable al tiempo. ¿Cómo nos daríamos cuenta si el tiempo pasara el doble de rápido o el doble de lento si todo en el universo se ajustara al cambio? Si una hora durara dos y nos moviésemos más lento y todos nuestros actos nos tomaran el doble, ¿lo notaríamos?

Pasé la tarde y la noche observando y cuestionando la regla. Luego la regresé a la caja fuerte y me acosté.

A la mañana siguiente, un reportaje indicaba que el oro estaba creciendo y recuperando su tamaño original. Los fenómenos mundiales se invirtieron. Los anillos se deslizaron, las coronas dentales quebraron los dientes aledaños, regresó el dolor y el caos. El oro bajó de precio, y los científicos se hacían las mismas preguntas con la misma ausencia de respuestas.

Yo abrí la caja fuerte y, efectivamente, en comparación a la regla de plástico, ambas medían treinta centímetros.

Pasaba todo el día atento a las noticias. Pese a que el oro había recuperado su estado original, el mundo distaba de la normalidad. Los políticos y científicos se preguntaban qué había pasado y especulaban sobre los posibles fenómenos en camino.

El pesimismo y la confusión crecieron, Todos caminaban aprensivos. Ante tanta relatividad, los puntos de referencia dejaban de existir y nadie sabía qué pensar.

Una semana después leí en Internet que las brújulas indicaban que el norte era el este. Me sentí aturdido. A la deriva. A los pocos días el norte volvió a ser norte.

Todo esto pasó hace años. Desde entonces las brújulas funcionan y el oro mantiene su consistencia. Pero las dudas permanecen. Nunca volví a ver al viejito. Nunca estuve seguro de lo que quiso decir. Pero de vez en cuando voy a mi caja fuerte y me tranquilizo, como creyendo que la respuesta está en la regla de oro.

OMAR ELVIR AGUILAR

(León, 1982)

Cuento seleccionado: "Disimular". Publicado en el suplemento Amanecer Cultural, El Nuevo Diario, 24 de julio del 2010.

### Disimular

Disimular. Hay que disimular a toda costa. Los compañeros de trabajo no deben saber lo ocurrido. Hasta el momento todo marcha bien, no hubo ni el más leve ruido fuera de lo normal. No es nada grave: una pequeña distracción. ¿Quién es tan bruto como para no saber usar la guillotina al cortar el papel? No pasa nada. Nada que no pueda esconderse al juicio despiadado de la colectividad. Nada que no pueda ser pasado por alto, como las ganas de tirarse un pedo en una reunión con eventuales clientes o el bostezo irrefrenable ante la perorata del jefe. No pasa nada que altere el planificado y armonioso desempeño; aunque la sangre no deja de fluir y el dolor se vuelve una carga que crece vorazmente. Hay que disimular entonces el quejido impertinente que escapa, la mueca atrevida que asalta, contrayendo los músculos faciales; el fluir casi inmediato al corte, reclamando la pronta intervención del pañuelo. Un momento en el baño, simplemente un pequeño percance de aseo personal. El tiempo comienza a estirarse, parecen décadas las transcurridas desde el accidente, décadas durante las que se flota en una especie de vigilia artificial asociada a la conspiración del disimulo. Se toma la decisión de asomarse a la herida, tratar de evaluar el daño, pero ¿qué se le va a evaluar a esta minucia? Si lo ocurrido equivale a un estornudo: una explosión molesta, involuntaria e intrascendente. Examinar la lesión es admitir su existencia. Es darle importancia a aquello que no lo tiene. ¡Pero cómo alguien puede ser tan imbécil! Y en medio de estas consideraciones: el dedo mutilado, el

trabajo de la guillotina que cercenó casi toda la tercera falange. Ahora que se está más al tanto del problema, el dolor parece reclamar un mayor tributo de angustia y por primera vez fingir empieza a ser un acto ingenuo: gritar, berrear, aullar, complacer la fuerza ciega que impele a dejar de lado el donaire y el garbo cuidadosamente trabajados; buscar ayuda, alguna mano solidaria que asista en la tragedia. ¿Tragedia? ¡No! No se debe exagerar, es pura impresión, una simple herida menor, agua y jabón y de vuelta a la computadora, a los cálculos del presupuesto, al informe detallado de las ventas, a la elaboración del Plan Operativo Anual, al chat con la niña esa que —admirada ante las carpetas rebosantes de fotos en el Facebook: Ometepe, Corn Island, Roatán, Varadero— ya aceptó la invitación a cenar y previsiblemente más tarde ocupará un lugar entre los trofeos de caza. Esto no es nada, no lo suficientemente serio como para renunciar al orden aséptico de la oficina, de las mangas cuidadosamente dobladas, de la barba finamente afeitada con forma de candado. Las molestias que vendrán serán peores que el dolor: las explicaciones, la torpeza vergonzosa, el bochorno por la falta de hombría delante de un asunto tan insignificante. Uno no debe permitirse tamaña indignidad. Aunque la sangre fluye sin esperar cualquier providencia para contenerla, ya mancha el piso, la ingenuidad del disimulo comienza a ser verdadera necesidad; el dolor ha crecido como un incendio devorador que reclama expresarse con ese lamento sostenido, capitulante, estremecedor; la sangre, persistente, parece un escándalo de pirotecnia, una danza festiva, un borbotón salvaje. Luego viene el vértigo; alguien se ha percatado de que las cosas no van bien y se acerca cada vez con mayor rapidez, balbuceando frases que parecen constituir una pregunta. Habrá que reconocer la derrota y darle al dolor el placer de las lágrimas, sólo que ahora el mareo es otro adversario espetando su presencia, oponiéndose a los dos pasos que se dan en busca del encuentro con la persona que viene a socorrer. El desmayo acude al punto, como la afirmación rotunda y monolítica de una verdad ineludible.

## ULISES JUÁREZ POLANCO

(Managua, 1984)

Narrador y traductor. Ha escrito "Siempre llueve a mitad de la película" (Nicaragua / cuentos: plaquette personal, 2008); y "Las flores olvidadas" (México / cuentos: FONCA/AECID, 2009).

Ha sido incluido en la *Antología de la novísima narrativa breve hispanoamericana*, editada por Unión Latina en 2006 (el perro y la rana, 2007) y 2008 (Grijalbo, abril 2009).

Forma parte del colectivo de traductores de Rebelión y Tlaxcala, la red de traductores por la diversidad lingüística. Tiene publicados cuentos, artículos, traducciones y reseñas en periódicos y revistas nacionales y extranjeras; y coordina Leteo Ediciones, una iniciativa editorial sin fines de lucro para promover la literatura nicaragüense.

### *Amor Interrumpido*

*Para Francisco Ruiz Udiel*

La noche que las conocí se jugaba la final del Campeonato Mundial de Béisbol, un juego memorable en que intercambiábamos ceros con Cuba y el Estadio Nacional parecía pronto a derrumbarse por tantos fanáticos brincando como poseídos.

Yo había bajado a los baños en el noveno inning, apresurado por no perderme el turno al bate de Cheslor Cuthbert, el niño-promesa que jugaba con los Reales de Kansas City y que durante el campeonato había bateado casi perfecto para agenciarse la Triple Corona con apenas veinte

años. "Este maje la va a reventar", dijo Uriel. "Aquí anotamos la del gane", sentenció, seguro que rompíamos ese empale a cero. Pero el ser humano tiene que hacer lo que el ser humano tiene que hacer. Cuando la vejiga empezó a reclamarme groseramente, salí disparado en busca del urinario. Llegué e hice lo mío con una rapidez jamás vista, y mientras me subía el zíper escuché como retumbaba la estructura de cemento cuando los parlantes anunciaban que el Costeño Maravilla se cuadraba frente al espigado Norge Luis Vera. Lo que vino a continuación debe ser propio de un sketch de Luis Enrique Calderón o Eugenio Derbez, porque siempre pasa algo catastrófico cuando uno tiene prisa. Antes de salir del baño tropecé, rodé sobre el piso como acróbata circense y terminé con la cabeza completa de cara al pasillo, lo que me confirmaba que aquello que dicen sobre la salubridad de los baños públicos era cierto y me hacía creer que mi mala suerte no podía empeorar. Hasta que escuché el grito de "se va, se va, se va, se va, y se fueeeeeeeee la pelota". Jonrón de Cheslor Cuthbert y yo lampaceando con mi cuerpo el baño del estadio.

Pero fue entonces que un destello de luz apareció al final del túnel. Mejor dicho dos destellos de luces al final del pasillo. Desde el nivel del piso conocí cómo fueron las apariciones sobrenaturales, porque ahí tenía todo lo necesario: el momento preciso, el resplandor inexplicable, el aura de paz, la belleza total. Mientras ellas cruzaban frente a mí sin siquiera dignarse a verme en su desfile coqueto, yo me enamoré de ambas en ese primer encuentro. Supe entonces que conquistarlas no sería fácil, teniendo el reto de también enamorar a su guardiana, Anasha Allen, sin dudas la mujer más fea de todo el Caribe y sus alrededores.

¿Pero cómo vivir mi historia de amor obviando que Anasha Allen, fealdad aparte, tenía las nalgas más extraordinarias que hombre o mujer hubiese encontrado en esta o cualquier otra vida, y que justamente yo me había enamorado de ellas dos? El destino es así, cruel y tosco, quizás más irónico, porque esta mujer que me recordaba tan fielmente a los versos de Oliverio Girondo, que citan a "una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias", esta misma mujer, tenía, como he dicho y con el perdón de las damas aquí presentes, las nalgas más exquisitas, de tamaño trasatlántico y elevadas como si una percha invisible las mantuviera apuntando al Paraíso en las alturas. No era preciso más para que yo estuviera rendido a sus pies. Bueno, también estaba rendido a sus pies por mi accidente en el baño, caí

en la cuenta, y si algo bueno habría de sacar de este incidente tendría que aprovechar ese segundo exacto en que ellas dos pasaban frente a mí.

Partido en dos, una mitad planeaba cómo presentarme a esa mujer-espanto sin que mis dos amores se pusieran celosas, y la otra mitad me fantaseaba en Corn Island tomando el sol feliz, ellas bailando palo de mayo y yo cantándoles feliz como lombriz *mis guasiruquitas, lindas palomitas, vénganse mamitas que las voy a acurrucar*. Así pues, sin terminar de incorporarme, con todo mi peso sobre una rodilla, yo un Romeo fatalmente enamorado, estiré mis brazos agarrando una pierna de Anasha Allen y, frunciendo mi frente ante aquella imprudencia mía, a ojos cerrados, mis labios inquietos se clavaron en uno de mis destinos que la vida me había trazado: el glúteo izquierdo caribeño, caoba achocolatada, que resaltaba sobre la licra blanca. Ese instante fue el mejor de toda mi vida, si fuera más extrovertido les diría que el éxtasis fue tal que olvidé hasta donde estaba.

También ayudó a esto último Anasha y su bolso, que inhumanamente me enviaron a la inconsciencia más desoladora.

Pobre de mí.

Cuando desperté Uriel y alguien que no reconocí me llevaban casi a turo hacia la salida del estadio. El desborde por la victoria pinolera era tal que Uriel gritaba sonoro hasta ponerse rojo, lástima que yo sólo escuchaba un perpetuo pitido en el oído donde el bolso de Anasha destruyó mi felicidad.

En el parqueo una gran muchedumbre sacaba en hombros a Cheslor Cuthbert, el héroe del partido. Para un fanático del béisbol como yo, ganarle a Cuba fue el gustazo que hubiera barrido con todos los pedazos de mi corazón roto. Pero vino el trancazo y fue peor. Cheslor Cuthbert tomaba la mano Anasha Allen, y luego le besaba apasionadamente en la boca mientras sus manos bajaban impertinentes a saludar a mis dos amores.

¡Hijas de su Pink Floyd!

Mi cólera y despecho fueron tales que deseé que la fealdad de Anasha Allen también descendiera a sus nalgas, que aquellas dos ingratas que me habían roto mi ser se llenaran de granos y celulitis y que poco a poco la gravedad fuera siniestra y las acercara, a ambas, a setenta y ocho centímetros del suelo, como insinuaba el mismo Oliverio.

Pero con ese verso, y ahí mismo, reconocí mi problema: díganme aquí los caballeros presentes, después de conocer dos nalgas etéreas como las de Anasha Allen, ¿puede brindarnos alguna clase de atractivos cualquier par terrestre?

## ENRIQUE DELGADILLO LACAYO

(León, 1988)

Escritor de narrativa y poesía. Director del grupo literario *Lituz* de la Universidad Centroamericana (UCA), institución donde estudia Ciencias Jurídicas. Bloguero y Co-editor de la página web literaria *El Nocturno diurno*.

Sus textos han sido publicados en ediciones de VOCES NOCTURNAS, y en la revista leonesa Des-Honoris Causa. Ha sido publicado en el suplemento Amanecer Cultural, El Nuevo Diario.

### Desde Algún Trono

Abrió las pruebas del periódico con suma rapidez, volteó las páginas de forma brusca y desesperada. Arrinconado en su espléndida silla de madera tallada en el siglo XVI, al pie de un lienzo de Velásquez, con un cigarrillo desmoronándose en el borde del cenicero cristalino, se encontraba. ¡Eureka!, ahí, justo en la sección de economía, donde caen y suben los indicadores como niños divirtiéndose, en caída libre o en el simulador de un cohete espacial, estaba su nombre, su foto, sus palabras ordenadas una a una, tan delicadas y sólidas como una hoja de papel cilíndrico sosteniendo una plancha de concreto. La entrevista estaba completa. Silencio...

el asco y la ira inundaron la idílica sala de estar; frunció el rostro al verificar que su respuesta a la pregunta *¿está en sus planes invertir en la nueva carrera espacial?*, resultaba definitivamente incoherente con su depurada percepción de las galaxias, el espacio y el tiempo. Después de diez segundos de practicar una técnica mahometana para controlar la ira a través de la respiración, decidió que aquella entrevista no se publicaría al día siguiente.

Después tomó la siguiente galera de periódico, con la misma gentileza y rapidez con que suelen leer los tipos civilizados; en media mitad de segundo descubrió que algo faltaba en aquella prueba facsimilar, en la sección deportiva. Reflexionó un momento y concluyó que los Yanquis de New York no debían ser percibidos como un equipo avasallante; su victoria de 13 x 3 sobre Milwaukee debía percibirse como un mal momento de los Cervecedores. Odió el titular: "YANKIS BOMBARDEAN". Tampoco aquel artículo conocería la imprenta para llegar al mundo al día siguiente.

De pie, con su larga y blanca nariz a un milímetro del vidrio de la inmensa ventana, desnudo, observó la ciudad, estirada bajo el nivel de su mar. Cogió un alfiler de plata y pinchó su dedo gordo, lo examinó con cautela, degustó la gota de sangre y cerró las cortinas. "La gente merece estar bien informada", pensó, sin dejar de chuparse el dedo.

## JAVIER REYES RUIZ

(Estelí, 1988)

Javier Reyes Ruiz. Nacido en Estelí, Nicaragua, en abril de 1988. Egresado de la carrera de Derecho con Especialidad Económica en la Universidad Centroamericana (UCA).

Forma parte del Grupo literario LITUZ. Recibió El Taller de Narrativa impartido por Erick Aguirre, y de Poesía, por Julio Valle-Castillo, en el Centro Nicaragüense de Escritores. Ha

publicado recientemente en las revistas de literatura, SOMA y LITUZ; así como en el suplemento Amanecer Cultural, El Nuevo Diario.

Soñar, Despertar...

*"...con alivio, con humillación,  
con tenor, comprendió  
que el también era una apariencia,  
que otro estaba soñándolo. "*

*J.L. Borges.*

*Las ruinas circulares.*

Una vez leí en algún lado que la realidad es una suma de muchas realidades más pequeñas. Pensándolo bien, la vida es el resultado de muchas vidas que nos llegan y nos dejan. ¿Quién podría imaginarse que en otros lugares hay personas que hacen lo mismo que uno? Sentados en el suelo, en un asiento, en una cama, pensando que otros piensan en otros y sintiendo a su vez que se es pensado.

Imagino que habrá alguien en una estación de Peterborough viendo caer la lluvia como en Managua, esperando algún tren; si aquí hubiera tren yo también lo esperaría. Tal vez si estuviera allá la conocería: fíjate que la ciudad es más gris cuando llueve... Si —suspiraría—, la veo más claramente, como si el agua se llevara el polvo del ambiente y los colores restallaran después que deja de llover; movería la cabeza: si.

Los edificios enormes, cubiertos de cristal, en medio de la lluvia se ven igual de tristes que las champitas de Managua, la lluvia suena de la misma manera en la casa de vidrio o en la de tablas; desde afuera se ven igual, todo es como si se estuviera purgando, y las gotas se destripan contra el vidrio de la dos, o contra el del tren que lleva a Westmount; todo se ve igualmente triste.

Ella igual que yo, sentados en un asiento que se comparte con un extraño, sin querer conversar, sin querer verlo, sólo metidos en nosotros mismos, pensando que si estuviéramos en Managua (ella piensa en Managua) o en Peterborough (yo quiero estar en Peterborough) estaríamos hablando de las cosas que son comunes a dos personas que se sientan en cualquier lugar a ver el paisaje de una ciudad que se limpia con la lluvia, de lo loco que está el clima (en Managua, no sé en Peterborough), de las calles tan limpias y lo bueno que es el tren para la economía de los obreros (en Peterborough, ya sabemos que no en Managua), y al fin tendríamos que bajar en la parada que sigue, levantándonos a tiempo, o a destiempo respecto a la lluvia pues aunque nos encanta ver llover, no nos gusta mojarnos tanto, sobre todo cuando Managua se llena de agua en las aceras y en los cauces, y que debemos saltar como ranas en medio del tráfico infernal.

La gente camina igual que en cualquier lugar en el que el cielo se decide a dejar caer agua a montones, siempre con zapatos cerrados (aunque en Managua la moda o el calor obligue a algunas mujeres a usar sandalias), suéters, sombrillas, gabardinas y bufandas, y tal vez si esas latitudes son demasiado frías algunos guantes y orejeras; de todas formas no nos libraríamos de mojarnos algo, y de recordar que ha sido así desde que el hombre es hombre y la mujer es la ilusión del hombre.

Caminamos nosotros también entre ellos, ella gruesamente vestida, pues en Peterborough hace mucho frío, y yo, previendo que Managua es una ciudad imprevisible, sólo uso lo que usaría alguien que sale del trabajo, ligeramente vestido. Los dos, caminando entre la gente, esquivando a quienes parecen que vienen a nuestro encuentro, apartándonos ligeramente con un movimiento frontal de hombro, entraríamos corriendo a la UCA o a Trent; entraríamos a nuestros salones, voltearíamos y en realidad vemos que durante todo nuestro lluvioso viaje, nadie nos acompañó y recordaríamos aquel pensamiento que dice que la realidad se compone de muchas realidades. La mía y la de ella son dos vidas dentro de nuestras vidas, que seguimos imaginariamente. Sí, quizá alguno es el imaginante y otro el imaginado.

## JOEL MOLINA PARRALES

(Managua, 1990)

Cuento seleccionado: "Ruido". Recibió el Taller de Narrativa impartida por el Erik Aguirre en el Centro Nicaragüense de Escritores, su cuento fue publicado en el suplemento Nuevo Amanecer Cultural, El Nuevo Diario, el 31 de julio del 2010.

### Ruido

¡Chiclecarameloe'mentauncórdoba...!

¡Maní con chile manímani...!

¡Aguaguaagua heladitaelagua...!

Es la parada del Ganchoe'camino, ya llegué al mercado.

Como barco en puerto se avalancha una legión de vendedores ambulantes y sonámbulos. Sube una niña, pidiendo por sus hermanitos. Ofrece su flor de palma, misma que nace de sus míseras manos. También sube un pequeño entusiasta, que instrumento en mano canta *"poderoso es nuestro Dios, poderoso es nuestro Dios "*

¿Dije instrumento? La triste botella plástica que contamina y el montón de piedritas que la llenan, acompañan al unísono: *"Él sana, Él salva, poderoso es nuestro Dios "*. Pirucas y huelepegas tienen por cama cartones tendidos sobre el suelo, en los recovecos en el mercado. Cúmulo de basura, festín de perros. El charco fétido que llena el bache de la calle arroja el reflejo de esta cruda realidad... Y esto no es ningún cuento.

El ruido es lo que impulsa al motor.

Desde aquí ya diviso la fila, es larga y desordenada A los lados vendedoras apostadas, bajo sombrillas de colores, ofreciendo chancho con yuca. Al otro lado de la calle, paralelo a un cauce, una serie de amarillentas máquinas foto copiadoras. Es la parada del consulado tico y aquí bajan

muchos. Si alguien me preguntara como llegar a Costa Rica yo le diría: "mira, primero agarras la 11 o la 68, el resto depende de la visa". Reparo en un rostro, tomo la parte por el todo, es una "mujeres"; deja a tantos chavalos con la "abuelas"... y es que el "papas" hace tiempo que se fue para "pura vida", no se ha vuelto a saber de él... ¿También se lo habrán hartado los perros? Ésto tampoco es un cuento. Lo que impulsa al motor es el ruido.

Se pasa de cerca por un edificio del Estado, por una tal catedral y por una plaza del sol. Hay comisionados en la plaza, hay imágenes en la catedral y hay murales en el edificio del Estado, y todos éstos sí que te tiran un cuento: qué revolución, qué cristianismo, qué mártires, qué reconciliación, qué héroes, qué servicio...

El motor es impulsado por el ruido.

Al lado de Metrocentro también hay un centro comercial. Son distribuidores exclusivos. Aquí venden al por mayor votos e identidades y piensan sacar al mercado un nuevo producto de uso obligatorio llamado reelección.

Todo gira, como un bus en una rotonda que tiene el nombre de un poeta que mucho se menciona y que también tuvo que emigrar. Es que aquí la educación se renta, ya sea por jesuitas, por empresas privadas o por los de UNEN, que la ceden a cambio de adeptos.

Por el ruido el motor es impulsado...

¿Y a mí qué me impulsa a escribir este cuento a diario?

Creo que la esperanza de llegar a mi última parada, ser autónomo y escribir otro cuento, uno diferente.

## CARLA BERMÚDEZ ULLOA

(Matagalpa, 1981)

Cuento seleccionado: "Del amor y los semáforos". Recibió el Taller de Narrativa, en el Centro Nicaragüense de Escritores, su cuento fue publicado en el suplemento Nuevo Amanecer Cultural, el 17 de julio del 2010.

### Del amor y los semáforos

—Se te está haciendo tarde para tu encuentro con Laura.

—Ni siquiera sé si se llama Laura.

—Ya sé que no te ha dicho su nombre, pero no sería mala idea llamarla Laura.

—No importa el nombre, ya decidí no pensar en ella, es un caso imposible... Y qué tráfico mas balurde el de ahorita, ¿verdad?

—¿Cuántas veces fueron, dale contame?

—Fueron tres veces nada más, las suficientes como para no seguir en ese rollo, la primera vez fue en los semáforos de Larreynaga, la segunda en los semáforos de la UCA, y la tercera aquí, justo en estos semáforos. Mira cómo estoy sudando, sólo de acordarme hasta las manos me tiemblan...

—Pero decime, ¿por qué no querés saber nada de ella?

—Mira, esa última vez ya era un poco tarde, la clase seguramente ya había empezado, entonces vi por el retrovisor y reconocí el microbús de su trabajo; supongo que era de su trabajo. Decidí bajar la velocidad y otra vez quedamos lado a lado, ella siempre en el mismo lugar. Ni atrás ni adelante, sólo distante del resto de las personas que iban en el microbús. Me miraba fijamente y yo sentía una tibieza que en las dos veces anteriores no había sentido. Sus ojos en mí y la luz en rojo del semáforo me convirtieron en otra persona, capaz de seguir ese microbús y esperar que ella bajara para hablarle, presentarme sin pensar en lo que hiciera cuando se diera cuenta de mi condición... Es increíble cómo en un lugar tan caótico como Managua sucedan estas cosas. Con decirte que ahora cada semáforo en rojo es capaz de

alborotarme un cosquilleo que me recorre el cuerpo arriba y abajo, esperando que ella aparezca...

—Qué bárbaro. ¿Y seguiste el recorrido?

—Sí, y mientras seguía ese microbús me imaginé muchas cosas, sí, me imaginé con ella, todo el tiempo con ella. Básicamente anduve por toda Managua. Un policía me detuvo, entonces le di para su gaseosa; era la calle de ENEL, lo bueno es que estaban reparando una zanja y no me retrasé mucho. La lluvia fastidiosa agigantaba los baches y yo sólo pensaba que si una llanta se me jodia sería mi final. Fui testigo de dos asaltos y un accidente, vos sabes, de las cinco a las seis en estas calles pasa de todo un poco. Cuando entramos a la Máximo ella bajó lentamente las gradas, y yo me detuve. Por fin la miraba entera, de pies a cabeza. Andaba un uniforme gris muy parecido al de las cajeras de los bancos, tacones negros, cabello suelto y un bolso café del que lentamente sacó un bastón plegable, y con su mano derecha lo fue extendiendo... Poco a poco ella se iba distanciando de mis ojos, y me quedé pasmado como cualquier persona desilusionada por ver lo que no quiere imaginarse.

—¿Le hablaste? ¿Te presentaste?

—¡Cómo se te ocurre! Claro que no, encendí el carro y me fui, ¿qué tipo de vida pensás que puede tener una ciega junto a un lisiado en silla de ruedas? Eso sólo pasa en las películas.

## ABRIL GARCÍA ANDRADE

(Managua, 1987)

Cuento seleccionado: "Claroscuros, cálidos y fríos". Recibió el Taller de Narrativa, Centro Nicaragüense de Escritores, su cuento seleccionado fue publicado en el suplemento El Nuevo Amanecer Cultural, el 17 de julio del 2010.

### Claroscuros, cálidos y fríos

Me desperté de un mal sueño, y en él sólo recuerdo el oh fortuna que todavía resuena entre mis neuronas; una de esas pesadillas que luego olvidamos, de las que el sabor amargo nos queda en la cabeza y en el pecho. Pero bueno, supongo que hay secretos que nuestra cabecita necesita guardar. Hay unos que descubrimos y otros que no deben descubrirse. Ahora quiero volver a dormir, pero no aquí, este lugar no me agrada, parece una caja iluminada, con grandes ventanales que permanecen cerrados, y no sé por qué, pero la mayor parte del tiempo dentro del caserón se siente un frío extraño, hasta se oyen voces fantasmales susurrando por toda la casa, Elisa cree escucharlas.

—No, no es hora de dormir, mejor que inicie el principio del final...

Un día mientras pintaba, recuerdo que un viento frío se coló por la ventana, haciendo de las cortinas brazos florales desesperados por tratar de alcanzar un no se qué, y la mañana gritaba con aquellos majestuosos rayos que parecían caer rotos sobre una mesita atiborrada de pinceles de todos los tamaños; era como una pirámide o un túmulo de palitos, unos gordos, otros muy delgaditos, unos muy largos y otros chaparritos, todos al fin y al cabo salpicados de colores.

Entré calladita a la habitación, dejé sobre la cama un vaso con lechita tibia y unas tostadas decoradas con pincelazos de mantequilla y miel. Estaba sentada, llena de colores, pintando en su mundo; de su espalda parecía brotar un par hermoso de alas blancas, salpicadas de azul ultramar y turquesa. Así es ella, en su mundo todo empieza cuando toma un pincel y lo llena de color; es allí cuando se reinventa, es todo menos humano, no siente hambre, no siente frío, ni sed, sólo siente la necesidad de darle vida a lo que ella es, a sus ideas infinitas y mágicas, esas que echan piecitos y saltan al lienzo así como si nada para conquistarlo y quedarse allí para siempre. Allí estaba, de reojo me vio y desplegó aquella su sonrisa de ángel, y yo feliz la dejé pintando.

Se dio la noche, fui a su habitación, continuaba pintando. Me dijo que iba quedando bien, pero que no podía mostrármelo hasta que lo terminara. Sí, como todos los artistas, a los pintores les gusta dar el toque final pero bien dado, para poder mostrar la obra a como Dios manda... Pero bueno, contra eso no puedo hacer nada, le di el beso de buenas, le mire a los ojos y noté que no sonreían como lo hacía su boca, quizás era el cansancio, antes de irme le dejé la cena en su cama.

—Sí, Elisa, eso es lo que mejor recuerdo, a aquella pintora que dejaba su sueño y desvelo anclados en cada lienzo, en cada untadita de color, en cada pincel salpicado...

—Viene alguien, acostate y apagá la luz. Parece la gorda de blanco que nunca se cambia de ropa —dijo entre risas.

—Sí, la que se perfuma con alcohol; seguro viene a mandarnos a soñar, eso es lo único que sabe hacer. Shuuu, Shuuu.

Una lámpara iluminaba las camas y los rostros de treinta, treinta-cuarenta, cuarenta-cincuenta y más; uno por uno, hasta que llegó al rostro de doña Sara, y claro que según ella estaba bien dormida, roncando a sus anchas. Después de la breve visita nocturna se oyó un portazo, y la que roncaba a su antojo tenía un ojo medio abierto y el otro cerrado. Los moros en la costa se habían retirado y la roncona continuaba con sus recuerdos...

Te decía que le dejé la cena en su cama y le dije que no se desvelara porque los efectos del desvelo no la perdonarían, y eso fue, creo, como un prelude de eso que no recuerdo, pero sí recuerdo que me abrazó fuerte y cubrió con besos mi rostro, diciéndome que haría lo posible para no desvelarse. Lo dijo con tono de cansancio, llevaba puesta su bata ruda salpicada, esa que los pintores usan para no manchar su ropa dominguera, yo le besé la frente ya despojada del sombrero que tanto le gusta y de aquellas sus hebras encolochadas de oro y castaño; después me fui a dormir para no atrasarla más, así que cerró la vieja y rechinante puerta de tonos que me recordaba aquellos sus inicios violinescos, y sus dedos gorditos que luchaban por mantener la presión sobre las cuerdas y que trataban de dar con la nota; entre toda esa búsqueda se escuchaba una tonada chillona y desafinada. Cada vez que lo recuerdo no puedo evitar sonreír, y cuando finalizaba de ensayar sus lecciones le terminaban doliendo los deditos, entonces empezaba a agitar sus manitas mientras caminaba hacia mí para apaciguarle el dolor, y yo la sentaba en el sofá, cada dedito recibía un beso, después era la hora de la lechita tibia. Sí, entonces cerró la puerta, yo me fui a dormir.

—Sí, ya tenes sueño, vamos a dormir.

—No, todavía no, estoy contándote lo que recuerdo, idéjame en paz!

—Y yo siempre soportando tus...

—Shuuu, ya tengo sueño, durmámonos ya.

—Te lo dije, buena noche.

A la mañana siguiente les tocaba visita, allí en el patio estaban todos, revueltos entre familiares y los que parecían no cambiarse el atuendo blanco. Algunos sentados sobre la grama, otros bajo un árbol, todos haciendo algo, o simplemente sentados viendo fijamente a algún punto. Qué vista aquella, una escena salpicada por cálidos y fríos, doña Sara de frío, una bata verde tierna muy agradable, estaba sentada a la sombra de un roble continuando con lo que recordaba y engullendo también su merienda matutina.

—Entonces le decía que...

—¡Te están viendo!

—Sí, Elisa, todos pueden vernos, está rico el pan, come.

—No, la gorda y su esposo te están viendo.

—¿Tiene esposo?

—Sí, miralo, allá está a su lado, seguro que también huele a alcohol como ella.

—No importa, te decía que a la mañana siguiente... a la mañana siguiente, esa mañana que no recuerdo muy bien. Déjame recordar, mm... ¿que por qué estoy sonriendo?, porque trato de acordarme...

Esa mañana su hermana les visitaba, llegó como a las diez, habían quedado en que iban a hacer juntas el almuerzo y pasar un día en familia.

—Sí, eso queríamos —dijo su hermana mientras parecía llegar de la nada.

—Cristina —dijo el doctor sorprendidamente.

—Aquí tiene el expediente, con permiso.

—Vaya —dijo el doctor, despidiendo a la enfermera.

Así es, la visite esa mañana, me recibió como siempre, con gran sonrisa, me invitó a pasar a su habitación, quería mostrarme un obsequio que Amelia le había hecho; al parecer lo terminó muy tarde, entró a la habitación y lo dejó con todo y caballete. Ella se autorretrato con su violín, un bello monocromático, con aquél sombrero que le obsequié en su cumpleaños anterior, el número 18, de fondos cálidos y fríos; era un contraste hermoso que hacía resallar aquel azul; ella y su violín, y aquella nota...

"Prefiero ser azul que tener tono nieve, prefiero a la muchacha de sonrisa al aire, al mundo, al día, al sol, a cada detalle de lo cotidiano".

Luego de ver el cuadro y de leer la nota, supuso que a esa hora estaría despierta, entonces decidió ir a su habitación y darle los buenos días; la puerta estaba entre abierta, y allí estaba, arropada desde los pies hasta los hombros, y su tez pálida. En aquel patio, Elisa se balanceaba sentada, mientras continuaba recordando.

—Esa mañana, esa mañana... un cuadro, azul, ella...

—Sí, ella. Siempre le gustó el azul, y ahora es otra mujer que también le ve, pero no es la esposa...

—Shuuu, recuerdo que fuimos a la habitación...

Ella estaba pálida, pero no me preocupé, porque no era raro verle ese tono por la mañana. Sara tampoco se preocupó, se sentó a un ladito de la cama para despertarla, le beso la frente, la sintió fría. Era una mañana un tanto calurosa, así que la desarropó con cuidado.

Sara Elisa aún trataba de recordar, pero de pronto dejó de balancearse; un silencio ensordecedor la invadió, su mirada fija hacia un punto se empañaba, y en su mente aquella escena afluía a la velocidad del rayo. Se vio desarropándola, estaba tan pálida como un lienzo sin usar, en la mano tenía un frasco, y una nota también...

"Viví lo que tenía que vivir, pinté lo que tenía que pintar, claroscuros, cálidos y fríos. Llegué a amar los minutos, sí, aquel tiempo que se desvanecía entre mis manos, pero sobre todo amé a mi madre. A pesar de Dios y mi madre decidí que el cáncer no decidiría".

En aquel palio, el grito estremecedor de Elisa sacudió cada hoja de los árboles; los internos se alteraron, unos corrían de un lado a otro, algunos se balanceaban sentados, gritaban, se golpeaban... Todo aquello era un caos, y aquel revoltijo hacía de esa escena un cuadro bonito pintado por Elisa, de cálidos y fríos, de claros y oscuros.

En ese preciso momento, doña Sara despertó muy alterada, tratando de orientarse, sus ojos aterrados buscaron la pintura en toda la habitación. Allí estaba, y junto a ella una nota pegada en alguna parte del caballete. Inmediatamente se dirigió corriendo hacia la habitación de la pintora; la vieja y rechinante puerta de tonos revueltos y desafinados estaba entreabierta, un escalofrío pavoroso le recorrió todo el cuerpo, abrió completamente la puerta y allí estaba Amelia, con claros y oscuros que la luna impregnaba en su rostro pálido. Estaba cubierta de los pies a los hombros; una clásica tonada se escuchaba, y una bella bailarina se movía al compás de la misma. Sara se quedó atónita sin saber qué hacer: de sus ojos gotas salobres se

desbordaban, después de unos segundos decidió sentarse a un lado de su hija; sus temblorosas manos acariciaban el rostro, con tono papel, de su hija, quien yacía en la cama.

De pronto, una pregunta se asoma entre luz de luna, entre claros y oscuros.

¿Ya amaneció? No quiero ir a la universidad —dijo la somnolienta pintora, mientras volvía a dormirse con la luz de la luna, entre claros y oscuros, entre cálidos y fríos.

## CAROL SOLÓRZANO CANALES

(Managua, 1991)

Cuento seleccionado: "Repetición". Recibió el Taller de Narrativa, en el Centro Nicaragüense de Escritores, su cuento fue publicado en El Nuevo Amanecer Cultural, El Nuevo Diario, el 24 de julio del 2010.

### REPETICIÓN

¿Quién lo diría? África y Latinoamérica disputándose la copa mundial de fútbol. No debía perderselo, pero le avergonzaba ver en la televisión cualquier cosa que tuviera que ver con el mundial.

Probablemente, de no haber ocurrido aquel incidente, estaría ahora allá viéndolo en vivo. Pero ahora está cobijado con una manta vieja frente al televisor, en el sofá de la casa de sus padres. Le avergüenza todo; cuando ve el mundial en la tele o hasta la valla más alta de una carretera siente que lo están viendo y burlándose de lo que le pasó. Aunque intenta resistirse, la historia se reproduce en su cabeza. Él, siendo el dueño y señor del *switcher*, nada más y nada menos

que el encargado de decidir qué cámara sale al aire, el dueño de los ojos de todo el mundo que presenciaba aquel final hace cuatro años.

Sus jefes pensaban que era ágil. Gracias a su dirección, el mundo miraba a tiempo las mejores jugadas y las repeticiones necesarias; hace cuatro años estaba ganándose el cielo. La cima de su carrera, en vivo, el mundial, el dueño de los ojos, todo era ese momento.

Decide apagar la tele, sin ver el juego, ir a dormir y creer que nada pasa, que ningún balón está siendo disputado por dos equipos, que no hay miles de personas gritando con pasión en un estadio lleno de colores, donde hay alguien más haciéndose cargo de entretener los ojos del mundo. No hay nada más que dormir. Hacer más esfuerzos por no recordar cuando falló a la regla básica de cambiar de toma cuando el aficionado que estuvieran filmando se diera cuenta. Fallaban dos minutos para ir a penales. Había sido un juego digno de la final, de los dos mejores equipos del mundo; un partido difícil, emocionante. Se le ocurrió que sería una buena técnica mostrar aficionados por unos segundos mientras los jugadores se preparaban para cobrar una falta a treinta metros de uno de los arcos. Ahora recuerda aquellas instrucciones "no más de cinco segundos, menos si se enteran que los están filmando". ¡Maldita manía de ser tan enamorado! Y maldita aquella rubia, que lo dejó con la cara de idiota cuando la vio con la bandera de Argentina pintada en las mejillas, con esa alegría de estar ganando, el pelo despeinado, los ojos brillantes, la cara bonita, la expresión de euforia con esa sonrisa, la cara de gol. La que lo dejó sin trabajo, y al mundo maldiciéndolo sin conocerlo, al ver el gol decisivo, en repetición, cinco segundos después de haber sucedido.

## YÁLANI ZAMORA AGUIRRE

(Managua, 1982)

Cuento seleccionado: "El árbol del jardín". Recibió el Taller de Narrativa, en el Centro Nicaragüense de Escritores, su cuento fue publicado en El Nuevo Amanecer Cultural, El Nuevo Diario, el 31 de julio del 2010.

### El árbol del jardín

—Serena, Serena, ¿me escuchas? —la voz quiere sonar naturalmente distraída— ¿Porqué no me ayudas a mover esta mesa de sitio? —toma del brazo a Serena pero ella cierra el cuerpo; lo entierra. Ni un rayo poderoso podría moverlo, ni siquiera el atrevido gesto de Cristo. —Está bien, no me ayudes —replica, y sin esperar más lanza una mirada cómplice al señor Balestri, que se encuentra sentado en el sofá—... Vamos, que yo solo no puedo. Serena, sin abandonar el vacío en el que se encuentra, intenta incorporarse, pero Cristo la cortó bruscamente.

—Ya no quiero que me ayudes, ahora ya no te necesito.

Ella retrocede. Sus ojos reflejan algo de luz, pero mortecina. Su cuerpo es una angosta cueva con cabellos negros. Tiene doce años.

—Pues bien, es un día agradable hoy ¿no es cierto? ¿Qué piensa usted señor Balestri? — Cristo se dirige hacia la ventana y abre de par en par sus puertas. Afuera hay un jardín y en el centro, como un hombre cansado, reposa sus ramas un viejo árbol.

—¿Te gustan los árboles, Serena?

*(Si, le gustan. De pequeña solía mirarlos asombrada por su grandeza. Una vez había soñado que de sus brazos y piernas brotaban ramas. Un poco asustada, al inicio, había querido deshacerse de ellas. Pero a medida que crecían podía alejarse de la tierra y verla desde el cielo. Revolverse en el viento.)*

—Este es un árbol muy especial y por eso se parece a Serena —sin esperar respuesta, Cristo se dirige hacia ella, que no está ahí, y la toma con firmeza. Ella aferra el cuerpo a los zapatos—.

—¡De ahora en adelante serás este árbol con las ramas abiertas! —sentencia Cristo, a pesar de su resistencia, y moldea sus manos como las ramas de un árbol. Torciendo levemente sus piernas para enterrarlas en el jardín imaginario, la deja plantada ante la mirada atónita del señor Balestri, que no logra decidir cómo comportarse ante tal escena.

—De ahora en adelante Serena permanecerá plantada aquí hasta que yo quiera. (¿No es lo que querías? Ya no estás aquí).

Serena desaparece. Ahora es el árbol en el jardín. Mientras tanto, los dos hombres se sientan e inician una conversación. Repasan los últimos acontecimientos del país y el rumbo de la economía. No parecen notarla más y así pasan varios minutos, cuartos de hora, hora y media. Serena lucha por mantener el equilibrio en su terrible interpretación pero sus brazos tiemblan. Se abandonan al pesado cuerpo que ha elegido ser. *(¿Pero qué es el abandono cuando no se conoce el afecto?)* Cristo observa de reojo cada uno de sus gestos y le reprocha:

—¡No puedes moverte, Serena, los árboles no se mueven! El aire en la habitación se vuelve denso.

—Dígame Sr. Balestri —dice Cristo tranquilamente-, ¿se ha comunicado con su ex esposa últimamente?

—No. Intenté hacerlo pero ella no quiere hablar conmigo...

—Ya veo... pues me hubiera gustado que estuviera presente hoy. Había planeado decirles algo muy importante y creo que es necesario que usted lo escuche —el Señor Balestri abre bien

los ojos como si por ahí fuera a recibir la noticia y se acomoda en el asiento con gesto de sorpresa.

—Dígame, doctor ¿de qué se trata?

—Bien, el asunto es... hay algo que Serena quisiera decirle, pero le resulta muy difícil.

—Digamos que... no se atreve por miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De usted. Serena le tiene miedo a usted. ¿Lo sabía?

—Nnnno, no lo sabía... —suda un poco en ese instante y quiere responder a la defensiva, pero Cristo continúa.

—Vea, se lo diré sin adornos. Ella piensa que usted podría asesinar a su madre...

—¿Que qué? —balbuceó incrédulo.

—Así como escucha, ella está convencida de que usted es capaz de matar en cualquier momento. Así que ya puede imaginar el temor que le produce regresar a casa...

—Pee pero... Yo nunca...

—Dígame —prosigue indiferente, ¿le puede asegurar que eso no sucederá? El señor Balestri, sorprendido, gira el cuerpo y se acerca hasta donde está su hija-árbol como lastimosa estatua de piedra. Le habla suave.

—Serena, hija mía, es cierto que tu madre y yo hemos tenido problemas y nos hemos dicho cosas terribles, pero te aseguro que yo nunca, jamás haría algo así. ¡Hija mía! ¡Papá nunca te lastimaría!

*(Son nueve meses en este lugar desde aquella mañana. Nueve meses de voces que te persiguen, de lámparas que nunca se apagan)*

—Usted quiere a su hija ¿no es cierto? —Se escucha a Cristo en medio del silencio.

—La quiero, sí.

—Entonces dígaselo, los dejaré a solas.

La película avanza. Serena ya no disimula sus temblores, pero sigue siendo un árbol. Él le peina los cabellos, los recoge a un lado como racimos de flores.

(Ya no puedes engañar a nadie, Serena, noto el temblor de tu cuerpo cuando se acerca)

Poco a poco, la ternura del padre va resbalándose por el rostro, por la boca, por la espalda.

Nace de sus manos como una figurilla de barro.

—Quiero llevarte al parque, princesa. Quiero sacarte de este cuarto.

De pronto siente ganas de soltarse. Lo intenta. Algo corre en ella. Algo al fin se mueve entre las venas, como la savia, saca sangre por la lengua. *(Pero si regreso ¿moriré?)*

—¡Princesa! ¡Estoy aquí! ¡No temas, no te haré daño!

*(Quiero pero no puedo)*

—¡Iremos al parque!

*(Quiero pero no puedo)*

*(Quiero pero no puedo) (¡Quiero un papaaá!)*

—¡Papá! —un grito estalla—. ¡Papá!

Poco a poco abre los dedos. Ya no son duros como ramas, al fin tiene una mano humana, al fin la coloca sobre su espalda. Lo abraza.

—¡Papá!

Vuelve a ser frágil.

*(Pero esta vez tiene un padre que la llevará al parque. Cesarán los gritos, la sangre).*

*¡Papá!*

Él la cubre con sus brazos, se hace humano, se desata el nudo, el corsé de las emociones y la acaricia, la acaricia como un padre.

—¡Hija! ¡Regresaste! ¡Aquí estoy! ¡Iremos al Parque!

\* \* \*

Dos meses después Cristo recibe una llamada telefónica. Le anuncian que el señor Balestri, reconocido notario de la ciudad de Nápoles, está preso. ¿La causa? Asesinato.

"Por lo visto —le explica su asistente con voz de oficio— tenía una relación amorosa con una mujer más joven de origen húngaro. Al cabo de unos meses la chica lo abandonó por otro y una noche, atormentado, la arrastró hasta un callejón para estrangularla. Según informes policiales la apuñaló doce veces, con sus propias manos ¡Imagínese, doctor: ¡DO-CE-VE-CES! Como para no dejar sombra de su sombra ¡Qué horror!...

—También quiero avisarle que Serena ya lo sabe. Ingresó al centro. Otra vez.

—Tengo que verla. ¡Esto es una desgracia!

—Pero Serena ya no es su paciente, doctor.

—¡No importa! Debo verla. Quiero estar con ella cuando visite al padre.

*(¡Serena, tenías razón y no pude evitarlo!)*

En la cárcel, el señor Balestri tiene el rostro oculto entre las manos. Siente vergüenza. Entre él y Serena no hay nada que pueda intercambiarse. Sólo el crimen los acerca. Sólo la fija certeza de lo previsto, de la muerte cumplida, del sueño de sangre. Cristo está a su lado.

Intenta protegerla, vencer la muerte, apartarla de sus fauces.

*(Ssshhhh, tranquila mi niña, no es a ti a quien busca).*

Afuera, cuando están a solas, la toma con sus brazos.

—Te fallé —balbucea—, sabías que esto pasaría y no pude evitarlo. Lo siento mucho —la mirada se quiebra. Intenta contenerse.

—Serena, sólo quiero que sepas que tu destino no es el de tu padre. Puedes seguir con tu vida, volver a la escuela, crecer, enamorarte... Fuiste la única en reconocer al asesino, lo viste todo el tiempo. ¡Piénsalo! ¡Nunca podrían hacerte daño!

Ella desaparece, está pero no está. Es una muñeca de madera, inmóvil. Una pinocha hecha por las manos de un Dios criminal.

*(Si no me muevo, no pasará nada)*

Cristo le toma la mano, con ternura, quiere salvarla.

—No puedes impedir todos los crímenes del mundo siendo un árbol, mi niña. ¡Nadie puede!

Lo que sí puedes es decidir qué será de ti: ¿serás una niña o un árbol?

\* \* \*

En diciembre hace frío y Roma se viste de neblina. Cristo está como siempre en su despacho, ordenando su correspondencia y entre el desorden de los papeles desparramados en su escritorio, encuentra un sobre azul. Tiene la fecha de hoy, y una línea: *Seré el árbol del jardín.*

Cristo siente un escalofrío y una ola de vértigo le revienta en la espalda. Escucha voces afuera, gente que corre. Agitado, se incorpora, corre, abre la ventana. Serena está ahí, colgada del árbol como un nido de oropéndolas. Al viento los cabellos negros. Serena vacía de silencios. El rostro distendido como en un sueño. Serena de manos flácidas, sin tensión, sin memoria-sin padres-sin cárcel-, sin metáforas. Serena, al fin, Serena.

## WENDY VADO CORTÉS

(Carazo, 1986)

Cuento seleccionado "El oro azul". Recibió el Taller de Narrativa, en el Centro Nicaragüense de Escritores, su cuento fue publicado en El Nuevo Amanecer Cultural, El Nuevo Diario, el 24 de julio del 2010.

## El oro azul

Todo comenzó una mañana de abril. El niño se despertó sobresaltado, la madre corrió para saber qué le pasaba. "Sólo fue un mal sueño", dijo, mientras acariciaba el rostro del hijo. Éste se acurrucó en los brazos de la madre: "Mamá, soñé que estaba muriendo y tú llorabas, porque no sabías qué hacer". La madre lo miró fijamente y con un tono de voz firme, pero a punto de quebrarse, le dijo una vez más: "Sólo fue un mal sueño".

El niño volvió a dormir, pero la mamá se quedó mirándolo y pensó: "ojalá que no ocurra pronto". Pero se dio cuenta de lo inútil de su pensamiento. Sí, iba a suceder. Los vecinos, el pueblo, el país ya sentía la escasez. Había oído rumores de que el gobierno iba a implantar una nueva forma de racionalización, porque ya no había lo suficiente para satisfacer a todo el pueblo. Las personas sabían que, desafortunadamente, lo poco que había iba a parar a manos de unos cuantos. Aquellos que tenían como pagarlo.

El abuelo la miró pensativa. "¿Qué tienes, mujer?". "El mismo sueño de todas las noches", dijo, sin poder esconder las lágrimas. "Mi hijo sueña el futuro". El abuelo suspiró. Él también lo sabía. Acaso porque lo había escuchado o porque sólo pensaba en eso todos los días. El fin estaba cerca, ya no sólo faltaba un poco para que la tinaja quedara vacía. Y el precio que ponían los cargadores era muy alto, tanto que no podían pagarlo. "Todo saldrá bien, hija, sólo recuerda lo de la viuda, y cómo Dios multiplicó el aceite".

La mujer ya había oído esa historia, en la Biblia. Narraba cómo, en tiempos de sequía, Dios mandó a un profeta llamado Elías a una tierra lejana en busca de una viuda, que sólo esperaba el tiempo en que se acabara el aceite que tenía en su vasija, para echarse a morir con su hijo. Cuando llegó el profeta y se quedó con ella, el aceite se había aumentado milagrosamente. La muchacha esperaba que el mismo milagro sucediera con ella. Pero el sueño de su hijo, su único hijo, la martillaba cada mañana, como un agujijón en su carne, o como diría el poeta: "como un heraldo de la muerte".

"¿En qué fallamos, padre, porqué no prestamos atención?". "Ya es inútil saber la respuesta", dijo el abuelo, mordiéndose los labios. Suspiró y miró hacia la calle. El día empezaba a clarear, las filas se comenzaban a formar para llenar las tinajas. El abuelo pensó, y recordó cómo anteriormente ese lugar era un bonito parque, donde él y sus amigos iban a jugar. Reían y saltaban en un lindo riachuelo cerca de la zona, cuyas aguas eran puras y frescas; era un pequeño oasis en el pueblo. Y ellos se sentían dueños de un pequeño paraíso. No tenían que morir para saber que existía... "Aquellos años", suspiró el abuelo. De pronto sus recuerdos se vieron interrumpidos por un disparo. La mujer corrió a la ventana para ver qué pasaba. Eran los cargadores. Habían disparado a un hombre que exigía un poco más. El gemido de una mujer se hizo escuchar y los murmullos de la gente crecieron. Una voz fuerte gritó: "¡Para que aprendan que sólo yo decido cuánto deben tener!". La voz venía de uno de los tres cargadores, el más anciano de todos.

El abuelo quedó viendo al hombre... Y pensar que había sido su mejor amigo. Ahora sólo era un déspota que explotaba al pueblo y controlaba el tesoro. Cuando hubo la gran crisis, dijo que no tenían nada porqué preocuparse, que él sabía el lugar donde encontrar lo que todos necesitaban, y así fue. Junto con sus hijos se fue a una expedición en las montañas por varios meses. Todos los pobladores ya los daban por muertos, pero para sorpresa de todos regresaron sanos y salvos... Y lo mejor, con miles de tanques llenos de un líquido azul, "el oro azul", como todos los llamaban: el agua.

Un frío extraño recorrió la casa y el abuelo se retiró de la sala y salió al patio. Delante de él aparecía un cielo medio oscuro, aunque era de día. Ya no había vegetación, ni árboles, ni arroyo. Todo lo que había eran cajas de plástico que servían como habitaciones. El viejo miró sus pies, tenían botellas de plástico en vez de zapatos. Debido a la escasez de agua, el mundo entero cambió su forma de vivir. Ya nada era igual a lo antes conocido. La gran depresión no tuvo nada que ver con dinero, tuvo que ver con el recurso más precioso, pero que nadie supo valorar: el agua. La ropa, la comida, las casas quedaron reducidas a modelos de plástico, comida sintética... Protegidos del ambiente por una burbuja gigantesca, pues el mundo se había convertido en un inmenso desierto poblado por alimañas y reptiles que encontraron el modo de sobrevivir sin

agua. Los países, ahora pequeños mundos reducidos a esferas de cristal, vivían en contiendas, y decidieron encerrar a sus pobladores y guardar celosamente sus recursos, pero sobre todo evitaban compartir lo poco que les quedaba del oro azul.

"¿En qué fallamos?", preguntó la hija. Un recuerdo quedó flotando en la mente del anciano. Sus ojos se volvieron al cielo y gritó con todas sus fuerzas, llorando: "¡En no saber que era un tesoro, y que debíamos cuidarlo como a nuestra propia vida!". Otro disparo sonó, pero esta vez nadie dijo nada.

## BIBLIOGRAFÍA

**ABIERTO HASTA EL AMANECER.** Carlos A. Vanegas. 1era Edición, Centro Nicaragüense de Escritores (CNE), 2000.

**ANIDE,** Revista Cultural de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE)  
No. 9, No.10, No. 11, No.17, No. 20 y No. 22.

**AZUL.** Rubén Darío. 1era Edición, Ediciones Internacionales, 2002.

**CUADERNOS UNIVERSITARIOS,** Homenaje a la mujer Nicaragüense en el año internacional de la mujer. Segunda Serie No. 15, 1975. UNAN – León.

**CUENTISTAS DE NICARAGUA.** Jorge Eduardo Arellano. 2da Edición, 1996. Ediciones DISTRIBUIDORA CULTURAL.

**CUENTOS.** Sergio Ramírez. Editorial Nicaragüense, 1963.

**CUENTOS DE RETAZOS DE AMOR Y DE TIEMPO.** Elioconda Cardoza. 1era Edición, 2002. Ediciones DISTRIBUIDORA CULTURAL.

**CUENTOS NICARAGÜENSES.** Adolfo Calero Orozco. Editorial Magisterio Español, S. A., 1970.

**CUENTOS NICARAGÜENSES.** Julio Valle Castillo. 1era Edición, Centro Nicaragüense de Escritores (CNE), 2002.

**DE TIERRA Y AGUA, Cuentos.** Fernando Silva. 8va. Edición, 2001. Anamá ediciones centroamericanas.

**DICCIONARIO DE AUTORES CENTROAMERICANOS**, Colección Cultural de Centro América Serie Literaria No. 12. Jorge Eduardo Arellano. 1era Edición, Fundación Vida, 2003.

**DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL NICARAGÜENSE**, Academia Nicaragüense de La Lengua, Edición 2001.

**DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO NORMA, Oroya-Zwory** (35,000 mi voces enciclopédicas, y más de 170 mil acepciones)

**EL HILO AZUL**, Revista Literaria del Centro Nicaragüense de Escritores (CNE). Homenaje a Claribel Alegría, Su Majestad. Año 1. No. 1.

**EL PEZ Y LA SERPIENTE**, Revista centroamericana de Cultura. No. 30.

**ESTA NOCHE BAILA ORESTES REY**. Manuel Martínez. 1era Edición, Fondo Editorial CIRA, 2002.

**FAMILIA DE CUENTOS**. Mario Cajina Vega. Nueva Nicaragua, 1993.

**HORIZONTE QUEBRADO**. Mariano Fiallos Gil. Nueva Nicaragua, 1993.

**LAS SEMILLAS DE LA LUNA**. Ricardo Pasos Marciacq. 4ta Edición, HISPAMER, 2008.

**MINIFICIONES DE NICARAGUA, Brevísimas Antología**. 1era Edición, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2004. Prólogo, selección y notas de Jorge Eduardo Arellano.

**NICARAGUA TEATRO DE LOS GRANDIOSO**. Carlos A. Bravo. Nueva Nicaragua, 1993.

**¿PARA QUÉ TANTO CUENTO?** Juan Sobalvarro. Ediciones 400 Elefantes, 2000. Colección de bolsillo.

**SE ALQUILAN CUARTOS.** Juan Aburto. Ediciones Distribuidora Cultural, 1997.

**SOLO EN LA COMPAÑÍA.** Manolo Cuadra. 2da Edición, Nueva Nicaragua, 1992.

**SON CUENTOS.** Fernando Silva. 1era Edición. Academia Nicaragüense de la Lengua, 2004.

**SUEÑO EN RELIEVE.** Edwin Sánchez. 1era Edición, Centro Nicaragüense de Escritores (CNE), 1998. Cuentos Nicaragüense Siglo XX

**UN FAUNO EN EL ORIENTAL.** Edwin Sánchez. 1era Edición, Centro Nicaragüense de Escritores (CNE), 2010. Cuentos Nicaragüense Siglo XXI

**EL NUEVO AMANECER CULTURAL-EL NUEVO DIARIO-** ediciones semanales del 14, 21 y 31 de julio del 2010.

**WWW.CENTRONICARAGUENSEDEESCRITORES.COM**

## INDICE

PRESENTACIÓN .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
INTRODUCCIÓN.....	6
PROPUESTA.....	8
Ordenamiento.....	10
Esquema Indicador.....	10
Autores Fundadores.....	10
Autores Iniciadores .....	10
Actualidad del Cuento Nicaragüense.....	11
SELECCIÓN.....	12
AUTORES INICIADORES .....	13
GRUPO DE MUJERES AUTORAS DE CUENTOS.....	17
Primer "Grupo de cuentos" de Mujeres" .....	17
Segundo "Grupo de cuentos" de Mujeres" .....	18
(Épocas de 1960 a 1990, y siguientes) .....	18
ACTUALIDAD DEL CUENTO NICARAGÜENSE .....	18
Último "Grupo Representativo" del Cuento Nicaragüense.....	18
(Mujeres y hombres).....	18
ESCRITORES VARONES .....	20
(Nacidos en: 1956, 1959, 1966, 1972,1987) .....	20
JUAN SOBALVARRO.....	20
EDWIN SÁNCHEZ.....	20
EDGARD ESCOBAR BARBA.....	20
ARQUÍMEDEZ GONZÁLES.....	20
JOSE ADIAK MONTOYA .....	20
JÓVENES DEL TALLER DE NARRATIVA .....	21
CNE (Centro Nicaragüense de Escritores).....	21
MISSAEL DUARTE .....	21
JACK GRUBSTEIN ALEMÁN .....	21
OMAR ELVIR AGUILAR.....	21
ULISES JUÁREZ POLANCO.....	21
ENRIQUE DELGADILLO LACAYO.....	21
JAVIER REYES RUIZ .....	21
JOEL MOLINA PARRALES .....	21
CARLA BERMUDEZ ULLOA.....	22
ABRIL GARCÍA ANDRADE.....	22
CAROL SOLORZANO CANALES.....	22
YALANI ZAMORA .....	22
WENDY VADO CORTES.....	22
AUTORES.....	24
FUNDADORES.....	24
RUBÉN DARÍO.....	25
(Metapa, 1867 – León, 1916).....	25
EL REY BURGUEÉS .....	25
EL FARDO.....	30
HUITZILOPOXTLI .....	35
(Leyenda mexicana) .....	35
CARLOS A. BRAVO .....	40
(San Miguelito, 1882 – Granada, 1975) .....	40

EL CABALLO .....	40
JUAN PABLO .....	41
HERNÁN ROBLETO .....	43
(Camoapa, 1882 – México, 1968) .....	43
EL TÍO JOSÉ ÁNGEL.....	43
AL LADRAR DE LOS PERROS.....	46
ANSELMO FLETES BOLAÑOS .....	49
(Granada, 1878 – Managua, 1930) .....	49
EL TESTAMENTO DE UNA MULA.....	49
LA VENTA DE UN NEGRO.....	52
AUTORES .....	54
INICIADORES .....	54
ADOLFO CALERO OROZCO .....	55
(Managua, 1899 – 1980).....	55
CLAUDIO ROBLES, PADRE DE .....	55
SEBASTIÁN ROBLES .....	55
UNA TRAGEDIA EN EL CAMPO .....	62
JOSÉ CORONEL URTECHO .....	65
(Granada, 1906 - Río San Juan, 1944) .....	65
EL MUNDO ES MALO.....	66
LA DIOSA COJA .....	70
PABLO ANTONIO CUADRA .....	73
(Managua, 1912 - 2002).....	73
AGOSTO.....	73
MARIANO FIALLOS GIL .....	87
(León, 1907-1964).....	87
HORIZONTE QUEBRADO .....	88
JUDIT Y EL PURITANO.....	91
JOAQUÍN PASOS.....	98
(Granada, 1914 – Managua, 1947) .....	98
EL ÁNGEL POBRE .....	99
MANOLO CUADRA .....	107
(Granada 1907 – Managua 1957) .....	107
PEDRITO .....	107
EMILIO QUINTANA.....	111
(Managua 1908 – 1971) .....	111
LA CAJA DE LUSTRAR.....	112
FERNANDO CENTENO ZAPATA.....	115
(León, 1921) .....	115
EL VIAJE .....	115
ENRIQUE FERNÁNDEZ MORALES .....	118
(Granada, 1918 - 1982) .....	118
BABOSADAS.....	119
EL BOMBERO DE TURNO.....	123
LA ÚLTIMA DESTRUCCIÓN DE REBOLLEDO, .....	125
SEGÚN EL BOMBERO DE TURNO .....	125
ERNESTO MEJIA SÁNCHEZ.....	129
(Masaya, Nicaragua 1923- Yucatán, México, 1985).....	129
EL CIUDADANO.....	129
CASA DE LA JUSTICIA.....	132

—Esta humilde casa, como todas las otras, existe por piedad de los hombres y castigo de las mujeres. ....	133
ERNESTO CARDENAL .....	133
(Granada, 1925) .....	133
EL SUECO .....	134
FERNANDO SILVA .....	143
(Granada, 1 de Febrero, 1927).....	143
EL VIEJO .....	144
EL BOTE .....	147
EL LAGARTO .....	148
SATURNO.....	153
Vallito .....	161
LIZANDRO CHÁVEZ ALFARO .....	165
(Bluefields, Nicaragua, 1929 – 2006) .....	165
BUFA DE CUCHILLEROS .....	165
JUAN ABURTO .....	173
(Managua, 1918-1988).....	173
EL CHECHEREQUE.....	173
CHEPE, MI AMIGO .....	175
MARIO CAJINA-VEGA .....	182
(Masaya, 1929).....	182
LOS MACHETES .....	182
LA VAQUILLA .....	187
SERGIO RAMÍREZ.....	191
(Masatepe, 1942).....	191
BENDITO - ESCONDIDO .....	192
HORACIO PEÑA .....	199
(Managua, 12 de agosto 1936) .....	199
LA CASA .....	200
JORGE EDUARDO ARELLANO .....	209
(Granada, 1946) .....	209
¡QUE TAL! .....	210
EL ALEMÁN Y SU MEJOR AMIGO EL CORONEL PADILLA .....	216
CARLOS ALEMÁN OCAMPO.....	218
(El Diriá, 1940).....	218
LUIS MORALES, EL FAMOSO .....	218
PEDRO JOAQUÍN CHAMORRO C. ....	222
(Granada, 1924 - Managua, 1978) .....	222
DANDO Y DANDO .....	222
EDWIN YLLESCAS.....	226
(Estelí 16 de Octubre de 1941) .....	226
LA PAJARITA GUIDO .....	226
RICARDO PASOS MARCIACQ .....	252
(Managua, 1939).....	252
EL GATO EN EL RETRATO.....	253
OCTAVIO ROBLETO.....	261
(Chontales, 1935- Managua, 2009).....	261
EL ORDEÑO .....	261
ORO ESCONDIDO.....	264
LA VIEJA CHICHONA.....	267

NICASIO URBINA.....	269
(Buenos Aires, Argentina, 1958) .....	269
EL OJO DEL CIELO PERDIDO.....	269
EL CAMINO DE ORIENTE.....	269
MANUEL MARTÍNEZ.....	275
(Managua 25 de abril de 1956).....	275
Los celos quedan.....	275
Regreso a casa.....	279
ESTA NOCHE BAILA ORESTES REY .....	283
CARLOS VANEGAS .....	289
(Managua, 9 de agosto de 1958) .....	289
EL HOMBRE DE LOS ZAPATOS BLANCOS.....	290
ABIERTO HASTA EL AMANECER .....	291
MARIO URTECHO OLIVARES.....	301
(Diriamba, 24 agosto de 1954).....	301
VIUDAS .....	301
ABUELO .....	303
ERICK BLANDÓN.....	304
(Matagalpa, 1951).....	304
FUEGOS DE PASCUA.....	304
MARIO SANTOS.....	307
(Chichigalpa, 1948).....	307
EN MEDIO DEL AGUACERO SE LLEVARON A MI PRIMO.....	308
ALEJANDRO BRAVO.....	313
(Granada, 1953) .....	313
EL ÚLTIMO BURÓCRATA .....	313
GRUPO DE MUJERES .....	318
AUTORAS DE CUENTOS.....	318
PRIMER “GRUPO DE MUJERES” INICIADORAS.....	319
DEL CUENTO NICARAGÜENSE.....	319
MARÍA TERESA SÁNCHEZ .....	320
(Managua, 1918-1994).....	320
EL HOMBRE FELIZ.....	320
EL CIUDADANO.....	326
ROSARIO AGUILAR .....	330
(León, 29 de enero de 1938).....	330
ABEJAS EN EL MAR.....	331
LA CASA DE MI ABUELA.....	333
LAS TRES MARÍAS.....	334
LYLIAM VALLADARES DE OROZCO.....	336
(León, 1934) .....	336
EL CRUCE .....	336
CERRO DORADO .....	338
LILLIAM JIRÓN .....	340
(Santa Teresa, Carazo, 1936) .....	340
CUENTO PUBLICADO EN MARTE.....	341
EN CUALQUIER PRISIÓN.....	342
Irma Prego.....	345
(Granada, Nicaragua 1933 – San José, Costa Rica 2000) .....	345
LA SUECA.....	345

SEGUNDO “GRUPO DE MUJERES” .....	351
(Épocas entre 1944 hasta la fecha) .....	351
Mercedes Gordillo.....	352
(Managua, Nicaragua 29 de noviembre, 1938) .....	352
LA CORRIDA.....	352
I.....	352
II.....	354
UNA PERFECTA DESCONOCIDA .....	357
GLORIA ELENA ESPINOZA DE TERCERO.....	361
(Jinotepe, Carazo 1948) .....	361
LA PASAJERA .....	361
Isolda Rodríguez Rosales.....	373
(Estelí, 11 de junio de 1947).....	373
Anahí, la hija del sol .....	373
Lucía .....	377
Itza.....	379
Actualidad .....	382
del.....	382
CUENTO NICARAGÜENSE .....	382
Último grupo representativo .....	383
del.....	383
CUENTO NICARAGÜENSE .....	383
EL GRUPO DE LOS JÓVENES .....	383
(MUJERES Y HOMBRES).....	383
NOTA .....	384
Marisela Quintana.....	384
(Enero 6, 1958).....	384
Enjambre de putas .....	385
EL NUEVO NOMBRE DE LA SOLEDAD .....	389
MARTHA ELENA CERDA MUÑOZ.....	391
La Mocuana revivida .....	391
Chrisnel Sánchez Arguello.....	392
(Managua, 1979) .....	392
La soledad es una puta de ojos claros.....	393
y vestido fosforescente.....	393
MARÍA DEL CARMEN PÉREZ CUADRA .....	395
(Jinotepe, 1971) .....	395
Matatiru, matatiru Matatlru-tl-ru-la.....	395
elioconda cardoza .....	400
(San Isidro, Matagalpa junio 1945) .....	400
El Rosario de las cuatro .....	400
Clonación.....	402
Con las momias de Guanajuato .....	405
El Secreto .....	408
Cecilia Ruiz de Ríos.....	411
(Managua, 1960).....	411
KARIM ALDANA .....	411
La laguna en mi olvido .....	417
Milagros Palma.....	422
(León, 1949) .....	422

La diosa Clitoria y el granito del placer .....	422
MARTINE DREYFUS.....	424
(Granada, enero 1950).....	424
SUS OJOS.....	424
EUNICE SHADE .....	427
(Guadalajara, México, 1980).....	427
No pronuncies mi nombre .....	428
Ejército 333 .....	429
Rengo con Salvador.....	430
Paseo Ahumada .....	431
Vuelta y despedida en Rengo con Salvador .....	432
ESCRITORES VARONES .....	434
Nacidos en: 1956, 1959, 1966, 72,87.....	434
JUAN SOBALVARRO.....	435
(Managua, 1966).....	435
MATEMOS A UN CHANCHO .....	436
¿PARA QUE TANTO CUENTO?.....	437
SU PROPIO CUENTO .....	438
EDWIN SÁNCHEZ DELGADO .....	444
(Jinotepe, 13 de agosto de 1959).....	444
MI REINA .....	445
"ME FUGUÉ CON ESTHER WILLIAMS" .....	448
EDGAR ESCOBAR BARBA .....	451
(Masaya, 1956).....	451
TROFEO .....	452
CONTEMPLACIÓN.....	452
TATUAJES DE HUMO .....	453
ARQUÍMEDES GONZÁLEZ.....	454
(Managua, 4 de marzo 1972).....	454
DICEN QUE MATÉ A ESOS NIÑOS, PERO JURO QUE NO .....	454
ADIAK MONTOYA .....	457
(Managua, 1987).....	457
El espantapájaros.....	457
Jóvenes Escritores.....	461
Del Taller de Narrativa 2010 .....	461
(CNE, Centro Nicaragüense de Escritores).....	461
NOTA.....	462
MISSAEL DUARTE .....	463
(Juigalpa, 1977).....	463
Una Noche de Teibol Dance.....	463
JACK GRUBSTEIN ALEMÁN .....	466
(Managua, 1969).....	466
LA REGLA DE ORO .....	466
OMAR ELVIR AGUILAR.....	470
(León, 1982) .....	470
Disimular .....	470
ULISES JUÁREZ POLANCO.....	472
(Managua, 1984).....	472
Amor Interrumpido.....	472
ENRIQUE DELGADILLO LACAYO.....	475

(León, 1988) .....	475
Desde Algún Trono.....	475
JAVIER REYES RUIZ .....	476
(Estelí, 1988) .....	476
Soñar, Despertar... ..	477
JOEL MOLINA PARRALES .....	479
(Managua, 1990).....	479
Ruido .....	479
CARLA BERMÚDEZ ULLOA.....	481
(Matagalpa, 1981).....	481
Del amor y los semáforos.....	481
ABRIL GARCÍA ANDRADE.....	483
(Managua, 1987).....	483
Claroscuros, cálidos y fríos.....	483
CAROL SOLÓRZANO CANALES.....	488
(Managua, 1991).....	488
REPETICIÓN .....	488
YÁLANI ZAMORA AGUIRRE.....	490
(Managua, 1982).....	490
El árbol del jardín .....	490
WENDY VADO CORTÉS.....	495
(Carazo, 1986) .....	495
El oro azul.....	496
BIBLIOGRAFÍA.....	499
CRÉDITO .....	509

## CRÉDITO

Registro del ISBN (Registro Internacional para libros)

---

Título: ANTOLOGÍA DEL CUENTO NICARAGÜENSE

Autor: Fernando Silva, Octubre 2010

fsilvae2@hotmail.com, Managua, Nicaragua.

Levantado de texto: Swarling Agüero

La "Antología del Cuento Nicaragüenses", contiene a los autores fundadores del Cuento Nicaragüense, iniciando con Rubén Darío y recorriendo a los autores iniciadores, el grupo de mujeres autoras de cuentos como María Teresa Sánchez y Rosario Aguilar entre otras; autores que Fernando Silva denomina "Grupo Representativo" así como "Jóvenes del Taller de Narrativa", completando de esta forma un amplio espectro de autores del Cuento Nicaragüense desde Darío hasta los autores contemporáneos.



Gobierno de Reconciliación  
y Unidad Nacional

*El Pueblo, Presidente!*

FONDO EDITORIAL EL GÜEGÜENSE

INSTITUTO NICARAGÜENSE DE CULTURA